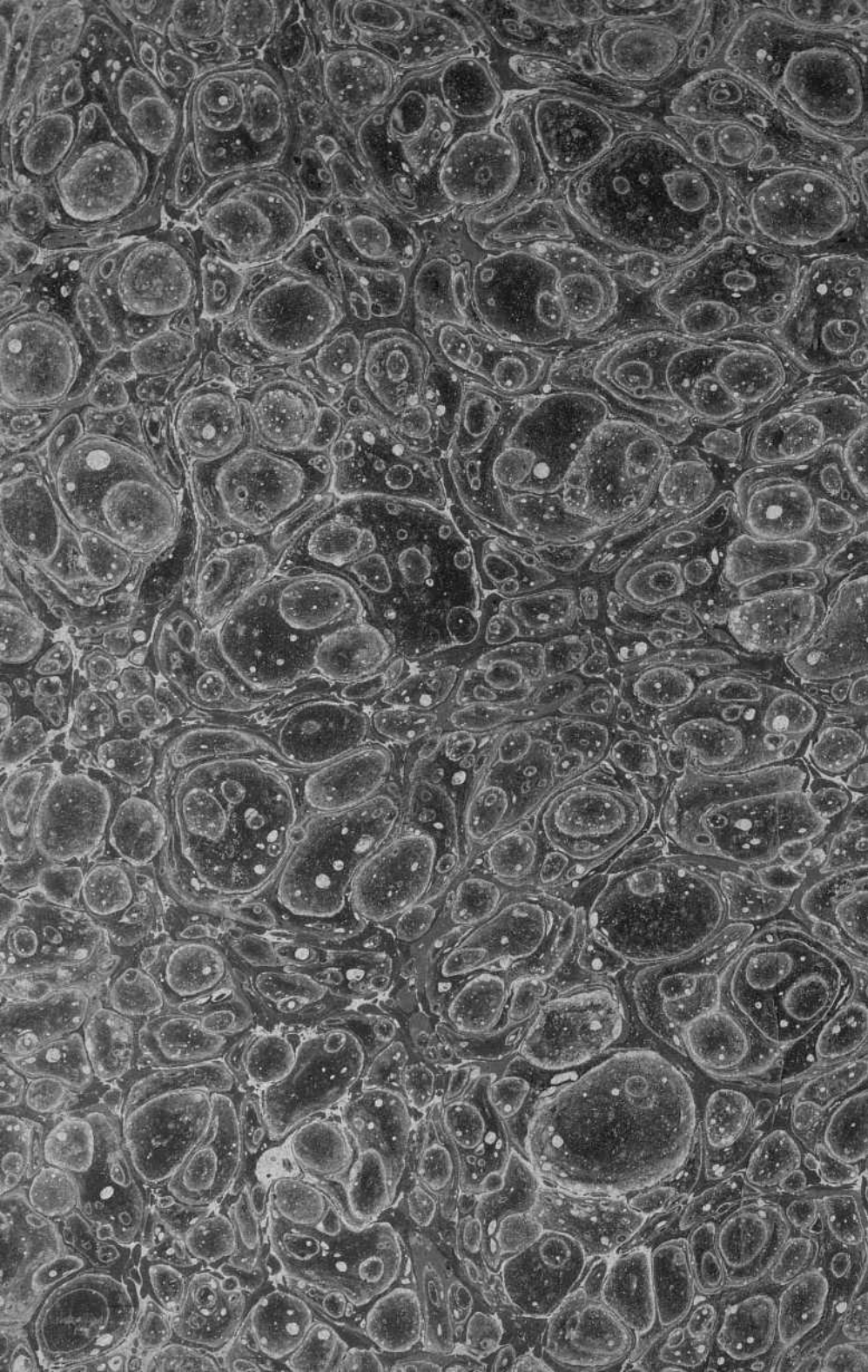






B.P. de Soria



61116142
D-1 1893



PANORAMA

UNIVERSAL.

EUROPA.

PORTUGAL.

D-1
1893
6142

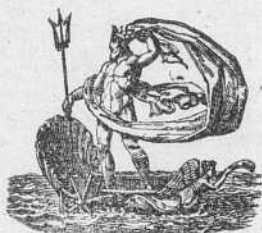
HISTORIA
DE
PORTUGAL,

por M. Fernando Denis,

CONSERVADOR DE LA BIBLIOTECA DE SANTA JENOVEVA.

traducida por

Una sociedad literaria.



BARCELONA.
IMPRENTA DEL FOMENTO.
1845.

1850

PORTUGAL

THE 11th. Edition.

REVISED BY THE EDITOR OF THE "GEOGRAPHICAL MAGAZINE."

London.

W. H. LLOYD, 10, Abchurch Lane.



W. H. LLOYD, 10, Abchurch Lane.

1850

HISTORIA DE PORTUGAL,

por M. Fernando Denis,

CONSERVADOR DE LA BIBLIOTECA DE SANTA JENOVEVA.

En un poema antiguo de últimos del siglo XII (1), que tiene grandísimo valor histórico, inclínase el Cid respetuosamente ante dos condes extranjeros, que se hallan en la corte de Alfonso VI. Llámase uno de ellos Raimundo, y Anrique el otro; entrambos han acudido á ayudar al rey de Castilla con su fuerte lanza contra los Moros, y su fama es ya bastante grande para que el héroe que representa el valor castellano los honre con una mirada fraternal. Pero ahí se detiene el poema, y no nos dice lo que fué de aquel D. Anrique, que se hallaba de aquel modo en la corte de un soberano español. Una vieja crónica, ignorada por mucho tiempo, la carta del monasterio de Floirac, nos saca de esta incertidumbre. El conde Henrique es el descendiente de Hugo Capeto, biznieto de Roberto, rey de Francia, hijo cuarto del duque Henrique de Borgoña, y Alfonso VI le ha elegido para su yerno, dándole la mano de su hija Tareja. El país designado desde entonces con el nombre de Portugal es la dote de la infanta, y aunque este territorio no tenga aun mas que el título de condado, el monarca lo encumbra á la dignidad de estado in-

dependiente. Tal es el heroico arranque de este pequeño reino: un compañero del Cid comienza sus gloriosos destinos, y no terminarán sino despues que de victoria en victoria el imperio de los Portugueses haya venido á igualar casi en estension al de los Romanos.

ANTIGUA DIVISION. ESTADO DEL PAIS CUANDO FUÉ CONCEDIDO AL FUNDADOR DE LA MONARQUIA. ORIGEN DEL CONDE D. HENRIQUE.

Cuando Alfonso VI tuvo á bien otorgar á un príncipe magnánimo de la casa de Francia el fértil territorio que le dió en infantazgo, parte de este hermoso país estaba sujeto todavía á los Moros; y el anciano rey que habia escogido para yerno suyo á un nieto de Hugo Capeto, contó sin duda con el denuedo de los hombres de esta raza para acrecentar la dote de su hija. Mucho faltaba para que el territorio llamado hoy día Portugal ocupase los límites señalados á la Lusitania por los Romanos. Alfonso separó de su imperio el territorio de Oporto, el *Entre-Duero y Miño*, la provincia de Beira y el país de Tras-os-Montes. Dióle en Galicia todo el territorio que se extendia hasta el castillo de Lobeira, y le dió la facultad de estender sus conquistas hácia los Algarbes. Pero

(1) Sanchez, Poesías castellanas anteriores al siglo XV, *Poema del Cid*.

el desembocadero del Tajo, la vía por la cual podían penetrar en este pequeño imperio, no pertenecía aún á los Cristianos. Lisboa era una ciudad musulmana en toda la extensión de la palabra. Entre las ciudades entonces concedidas, figuraban entre las más importantes Oporto, Coimbra y Viseu. Elijóse á Guimaraens para capital de este nuevo estado independiente. Situada á tres leguas á levante de Braga, la sede episcopal más importante de la antigua Lusitania, esta ciudad está edificada en un valle fértil, entre dos riachuelos conocidos por los nombres de Ave y de Vizela. Algunos eruditos pretenden que se levanta sobre el solar ocupado por la antigua Araduca, de que habla Tolomeo. Pero es verdad histórica mejor averiguada que fué conquistada en otro tiempo de los Moros por los reyes de Leon.

El primer historiador portugués que nos ha dado nociones exactas sobre estos tiempos remotos, Fray Antonio Brandao, indica claramente cuales eran las divisiones políticas de este país, antes que viniese á ser estado independiente. « Cuando el conde D. Henrique entró en España, dice, el gobierno de Portugal se hallaba en manos de varios señores; las tierras situadas entre el Duero y el Mondego, estando más espuestas á las algaradas de los Moros, estaban al cargo de un caudillo ilustre, llamado Sisnando. Los documentos antiguos le dan alternativamente el título de conde y el de cónsul, y había establecido su residencia en Coimbra. » Mariana hace nacer á este teniente de Alfonso VI en Toledo; pero el sabio historiador que acabamos de citar alega razones sólidas para que se le conserve su título de portugués; tales eran las altas hazañas militares en las que se fundaba su nombradía, que se le puede considerar con razón como el primero de aquellos osados capitanes que ilustraron al Portugal desde el siglo XI.

El país de Entre Duero y Miño y el de Tras-os montes tenían asimismo jefes particulares, que dependían directamente del poder real; pero

con respecto á ellos es la historia menos explícita que con respecto al gobernador de Coimbra. Sábese no obstante que algunos años antes, había muerto el conde Nuño Mendez, á quien los Portugueses de estas regiones reconocían por caudillo principal. También desde aquella época el poder eclesiástico había adquirido una preponderancia real que le permitía juntar sus esfuerzos con los del poder secular: las iglesias de Braga y de Coimbra habían sido repuestas en su antiguo estado. Vemos figurar á un obispo de la iglesia primacial de Braga, bajo D. García, hijo de Fernando, insistimos en este hecho sin desenvolverle. En aquellos tiempos áridos, sujetos á mil vicisitudes, la palabra del obispo termina siempre lo que empezó la lanza.

El origen del primer jefe militar que gobernó este país como estado independiente fué por mucho tiempo un problema para Portugal; Pedro Ribeiro de Macedo, en su genealogía del conde Henrique, no cuenta menos de seis opiniones diversas que sobre este punto se han emitido, y el poeta nacional por excelencia, Camoens, que con tanto afán consulta los anales antiguos para descubrir en ellos el menor vestigio de un hecho glorioso, Camoens le hace nacer en Hungría. Solo á fines del siglo XVI puso término á tantas conjeturas un documento desconocido; y hasta podemos añadir que este hecho no adquirió todo su valor histórico hasta la época en que otro escritor francés, Denis Godefroy, formó el árbol genealógico de la casa de Portugal. Añadamos á todos estos pormenores un hecho menos conocido, y es que un rey de Francia del siglo XII confirma con sus palabras un descubrimiento de la erudición moderna; pues Felipe el Hermoso al dirigirse al rey de Portugal, le dijo: *Vos que sois de nuestra estirpe.*

Ya se sabe que en 1093 dispuso Alfonso VI de la mano de su hija á favor del conde D. Henrique; pero ya desde el arranque de este primer período, á una nueva dificultad ha venido á decidir á los escritores nacionales, enjendrando volúmenes

de discusiones. Algunos autores españoles y hasta algunos portugueses han afirmado que Doña Teresa ó Tareja era hija ilegítima de Alfonso VI, y fuerza es confesar que establecían su opinion sobre documentos de un valor real, puesto que la misma crónica de Floirac alega este hecho en términos positivos. Sin embargo, algunos hombres eruditos, entre otros José Barbosa, han presentado la cuestion bajo otro aspecto; han examinado el contexto de la carta pontifical que establece la legitimidad del enlace de Alfonso con Jimena, su argumento principal, y hemos de confesar que lo han hecho con bastante superioridad para que nos inclinemos á su opinion.

Preséntase además ya desde las primeras páginas de este compendio otra cuestion de un valor histórico incontestable; trátase de saber si la concesion hecha al conde D. Henrique le fué en pago de alguna obligacion feudal; ó si fué libre en toda la acepcion de la palabra. Como ya debia suceder, los escritores españoles han invocado el principio de la soberanía, que Alfonso VI no pudo enajenar; y los escritores portugueses, á cuya cabeza debemos colocar á Barbosa, reclaman una donacion pura y simple. Desgraciadamente hay que atenerse aquí á la tradicion, y hasta ahora la tradicion moderna no ha descubierto todavía el contrato dotal que especifique la naturaleza de las obligaciones que hubo de existir primitivamente entre los dos países. A nuestro ver, para acercarnos en cuanto cabe á la verdad, debemos repetir aquí las palabras tan juiciosas y concisas del sabio Schaeffer: «El suegro y el yerno tomaban mas bien por pauta en sus relaciones su parentesco y su afecto que una línea de subordinacion exactamente trazada.» Debemos añadir además que despues de haber establecido de un modo formal cual era el género de poder atribuido á D. Henrique, el sabio historiador añade luego: «A pesar de estos testimonios, que atestiguan al parecer un poder independiente é ilimitado, es incontestable que mientras vivió Alfonso VI, estu-

vo Henrique con respecto á él en una situacion dependiente.»

Tras la muerte de Alfonso VI, que ocurrió el 11 de junio de 1109, la posicion política del conde tomó un aspecto muy diferente, y desde esta época sobre todo, esto es, despues que hubo conquistado á Cintra de los Moros, pudo D. Henrique tomar una reclitud realmente independiente con respecto á Castilla. Intitulóse entonces en las actas emanadas de su gobierno, *por la gracia de Dios, conde y señor de todo el Portugal*.

Sin recordar aquí el viaje harto problemático que ciertos escritores hacen emprender al conde D. Henrique, para asistir á las cruzadas, diremos que no hubo vida mas llena que la suya; los cronistas le atribuyen nada menos que diez y siete victorias alcanzadas sobre los Moros en la Península; insisten igualmente en los *foraes* (fueros) que otorgó á muchos pueblos, entre los cuales figuran Coimbra, Tintugal, Soure, Cer-tao, Zurara, San Joao de Pesqueira, y la ciudad de Guimaraens que fué al parecer el objeto de toda su predileccion.

Despues de haber conquistado gloriosamente de los Moros una parte del estado independiente que legaba al heredero que le habia dado Tareja en edad ya avanzada, el nieto de Roberto bajó al sepulcro cargado de gloria y de años; pues murió á la edad de setenta y siete años, el 1.º de noviembre de 1112, y sus huesos descansan en la catedral de Braga.

D. ALFONSO HENRIQUEZ PRIMER REY DE PORTUGAL.

Quando falleció el conde, el hijo que le habia nacido en 1109, no tenia mas de tres años; fué reconocido por los pueblos como heredero del territorio cuya independencia habia su padre afianzado. Su madre gobernó sin contestacion durante su menoría; y sin duda que el título augusto de *imperator* que tomaba su padre, le hizo mirar con desden el que le dejaba su marido, pues se la vió en mas de una ocasion adoptar el nombre de Reina, durante la épo-

ca de su rejenca y hasta en la época en que aun vivia D. Henrique. Este en una de las actas políticas de su gobierno, pondera la hermosura peregrina de la hija de Alfonso VI. Esta hermosura fué al parecer el orígen de algunos desórdenes. Segun la comun opinion, D.^a Tareja concedió los derechos de esposo á D. Fernando Paes, conde de Trastamara; y aunque el segundo aserto no tiene un valor histórico incontestable, se supone que ratificó por el casamiento aquel enlace ilegítimo al principio. Lo cierto es que si la conducta privada de la rejeta no estuvo exenta de reconvenccion, hubo tambien en su administracion grandes irregularidades.

En 1125, acababa el príncipe de cumplirdiez y seis años cuando quiso ser contado entre los caballeros. Duarte Nuñez de Leao, de acuerdo con otros historiadores, refiere que se armó á sí propio, y que tomó las insignias de su nuevo rango en el altar de San Salvador, en la catedral de Zamora, sede dependiente á la sazón de Portugal. Don Alfonso Henrique era tan idóneo para gobernar como para pelear. Cuando hubo cumplido los diez y ocho años, reclamó el ejercicio de sus derechos. Tareja se negó á abandonar la rejenca; el príncipe los pidió imperiosamente; y empezó entónces una de las guerras mas funestas que hayan ensangrentado al país. El hijo se vió precisado á emplear la fuerza de las armas para obligar á su madre á cederle el poder, y la batalla de San Mamed, que se trabó no lejos de Giumaraens, el 24 de junio de 1128, está señalada en los anales de Portugal, como una de las jornadas mas deplorables que recuerda la historia. Alfonso Henriquez venció en ella á los partidarios de Doña Tareja, y desde entónces pudo mirarse dueño absoluto del territorio antiguamente concedido á su padre. Mas no empuñó el poder sin contestacion; la reina, encerrada en el castillo de Lanhoso, envió á pedir el socorro del rey de Leon, y este príncipe acudió á la demanda. La batalla de Valdovez echó otra vez por tierra las

pretensiones de una madre ambiciosa; pero el rey de Leon no se desalentó con aquel revés. pues volvió al año siguiente con fuerzas imponentes, y puso sitio á la ciudad de Giumaraens, donde se habia encerrado el hijo de Henrique. Prosiguióse el sitio con afan, y si hemos de dar crédito á la tradicion adoptada por todos los escritores del siglo XVI, debió D. Alfonso Henriquez su salvacion al rendimiento de su ayo. Asustado del peligro que corria el príncipe, Egaz Moniz salió secretamente de Guimaraens; y alcanzó, mediante ciertas condiciones, que Alfonso VII levantara el sitio y se retirase á sus estados. Los escritores antiguos añaden que estas condiciones, que no habian sido consentidas por D. Alfonso Henriquez, fueron por él desechadas, y viendo Egaz Moniz que se le podia tachar de mala fé (*fé mentida* son las espresiones de Camoens), pasó á Toledo con su familia. Allí él, su mujer y sus hijos se presentaron delante de Alfonso VII. Iban vestidos como personas condenadas á muerte; no solamente andaban descalzos, sino que llevaban además la soga al cuello, prontos á padecer el suplicio. Enternecido por aquel rendimiento sin límites á la palabra dada, el soberano de Leon les perdonó. El escepticismo de nuestro siglo ha negado este hecho heroico; y aunque el nombre de Egaz Moniz ha subsistido como un símbolo de la lealtad portuguesa, algunos escritores autorizados colocan la narracion que comprueba aquel rendimiento entre las leyendas caballerescas de la edad media. Bien sabemos que nada hay que alegar contra las fechas inflexibles de la cronología, y nos es fuerza confesar que ciertamente hay confusion en la relacion de los cronistas. Confesarémos sin embargo que nos es doloroso ver despojar la historia de estos grandes hechos que ennoblecen á una época. Lo que es muy cierto es que un monumento recién descubierto y figurado en las Memorias de la Academia de ciencias de Lisboa, prueba que esta noble tradicion, referida con entu-





Armas de Portugal

Guerras de la Reconquista en el Siglo XI
 Guerras de la Reconquista en el Siglo XI

siasmo por los mismos escritores españoles (1), se remonta á una alta antigüedad. Si no se ha elevado precisamente al año 1146, el sepulcro de Egaz Moniz lleva cuando menos todos los caracteres arquitectónicos del siglo XII. En él está representado aquel prohombre con su familia, en el momento en que, según la espresion del cronista español, esclama: « Erró mi lengua, mi cuerpo ha de pagar la culpa. »

Segun la relacion admitida por todos los cronistas, Alfonso VII perdonó al que de aquel modo sabia reclamar el castigo de tan noble falta. Egaz Moniz vivió largo tiempo aun en sus grandes posesiones situadas en las cercanías de Oporto. Sea cual fuere la opinion que con respecto á este hecho contestado se adoptare, pero que no tiene nada contrario á las costumbres de aquel tiempo. Egaz Moniz fué sin duda un hombre eminente, y le cupo la gloria de haber desarrollado las mas nobles virtudes en un príncipe de quien cada accion guerrera ó política escita todavía un sentimiento profundo de gratitud entre los Portugueses.

ALFONSO HENRIQUEZ ELEVADO A LA DIGNIDAD REAL. — COALICION DE LOS MOROS CONTRA ÉL; BATALLA DE URIQUE.

Segun un escritor que ha tratado minuciosamente de las antigüedades nacionales (2), inmediatamente despues de la batalla de San Mamed, ó al menos despues de la muerte de la reina, doña Tareja, en 1130, empezaron los Portugueses á dar el título de rey á D. Alfonso. Hasta entónces se habia llamado *infante*, y nunca habia tomado el título de *conde* ó de *duque*; ya se acercaba el tiempo en que debia quedar solemnemente revestido de la dignidad suprema que le confirió la hueste.

Despues de haber establecido su autoridad en las ciudades que en otro tiempo se habian concedido á

su padre, Alfonso Henriquez continuó sus conquistas en la Estremadura; en seguida pasó al Alentejo, que perteneció entónces á un jefe árabe poderoso, á quien los historiadores contemporáneos dan el dictado de rey, pero que no era en realidad mas que un emir dependiente del soberano musulman que mandaba en la Andalucía. Habíase juntado Ismael con otros cinco jefes para atacar á la pequeña hueste de los cristianos; el encuentro se efectuó cerca de Urique, el pueblo mas considerable de la comarca, y la victoria quedó para los Portugueses. Duarte Nuñez de Liao, reformador de las crónicas, se muestra muy moderado reduciendo á trescientos mil el ejército musulman, que otros historiadores hacen subir á cuatrocientos mil. Segun Schoeffer, la accion se trabó mas arriba del lugar de Castro-Verde, en un valle comprendido entre dos rios que desaguan en el Guadiana. Algunos historiadores, amantes de lo maravilloso, dan solamente trece mil hombres de tropas á Alfonso Henriquez; pero estos cálculos son ya desechados; y hay que colocarlos al lado de la leyenda que nos representa á Alfonso Henriquez en comunicacion directa con el cielo, sacando del radiante aspecto de Jesucristo el denuedo que le hizo vencer. Duarte Nuñez de Liao cuenta de un modo muy interesante aquel acontecimiento prodijioso, que fundó la monarquía portuguesa, y su sencillez realza peregrinamente el heroismo del hijo de D. Henrique.

« Aunque los Portugueses eran en corto numero, hiriendo el sol naciente sus armaduras, resplandecian de tal modo, que todo el ejército aparecia mas formidable. El príncipe comenzó á alentar á los suyos, llamándolos por sus nombres, y recordándoles las cosas que podian infundirles valor. Cuando los grandes que con Henriquez estaban vieron los diferentes cuerpos de ejército de los Moros y á todos los reyes que allí se hallaban, rogaron al príncipe que permitiese que le llamasen rey tambien; que todo el mundo lo deseaba

(1) Argote de Molina, entre otros. Véase *Nobleza de Andalucía*.

(2) Riberio. *Dissertações chronologicas*.

y que el ejército tendría mas valor para pelear. El príncipe, á fuer de hombre verdaderamente magnánimo, y hecho cargo de que lo que valia mas que un reino era el merecer reinar; bien así como el valor de la persona es mayor que el del cetro y la corona, el príncipe, digo, contestó que sobrada honra le cabia con mandarles; que con esto se contentaba, que no queria llevar otro nombre que el de hermano suyo y compañero; que como tal los defenderia siempre contra los enemigos de la fe, ó contra aquellos de quienes recibiesen alguna injuria, y que para aquello de que le hablaban, habia un momento mas oportuno. Contestaronle objetándole muchísimas razones, y le rogaron que no resistiese á tantas voluntades. Viéndose el príncipe tan vivamente instado, les dijo que hiciesen lo que bien les pareciese. Y entonces dando gritos de júbilo, le nombraron rey y le besaron la mano; tal fué su declamacion. Hecho esto, subió á caballo, cubierto de sus armas, y cuando vió que era llegado el trance, mandó á Pedro Paez avanzar con ímpetu con la enseña real. Los de su cuerpo de ejército le siguieron, y se abalanzaron sobre el enemigo. Entonces fué cuando el rey, que era de los mas adelantados, birió á un moro con ímpetu tal que cayó al mismo tiempo que él.

Esta caída no le causó sin duda grande impresion, puesto que, segun dice el cronista, se le veia por donde quiera era el peligro mas apremiante. Duró la batalla desde la mañana hasta mediodía, y cinco despotas musulmanes fueron vencidos por este rey acabado de crear espontánea y libremente por el entusiasmo militar.

La batalla de Campo de Urique se trabó el 25 de junio de 1139, y de esta grande época se debe fechar la monarquía portuguesa. Alfonso Henriquez dió entonces al nuevo reino las armas que en lo sucesivo debian designarle como estado independiente; estas armas eran á un tiempo un símbolo religioso y guerrero, destinado á recordar su victoria sobre los

cinco reyes musulmanes, así como la aparicion milagrosa con que Jesucristo le habia honrado (1).

Faltaba hacer confirmar por la nacion la eleccion del ejército; este grande acto político se efectuó en 1143, en las córtes de Lamego; la asamblea nacional que llaman con este nombre hace un papel grandísimo en la historia de Portugal. Allí se presentó Alfonso Henriquez ante los tres estamentos, tomando el título de rey, pero sin estar revestido de ninguna de las insignias de tal, y en la misma iglesia de Santa María de Almacava, Lorenzo Viegas, su procurador jeneral, preguntó al pueblo si consentia libremente en que le perteneciese el poder real. El pueblo ratificó lo que habia hecho al ejército, y habiendo el arzobispo de Braga recibido del abad de Lorvao la corona de oro enriquecida de perlas, dadas en otro tiempo á este monasterio por los reyes godos. Alfonso Henriquez, que empuñaba su espada de batalla, fué coronado por el primado. Despues de cumplida esta ceremonia solemne, se discutieron y consintieron, segun dicen, las leyes fundamentales del reino.

Esta asamblea tomó del tiempo, del lugar y del espíritu independiente que animaba al pueblo, una sencillez, de la que solo el texto puede darnos una idea; el electo fué quien habló el primero, he aquí de que modo se espresó:

«Y el señor rey, empuñando la misma espada desnuda que habia llevado en la guerra, dijo: ¡Loado sea Dios que me ha ayudado! con esta espada os he libertado y he vencido á nuestros enemigos (2); y puesto que me habeis hecho rey y compañero vuestro, conviene que hagamos leyes que afianzen la tranquilidad á nuestro país. A esto contestaron todos diciendo: Señor, queremos y estaremos prontos á hacer las leyes que os

(1) Na qual vos deu por armas e deixou.
As que elle para si na cruz tomou

CAMOENS.

(2) Digamos de paso que el broquel de Alfonso, conservado antiguamente en Alcobaza y arrancado del santuario, ha sido religiosamente entregado por M. Taylor á la Biblioteca de Lisboa.

agradare dictar, pues todos nosotros, así como nuestros hijos é hijas, nuestros nietos y nietas, harémos lo que nos mandeis. El rey llamó entónces á los obispos, á los nobles, y á los apoderados de las ciudades, y se acordó por unanimidad que comenzarían por hacer las leyes relativas á la sucesion á la corona, é hicieron las leyes siguientes:

«Que el señor Alfonso, rey, viva y reine sobre nosotros. Si tiene hijos varones, vivan estos y sean reyes nuestros, sin que haya necesidad de constituirlos reyes nuevamente; he aquí el orden de sucesion; el hijo sucederá al padre, en seguida el nieto, y en seguida el bisnieto, y así perpetuamente, en sus descendientes de padre á hijo.

«Si el hijo mayor del rey muere en vida de su padre, el segundo hijo (después de la muerte del rey su padre) será rey; el tercero sucederá al segundo, el cuarto al tercero, y lo mismo con los otros hijos del rey.

«Si el rey muere sin hijos varones, el hermano del rey, si tiene uno, reinará, pero durante su vida solamente, pues después de su muerte, el hijo de este último rey no será nuestro rey, á menos que los obispos, los diputados de las ciudades y los nobles de la casa del rey le elijan, y entónces será nuestro rey, sin lo cual no reinará.

«Entónces Lorenzo Viegas, procurador del señor rey, dijo á los diputados: El rey pregunta si quereis que las hijas sean admitidas á suceder á la corona, y en este caso, si os place hacer leyes relativas á este punto. Tras una discusion que duró algunas horas, tomaron el acuerdo siguiente:

«Siendo las hijas del señor rey enjendradas tambien por él, queremos que ellas puedan suceder á la corona, y que á este efecto se hagan leyes, y los obispos y los nobles hicieren las leyes siguientes:

«Si el rey de Portugal no tiene hijo varon, y tiene si una hija, ella será reina después de la muerte del rey, con tal que se case con un señor portugués; pero este no llevará el nombre de rey sino cuando tenga un

hijo varon en la reina que con él se haya casado. Cuando se presentará en público en compañía de la reina, estará siempre á su izquierda, y no se colocará la corona real sobre su cabeza. Sea esta ley observada siempre, y no tenga la hija mayor del rey otro marido sino un señor portugués, para que un extranjero no venga á ser el dueño del reino. Si la hija del rey se casare con un príncipe extranjero, no será reconocida reina, porque no querémos que nuestros pueblos tengan que obedecer á un rey que no haya nacido portugués, puesto que nuestros súbditos y compatriotas son los que, sin ajenó auxilio, y si solamente con su valentía y á costa de su sangre, nos han hecho rey.»

Después de haber proveido á las leyes de la sucesion del reino, se hicieron inmediatamente otras tocante á la nobleza, y ocupáronse en seguida de la penalidad. Hay ciertas disposiciones, en este bosquejo de código, que son esencialmente orijinales, y que comprueban la situacion moral del país en aquella época. Todo individuo, por ejemplo, que, preso por los infieles, permanecia entre ellos sin cesar de confesar la ley de Jesucristo, daba la nobleza á sus hijos; todos los que habian peleado en la jornada de Urique fueron considerados nobles, y recibieron la denominacion de *súbditos por excelencia*. La ley que de este modo premiaba el valor y la perseverancia religiosa se mostró rigurosísima para ciertos delitos; y manifiesta al mismo tiempo, en medio de disposiciones desmedidamente severas, una tendencia caballeresca, muy digna de aquellos ánimos independientes. Un noble perdía su nobleza por haber pegado á una mujer, por haber ocultado la verdad al rey, por haber hablado mal de la reina ó de las infantas; la fuga entre los Moros llevaba consigo la misma pena; y el blasfemo contra Dios estaba sujeto á la misma pena.

La reincidencia en el robo podía llevar consigo la pena de muerte; el matador, de cualquiera condicion que fuese, padecía la pena capital; el adulterio se castigaba con la ho-

guera; y tres siglos despues, cuando Juan I mandó quemar desapiadadamente á un escudero mozo que tenia relaciones culpables con una dama de palacio, se mostró mas terrible todavia que el primer lejislador, por cuanto la ley de Lamego mitigó esta pena cruel por medio de disposiciones que abrian la puerta á la misericordia.

En esta misma asamblea solemne, queriendo Alfonso Henriquez dar una prueba terminante de su veneracion para San Bernardo, colocó el reino que acababa de adquirir bajo la proteccion de nuestra Señora de Clarvalense. No solo invocó la proteccion y el amparo de la Virgen sobre sus súbditos, lo que era naturalísimo durante aquel período de la edad media, sino que hizo además su reino feudatario de la abadía Clarvalense, segun dicen varios historiadores, comprometiéndose, para sí y sus sucesores, á pagar anualmente cincuenta maravedis de oro puro. Laclede, que refiere este hecho circunstanciadamente, afirma que conservaban en Clarvalense carta auténtica que comprobaba este hecho extraño de feudalidad, único quizás en su género.

Despues de las cortes de Lamego, Alfonso Henriquez continuó vigorosamente la guerra que hacia á los Moros, y el 11 de marzo de 1147, se apoderó de Santarem: Mem Ramirez fué quien dirijió este sitio importante. En el mismo año el jóven monarca resolvió sitiar á Lisboa, y la casualidad cooperó maravillosamente á este osado intento. Una escuadra de cruzados, compuesta de doscientas velas, procedente del Norte y mandaba por Arnolde Aerschot, juntó sus robustos combatientes con los valerosos soldados que habian alcanzado tantas victorias. El sitio duró cinco meses; fué fertilísimo en incidentes interesantes, y todas sus circunstancias han sido inénuamente espuestas por un monje del Norte, llamado Oto ú Ota, que no dejó pasar ningun acontecimiento importante sin referirlo (1). Nada mas ad-

mirable por otra parte que esta lucha de pueblos tan diversos, aquella perseverancia animada por una fé que hace arrollar tantos obstáculos. El ardor relijioso da de repente á aquellos hombres, tan toscos todavia, el jénio inventivo que crea máquinas formidables. Los mismos pueblos del Norte se pasman de aquellas circunstancias y las cuentan atónitos. Mateo Paris encierra algunas páginas interesantísimas en las que cuenta inénuamente aquellas guerras contra los Moros. El 23 de octubre de 1147 entró el rey Alfonso en Lisboa. Varios de aquellos valerosos soldados llegados del Norte recibieron en premio de su valor, ciertas concesiones que los fijaron en Portugal; y podemos fechar de esta época memorable algunas denominaciones, algunos usos que subsisten todavia, y que atestiguan el influjo francés en aquella época remota. Curioso fuera sin duda recordar aquí algunos nombres que el tiempo ha hecho olvidar; pero siuviésemos que mostrar las glorias militares contemporáneas de Alfonso Henriquez, citaríamos con preferencia, nombres portugueses: hablaríamos de Sueiro Mendez el Bueno, de Gonzalo Mendez, apellidado el Luchador, de aquel Martin Moniz que se hizo aplastar entre la puerta del castillo de Lisboa y la muralla para facilitar á los sitiadores la entrada en la ciudad. Habria que designar á la admiracion de los siglos á Mem Moniz, que despues de haber mandado el ala izquierda en la batalla de Urique, se ilustró todavia en Villa Rasa; á Garcia Mendez, el grande porta estandarte; á Giraldo Giraldez, apellidado el sin miedo, que con tan intrépido denuedo se apoderó de la ciudad de Évora; habria que nombrar sobre todo á D. Fias Roupinho que fué á morir delante de Ceuta, y que en cabeza todas las glorias marítimas de que se envanece Portugal. Pero nos falta el espacio para contar tantas hazañas esplendorosas. Y por otra parte el carácter particular de esta obra no nos obliga á citar únicamente las glorias militares, pues exige que demos á conocer el movi-

(1) Juan III, príncipe amigo de las letras, quiso que se publicase esta crónica inédita.

miento intelectual, las costumbres nacionales y tambien los monumentos.

El espacio dedicado á la narracion de las batallas es necesariamente para nosotros muy limitado. Alfonso Henriquez era no solo un príncipe guerrero, sino tambien un príncipe lejislador, un fundador de ciudades y monasterios; en 1148, el 2 de febrero, puso la primera piedra del convento de Alcobaza, y he aqui con qué motivo: si damos crédito á los antiguos historiadores, en medio de la vida agitada que llevaba en los campamentos, y aun despues de la famosa asamblea de Lamego, el primer rey de los Portugueses habia conservado relaciones con San Bernardo y en 1147, poniéndose en camino desde Coimbra para ir á tomar á Santarem, habiendo llegado á una montaña llamada Sierra de Albardos hizo el voto, si llevaba á feliz término aquella empresa, de dar á San Bernardo y á los religiosos de su órden *todas las tierras que veia desde aquellas montañas por el lado por donde las aguas se dirijan hácia el mar*. Omitiremos los milagros que acompañan esta narracion. Lo cierto es que el monasterio Clarvalense envió á Alcobaza sus primeros religiosos, y que el abad Ranulfo, que los dirigió bajo Alfonso Henriquez, fué enviado por San Bernardo. En este noble monasterio el mismo hermano del rey De E' Pedro Alfonso, tomó el hábito religioso, despues de haber peleado valerosamente y de haber desempeñado una embajada en Francia. No se contentó D. Alfonso Henriquez con esta fundacion magnífica. El arcedian de la catedral de Coimbra, D. Tello, habia formado, bajo el título de Santa Cruz, un instituto religioso destinado á suministrar predicadores á las tierras recién conquistadas. Ya desde 1132 se habia refugiado allí con algunos compañeros, adoptando la regla de San Agustín, y le habia cabido la gloria de ser el maestro espiritual de San Teotonio. Alfonso Henriquez engrandeció este edificio religioso y mandó levantar la iglesia donde debia colocarse su sepulcro.

Lisboa, Coimbra, Santarem, todas estas ciudades donde el clero iba estableciendo mas y mas por cada dia su poder, todas estas ciudades, digo, ofrecian una poblacion mixta, católica y musulmana, cuya posicion respectiva es curioso conocer, aunque sea de un modo jeneral á falta de una descripcion mas larga; vamos á bosquejar este cuadro en el párrafo siguiente:

RELACIONES DE LOS MOROS CON LAS POBLACIONES CRISTIANAS DURANTE LOS SIGLOS XI Y XII.

Los antiguos monumentos de esta época nos mueven á creer que estas relaciones eran mas pacíficas, mas fáciles en las ciudades, y hasta en ciertos establecimientos lejanos de los centros de poblacion, de lo que á primera vista podria uno presumir. Si por una parte el decreto que Albocasem, rey de los Moros de las cercanías de Coimbra, promulgó á favor de los monjes de Lorvao, nos prueba estas disposiciones pacíficas y hasta diremos benévolas, de parte de los Musulmanes, ciertos documentos recién exhumados nos prueban que hubo reciprocidad de parte de los conquistadores cristianos. Todo nos inclina á creer que tras aquellas terribles y esterminadoras batallas, en las que el principio religioso enardecido hasta el frenesí, se mostraba como móvil primero, las poblaciones volvian á barajarse y establecian entre sí transacciones políticas y comerciales como antes. Despues de la toma de Lisboa, los Moros tuvieron en D. Alfonso Henriquez un protector declarado. Este príncipe les dió garantías públicas, que les conservaban ciertos derechos respecto de las poblaciones cristianas, y una obra recién publicada prueba que en 1218 dió este rey un decreto que ponía al abrigo de todo daño á los Moros de Lisboa, de Almada, de Palmella y de Alcacer (1). Fácil fuera multiplicar los pormenores secundarios que se enlazan con este hecho histórico; en el mismo Edrisi se ve

(1) Véase *Cuadro elementar*, t. I p. 95.

a un autor árabe elojiar la singular hospitalidad de los monjes de San Vicente para con todos los estranjeros. Una de las mejores pruebas de que estas relaciones redundaban á veces en ventaja de las poblaciones cristianas es que existen documentos en los que se ven sacerdotes católicos que llevan nombres musulmanes (1). Estas conversiones se efectuaban por una multitud de medios ora por predicaciones sostenidas, ora por circunstancias estrañas que han dado lugar á ciertas leyendas. Permitaseme citar de ello una prueba de un libro poco consultado; fuera de esto solo damos este hecho como tradicional, y como dando á conocer las costumbres de este período.

SOR ROSIMUNDA, LEYENDA DEL SIGLO
DUODÉCIMO.

Jorje Cardoso refiere que en la época en que vivía el conde D. Henrique, el padre del rey cuya historia escribimos, habia en el convento de Arouca una abadesa jóven y hermosa que tenia una gran fama de santidad; los grandes de la tierra acudían á implorarla en sus cuitas, y los pobres se encomendaban humildemente á sus oraciones. El mismo conde Henrique, á la vispera de las batallas que daba á los Moros, visitaba á la abadesa del convento de Arouca, de donde salía mas fuerte y valeroso. «Ahora pues, un dia dice el viejo historiador, que el conde habia ido á visitarla, habia llevado consigo á un moro, noble y mozo. Luego que este hubo visto á la abadesa tan digna sin embargo de respeto, su alma quedó prendado de su hermosura en términos que confesó al conde que abrazara el cristianismo, si se la daban por esposa; pero el conde hecho cargo de la imposibilidad de aquel enlace, le desengañó en el acto. Enterada pues de lo ocurrido, Rosimunda dijo una oración fervorosa, rogando á Dios que iluminase su alma; en seguida mandó prevenir al conde que llevase consigo al moro á la iglesia y acom-

pañada de sus hermanas, le aguardó á la puerta del lugar santo; luego cuando hubo llegado, le cojió por la mano y le dijo:

«Tú me has amado ardorosamente, y has deseado logrrarme por mujer; el conde te lo ha negado, pero lo que él no puede, mi Señor Jesucristo va á hacerlo. El quiere que entrambos estemos unidos en una misma fe, y que gocemos de la misma gracia.» Habiendo despues penetrado el Moro en la iglesia, tocado por el espíritu divino, se convirtió. ¡Fué un grande y perfecto Cristiano!»

FUNDACION DE CIERTAS ORDENES RELIGIOSAS. MUERTE DE D. ALFONSO HENRIQUEZ.

Un ingenioso escritor ha supuesto hace poco, no sin algun fuudamento, que los cuerpos armados de los musulmanes, prontos siempre en la raya para pelear por la fe, podian haber tenido cierto influjo en la fundacion de las órdenes militares en la península. Si pudiésemos estendernos sobre este punto, seria curioso desenvolver este hecho histórico, é iniciar al lector en la vida guerrera de los dos pueblos y en la analogía que podian presentar sus instituciones. Nos contentaremos con recordar aquí que Alfonso Henriquez fundó en Portugal dos órdenes que alcanzaron una celebridad muy diversa, y cuyos miembros le ayudaron en sus lides incesantes contra los Moros; la una era llamada *da Asa de San Miguel*, ó del ala de San Miguel; estinguióse luego; la otra tomó el nombre de Aviz, y tuvo una carrera gloriosa. La primera fué instituida en 1167 en Alcobaza en memoria de la conquista de Santarem; la segunda llevó al principio simplemente el nombre de *Oraem Nova* (orden nueva); componíase de caballeros sujetos á ciertas reglas religiosas, pero que no tenian aun establecimiento fijo. La utilidad de esos hombres valerosos y denodados no se ocultó al rey; quien los sometió á la regla de San Benito. D. Pedro Alfonso, su hermano ilegítimo, fué

(1) *Memorias de literatura*, t. v. c. i.

su primer gran maestre, en 1147; hacia 1165, residieron en Évora, recién conquistada por Giraldo *sem pavor*; y la *orden de Évora* (tal era la denominación que le habían impuesto) reconoció la obediencia de la orden mucho mas antigua de Calatrava; no tomó el nombre de Aviz sino cuando D. Alfonso II lo hubo mandado trasladar en 1211 á la ciudad que luego fué ilustrada por dicha orden.

Ayudado por sus buenos caballeros, Alfonso Henriquez prosiguió su carrera militar con éxito vario, pero siempre gloriosamente. Sezimbra, Palmella, ciudades moriscas, cayeron en su poder, y en 1169, vió llegar por fin la bula pontificia del papa Alejandro III que lejitimaba la eleccion del pueblo.

No obstante esta prosperidad recibió un golpe; habiéndose suscitado serias desavenencias, por los años de 1178, entre el rey de Portugal y D. Fernando su yerno, rey de Leon, señaló los postreros dias de Alfonso una guerra funesta, con motivo de algunas tierras situadas en el pais de Galicia. Tuvo que pelear contra un aliado y contra cristianos; y lo hizo con éxito diverso. Un accidente cruel le entregó á su yerno; saliendo precipitadamente de Badajoz, su caballo le restregó fuertemente contra uno de los hierros de la puerta, y cayó á algunos pasos de allí. Trabajó en aquel mismo sitio un combate terrible entre las tropas del anciano rey y los Leoneses; y á pesar de los esfuerzos de su hermano, Alfonso Henriquez tuvo el sentimiento de verse á la merced del rey de Leon. D. Fernando se mostró, segun dicen, tierno y respetuoso con su prisionero; tratóle como á verdadero padre, segun afirma Pedro de Mariz, y rehusó todo rescate. Contentóse con la restitucion de las tierras que se le habian quitado en el pais de Galicia, mas lo que no pudo hacer sin duda fué que se borrara de la memoria del anciano guerrero el recuerdo roedor de una derrota. Sin embargo Alfonso Henriquez sobrevivió algunos años, á este acontecimiento memorable;

hallábase en Coimbra cuando le acometió la enfermedad de que murió, y espiró el 6 de diciembre de 1185, á la edad de setenta y seis años y cuatro meses. El sepulcro de ceniza que encierra sus cenizas le fué erijido por Juan III. En el siglo diez y seis, se abrió el antiguo sepulcro del convento de Santa Cruz, y uno de los mayores poetas de que blasona Portugal pudo contemplar á aquel á quien el pueblo llamaba el *Santo Rey* (1). El tiempo habia respetado su cuerpo, es del corto número de los fundadores de reinos cuya memoria no puede perecer.

DON SANCHE I.

Los reinos que van á seguir, hasta la época del rey Diniz, no están saltos seguramente de interés histórico, como que señalan además un período durante el cual se efectuó una grande elaboracion relijiosa y política, puesto que el estado llano adquirió imperceptiblemente una importancia que no habia tenido. No obstante estos esfuerzos del clero, esta formacion de una organizacion nueva de parte de los consejos, tienen relacion mas bien con el Portugal y sus instituciones interiores que no hacen prever todavía una época histórica imponente para los extranjeros. Precisados á ceñirnos en un estrecho cuadro, tenemos prisa por llegar á los reinados que preparon la gloria de Portugal, si es que ya no la comenzaron. Dirémos pues rápidamente los acontecimientos que constituyen este período de transicion, por no romper entre sí completamente la cadena que los enlaza.

De su casamiento con Doña Malal-da, hija de Amadeo III, conde de Saboya, Alfonso Henriquez habia tenido siete hijos y cuatro hijas, sin contar los hijos ilegítimos que le reconocen los historiadores. D. Henri-

(1) Cidade rica do Santo,
Corpo do seu rey primeiro
Que inda vimos com espanto
Ha tao pouco tempo inteiro
Dos annos que podem tanto.

La de Miranda, carta 5, est. 9.

que, el mayor de todos, murió de edad tierna, y D. Sancho I, que había nacido en Coimbra el 11 de noviembre de 1154, vino á ser rey de Portugal. Príncipe guerrero, imitó de muy temprano á su padre, y ya á la edad de catorce años le vemos figurar en la batalla de Argañal, donde mandaba el ejército de Leon, y en la que permaneció la victoria indecisa.

D. Sancho se había casado á la edad de veinte y un años con Doña Dulce, hija de D. Ramon, príncipe de Aragon; inmediatamente despues de las bodas reunió, en 1178, un pequeño ejército de doce mil hombres y fué audazmente á llevar la guerra á los Moros en el territorio de Sevilla. Alcanzó sobre ellos una brillante victoria, y á su regreso á Portugal, sabedor de que la ciudad de Elvas estaba sitiada por los Musulmanes, corrió al socorro de esta ciudad, la libró de los enemigos que la cercaban, y fué á dar las gracias á Dios de tantas victorias en el monasterio de Tarouca, del que vino á ser uno de los mas zelosos bienhechores.

Tras la muerte de Alfonso Henriquez, D. Sancho sucedió á su padre, y fué coronado en Coimbra el 9 de diciembre de 1185; tenía á la sazón treinta y un años, segun lo prueba Antonio Brandao, y no treinta y ocho, como pretenden algunos historiadores. Príncipe guerrero en su estremada juventud, rey pacífico cuando comenzaba á llegar á la edad madura, D. Sancho mereció entonces el sobrenombre de *Povoador* que la historia le ha dado. Dió un vivo impulso á la agricultura, fundó muchísimos pueblos y monasterios, y se mostró tan jeneroso con las órdenes militares, que no solo, segun dice un historiador portugués, concedió á aquellos servidores de Dios lo que él tenía, sino lo que esperaba tener. Estas larguezas se esplican fácilmente; el Portugal se hallaba guardado á la sazón por aquellos hombres revestidos de cota de mallá y del escudo de la fe. Basta por otra parte leer las crónicas contemporáneas para ver el aliento y el denuedo

de aquellos soldados, dispuestos siempre á sacrificarse por el triunfo de la ley de Cristo.

No pudo mantenerse siempre Don Sancho en este estado de paz que tambien sabia utilizar en beneficio de los pueblos; los Moros renovaban sus embestidas. Pero sobrevino entonces uno de aquellos felices acontecimientos que habian señalado el reinado de Alfonso Henriquez; una escuadra que hacia rumbo para la Palestina se vió precisada por el temporal á guarecerse en algun puerto de la península. Estos bajeles del Norte entraron en el Tajo, y los valerosos soldados que conducian á la conquista de los santos lugares ayudaron á D. Sancho á apoderarse del pais de Algarve. Fiel á su sobrenombre de *Povoador*, el segundo rey de Portugal fundó entonces la catedral de Silves, que habia de ser la silla de un obispado famoso; y despues añadió á sus títulos el de rey del pais de Algarve. No obstante este segundo reino fué muy efímero; por cuanto desde 1188 hasta 1190 Ben Yusuf, entrando en Portugal con una hueste poderosa, arrebató á D. Sancho su nueva conquista, que ya miraba como un estado cristiano.

Ya no hay mas hechos de armas que señalar en la historia de D. Sancho; pero debemos señalar sí una costumbre muy loable y que fué imitada por algunos de sus sucesores. Persuadido de que era necesaria su presencia para consolidar lo que habia fundado, empleó lo restante de su vida en recorrer el reino y en dar un vivo impulso á todas las faenas agrícolas. El vasto monasterio de Alcobaza, comenzado por su padre, fué por él continuado con admirable perseverancia; mostróse, como Alfonso Henriquez, el piadoso protector de los monjes de san Bernardo, porque habia comprendido que toda cultura intelectual se estaba elaborando entonces en el claustro. Durante largo tiempo fué Alcobaza á un tiempo el punto central de donde emanaban las discusiones científicas relativas á la teología y el asilo conservador en el que se reunian los documentos históricos que forma-

ron despues los archivos del pais. Los inmensos privilegios otorgados á este monasterio, porque le hacian independiente del poder real le ponian en estado de ofrecer un asilo á los hombres cuya cultura intelectual estaba ya adelantada, y que no siempre podian someter su activo pensamiento al principio inmovible del poder feudal. Las guerras que hubo que sostener á fines del siglo XII, el conjunto de los trabajos que hemos indicado, si no constituyen cabalmente un reinado glorioso, hacen del período en que reinó D. Sancho una época mas memorable todavía. Acometido de una grave enfermedad al cabo de veinte y seis años de luchas y de útiles tareas, este rey falleció en Coimbra el 27 de marzo de 1211; tenia entonces cincuenta y siete años. El papa Inocencio III ratificó su testamento, y dicen que dispuso en aquella acta de sumas verdaderamente cuantiosas para aquel tiempo. Durante largos años descansó al abrigo de la iglesia de Coimbra, pero fuera del edificio, segun lo exijia el concilio de Braga; mas tarde se le admitió en el interior del templo. Su sepulcro existe todavía en santa Cruz.

DON ALFONSO II.

Un escritor ordinariamente severo, D. Agustín Liaño, no escasea los elogios al tratar de la historia de este rey. Véla toda llena de victorias gloriosas, de un valor sublime, que se opone á la astuciosa ambición de los malos sacerdotes; prueba la aparición de un código de leyes en el que brillan la moral y la ciencia de la justicia. Fuerza es confesar que la sagacidad del historiador ha sabido reconocer aquí hechos capitales y virtudes esenciales, que no siempre han querido poner de manifesto los escritores eclesiásticos que han escrito sobre este reinado.

D. Alfonso nació en Coimbra, el 23 de abril de 1185; tenia veinte y seis años cuando subió al trono, el 27 de marzo de 1211; habia casado, en 1201, con doña Urraca, hija de Alfonso IX, rey de Castilla. El ad-

venimiento de D. Alfonso II al trono fué seguido casi inmediatamente de un acto de jenerosidad, motivado por otra parte por la alta reputación militar de los que eran objeto del mismo; dió la ciudad de Aviz á los caballeros de este nombre, que hasta entónces habian residido en Évora, y el gran maestre, D. Fernando Janes, salió de aquella ciudad para ir á ocupar su nueva residencia. En 1812, vemos á D. Alfonso II tomar parte en uno de los mayores hechos de armas que hayan ocurrido en la Península durante la edad media; asistió á aquella batalla de las *Navas de Tolosa*, que el arzobispo Rodrigo refiere de un modo tan dramático, y que los mismos historiadores árabes no pueden menos de señalar como el arranque de la ruina del islamismo en aquellos paises por ellos tan llorados (1).

Los años que sucedieron á esta expedición guerrera fueron señalados por disensiones de familia, por revueltas en palacio; el papa intervino echando mano de las censuras eclesiásticas, y el rey haciendo marchar tropas. De resultas de estas luchas borrascosas dos hermanos del rey, D. Pedro y D. Fernando, abandonaron el pais para siempre; el primero, despues de haber servido á Carlos, rey de Leon, pasó á Marruecos, peleó algun tiempo en el ejército del emperador musulman, poseyó alternativamente á Urjel y Mallorca, y acabó por ser señor de la ciudad de Segorbe; el segundo, despues de haberse casado con la hija del emperador Balduino, se distinguió en Bouvines, fué hecho prisionero por los Franceses, encerrado en el Louvre, y acabó por ir á morir en Noyon. ¡Estraño destino de dos hermanos! el uno comienza aquellas relaciones con el Africa que se renovaron mas tarde bajo condiciones tan diversas; el otro pasa á Francia, y continúa entre los dos paises aquellas relaciones que pudieran interrumpir á veces los borrascosos acontecimientos de la edad media, pero

(1) Véanse las *Memorias de la Academia de ciencias de Lisboa*.

que nunca quebrantaron completamente.

Una lucha no menos viva ajitó los últimos años de este reinado. D. Sancho había querido afianzar al morir el porvenir de sus dos hijas, Teresía, la viuda del rey de Leon, y la infanta doña Sancha, pero no había definido bien claramente la naturaleza de los derechos de estas sobre ciertas concesiones territoriales que les hacía; corrieron á las armas, intervino el clero, y los partidos se calmaron cuando una porcion de riquezas dejadas por D. Sancho se hubieron consumido en hostilidades desastrosas. «De este modo se apaciguó por el momento, dice juiciosamente Schoeffler, una contienda de familia en la que no escitan nuestro interés ni la prevision del padre, ni la ternura del hermano, ni la delicadeza de las hermanas, ni la equidad del juez.»

Bajo el reinado de Alfonso II, mas bien que bajo su direccion, ocurrió en 1217 el sitio de Alcosor do Sal. En esta época, una escuadra compuesta de trescientos buques, mandada por Guillermo de Holanda y Jorje de Wied, habia salido de los Países Bajos y de la Frisia para ir á reconquistar el santo sepulcro, á instigacion del papa Honorio (1). Esta escuadra formidable recaló en Lisboa para reparar sus naves, y prestó un auxilio poderoso á los prelados guerreros quienes, uniendo sus esfuerzos con las órdenes militares, expulsaron á los Moros de Alcazar. La historia reconocida ha consagrado el nombre del arzobispo de Lisboa D. Sueiro, á cuyo valor se debió en aquella ocasion la conquista de una de las plazas mas importantes que hubiesen conservado los Moros en la Península.

Esta lucha con los Moros no fué la última; dígalo la victoria de Elvas, que alcanzó el soberano de Portugal. A pesar de la participacion bien comprobada de este rey en varios combates, un historiador aleman, que citamos con gusto, no se atreve á de-

clararse en punto al valor real de Alfonso II. Como príncipe guerrero es muy cierto que la obesidad de que desde muy temprano se vió afligido, y que le hizo dar el apodo de *Gordo*, hubo de oponerse á que menudease las operaciones militares contra los Musulmanes. Hay otro género de gloria que no cabe contestarle: otorgó franquicias á varios concejos, y en las cortes de Coimbra, que fueron convocadas en 1211 promulgó varias leyes fundamentales, llenas de sabiduría y de humanidad, cuyo objeto fué, segun ya lo llevamos indicado, «afianzar la libertad individual, la propiedad, abolir impuestos demasiado pesados, regular los derechos civiles de los ciudadanos, evitar juicios precipitados en los negocios contenciosos, fijar los derechos de la iglesia y del clero.»

Las restricciones impuestas á este brazo poderoso fueron cabalmente el origen de la amargura de los postreros días del hijo de Sancho, y habiéndose el arzobispo de Braga declarado en 1220 defensor de los derechos del clero se lanzó contra él el anatema. En vano intervino Honorio III, renovóse la escmunia, y el rey bajó con ella al sepulcro. Don Alfonso murió en Coimbra, el 25 de marzo de 1223; á la edad de treinta y ocho años cumplidos, de los que habia reinado doce. Un historiador ha caracterizado á este rey recordando que su conducta vino á ser un anacronismo para el tiempo en que vivió.

DON SANCHE II, APELLIDADO SANCHE CAPELO.

El sucesor de Alfonso II habia nacido en Coimbra, el 8 de setiembre de 1202. Ya desde su niñez habia dado pruebas de debilidad física, y era obvio prever que este bisnieto de Alfonso Henriquez no heredaría la firmeza que habian mostrado los hombres de esta estirpe. No estuvo sin embargo, como se ha supuesto privado completamente de virtudes guerreras, y su expedicion de Alentejo, en 1225, lo prueba bastante. Marchó allí contra los Moros á la ca-

(1) Véase M. Glay, *Histoire des Comtes de Flandre*.

beza de una hueste crecida. Desde su elevacion al trono habia seguido una línea de conducta diametralmente opuesta á lo que tan valerosamente habia adoptado su padre, y se habia reconciliado con el clero: este paso tuvo para él las resultas mas aciagas. Sin embargo se ha dicho con razon que este príncipe hubiera tenido un reinado cuyos actos hubiera podido la historia dejar pasar con indiferencia, si no se hubiese entregado á una loca pasión por una mujer ajada por la reprobacion jeneral. Hablamos de Doña Mencia, hija de D. Lopez de Haro, cuya peregrina hermosura no se cansa de ponderar los cronistas, al paso que recuerdan con indignacion su refinada doblez. Estos tristes años en los anales portugueses no ofrecen ningun interés á la historia jeneral; nos contentaremos con decir que D. Sancho, entregado á todos los placeres, paró en esclavo de sus privados, que el clero favorecido al principio, se creyó oprimido despues, que recurrió á Roma, y que el papa amenazó luego al apocado D. Sancho con las censuras eclesiásticas. Pasóse entónces un hecho bien significativo. Un decreto que no cabe atribuir á ideas prematuras de tolerancia, autorizó á los judíos á comprar ciertos cargos públicos.

De todos los actos del rey este fué sin duda el que mas vivamente provocó la indignacion de ciertas clases contra él. El odio vino á ser jeneral cuando á instigacion de Doña Mencia y de los palaciegos que le rodeaban, hubo recargado los impuestos. Un erudito portugués ha resumido perfectamente esta época desastrosa. Los grandes habian pedido el despido de los ministros, pero la reina dice el señor Casado Giraldez, por gratitud con los privados que la habian colocado en el trono, obró de modo que el rey faltó á la palabra que le habian oído dar á sus vasallos. Los nobles, indignados se quejan al papa, quien tras varias advertencias, lanza un eutredicho sobre el reino. El temor obliga al rey á prometer la reforma de todos los abusos; pero puede mas en él toda-

vía el amor por Doña Mencia. Los habitantes de Entre Duero y Miño, cansados de las vejaciones que la reina les imponia, se levantan al mando de Raimundo Viegas Porto, gobernador del castillo de Ourem; se adelantan hácia Coimbra, donde el pueblo se junta con ellos y arrancan del palacio á Doña Mencia, que se llevan consigo. El rey quiere seguir á los raptos, mas no es obedecido, y Doña Mencia es conducida á Castilla, donde muere sin haber podido volver á ver á su marido. El apocado monarca no varia por esto de conducta. Los obispos, los prohombres eclesiásticos se afanan de mancomun en efectuar su deposicion, y proponen elejir en su lugar á su hermano D. Alfonso. El sumo pontífice es de los primeros en reconocer á este príncipe, y manda á los Portugueses someterse á esta decision para evitar las censuras eclesiásticas.

Ocurria esto en 1244, y la historia nos ha conservado los nombres de los grandes del reino que pasaron á Lion á quejarse ante Inocencio IV. Vemos figurar al lado del arzobispo de Braga y del obispo de Coimbra á dos personajes de la alta nobleza y en esta circunstancia, la presencia de Ruy Gomez Britiros y la de Gomez Viegas, prueban la alianza bien positiva que se habia hecho por la nobleza con el clero para deponer al rey. El tercer cuerpo del estado que desde esta época iba tomando cierta consistencia política, fué mas leal; y si hubiese habido en D. Sancho *Capelo* (1) una sombra de enerjía, hubiera podido hallar en los miembros de los concejos que entónces se estaban constituyendo, defensores tales que todo hubiera cedido á su fuerte impulso.

Un hecho esencial digno de notarse es que en Paris fué donde el vicario de D. Sancho, ó si se quiere, el rejente del reino, juró ante los enviados portugueses las condiciones que le fueron impuestas. El infante D. Alfonso llamado por una faccion á gobernar al Portugal, era por su mujer, la condesa Matilde, conde so-

(1) D. Sancho el de la Cogulla.

berano de Boloña. Nacido en 1210, casado en 1235, sus costumbres debían de ser completamente francesas y es fácil reconocer por los actos ulteriores el influjo que resultó de esta larga permanencia en el país que al principio había adoptado.

Un dominico, F. D. Gil, fué el encargado de presentar á D. Sancho el acta de su deposición. Nada había omitido el papa para asegurar la ejecución de este acuerdo supremo, que el enérgico Agustín Liaño, califica en su áspero lenguaje, como lo hacen todos los hombres independientes; los frailes de San Francisco fueron los encargados de cumplir el grande acto de la deposición. A pesar de las precauciones adoptadas por Inocencio IV, no estaba perdido un rey que contaba entre sus fieles vasallos almas perseverantes en su heroísmo, como un Martín de Freitas y un Fernán Roiz Pacheco. Su molición en la resistencia trajo su escamunión, y debemos repetir aquellas palabras del escritor cuyo nombre se ha colocado naturalmente debajo de nuestra pluma al tratar de las pretensiones de Roma: «Sancho después de haber hecho algunos esfuerzos que el influjo del papa inutilizó de todo punto, pensó que era mas cómodo santificar su pereza;» retiróse con efecto á Toledo, donde había de morir luego.

DON ALFONSO III.

En 1248, esto es, algunos meses después de haber pronunciado el juramento que se le exigió en París, entró D. Alfonso en Portugal, con el título de *Refedor*. Ya á su llegada pudo ver por la frialdad del pueblo y la resistencia de algunos grandes vasallos, que su presencia no era bien vista; y Fernando Lopez advierte con razon que el nieto del mismo conde de Boloña es el primero en ajar con una nota de infamia la conducta de Sueiro Becerra y de sus hijos, que sin ser sitiados entregaron las fortalezas que guardaban por D. Sancho en el país de Beira.

Todas las simpatías de los antiguos

escritores se encaminan, al contrario, á aquellos dos dechados de la lealtad portuguesa que el Camoens ha celebrado en tan nobles versos y que Duarte Nuñez de Liao ha eternizado haciendo simplemente su narración. El uno Fernando Roiz Pacheco, que mandaba en Celorico, en el país de Beira, supo hacer levantar el sitio de la fortaleza que mandaba, empleando una estratagemma que sin duda ha hermoñado la leyenda; el otro, Martín de Freitas, habiendo prestado juramento en manos de D. Sancho como alcaide del castillo de Coimbra, juró defender esta fortaleza hasta morir, á menos que el mismo rey le absolviese de aquel empeño. En vano D. Alfonso hizo sufrir al noble vasallo todas las privaciones de un sitio, cuyo horror solo puede pintar un escritor de la edad media: el alcaide permaneció fiel á D. Sancho aun mas allá del sepulcro; cuando este rey destronado murió en Toledo en 1246, Martín de Freitas no se tuvo aun por exento de su juramento; salió secretamente de la fortaleza de Coimbra, y pasó á España para saber la verdad. Pero nada puede reemplazar aquí la injénua narración del viejo escritor.

«D. Martín fué á Toledo; y aunque sabia por todo el mundo que el rey D. Sancho habia muerto, aunque le mostraron el lugar donde estaba enterrado, esto no le satisfizo. Para mayor certeza, mando levantar la losa que le cubria, y cuando hubo visto que era él en efecto, cuentan que quiso ante testigos cumplir en un todo las promesas del homenaje; puso las llaves de la fortaleza al brazo derecho del rey D. Sancho; y luego sacando de este hecho acta pública, estendida por los notarios cuya presencia habia requerido, mandó cerrar la tumba.»

De vuelta á Coimbra, entró de noche y secretamente en el castillo; y al día siguiente por la mañana envió á decir al conde reconocido ya por rey, que fuese á recibir el castillo, que ya podia entregarle D. Martín de Freitas. El rey pasó á la fortaleza y el mismo alcaide fué á abrirle la

puerta. Entónces tomando á su mujer é hijos por la mano, los puso fuera diciendo:

«Dejemos este castillo á quien pertenece.»

«En seguida hincando una rodilla ante el rey y teniendo en la mano las llaves de la fortaleza, las levantó y dijo:

«Señor, puesto que Dios ha sido servido de llamar á sí á D. Sancho, vuestro hermano, tomad vuestras llaves y vuestro castillo. En adelante os tendré por rey; y al mismo tiempo mostró á D. Alfonso las actas que habia mandado estender en Toledo, para su honor y en su descargo.

«Un caballero que estaba allí presente le preguntó porque no pedia perdon al rey de todas las incomodidades que le habia causado, y del daño que le habia hecho, dejando matar y herir á tanta jente, y negando durante tan largo tiempo á su soberano la entrada de una plaza que le pertenecia.

«Y como D. Martin de Freitas queria disculparse y mostrar que no cabia esperar de él cosa semejante, el rey acudió luego en su ayuda, diciendo que D. Martin no tenia para que pedir perdon, que no habia cometido ninguna falta, sino que muy al contrario, su accion valerosa era digna de un buen y de un leal caballero, que en memoria de este hecho, le devolvía el castillo para que él y sus descendientes lo guardasen, sin que ni él ni sus sucesores estuviesen obligados á prestar el juramento de fidelidad.

«D. Martin contestó al rey que tenia aquel ofrecimiento por una gran cortesía, pero que por ningun término lo aceptaba, y que maldecia á sus hijos, á sus nietos y á todos sus descendientes, si por un castillo venian á prestar homenaje á rey ó á cualquiera otra individuo.

«He aquí la lealtad portuguesa.»

D. Alfonso tenia tanta enerjía como dejadez tenia su hermano. Pronto pudo pacificar el interior, y se aprovechó de estos momentos de tregua, tan raros siempre durante el siglo XII, para edificar monumentos públicos y ceñir de muros algu-

nas ciudades. Fundó ciertas ferias exentas de derechos, que vinieron á ser el centro de un comercio activo; llamó á estranjeros que hicieron revivir la industria; y además determinó el precio del oro, de la plata y el de los otros metales.

CONQUISTA DEL REINO DE LOS ALGARVES.

El gran negocio político de D. Alfonso fué al parecer la conquista de los Algarves. El modo con que este pequeño reino cayó en manos de los Cristianos es sin duda un curioso episodio histórico, sentimos que los límites de este bosquejo nos obliguen á abreviar la narracion. El nombre de *Algarve* significa propiamente *pais situado á poniente*; y se ha dicho con fundamento que bajo esta denominacion jeneral se designaba en otro tiempo un pais mucho mas estenso. Desde 1189, despues de la toma de Silves, Sancho habia adoptado el título de rey de los Algarves; pero las victorias de los Moros le habian obligado á dejar de llevarlo. Sin embargo no habian cesado las guerras parciales contra los Musulmanes de este pais, y un valeroso caballero, Payo Perez Correa, habia descollado en los Algarves contra los Moros. Habia sido nombrado gran maestre de la órden de Santiago en Castilla; pero era portugués, y cuando D. Alfonso, en 1249, trató de renovar la guerra contra los Moros de los Algarves, se dirigió á él. La primera expedicion, combinada por mar y tierra, produjo los resultados que de ella se esperaban; la ciudad de Faro se entregó desde luego á los Portugueses, y los Moros que formaban su poblacion solo exigieron, para ponerse en manos de los Cristianos, la conservacion de sus propiedades y el libre ejercicio de su culto.

Nótase en la historia de la conquista de los Algarves una relacion toda caballeresca, cuya autenticidad está bien comprobada, y que tiene cierta analogía con la crónica de los siete infantes de Lara, que la historia moderna, harto escéptica á nues-

tro ver, desecha entre las leyendas. Había ajustado una tregua con los Moros, y los Cristianos y aquellos vivían sin desconfianza en medio de las poblaciones musulmanas de las cercanías de Tavira, cuando les ocurrió á seis caballeros mozos portugueses ir á una cacería. Estando divirtiéndose fueron atacados alevosamente por los Moros, y mientras que se defendían con valor heroico, un mercader cristiano que atravesaba el país corrió en su ayuda, después de haber distribuido entre sus compañeros las mercancías que llevaban al país de los Moros. Los siete cazadores perecieron todos; pero la lucha fué digna de aquellos tiempos caballerescos, y los immortalizó. Payo Correa informado de aquella traición, vengó á los siete cazadores. La linda ciudad de Tavira cayó en poder de los Cristianos. Esta pérdida acabó de arruinar el resto del poderío que los musulmanes habían conservado en esta parte de la Península. Mas tarde enterraron al gran maestra de Santiago en la mezquita que él había convertido en iglesia; y allí descansa todavía cerca de los valientes celebrados por Camoens.

Se ha suscitado una grave discusión histórica con motivo de la conquista de los Algarves; se ha supuesto que el Portugal debía por este feudo homenaje á Castilla. El erudito Schoeffer ha demostrado muy bien que la España había dejado ejecutar libremente las conquistas que incorporaron este país á Portugal. Resulta además de las pesquisas terminantes de José Barbosa y de algunos otros escritores que desde 1253 hasta 1264, los reyes de Castilla fueron simplemente usufructuarios del Algarve; en esta última época, el derecho que exigían como soberanos se convirtió en un socorro de cincuenta lanzas, con que el Portugal debía ayudar á Castilla en caso necesario. Durante el año 1267 este derecho quedó abolido, según se verá después.

Los historiadores, unánimes todo en reconocer en D. Alfonso III el valor y la firmeza de un gran rey, son unánimes también en calificar

su conducta con su primera esposa. Ya fuese que Matilde, condesa de Boloña, fuese de edad algo avanzada y estuviese privada de hermosura á sus ojos, ya fuese que temiese no poder tener herederos á quienes transmitir la corona, casóse, en 1233, con doña Brites, hija ilegítima de Alfonso el sabio, que la historia nos representa como esposa tan rendida, y como hija afecta siempre al rey. á quien sus demás hijos llenaron de amargos sinsabores. Citando se preparó para contraer este enlace, no pudo Alfonso III conseguir la invalidación del primero; las censuras eclesiásticas le cayeron necesariamente encima; y la lucha porrascosa que resistió la excomunión no cesó sino después que Matilde hubo dejado de vivir. Hasta entónces no pudo Urbano IV alzar el entredicho que afligía al reino, dando las dispensas necesarias para legitimar un casamiento contraído contra las leyes de la moral y de la iglesia. Por lo que hace á la condesa de Boloña, su alma jenerosa había ya perdonado mucho antes, y su testamento contenía un legado cuantioso á favor del esposo ingrato á quien pudo citar ante el tribunal de la iglesia, pero á quien nunca había cesado de querer.

Liaño, que afea la conducta de Alfonso III en lo que tiene de vituperable, pero que reconoce las grandes prendas de este príncipe y sus bellas instituciones, recuerda que hay que subir á su reinado para hallar el verdadero origen de la hermosa lengua portuguesa, á la que hace justicia á pesar de ser el castellano (1). También fué esta una época memorable para el desarrollo de los derechos municipales, de modo

(1) El *Cancioneiro dos Nobres*, publicado por L. Stuart, contiene ciertos trozos que debemos hacer subir al siglo XII; pero la lengua no toma el carácter poético que siempre ha conservado hasta la época en que Alfonso el Sabio pudo escribir en gallego, ó, si se quiere en portugués, sus Elogios á la Virgen. Véase á Argote de Molina, *Nobleza de Andalucía*. Véase también sobre la formación de la lengua portuguesa un excelente trozo de Joao Pedro Ribeiro, *Dissertações chronológicas criticas*.

que vemos marchar de frente así el movimiento intelectual como el sentimiento de una fuerte independencia que crea derechos á la nación.

D. Alfonso III murió en Lisboa, el 16 de febrero de 1279, á la edad de sesenta y nueve años, despues de haber reinado treinta y dos. Su cuerpo fué depositado primero en la iglesia de san Domingo; y en 1289, fué trasladado á Alcobaza (1).

ORGANIZACION DE LOS CONCEJOS EN PORTUGAL.

Este punto histórico, que tanto preocupa en el día á la Europa, es por lo común tan ajeno de los antiguos escritores de la Península, repugna, por decirlo así, tan completamente á sus simpatías, que quizás nos fuera imposible tratarlo actualmente, si nouviésemos delante el trabajo lleno de lucidez y de miras nuevas, recién publicado por un joven escritor, de que se honra Portugal. Le copiaremos algunos pasos, con el sentimiento de no poderle seguir mucho tiempo en sus consideraciones eminentemente orijinales (2).

«Cuando uno se ocupa de la clase popular en nuestro país, dice, ningún documento ofrece seguramente un interés igual al de aquellas cartas de concejos, que al organizarla le daban una existencia política, y que en realidad, la convertian en elemento social. Allí se halla el origen de la enerjía que fué siempre en aumento del estado llano; de allí se escapó la semilla impalpable que haciendo y vejetando en medio de las borrascas de la humanidad, de las transformaciones padecidas por la nación, produjo al cabo de seis siglos el árbol robusto de la libertad. Los pergaminos ennegrecidos por el tiempo en los que se escribieron en un lenguaje siempre bárbaro, é ininteligible á veces, los fueros del hombre laborioso, forman uno de los

monumentos mas santos del país. Allí se halla nuestro blason, el blason de nosotros que somos hijos del pueblo, aquellos son los libros de nuestra alcurnia influyentes y nobles en el día, porque la primera nobleza debe hallarse en el día en el trabajo, ó al menos así debería ser. Fuerza es pues que los estudiémos con una voluntad sincera... El estudio del carácter de estos concejos (*concelhos*) en su infancia y en su juventud, útil y moral para el conocimiento que buscamos, es inocente además; su existencia, sus luchas, la accion pública por ellos ejercida, todo esto es cosa muerta; es la historia; y lo mismo sucede con aquellos monasterios que fueron por largo tiempo, permítasenos la espresion, los municipios de la sociedad intelectual, el grande instrumento del proyecto del orden en el mundo de las ideas. Así es que acabó el antiguo *concilium* de nuestros abuelos, porque semejante al poder monástico, ha cesado de tener un valor social. Entre la naturaleza de la municipalidad moderna limitada en su corta accion administrativa, y la de los municipios fundados en los primeros tiempos de la monarquía, las relaciones que existen no pasan mas allá de la identidad que presenta el nombre... El concejo, tal como la edad media lo habia concebido y creado, seria una monstruosidad inasequible, y los que imaginasen restablecerlo en sus atribuciones, ó aun restituirle parte de la importancia que tuvo en otro tiempo, deberian, para ser lógicos y darle un significado, restablecer tambien las formulas feudales ó bárbaras que con su justa posicion le estampaban el color, la vida, el relieve, el valor social.

«Hemos visto á la sociedad portuguesa estendiéndose, desde su primer origen, fuera de las condiciones comunes en las otras sociedades en los siglos XII y XIII. Por lo tocante á las relaciones mútuas que las diversas clases tenian entre sí, y principalmente en lo tocante á estas relaciones con respecto al poder real, hemos visto que huia de las reglas feudales. ¿Cuál fué la causa de este

(1) Abrióse esta tumba en el siglo XVI, y causó admiración la vista de los restos de Alfonso III, que tenia 13 palmos de largo.

(2) El Señor Hercolano.

fenómeno? La misma que produjo una situación análoga en el país de Leon y en Castilla. El desenvolver este punto, el explicarlo, no puede ser aquí nuestro objeto, puesto que requiere un trabajo mas estenso. Basta decir que esta causa tuvo su origen en la tradicion visigótica, que jamás se estinguió en España, y que esta tradicion no era feudal, por cuanto la invasion de los Arabes al principio del siglo VIII no dió el tiempo necesario para que el sistema beneficiario se transformase en feudalidad en la Península, como se transformó en lo restante de la Europa romano-germánica; y ahí está exclusivamente el motivo de la escepcion que presenta la sociedad portuguesa en su carácter primitivo.

«Pero ¿cáso quiere decir esto que la España central y occidental, y sobre todo esta porcion de territorio que mas particularmente nos atañe, permaneciese exenta de los influjos de la feudalidad? No por cierto; no era esto posible: las relaciones con los pueblos que vivian allende el Pirineo se habian ido aumentando por grados en la monarquía leonesa. En tiempo de Alfonso VI, los vínculos mútuos de las dos sociedades española y francesa se estrecharon mucho mas. Aquel príncipe célebre vivia rodeado de caballeros ultramontanos. Los obispos y los cabildos de España se llenaron de hombres que pertenecian á la raza galo-franca. Y hasta hay motivos para creer que alguno de los dialectos de la Francia meridional acabó por ser la lengua hablada en la corte de Toledo. Cluny nos envió sus monjes, é introdujo entre nosotros sus ideas de independencia absoluta. Por lo que toca al clero, hizo mas; tuvo la fuerza de alterar las fórmulas del culto cambiando el rito de los Godos. El territorio que Don Henrique tuvo que gobernar no fué el que menos se resintió de esta especie de invasion. Bajo el reinado de su hijo, el influjo galo-franco permanece casi el mismo, y se acrecienta con la accion de otros pueblos del norte. Los cruzados que recalaban en nuestros puertos prosiguiendo su derrota hácia la Pa-

lestina, ayudaron á Don Sancho I á conquistar grandes focos de poblacion sobre los Arabes; nos dejaron, segun costumbre, caballeros descolantes, y hasta colonias procedentes de los pueblos de allende los Pirineos. Todos estos elementos nos traian semillas de feudalidad; y el terreno estaba, hasta cierto punto, preparado para recibirla, porque existian entre nosotros muchas de las causas que la habian hecho nacer y consolidarse. Así que la feudalidad sin poder penetrar en el corazon del árbol social, se estendió no obstante en torno de la albura. La idea del feudo se jeneralizó en Galicia y Portugal, bien así como vemos jeneralizarse en el día entre nosotros las ideas extranjeras en política, en administracion, en literatura, de un modo nebuloso y confuso.»

Despues de haber probado con este peregrino talento de exposicion de qué modo supo la nobleza hacer redundar en su provecho esta disposicion nacional; y como se apropió en el principio de la feudalidad, lo que debia convenirle, sin poder con todo aniquilar completamente el influjo visigótico, el señor Hercolano pasa al exámen del *concelho* ó del concejo:

«En la institucion de los *concelhos* portugueses, durante la primera época de nuestra historia, hay dos hechos capitales que caracterizan la individualidad municipal y la distinguen del concejo de los países centrales de Europa: el primero de estos hechos es que el *concelho*, en su organizacion interior, era en algun modo la imájen real de la sociedad, en la que representaba una unidad moral; el segundo hecho es que esta organizacion era esencialmente feudal. En estos dos hechos combinados se resume el aspecto del antiguo municipio portugués; por ellos se explica su economía interior, así como sus relaciones con el rey y los otros cuerpos del estado.

«En las mas de estas cartas municipales (*foraes*) hallamos consignada la existencia de tres clases distintas, los caballeros (*milites cabalari*), los clérigos (*clerici*), los peones (*pedo-*

nes). En sus relaciones de unas con otras estas tres clases representan los tres grados segun los cuales se divide la sociedad en jeneral. Una denominacion comun las une sin embargo y las nivela; una sola palabra recuerda á estas tres partes de la jerarquía que en presencia de la nobleza y del alto clero se confunde en una sola clase. Villos (Villanos, de *Villani*) es el nombre escrito indistintamente en la frente de toda esta plebe.»

ORGANIZACION JERARQUICA DEL REINO EN EL ORIGEN DE LA MONARQUIA.
— DIGNIDADES.

Para comprender bien la historia primitiva de Portugal, para hacerse bien cargo de su conjunto, despues de haber echado una ojeada á la formacion de los concejos, hay que iniciarse necesariamente en el sistema jerárquico que el fundador de la monarquía halló establecido y que sus sucesores modificaron; así como hemos tenido que abarcar de una ojeada el influjo que el poder eclesiástico habia conquistado desde el siglo XII.

Si consultamos aténtamente á los cronistas del primer período, echamos de ver luego que el sistema jerárquico vijente bajo Alfonso VI era á corta diferencia el mismo para el Portugal que para lo restante de la Península; las modificaciones importantes no se hacen sentir hasta el siglo XIII; y en esta misma época, en que el rey D. Diniz niño todavía obtiene de su abuelo el pleito homenaje del reino, la huella primitiva queda hondamente grabada en las instituciones. Las modificaciones que se pueden señalar no son de importancia tal que establezcan entre las dos monarquías un sistema hondamente dividido que las separe por las instituciones como ya lo están por la política. El orden jerárquico á que se halla sujeto Portugal conserva hasta en las denominaciones atribuidas á sus dignidades, á sus oficios, y hasta estoy por decir, á sus empleos secundarios, una prueba positiva de la afinidad que existió al principio entre

las instituciones de ambos paises.

Nada pues dirémos aquí de los *Ricos homes*, de los *Infansoes*, que ejercian su poder al primer tiempo de la fundacion del reino; nada dirémos tampoco sobre las dos órdenes de caballería, cuyos privilegios tan bien ha definido Santa Rosa de Viterbo; tampoco nos estenderémos sobre los títulos puramente nobiliarios; pero daremos á conocer con algun pormenor ciertas dignidades particulares á la corona de Portugal, ó tomadas por ella de los paises limítrofes, porque por lo comun omiten los historiadores estos hechos curiosos, y de esta ignorancia dimanar varios errores.

Entre los empleos de la casa real se consideró desde el principio como el primero de todos el de *mor-domo-mor*, que se da á conocer por su denominacion, y que procedia originariamente de los reyes de Leon, puesto que lo vemos usado en los monumentos históricos que proceden de aquel pais dos siglos antes del nacimiento de la monarquía portuguesa. Durante la primera época, era designado ora por la espresion de *mayordomus*, ora por la de *clapifer*; y acontecia muchas veces que empleaban una perífrasis para espresar mas completamente la dignidad del que de él estaba revestido. Así es que en las primeras actas vemos al *mordamo mor* llamado *dispensator domus regie, princeps curie, comes palatii*.

Además de este primer empleo, esencialmente atribuido al servicio de palacio, véanse desde aquella época otros muchos que se conservan todavía en nuestro tiempo; tal es la dignidad de *esmoler mor*, ó de limosnero mayor, la de *reposteiro mor*, ó de superintendente de los muebles, que no asoma sin embargo hasta el reinado de Alfonso II por los años de 1217; vienen en seguida el *meirinho mor*, que tenia en sus atribuciones cuanto dice relacion con la justicia; el *monteiro mor*, que se ocupaba esclusivamente de las cárceles reales; el *falcoeiro mor*, ó halconero mayor; el *copeiro mor* ó escanciador mayor, y despues el *cevideiro mor*, cuyo empleo no tenia

análogo entre los de las otras cortes, puesto que sus funciones consistían principalmente en cuidar del abasto de la cebada que se gastaba en las caballerizas reales. Seguían último lugar el empleo de *chancellario*, aunque era uno de los empleos más importantes del servicio de las coronas, puesto que el que lo obtenía se veía considerado como el primer magistrado de la corte, y que de él emanaban las cartas ó fueros que se daban á las ciudades. El título de *conselho*, no era en aquel tiempo propiedad de un solo individuo; pero se concedía á muchos, según es fácil convencerse por la lectura de diversos documentos del siglo XIII.

Si han sobrevivido algunos de los títulos que acabamos de designar, podemos decir que había en esta época algunos cuya denominación ha desaparecido ya hace tiempo; tal era entre otros, el empleo importante de *escrivao da puridades* (1), cuyas atribuciones de secretario íntimo pueden dar, hasta cierto punto, una idea de su importancia; tal era también el de *covilheiro* (2) *da rainha e da infanta*; tales eran asimismo el empleo de *parceiro mor*, aplicado á la superintendencia de las fábricas reales, y el de *guarda mor*, que correspondía hasta cierto punto al empleo de capitán de guardias. También hablaremos del *pousadeiro*, aposentador; del *eychao*, que presidía al servicio de la mesa; del *escansao* ó escanciador; del *saguiteiro*, que tenía bajo su custodia la *saguitaria*, ó sala donde se depositaba el pan del *iguador*, del *fruteiro*, y del *arinheiro*. Pero según advierte el erudito de quien tomamos varias noticias, estos títulos no admitían el epíteto de *mor*, que constituía un valor honorífico reservado á ciertos empleos. También es del caso advertir que los

empleos tenidos por menos importantes daban derecho de llevar el título de *homen del rey*. Los eclesiásticos adictos á la casa real y que desempeñaban las funciones de notarios tomaban el título de *clérigos del rey*. Llamaban *ovencaes* (1) á los servidores de orden subalterno encargados de la inspección ó guardia de los abastos, los cuales presentaban también entre sí algunos vestigios de jerarquía. Tal era en suma, con sus diversas atribuciones, la clase poco numerosa que rodeaba á la corona, y que formaba, con sus pretensiones incesantes, una especie de contrapeso, ó si se quiere, un principio de resistencia á las pretensiones de libertad popular que empezaban á asomar.

DON DINIZ. — SU EDUCACION TODA FRANCESA. — SU EMBAJADA A CASTILLA.

Podríamos comenzar la historia de este reinado como una crónica casi contemporánea que tenemos á la vista. En llegando á D. Diniz, el escritor prorrumpe: «Fué el mejor rey y el mas amigo de la justicia y no hubo soberano mas digno desde el reinado de Alfonso I hasta su tiempo.»

El rey Diniz habia nacido en Lisboa el 9 de octubre de 1261. La historia nos ha conservado los nombres de los dos nobles caballeros á quienes se encargó su educacion; el uno era Lorenzo Gonzalves Magno, nieto del famoso Egaz Moniz; el otro se llamaba Nuño Martins de Chacin tenían el título de ayos. El cuidado de la instruccion del príncipe se encargó á un extranjero erudito, Eimerico de Ebrando, á quien Alfonso III habia quizás conocido en Francia. Hijo de Guillermo de Ebrando, señor de San Sulpicio en Quercy, pertenecía Eimerico á una gran familia del país de Cahors; y todo nos prueba que ejerció en su real alumno el influjo mas saludable; no solamente le inspiró suma afición al estudio

(1) La palabra *puridade* quiere decir literalmente secreto oculto; las funciones de *escrivao da puridade* no se limitaban sin embargo á despachar las órdenes reservadas del rey.

(2) De *Cubiculum*. Los *covilheiros* de la reina y de la infanta tenían á su cargo no sólo la cama sino también la ropa, los vestidos, y varios renglones indispensables para el tocador de la reina y de sus hijas.

(1) De la palabra *ovenca*; oficina destinada á los usos particulares de una casa.

de la latinidad, que fué cundiendo en Portugal en el siglo XIII segun Osorio, sino que desarrolló además en D. Diniz aquel sentimiento poético que en él se echa de ver. Cultivando en el príncipe estos instintos preciosos, Eimerico de Ebrando, á quien hasta ahora ha dejado la historia á la sombra, hizo un servicio importante al país que le habia prohiado, y es muy justo que al contar las virtudes de un gran rey, se hable del prelado modesto que sin duda supo desenvolverlas. Ningun príncipe empezó ciertamente ni tan temprano ni con tan feliz éxito su carrera política como el rey D. Diniz; fué embajador á seis años, y lo mas extraño sin duda es que esta mision confiada á un niño fué coronada del éxito mas feliz, cabalmente á causa de la edad y de la precoz inteligencia del embajador. Vamos á dar en pocas palabras la clave de este hecho poco conocido.

El Portugal estaba constituido en estado independiente; era considerado como tal desde las Cortes de Lamego. Sin embargo se hallaba con respecto á Castilla en una especie de vasallaje, puesto que por motivo de los convenios admitidos cuando la conquista de los Algarves, debía enviar doscientos hombres de armas al soberano español en siendo requerido al efecto. Por menguado que fuese este derecho de soberanía desagrada á Portugal, y Alfonso III habia tratado, aunque en balde, de eximirse de él. Resolvió por fin hacer un postrer esfuerzo, y entonces fué cuando envió de embajador á Alfonso el Sabio á su nieto D. Diniz.

Los cronistas, y entre otros Duarte Nuñez de Liao, refieren con una gracia singular el viaje del niño. Insisten particularmente en la edad del embajador, y recuerdan que por él debía llevar la palabra un personaje mas imponente. Alfonso el Sabio quiso que su nieto le acompañase al consejo en el que se habia de ventilar el negocio que concernia á su padre. Y no solo el niño guardó una gravedad mas sostenida de lo que se habia esperado, sino que habiéndose suscitado un debate oratorio en

tre los grandes sobre la oportunidad que habia en otorgar á Portugal el objeto de su demanda, el príncipe se hizo cargo de la importancia de la lucha que se trababa, y echó á llorar tan amargamente, que Alfonso quedó enternecido, y á falta de razones plausibles, vencieron las lágrimas de su nieto.

Esta precoz inteligencia, á la que tan temprano iniciaban en los negocios graves, fué cultivada no solo por uno de los hombres mas eminentes que haya producido el clero de Francia, sino tambien por un prelado portugués cuya ciencia era muy ponderada en el siglo XIII, y que se habia hecho recibir doctor en derecho canónico en Paris; D. Domingo Jardos unia sin duda sus consejos á los de Eimerico de Ebrando, y el influjo de la universidad francesa se hacia doblemente sentir.

El rey D. Diniz subió al trono á la edad de diez y siete años y cuatro meses, y en 1282, se casó en Tranco con la infanta Isabel, hija del rey D. Pedro de Aragon, á quien la iglesia debía colocar luego en el número de las santas mas esclarecidas. Los primeros años del reinado de D. Diniz fueron agitados por el alzamiento de su hermano D. Alfonso. Este príncipe llegaba tras él en el orden de primogenitura, pero para justificar sus pretensiones á la corona alegaba una circunstancia á la que daban algun valor las ideas de aquel tiempo. Objetaba que de derecho le pertenecia el cetro, por el hecho de haber nacido D. Diniz antes de la legitimacion del casamiento que Alfonso III habia contraído con la reina Doña Brites; al paso que la bula del papa que validaba aquel enlace no dejaba la menor duda en orden á su legitimidad. Por una y otra parte se acudió á las armas; pero tras el sitio de Arronches, Diniz obligó á su hermano á entrar en composicion. La noble Isabel dió una prueba, ya desde entonces, del espíritu de conciliacion que iba á llevar á un reinado borrascoso.

Una vez afianzado en el trono, Don Diniz empezó á visitar su reino dejando por todas partes señales de su

paso. Su amor ardiente para con los pueblos, su alta prevision de las ventajas que el Portugal podía alcanzar por la agricultura, le hicieron dar por unanimidad los títulos de *padre de la patria*, de *rey labrador*. Una sola palabra, una palabra popular, que ha atravesado los siglos, prueba aun en el día su fuerza de voluntad, su anhelo perseverante del bien; al hablar de este soberano, el pueblo dice ahora mismo: *O rey D. Diniz, que fiz quanto quiz* (1).

Y con efecto, este *rey labrador* hacia cuanto queria; porque trabajaba para su siglo y los venideros; porque no hay ninguna gran cuestion social que no haya tocado, ningun progreso de la inteligencia que no haya acelerado con sus instituciones. Vedle fundar la universidad de Coimbra; vedle plantar aquellos dilatados pinares, destinados al principio á atajar las armas que invadian el fértil suelo de Leiria. De esta universidad saldrán Barros y Camoens, y uno de estos pinos de Leiria será quien se doblegará bajo el esfuerzo de la tempestad cuando Bartolomé Diaz doblará por primera vez el Cabo de las Tormentas.

Quizás hizo Diniz mas aun que domar la tierra y fundar instituciones liberales, atajó con firme diestra las pretensiones del clero, y regularizó los privilegios invasores siempre de la nobleza. Esta parte del afan inmenso que él se habia reservado es muy importante, y tiene un significado histórico muy real para que no ilustremos el entendimiento del lector con algunas citas tomadas de un autor aleman que las ha definido esmeradamente. Schoeffer ha dicho en pocas palabras, y ha dicho bien, lo que eran aquellos privilegios.

Despues de haber dado á comprender la posicion de la nobleza en el orijen de la monarquía, despues de haber espuesto como debieron recompensarse sus conquistas sobre los Moros, el historiador nos espone de que modo propiedades inmensas vinieron á parar en manos de ciertas familias.

Dice así:

«Acompañaban necesariamente ciertos derechos y privilegios á estas propiedades, que nacian por decirlo así del suelo. El favor real, que premiaba con tierras al guerrero zeloso, tenia apenas necesidad de agregarles derechos determinados, puesto que eran la calidad inherente de la propiedad aumentada.

«Los *solares*, las *honras*, los *coutos*, nacieron de estas adquisiciones de bienes raices, á los que estaban unidos ciertos derechos y privilegios. Los solares, que, segun los foraes, ó viejos diplomas, eran las residencias fortificadas de los señores del terreno, vinieron á ser para los grandes la base de su poder y de su influjo. Sobre estos solares para su propia defensa, y sobre todo en caso de ataque repentino, levantaron torres y fortalezas, de las que se ven todavía por acá y acullá algunos vestigios en las provincias. En tiempo de paz, los señores de alta jerarquía eran los únicos que obtenian licencia para levantar tales castillos, y el rey no se la daba sino en ciertas circunstancias y por un favor especial. Sucedia esto á menudo cuando ya no estaban amenazados por los enemigos esternos ó los Sarracenos, y los nobles turbulentos procuraban satisfacer contra sus vecinos su índole belicosa en su misma patria. En estas guerras, los señores mas poderosos estaban contrapuestos entre sí, y lo mismo sucedia con los castillos. Es de notar que estas luchas ocurrieron cabalmente en el reinado de Diniz, rey tan firme y de tan grande autoridad; pero verdad es que él fué el primero que no capitaneó y que no tuvo necesidad de capitanear á la nobleza belicosa contra los Moros; y al fin de su reinado, disensiones fatales en la casa real produjeron en el reino funestas facciones, y mantuvieron el ardor de las luchas intestinas. Luego hubo el rey de mandar derribar muchas de aquellas torres y precaver los abusos por medio de leyes... No era de esperar ciertamente que los solares, aquellas residencias de los nobles, que los reyes habian dado un día á los zelo-

(1) El rey D. Diniz que hizo cuanto quiso.

sos defensores del trono y de la patria, fuesen trocados en parte por sus descendientes en medios de ataque contra aquellos soberanos. Las denominaciones de *couto* y de *honra* son mas significativas que la voz *solar*, y espresan mejor el estado de las cosas. Antes del nacimiento del estado portugués, nombrábase ya la cesion, con sus derechos y privilegios, *coutar*, y *coutos* la misma posesion. Los primeros rejentos portugueses se servian de la misma espresion, ora explicando simplemente que otorgaban un bien privilegiado (*faziam couto*), para que supiese cada cual lo que este significaba, ora citando solamente los privilegios y los derechos que probaban la existencia de la propiedad privilegiada. Los privilegios y las exenciones de los coutos consistian principalmente en estar libres de muchos impuestos reales, y en no poder poner el pié en su territorio el mayordomo del rey ó el recaudador de los derechos reales. La voz *coutos*, en su significado mas estenso, encerraba tambien la que entendian en aquel tiempo por *honras*. Estas honras estaban establecidas del mismo modo que los coutos, por cuanto su fundacion estaba designada, unas veces por unos límites á los que solian dar el nombre de coutos, otras veces por un diploma del rey (carta), otras veces por la bandera real que se enarbolaba sobre la *honra*. De esta conformidad resultó que las dos denominaciones se confundieron á menudo en las actas del tiempo. No cabe negar sin embargo que hay que deslindarlas á veces, y que se trata á menudo de las *honras* contenidas en los *coutos*. Los Portugueses no han logrado hasta ahora designar con certeza y probar auténticamente las diferencias que les eran propias y que las distinguian; pues la oscuridad y la incertidumbre de las actas de aquel tiempo presentarán siempre grandes dificultades.

«Además de las *honras* y los *coutos* háblase de otra especie de bienes privilegiados, las *behetrias*. Las prerrogativas en que descansaba la naturaleza particular de las *behetrias*

concernian no tanto á los señores cuanto á las localidades y á sus moradores. El rey ó los justicias las otorgaban ordinariamente en premio de sus servicios señalados en las guerras, y para alentar un cultivo mas regular y estenso. Consistia el favor en que no se impondria á los territorios por el rey ningun otro señor mas que el candidato elejido por el concejo, con sus jueces, sus empleados y sus *homens bons* reunidos. Esta eleccion era válida solamente mientras vivia el electo, ó en tanto que este cumpliese las condiciones por la eleccion prescritas.

«Unos privilegios tales como los que se otorgaron y acompañaron á los *coutos*, *honras* y *behetrias*, no podian subsistir sin abusos; los abusos, que iban siempre á mas, trajeron la averiguacion del remedio...» No entra en el plan de esta obra el esplicar por qué medidas logró Don Diniz estirpar unos privilegios que aniquilaban las rentas del estado, puesto que las mas de las tierras poseidas con el título de honras se hallaban completamente exentas de impuestos. Nos limitaremos á decir que un decreto, de fecha del 2 de octubre de 1307, remedió en parte los abusos arriba dichos. Dícenos una crónica que cuando hacian al rey representaciones sobre este punto, solia repetir que retiraba con justicia lo que injustamente se habia otorgado.

Entre las leyes que mandó promulgar el rey Diniz, una hay que necesariamente le enajenó el clero; opúsose á que las casas religiosas pudiesen heredar bienes raices. Brandao observa con razon que las mas de las iglesias atraian de este modo muchísimas sucesiones en detrimento del pueblo. Diniz no quiso con todo que esta medida que las habia con los eclesiásticos recibiese una interpretacion contraria á sus sentimientos religiosos; gastó sumas crecidas en la ereccion de nuevos conventos; en 1295 quedó edificado el mas espléndido de todos, el real monasterio de San Dionisio de Odavellas donde se ve todavia su sepulcro. Santa Clara de Coimbra fué tam-

bien dotada bajo su reinado, pero sin tener parte en sus liberalidades.

Ocupóse también Diniz con solitud del aumento de las órdenes militares, de las que habia sacado la Península tamaños beneficios. En 1288 obtuvo del papa Nicolás IV que la orden de Santiago, establecida en Portugal, cesase de depender del gran maestre de Castilla. Un acontecimiento importante que se estaba preparando en Francia le dió la ocasión de estender sus desvelos sobre otra orden mas célebre todavía y perseguida por un odio poderoso.

LOS TEMPLARIOS EN PORTUGAL. FUNDACION DE LA ÓRDEN DE CRISTO.

Los caballeros del Temple no formaban una milicia reciente en Portugal; pues ya se habian introducido en él desde 1126. El célebre Don Galdim Paes habia sido su primer gran maestre, y fuerza es decir en elogio suyo que se habian granjeado tanto el afecto del pueblo como el de los soberanos. Ya fuese que el ejemplo de las otras órdenes religiosas diese á su conducta mas regularidad saludable, ya fuese que los frecuentes combates con los Moros en el mismo sitio donde poseian conventos y comandadorías hubiesen conservado entre ellos cierta austeridad militar, que habian perdido allende los Pirineos, parece cierto que la calumnia hubiera difícilmente hallado pruebas para el acta de abolición. Diniz consultó su conciencia, y tuvo la entereza de resistir.

M. Henrique Schoeffer ha definido la naturaleza de las relaciones que existieron desde el oríjen, entre los reyes de Portugal y esta orden, y vamos á reproducir aquí su escrito sobre la materia, por cuanto explica perfectamente la conducta que observó el rey Diniz en esta ocasión: «Los reyes de Portugal tuvieron la cordura de servirse para sus conquistas, para defender y esplayar las fronteras del reino, de los brazos robustos y del denuedo emprendedor de los caballeros del Temple, mientras que los otros soberanos los habian dejado dedicarse exclusiva-

mente á la conquista y defensa del santo sepulcro. De este modo dieron al espíritu del siglo una direccion benéfica para el Portugal; con la misma atencion velaron para que la nobleza portuguesa, destinada á sostener el trono y el pais, no se convirtiese en una casta hostil, y para que esta columna del estado no alcanzase una preponderancia que pudiese hacerla peligrosa. Cuidaron de que siempre estuviesen vijentes las condiciones bajo las cuales habian acogido á los templarios y les habian dado tierras; y para que no viniese á perderse su memoria, hicieron un uso frecuente de los derechos señoriales que se habian reservado, y reprimieron severamente toda violación...»

Una vijilancia tan continuada y tan inquieta de parte de los reyes, que no obstante no oponian ningun obstáculo al libre desarrollo de los caballeros, nos explica en parte la circunstancia, muy reparable, de que las pesquisas hechas sobre la conducta y la vida de los Templarios portugueses durante dos siglos no pudo producir ningun cargo contra ellos, á no ser el haber admitido una sola vez en su orden á un caballero extranjero, sobrino del último gran maestre. Jamás faltaron los templarios portugueses á su fidelidad con su rey; y mientras que sus hermanos de Castilla y de Leon se alzaban contra su soberano, y hasta se armaraban contra él, no dejaron aquellos de mostrarse sinceramente adictos á su príncipe y á su patria.

Tal era la existencia de los Templarios en Portugal, cuando el obispo de Lisboa, Juan, recibió de Clemente V, así como otros prelados, el encargo de someter la vida de los caballeros del Temple á una pesquisa rigurosa. El resultado de esta no fué cual lo deseaba el papa.

El rey Diniz opuso á los deseos del sumo pontífice una voluntad entera y entendida. A pesar de la condena de Roma, los bienes de la orden fueron incorporados á los de la corona, de modo que cuando los Templarios, absueltos, fueron volviendo á su pais, aquellos bienes les fueron restitui-

dos á título de pensiones. Tampoco se abolió el nombre que habian llevado; tuvieron el derecho de tomar el título de antiguos templarios (*quondam milites*). Y luego, cuando la bula de 1319 mandó la fundación de una nueva orden de caballeros en Portugal, la orden de Cristo (*ordo militiæ Jesu Christi*) reemplazó á la antigua institucion del Temple.

Los caballeros del Temple no cambiaron de denominacion, por cuanto mas de una vez, en sus tiempos mas esplendorosos, se habian intitulado *milites Christi*. El cambio real que se introdujo desde luego en sus antiguos estatutos fué la clausura (1). Los bienes confiscados en beneficio de la corona les fueron devueltos, y Diniz, á quien se habia tachado de avaricia, puesto que lo habian acusado de un despojo odioso, Diniz dió otra prueba mas de su desinterés y de su amor á la justicia.

La nueva milicia adoptó inmediatamente por base las constituciones de la orden de Calatrava; pero el número de sus miembros no pasó al principio de ochenta y cuatro religiosos. Hubo sesenta y nueve hermanos caballeros, *freires cavaleiros*, y quince hermanos espirituales, *clérigos*. El primer gran maestro secular fué un hombre de gran capacidad. Convocó á poco de ser elegido un capítulo jeneral en Lisboa; pero mas adelante la silla de la orden fué trasladada á *Castro Marim*, en el reino de los Algarves; y reinando D. Fernando fué establecida en Thomar.

Bien así como los de Alfonso el Sabio, con quien tuvo este rey bastante semejanza, los años postreros del rey Diniz fueron ajitados por la precoz ambicion del heredero del trono.

GUERRAS INTESTINAS ENTRE DINIZ Y SU HIJO, ALFONSO SANCHEZ. — DON PEDRO CONDE DE BARCELLOS. — SANTA ISABEL DE PORTUGAL.

Diniz habia tenido dos hijos de su

enlace con la santa hija del rey de Aragon, y el príncipe D. Alfonso, heredero del trono, habia nacido en 1291; con todo esto habia reconocido á varios hijos concebidos fuera de matrimonio, y D. Alfonso Sanchez, cuya madre era Doña Aldonza Rodriguez Telha, reunia al parecer su cariño en detrimento de su hijo legítimo. Tras él venia D. Pedro, que habia tenido de una dama de alta nobleza, llamada en las crónicas Doña García Froyas, y que, si hemos de juzgar por algunas cartas contemporáneas, fué una de las herederas mas ricas de la Península.

Diniz habia revestido á sus dos hijos de las mas altas dignidades del reino: el primero era *mordomo mor*, mayordomo mayor, y señor de Villa de Conde; el segundo habia recibido el título de *alferes mor*, ó de gran porta-estandarte; era además conde de Barcellos. D. Pedro pertenece mas bien en algun modo á la historia literaria que á la historia política de estos tiempos borrascosos, pues fué él quien, utilizando el destierro, dió aquel famoso *Nobiliario* en el que todos los historiadores de la Península han hallado los orígenes mas precisos y exactos y las noticias mas curiosas.

Mas sea como fuere, D. Alfonso Sanchez fué sobre todo quien escitó los ardientes zelos del infante; declaró altamente la guerra á su padre, y ocasionó aquellas luchas interminables que con tanta enerjía ha reprobado el poeta nacional. Pero tambien estas guerras intestinas hicieron aparecer en toda su nobleza las virtudes de una reina á quien la historia llamará Santa, aun cuando no exijiese la iglesia que se le diera este dictado. Existe un tierno parentesco entre santa Isabel de Hungría y santa Isabel de Portugal; mas si uno se siente vivamente conmovido á la vista de aquella humildad animosa que triunfa en la pobreza, no queda menos enternecido por aquella dulce voz que se hace oír en medio del estruendo y de los alaridos de la batalla. Vedla en efecto delante de Coimbra, tras el sitio de Guimaraens, cuando las hostilidades precedentes

(1) Entre los eclesiásticos;

han preparado una batalla inevitable entre padre é hijo, y cuando el asesinato de un santo obispo le prueba que no se respetará nada, sale de su residencia, pasa al sitio de la accion, y allí, en medio de los dos ejércitos, seguida solamente de algunos obispos, emplea alternativamente espresiones tiernas, lleva á los dos bandos palabras tan eficaces que, si no puede desde luego evitar un combate sangriento, al segundo día se inclinan las formidables lanzas, y los ruegos de una madre han traído la paz.

Esta paz era muy necesaria. Los ejércitos fueron licenciados, y Diniz supo recobrar por un momento su título de rey labrador. ¿Quién puede decirnos hoy si alguna noble institucion, algun esfuerzo para mejorar la situacion del pueblo, no fué el resultado de aquel efímero sosiego? El príncipe, á quien en el órden cronológico podemos llamar el primer historiador de Portugal, cumplió la mision que su inteligencia superior debia señalarle. Segun la antigua crónica portuguesa de la Biblioteca real, aunque siguió la causa del infante, D. Pedro se mostró por lo jeneral conciliador. Privado de sus posesiones durante las guerras intestinas que la santa reina acababa de apaciguar, permaneció durante cuatro años, ausente del reino; pasó á la Península á estudiar los anales que queria reproducir de un modo estable, y cuando volvió en el momento de la reconciliacion, echó el resto de su influjo para que fuese sincera.

No obstante la union de la familia real fué de breve duracion, puesto que al cabo de un año las causas que hemos indicado trajeron otra vez una lucha casi tan borrascosa como la primera. Los dos ejércitos se arrojaron por segunda vez cerca de Lumiar; pero de nuevo acudió la santa reina, y otra vez se juró la paz.

Aquellas luchas tan borrascosas, y tan á menudo repetidas, habian ido minando la salud del rey Diniz; quien conoció que se acercaba al término de su carrera. Cuando Isabel comprendió que ya estaba encima el trance, pasó á ver á Alfonso, y condujo al hijo arrepentido junto al

lecho de su padre. Las crónicas nos representan á este noble rey, lleno tambien de arrepentimiento en presencia de la santa reina, cuyo cariño habia tantas veces desconocido, y por un rasgo de sencillez admirable, nos presentan á la misma Isabel confundiendo en su amor á cuanto el rey debe haber querido. El conde de Barcellos, nacido de una mujer á quien su poder igualaba casi con las reinas, D. Joao Alfonso, hijo ilejítimo como él, partieron, en los postreros instantes, con el infante Don Alfonso y el conde de Lacerda, los últimos abrazos del rey. Diniz espiró el 7 de enero de 1325, á la edad de sesenta y tres años y tres meses; y fué enterrado, á tenor de sus deseos, en el espléndido monasterio de Odivellas, donde se ve todavía su sepulcro.

Por lo que hace á la piadosa hija de Pedro de Aragon, su romeria debia durar aun algunos años. Tras la muerte de su marido, se retiró al monasterio de santa Clara de Coimbra, que ella misma habia fundado. Ya habia sido el objeto de un respeto profundo en la corte, cuyas disensiones habia calmado tantas veces; y halló nuevas virtudes para hacerse venerar en el claustro. Murió el 4 de julio de 1336, en el palacio de Extremos (1).

AGRICULTURA EN TIEMPO DE D. DINIZ.

Léese en las Memorias de la Academia de ciencias de Lisboa un pasaje excelente, y que dice en forma concisa cuanto nos es lícito recordar

(1) Santa Isabel fué canonizada por Urbano VIII, el 25 de mayo de 1625. Su sepulcro se hallaba todavía en el siglo XVII en el monasterio de santa Clara de Coimbra que las arenas han acabado por hacer desaparecer gradualmente. Puede leerse en el *Agiologio Lusitano* una relacion curiosa de la exhumacion de la Santa, que se verificó el 26 de marzo de 1612. Manuel Martins, secretario del obispo, dedica algunos párrafos á este proceso verbal, y nos dice que la reina habia respetado tan perfectamente el rostro de la santa reina, que pasmaba la semejanza que existia entre sus facciones y la efígie de la tumba. Habia sido sepultada con sus vestidos reales y el bordon de peregrina que nunca la dejaba. Véase *Agiologio Lusitano*, t. II, p. 318.

en punto á las vicisitudes de la labranza. «En los primitivos tiempos de la monarquía hasta el reinado de D. Diniz, no habia ciertamente mejores nociones sobre la agricultura que las que existen en el día. No obstante, los habitantes tenían entonces para su uso trigo y otras sustancias alimenticias en cantidad suficiente; y hasta podían venderlas á los extranjeros. Pero hay que advertir que los habitantes de este país eran entonces en corto número, y que en esta época fué cuando mas se poblaron las provincias de Portugal. Llegó despues la despoblacion por causas diversas bien conocidas en la historia. Pero si en esta época aumentó considerablemente la poblacion, y si al paso que fué en aumento, tuvo trigo en cantidad suficiente, es preciso tener presente que fué así porque la agricultura era promovida por todos los medios posibles. Mas hay aun: no solamente fué activada por los sacrificios pecuniarios de los soberanos, sino tambien por los de todos los cuerpos de manos muertas y de los vasallos. Todos los cuerpos del estado se esforzaban á porfía en imitar el ejemplo de los reyes; dedicados esencialmente á los progresos de la agricultura. Los medios que se solian emplear eran el desmonte, el cultivo en grande, el establecimiento de aldeas y cortijos, sujetos á un sistema de economía rural especial. Bajo los reinados ulteriores, segun es bien sabido, no faltaron las causas contrarias, las que fueron debilitando mas y mas aquella enerjía, aquella aficion predominante.» Añadirémos un hecho curioso á las palabras del sabio escritor, el que hará comprender por qué instituciones admirables Diniz é Isabel supieron engrandecer la agricultura de este pequeño país. No solo tomaba parte la reina en la aficion de su marido, sino que mereció tambien para sí el renombre de patrona de los labradores. En el sitio donde existe ahora la capilla de santa Isabel de Hungría, cerca del monasterio de Santa Clara en Coimbra, habia mandado construir un establecimiento piadoso, destinado á recibir á huerfanitas de

la clase de labradores. Allí educaba á hijas de campesinos honrados, las casaba con labradores; formando, por decirlo así, unas colonias agrícolas, y poblando las tierras de su patrimonio (1).

DOÑ ALFONSO IV. — OJEADA SOBRE EL REINADO PRECEDENTE.

El impulso dado al Portugal por la administracion del rey Diniz fué tal, que los Portugueses tienen la costumbre, y con razon, de buscar en este reinado el origen de las instituciones que elevaron á su país á tan sumogrado de prosperidad. Las miradas de D. Diniz abarcaron todas las ramas de la industria, su prudencia supo proveerlo todo. Ya sabemos lo que hizo para la agricultura, basta su nombre para probarlo; no ignoramos el alto espíritu de equidad que mostró con las clases inferiores. Aquellas minas de oro, cuya riqueza nos ponderan los historiadores árabes, fueron beneficiadas bajo su reinado, al abrigo de una nueva legislacion. El laboreo de las minas de hierro de Portugal y de los Algarves fué alentado y regulado; levantáronse bosques como por encantamiento donde no se veian mas que áridos arenales; por último reglamentos atinados arreglaron las relaciones comerciales del país con la Fláodes, la Inglaterra y la Francia (2). Hasta la marina, esta fuente real del poderío portugués, tuvo bajo su reinado una mejora positiva. Hábil en reconocer en los otros las mejoras que queria introducir en sus estados, Diniz habia sabido por un Genovés, hecho por él almirante de Portugal, los secretos de aquel arte naval, que dos siglos despues debian dar al país el imperio del mar. Pero no contento aun con mejorar la condicion material del pueblo, Diniz habia querido realzar su inteligencia; compuso versos que resbosan de una gracia real, y comen-

(1) Véanse *Memorias de literatura*, t. II, página 14.

(2) Véanse sobre este punto las excelentes consideraciones de Schoeffer.

zó aquella série de poetas coronados de que solo los anales de este reino ofrecen quizas un ejemplo.

Hemos creído deber trazar este cuadro del estado del país, porque la próspera actividad del rey Diniz, forma notable contraste con el descuido de su hijo, tan codicioso no obstante del poder. D. Alfonso IV, séptimo rey de Portugal, empuñó por fin el cetro el 7 de enero de 1325, á la edad de cerca de treinta y cuatro años. No tardaron los pueblos en echar de ver la extraña diferencia que habia entre el rey labrador y aquel á quien la aspereza de su índole hacia llamar ya *ó Bravo*. El rudejercicio de la caza por las sierras de Portugal, que tan bien nos han descrito Fernando Lopez y Duarte, ocupaba todos sus instantes. No cabe duda en que era una viva imájen de la guerra aquella *montería* que consistia en acometer, con la lanza en ristre, á los osos y jabalíes, pero los negocios del reino se veían desatendidos; el rey cazador debia parecer lo que habia edificado el padre de los pueblos. Los consejeros se cansaron; todas las crónicas contienen sobre este punto una viva representación, de cuyas resultas se enmendó el monarca. La caza se dejó á un lado; D. Alfonso comenzó á ser mejor administrador; mas no por esto dejó de ser un soberano duro y bronco con sus pueblos, y casi siempre cruel con sus deudos. Un escritor severo, Llaño, le ha juzgado con mucho tino. Dice así: « Hacemos justicia á su valor; no ocultaremos sus victorias, sus triunfos, su hábil actividad en el arte de reinar; pero le tiznaremos, con la historia, como mal hijo, hermano enemigo encarnizado de sus hermanos, y padre desnaturalizado. Comenzó su reinado con un fratricidio; no pudiendo consumir el segundo en la persona de Alfonso Sanchez, porque este se habia refugiado á Castilla, persiguió al hermano amigo de la paz y dotado de tierna piedad. Por último mandó degollar á la amiga desventurada, de su hijo, la célebre Inés de Castro, y protejió siempre á los tres cortesanos crueles que obedecieron

gozosos á una órden tan atroz. Sin embargo es este rey uno de aquellos grandes delincuentes que, á causa del esplendor de la diadema y de la asquerosa vanidad nacional que reina entre el vulgo de los escritores, son alabados, hasta despues que desaparecieron de la haz de la tierra. Algunos escritores portugueses que confiesan sus crueldades, los odios, la infame ambicion de este monarca, ensalzan no obstante su religion, su piedad y sus virtudes. » Despues de la batalla del Salado, Odién, no quiso sacar otra ventaja de la victoria mas que la de ofrecer algunas armas y cinco estandartes al Dios de los ejércitos.

La batalla del Salado y la muerte de Inés son efectivamente dos grandes acontecimientos, que descuellan en este reinado, los dos puntos salientes á los que no pueden manifestarse extraños los otros países. Dejaremos á un lado los incidentes secundarios, para ocuparnos casi esclusivamente de estos episodios históricos, ante los cuales empalidece todo lo demás, y lo haremos procurando restituírle, su originalidad primera, esto es, consultando las antiguas inscripciones del siglo XIV y las hermosas crónicas que nos legaron los historiadores de aquel siglo.

Abul Hasan, rey de Marruecos, queriendo vengar la muerte de un hijo que habia perecido en España durante las guerras precedentes, ó lo que es mas probable todavía, pretendiendo renovar una de aquellas grandes invasiones de que con tanta frecuencia habia sido la Península el teatro; Abul Hasan decimos, reunió en 1340, fuerzas verdaderamente formidables, aumentadas todavía por aquellas nubes de Musulmanes merodeadores prontos á establecerse en el fértil territorio cuya conquista tenían por segura; y se embarcó para la Península. Este desembarco se hizo por expediciones sucesivas; y no duró menos de cinco meses. No solo le favorecia el rey de Granada, sino que la union de los dos monarcas presentó luego un ejército mas formidable que ninguno de los que

se habian presentado desde el tiempo de Alfonso VIII. Segun los historiadores modernos, las fuerzas musulmanas reunidas subian á cuatrocientos mil infantes y á cuarenta mil caballos (1). Fuerzas tan considerables aterrorizaron á la Península. Las contiendas particulares hubieron de cesar ante el peligro común; y la noble María, hija del rey de Portugal, esposa ultrajada de Alfonso de Castilla, orilló sus resentimientos particulares, para pedir á su padre socorro durante un peligro tan apremiante.

Alfonso IV no vaciló en llevar un socorro eficaz á su yerno; pero este socorro consistia mas bien en su denuesto y en su viva intelijencia que en los recursos reales de que podia disponer. Pasarémos en silencio la lucha que se trabó entre Abul Hasan y el rey de Castilla, y dirémos que siendo ya inminente una accion decisiva, Alfonso partió para Sevilla en el mes de octubre. *La reliquia del santo leño*, que habian sacado del convento de Marmelar, tremolaba á la vista de todas las tropas portuguesas; el valeroso caballero D. Alvaro Gonzalez Pereira, prior de Crato, era quien llevaba este fragmento de la verdadera cruz. Las tropas aprontadas por la ciudad de Évora eran capitaneadas por Estévan Carvoeiro.

Alfonso XI no solo habia pedido á su suegro socorros materiales, sino que previendo la terrible lucha que iba á comenzar, habia implorado del papa, residente entonces en Aviñon, la bula de la cruzada. No solo se le habia concedido; sino que además un noble caballero francés don Hugo Beltran, que se estableció despues en España, llevaba en la vanguardia, en clase de alférez mayor, el estandarte sagrado. No sin intencion ofrecémos estos pormenores; pues en el día del peligro, quizás á estos signos venerados debieron los cristianos su denuesto portentoso.

(1) Es el guarismo indicado por Schæffer. Castro hace subir estas fuerzas á 400.000 infantes, 70.000 caballos y 12.000 lanzas, á los que hay que agregar los 50.000 hombres del rey de Granada.

Si damos crédito á la Clede, trataban de evitar la batalla, y hasta de abandonar á Tarifa en caso necesario; pero Alfonso IV se opuso enérgicamente á este abandono y se acordó la batalla. Despues de haber pasado reseña de su ejército, ambos reyes se dirijieron hácia Tarifa; pasaron por las orillas del Guadalete que en otro tiempo habia presenciado tan cruel derrota, y el 27 de octubre de 1340, comenzaron á ver los primeros cuerpos de la inmensa hueste musulmana.

El 28 segun unos, y el 29 ó el 30 segun otros, despues de haber oido misa, los cristianos tomaron sus disposiciones para el ataque. Dirijéronse entonces hácia el Salado, riachuelo situado entre la Peña del Ciervo y Tarifa, cuyo nombre ha conservado la batalla. No trataré de recordar las medidas estratégicas que se tomaron para ganar aquella jornada y el descollante valor de que dió pruebas el rey de Castilla; estos hechos que conciernen á la historia de España, han sido referidos por Mr. Romey, y han suministrado páginas escelentes al escritor distinguido que se ha encargado de dar á conocer la historia de España. Nos ceñirémos á insistir en algunos hechos particulares que se enlazan con nuestra narracion. Durante esta terrible jornada, Alfonso IV se habia reservado pelear contra el rey de Granada. Despues que el rey de Castilla hubo empeñado la accion mas allá del Salado, el monarca portugués traspuso este rio y atacó á los Moros de España, entonando el hermoso salmo 67, en el que se dice que los enemigos de Dios deberán ser vencidos; y en efecto, al canto del *Eur gat Deus*, fueron los Musulmanes derrotados. Las tropas del rey de Granada eran tenidas con razon por las mas aguerridas y formidables de aquella hueste inmensa. Nocabe duda en que su derrota tuvo un influjo decisivo en la jornada; y así jenerosamente lo reconoció el rey de Castilla, cuando ofreció á su suegro una parte en el inmenso botin que habia caido en poder del ejército cristiano.

Alfonso IV se negó noblemente á admitir una parte de aquellos ricos despojos y hubo que insistir para que consintiese en aceptar algunos arreos de caballos, algunos sables guarnecidos de pedrería, estandartes y por último una trompa de bronce que se ve todavía sobre su sepulcro. Las antiguas crónicas que con tanta precisión dan la cuenta de los muertos, no se aventuran á hacer un cálculo preciso de las sumas inmensas que se hallaron en el arrayal ó campamento de Abul Hasan. Estas riquezas fueron tales que hicieron bajar el precio de los metales preciosos en París, Valencia, Barcelona, Pamplona y en otras ciudades. Los prisioneros que cayeron en poder de los Españoles valieron para la España sumas enormes; por cuanto muchos de ellos eran riquísimos. Alfonso IV se contentó con llevar consigo á Portugal á un príncipe musulmán, sobrino de Abul Hasan, á quien las crónicas llaman el infante Iulmenda. Además de este personaje importante, si damos crédito á la inscripción de Évora, el rey de Marruecos tuvo el sentimiento de ver caer en poder de los cristianos á un hijo suyo y á su nieta.

Abul Hasan y el rey de Granada Aben-Hamed-Jusuf que se habían librado de la matanza, volvieron á sus estados á ocultar la vergüenza de una derrota que de hecho anonadaba el residuo del poder musulmán. Tal fué, por otra parte, el influjo moral de esta victoria, que se celebró por mucho tiempo en la iglesia de Braga. Después de haber perdido, por decirlo así, el recuerdo histórico que por espacio de muchos años había dejado, la antigua iglesia, primacial de Lusitania retumbó con las plegarias conmemorativas que celebraban la gran jornada. Y con efecto, en el día 29 de octubre de 1340 se acabó todo para los Moros en España.

INÉS DE CASTRO Y D. PEDRO.

Cuando el gran poeta nacional de los Portugueses nos habla del regreso de Alfonso á sus estados, dedica

unos versos admirables á la que *no fué reina sino después de muerta*. Con efecto, la historia de Inés se enlaza esencialmente con la de este rey; descuella como una mancha sangrienta, que no basta á borrar ningún glorioso recuerdo. Vamos á reproducirla aquí en su sencillez; consultaremos á los historiadores antiguos para copiar de ellos una narración harto alterada por una tradición de cinco siglos.

En el siglo XVI, en el tiempo en que todavía estaban en pie las tumbas antiguas, se leía en una de ellas:

AQUI YACE D. FERNAN RUIZ DE CASTRO, TODA LA LEALTAD DE ESPAÑA.

El personaje de quien esta breve inscripción sepulcral hacia tan cumplido elogio era el hermano de la bella Inés. Legítimos ó bastardos, estos Castro entroncaban con todas las casas soberanas, y pretendían descender de la familia que había dado el Cid á España. El padre de Fernan Ruiz, D. Pedro Fernandez de la Guerra, había hecho portentos en la batalla de Tarifa, y así lo comprobaba su apellido. Tenía una hija de peregrina hermosura, pero hija ilegítima. En 1340, cuando D.^a Constanza, hija de D. Joao Manuel, duque de Peñafiel, había ido á casarse con el infante D. Pedro, hijo del rey de Portugal, D.^a Inés Perez de Castro había acompañado, en clase de dama de honor, á la que un día había de ser reina. Pero dejemos hablar al cronista:

«D.^a Inés estaba en la casa de la infanta D.^a Constanza, como dama y parienta; estaba dotada de gracia tan peregrina, de tanta nobleza y de tan buenos modales, que el infante D. Pedro se prendió de ella; y como D.^a Constanza lo advirtió, cuando nació su primer hijo, que se llamó el infante D. Luis, la tomó por madrina, para impedir de este modo al infante seguir en sus amoríos con ella; pero tras esta invención, su amor, muy lejos de menguar, fué siempre á mas, y cuando murió D.^a Constanza, el infante poseyó á D.^a Inés y tuvo en ella varios hijos. «Segun lo confesó después el in-

fante, ya rey, para librarse de pecado mortal; se casó con ella secretamente, ó aparentó haberlo hecho.

« Ignoraba el rey este casamiento; pero temia que viniese á realizarse, por cuanto veia á D. Pedro abandonarse enteramente á su amor para D.^a Inés. Instábale que se casase para sacarle de la vida escandalosa que llevaba, y muchas veces requirió á su hijo para que le descubriese si estaba casado con D.^a Inés, porque si realmente lo estaba, queria honrar á esta dama como á esposa suya por convenir dar autoridad y honor á la que habia de ser reina. Jamás confesó el infante que estuviese casado, pero tampoco quiso casarse con las que el rey le indicaba, dándole las disculpas que el amor le sugeria. Y lo que á todos parecia probable era que el infante no queria declarar su casamiento con D.^a Inés en vida de su padre, porque se avergonzaba de ello, por ser bastarda. Pero los grandes del reino, sospechando ó que estaba casado ó que se casaria, aconsejaban al rey que forzase al infante á acabar de una vez y que echase del reino á D.^a Inés. Aconsejábanle tambien que la hiciese matar, para que á su muerte (puesto que ya era viejo) no viviese ya D.^a Inés; por cuanto siendo sus hermanos D. Fernando de Castro y D. Alvaro Perez, sus hermanos, grandes señores en Castilla, y comenzando á tener mucho poder en Portugal, era de temer que diese muerte al infante D. Fernando, heredero de D. Pedro, para que sucediesen al reino sus sobrinos hijos de Inés.

« La reina, el arzobispo de Braga, D. Gonzalo Pereira, y otros muchos prelados aconsejaron al infante Don Pedro que se casase, previniéndole de los conciliábulos en los que se trataba continuamente de la muerte de Inés, para que la pusiese en lugar donde su vida no corriese riesgo. Pero parecia al infante que todo esto no eran mas que falsos temores y amenazas, que nadie se atreveria á ejecutar. Nunca quiso confesar que estuviese casado ni poner á D.^a Inés en lugar seguro.

« En esta circunstancia batallaba

el rey con encontrados pensamientos. Por una parte estaba viendo el peligro que corria su nieto primogénito, y la destruccion del reino, teniendo D.^a Inés tantos parientes que podian usurparlo; por otra parte, consideraba cuan cruel seria matar á una mujer, y á una mujer inocente, por una falta de que estaba tan ajena; y esto en el momento en que se hallaba á la cumbre de la vida, cuando mas debia afanarse en propiciarse á Dios y no manchar sus manos con la sangre de un asesinado que muchos considerarian como un parricidio. Pero impelido por los suyos, y hallándose en Montemor-o-Velho, en 1355, se determinó á matar á D.^a Inés, y al efecto, acompañado de mucha jente armada, pasó á Coimbra, donde vivia en el palacio de Santa Clara. El infante se hallaba en la caza.

« Cuando D.^a Inés supo la llegada del rey y las intenciones que contra ella abrigaba, enajenada de dolor por no poderse salvar por ningun medio, salió á recibirle á la puerta con un rostro de mujer que se encara con la muerte; y para ver si hallaria en el rey alguna huella de compasion, llevaba consigo á los tres inocentes príncipes sus hijos, niños de tierna edad y hermosísimos. Con ellos pues, y empleando muchas lágrimas y palabras tiernas, pidió perdon y misericordia. Aunque adusto de suyo, y mas duro todavia por consejos ajenos, el rey al ver el espectáculo deplorable de una mujer tan hermosa y tan inocente, á quien abrazaban tan hermosos niños que ella tomaba por broquel y defensa, el rey, digo, ya se marchaba y le dejaba la vida; pero algunos caballeros que iban con él para presenciar la muerte, principalmente Alvaro Gonzalvez, alguacil mayor, Pero-Coelho y Diego Lopez Pacheco, señor de Terreira, no pensaron de este modo. Cuando vieron al rey salir, como revocando la sentencia, le rogaron que los enviase á matar á Inés, por cuanto se hallaban por él comprometidos á causa de la determinacion pública por lo cual los habia llevado consigo, y se

veía en adelante hecho el blanco del odio del infante D. Pedro. Algunos de ellos, entrando pues en el sitio donde ella se hallaba, la mataron cruelmente como carniceros. Esta acción fué afeada al rey como una gran crueldad por los hombres en quienes había alguna humanidad y buen juicio; pues decían que se hubiera debido aguardar los acontecimientos que estaban por venir é inciertos aun, en vez de arrojarse al pecado. Añadían que habían evitado un inconveniente por otro mayor el de matar á una inocente, á quien según el sentir jeneral, no le faltaba para merecer ser reina, mas que el casamiento de su padre con su madre; por cuanto, así por la alcurnia, como por sus prendas personales, debía serlo ciertamente. El cuerpo de D.^a Inés fué enterrado inmediatamente en Santa Clara donde estuvo hasta que el rey D. Pedro lo hubo mandado trasladar á Alcobaza en una sepultura real.

« Con la muerte de D.^a Inés cayó el infante en una aflicción tal, que se creyó que iba á perder el juicio, pues además de los dolorosos recuerdos que le causaba un cariño estremado, recordaba que por causa de él la habían muerto, que estaba sin culpa y que prevenido de la muerte que debían darle, no había dado crédito á aquellas voces, y no había sabido ponerla en lugar seguro.

« Mas adelante no perdonó medio para dañar á su padre el rey, destruir su reino y vengarse de los asesinos. Con las jentes de su partido, y con las tropas mucho mas numerosas de D. Fernando de Castro y de D. Alvaro Perez, hermanos de Doña Inés entró en la provincia de Entre-Duero-y-Miño y en la de Tras-os-Montes, degollando y robando en las haciendas propias del rey. Por fin presentóse D. Pedro con grandes fuerzas delante de la ciudad de Oporto con ánimo de apoderarse de ella; pero D. Gonzalo Pereira, arzobispo de Braga, á quien se había confiado, se metió en ella con mucha jente; y como no estaba fortificada, el arzobispo, para mejor defensa, la mandó ceñir de velas de buques, resuel-

to á morir antes que entregarla. El infante quería bien al prelado y le respetaba mucho al propio tiempo; no queriendo pues hacerle correr el riesgo de la vida del honor, y sabiendo por otra parte que el rey se hallaba ya en Guimaraens y que acudía en su ayuda, desistió de su propósito y se fué; pues ya se arrepentía de su desobediencia con D. Alfonso, y deseaba trasmitirle palabras de composicion.

« El 5 de agosto del mismo año, llegó á Canaveses, á donde pasó al punto la reina D.^a Beatriz, su madre y por medio del arzobispo y de otras personas que intervinieron en este negocio, el rey y el infante entraron en composicion. Acordóse que el infante perdonaria á cuantos, de palabra ó por hecho, se hallaren inculcados en el negocio de D.^a Inés; el rey debía obrar del mismo modo con los que le hubiesen abandonado para servir la causa del infante. Se acordó que el infante obedeceria en lo sucesivo al rey su padre, como correspondia á un buen hijo y buen vasallo, y que arrojaría de su casa y de sus tierras á todos los malhechores que llevaba consigo; que en adelante, en los diversos parajes del reino á donde quisiese pasar ó donde se hallase, usaria de toda jurisdicción alta y baja, y que las sentencias que diese pasarían en su nombre; que tendria oídos suyos, que se designarian bajo su título, y que entenderían de las causas juzgadas por los corregidores ú otros majistrados, cualesquiera que fuesen, dependientes del rey; que guardarían en todo las leyes y reglamentos, pero que en el caso de muerte ó de condena á la pérdida de grandes empleos ó de tierras de vasallaje, se daría á conocer al rey antes de la ejecución de la sentencia, quien decidiría lo que tuviera por conveniente; que cuando el infante mandase hacer justicia, los pregoneros públicos dirían: « Justicia que manda hacer el infante, de órden del rey su padre y en su nombre. » De todos estos convenios se extendieron actas auténticas, que fueron confirmadas por juramentos solemnes, por la comple-

ta adhesión y la presencia de caballeros jurados de uno y otro partido, que fueron garantes de ellos; también lo fueron por el juramento de la reina, que los aprobó.

«Restablecida la buena inteligencia entre el rey y el infante, Alfonso fué á Lisboa, donde enfermó de muerte, mientras que D. Pedro estaba cazando en Ribeira de Canha. El rey sintiendo cercana la muerte, mandó llamar á Diego Lopez Pacheco, á Alvaro Gonzalez y á Pero Coelho, á quienes quería bien; habían sido los principales consejeros ó ejecutores de la muerte de Inés, y á pesar de sus juramentos, el príncipe estaba ardiendo en deseos de vengarse de ellos. En presencia de Gonzalez Pereira, prior del Crato, el rey les dijo á todos que, como después de su muerte que se acercaba, no podía darles seguridad contra su hijo, les aconsejaba que saliesen del reino, que pusiesen cuanto antes en seguridad sus personas, y que no se curasen absolutamente de los bienes que no pudiesen llevar consigo. Y ellos, que le comprendieron perfectamente, hicieron lo que les aconsejaba.

«El rey D. Pedro tenía ya treinta y siete años cuando sucedió á su padre en el gobierno del reino...

«Este rey era bronco y terrible de suyo para castigar á los delincuentes ó á los que como tales le presentaban. Jeneralmente condenaba sin oír á las partes, é imponía penas mayores por delitos no probados que los que disponía el derecho por crímenes averiguados. Nunca las remitía ó las moderaba, sino que puede decirse que se complacía en ejecutarlas, y para que no viniesen á faltarle los verdugos, llevaba siempre uno en su séquito. Hasta azotaba con sus propias manos y daba el tormento. Siempre llevaba un látigo al cinto para tenerlo siempre á la mano y no tener que andar en su busca; por cuanto, sin ninguna prueba, sin querer oír escusas, empezaba el juicio por la ejecución.

«Este mismo rey, que en el castigo era tan desmedido, tan áspero y riguroso, venía á ser en la condición

privada, de índole tan blanda y agradable, que perdía entre las jentes graves mucha parte de su reputación y de su autoridad. Dicen de él que era tan aficionado á bailar, que bailaba públicamente y en las calles, como los otros danzarines; lo que parecía en él tan desatinado como el placer con que apaleaba con sus propias manos á los malhechores.

«Muchas veces disponía regocijos, durante los cuales iba bailando de día y de noche, y estas danzas se hacían al sonido de largas trompetas de plata, hechas espresamente al intento, y cuyo sonido le agradaba en gran manera; pues aunque le llevasen otros instrumentos, no quería oírlos. Y cuando iba á la ciudad, según la costumbre de entónces, los ciudadanos y el pueblo salían á recibirle con danzas y fiestas; y el rey saltaba en su batel, y se ponía á bailar con ellos; y de este modo pasaba á palacio.

«Una noche no pudiendo dormir, mandó á sus trompeteros que fuesen á palacio, y mandando encender hachones, salió por la ciudad, bailando con los demás y despertando á las jentes. Y después de haber pasado así gran parte de la noche, volvió á palacio, bailando siempre con las mismas personas, y pidió vino y frutas; pues tal era la colación de los antiguos, y hasta de los reyes, antes que entre nosotros se introdujese el gusto de los dulces y de las conservas, con el descubrimiento de nuevos países. De este modo iba pues danzando y divirtiéndose durante las fiestas que daba, y especialmente durante aquella tan famosa que celebró cuando creó conde y armó caballero á D. Joham Alfonso Tello; la que fué la mas magnífica que se haya hecho en aquellos tiempos en tales solemnidades.

«El rey mandó reunir una inmensa cantidad de cera, con la que fabricaron cinco mil blandones y cirios, y llamó á cinco mil hombres de las cercanías de Lisboa, para que aguantasen aquellas luminarias en la mano durante la noche en que el conde hizo la vela de las armas. Llegado el momento de la ceremonia,

mandó que desde el monasterio de Santo Domingo, de Lisboa, donde se hacia, hasta el palacio de Alcazoba, estos hombres estuviesen inmóviles y ordenados, cada uno con su cirio ó antorcha en la mano; y esto producía una luz grandísima. El rey, con muchos caballeros y nobles que danzaban como él, el rey, digo, iba entre estas dos filas, bailando y divirtiéndose. De este modo pasaron la mayor parte de la noche. Al día siguiente, levantaron una multitud de grandes tiendas en la plaza del Resio, donde había montañas enormes de panes, grandes toneles llenos de vino, y vasos dispuestos para cuantos quisiesen beber; entretanto asaban fuera bueyes enteros, y este banquete fué público para los que quisieron tomar parte en él, durante toda la fiesta, en la que fueron armados otros muchos caballeros.

«Estas costumbres y estos modos tan diversos del rey D. Pedro, hemos puesto cuidado en referirlos, porque por maravilla se hallan reunidos en un mismo hombre, sobre todo si es rey.....

«Don Pedro era gran cazador cuando infante, y cuando fué rey tuvo muchos trenes de caza y muchísimos monteros. Vivía gustoso de carne, sin ser mas comilon que otros, y por esta causa las salas de palacio estaban surtidas siempre de carnes en abundancia. En cuanto á las demás particularidades respecto á su persona, no sabemos nada mas sino que era tartamudo.

«Con esta liberalidad gobernaba de modo que sin ninguna vejacion para el pueblo y sin escitar quejas, adquirió gruesas sumas de dinero que aumentaron el tesoro de sus mayores, que dejó al rey D. Fernando, su hijo. Mandó acuñar en su tiempo muchas monedas de oro y plata; los doblones eran de oro de veinte y tres quilates, y cincuenta hacían un marco. Las monedas de plata eran torneas, sesenta y cinco de las cuales hacían el marco.

«Era de suyo tan liberal, y tenía tanto placer en dar, que muchas veces se le oía decir: «El día en que un rey no ha dado nada, no cabe con

razon llamarle rey.» Y queriendo pintar el placer que le causaba el deramar sus liberalidades, decía á los suyos que le aflojasen la cintura para que se ensanchase su cuerpo y pudiese estender la mano y dar, dando á entender de este modo que no debía un monarca ser de condicion ruin. Mandaba fabricar joyas de oro y plata para hacer regalos cuando le parecia; aumentó el salario de sus caballeros y de la servidumbre de palacio. Apreció mucho los servicios, no solo los que á él se le habían hecho, sino tambien los hechos á su padre; jamás disminuyó los bienes que había concedido.

«Los banquetes que daba á los nobles de su corte que le acompañaban en sus paseos por el reino, que visitaba á la manera que un correjidor visita su correjimiento, estos banquetes eran espléndidos, abundantísimos y casi continuos; lo propio sucedía durante las grandes cacerías, á que era muy aficionado y que menudeaba mucho. Para esto mantenía á muchísimos monteros, muchas jaurías y aves de toda especie.

«Hallamos pues escrito de este rey que era muy amado de su pueblo, porque le mantenía en la equidad y la justicia. He aquí la marcha que seguía en el despacho de sus negocios; todos los recursos que le presentaban se ponían en manos de Gonzallo Vaasquez de Goes, secretario *da puridade*, quien los entregaba al secretario que quería, y este debía repartirlos entre los majistrados, en cuyas atribuciones entraban. Por lo que hace á los memoriales que decían relacionar con los negocios de rúbrica, mandaba estender los despachos correspondientes por el secretario por cuyas manos debía pasar el negociado; de modo que en el mismo día ó al siguiente quedaba despachado el negocio; y el secretario que no obraba de este modo perdía su favor. Mediaba alguna diferencia con respecto á los otros recursos que se le presentaban pidiendo gracias ó mercedes sobre sus propios bienes.....

«Así como este rey D. Pedro era amante de la mas rigurosa justicia

para con los que lo merecian, asimismo hacia todos los esfuerzos para que no se dilatasen los negocios civiles. Hallando que los procuradores alargaban los pleitos mas allá de lo que debian, mandó que no hubiese procuradores en todo su reino. Recomendó á los jueces y abogados que no favoreciesen á ninguna parte en perjuicio de la otra, y que se guardasen ante todo de aceptar ciertos servicios que pudiesen dar lugar á creer que la justicia estaba vendida; quiso que se dedicasen sobre todo á despachar prontamente los negocios, diciendo que si llegaba á saber que anduviesen negligentes, lo pagarian con su cuerpo y sus bienes, y que les haria pagar á las partes cuantas pérdidas les hubiesen causado....

«Puede muy bien decirse de este rey D. Pedro que no fué en su tiempo cuando se vieron cumplidas por ciertas las palabras del filósofo Solon y de algunos otros, que han dicho que las leyes y la justicia eran semejantes á una telaraña, en la que caen y perecen las moscas pequeñas, al paso que las moscas grandes, que son mas fuertes, la rompen y se escapan; queriendo dar á entender con esto que las leyes y la justicia se cumplen solamente con los pobres y desvalidos, al paso que los otros, teniendo amparo y socorro, hallan siempre medio de romper sus lazos y de librarse. El rey D. Pedro era muy al contrario de esto, pues ni súplicas ni poder podian hacer evitar la pena en siendo esta debida.

«No solo administraba justicia este rey contra aquellos con quienes tenia el derecho de hacerlo, como los laicos y las personas por este estilo, sino que se afanaba además por alcanzar á los que negaban su jurisdiccion, hasta con los clérigos, desde los mas humildes hasta los mas encumbrados; y si le rogaban que los enviase á su vicario, mandaba ahorcarlos; que de este modo los enviaba á Jesucristo, que era su verdadero vicario, y que haria de ellos lo que de derecho, pero en el otro mundo.

«Ya habeis oido largamente lo que hemos dicho de la muerte de Inés, y las razones por las que D. Alfonso le

mandó dar muerte; tambien sabeis la gran contienda que hubo con este motivo entre el rey y D. Pedro. Estando este por el mes de junio en un lugar llamado Castañeda, haciendo ya cuatro años que reinaba, mandó publicar que D.^a Inés era su esposa. Hallábanse con él D. Joham Alfonso, conde de Barcellos, mayordomo mayor, Vasco Martins de Souza, su canceller, maestre Alfonso das Leis, Martin Vaasquez, señor de Goes, Gonzallo Meemdez, de Vasconcellos, Joham Meemdez, su hermano, Alvaro Pereira, Gonzallo Pereira, Diego Gomez, Vaasco Gomez de Aavreu, y otros muchos que no tenemos necesidad de recordar. El rey llamó á un notario, y estando todos presentes, juró sobre los Evangelios, por él corporalmente tocados, que siendo todavía infante, hallándose en Braganza, viviendo todavía el rey su padre, hacia de esto siete años poco mas ó menos, pero sin que pudiese recordar ni el mes ni el dia, habia él recibido por mujer lejitima, de palabra y estando presente, como lo exige la santa Iglesia, á D.^a Inés de Castro, hija en otro tiempo de D. Pedro Fernandez de Castro, y que D.^a Inés le habia recibido por esposo, con palabras semejantes, viviendo despues en union y matrimonio, como debian hacerlo.

«Despues que hubieron pasado tres dias, llegaron á Coimbra Don Joham Alfonso, conde de Barcellos, Vaasco Martins de Souza y maestre Alfonso das Leis; y en el palacio donde se leian las decretales (por cuanto el estudio se hallaba en esta ciudad), habiendo llamado á un notario, llamaron tambien á dos testigos, á saber: D. Gil, obispo da Guarda, y Estévan Lobato, servidor del rey, y les dijeron que, despues de haber jurado sobre los Evangelios, declarasen la verdad de lo que sabian relativamente al casamiento de D. Pedro y de D.^a Inés. Y preguntados cada uno por separado, dijo el obispo el primero que yendo con dicho señor, y siendo entónces prior de Guarda, como el infante, ahora rey, y Doña Inés con él residia en la ciudad de Braganza, aquel señor le habia lla-

mado un día á su cuarto, estando presente D.^a Inés, y que le habia dicho que queria recibirla por mujer; y que inmediatamente, sin mas demora, dicho señor habia puesto su mano en su mano, y que D.^a Inés haciendo otro tanto, él los habia juntado á entrambos con palabras de contratacion segun lo manda la santa Iglesia... Y habiéndose preguntado lo propio á Estévan Lobato, dijo que el rey, siendo infante, le habia llamado á su cuarto, donde le habia declarado que queria tomar á Doña Inés por mujer, y que era su voluntad que él fuese testigo... Añadió que esto habia sucedido en el mes de enero, unos siete años antes. Y cuando todas estas preguntas se hubieron escrito segun acabais de oir, mandaron al punto reunir á las jentes ya preparadas al intento, á saber: Don Lorenzo, obispo de Lisboa; D. Alfonso, obispo de Oporto; D. Joham, obispo de Viseu, y D. Alfonso, prior de Santa Cruz, y todos los caballeros susodichos, y otros muchos que no continuamos, con vicarios y clero y una multitud de pueblo, así eclesiástico como secular, que al intento se habia reunido. Y habiéndose hecho silencio para oir bien, el conde Joham empezó de esta manera: «Amigos, habeis de saber que el rey, que es ahora nuestro señor, ha recibido por mujer lejítima á D.^a Inés de Castro;... Y porque es la voluntad del rey que esto no siga por mas tiempo encubierto me ha mandado notificároslo, para sacar toda sospecha de vuestro corazon, y para que esto se sepa claramente; pero si á pesar de lo que acabo de deciros, y á pesar de lo que se os ha leído y declarado, observasen algunos que todo esto es como si no se hubiese efectuado, porque no ha habido dispensa que pudiese borrar el grado de parentesco que entre ellos existia, siendo ella prima del rey nuestro señor, él me ha mandado certificaros el todo y mostráros esta bula, que obtuvo siendo infante, y en la que el papa le da dispensa de casarse con cualquiera mujer que él desee, por muy allegada que fuese, y aun cuando lo fuese mas de lo que era D.^a Inés.»

Entónces publicaron delante de todos la carta del papa Juan XII.

«Los matadores de D.^a Inés habian sido bien recibidos por el rey de Castilla; de él recibian finezas y cortesías, y vivian en su reino tranquilos y sin temor; pero desde que el infante D. Pedro habia comenzado á reinar, habia dado sentencia de traicion contra ellos. Y tambien por esta época habian huido de Castilla, temerosos del rey que queria matarlos, D. Pedro Nuñez de Guzman, adelantado mayor del pais de Leon, Meem Rodriguez Tenoiro, Fernan Golliel de Tolledo y Fernan Sanchez Caldeiron, vivian en Portugal bajo la proteccion del rey D. Pedro. Los Portugueses pensaban como los Castellanos, no recibir nunca daño, por cuanto la reflexion era quien les habia hecho elejir aquel asilo, al abrigo de una seguridad formal que no fué observada por los reyes. Estos ajustaron secretamente un convenio por el cual el de Portugal debia entregar presos al rey de Castilla á los caballeros que vivian en su reino, al paso que el otro habia de entregar á Diego Lopez Pacheco y á sus dos compañeros que se habian refugiado en España. Mandaron además que fuesen todos presos en un día, para que la prision de los unos no diese que sospechar á los otros.

«Hecho el convenio de este modo, los caballeros de quienes hemos hablado fueron presos en Portugal; pero el día en que llegaron las órdenes del rey de Castilla al paraje donde debian prender á Diego Lopez y á los demás, aconteció que por la mañana muy de madrugada habia salido aquel á caza de perdices. Despues de haber preso á Pero Coelho y á Alvaro Gonzalvez, fueron tambien por él y no hallaron á nadie; mandaron entónces cerrar las puertas de la ciudad, para que nadie pudiese salir á prevenirle; y le aguardaban para prenderle en cuanto llegase. Un pobre estropeado, que recibia siempre alguna limosna cuando Diego Lopez comia en su casa, y con quien hablaba á veces, vió lo que pasaba y resolvió salir á preve-

nirle antes que llegase á su casa. Informóse mañosamente del paraje á donde habia ido Diego Lopez; presentóse entónces á la guardia de una de las puertas de la ciudad y le rogó que le dejasen salir; y la guardia, no sospechando la menor cosa de aquel hombre, le abrió la puerta y le dejó pasar. Dirigióse al paraje por donde creia que Diego Lopez debía pasar, y por fin le encontró con sus escuderos muy ajeno de pensar en las novedades que ocurrían. Díjole el pobre que queria hablarle, y este, que no barruntaba el mensaje de que era portador, hubiera querido dispensarse de oírle; pero insistiendo el pobre, le contó como habia pasado á su palacio un guardia del rey de Castilla con mucha jente armada para prenderle, despues de haber preso á los demás. Cuando Diego Lopez hubo oído esto, ocurrióle luego lo que debía ser, el temor de la muerte le perturbó y se puso todo pensativo. Viéndole el pobre de aquel modo, le dijo: «Seguid mi consejo, que os será provechoso; separaos de los vuestros; vamos á un valle que dista poco de aquí, y allí os diré lo que debéis hacer para ponerlos en salvo.» Entónces Diego Lopez dijo á los suyos que fuesen por allá á corta distancia cazando, que queria entrar solo con aquel mendigo en un valle, donde le aseguraba que habia muchísimas perdices. Así lo hicieron como se lo dijo, y pasaron los dos á aquel sitio. Y el pobre le dijo entónces que si queria salvarse, era forzoso que se vistiese con sus harapos y que á pié fuese en esta guisa hasta el camino que conducía á Aragon; que á su primer encuentro con arrieros, podría ponerse á su servicio, y que de este modo, ó vestido de fraile, si le era dable ajenciarse un hábito, llegaría á salvamento al reino de Aragon; por cuanto forzosamente iban á buscarle por todo el pais. Diego Lopez admitió su consejo, y se fué á pié de este modo, y el pobre no volvió desde luego á la ciudad... Los que tenían encargo de prender al fujitivo anduvieron buscándole por parajes muy diversos; y por lo que

hace á lo que por el camino le aconteció, y como pasó por Aragon hasta Francia, cerca del conde D. Enrique, el modo como este le hizo llegar á las campiñas de Aviñon, y lo demás que le sucedió, no hablaremos de esto por no salir de nuestro asunto.

« Cuando supo el rey de Castilla, que Diego Lopez se habia escapado, lo sintió en gran manera, mas no supo remediarlo; sin embargo envió á Alvaro Gonzalvez y á Pero Coelho, bien atados y con buena escolta, al rey de Portugal, su tío, segun entre ellos se habia convenido, y cuando llegaron á la frontera, hallaron en ella á Meem Rodriguez Tenoiro, y á los demás Castellanos que enviaba el rey D. Pedro, y hablando despues Diego Lopez de esta historia, decia que aquello habia sido un trueque de burro por burro. Alvaro Gonzalvez y Pero Coelho fueron pues conducidos á Portugal y llegaron á Santarem, donde se hallaba el rey D. Pedro; y el rey, muy gozoso con su llegada, pero muy enojado porque se habia escapado Diego Lopez, salió á recibirlos, y ¡cruel furor! los mandó poner al tormento, queriendo hacerles confesar que eran culpables de la muerte de doña Inés; pero ninguno de ellos contestó á esta pregunta en términos de satisfacer al rey; y cuentan que en un arrebato de cólera dió á Pero Coelho un latigazo en el rostro, y que este, abandonándose contra dicho rey á palabras malas, le llamó traidor, sin fe, perjuro y verdugo de los hombres; y diciendo D. Pedro que le trajesen cebollas y vinagre para guisar aquel conejo (1), empezó á mofarse de ellos y mandó que los matasen. Si refiriésemos, largamente el modo como fueron muertos, causaria una sensacion cruel: á Pero Coelho le mandó arrancar el corazon por el pecho, y á Alvaro Gonzalvez por la espalda. Las palabras que hubo con este motivo, la

(1) *Dizendo que lhe trouxessem cebolla e vinagre para o coelho.* Para comprender este retruécano atroz, es preciso tener presente que *coelho* significa conejo en portugués.

poca maña del ejecutor en tal operacion, todo esto seria dolorosísimo de referir. Por último mandó D. Pedro quemarlos. Todo esto se verificó delante del palacio donde residia, de modo que desde la mesa donde comia podia ver lo que mandaba hacer. Con semejante escándalo perdió este rey una buena parte de su buen nombre. Así en Portugal como en Castilla consideróse esto como una malísima accion, y toda la jente honrada que la oian contar decian que los reyes habian cometido un error grandísimo quebrantando así sus promesas, por cuanto aquellos caballeros se habian refugiado á sus reinos bajo la fe de su palabra...

« Si dice alguien que ha habido muchos que han amado tanto y mas que D. Pedro, tales como Arcane y Dido, y otros que no nombramos, contestaremos que no estamos ahora hablando de amores imaginarios, que ciertos autores, de florida elocuencia, han referido segun su fantasia, diciendo, en nombre de tales personas, discursos en que jamás pensasen: sino que hablamos de aquellos amores que se cuentan y leen en las historias, y que tienen su cimiento en la verdad. Este amor sincero profesóle el rey á doña Inés luego que de ella se hubo prendado, estando entonces casado y siendo todavía infante; y tanto, que al principio parecia que perdía á su lado la vista y el habla; y no cesaba de enviarle mensajes, segun mas arriba se ha visto. Los esfuerzos que hizo para poseerla, lo que hizo á causa de su muerte, y la justicia que administró en los que eran culpables con ella, aunque faltó á sus juramentos, todo esto queda probado por lo que llevamos dicho. Y habiendo acordado honrar sus huesos, puesto que nada mas podia hacer, mandó levantarles un monumento de piedra blanca delicadamente labrado y mandó colocar sobre la losa del sepulcro su imájen con la corona sobre la cabeza, como si hubiese sido reina; y mandó colocar este monumento en el monasterio de Alcobaza, no á la entrada, donde descansan los reyes, sino en la iglesia á mano derecha,

cerca de la capilla mayor; y mandó trasladar su cuerpo desde el monasterio de santa Clara donde descansaba, con cuanta pompa fué dable. Iba en una litera muy adornada para aquel tiempo, la que era llevada por caballeros ilustres, acompañados de grandes, damas, señoritas y eclesiásticos. Habia por el camino muchísimos hombres con cirios en las manos, colocados de modo que á lo largo del camino estuvo siempre el cuerpo entre antorchas encendidas. De este modo llegaron al monasterio, que distaba diez y siete leguas. Colocóse el cuerpo en el monumento, con muchísimas misas y solemnidades, y esta traslacion fué la mas suntuosa que hasta entonces se hubiese visto en Portugal. Asimismo mandó hacer otro monumento bien dispuesto para él, y lo mandó colocar al lado del de Inés, para que, en habiendo muerto, lo depositasen allí; y estando en Estremoz cayó enfermo de sus postreros dolores y estando así enfermo y encamado recordó que tras la muerte de Alvaro Gonzalez y de Pero Coelho, se habia probado que Diego Lopez Pacheco no habia sido culpable de la muerte de doña Inés, y le perdonó todos los agravios que le habia hecho, mandando restituírle todos sus bienes, como lo verificó D. Fernando su hijo. Y el rey mandó, por su testamento, que se agregasen perpetuamente á aquel monasterio seis capellanes que cantasen y celebrasen cada dia un oficio, al que debian asistir con cruz y agua bendita. Y el rey D. Fernando su hijo, para que dichas misas se cantasen y celebrasen con mas eficacia, donó al monasterio el sitio llamado Paredes, distrito de Leiria, con todas las rentas y señoríos anejos... »

ULTIMOS AÑOS DEL REINADO DE D. PEDRO.

Tras la narracion de esta gran catástrofe, lo que nos queda por decir sobre el reinado del amante de doña Inés ocupa un lugar secundario á los ojos de las demás naciones. Pero el Portugal está viendo en este perio-

do, harto desconocido, de su historia una época de sosiego que prepara tiempos mas gloriosos. La inflexible severidad del príncipe, junto con un sentimiento profundo de la justicia, dió á su reinado un valor tan significativo á los ojos del pueblo, que consagró su memoria con una palabra sencilla á la par que profunda. En Fernando Lopez y en Ayala hay que estudiar el carácter orijinal de este rey, allí se hallan en su verdad primera aquella multitud de anécdotas que las crónicas sucesivas han ido poco á poco alterando, y que se hallan en todas las colecciones históricas; aquella en que un obispo se ve amenazado de azotes porque fué cojido en adulterio; la historia del albañil condenado á no servirse de su trulla durante un año, tras el asesinato de un clérigo, esta parodia algo atrevida de la indulgencia de ciertas leyes eclesiásticas, todo prueba que al paso que afectaba formas raras en la ejecución de sus voluntades, no por esto seguía D. Pedro con menos afán el plan de su abuelo con respecto al clero. Parece cierto que favoreció al pueblo todas las veces que pudo hacerlo, aun á costa del poder tan temido en toda la Península. Los grandes y el clero, de acuerdo quizás entre sí, apellidaron á D. Pedro el Cruel; pero el pueblo no se dejó engañar, y le llamó el Justiciero. Con efecto, reinó en su tiempo en todo Portugal una completa seguridad así para las personas como para las propiedades; la judicatura y la administración se simplificaron hasta lo sumo. El tesoro fué mas rico de lo que lo habia sido en los reinados precedentes. Evitando dar socorros intempestivos al rey de España, que los reclamaba á fuer de pariente cercano, este rey desvió tambien del país una guerra desastrosa para Castilla. Persuadido de estas ventajas palpables, el pueblo perseveró en su concepto, y al hablar del Justiciero despues de muerto, decia que semejante monarca ó no hubiera debido nacer ó no hubiera debido acabar. El rey de quien así hablaba su pueblo murió en Estremoz el 18 de ene-

ro de 1367. Sus postreras voluntades se cumplieron puntualmente, y trasladaron su cuerpo á Alcobaza, en la tumba de mármol que él mismo habia mandado construir para descensar cerca de su querida Inés.

IGNORANCIA COMPLETA DE LA FRANCIA CON RESPECTO A PORTUGAL.

Una cosa que caracteriza esta época, y que es del caso advertir en este lugar, es la ignorancia en que la Francia estaba entónces de todas las cosas relativas á Portugal. A pesar de las nociones positivas que hubieron de transmitirse en el siglo precedente por los Burdin, los Ayméric, los Ebrárdos, los Domingo Jordo, todos los conocimientos que sobre este hermoso país se tenían se habian estinguido tanto por el tiempo en que reinaba D. Pedro, que cuando un poeta francés de este período pretendió pintar al rey de *Lisboa el Grande*, ni siquiera se enteró de su nombre real, puesto que le llamó D. Fagon.

Sin embargo llegamos ya á un reinado en que las comunicaciones serán mas directas, porque á pesar de las agitaciones del reino, la marina irá en aumento, porque, á falta de un rey entendido, las riquezas prodijosas acumuladas por D. Pedro darán vivo impulso á las transacciones comerciales.

REINADO DE D. FERNANDO. — LUCHAS DEPLORABLES CON CASTILLA. — LIANOR TELLEZ.

El hijo de doña Constanza habia nacido en Coimbra el 31 de octubre de 1345; subió al trono el día en que murió su padre, y tenía á la sazón veinte y dos años. Todos los cronistas ensalzan á una la hermosura de este rey mozo, las peregrinas prendas de su entendimiento, pero hablan al mismo tiempo de su flaqueza y liviandad inconstante.

El autor de la *Monarquía Lusitana*, el sabio Brito, observa con razon que ningun soberano empuñó el timon del estado bajo auspicios mas favorables. Diniz habia dado á

la agricultura un impulso inmenso; Alfonso el Bravo había afianzado la independencia del país, D. Pedro había aumentado prodigiosamente los recursos del tesoro; los fatales consejos de una mujer artificiosa, el influjo de algunos privados, echaron al través en breve plazo aquellos principios de prosperidad.

Los primeros años del reinado de D. Fernando no debían hacer presagiar lo que traerían un día su descuido y sus pretensiones desatinadas; ocupóse inmediatamente en volver á levantar las fortificaciones de ciertas plazas, en abastecerlas de lo necesario y en construir nuevas obras. El período en que vivió Don Fernando ocupa en este concepto un lugar de alguna importancia en la historia de Portugal; no hay que olvidar que en su reinado se levantaron las fortificaciones que por largo tiempo ciñeron la ciudad de Lisboa, y de las que subsisten todavía algunos vestigios. El primer yerro que cometió D. Fernando, el que estuvo á pique de causar su ruina, fué el no atenderse á aquellas mejoras interiores y encumbrar demasiado sus pretensiones.

El rey que había implorado en balde la asistencia de D. Pedro, Pedro el Cruel, había muerto; la España se hallaba en manos de Enrique de Trastámara. El rey mozo reclamó altamente aquella corona, que el Portugal había dejado caer á sabiendas en poder del fratricida. En efecto, como nieto de D. Sancho, el trono de Castilla le pertenecía. Enrique el *Bastardo* le probó luego lo que valen tales pretensiones, cuando estas no están sostenidas por el talento ó por una voluntad enérgica. D. Fernando se unió con D. Pedro de Aragon, cuya hija pidió en casamiento, y no reparó en contraer una alianza con el rey musulman que estaba reinando en Granada. Trábose una guerra cruel, encarnizada, cual se la hacen los pretendientes; cesó merced á la intervencion de Gregorio XI, y firmóse la paz en Évora, á fines de marzo de 1391. Un documento diplomático de este año prueba que la Francia iba á entrar ya en

relaciones mas directas y frecuentes con Portugal que en los reinados precedentes.

Por este tiempo se ve aparecer una de aquellas mujeres cuyo amor fatal labra el destiño de un reino, y cuya fuerte inteligencia da una especie de brillo á la via criminal que siguieron. Lianor Tellez, dama de peregrina hermosura, y que pertenecía á la ilustre familia de los Menezes, se había casado algunos años antes con Joan Lorenzo da Cunha, señor de Pombeiro; D. Fernando se había enamorado perdidamente de esta mujer; hollando todas las leyes, mandó anular el matrimonio; y sin pararse tampoco en los obstáculos que podían nacer del parentesco, contrajo enlace público con ella, en Eixo, el mismo año en que acababa de firmar la paz.

Muéstrase el drama, durante este reinado, con todas sus condiciones de interés, de terror, de incidentes trágicos é inesperados, y con las formas mas orijinales. El obispo D. Alfonso, á quien D. Pedro el Justiciero había amenazado con azotes por causa de adulterio, fué, segun dicen, quien bendijo el casamiento de D. Fernando con Lianor Tellez; esta reina fementida está temiendo siempre á los hijos de doña Inés; tiene una hermana, María Tellez, hermosa como ella, pero dotada de un corazón noble, se maneja de modo que D. Joan, el hermano del rey, se casa con ella secretamente; luego contraido que está este enlace, quiere matar á su hermana y perder al infante. Para conseguirlo, promete indirectamente la mano de la infanta á su tío, y con ella quizás tambien un día el trono de Portugal. Doña María Tellez es asesinada un día por su propio marido, pero consumado el crimen, Lianor se mofa del asesino. El infante D. Joan huye á España acosado por sus remordimientos. Todavía queda un príncipe nacido del enlace funesto que castigó Alfonso IV; es un hombre activo, un corazón jeneroso, y no quiere besar la mano de la reina adúltera que le ha presentado su hermano. El destierro sigue á este agravio, y

mas adelante el infante Diniz tiene que errar por los mares del Norte. Un naufragio le arroja en medio de pobres Flamencos, y el segundo hijo de la hermosa Inés está detenido cautivo en las playas de Flesinga en una choza de un pescador.

Todas estas narraciones que dan colorido á la historia, pero que no dicen los hechos importantes, no está en nuestra mano el presentarlos sino de un modo incompleto; fuerza era, no obstante dar á conocer á la mujer malvada que tanto influjo tuvo en el país. Para contraer el odio-sino enlace que le unia con Lianor Tellez, D. Fernando se había visto precisado á orillar su casamiento con la hija del rey de Castilla; pero luego cometió una accion mas desleal todavía; pues con menosprecio de los convenios contraidos en Évora, hizo alianza con el duque de Lancaster, hijo de Eduardo III, rey de Inglaterra; habia casado este príncipe con la hija de Pedro el Cruel, tenia pretensiones al trono de España, y la sostenia con las armas. La cólera de Henrique de Trastamara fué á la par justa y terrible, pues luego supo aquel rompimiento inesperado. Juró vengarse y no volver á Castilla sin haber antes destruído á Lisboa. Fernando Lopez nos ha conservado las palabras de la imprecacion, las cuales prueban que si se detuvo aquella ira implacable, fué porque atajaron su cumplimiento males inesperados.

Hay que leer en la crónica antigua los pormenores de esta guerra deplorabile, una de las mas crueles sin duda que tuvo que padecer Portugal durante la edad media. D. Fernando era reconocido rey de Castilla por varias ciudades; sin embargo, despues de haber devastado la provincia de Beira, el rey de España llegó á la cabeza de un ejército poderoso, delante de los muros de Lisboa y se alojó en el convento de san Francisco. Los habitantes de la ciudad, reducidos entónces á una horrorosa desesperacion, empezaron á pegar fuego á una parte de la ciudad; mientras que los Españoles no perdonaban medio para aumentar el desastre, estabase Fernando muy

quieto en Santarem, y Brito nos lo representa dejando pasar los tercios castellanos, mirando con indiferencia alzarse por los aires el humo del horroroso incendio que estaba devastando su capital. Por dicha para Portugal, Gregorio XI, que residia en Aviñon, intervino nuevamente, y se acordó la cesacion de las hostilidades; el cardenal Guido de Montforte fué el encargado de establecer los preliminares de la paz, la que fué definitivamente firmada el 19 de marzo de 1373. La entrevista de ambos reyes se verificó en el Tajo, á la vista de Lisboa, y en medio de aquella pompa de la edad media que daba un carácter solemne á los grandes actos de la política, tanto que Henrique de Trastamara no pudo menos de decir á su regreso: «He visto hermosa ciudad y á rey hermoso.»

Desde esta época se acordó un acto importante, un acto fecundo en resultados deplorables para Portugal, pero que no debia ratificarse sino muchos años despues; Brites, tantas veces prometida por su padre, se desposó por fin con el infante de Castilla.

ADMINISTRACION, MARINA. — NUEVO ROMPIMIENTO CON CASTILLA. — ENTRADA DE LOS INGLESES EN PORTUGAL.

En este período del reinado de D. Fernando debemos colocar la mayor parte de los actos administrativos que vienen á rescatar sus muchos yerros. Una de sus acciones mas meritorias fué el comprender, desde aquella época, cual era el verdadero papel que el Portugal estaba llamado á hacer con su marina. Ocupóse con una perseverancia laudable de esta parte de la administracion. Los grandes bosques plantados por el rey Diniz empezaban á realizar para las construcciones navales las previsiones de este rey prudente. Fernando permitió á la marina mercante sacar de allí sus materiales; construyéronse buques mayores con inteligencia; en una palabra, este rey hizo entónces cuanto cabia ha-

cer para favorecer la navegacion y el comercio exterior, y Schoeffer, que no trata de encubrir los yerros de este rey, da al propio tiempo una prueba de su capacidad nada comun, presentando un cuadro exacto de lo que practicó en este sentido.

Pero por desgracia lo malo puja á lo bueno durante este reinado deplorable. En 1381 rompe nuevamente Fernando con alevosía la paz con Castilla. Entónces fué cuando llamó á fuer de aliados á los Ingleses al reino y empleó para salir con su intento en la negociacion á un hombre de quien la antigua lealtad portuguesa no habla sino con menosprecio. Un señor del pais de Galicia, el conde Andeiro, fué enviado por el rey á Londres para reunir allí los elementos de una guerra alevosa, cuyos resultados todos debian recaer sobre el pais. La primera consecuencia de esta odiosa trama fué la deshonra del rey. Al regreso de su mision reservada, el conde Andeiro habia sido recibido por Fernando, quien le ocultó en su palacio; la reina se prendó de él, y agregó Lianor á sus otros crímenes el adulterio. Por lo que hace á la guerra desastrosa que habia causado la negociacion de su cómplice, quizás no cuenta el Portugal una época mas fértil en rapiñas y en violencias de toda especie. Los Ingleses, introducidos en Portugal como amigos bajo la bandera de Lancaster, cometieron escesos de que las guerras con los Moros no habian presentado ejemplar. Ni aun la infancia estuvo al abrigo de aquella brutalidad soldadesca que los jefes no podian reprimir; y el cuadro tan dramático que de este período sangriento nos ha dejado Fernando Lopez, nos prueba que en punto á los escesos que ocasionó solo cabe compararlo con la guerra de los Armañaq en Francia (1).

Sin embargo tuvo un término aquella guerra; y Juan I de Castilla ajustó la paz en 1383, casándose definitivamente con la infanta D.^a Bri-

tes. Dicen que á la noticia de esta paz tan deseada, Castellanos y Portugueses, cansados de una guerra desastrosa y sobre todo de la presencia de aquellos hombres del Norte que aborrecian igualmente, se echaron de rodillas y tributaron gracias á Dios en los campamentos opuestos. La guerra furiosa, desapiadada, cual la hacian los Ingleses, habia perturbado aquellas almas caballerescas que se arrepentian á la par de su alianza y de sus victorias; el duque de Cambridge retiró sus tercios. Celebráronse las nupcias; pero D. Fernando no pudo gozar por mucho tiempo del sosiego que sucedió á la guerra desastrosa de la que habia sido el promotor principal. La paz no tuvo para él ningun halago; murió de una enfermedad cuyas funestas resultas habia previsto con mucha anticipacion, y se estinguió en Lisboa en el palacio del Limoeiro, el 22 de octubre de 1383.

INTERREGNO. EL MAESTRE DE AVIZ. MUERTE DEL CONDE ANDEIRO.

El dia en que D. Fernando hubo cesado de vivir, hallóse el Portugal colocado en la posicion mas crítica y complicada; la rejencia cayó naturalmente en las manos de una mujer á quien el pueblo aborrecia y menospreciaba á la par, y Juan I, rey de Castilla, revendicó una corona á la que el casamiento que habia contraído con la infanta D.^a Brites le daba, á su ver, derechos incontestables. D. Joam, el hijo mayor de Inés, el asesino de la noble María Tellez, tenia tambien sus pretensiones, pero las hacia valer del fondo de una cárcel donde le habia echado el rey de Castilla; y á pesar de las simpatías del pueblo de Lisboa, eran nulas las probabilidades que podian asistirle. Hasta el infante D. Diniz procuraba hacerse algunos adherentes y crearse un partido. En medio de todos estos ánimos inquietos y ambiciosos, el hombre á quien la Providencia reservaba al Portugal conservaba la calma de una alma fuerte. Quería ante todo la independencia del pais; llególe el trono despues.

(1) *E padecoo Portugal tanto damno dos amigos Ingleses, como dos inimigos Castellanos.* Véase á Rodriguez de Castro.

Sin duda de resultados de una estraña preocupacion han hecho nacer varios escritores á D. Joam, maestre de Aviz, del rey D. Pedro y de Inés; y con este yerro quitan una dinastía á la historia de Portugal. El gran maestre era hijo bastardo del rey D. Pedro, quien le habia tenido, segun pública opinion, en 1357. Halló en un libro desconocido casi á los historiadores que su madre era jenovesa y noble; pero la opinion mas comun le da por madre una dama de Galicia, llamada D.^a Teresa Lourenzo. Habia sido elevado por su padre á la dignidad de gran maestre de la órden de Aviz y el odio activo que desde un principio sintió contra él Lianor Tellez habia producido sus frutos; no solo habia logrado la reina privarle momentáneamente de su libertad, sino que por poco perdió la vida de resultados de las intrigas de aquella muger alevosa.

El maestre de Aviz, era querido por los Portugueses cabalmente á causa de los odios que habia levantado y de la rectitud que en varias ocasiones se habia en él reconocido. Todo prueba que al principio obró esteriormente en nombre del infante D. Joam, quien purgaba en la cárcel de la que ya no debia salir el asesino de Maria Tellez. Era el elegido de un noble anciano, que gozaba por sus virtudes de una especie de corona popular. Alvaro Paes contribuyó á hacer lograr la corona al maestre de Aviz, cuando se hubo hecho cargo de que su enerjía y su valor le indicaban como el rey que convenia al pueblo.

D. Joam empezó por hacerse *justiciero mayor*, y no hay en la historia una página mas dramática que aquella en la que, socolor de tomar las órdenes de la reina Lianor Tellez, en el momento en que hay que guarnecer las fronteras contra la invasion española, penetra en su palacio para vengar al pueblo y al tirano.

El conde Andeiro, que cuando las exequias del rey, se habia alejado, habia salido de Ourem: á pesar de los presentimientos de los suyos,

habia vuelto á Lianor Tellez, y en la actitud humildemente orgullosa del privado, recibia un día á los piés de la reina ciertas órdenes cuya dulzura ó insolencia daba á comprender una sonrisa. El maestre de Aviz entra con los suyos en el apartamento; Lianor está en su estrado, sus damas están sentadas á su alrededor, el conde Andeiro adivina á medias la escena que va á pasar; manda á los suyos tomar las armas. Pero es tarde ya; con la yerta cortesía de un caballero que se despide de su soberana, D. Joam se ha separado ya de la reina, bajo un pretesto al que no puede resistir, Fernandez Andeiro tiene que seguirle. Ya están en el gran salon que precede al lugar donde está la corte; están en el alfeizar de una ventana; ¿qué es lo que allá se están diciendo? No se sabe. De repente el gran maestre hiere con su espada á aquel á quien ya juzgó el pueblo; Andeiro no está herido de muerte, otro caballero le remata. Cunde entónces por palacio un clamor inmenso; y cuando Lianor Tellez cree reconocer en aquellos alaridos lúgubres coros, cuando ella cree oir á los campesinos medio salvajes de las provincias lejanas, que segun costumbre, acuden á llorar debajo de sus ventanas la muerte del rey, hieren sus oídos gritos de venganza.

Para comprender bien esta escena de la edad media hay que seguir sus diversos episodios en Fernando Lopez; allí se ven todos los pormenores del tumulto popular que sucede á esta catástrofe: tumulto previsto de antemano, y que se escitó diciendolo á la muchedumbre que está peligrando la vida del maestre de Aviz. Con efecto los Lisboeses no bien saben por un paje que al efecto se les envia que el gran maestre encerrado en palacio corre allí peligro de muerte, se arrojan atropelladamente á la habitacion de la reina, y profieren terribles amenazas si no parece Don Joam. Preséntase este por fin, y por los gritos de gozo que da la muchedumbre, puede comprender por la vez primera que el gran maestre de

la órden de Aviz acaba de trocar su espada vengadora por el cetro de Portugal.

No fué saludado desde luego como rey ; pero despues de la retirada de Lianor, fué nombrado, el 16 de diciembre de 1383, *governador y defensor* del reino. Cumplió con entereza todas las obligaciones impuestas á este título honroso, merced á la enerjía del pueblo, pues tenia contra sí la mayor parte de la nobleza, adicta casi toda al bando de la reina fujitiva, y quizás al partido castellano. Sin embargo entre los nobles del reino halló al amigo sincero y rendido cuya noble figura ocupa al lado de la suya el primer puesto en esta historia.

NUÑO ALVAREZ PEREIRA.

En la época á que hemos llegado, el osado caballero de quien estamos hablando era á corta diferencia de la edad del jóven defensor del reino. D. Nuño Alvarez Pereira habia nacido en junio de 1360, en el sitio llamado *Bom Jardim*, cerca de Villa do Certao ; llamábase su padre Don Alvaro Pereira, prior de Crato; este era hijo del arzobispo D. Gonzalo, que antes de ordenarse le habia tenido de lejítimo matrimonio. La madre de Nuño Alvarez, que pertenecia asimismo á la primera nobleza, se llamaba Eria Gonzalvez de Carvalhal, y esa hija del señor de Évora-Monte, ó segun otros, del alcaide, mayor de Almada. El hombre á quien ella habia amado estaba atado por votos ; ella supo redimir con cuarenta años de penitencia los errores de una passion que hasta sus mismos contemporáneos han disculpado ; la tumba donde quizás se lee todavía el epitafio que se le puso habla de sus virtudes, y la califica de *damu honrada*. Con efecto, esta mujer habia sabido inspirar á su hijo todas las virtudes guerreras de aquel tiempo, y á los trece años fué D. Nuño Alvarez armado caballero ; y lo fué de las propias manos de la reina D.^a Lianor Tellez. Notóse despues que no teniendo este fidalgo armadura para su talla, sirvióle para la

ceremonia la propia armadura del maestre de Aviz ; presajio tierno de una hermandad santa que solo la muerte debia atajar.

El jóven caballero casó, á la edad de diez y siete años, con una noble dama llamada D.^a Leonor de Alvim, parienta suya, por la cual necesitó una dispensa del papa Gregorio XI. De este enlace salió una estirpe de reyes de que se envanece el pais.

No sin motivo hemos entrado en estos pormenores biográficos. Nuño Alvarez, el *Escipion portugués*, el *santo condestable*, como le llaman los antiguos escritores, encabeza á los héroes que tendremos que ir nombrando despues. Su primer título al reconocimiento de los pueblos fué el no desesperar de la causa del gran maestre y comprender que el que queria la independendencia del pais aventurando su propia existencia podia tomar el dictado de rey.

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.—EL GRAN MAESTRE ES ELEJIDO REY.—BATALLA DE ALJUBAROTA.

Segun lo habia previsto D. Joam, el rey de España sostuvo eficazmente sus pretensiones ; envió á Portugal varios cuerpos ; entabló relaciones con la reina Lianor, y fundó sus esperanzas en el odio que el maestre de Aviz habia inspirado á la amante del conde Andeiro. Y en esto no dió una prueba de gran sagacidad ; pues ora sostenido, ora abandonado por una mujer á quien la nacion aborrecia, vióse luego privado de este auxiliar inconstante, pues á despecho de los partidarios que ella tenia entre la nobleza, D.^a Lianor fué conducida á Tordesillas, y de allí á Sevilla, donde debia terminar su existencia política, mucho antes que una muerte oscura la borrara completamente hasta de la memoria de los hombres que se habian titulado sus mas ardorosos partidarios.

Pero aquí se agolpan los acontecimientos, habria que decir las acciones sucesivas que se trabaron entre Portugueses y Castellanos, las victorias parciales que alcanzaron en diversos puntos el gran maestre y Nu-



Imprimeur de Paris

Don Henrique

Don Enrique.

(Chronique de Gomes Eannes de Azurara. M. S. de la Bib. Roy.)



ño Alvarez. Habria que contar la invasion que el rey de España creia definitiva, el sitio que puso á Lisboa la inutilidad de sus esfuerzos delante de aquella gran ciudad. Habria que pintar aquella peste horrosa que por un momento se hizo auxiliar de los Portugueses contra sus numerosos enemigos, la retirada del rey de Castilla, los esfuerzos prolongados, inspirados por una rabia impotente. Estas narraciones, presentadas perfectamente por cronistas contemporáneos, serian fértiles sin duda en episodios dramáticos; pero interesan sobre todo al Portugal, y ya nos urge llegar á los hechos de orden superior que interesan no solo á la Europa, sino tambien al mundo entero. Aunque estrechados por el espacio, no omitiremos sin embargo ninguno de los grandes acontecimientos que se enlazan directamente con la gloria de Joam I. Uno hay que á todos los domina, y es la eleccion popular que le dió la corona. Ya habian pasado diez y ocho meses en las luchas que hemos bosquejado rápidamente; el gran maestre se habia aficionado al poder; el pueblo habia cobrado cariño al gran maestre; el pacto tácito estaba consentido; ya no se trataba de otra cosa mas que de legitimar los deseos del *defensor* y la eleccion de la nacion. Joam tuvo la dicha de hallar una palabra elocuente y un ánimo firme en uno de los doctores mas sutiles que haya formado la escuela de Bartolo: Joam das Regras ó de Arregas le dió el auxilio de su elocuencia, como Nuño Alvarez Pereira le habia dado el auxilio de su brazo. Reuniéronse las córtes en Coimbra; las pretensiones de la infanta Beatriz se desviaron fácilmente, pero se trataba de probar que los dos hijos de Inés no tenian derecho á la corona. El casamiento que legitimaba á D. Joam y á D. Diniz se negó solemnemente; el juramento prestado antes por el obispo de Guarda fué anulado. D. Joam, maestre de Aviz, fué proclamado rey de Portugal y de los Algarves en 1385. Tenia veinte y ocho años cuando oyó retumbar las palabras sacramentales

de la aclamacion en la iglesia de San Francisco en Coimbra, donde las córtes estaban reunidas.

El maestre de Aviz hecho rey, no fué ingrato para con los que le habian sostenido ó por mejor decir, la manifestacion de su gratitud fué una necesidad para aquel corazon jeneroso; confirió la dignidad de condestable del reino á D. Nuño Alvarez Pereira, y le nombró además su *mordomo mor*; Joam das Regras fué su canceller.

Habia que guardar con las armas en la mano una corona dada así por el pueblo; sabíalo D. Joam tan bien que mientras le llamaban rey en Coimbra, el monarca de Castilla le disputaba esta dignidad suprema. La batalla de Trancoso, en la que los Españoles fueron derrotados, pertenece á esta época memorable. Joam I contaba con partidarios ardorosos; pero no tenia dinero, por cuanto el rico tesoro acumulado por su padre se habia agurado en el reinado precedente. Tenia soldados valerosos; pero no poseia fortalezas, por cuanto todas las plazas importantes reedificadas por D. Fernando estaban por la reina ó por el rey de Castilla. Gracias á su firmeza de alma, gracias al brazo que habia armado con la espada del condestable, supo prescindir de todo esto; en pocos meses sometió á su dominacion muchos lugares importantes; tambien subyugó muchos ánimos rebeldes, y cuando llegó el día de una batalla decisiva, hallóle aquel día bastante fuerte con el afecto de sus súbditos para que nada tuviese que temer de los enemigos de la independencia.

Sin embargo el rey de Castilla habia reunido fuerzas imponentes. Una escuadra que se puede considerar como una de las mas considerables que hasta entónces se hubiesen armado en la Península, llegó y fondeó delante del puerto de Lisboa. El monarca español no perdonó medio para salir airoso en su intento, buscó auxiliares entre los extranjeros y hasta llamó en su ayuda las nuevas máquinas que el génio militar de la época acababa de descubrir entónces

pues afirman que D. Juan llevaba algunas piezas de artillería.

El maestre de Aviz (así le llamaban todavía sus enemigos) no podía oponer en apariencia mas que endebles recursos á aquella hueste formidable; pero estaba rodeado de amor puro segun injénicamente se espresa un antiguo cronista, y hasta este para hacerle alcanzar una victoria duradera, que fundó su dinastía.

El 15 de agosto, el pequeño ejército de Joam I, que constaba de unos once mil hombres mal equipados, se halló no lejos de una aldea llamada Aljubarota, en presencia del ejército español, que contaba treinta y tres mil hombres efectivos. Pero el total de la muchedumbre que habia acudido de todos los puntos de España ascendia á mas del doble, puesto que Faria y Sousa, tan minuciosamente enterado, lo hace subir á noventa mil individuos. A pesar de la inmensa ventaja del número, los consejeros del rey de Castilla no querian aceptar la batalla, pues recordaban que entre aquellos hombres habia soldados acostumbrados á vencer, y adivinaban en la actitud resuelta de aquella pequeña hueste una de aquellas resoluciones guerreras que dispensan á las muchedumbres, pero tuvieron que aceptar la batalla decisiva que los Portugueses les ofrecian.

La jornada de Aljubarota subsiste en el recuerdo de los pueblos de la Península, como la espresion mas alta del espíritu caballeresco que predominaba á la sazón. Antes de empeñar la accion, Joam I, armó con sus propias manos á varios caballeros; y entre los nombres que las crónicas nos han conservado, hay algunos que resuenan como nombres ilustres en los otros países; uno hay sobre todo querido del Portugal, porque recuerda una noble ficción, estampada toda del espíritu de aquel tiempo. Vasco de Lobeira peleó como caballero antes de escribir como poeta. (1)

Todo recuerda en esta batalla, aquella exaltacion caballeresca; todo, hasta el nombre que llevaba el cuerpo de los mejores combatientes. Camoens ha celebrado la brillante falanje de los *enamorados*, que se cubrió de gloria durante la accion.

Joam I dividió su ejército en tres cuerpos; el ala izquierda, que formaba la vanguardia, estaba á las órdenes de Nuño Alvarez Pereira, y constaba de setecientas lanzas; el ala de los *enamorados* tenia la derecha, y eran sus jefes Mem Rodriguez y Ruy Mendez de Vasconcelos; detrás de los caballeros iban los ballesteros (*besteiros*), y los infantes (*peones*). Habia sin embargo un grande espacio entre ellos. El tercer cuerpo, cuyo extremo alcanzaba casi la vanguardia se componia igualmente de setecientas lanzas y estaba reforzado por la infantería. La marcha del enemigo obligó luego á variar estas disposiciones, y el movimiento que se efectuó fué tal que el pequeño ejército portugués se halló deslumbrado por el ardiente sol de agosto, al paso que estaba molestado por el denso polvo que levantaban los tercios castellanos.

Ya iba declinando el dia cuando los dos ejércitos llegaron á las manos. Los Españoles tenian, segun se cuenta diez y seis piezas de artillería, las primeras que se habian visto en Portugal; dispararon al principio de la accion, y una bala mató á dos hermanos que iban á la vanguardia. Este acontecimiento al principio de la accion fué considerado por de malísimo agüero por algunos soldados portugueses, y un acontecimiento, sencillísimo de suyo, hubiera podido infundir á la hueste entera el desaliento mas deplorable, á no haber voceado un infante, con peregrina serenidad, que era forzoso ver en aquella circunstancia un juicio favorable de Dios; por cuanto entrambos hermanos se habian hecho culpables pocos dias antes, segun dijo, del asesinato de un clérigo mientras estaba celebran-

(1) El autor del *Amadis de Gaula*, que compone una obra portuguesa, ó si se quiere, una

novela escrita en idioma gallego, se hallaba en aquella célebre jornada.

do misa. Todos los Portugueses valerosos se hallaban en esta batalla, y el mismo D. Lourenzo, arzobispo de Braga, cubierto del arnés militar, iba de fila en fila distribuyendo las indulgencias concedidas por Urbano VI á los que peleaban contra los Españoles; pues es sabido que los Castellanos seguian en esta época el bando del antipapa Clemente.

La mejor lanza y la mas leal de todo el ejército era la del jóven condestable; el fué quien á la vanguardia hizo cejar desde luego á los Españoles. El rey, empuñando la pica penetrando por donde quiera se arrojaba su poderoso caballo, y se le oia vocear: ¡ *San Jorge!* ¡ *San Jorge!* ¡ *adelante!* ¡ *adelante!* ¡ *senhores!* Luego arrojó la lanza para empuñar el hacha, y en este momento fué cuando, queriendo herir á un intrépido castellano, *mozo de grandísimo valor*, dice la crónica, este que se llamaba Gonzalez de Sandoval, le arrojó la pesada arma con tanta pujanza, que le arrojó del caballo de rodillas al suelo. Estaba ya perdido sin remedio, á no haber acudido en su auxilio un caballero llamado Gonzalez de Macedo, quien le devolvió su hacha. Y en el momento en que iba á herirle, caía Sandoval atravesado por otro portugués.

La bandera de Castilla derribada no habia de levantarse otra vez en aquella fatal jornada. Así lo comprendió el mayordomo del rey de España, D. Pedro Gonzalez de Mendoza; quien se acercó á su soberano y le obligó á trocar la mula que le llevaba por un caballo de batalla: esta precaucion le salvo. Los Castellanos redoblaron sus conatos, hubo entre ellos rasgos admirables de valor y de resignacion; mas no bastaron para evitar la derrota de los suyos. Todos los Portugueses que habian tomado partido en el ejército castellano se hicieron matar decididamente; y por otra parte tambien los mataban en haciéndolos prisioneros, y de este modo pareció á pesar de las precauciones del rey el hermano del mas leal caballero, que hubiese en todo el ejército por-

tugués, del buen condestable Nuño Alvarez.

El historiador portugués que á nuestro entender ha reunido mas noticias circunstanciadas sobre esta batalla, Faria y Souza, dice que nunca se supo exactamente la pérdida de los Españoles. Sábese no obstante que faltaron á la lista mas de tres mil lanzas; en ella perecieron con muchísimos caballeros un cuñado del rey, el marqués de Villena, primer condestable de Castilla; D. Juan de Castilla, hijo del señor de Vizcaya; D. Fernando, de la familia real, y muchos caballeros franceses y navarros. El rey D. Juan huyó á escape hácia Santarem, ciudad que seguia aun en poder de los Españoles. Una carta del arzobispo de Braga, que le honra mas como á hombre festivo que como á escritor entendido, nos representa al monarca fujitivo arrancándose la barba de desesperacion, y maldiciendo el dia en que habia entrado en Portugal. Solo llegó á Santarem para embarcarse sin tardanza en la escuadrilla surta delante de Lisboa. De vuelta á España, pudo convencerse dolorosamente del luto que allí reinaba; al saberse la derrota de Aljubarota, habia habido un tumulto entre el pueblo, y hasta la vida de la reina D.^a Beatriz se habia visto espuesta.

Por lo que hace á Joam I, su trono estaba ya afianzado; estuvo tres dias en el campo de batalla, segun costumbre de aquellos tiempos; recojió un botin inmenso, y un historiador asegura que cargó de trofeos los árboles de los bosques vecinos. Aquellos trofeos anunciaban que en adelante la dinastía de Aviz reinaba ya libremente en Portugal. Mas adelante el entusiasmo guerrero de aquellos dos hombres, que tambien habian peleado en Aljubarota, se manifestó con un doble pensamiento religioso. El condestable Nuño Alvarez Pereira mandó construir la iglesia magnífica do Carmo, destruida despues por una catástrofe horrorosa. Joam I mandó levantar sobre el solar donde se habia trabado aquella accion memorable el convento de

Batalha. La una fué derribada por un temblor de tierra; el otro está todavía en pié, como una prueba esplendorosa de lo que para las artes podían hacer aquellos tiempos de fe y de caballería.

DISENSIONES ENTRE EL REY Y EL CONDESTABLE.—CASAMIENTO DE JOAM I.

Hemos debido insistir en un hecho tan importante como el que dió la corona de Portugal á una dinastía nueva; pero seremos mas breves en apreciar las circunstancias que sucedieron á este grande acontecimiento. Todavía duró la guerra algun tiempo y con éxito feliz. El condestable siguió dando pruebas descolantes de su valor. Entró en Estremadura, y derrotó completamente á los grandes maestros de Calatrava y Santiago. Este osado capitán á quien los Portugueses se complacen en engalanar con todos los jéneros de heroísmo, quiso obrar con una jenerosidad enteramente reja con los que le habian servido; dió jenerosamente la mayor parte de las tierras que por el rey le habian sido concedidas, pero quizás lo hizo mas bien á fuer de soberano que como súbdito. Suscitáronse disensiones entre dos hombres cuya union habia labrado su poderío; el condestable, malcontento, estuvo al canto de abandonar el país. Entónces comprendió Joam I la gravedad de tal pérdida para él mismo y para el Portugal; hizo pues concesiones y supo conservar un amigo fiel. Parece que el mismo condestable quiso castigarse á sí propio por aquel impulso de orgullo: algunos años despues, recojido en su convento de Carmelitas, y vestido con el hábito religioso, exijia que al dirigirle la palabra prescindiesen de todos sus títulos y que le llamasen *Nuño* á secas; si á ello no se hubiesen opuesto con firmeza, hubiera vivido de limosnas, y hubiera ido mendigando á morir en Jerusalem. Y no obstante despertóse un día su valor primero, que nunca le habia abandonado, á la noticia de una amenaza de hostilidades: todavía profirió un grito sublime contra los Españoles.

Cuando murió, la nacion le lloró como á libertador, y le honró como á santo.

La vida de Joam I no podia extinguirse en el reposo monástico; pues le estaban todavía reservados grandes acontecimientos. Seguro ya del trono, el rey mozo se hizo absolver del voto de castidad que como gran maestre habia proferido, y se casó, en Oporto, el 2 de febrero de 1387, con D.^a Felipa, hija del duque de Lancaster. Gracias á este entronque, tan fausto para el país, pudo recuperar todas las plazas que la España habia conquistado al Portugal. Intervino el duque de Lancaster; hubo proposiciones de paz; firmóse luego una suspension de armas; pero interrumpida por diversas circunstancias, no se verificó la paz entre los dos reinos hasta el año de 1399.

LOS HIJOS DE JOAM I.

Don Joam fué grande por sí mismo, pero fué grande tambien por los hombres de su siglo; y verdaderamente de ella podríamos repetir lo que un autor italiano decia de los valientes de su siglo: *Ecco uno esercito d'heroi*. Para comprender la historia de este período, hemos de entrar en algunos pormenores biográficos, y lo haremos brevemente.

Joam I tuvo ocho hijos de su matrimonio con D.^a Felipa. No hablaremos aquí ni de la infanta D.^a Branca, nacida en 1389, ni del infante Don Alfonso, nacido en Sautarem en 1390, y reconocido como heredero del reino; por cuanto aquella murió siendo muy niña, y este no vivió mas que diez años. Tampoco hablaremos aquí de D. Duarte, porque su reinado será el objeto de un exámen especial. El primer príncipe que se presenta en seguida es uno de aquellos varones *nunca assaz louvado*, dice el poeta; y sin embargo, por una fatalidad inesplicable, no sale su nombradía de los ámbitos del país que esclareció. La Francia ignora su biografía, y las historias callan su nombre. Nacido en Lisboa el 9 de diciembre de 1392, fué, como sus hermanos, el objeto de aquellos

desvelos constantes que animaron á D.^a Felipa de Lancaster, mujer de mucho mérito, y que no perdonaba fatiga para acelerar el desarrollo intelectual de sus hijos. D. Pedro, nombrado despues duque de Coimbra, era un humanista apreciado por los eruditos, músico hábil, poeta, y cuya fama no está enteramente olvidada; las crónicas contemporáneas nos hablan todavía de sus traducciones de Ciceron, de su habilidad en tocar ciertos instrumentos, de su gracia como príncipe; un hermoso libro de la Biblioteca real, mas raro que muchos manuscritos, nos demuestra el alcance filosófico de su entendimiento. El infante D. Duarte, que heredó la corona, no se cansa de ponderar la nobleza de aquel corazon grande; y algunos renglones del *Leal Consejo* bastarian para hacer amar á aquel á quien su hermano trata con tan indecible ternura. Lo que jeneralmente se ignora es la parte que puede reclamar D. Pedro de las glorias de D. Henrique: no solo viajó, puesto que desde 1424 empleó cuatro años en visitar los reinos mas importantes de Europa y las tierras poco exploradas del Oriente; sino que le ofrecieron además en Venecia un ejemplar precioso de los viajes de Marco Polo. Bien sabido es el influjo del viajero veneciano, y el inestimable ejemplar de Marco Polo, llevado á Portugal por D. Pedro, fué el que esplayó las meditaciones del ilustre infante confinado por su amor á la ciencia en su peñasco desierto de Sagres.

D. Henrique, ó el señor D. *Amrrique*, segun lo escriben los manuscritos contemporáneos, nació despues del cuarto hijo de Joam I, en Oporto, segun unos, y segun otros en Villa Viçosa, el 4 de marzo de 1394. Habíase dedicado especialmente á las matemáticas, así como su hermano se habia dado á los estudios literarios. Azurara, Barros y Goes nos le representan desde el orijen meditando á Tolemeo, consultando á todos los historiadores y cosmógrafos que podian dar pábulo á su pasion por la jeografía; su noble figura do-

mina un periodo entero de esta historia. Nos contentaremos con recordar aquí que diez años despues del regreso de su hermano, por los años de 1438, llamó á Jácomo de Mallorca, y fundó aquella escuela náutica de Sagres cuyo nombresuena todavia, pero cuya existencia es considerada como problemática por ciertos escritores extranjeros.

El infante D. Joam habia nacido en Santarem en 1400; colocado al lado de sus hermanos, poco hay que decir respecto de él, si no es que mas adelante fué tercer condestable del reino, y que, como todos los de su raza, se mostró intelijente y valeroso.

Llega despues la interesantísima figura de D. Fernando; el que con tan justo motivo debia llevar el título de santo, y á quien cantó un poeta español bajo el nombre de *Príncipe Constante*, el hermano querido de D. Duarte, habia nacido en Santarem en 1402, y recibió el maestrazgo de la órden de Aviz.

En la época en que Joam I no era mas que gran maestre, esto es, mucho antes de su casamiento, habia tenido en una noble dama, llamada D.^a Inés Pirez, un hijo llamado Don Alfonso, nacido en 1370. Este príncipe se habia casado, en 1401, con la hija única del condestable Nuño Alvarez Pereira, y él fué el primero que llevó el título de duque de Braganza.

Hasta las mujeres en esta familia abrigaban los altos pensamientos y las enérgicas virtudes de que la reina daba el ejemplo; y sin hablar de la condesa de Arundel, hija ilejítima, cuyo destino fué oscuro, recordaremos que la infanta Isabel, que en 1430 se casó con Felipe el Bueno, era uno de aquellos ánimos viriles que no cejan ante ninguna dificultad. Madre del *Temerario*, su hijo se complacia en repetir que estaba emparentado por ella con el príncipe que habia sabido conquistar un trono, y castigaba con el saco de Dinan, segun tan elocuentemente lo ha probado M. Michelet, el ultraje que osaban hacer á su memoria.

CARACTER DE JOAM I; ESPÍRITU QUE
REINABA EN LA CORTE.

Si quisiésemos tener en el día una leve idea del modo austero con que fueron criados estos príncipes tendríamos que buscar estos pormenores en el *Leal Conſejeiro*, en el libro compuesto por el heredero del trono. En él veríamos que Joam I, príncipe literato, puesto que compuso un libro sobre la montería, era bastante ilustrado para menospreciar las supersticiones de la astrología, y que ayudado por la admirable princesa á quien había asociado al trono, había reunido ya en Portugal todos los elementos del desarrollo intelectual que tanto brillo iba á manifestarse. Otra vez lo repito; en este hermoso libro de filosofía práctica escrito por un rey, se pueden comprender los arcanos de aquella vida moral por tan largo tiempo desconocida. Noble época era aquella sin duda en la que el soberano repetía á sus hijos: «Recordad que hay que guardarse como de cosas peligrosas de todas aquellas de las que puede resultar mengua de honor, por mas que os parezcan de corta entidad, y que al contrario, si una cosa es grande solamente en apariencia, y no se pueda ver su daño, es preciso desdeñarla.» Era un tiempo de fuerza verdaderamente viril y de pureza cristiana á la par aquel en que el hijo de este gran rey podía repetir: «No hay en esta corte una sola mujer á quien pueda herir una lengua caluminiosa.»

Pero fuerza es confesar que todavía se mezclaba la barbarie con esta pura espresion del honor caballeresco, con aquel pensamiento ideal de la vida cristiana de Felipa de Lancaster. De esto nos ofrecerá una prueba un hecho poco conocido: en 1389, una de las mujeres de la reina, célebre por su hermosura, D.^a Beatriz de Castro, se dejó seducir por las espresiones apasionadas de Fernando Alfonso, camarero del rey, mozo conocido por sus nobles modales, segun se espresa la crónica. Beatriz de Castro admitió en su aposento de noche al hombre á quien amaba. El rey lo supo, el caballero fué

amonestado; pero el amor pudo mas que las amonestaciones, y Fernando Alfonso no hizo caso de las palabras del rey; hubiera debido recordar para su bien que el maestre de Aviz no había vacilado cuando hubo que castigar el adulterio casi en las mismas gradas del trono. Joam I le mandó prender; pero por el camino logró escaparse y entró en la iglesia de san Eloy. El rey fué enterado de esta circunstancia en el momento en que se levantaba de la siesta. «Salió á pié casi como estaba, y mandó arrancar al delincuente de una estatua á la que que se había asido, y que se levantaba sobre el altar mayor. Metido en un calabozo, Alfonso envió á preguntar á D.^a Beatriz si, para salvarse, le era permitido decir que estaban los dos casados; y la contestacion fué que dijese cuanto se requería para salvar su vida; no obstante en esta adhesion ni la intercesion de la corte entera, inclusa la reina, no fueron parte para salvarle de la hoguera en la que pereció en la plaza del Rocio al día siguiente, á donde fué llevado precedido deregoneros. Temerosa de que el rey le impusiese el mismo castigo, D.^a Beatriz envió á preguntarle lo que determinaba en punto á ella. Pero contestóle que no quería para ella otro castigo mas que el que ya estaba padeciendo, á saber, que siendo lo que ella era (era parienta del rey), tuviese que vivir con la memoria de haber pertenecido á un hombre de bajo nacimiento.»

ESPEDICION DIRIJIDA CONTRA CEUTA.

— TOMA DE ESTA CIUDAD POR LOS
PORTUGUESES. — VALOR DEL INFANTE
D. HENRIQUE.

Ya se ha visto que mas bien hemos tratado de dar á conocer ciertos puntos ignorados de la historia, el carácter de los príncipes y los usos particulares de aquellos siglos que de escribir la historia propiamente dicha de las batallas ó la de los grandes hechos políticos, universalmente conocidos. Si cejamos no obstante de algunos años á la época de la primera juventud de estos infantes, cuya rápida biografía

hemos dado, encontraremos uno de aquellos acontecimientos esenciales de la historia, cuyas consecuencias son de gravedad tal que basta, para llamar la atención del lector, señalar el hecho y no mas.

En 1415, seguro Portugal de la paz con Castilla, habia llegado á un alto grado de prosperidad; Joam I, colmado de gloria, estaba soñando quizás con la gloria de sus hijos, cuando los infantes, aburridos de su ocio estúdioso, trataron de arrastrar los peligros de una especie de cruzada, de una guerra contra los mahometanos, justa siempre á los ojos de los cristianos de aquel tiempo. Querian finalmente ser armados caballeros, y pretendian serlo tras alguna hazaña esplendorosa. Trabajo les hubo de costar el comunicar su entusiasmo á su padre; pero este, después de haber consultado la alta sabiduría de su viejo compañero de armas, no puso ningún reparo; y en habiendo hablado D. Nuño Alvarez Pereira, se acordó la expedición sobre Ceuta.

No se omitió ninguna de las precauciones que podía sugerir la experiencia militar; el sijilo de la expedición se guardó sobre todo admirablemente. A la noticia de los inmensos preparativos que se hacian en Portugal y de las fuerzas navales que allí se reunían, varios estados de la Península se alarmaron; el rey de Granada que veía bambolear su trono, estaba aterrizado mas que los otros; envió embajadores á Lisboa para tratar de calar el grande arcano cuyas consecuencias estaba temiendo. Dirigióse á la reina, á las infantas, á los grandes, ofreciendo presentes magníficos, pero todos sus conatos fueron en balde. El hábil monarca dejó acreditarse la idea de que la expedición iba destinada á llevar la guerra á Holanda.

Sin embargo un acontecimiento deplorable estuvo á pique de retener por largo tiempo en el puerto aquella brillante escuadra en la que la España entera tenia clavados los ojos. Reinaba la peste en Lisboa, y la reina se vió de ella acometida. Al primer momento de la invasión de la enfermedad, aquella alma contem-

pló con serenidad imperturbable el peligro que la amenazaba. Nada cabe mas tierno, en la difusa narración de los cronistas, que el pasaje en que dan cuenta de aquella santa muerte; nada puede dar una idea mas alta del carácter de aquella noble mujer que sus últimas expresiones de amor para con el rey. Desde entonces presajió la gloria de que los Portugueses iban á cubrirse, y no quiso que su muerte detuviese ni un instante siquiera la expedición. D.^a Felipa de Lancaster falleció en Sacavem, el 18 de julio de 1415; y uno de los mas eminentes escritores de Portugal ha pintado perfectamente las postreras horas que aquella reina pasó en la tierra.

El dolor de Joam I fué profundo; pero fué el dolor de una alma enérgica que comprende los deberes de un rey. Después de haber honrado dignamente la memoria de aquella á quien amaba, con una ternura tal, que nunca llegó á empañar el recuerdo de su cariño la menor duda sobre su fidelidad, mandó empavesar la escuadra; y que el ejército se vistiese de gala; hasta los príncipes arrimaron sus vestidos de luto y se engalanaron con armas espléndidas; y por fin las doscientas velas de que constaba la escuadra partieron de las costas de Portugal mareando en demanda del Africa.

Pasarémos rápidamente sobre este viaje memorable, fértil, en incidentes curiosos; no hablaremos de aquellas tormentas horribles, que, engañando á los Moros sobre el éxito probable de la expedición, contribuyeron sin duda alguna al buen éxito del ataque que se meditaba. Dejarémos á un lado las luchas violentas que se suscitaron en la reunión de los jefes que capitaneaban la expedición; solo hay que recordar aquí la voluntad inflexible de Joam I y la firmeza que el infante D. Henrique supo oponer, á pesar de su mocedad, á las borrascas del mar y á las voluntades de los hombres.

TOMA DE LA CIUDAD DE CEUTA.

Ceuta era á la sazón la ciudad mas

importante de esta parte del Africa; y basta para convencerse de ello leer á Leon el Africano. Defendíala un jefe afamado, conocido por el nombre de Zala ben Zala. La reputacion militar de Joam I infundió tal pavor en el ánimo de aquel caudillo de los Moros, que abandonó la ciudad puesta á su cuidado. Ya desde el principio dió el rey una prueba evidente de su alta capacidad, en la eleccion del lugar donde debia efectuarse el desembarque. Tambien dió una prueba de su enerjía no variando en su voluntad primera é insistiendo en su proyecto de sitiar la ciudad, cuando querian disuadirle de este intento hombres eminentes que tenian voto en el consejo. Habia prometido al infante D. Henrique, que ya tenia á sus órdenes una de las divisiones navales, darle el mando en el primer ataque; cumplió pues su palabra, y el infante se cubrió de gloria. No se cita comunmente este período de la vida de un príncipe á quien rodean de una gloria toda científica, pero es muy cierto que el infante estremó su valor hasta la temeridad, y que se le vió durante un buen rato sostener solo el esfuerzo de los Moros en una de las calles angostas de Ceuta. Fuera de esto ayudáronle maravillosamente D. Duarte, D. Pedro y D. Alfonso, sus hermanos; y de este sitio fecha la gloria naciente de dos hombres de que el Portugal se envanece; Alvaro de Almada y Menezes. La ciudad de Ceuta fué conquistada de los Moros el 15 de agosto de 1415, sin que tuviesen los Portugueses que llorar ninguna pérdida de importancia puesto que el número de los muertos ascendió solamente á ocho soldados. Los mahometanos tenian que llorar una ruina completa; no cabe especificar su pérdida en hombres, pero fué muy crecida. El botin que se hizo fué inmenso; el botin espiritual fué mayor todavía, segun se espresa una crónica, por cuanto la gran mezquita de Ceuta quedó inmediatamente consagrada al culto cristiano. Allí, en presencia de los prelados que habian seguido la expedicion, Joam I dió la orden de ca-

ballería á sus hijos, quienes la transmitieron en seguida á sus jóvenes hermanos de armas.

No podia Joam I hacer larga permanencia en la costa de Berbería, pues le urjia tomar otra vez á su cargo la administracion de sus estados. Al cabo de algun tiempo se entregó el gobierno de Ceuta al jóven D. Pedro de Menezes, con sabias instrucciones; y el 2 de setiembre de 1415, se volvió á embarcar la expedicion, y pocos dias despues aportó gloriosamente en el Algarve, fondeando en el punto de Tavira.

CONSECUENCIAS DE LA ESPEDICION DE JOAM I A AFRICA.

La toma de Ceuta fué para Portugal un hecho de muchísima importancia, y así lo ha dicho un historiador moderno que aprecia con mucho tino el valor de los acontecimientos históricos. Así que reproducirémos en parte al menos el juicio que trae sobre la caída de aquella ciudad musulmana, de donde los cristianos de la Península habian visto salir tantos conquistadores. «El pequeño y heróico ejército de los Portugueses, dice, volcó aquel espantajo de los últimos siglos. El destino y el papel de Ceuta se hallaron repentinamente cambiados en las manos de los Portugueses. Aquella ciudad, que era poco antes la clave de los estados del Islam, vino á ser el terror de los musulmanes. Debía ser en adelante el baluarte del cristianismo en la costa de Africa; para el rey Joao, su conquistador, era una prenda de que sus sucesores, en perpetua lucha con los infieles, irian reuniendo siempre nuevos países á la fe cristiana... Era al propio tiempo la primera expedicion marítima, la primera hazaña sobre un elemento en que el Portugués no se hallaba firme; por cuanto su escuadra, incapaz de dirigirse, se dejó llevar de la corriente del estrecho (1). Ceuta fué para los Portugueses el punto de partida para conquistas lejanas en

(1) Fuerza es no obstante decir en honor de la verdad que ya desde esta época emprendian los Portugueses viajes mucho mas árduos.

la costa de Africa; y la toma de esta ciudad, que llenó de gozo y asombro á todos los estados cristianos del Mediterráneo, debía enjendrar mas adelante vastos proyectos, empresas osadas, hazañas portentosas. Abriase un nuevo campo, dábase una nueva direccion al espíritu y á la actividad de la nacion. Desde entónces ya no hablaron los Portugueses mas que de expediciones marítimas; y Ceuta fué el primer eslabon de la larga cadena que los marinos portugueses fueron tendiendo al rededor de la costa de Africa, el último de los cuales, que fué de oro, se enlazó con el paraíso de la India (1).»

MUERTE DE JOAM I.

Tras la toma de Ceuta, nada esencialmente memorable ilustró el reinado de D. Joam. Si pudiésemos disponer de mayor espacio, nos estendiéramos gustosos en las proezas caballerescas del ilustre D. Pedro de Menezes, conde de Viana, y tronco de la casa de Villareal, que se jactaba de defender la ciudad recién conquistada con un palo de serval (2), y cuya sola presencia diseminaba el espanto entre los Moros; tambien dedicaríamos algunas páginas á la leyenda de los doce caballeros portugueses que pasaron á Inglaterra á defender á unas damas cobardemente ultrajadas, y que no volvieron á su país sino despues de haber alcanzado un triunfo esplendoroso. No obstante estos pormenores son mas propios de la poesía que de la historia. Los últimos tiempos de Joam I se emplearon en cosas mas útiles que brillantes. El anciano rey dejaba ajitarse en torno suyo á aquella juventud caballerisca, y pensaba mas bien en la mejora material de sus estados que en nuevas empresas. Una de las últimas decisiones que tomó fué una de aquellas medidas esenciales de que es fuerza hacer mencion. Exijió que las actas públicas, que hasta entónces se habian fechado por la era de César, adoptasen la era de Cris-

to. Corría ya el año de 1433, y nada amagaba el sosiego que disfrutaba todo el reino, cuando D. Joam se sintió acometido de la enfermedad que le llevó al sepulcro. Tenia entónces setenta y seis años, y espiró el 14 de agosto en el mismo mes en que habia nacido. Ha dicho de él un cronista que era un *escelente trabajador en los trabajos de batalla*; pero mas halagüeño nos parece el pensamiento del pueblo que le llamó el *Rey de feliz recordacion*.

REINADO DE D. DUARTE. — RESULTAS DEPLORABLES DE UNA ESPEDICION A AFRICA. — CAUTIVERIO DEL SANTO INFANTE.

No era difícil sentarse en un trono consolidado por la poderosa diestra de Joam I y defendido por la lanza del santo condestable. El sucesor de aquel hombre grande era por otra parte un príncipe cuerdo, moderado, instruido, mucho mas de lo que lo eran los soberanos de su siglo; agregaba además á todas estas prendas una habilidad poco comun en los ejercicios caballerescos, lo que le hacia considerar como un príncipe cabal. Comenzó á reinar el 15 de agosto de 1433, y desde el principio fué su administracion tan prudente que el pueblo dijo que entendia mejor aun que su padre el arte de reir un reino. Pero son muy escasos los reyes como Joam I; todavía no se habia visto obrar á su hijo. Verdad es que promulgó leyes escelentes contra el lujo; se opuso con sus decretos á las disipaciones escesivas de los grandes; hizo mas; gracias á su cuerda prevision, las leyes, dispersas hasta entónces, fueron reunidas, coordinadas de modo que vinieron á formar un código nacional. Pero todo esto no impidió que su reinado, tan corto por otra parte, padeciese estrañas calamidades. Al hablar de este príncipe, de su administracion paternal, de sus virtudes privadas, del ejemplo que daba con su cariño y fidelidad para la reina Leonor, con quien se habia casado cinco años antes, los escritores nacionales suelen decir: «Nada le fal-

(1) Schoeffer, *Historia de Portugal*.

(2) Pao de Zambogo.

tó á este príncipe para ser perfecto, sino es mejor fortuna.» Lo que le faltó efectivamente fué la voluntad firme que constituye á los reyes grandes.

Sin duda que hubiera debido mostrar firmeza cuando aquel hermano joven á quien quería, cuando el noble infante D. Fernando le rogó que le dejase ir á la conquista de Tánjer. Su razon despejada, su instruccion nada comun le habian de dejar columbrar lo arriesgado de semejante expedicion; mas no supo resistir á las instancias del príncipe ni á las súplicas del infante D. Henrique á quien un secreto instinto llevaba siempre hácia las playas africanas, ya con las armas en la mano, ó ya por los anhelos de su fuerte inteligencia. En vano el infante D. Pedro, hombre esencialmente apto para gobernar se opuso con toda su valía á la partida de la expedicion proyectada; desoyóse su voz; fuerza es decir para disculpar á D. Duarte que una bula emanada de Roma santificó la resolucion caballeresca de sus hermanos, y que la reina Leonor, opuesta siempre á D. Pedro, juntó sus esfuerzos con los de los dos infantes. Acordóse la expedicion contra Tánjer. ¿Qué cabia hacer con efecto contra una voz santa, qué poco antes arrebatada á las cruzadas? ¿qué cabia oponer á todos aquellos piadosos deseos que para alcanzar su objeto se valian del irresistible ascendiente de una mujer?

Habíase resuelto dirigir sobre Tánjer un ejército de catorce mil hombres. El pueblo veia con desagrado aquella expedicion; y en el momento de la partida, no se contó, para ir á la conquista de una de las ciudades mas fuertes del Africa, mas que con un ejército de ocho mil hombres. El primer yerro fué el partir con aquel puñado de soldados; el segundo fué el no obedecer las cuerdas órdenes del rey y no conservar una comunicacion permanente con la escuadra, como espresamente lo habia mandado. En vano el infante D. Henrique hizo prodigios de valor y de constancia ante aquella multitud innumerable de Moros, que

iban renovando sin cesar sus fuerzas para atacarle; en balde fué socorrido por el infante D. Fernando, que se mostró entónces caballero en la mas noble acepcion de la palabra; fué forzoso abandonar las playas africanas y salvar al ejército de su exterminio. Pero D. Fernando fué hecho prisionero, y en cambio de su persona, los musulmanes exigieron imperiosamente la entrega de Ceuta.

EL PRINCIPE CONSTANTE.

No hay en la historia de Portugal episodio mas noble y tierno que el que nos representa á este príncipe luchando contra el infortunio. Segun se ha notado, hasta el odio nacional hubo de enmudecer para celebrar en versos peregrinos (1) este rendimiento que quiere encubrir su grandeza, pero cuyo heroismo aparece tanto mas grande cuanto mayor es la sencillez con que se manifiesta. Conducido á Fez con algunos servidores leales, D. Fernando, ya desde su llegada, fué allí el objeto de la persecucion mas deplorable. Obligado á contentarse con los mas toscos manjares, precisado á someterse á los mas ásperos trabajos opuso una firmeza invencible á cuantos esfuerzos pudieron hacer para vencer su heroismo. Arrancáronle despues á la sociedad de sus compañeros para entregarle á una soledad completa. De todos los pasos de esta piadosa historia, que nos ha conservado el secretario del infante, el mas tierno sin disputa es aquel que nos representa á este príncipe desventurado acechando el momento en que una feliz casualidad pueda hacerle encontrar á uno de sus fieles Portugueses, para dar á los que le siguieron alguna prueba de gratitud, alguna enseñanza de entereza. El pais estaba sabedor de este sacrificio, y apreciaba su grandeza. El alma cariñosa de un hermano anhelaba el momento del rescate; pero el poder eclesiástico, consultado en

(1) Véase el drama histórico intitulado: *el Principe Constante*, una de las obras maestras de Calderon de la Barca.

punto á la oportunidad de semejante transaccion con pueblos infieles, se declaró por la negativa. Al paso que admiraba el piadoso sacrificio de que el infante daba el ejemplo, Roma pretendia que no estaba en las facultades de ningun príncipe cristiano el restituir al islamismo las mezquitas consagradas al verdadero culto, y así hubiera sucedido en Ceuta.

Por otra parte, cuando se trataba en el consejo de la libertad del príncipe, D. Duarte hallaba vivísima oposicion hasta en la misma familia real. En vano se dirigió á algunas almas selectas que podian comprender su ternura y la grandeza del sacrificio que se debía quizá al mudo heroismo del infante; no tuvo bastante teson para seguir sus propios impulsos.

El santo infante, pues así le llamaban ya, no profirió una queja contra el rigor de su destino, ó contra la aparente indiferencia de sus compatriotas; comprendia cuanto valia Ceuta; sabia sacrificarse, pero no queria imponer sacrificio en cambio del propio. Tras seis años de cautiverio, dió por fin la hora del rescate; minado por una cruel disenteria, falleció en su prision el 5 de junio de 1443. El príncipe cruel que mandaba en Fez reservaba otro ultraje á los cristianos: tan pronto como supo la muerte del príncipe, exigió que los Portugueses, aquellos servidores aflijidos del difunto, llevasen una mano sacrilega sobre el cadáver de su señor, y lo preparasen para el postremo ultraje. Supieron sin embargo conservar el corazon del noble infante, y mientras que su cuerpo henchido de paja y colgado de la muralla, era el juguete del viento, encima de la puerta de la ciudadela, conservaban piadosamente envuelta la reliquia sagrada. Algunos años despues, el corazon del santo cautivo fué religiosamente llevado á Portugal por su secretario. Ya no existia D. Duarte; Joam Alvarez recibió la orden de entregar su depósito precioso al monasterio donde descansa el fundador de la casa de Aviz. Andaba solo por la

campiña que rodea á Batalha, cuando encontró casualmente el séquito pomposo del gran maestre de la orden de Cristo, que pasaba á donde le llamaban sus funciones. Tan pronto como hubo dicho de quien eran aquellas cenizas, fueron honradas, y de este modo se verificaron las exequias del príncipe Constante. El corazon fué depuesto en la tumba que el anciano rey habia mandado preparar para sus hijos; mas adelante pudieron encerrar en ella los restos de aquel cuerpo que tantos ultrajes habia padecido, cuando el rey de Fez lo hubo devuelto. Entre los góticos adornos que se enlazan sobre el sepulcro, se lee la divisa del príncipe; **EL BIEN ME AGRADA**; toda la vida del santo infante está contenida en estas breves palabras.

MUERTE DEL REY D. DUARTE.—PRINCIPIO DEL REINADO DE D. ALFONSO V.

D. Duarte murió con el sentimiento de no haber podido rescatar á aquel hermano querido, víctima de su desamparo á la par que de su valor; algunos autores contemporáneos afirman que la preocupacion dolorosa de aquel cautiverio contribuyó mas que otra cosa alguna á la muerte del rey. D. Duarte fué acometido, segun aseguran, de la peste luego despues de haberse enterado del contenido de una carta que le presentaron en Tomar; pero la opinion que le considera víctima de una sensibilidad ardiente parece plausible á los que han podido leer la obra de moral en la que este monarca depositó sus mas íntimos pensamientos. Nada cabe en efecto mas tierno en el *Real Conselheiro* que el dolor de este príncipe por los amigos ausentes; nada pinta mejor aquella alma profundamente sensible que los recuerdos que consagra á su hermano D. Pedro, cuando está viajando por el Oriente, y á su hermana Isabel cuando vive en Borgoña. Mas que nadie conocia D. Duarte la alta capacidad de su hermano; y no malogra ninguna ocasion de manifestar su admiracion para con él; y sin

embargo, en virtud de sus últimas voluntades, no fué D. Pedro el encargado de la rejeñcia. Tras la muerte de este rey, que aconteció el 9 de setiembre de 1438, abierto su testamento, se halló que D.^a Leonor tenía un derecho esclusivo á los afanes del gobierno. Cual si hubiese tenido mayor confianza en la enerjía ajena que en la propia, D. Duarte recomendaba espresamente que rescatasen al infante á costas del tesoro, si no en cambio de Ceuta; mas nada de esto se hizo. D. Duarte llevaba en su escudo este mote: *loco et tempore*; y hasta su postrer día fué infiel al sentido de su divisa.

DESCUBRIMIENTO DE PORTO SANTO Y DE MADERA.

Hemos procurado dar á entender porque pesquisas hábilmente dirigidas, por qué série de serias tareas, el infante D. Henrique habia preparado los descubrimientos marítimos que debian ilustrar á su época. Luego despues de su regreso de la expedicion de Africa, pensó en la realizacion de sus proyectos. Dos jóvenes nobles, escuderos suyos, segun se espresa un historiador, se le brindaron para llevar á cabo alguna empresa arriesgada en la que pudiesen dar una prueba de valor, teniendo por malogrado el tiempo que pasasen en el ocio. Viendo el infante su buena voluntad, les mandó preparar una barca en la cual pudiesen ir en guerra contra los Moros, y segun parece tambien, para pasar mas allá de las tierras conocidas y dirigirse á aquellas rejiones del Africa sobre las cuales tenian ya á la sazón noticias vagas. El uno de estos jóvenes se llamaba Tristan Vaz, y le veremos figurar mas de una vez el curso de esta historia tan dramática; el otro se llamaba Joam Gonзалvez Zarco, y se habia distinguido, en otras circunstancias, en el combate que se habia trabado delante de Ceuta, en el día de la derrota de los Moros (1).

(1) Advertirémos de paso que Gonзалvez Zarco, antiguo servidor del infante D. Henrique fué el primero que se sirvió de la pólvora y de la ar-

Estos dos hombres osados se embarcaron con instrucciones del infante; pero impelidos por vientos contrarios, llegaron á una pequeña isla, situada á unas siete leguas de Madera, y á la que dieron el nombre de Porto Santo. Ocurrió este descubrimiento en 1418. Esta isla podrá tener unas quince millas de circunferencia; seis millas de largo sobre dos y media de ancho; en el día cuenta unos 1.400 habitantes. Así que desde luego nos harémos cargo de la poca importancia que tenia en realidad este descubrimiento como aumento de territorio.

No cabe duda en que los dos navegantes pudieron exajerarse la importancia de este pequeño país, y no hay que echar en olvido que era el primer paso en aquel dilatado campo de descubrimientos que pretendia hacer su señor, aquel cuyos meros deseos tenian tanta autoridad. Tristan Vaz y Zarco permanecieron poquísimos dias en la isla que acababan de descubrir; y bastó este corto exámen para mostrarles que les seria ventajoso colonizarla; volvieron inmediatamente á Terceira, puerto de los Algarves donde se hallaba el infante.

Dieron parte á este príncipe del proyecto de colonizacion que habian concebido, y desde luego lograron su beneplácito; no solo aprobó Don Henrique el proyecto que le sometieron, sino que mandó suministrarles además inmediatamente cuanto necesitaban para su primer establecimiento. Dado el impulso, fué desarrollándose la afición á las navegaciones aventuradas mas allá de aquella pequeña corte que tenia su asiento en Sagres; uno de los caballeros del infante D. Joam, Bartolomé Perestrelo, quiso agregarse á los dos escuderos mozos de D. Henrique, y partió con ellos para la isla de Porto Santo.

tillería en el mar. Un poeta conocido, Manuel Thomaz, ha conservado la memoria de este hecho curioso en su *Insulana*; Dice así:

« Bem he verdade que este ó Lusitano
Primeyro foy no mar com nome eterno
Que usou da dura fruta de Vulcano
E do salitrado aljofar do inferno. »

Las crónicas mas antiguas enmudecen en punto á la época precisa en que se verificó esta expedicion; pero ninguna de ellas omite una circunstancia bien fútil en apariencia, y que sin embargo debia tener un influjo tal, que se la debe considerar como uno de los principales episodios de este viaje. Al momento de la partida, Bartolomé Perestrello habia recibido de regalo una coneja preñada; la que parió durante la travesía, con grandísimo contento de los marinos, que consideraron, segun dice Barros, este acontecimiento como una circunstancia de feliz agüero. Desembarcaron sin novedad en Porto Santo, y empezaron á levantar tiendas antes de pensar en construir habitaciones mas cómodas. Dieron entónces libertad á los conejos; los cuales vinieron luego á multiplicar tan desmedidamente que no fué posible sembrar ningun grano sin que lo devastasen. Y andando el tiempo fué tal esta multiplicacion, y tuvo tan malos resultados para los colonos, que al año despues de establecidos en la isla, los Portugueses se vieron precisados á destruir sistemáticamente una cantidad prodijiosa de aquellos animales. No obstante, por mas que se renovase esta activísima caza, no por esto menguaba la plaga; y segun Azurara, esta fué la única causa que obligó á los primeros colonos á abandonar la isla. Perestrello volvió con ellos á Portugal.

Si abandonamos el testimonio del viejo historiador, que es muy breve sobre este primer período, y si nos atenemos á Cordeiro, Joam Gonzalez y Tristan Vaz permanecieron mas tiempo en la isla que habian descubierto de lo que supone Azurara. Preocupábalos un pensamiento; siempre que lo permitia la atmósfera, se les presentaba una línea oscura en el horizonte; y esta zona sombría aparecia siempre en el mismo sitio. Si tenemos presentes las ideas jeográficas de la edad media, nos haremos cargo de las diversas preocupaciones que agitaban á Gonzalez Zarco y á su fiel compañero. *Antilia* y sus ciudades de oro, *San*

Brandan y la vasta tumba que debia ocupar en medio del Océano, aquellas leyendas vagas, en una palabra, que tambien se mezclaron con los grandes pensamientos de Colon, y de que hablarémos despues, debieron de interponer sus quimeras entre los vestigios de una tierra lejana y el mundo real que temian abandonar los que ya tan grande esfuerzo habian hecho.

Gonzalez Zarco y Tristan Vaz Teixeira salieron no obstante resueltamente de su pequeña isla. Embarcados en un frágil bajel y acompañados de algunas barcas, marcharon hácia aquella neblina inmóvil que divisaban desde Porto Santo. Aun no habian hecho las dos terceras partes de su derrota cuando allá les apareció Madera con sus pórticos de basalto, sus grandes bosques vírgenes, sus colinas blandamente besadas por las nubes.

El primer promontorio que descubrieron los navegantes fué llamado por ellos Cabo de San Lorenzo, por ser el nombre del barco que los habia conducido á aquella tierra fértil, donde debian realizarse parte de los sueños que en ellos habia provocado el descubrimiento de Porto Santo.

Al dia siguiente 3 de julio de 1419, el capitán y el piloto español que habia dirigido esta pequeña expedicion bajaron á una lancha para ir á tierra. Otra embarcacion recibió á los Portugueses que los acompañaban, y empezaron á recorrer la costa, observando, segun dice el historiador de este descubrimiento, las puntas de tierra, la naturaleza de la playa, los arroyos, las fuentes de aguas cristalinas que saltaban murmurando de las peñas. Los nombres que dieron á aquellos promontorios, á aquellos riachuelos y á aquellos monumentos de la soledad se han conservado hasta ahora. Un manantial que sale de la peña, y se derrama por la playa, fué llamado por ellos *Porto do Seixo*; un árbol derribado por los vientos, y del cual el capitán mandó hacer una cruz, dió á esta parte de la playa el nombre de *Santa Cruz*, y en este sitio se levantó despues la ciudad de Machico. Por

último llegaron á un valle erizado de peñascos, donde penetraba tierra adentro una pequeña bahía. Aquella playa estaba cubierta de olorosos tallos de hinojo; y bañábanla tres riachuelos. Entónces recibió el puerto de *Funchal* el nombre que siempre ha llevado; los navegantes pasaron allí la noche en sus barcos, al abrigo de dos islotes que hay á la entrada de la bahía. Quizás ya desde aquel momento, y en medio de sus proyectos para el porvenir, destinaron aquellas halagüeñas riberas que tenían á la vista para solar de la ciudad que debía levantarse luego en aquella isla afortunada. Lo que necesariamente hubo de confirmarlos en sus proyectos de colonización inmediata, fué el ver que ningún país del mundo era mas que este adecuado para recibir un establecimiento agrícola; ningún reptil afeaba sus riberas; ningún animal feroz perturbaba su sosiego; y tal era la seguridad de los pacíficos moradores de aquellas playas que ni aun las aves huían al acercarse el hombre; y eran presa de los marineros á quienes no temían todavía.

Al día siguiente, los navegantes, maravillados siempre, continuaron su exploración á lo largo de las costas; vieron á *Praia formosa*, cuyo nombre muestra su hermosura; á *Ribeira dos Acoridos*, donde dos marineros mozos estuvieron al canto de perecer víctimas de su imprudencia; finalmente llegaron delante de una gran caverna cortada por la naturaleza en la peña viva; allí iban á buscar el descanso una multitud de lobos marinos; pero para su desdicha acababan de desembarcar hombres en la playa, y desde aquel punto empezó la guerra para ellos y para los demás vivientes. La gruta fué llamada *camera de lobos*, y el jefe de la expedición, queriendo perpetuar la memoria de su descubrimiento, tomó, según se hacía entónces, un nombre que debía recordarlo; pues desde aquel día sustituyó, según se asegura el nombre de *Camera* al de *Zarco*.

Desde esta época dieron los Portu-

gueses la vuelta de la isla; y así lo prueba la parte de la costa que lleva el nombre de *Ponta do Girao* (Punta de la vuelta). ¿Vieron acaso en aquella primera escursión un rústico monumento cuya existencia se funda en el día en una leyenda muy incierta? ¿Leyeron por ventura debajo de la sombra de sus florestas una inscripción dolorosa, que les contó las desdichas de dos amantes, cuya historia tierna se ha popularizado, y hasta ha inspirado á algunos grandes escritores portugueses? Esto no cabe en el día negarlo ni afirmarlo. Pero lo que sí podemos decir es que el escritor mas antiguo que habla del descubrimiento de Joam Gonzalez Zarco no dice una palabra acerca de las desdichas de Machim y de Ana de Arfet.

HISTORIA DE ANA DE ARFET Y DE MACHIM. — OPINION DE BOWDISH. — NARRACION DE ANTONIO GALVAN.

Un hombre grave y lleno de buena fe, pero á quien ha estraviado quizás su patriotismo, no titubea en considerar esta leyenda como un hecho histórico. Al recordar la opinion de Bowdish, no podemos pasar en silencio una narración que ha tenido ya muchos historiadores; mas no vamos á reproducir aquí la narración algo engalanada del viajero inglés. Persuadidos de que hay que acudir siempre á las fuentes, persuadidos además de que un hecho poético como este se altera necesariamente con el curso de los siglos, vamos á consultar al historiador portugués mas sincero de aquel siglo. Si no nos equivocamos, al reproducir esta página, algo concisa, de un escritor que reunía tales documentos por los años de 1511, damos la version primitiva de un hecho mil veces reproducido y siempre alterado. He aquí lo que dice Antonio Galvan: «Supónese tambien que en la edad media fué descubierta la isla de Madera, que se halla por los 32º, por un inglés llamado Machim, quien queriendo pasar de Inglaterra á España, con una mujer robada, fué arrojado á esta isla por la tempestad».

tad (1). El puerto á donde llegaron se llamó *Machico* á causa de este acontecimiento; y como su amiga iba mareada, desembarcó en tierra con algunos de la compañía. Al cabo de algun tiempo, el buque dió otra vez la vela, pero ella murió de pesadumbres. Machim, que la idolatraba, construyó encima de su sepultura una ermita que puso bajo la invocacion del buen Jesús; y grabó en una piedra su nombre y el de su compañera, y la causa que allí los habia conducido; mandó construir despues una barca hecha de un solo tronco de árbol, y se embarcó con los que se habian quedado en la isla, y llegaron á la costa de Africa sin remos ni velas. Los Moros consideraron este suceso como un milagro; y en consecuencia los presentaron al señor del país, y este por la misma razon los envió al rey de Castilla. Antonio Galvan añade que en 1393, y cabalmente de resultas de las noticias dadas por Machim, muchos individuos de los reinos de Francia y de Castilla se dispusieron para descubrir aquella isla así como la gran Canaria. Tal es en pocas palabras este episodio, que ha engalanado con su hermoso estilo Francisco Manoel en sus *Epanaphoras*; pero volvamos ya á las narraciones sinceras de los viejos escritores.

SIGUE LA ESPEDICION DE ZARCO Y DE TRISTAN VAZ. — CONCESION DE LA ISLA HECHA A LOS PRIMEROS ESPLORADORES.

Los historiadores que comparamos entre sí no están acordes en punto á la conducta que observaron los primeros exploradores despues de esta primera excursion. Segun Azurara, se contentaron con anunciarla noticia del feliz descubrimiento al infante D. Henrique, quien envió inmediatamente á la isla varios colonos y todo lo necesario para el servicio del culto católico; pero si damos crédito al autor de la *Insulana*, Joam Gonzalvez Zarco partió inmediatamente para Portugal, y se presentó al infante, á quien dió per-

sonalmente las noticias de su maravillosa espedicion. Este le confirmó el nombre que habia adoptado, le dió las armas que lleva aun en el día la familia *da Camara*. D. Duarte le concedió jurisdiccion entera sobre la mitad de la isla donde estaba situada la bahía de Funchal, y hasta le hizo donacion perpetua de *Juro*, como se decia entónces. Segun la misma autoridad, Tristan Vas Teixeira, no quedó trascordado en las finezas reales, y se le concedió bajo los mismos títulos que á su compañero la capitanía de Machico que contenia el distrito mas arbolado de la isla.

Azurara confirma estas disposiciones, y al paso que nos da algunas noticias preciosas sobre los dos concesionarios, advierte, segun el sentir de aquel tiempo, que si bien Tristan Vaz era un hombre valeroso, no podia con todo parangonarse con Zarco, el caballero de nobleza antigua. Gracias á los dos capitanes, la colonizacion de la isla comenzó en 1420.

Entretanto D. Henrique se habia decidido á enviar á Bartolomé Perestrello á Porto Santo, para continuar su colonizacion; pero todavía estaba en pié el mismo inconveniente que lo habia echado de allí. La estraña multiplicacion de los conejos se oponia á todo cultivo en la isla. Sin embargo los rebaños que allí se criaron y la goma preciosa del drago que allí se recojia, siguieron dando alguna importancia á aquel peñasco, cuyo valor se habia exajerado.

INCENDIO DE LA ISLA DE MADERA.

El mas antiguo de los historiadores que en esta parte nos sirven de guia calla un acontecimiento que no cabe poner en duda, y cuya memoria ha conservado la tradicion. Mientras que el infante D. Henrique, cuya alta prevision sabia adivinarlo todo, fundaba proyectos inmensos en aquellas selvas vírgenes, que tan útiles podian ser para la marina nascente y las grandes construcciones que se estaban meditando en Lisboa,

(1) De 1387 á 1387, dice Bowditch.

manos imprudentes pegaban fuego á los magníficos bosques que habian dado su nombre á la isla entera. El incendio se propagó hasta las cumbres de las colinas; y bajó en torbellinos de llamas hasta aquellas deliciosas riberas donde los árboles, según dice el autor de la Zarqueida, se miraban en las aguas. Fué tan grande la intensidad del incendio, que el corto número de colonos que habia entónces en Madera se vió precisado á buscar en las olas un abrigo momentáneo.

La noticia de este desastre, pues por tal se podía tener, llegó á oídos de D. Henrique, quien desaprobó altamente la desacordada determinacion que acababa de privar á la isla de sus galas y de los recursos que le hubieran proporcionado sus magníficos bosques; sin embargo no tardó en adivinar las ventajas inmensas que para el país podian resultar de la fertilidad provocada por el incendio de las selvas, y de aquel clima maravilloso que le ponderaban todos los marinos. Gracias á las activas relaciones que el infante habia establecido con los países agrícolas y comerciantes de Europa, se proporcionó en Sicilia piés de la caña dulce, en la isla de Chipre y en Borgoña algunas de las cepas que constituian la principal riqueza de aquellos países, y mandó llevar sin tardanza aquellos vegetales preciosos á la isla de que habia venido á ser propietario para la órden de Cristo, en virtud de un otorgamiento real cuyas cláusulas se han conservado.

Algunos de aquellos marinos se hicieron luego labradores; y pronto fueron socorridos por diversas emigraciones, puesto que á mediados del siglo XV, ya contaba la isla de Madera 150 moradores fijos, sin contar una poblacion flotante compuesta de negociantes ó de jóvenes de ambos sexos nacidos en la isla, que emprendian frecuentes viajes, y sin contar tampoco los clérigos y frailes, cuyo número no estaba determinado, pero que al parecer fué harto crecido. Advertiremos asimismo de paso que siendo el infante D. Henrique gran maestro de la órden de Cristo,

creyó deber someter la isla entera á esta institucion. Todo lo espiritual de Madera y de Porto Santo, según nos dice Gomez Eanez de Azurara, dependió de la órden susodicha; lo propio sucedió despues con la isla de San Miguel, de que fué comendador Gonzalo Velho; la órden recaudaba el diezmo de los azúcares.

DESCUBRIMIENTO DE LAS AZORES.

En 1431, unos once años despues del descubrimiento de la isla de Madera, fueron exploradas por primera vez las Azores. Uno de aquellos hombres osados que hacian parte del colejo marítimo fundado por el infante D. Henrique, descubrió este archipiélago para el Portugal. Gonzalo Velho Cabral, comendador de Almourol, partió de Sagres, y navegando en línea recta hacia el ocaso, encontró dos peñascos que llamó *das Formigas*, á causa del continuo hervidero de las aguas del mar en el pasaje donde aquellos peñascos estrechaban las olas. Gonzalo se alejó de aquellos peligrosos escollos, y aquella vez no tuvo conocimiento de las otras islas. Sin embargo, al año siguiente renovó la empresa y fué mas feliz. Llegó á una isla que llamó *Santa Maria*. Gonzalo Velho, tras su cuarto viaje, dió conocimiento oficial de sus nuevas exploraciones. Era á la sazón señor donatario de Santa Maria, que empezaba á poblarse, y obtuvo del infante el señorio de la isla que acababa de descubrir. Al punto fué colonizada y se transportó á ella ganado; desde entónces el destino de las Azores se halló enlazado con el de Portugal, y desde un principio fueron bastante crecidas las emigraciones. Aunque nos veamos precisados á interrumpir un poco el órden cronológico que nos hemos impuesto, vamos á echar otra ojeada al descubrimiento de las otras islas del archipiélago y á las tradiciones que con él se enlazan.

SIGUEN LOS DESCUBRIMIENTOS EN EL ARCHIPIÉLAGO DE LAS AZORES. — TERCERA, PICO, FLORES, CORVO.

A mediados del siglo adquirió Por-

tugal la mas importante de las Azores. La fecha precisa del descubrimiento de Terceira es incierta, pero supónese que hubo de efectuarse entre 1445 y 1450, por cuanto á la primera fecha estaba ya poblada San Miguel, y en 1531 una acta oficial del infante D. Henrique instituía como donatario de esta isla á un caballero flamenco llamado Jacomo de Brujas, que estaba á su servicio y se habia casado con una Portuguesa, dama de la infanta Doña Brites. Estaba entónces la isla inhabitada, y le dieron el nombre de *Terceira*, porque era la tercera en el órden de la exploracion. Descubriéronse despues las islas de Pico, Flores y Corvo, cuya colonizacion ocupó inmediatamente á la metrópoli. Aunque fuesen inhabitadas aquellas tierras volcánicas, afirmósese entónces que no siempre lo habian sido, y que en una época cuya fecha no cabia establecer, el archipiélago habia estado poblado, ó cuando menos habia servido de asilo á navegantes, que habian dejado en ellas vestigios monumentales de su paso.

LA ESTATUA DE LAS AZORES.

Cuando Gonzalo Velho, comendador de Almourol, hubo descubierto la isla de Corvo, halló en ella, segun cuentan, una estatua ecuestre colocada en la cumbre de un peñasco escarpado, y que parecia indicar con el jesto los grandes descubrimientos que los Portugueses habian de llevar todavía á cabo. Segun las relaciones mas antiguas, aquella figura simbólica estaba esculpida en la peña viva; representaba un hombre con manto, con la cabeza descubierta y montado en un caballo al pelo. Su mano izquierda descansaba sobre la cña, su brazo derecho estaba tendido, el puño cerrado á escepcion del dedo índice que señalaba el noroeste. Dicen además que esta estatua llevaba en la parte inferior de su base letras grabadas en la piedra formando una inscripcion que nadie pudo comprender. Pero harto hablaban el jesto, segun supusieron al menos los primeros navegantes, deno-

tando que se brindaba á sus esfuerzos y constancia con mas tierra poblada ó habitable al menos. Varios autores del siglo XVI han hablado de este curioso monumento; pero desgraciadamente no han hecho mas que repetir una tradicion que debemos colocar entre aquellas relaciones del Oriente, á tenor de las cuales la isla de Salomon está poblada de estatuas simbólicas, que indican con su actitud alguna region encantada.

EL INFANTE D. HENRIQUE PIDE AL REY DE PORTUGAL LA PROPIEDAD DE LAS ISLAS CANARIAS.

Mientras que el infante iba poblandolas islas recién adquiridas por la corona de Portugal, su pensamiento altivo esperanzó por un momento la soberanía de las islas Canarias, cuya posesion cuadraba á las mil maravillas con sus proyectos ulteriores. Estas islas conocidas por los antiguos pero ignoradas por la edad media, se habian descubierto nuevamente, segun dicen, en 1344, bajo el reinado de Pedro IV, rey de Aragon, por aquel D. Luis de la Cerda, nieto de Alfonso el Sabio, cuya historiase ha referido mas por estenso en la historia que trata de España. Lo que está fuera de duda es que en 1417, en la época en que reinaba Juan II en Castilla, y en que era rejenta su madre Doña Catalina, Ruben de Bracamonte, antiguo almirante de Francia, habia pedido á esta princesa la investidura de las islas Canarias, con el título de rey, para un pariente suyo llamado Juan de Bethencourt. Ya es sabido como despues de la conquista tan injénuamente referida por los viejos cronistas franceses, el aventurero normando vendió sus derechos sobre el archipiélago á D. Henrique, mediante una suma de dinero y ciertos privilegios que le habia concedido en la isla de Madera. En 1424, el infante, quiso valerse de sus derechos, y envió una escuadra importante con dos mil y quinientos hombres y doscientos caballos para conquistar aquellas islas, al mando de D. Fernando

de Castro. Pero como ya desde entonces previa sin duda las reclamaciones que infaliblemente haría la España y como tenía ante todo la concurrencia de sus propios compatriotas, rogó con instancia al rejente D. Pedro, su hermano, que le entregase patentes que probasen su poder en aquellas islas. Por aquella acta, que se conservaba todavía en tiempo de Azurara, nadie podía sin su consentimiento espreso llevar la guerra á las Canarias, y debía pagársele el quinto sobre todos los renglones de algun valor que se hallasen en las Canarias. Pero los pueblos que habitaban estas islas eran esencialmente belicosos; Fernando de Castro experimentó una grandísima resistencia en sus diversos ataques, y desde luego comprendió que no tenía fuerzas bastantes para luchar con los Guanches. Por otra parte era de temer que viniesen á faltarle los abastos; así que no acabó de desempeñar su encargo y no continuó la conquista. Por segunda vez quiso el infante enviarle á estas rejiones; pero sobrevinieron entonces las enérgicas reclamaciones del rey de Castilla, que opuso sus derechos á las pretensiones de los Portugueses, y esta *virtuosa empresa*, según dice Azurara, no pudo efectuarse. Si damos crédito á este viejo historiador, había muchos de aquellos isleños que, desde la expedición del infante D. Henrique, se daban por cristianos. Aunque entra en curiosos pormenores sobre estos países, y aunque nos da el guarismo de la población de las islas conquistadas, es muy de sentir que el predecesor de Joao de Barros no nos haya dado los documentos relativos á los Guanches de que D. Henrique tenía conocimiento. Todo nos prueba el afán con que este hombre esclarecido hacia estudiar la topografía de los lugares que queria conquistar; y si insistia, como lo hizo entonces, para conquistar al Portugal aquellas islas, es porque se habia hecho bien cargo de las ventajas que su posicion prometia al comercio de su país. No ignoraba que la mayor de las Canarias contenia cuando menos cinco mil guerreros, con

grandísimos rebaños, por cuyo medio podian abastecerse las caravels que se proponia enviar en direcciones desconocidas. Pero nada de lo que deseaba pudo efectuarse, y sus lejitimos deseos hubieron de enmudecer ante las imperiosas exigencias de la política.

Precisado á orillar sus pretensiones sobre este punto, mostró mas afán que nunca en utilizar las islas que Zarco y Gonzalvez le habian ponderado. Tampoco se desatendió la islilla desierta que levanta sus tierras áridas á siete leguas de Madera, é insistió para que Perestrelo, venciendo los obstáculos que encontraba en Porto Santo, siguiese colonizando aquella posesion, al parecer tan poco importante. Perestrelo siguió sus instrucciones; pero hizo mas todavía; dotado, como el infante D. Henrique, de aquel espíritu observador que prepara las grandes empresas, no se limitó á hacer algunos valles mas ó menos adecuados para la cria de ganado y á hacer la cosecha de la resina preciosa que le ofrecian los árboles ajigantados que engalanaban su soledad, sino que multiplicó, según dicen, las exploraciones cuyo resultado no conocemos; consultó á todos los navegantes, examinó los menores objetos que le traian las olas, y cuando el inmortal Jenovés se casó con su hija, las muchas observaciones que habia hecho enlazaron por un vínculo misterioso los descubrimientos de los Portugueses con el mayor descubrimiento de los tiempos modernos (1).

PRIMERAS EXPLORACIONES DE LOS PORTUGUESES A LO LARGO DE LAS COSTAS DE AFRICA.

Hay en la relacion de los antiguos

(1) Bartolomé Perestrelo no era italiano, como se ha supuesto en una obra reciente; era natural de Portugal, pero descendia de los Perestrelo de Lombardia, y era uno de los hombres mas estimados de la escuela del infante D. Henrique. Cristóval Colon se casó en Portugal con Doña Felipa Muniz Perestrelo. Sin afirmar, como se ha hecho, que Bartolomé Perestrelo habia tenido conocimiento del nuevo mundo, puede no obstante suponerse que sus papeles no fueron inútiles al hombre de talento que los consultó.

descubrimientos llevados á cabo bajo el influjo de D. Henrique un hecho que descuella sobre todos los demás; tales el que nos muestra á los Portugueses por la derrota de las Indias, la historia exacta de aquellas primeras exploraciones á lo largo de la costa de Africa, que, al paso que fueron preparando el aniquilamiento del comercio de Venecia, debian encumbrar al Portugal á tan alto grado de poderío. Fuerza es decirlo, hasta ahora la historia de este período nos ha sido transmitida por segunda mano solamente; verdad es que la debemos á un escritor eminente, á la pluma de Barros; pero algo hay mas precioso todavía que las palabras elocuentes del historiador de las Indias, y es la verdad desnuda, sincera, naturalmente espesada por un contemporáneo, es el hecho mismo despojado de todas las suposiciones que puede reunir un entendimiento agudo; es finalmente la palabra injénua que consultó el mismo Barros. He aquí como se espresa Gomez Eanez de Azurara, al hablar de D. Henrique y de los afanes perseverantes que sucedieron á sus primeros descubrimientos: «Ahora bien, debemos advertiros que por natural impulso la magnanimidad de este príncipe le llamaba constantemente á empezar y á llevar á cabo alguna acción grande, por esto despues de la toma de Ceuta tuvo continuamente buques armados contra los infieles; y tuvo deseos de saber cual era la tierra que existia allende las islas Canarias y de un Cabo llamado *Cabo do Bojador*; pues hasta aquel tiempo, ni por relacion escrita, ni por memoria de hombre nunca se habia podido determinar de un modo cabal cual era la calidad de la tierra situada mas allá de este promontorio. Verdad es que algunos decian que San Brandan, habia pasado por aquellos sitios, y que otros decian habian estado en ellos dos galeras, pero que nunca habian vuelto. Ahora pues no podemos creer absolutamente que se hubiese efectuado esta última circunstancia, por cuanto si dichas galeras hubiesen estado en aquellas aguas, no es de presumir que otros

baques hubiesen dejado de inquirir el hecho para saber la derrota que habian seguido; y como el susodicho señor quiso averiguar la verdad sobre este punto, bien persuadido de que si él ó algun otro señor no procuraba averiguarlo, no se entrometiera en ello ningun negociante ni marino, por cuanto es evidente que ninguno de estos hombres trata de navegar sino por donde hay certeza de lucrar, envió sus propios bajeles á aquellas rejiones, para adquirir la certeza de lo que por allí pasaba; pues háto estaba viendo por otra parte que ningun otro príncipe se curaba de ello. Movíale á hacer esto el servicio de Dios y el de D. Eduarte, su señor y hermano, que estaba reinando á la sazón. Esto hasta ahora es la primera razon conocida que le determinó.

«La segunda razon fué que consideró interiormente que si se hallaba en aquellas rejiones alguna ciudad cristiana ó algun puerto donde se pudiese entrar sin riesgo, seria posible abastecer el reino de muchos renglones, comprados á precios baratísimos, segun lo indicaba la razon, puesto que ningun individuo en nuestros países ni en los conocidos trataba con ellos, y que desde el mismo país se trasportarian allá las mercancías del reino, tráfico con que habian de lucrar en gran manera los nacionales.

«La tercera razon provino de un rumor que cundió entónces, á saber, de que el poder de los Moros en la tierra de Africa era mucho mayor de lo que jeneralmente se creia, y que no habia entre ellos ni cristianos ni otra raza extranjera. Ahora pues, como todo hombre cuerdo está obligado á enterarse del poder de su enemigo, de allí fué que el dicho señor tomó toda clase de informes para conocer exactamente hasta donde se extendia el poder de aquellos infieles.

«Hubo una cuarta razon que le guió, y es la siguiente. Como desde treinta años que estaba guerreando contra los Moros, nunca habia hallado á rey cristiano ni señor extranjero en el país, que por amor de nuestro

señor Jesucristo quisiese ayudarle en esta guerra, queria saber si se hallaria en aquellos países algun principe cristiano en quien fuesen bastante ardientes la caridad y el amor de Cristo para ayudarle contra los enemigos de la fe.

«La quinta razon nació del grandísimo deseo que tenia de acrecer la santa religion de nuestro señor Jesucristo, y de llevar á él todas las almas que quisiesen salvarse. Animado pues de este deseo, y dirijido por las razones que habeis oído, el infante comenzó á escojer entre sus buques y su jento lo que la necesidad de las circunstancias requeria; pero habeis de saber que aunque envió repetidas veces á aquellas rejiones á hombres que habian descollado en la guerra, nunca se halló ninguno que osase trasponer aquel Cabo *Bojador* para conocer las tierras de mas allá, como él, el infante, lo deseaba.

«Y para decir la verdad, no sucedia esto así por falta de valor ó por mala voluntad, sido á causa de la novedad del caso, circunstancia que por otra parte se daba la mano con la antigua y comun tradicion que desde larguísimo tiempo existia entre los marinos de España y que se iba perpetuando, por decirlo así, de una jeneracion en otra. Engañosa era sin duda, pero una supuesta experiencia amenazaba de muerte al que la arrostrase, y habia grande incertidumbre para saber quien seria el primero que quisiese aventurar su vida en tal demanda. «¿Cómo pasaríamos, decian, los límites que pusieron nuestros padres? ¿Qué provecho puede sacar por otra parte el infante de la perdicion de nuestras almas y de la destruccion de nuestros cuerpos, puesto que con cabal conocimiento de las cosas vendremos á ser homicidas de nosotros mismos? ¿Acaso no habrá habido aun en España otros principes ú otros personajes, tan llenos del deseo de adquirir este conocimiento como el infante nuestro señor? Ciertamente no es presumible que entre tantos individuos tan nobles de raza, y que han llevado á cabo tan altas hazañas en pro de su nombradía, no se haya

hallado alguno que haya querido ocuparse de lo mismo de que ahora se trata. Claro está, decian los marinos, que pasado este Cabo no hay ni pueblos ni ciudades; la tierra no es menos arenosa que los desiertos de Libia, donde no hay ni agua, ni árboles, ni verde yerba; y la mares allí tan baja, que á una legua de tierra no se halla mas que una braza de agua; las corrientes son tales que el buque que pase mas allá de aquel punto no podrá volver; y he aquí porque nuestros mayores nunca han tratado de ir mas allá, y ciertamente es forzoso que no haya sido pequeña la oscuridad en la que ha permanecido todo esto, para que no hayan sabido marcar estos puntos en los mapas por cuyo medio se guian por todos los mares abiertos á la navegacion de los hombres.» Ahora pues, ¿qué pensais de la situacion en que debia hallarse el capitán de un buque á quien tales dudas oponian, sobre todo cuando salian de hombres á quienes la razon mandaba dar fé y autoridad en tales materias? ¿Cómo hubieran osado arrojarle á tal audacia con la espera tan cierta de la muerte que les ponian ante los ojos?... Durante el espacio de doce años embargó al infante este afán, enviando cada año sus buques hacia aquellas rejiones, con gran gasto de sus rentas, y durante este espacio de tiempo, jamás se halló nadie que osase trasponer aquel paso. Fuerza es decir no obstante que no volvian sin honra, porque en compensacion de lo que no traian, no cumpliendo exactamente el mandato de su señor, los unos iban á la costa de Granada, los otros corrian los mares de levante, hasta que tropezaban con buenas presas sobre los infieles y volvian con ellas al reino.»

SIGUE LA NARRACION DE LA CRÓNICA.
GIL EANEZ DOBLA EL CABO DE BOJADOR; VUELVE ALLA CON ALFONSO GONZALVEZ BALDAYA.

«El infante acogia siempre con paciencia á los que enviaba de capitanes de sus buques en busca de aquel país, no reprendiéndoles nun-

ca por no haber cumplido sus órdenes, oía sus relaciones con agrado y les concedía los favores que solía dispensar á aquellos de quienes habia recibido buenos servicios. Y aquellos mismos individuos ó algunos otros hombres especiales de su casa eran enviados otra vez por él, en sus buques armados con aumento de graduación, y promesa de mayores premios, si avanzaban en su navegacion un poco mas que los primeros siempre con el intento de adquirir ciertos conocimientos propios para resolver aquellas dudas. Y finalmente habiendo ya transcurrido doce años, el infante mandó armar una barca cuyo mando dió á un tal Gil Eanez, su escudero, á quien mas adelante hizo caballero y enriqueció. Siguiendo este pues el viaje como lo habían hecho los otros, experimentó el mismo terror y no pasó mas allá de las islas Canarias, de donde sacó algunos esclavos que trajo á Portugal. Y esto ocurrió en el año de Jesucristo mil cuatrocientos treinta y tres. Pero inmediatamente, esto es, al año siguiente, mandó el infante armar de nuevo la misma barca, y llamando á Gil Eanez, le mandó con ahínco que hiciese todos sus esfuerzos para pasar finalmente mas allá del cabo, añadiendo que aun cuando en este viaje no se consiguiese otra cosa, lo consideraria como muy bastante. «No cabe, le dijo el infante, que halleis peligro alguno que no le puge la esperanza del premio, y en verdad me maravillo de que la imaginación haya tenido en vos tanto imperio que temais una cosa tan incierta; por cuanto si alguna autoridad tuviesen las cosas que cuentan, por poco fundadas que yo las considerase, no os impondría yo semejante pena. Pero vais á alegarme la opinion de cuatro marinos, los cuales, porque llegan de los mares de Flándes y de algunos otros puertos donde suelen navegar, no saben servirse ni de la aguja iman ni de la carta; id no obstante y no temais su opinion; dad cima á este viaje, pues con la gracia de Dios saldréis de él aventajado en honra y provecho.»

«Era el infante un hombre de su-

ma autoridad, lo que hacia que sus advertencias, por suaves que fuesen, tenían grandísimo peso para los hombres dotados de inteligencia. Así se vió con respecto á Gil Eanez; pues despues de haber oido estas palabras resolvió en sus adentros no volver á la presencia de su señor sin traer noticia cierta de aquello para que era mandado. Y efectivamente, así lo efectuó, pues, durante este viaje, menospreciando todo riesgo, dobló el cabo y navegó mas allá, por sitios donde halló las cosas muy opuestas á lo que los demás habían presumido hasta entónces, y aunque la accion fuese pequeña de suyo, fué tenida por muy grande únicamente á causa del atrevimiento que ella suponía.»

«A su regreso, contó al infante lo que habia pasado; diciéndole de qué modo habia bajado en tierra con la lancha, donde no habia encontrado alma viviente ni huellas de lugar habitado. Gil Eanez añadió estas palabras: «Y como me ha parecido, señor, que yo debía traer alguna produccion de la tierra, puesto que la he visitado, he cojido estas plantas que presento á Vuestra Gracia. En este reino las llamamos *rosas de santa Maria* (1).» Y terminada la narracion de su viaje, el infante mandó armar un *barinel* (2), en el cual envió á Alfonso Gonzalez Baldaya, que era su escanciadador. Tambien envió á Gil Eanez en su barca, mandándoles volver al lugar designado; así lo hicieron con efecto, mareando mas allá del cabo cincuenta leguas, y no hallando mas que tierras sin viviendas, y sin huellas de hombres ó de camellos. Tras esto, ya fuese que á ellos les obligase la necesidad, ya fuese que al efecto hubiesen recibido órdenes, volvieron con estas noticias, sin haber hecho otra cosa que de contar digno sea.»

Ya está doblado el cabo Bojador; ya se ha verificado un grandioso

(1) Probablemente la *anastatica hierochuntica*, Lin., ó sea la rosa de Jericó.

(2) Segun unos debe entenderse por esta denominacion una pequeña embarcacion, tal como se usaba antiguamente en el Mediterráneo, y segun otros, una embarcacion con remos.

acontecimiento; la narracion injénua y grave que tomamos de Gomez Eanez de Azurara nos dice con que sencillez se efectuó esta tentativa, que iba á cambiar la faz del mundo. En esta parte hemos querido imitar á los viejos cronistas, nos hemos abstenido de toda discusion; y no sin intento hemos espuesto la única relacion fidedigna sobre la cual se han basado hasta aquí las muchas narraciones repetidas durante cuatro siglos. Desconocida por los unos, alterada sistemáticamente por los otros, esta relacion se ha disfrazado de mil maneras. Era del caso volver á la fuente primitiva, y así lo hemos hecho.

Cristóval Colon, en una carta que escribe á Isabel al fin de su cuarto viaje, le cuenta en términos magníficos una vision durante la cual una voz celestial le dijo: «El océano estaba cerrado; habia un mundo por descubrir; yo te he dado la llave de este mundo....» Tambien podia Don Henrique invocar el recuerdo de la voz misteriosa, pues él era el primero que habia roto las cadenas que hubieran atajado á Colon y á Gama.

EL PROMONTORIO DE SAGRES. EL PALACIO DEL INFANTE.

Ya fuese que los terrores de un mundo fantástico le obligasen á volver al Algarbe sin haber cumplido nada de lo que deseaba el infante, ya fuese que hubiese descubierto alguna isla desconocida, ó traspuesto, como Gil Eanez, el temido paso, mareaba el navegante portugués con afan, hácia el promontorio de Sagres, hácia el cabo de San Vicente.

Este cabo sagrado, como le llamaban los antiguos, este punto estremo de nuestro mundo, tan bien escogido para ir en demanda de los mundos nuevos, no era solitario ni abandonado como lo está en el dia. El gran maestro de Cristo, que lo habia elegido para residencia, avivaba aquellas desiertas playas, y comunicaba una parte de su heroico afán á aquellos pobres marineros que no se ocupan en el dia mas que de sus redes, y que en aquel tiempo, sirviéndome

de la espresion de un poeta antiguo, se afanaban por arrojarlas sobre el mundo. El pequeño convento solitario que allí se levantaba no habia sido aun fortificado contra los esfuerzos de los Moros ó los ataques de los piratas europeos; pero mostraba su humilde torre al estremo del cabo, y servia de refugio á los peregrinos que acudian á honrar al mártir cuyo nombre es venerado en aquellas playas. Dos leguas mas allá, en Sagres, cuyo nombre recuerda el *promontorium sacrum* de los antiguos, se levantaba el colejo marítimo del infante, situado á una legua al norte de aquella punta peñascosa donde termina la Europa.

CONTINUACION DE LOS DESCUBRIMIENTOS MAS ALLA DEL CABO BOJADOR.

Alfonso Gonzalvez Baldaya abre la lista de aquellos navegantes enviados por el infante D. Henrique: en 1434 envíole este, segun se ha visto, en calidad de capitán. Baldaya era el *copeiro mor* del infante; y Gil Eanez, que mandaba una barca debia ir de acuerdo con él, despues de haber doblado el cabo Bojador. Pasaron cincuenta leguas mas lejos á una bahía que llamaron *Argra dos Ruyvos*, ó *Bahía de los Salmonetes*. Los dos navegantes vieron huellas de hombres y de camellos en la arena; pero estas fueron las únicas noticias que trajeron á Portugal.

En 1436 se resolvió una segunda expedicion; pues el infante habia inferido atinadamente que no debia de estar lejos una ciudad ó pueblo del punto donde se habian detenido, y que en todo caso era de suponer que algunas caravanas iban á aquellos parajes en busca de algun puerto. Baldaya partió nuevamente con su *barinel*, de conserva con Gil Eanez. «Y prosiguiendo su derrota, fueron sesenta leguas mas allá del paraje donde se habia parado la primera vez, esto es, á ciento y veinte leguas del cabo.» Allí debian ver los Portugueses por primera vez á los habitantes de aquel pais, y desgraciadamente no se verificó la entrevista, sin derramamiento de sangre. Baldaya

llevaba en su barinel dos caballos, para hacer algun reconocimiento en el interior. Dos fidalgos mozos, cuyos nombres merecen conservarse (1), y que pasaban de la edad de diez y siete años, montaron á caballo y pasaron resueltamente á siete leguas de la costa, siguiendo siempre la orilla del rio, hasta un paraje donde inopinadamente les cayeron encima diez y nueve Moros armados de azagayas; nuestros dos caballeros los embistieron, y en aquella lid tan desigual empezó aquella série de combates en los que debian suplir los Portugueses al número con su denuedo. No se retiraron sino cuando el sol iba á desaparecer; uno de ellos estaba levemente herido; un guerrero moro habia sido muerto. Azurara nos ha dejado una pintura bastante original de la sorpresa que hubieron de experimentar los bárbaros á la vista de aquellos jóvenes armados, que de improviso los atacaron en el desierto. Lo cierto es que no osaron volver á parecer en el sitio donde los habian encontrado, y á donde fueron nuevamente en su busca. Baldaya se entretuvo entonces en matar algunos becerros marinos á lo largo de la costa; y después llegó á un punto de la costa, donde vio un peñasco que presentaba la forma de una galera. Llamóse aquel punto *o porto do Gallea*, y así figura en los mapas de aquel tiempo; los exploradores hallaron allí unas redes, y se las llevaron á bordo; muy apesadumbrados sin duda de no poder cumplir las órdenes del infante, que les habia recomendado ante todo que se apoderasen de un natural para tomar lenguas.

El cap. XI de Azurara comienza con estas palabras: « Nada notable tenemos que referir por lo que toca á los años siguientes, no obstante dirijiéronse dos bajeles á aquellas regiones, formando dos expediciones separadas: la una volvió á causa del tiempo contrario, la otra llegó sola-

mente al *Ryo do Ouro* (1) (Rio de Oro), para recojer pieles y aceite de lobo marino. Luego que hubo completado el cargamento, volvió al país, y en este mismo año el noble infante D. Henrique pasó á Tanjer, razon porque no envió otro buque á aquellas aguas. »

Pasáronse cuatro años con efecto sin que se renovasen aquellas expediciones; pero en 1441, viéndose libre ya de aquellas guerras deplorables en las que habia mostrado tan enérgico valor, trató D. Henrique nuevamente de estender los límites de sus descubrimientos. Envio desde luego á un marino jóven de su casa, llamado Antao Gonçalvez, y en seguida á Nuño Tristan, caballero mozo criado en su palacio. Ya habia hecho Antao Gonçalvez dos prisioneros, cuando se le juntó Tristan que llevaba la órden de pasar mas allá de la punta de la Galera. Los dos exploradores unieron sus esfuerzos, y en un combate sangriento cayeron otros diez prisioneros en poder de los Portugueses; habia entre ellos un jefe á quien llamaron Andahu, *bom cavalleiro*, segun dice la crónica. Aquel punto fué llamado *o Porto de Cavalleiro*, porque allí fué armado caballero el mozo Antao Gonçalvez por manos de Nuño Tristan. Antao Gonçalvez volvió á Portugal, pero Tristan prosiguió su viaje, y no volvió á Lisboa sino despues de haber nombrado en la costa de Africa el Cabo Blanco. Allí halló tambien huellas humanas, utensilios de pescar, pero sin poder hacer otros prisioneros.

Pero caeríamos indefectiblemente en una monotonía fatigosa, si tratásemos de seguir paso á paso al predecesor de Barros en sus minuciosas narraciones: diríamos como Nuño Tristan fué á la isla de Geta, y como hizo nuevos cautivos; como Lanzarote, otro servidor del infante, llegó con sus bajeles á las tierras de Guinea, de donde trajo unos doscientos ne-

(1) Llamábase el uno Heytor Homen, y cono-
cióse G. Eanez de Azurara; el otro se llamaba Die-
go Lopez de Almeida.

(1) Observemos de paso, con Antonio Galvan,
que el Río de Oro no recibió este nombre hasta
1443.

gros; como Gonzalo de Cintra dió su nombre á una bahía donde los negros le hicieron prisionero (todo lo cual nos conduce hasta el año 1445); y tendríamos que hablar además de las muchas peregrinaciones del valeroso Gil Eanez. En 1446, un escudero de Alfonso V, á quien Barros llama Diniz Fernandez, natural de Lisboa, se embarcó para aquellas expediciones, movido mas bien por el deseo de adquirir honra que provecho, dice la crónica. Llegó hasta el rio Senegal, se apoderó de algunos negros yolofs, y si damos crédito á Galvani, se adelantó hasta el Cabo-Verde.

En este mismo año, Nuño Tristan volvió á la costa en una caravela; pero este último viaje le fué fatal, pues despues de haber traspuesto el Cabo Verde y de haberse adelantado mas allá de Rio Grande, hasta los 20° de latitud, fué muerto por los negros con diez y ocho Portugueses. Cuatro ó cinco hombres de la tripulacion que se habian quedado á bordo condujeron la nave á Portugal.

Pero ya hemos llegado á un período en que reclaman nuestra atencion grandes hechos políticos harto desatendidos, y que nos conducen necesariamente á Europa. Recordaremos solamente que tras la muerte de Don Duarte, los descubrimientos á lo largo de la costa de Africa, muy lejos de quedar interrumpidos, fueron continuados con un zelo que prueba toda la perseverancia de D. Henrique. Pero las escursiones de los servidores del infante no solian tener un carácter pacífico: cada viaje emprendido, sobre todo por los marinos de los Algarves, tuvo por objeto ajeniciarse esclavos que vendian despues en Lagos. Este tráfico era á veces cuantioso; el quinto correspondia al gran maestre de la órden de Cristo. La pluma elocuente de Gomez Eanez de Azurara nos ha coaservado la relacion de una de aquellas ventas de esclavos que se verificaron en Lagos ya desde el siglo XV; y si el viejo escritor, rebosando una santa indignacion, tizna ya aquel comercio odioso, halla, para disculparle, razones sacadas de las ideas religiosas

de su tiempo. Ya perteneciesen á la raza de los Moros, ó ya á la de los negros, aquellos esclavos eran inmediatamente convertidos al cristianismo, y pasaban como tales á la poblacion agrícola.

REJENCIA DEL INFANTE DON PEDRO, APELLIDADO DE ALFARROBEIRA.

Al llegar á la época en que el Portugal se vió de repente privado de un rey de quien concibiera tan justas esperanzas, un viejo historiador que trata de dar á conocer los acontecimientos del siglo XV, empieza por nombrar al rejente D. Pedro, hijo segundo de Joam I; y son tales las espresiones de que se sirve, y es tal su entusiasmo por el gran carácter que va á pintar, que uno estaria por sospechar alguna exajeracion, á no poder en este caso el amor de la verdad mas que la prudencia, puesto que aquel prohombre halló perseguidores aun despues de su muerte y que los que creian haber borrado las huellas de una administracion cual ciertamente jamás la hubo en la Península, se esforzaron tanto en perseguir la memoria del justo como se esforzaron para arrancarle el poder. Oigamos pues sin desconfianza á este viejo historiador, que entre tantas voces confusas supo desentrañar la verdad.

«Ateoró este infante, virtudes muchas, y tanto, que por decirlo así, parecia un hombre divino (1). Templanza, grandeza, constancia, magnanimidad, igualdad de corazon, todo esto tuvo mas que los otros hombres: así es, que los buenos le querian tanto como le temian los malos.» Luego vamos á ver de quien debía ser la victoria.

Luego despues de la muerte de D. Duarte, Alfonso V, niño todavía, fué reconocido por rey de Portugal; y en seguida se proclamó la rejencia. Dividióse el poder de este modo: la reina Lianor quedó encargada de la tutela y de la administracion; el infante D. Pedro recibió el título de defensor del reino; y el

(1) *Assy que parecia homem divinay.*

conde de Arrayolos, hijo de aquel conde de Barcellos á quien hemos visto hacer un papel tan funesto en la historia de la rejeñcia, quedó encargado de todo lo relativo á la administracion de justicia. Así dispuesto todo, parecia que habia de tomar una direccion feliz, y todos creian que estas disposiciones conciliadoras debian traer otra vez los dichosos tiempos de Joam I. Mas no fué así; las pasiones ambiciosas vinieron á burlar tambien esta vez lo que los hombres habian al parecer calculado con tanto tino. La reina D.^a Lianor estaba muy ajena de profesar á D. Pedro la ternura apasionada que D. Duarte manifestaba constantemente á aquel hermano querido, aborrecíale al contrario, y ya desde el principio de la rejeñcia manifestó altamente su aversion. El rey no tenia á sazón mas de seis años; habíale dado por ayo al digno Gonzalvez de Ataíde, primer conde de Atougua, rendido enteramente al infante, de quien habia sido compañero. ¿Qué podia ser, á los ojos de la reina Lianor, una tutela que no la dejaba esperar ni poder en la administracion ni influjo en su hijo? Trabóse pues una lucha deplorable. Por otra parte hay que tener presente, aunque este hecho suele ser omitido por los historiadores, que el duque de Braganza, D. Alfonso, detestaba á su hermano D. Pedro con mayor animosidad quizás que la reina Lianor.

Seríamos harto prólijos, si tratásemos de esponer aquí cuanto tuvo que padecer el hermano querido de D. Duarte de aquellos odios encubiertos al principio y de las pretensiones que inspiraban. Los consejeros de la reina Lianor acabaron por persuadir á esta princesa que debia dirigirse á sus hermanos los célebres infantes de Aragon, para alcanzar á la vez una venganza anhelada con afán y un poder que se iba alejando de ella. Este paso tuvo las resultas mas deplorables para la reina y para el reino. No solamente sacaron los infantes enormes lucros pecuniarios de esta intriga política, puesto que un viejo escritor pretende que por

ella doblaron su fortuna, sino que la reina, acosada por el odio público, tuvo que retirarse á Castilla. Habia dado este paso inconsiderado contra el parecer de todos sus cuñados, y pagó bien cara su imprudencia, pues no solo vivió en España en un estado que rayaba en la miseria, sino que murió poco tiempo despues, en Toledo el 19 de febrero de 1445, completamente abandonada por su partido, y se sospechó que la habia mandado envenenar el condestable Alvaro de Luna, enemigo personal de su casa. Segun veremos luego se dieron cabida á sospechas mas odiosas con respecto á esta muerte deplorable.

No habia ocurrido todo esto sin grandes revueltas interiores; y era tal la aversion que habia inspirado aquella reina desdichada que el pueblo arrojó de Lisboa al arzobispo D. Pedro de Noroña, porque este prelado era tenido por hechura de aquella. Tras muchas luchas parciales se acordó por fin en una junta reunida al efecto que el poder perteneceria completamente á D. Pedro hasta la mayoría del rey.

Esta memorable rejeñcia duró, unos diez años; y podemos decir, sin temor de que se nos tache de exajeracion, que este período de la historia de Portugal es uno de los mas fecundos en resultados á la par que uno de los mas difíciles de estudiar. El código bosquejado en el reinado de D. Duarte fué revisado, y adquirió desde entónces un influjo que no ha perdido. Gracias á las enérgicas medidas del infante, ciertas órdenes militares salieron de la dependencia en que las tenian los grandes maestrazgos de España, de quienes dependian. De resultas de sus instancias el papa Eujenio libró á Valenza en la provincia de Miño, y á Olivenza en el Alentejo de los derechos que debian á los obispos de Tuy y de Badajoz.

Las pesadumbres del rejente comenzaron con la mayoría del rey; á pesar de que cuando Alfonso llegó á los catorce años de edad, la hija de D. Pedro, á tenor de los deseos de D. Duarte, se casó con el rey mo-

zo el 6 de mayo de 1448; circunstancia que parecía deber estrechar los vínculos que naturalmente existían entre el que iba á gobernar y el que tan sabiamente había administrado el estado. D.^a Isabel, aunque un poco de mas edad que su esposo, y dotada de hermosura para ejercer sobre su marido que la idolatraba algun influjo, no tuvo bastante energía ó poder para apaciguar rencores antiguos y que estaban soñando con la venganza.

Al año siguiente, movido el rey por consejeros alevosos, retiró el poder de manos del rejente, y le escribió oficialmente para declararle que podia considerarse para lo sucesivo libre de todo cuidado y de toda parte activa en los negocios del reino. El infante D. Pedro se retiró entónces á sus haciendas y aguardó con harta resignacion quizás el desenlace de aquella intriga.

DON ALVARO VAZ DE ALMADA, CONDE DE AVRANCHES.

D. Alvaro Vaz de Almada profesaba á D. Pedro una amistad que no cesó sino con la muerte. No solo queria Alvaro apasionadamente al infante, sino que era además enemigo declarado del conde de Ourem, que odiaba como su padre al rejente. Tan pronto como supo el carácter que tomaba la desavenencia de D. Pedro con su hermano, acudió desde Ceuta para defenderle.

MUERTE DEL INFANTE D. PEDRO.

De este modo fué pasando un año: las insinuaciones calumniosas fueron progresando mas y mas, y acabaron por persuadir al rey mozo que el infante D. Pedro queria disputarle el poder y arrancarle la corona; reunióse un ejército: Gracias á los incesantes manejos de los enemigos del infante que habían jurado su muerte, D. Pedro no tuvo luego mas recurso que el responder con la fuerza á la fuerza, y reunir tropas para oponerlas á las del bando real. Parece ya cierto que el intento del noble infante no fué el de tomar la

ioiciativa, y que su propósito deliberado era llegar á un puerto donde pudiese embarcarse para Inglaterra. Pero esta voluntad tan prudente no pudo ejecutarse, y luego tuvo Don Pedro la certeza de que, para conservar no solo su existencia, sino tambien la de los caballeros que le acompañaban, era forzoso llegar á una accion decisiva.

Corría el 20 de mayo de 1449; y parece muy cierto que el infante Don Pedro no perdonó medio hasta el postrer momento para evitar un encuentro. Estaba sabedor de la marcha de las tropas reales; encaminóse entónces sobre Alcoentre para pasar de allí á Lisboa; pero los capitanes del rey resolvieron atajarle el paso. Aunque se hallaba ya mas allá de Alverca, á cuatro leguas solamente de Lisboa, se detuvo cerca de un riachuelo llamado Alfarrobeira; y despues de haberse puesto en estado de defensa, empezó á parlamentar. Pero todo fué en balde. Viendo que era ya inminente la hora del combate, mandó llamar á Alvaro de Almada, aquel noble conde de Avranches que se envanecía de ser su amigo, y le preguntó con la sencillez de aquel tiempo si estaba dispuesto como él para morir. Alvaro de Almada le contestó: «¿Acaso no soy vuestro hermano de armas?» Y comulgó con él.

Trabóse la pelea, y en lo recio de ella fué muerto D. Pedro de una ballesta que le traspasó el pecho. Alvaro de Almada fué fiel á su juramento; luego que supo la muerte de su hermano de armas, se arrojó á lo mas reñido de la batalla y se hizo matar peleando.

El cadáver del desventurado Don Pedro permaneció espuesto como el cuerpo de un mártir, traspasado de la flecha que le había muerto sin que nadie se atreviese á darle el postrer asilo. Por último algunos soldados de corazon verdaderamente portugueses lo llevaron á la pequeña iglesia de Alverca, aunque sin darle sepultura. La reina, que se veía precisada á disimular su dolor, habló por fin, y su voz fué oída, cuando ya se había acabado todo para el hombre

grande : fueron á buscar entónces en pompa solemne el cadáver que yacia en la capilla , y D. Henrique condujo el séquito fúnebre. El cuerpo de D. Pedro de Alfarrobeira fué colocado entónces entre los reyes.

Nada mas triste que la suerte de los príncipes salidos de este noble tronco. Los unos mueren en un convento , los otros viajan sin fruto , otros van á llevar á lejanas tierras la celebridad desgraciada de su padre. Hállase en la isla de Chipre una tumba de mármol con las armas de Portugal ; son las del desventurado hijo de D. Pedro de Alfarrobeira que poco despues de la muerte de su padre , pasó á esta isla , se casó con la reina , y murió , segun dicen, envenenado.

CONTINUACION DEL REINADO DE ALFONSO V; ESPEDICIONES DE ARZILA Y DE TANJER.

Tras la deplorable jornada de Alfarrobeira se apaciguaron las luchas de bandería , y el rey jóven pudo llevar á cabo una de aquellas espediciones célebres que le han granjeado el sobrenombre de *Africano*. Calisto III habia invitado de nuevo á los príncipes cristianos á la guerra contra los Turcos , y la bula de la cruzada habia llegado á Portugal en 1435 , cuando D. Alfonso resolvió seriamente llevar la guerra á pais musulman. Los otros príncipes de Europa se habian mostrado sordos á las amonestaciones del papa. Pero oyólas D. Alfonso , pues se trataba para él de unas cuentas de familia ; la sangre del príncipe Constante estaba clamando venganza ; y por otra parte aveníase esta guerra arriesgada con el carácter caballeresco del rey: el 30 de setiembre de 1458 , doscientas embarcaciones llenas de tropas arrojaron á las playas de Alcazar á una hueste determinada. Segun refieren los autores portugueses , desembarcar y vencer fué todo uno. Luego que hubo instalado , como á gobernador de la plaza recién conquistada , á Duarte de Menezes , cuyo valor caballeresco debia arrojar tan pronto tan vivos destellos ,

Alfonso volvió á Portugal ; pero volvió rebosando todo de las gloriosas ideas que habia concebido en aquella primera espedicion. Así es que trece años despues , vióle el Africa otra vez á la cabeza de una hueste victoriosa , apoderándose de la plaza de Arzila , que cayó en poder de los Portugueses el 24 de agosto de 1471. Esta vez fué terrible la lid y tremendo el conflicto en el interior de la plaza. Mas de dos mil Moros fueron muertos , y cinco mil de entre ellos perdieron la libertad. D. Alfonso habia llevado á esta áspera escuela al heredero del reino , al infante Don Joam quien , antes de mostrarse gran monarca , fué un príncipe cabal. Hizo prodigios de valor delante de Arzila , su espada estaba toda torcida al fin del combate de resultas de los tajos y cuchilladas que habia dado. Su padre le confirió la orden de caballería en la mezquita de la ciudad musulmana , recién convertida en iglesia. El cadáver del noble conde de Marialva , D. Juan Coutinho , muerto en la accion , yacia á los piés del príncipe. Dice la Crónica que Alfonso no dijo al infante mas que estas palabras : « Hijo mio , hágate Dios tan buen caballero como el que ahí yace. » Estas nobles palabras no habian de darse al olvido y pronto lo probó el infante cuando las guerras con Castilla.

Sabido es el deplorable destino de aquella princesa á quien llamaban la *Beltraneja* en Castilla , y á quien trataban de *escelente señora* en Portugal ; sabido es tambien que habiendo envidado D. Alfonso , Don Henrique le hizo árbitro del destino de una princesa á quien nuevamente habia reconocido por hija suya. El rey á quien habian condenado á la infancia condenó á su pueblo á los desastres de una lucha terrible ; dando la mano de Juana , trasladó á D. Alfonso todos sus derechos sobre Castilla. Este príncipe , que abrigaba todas las ideas caballerescas de su tiempo , pero que tan mal comprendia los manejos de la política , este príncipe se mostró bastante ambicioso para aceptar el legado fatal que le disputaban la noble Isabel y el

mas astuto de los príncipes cristianos. Reunió en Portugal un ejército de veinte y cinco mil hombres, y después de haber intimado á los reyes, como decian entonces, que le restituyesen la corona reclamada por Juana, entró en Castilla sin oposición. En Plasencia fué donde vió á aquella á quien por un momento trataron de reina, y á quien, mientras llegaban las dispensas del papa, reconoció (1475) por *mera promesa*, como la esposa cuyos derechos iba á defender.

Aunque era admitido por una parte de los grandes, y hasta por la poblacion de varias ciudades notables, un pacto semejante no podía recibir un principio de ejecucion sin causar una guerra funesta. A la primera noticia de las pretensiones que D. Alfonso apoyaba con hostilidades imprudentes cuando menos, Isabel y Fernando, que habian quedado dueños de la mayor parte de las provincias, acudieron desde Madrid y empeñaron una lucha que duró hasta 1479, y que acabó, como es sabido, con la espulsion del rey de Portugal, á pesar del talento prodijioso que mostró su hijo. La accion mas memorable de esta larga guerra, tan ruinoso para entrambos paises, ha adquirido una celebridad que debe á su éxito extraño, y del que quizás no habia habido ejemplar desde el tiempo de los Romanos. La batalla de Touro, dada en mayo de 1476, pudo compararse con efecto con la de los campos Filípicos, en los que Octavio, peleando contra Bruto y Casio, por ellos derrotado, mientras que Marco Antonio, su compañero, triunfó de los dos vencedores. En efecto, en la batalla de Touro, los dos reyes rivales D. Alfonso y D. Fernando hicieron su plan de modo que cada uno de los dos monarcas se hallase opuesto al teniente de su rival; y á pesar de un valor de que tenia dadas tantas pruebas, Alfonso fué derrotado y huyó hasta Castro Queimado sin saber cual habia sido el éxito de la jornada. El infante D. Joam que sostuvo con maravillosa intrepidez el esfuerzo de

las tropas de Fernando, no solo supo resistirles, sino que determinó además la fuga del rey de Aragon y quedó dueño del campo de batalla. De ahí fué que enterada de esto la reina Isabel, dijo con mucha gracia: «A no haber acudido el pollo, era muerto el gallo.»

DUARTE DE ALMEIDA, APELLIDADO
Ó DECEPADO Ó EL MANCO.

La batalla de Touro, fatal en realidad para los Portugueses, fué ilustrada á sus ojos por uno de aquellos hechos inauditos que todos los pueblos se envanecen de colocar en sus anales (1). Llevaba la bandera real Duarte de Almeida. En lo mas recio de la batalla, el alférez se vió abandonado por los suyos; viéndose solo hizo una resistencia heroica. Le cortan la mano, con que empuña el estandarte, cójelo con la izquierda; un tajo le derriba el brazo izquierdo, sus dientes asen entonces la lanza que sostiene la bandera portuguesa, y en tal estado sigue defendiendo todavía el estandarte. Herido de repetidas lanzadas y cuchilladas, no se apoderaron de la bandera sino después que sus heridas le hubieron derribado de caballo. Pero no habia muerto aun el valeroso alférez; quien volvió á Portugal. Duarte Nuñez de Liao nos refiere así el fin de esta historia. «Por este hecho horroroso Duarte de Almeida no tuvo otra recompensa, segun la costumbre del pais donde los mayores servicios son los menos premiados, que el vivir mas pobremente que antes de haber perdido las manos y de granjearse tan digna nombradía. Hacíase en Castilla tan sumo aprecio de él, que el rey D. Fernando habia mandado colgar las armas de que le habian despojado, en la capilla de los reyes de la catedral de Toledo, como un trofeo; y todavía están allí ahora. En Zamora, á donde fué llevado prisionero, los enemigos le honraron mas que no le honraron después en su pais sus conciudadanos.»

(1) *Feito nunca feito*, dice Camoens.

PARTIDA DEL REY D. ALFONSO V PARA FRANCIA, DONDE LE RECIBE LUIS XI.

Profundamente humillado del éxito de la batalla de Touro, y hecho cargo además de las buenas manos á las que encomendaba los negocios, Alfonso partió inmediatamente para la Francia, con el intento de conseguir de Luis XI socorros suficientes para continuar la guerra con la España. Embarcóse en consecuencia, en agosto de 1476, para uno de los puertos de la Provenza. Entre los hombres eminentes que le acompañaban, el mas notable era sin duda el noble D. Francisco de Almeida, que habia de ser un dia el primer vi-rey de las Indias. Obligado por el temporal no pudo llegar á Marsella y se metió en Colibre, desde donde pasó á Perpiñan, y llegado allí, envió al jóven Almeida á Luis XI, para noticiarle su arribo. No hablaremos aquí de las circunstancias de un viaje cuyos resultados fueron nulos. Bastará decir que Luis XI echó el resto para recibir á su huésped con magnificencia.

VUELVE ALFONSO V A PORTUGAL; D. JUAN LE ENTREGA DE NUEVO LA ADMINISTRACION. — SU MUERTE.

A pesar del espléndido recibo hecho al monarca viajero, á pesar de las halagüeñas promesas del rey de Francia, nada positivo ó provechoso se hizo á favor de un príncipe harto caballeresco, para que un soberano tal como Luis XI hermanase su política con la de aquel. Tarde ya comprendió Alfonso la nonada de sus esperanzas; cansado del poder y convencido dolorosamente de su impotencia, acordó buscar el reposo en la soledad, cumpliendo un acto de alta política cuyo valor real le habia sugerido su capacidad. Resolvió pues colocar inmediatamente en el trono de Portugal á un príncipe esencialmente formado para ser rey, y buscar para sí la contemplacion en los lugares sagrados que habia determinado conquistar. Escribió á su hijo que tomase el título de rey, y se en-

caminó á uno de los puertos de Francia, con ánimo de embarcarse para Jerusalem. Todo esto se ejecutó con un sifilo tal, que á escepcion de dos ó tres confidentes, que habian de seguirle á su Tebaida, ninguno de los que acompañaban á D. Alfonso en su pomposo viaje tuvo noticia de tales proyectos. Una carta dirigida á Luis XI recomendaba al rey de Francia aquellos servidores fieles. No cabe pintar el sentimiento de los Portugueses cuando supieron la desaparicion de un príncipe á quien querian á pesar de sus imprudencias. Fueron luego en pos del real fugitivo, y lo alcanzaron en un puertecito cerca de Honfleur, donde se hallaba ya hacia algunos dias de incógnito, aguardando tristemente una ocasion favorable para pasar á tierra santa. Rogáronle encarecidamente que orillase su proyecto y que se encargase otra vez de la administracion de sus estados; y despues de alguna resistencia, accedió por fin, y en octubre de 1477 se embarcó con su séquito para la bella ciudad de Lisboa que no queria ver mas y de la que no hubiera debido salir.

Joam II pasó á Oeyras á entregar el cetro al que le habia hecho rey. D. Alfonso pretendia ofrecerle solemnemente la administracion de los negocios y reservarse para su retiro el pequeño reino de los Algarves; pero D. Joam quiso que su padre recobrase el título de monarca y que ejerciese la plenitud del poder. Don Alfonso sobrevivió poco á su viaje. Viendo que sus pretensiones sobre Castilla no producian ningun resultado, obligado, por decirlo así, en 1479, á ajustar un tratado de paz, que encerraba en un convento á aquella desventurada D.^a Juana á quien poco antes habia dado el título de esposa, se retiró luego á Cintra. Allí presa de una melancolia profunda, enfermó luego y espiró el 28 de agosto de 1481, cabalmente en la misma cámara donde habia nacido. Este príncipe tenia cuando murió cuarenta y nueve años y siete meses, y aunque no era viejo, contaba cerca de cuarenta y tres años de reinado. A pesar de sus nobles

prendas y de su viva inteligencia, Don Alfonso, colocado entre D. Pedro de Alfarrobeira y el enérgico Joam II, se ofusca necesariamente, y hasta viene á ser un obstáculo entre los dos mas grandes hombres políticos que el Portugal haya producido.

REINADO DE D. JOAM II.

Cuenta la tradicion que cuando D. Joam II fué proclamado definitivamente rey de Portugal, el 31 de agosto de 1481, halló las posesiones territoriales tan derrochadas por las prodigalidades de D. Alfonso á favor de algunos grandes, que exclamó: « Ya lo veis, mi padre me ha dejado rey de las carreteras y de los caminos de Portugal. » Pero Joam II supo atajar luego aquellas concesiones excesivas que arruinaban el tesoro y trababan la libre accion de la corona; ya desde los primeros años de su reinado se pudo comprender que los tiempos que iban á seguir habian de ser fatales para los grandes señores.

El primer acto político ejecutado por D. Joam lo fué en el mismo año de su aclamacion; pues ya en 1481 convocó á las cortes en Évora, y allí recibió, segun costumbre, el homenaje de los grandes vasallos. Las disposiciones que tomó entónces pudieron hacer prever lo que el nuevo rey pretendia hacer del antiguo réjimen feudal.

Dos acciones terribles y juzgadas de diversos modos ensangrentaron este reinado en sus principios. De cualquiera modo que las juzguemos, hay que reconocer en su perpetracion la prosecucion de un sistema implacable, que queria ante todo volcar el feudalismo con los grandes vasallos. Hablamos del juicio del duque de Braganza, y de la muerte del duque de Viseu.

Fernando II, tercer duque de Braganza, y cuñado de la reina, no cometió quizás otro crimen mas que el de abrazar con demasiado ardor el partido al que perseguian. En 1483, este desgraciado señor se halló mas que nunca comprometido por su afiliacion con los malcontentos, y la

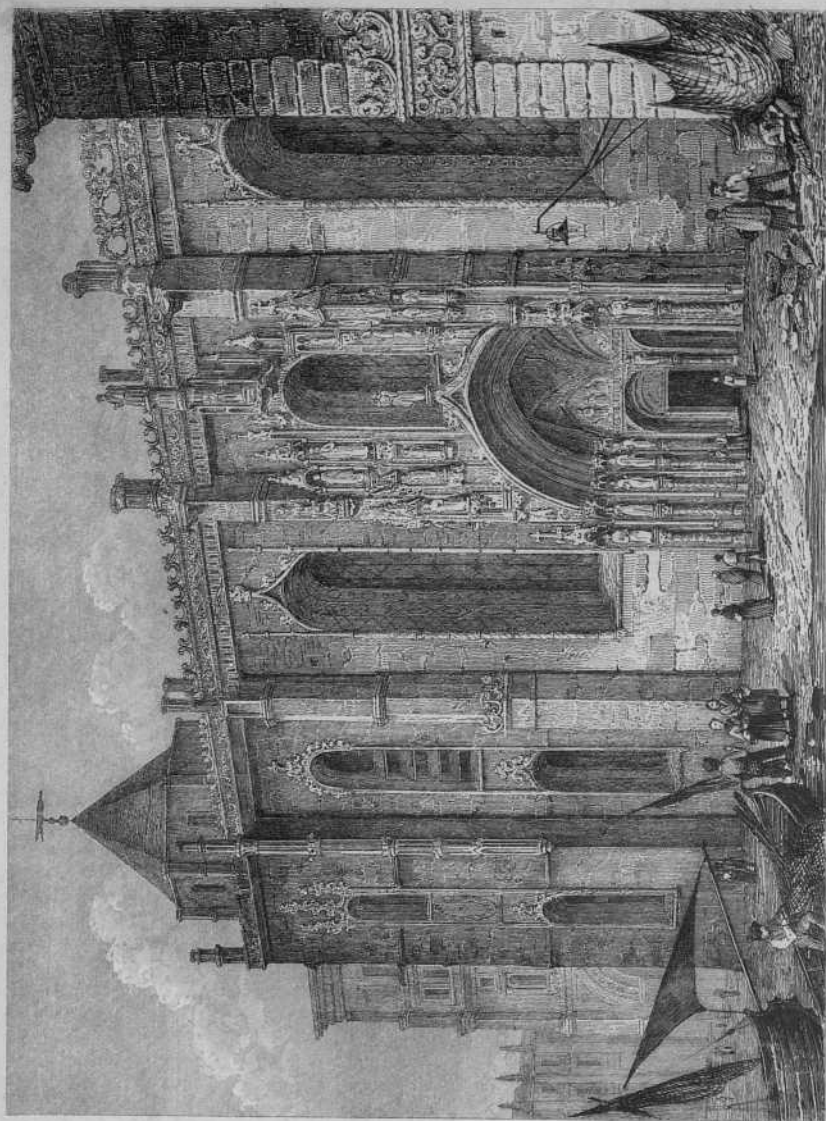
traicion de un criado desleal le puso luego á la merced del rey. Habia presuncion de culpabilidad, pero ni siquiera habia principio de ejecucion. D. Joam entregó al duque á un tribunal presidido por él mismo, y cuyo fallo es de suponer que ya sabia de antemano. El duque de Braganza subió al cadalso el 22 de junio de 1483, y no se omitió nada de cuanto podia dar á esta ejecucion un carácter solemne.

EJECUCION EN EFIJIE DEL MARQUÉS DE MONTEMOR.

Un gran señor, el condestable del reino, el conde de Montemor, implicado en una de aquellas conspiraciones permanentes que sin cesar se tramaban contra Joam II, habiendo logrado escaparse, fué ejecutado en efijie. Cuando el marqués tuvo noticia de la ceremonia en que le habian ejecutado y quemado en efijie, le causó esto tan suma sensacion y pesadumbre, que enfermó de tristeza y murió en Castilla á donde se habia refugiado.

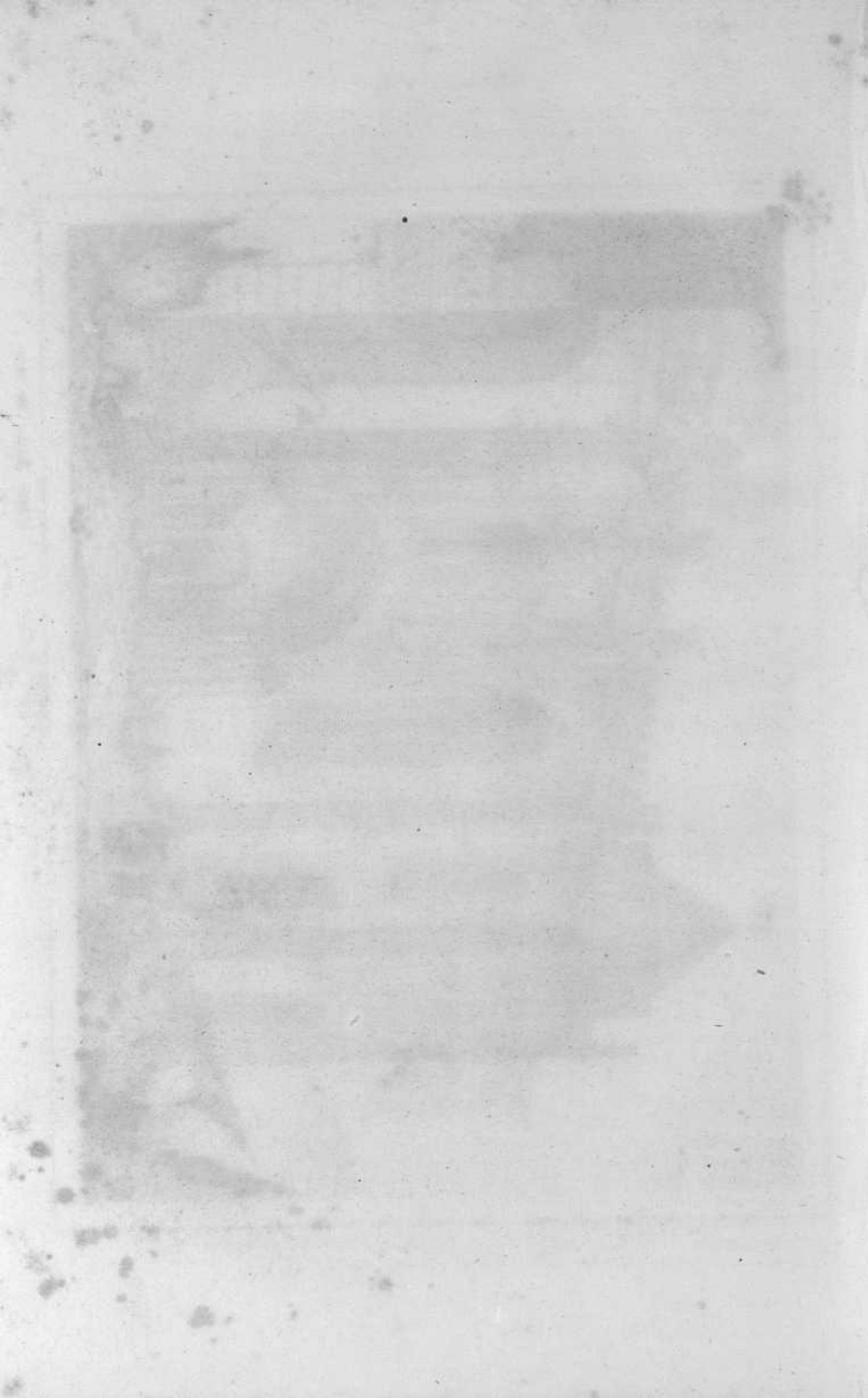
MUERTE DEL DUQUE DE VISEU.

No siempre se fiaba Joam II del verdugo para herir á aquellos á quienes su política consideraba reos, pues el mismo se hacia juez y ejecutor; y esta justicia secreta, como decian entónces, era mas terrible todavía que la pompa del cadalso. Parece cierto que en esta ocasion la diestra del rey no alcanzó á un inocente. Segun Resende, en Santarem fué donde empezaron á urdir la *segunda deslealtad* (segun se espresa) que se tramó contra el rey. El proyecto de los conjurados era asesinar á Joam II y hacer subir al trono en su lugar á D. Diego, duque de Viseu, hermano de la reina. Sin embargo supónese con cierto fundamento que este príncipe no se decidió á entrar en la conspiracion sino despues que le hubieron persuadido de que peligraba su propia libertad; y es tanto mas de extrañar que se hubiese abandonado á las sujestiones de los malcontentos, por cuanto Don



Santa Maria de Belém.

Santa Maria de Belém.



Joam le habia tratado hasta entonces como á hijo, y no era probable que la nacion le aceptase por rey. D. Joam tuvo noticia de la conspiracion que amenazaba su existencia, por dos vias muy diversas; llególe el primer aviso de un tal Diego Tinoco, hermano de la manceba del obispo de Évora. El segundo aviso procedió de puesto mas encumbrado, pues fuéle dado por D. Vasco Coutinho, hermano de uno de los conjurados y uno de los mas grandes señores de aquel tiempo. Luego que hubo adquirido la certeza de los hechos, no titubeó Joam II en punto al modo de represion que debia adoptar. No reunió esta vez al tribunal, llamó tan solo á un juez y á su secretario con algunos señores con quienes podia contar; luego, un viérnes, el 22 de agosto de 1484, hallándose en Setuval, en una casa que habia pertenecido á Nuño de Cunha, envió á llamar al jóven duque, «*y sin que entre ellos se hubiesen trabado muchas palabras*, dice Resende, *le mató él mismo á puñaladas*.» Tras esta terrible ejecucion, D. Joam mandó estender un proceso verbal de lo que acababa de ocurrir, un doctor fué el encargado de redactarlo, y Gil Fernandez, el escribano de cámara, dió copia de él en el acto. El cuerpo del duque fué llevado á la iglesia, donde estuvo espuesto en un catafalco hasta la noche, en que le dieron sepultura. A los que habian urdido la trama les cupo una muerte mas deplorable todavía que la del duque de Viseu: el obispo de Évora fué empozado en una mazmorra del castillo de Palmella, donde murió, segun dicen, envenenado; Fernando de Menezes, que irritó al rey con su defensa, murió degollado en el cadalso; cúpole la misma suerte á Pedro de Ataíde; y por último, Gótez, á pesar de los ruegos de su hermano, murió en la cárcel; solo se habia escapado uno de los conjurados huyendo á Francia; pero hasta allí supo alcanzarle la mano de D. Joam, y el 8 de diciembre de 1489, fué muerto á puñaladas en una calle de Aviñon.

AGREGASE UN NUEVO TITULO A LA CORONA. — NEGOCIACIONES CON EL PAPA. — NUEVAS ESPLORACIONES.

Basta leer atentamente la hermosa crónica de Joam II para convenirse de que estos acontecimientos no desviaban el pensamiento activo de este príncipe del grande objeto que se proponia.

A pesar de estas sangrientas catástrofes, que entregaban el ánimo de Joam II á amargas reflexiones, el sistema de esploraciones lejanas tan enérgicamente adoptado por los prohombres del siglo, iba caminando á la realizacion de sus vastas esperanzas. Ya empezaban á formarse en la costa de Africa establecimientos comerciales. En 1481, tras la fundacion del fuerte de Mina por Azambuja y Pedro de Cintra, Joam II habia podido añadir á sus títulos el de *señor de Guinea*, y enviaba á Inocencio VIII, recién elegido, embajadores encargados de pedir al nuevo pontífice aquella bula de la *santa cruzada* por cuyo medio esperaba realizar los proyectos de su padre contra los estados musulmanes de las costas de Berbería. Solo al rumor de la posibilidad de una invasion, la ciudad de Azamor se separaba del imperio de Marruecos y se sometia á los cristianos. Diego Cam y Joam Alfonso de Aveyro habian dado feliz cima á sus asombrosos descubrimientos á lo largo del rio Zaira y en el reino de Benin; el embajador de un príncipe de Africa habia ido á visitar al rey cuando, en los años 1486 y 1487, se efectuaron las dos expediciones memorables que dieron al Portugal una preeminencia tan señalada, y en las que la Europa se ha acostumbrado á saludar una era nueva para la historia.

DESCUBRIMIENTO DEL CABO DE BUENA ESPERANZA.

«Entre las muchas noticias que el rey D. Juan recojió del embajador del rey de Benin, y al mismo tiempo de Alfonso de Aveyro, dice Bar-

ros (1), supo que al oriente del reino de Benin, á veinte lunas de marcha, lo que, segun su modo de contar y el poco camino que hacen por etapa, puede valuarse en doscientas y cincuenta leguas, habia un rey, el soberano mas poderoso de aquellas rejiones, á quien llamaban Ogane. Ahora pues, entre los príncipes idólatras de las provincias de Benin, segun ellos, este jefe era considerado al igual de nuestros sumos pontífices, y segun una costumbre antiquísima, los reyes de Benin, al subir al trono, le enviaban embajadores, con un presente de cuantía, notificándoles como la muerte de tal príncipe les dejaba la sucesion del reino, de lo cual pedian confirmacion, y en señal de asenso, aquel príncipe Ogane les enviaba un bordon y un morion, fabricado, uno y otro de cobre brillante, en lugar del cetro y de la corona...

«Y como en tiempo del rey Don Joam, cuando se venia á hablar á la India, tratábase siempre de un rey poderoso á quien llamaban *preste Joam das Indias*, á quien suponian cristiano, parecíale al rey que por medio de este soberano cabia entrar en dichas Indias; por cuanto, gracias á los relijiosos abisinios que pasan á esta parte de España, y á algunos frailes que habian estado en Jerusalem, y á quienes habia encargado que se informasen de aquel príncipe, sabia que sus estados se hallaban en aquella rejion situada sobre el Egipto, que se estiende hácia el mar del Sur; y por esto tomando el rey en medio de sus cosmógrafos la tabla jeneral de Tolemeo, donde se halla la descripcion del Africa, con los contornos de la costa, tales como estaban indicados por sus propios exploradores, y marcando la distancia de doscientas y cincuenta leguas hácia levante, donde decian los de Benin estar situadas las posesiones del príncipe Ogane, todos los

circunstantes hallaron que este personaje debia de ser el Preste Juan. Parecíale pues al rey que siguiendo sus buques la costa á lo largo de la cual hacian sus descubrimientos, no podian menos de hallar el pais donde estaba situado el promontorio de Praso, limite de aquellas rejiones. Habiendo sido todas estas cosas el objeto de varias conferencias, como los mas estaban ardiendo en deseos de ver por fin descubiertas sus Indias, D. Joam acordó desde luego enviar, en aquel año de 1486, un par de buques destinados á explorar el mar y á dos hombres que viajasen por tierra; y quiso ver el término de todas aquellas cosas que tanto esperanzaban.»

Salió á la mar la espedicion proyectada, compuesta de dos buques de cincuenta toneladas cada uno y de una barca cargada de municiones, el 2 de agosto de 1486. El que debia capitanearla era un hidalgo de palacio, á quien se debian ya varios descubrimientos hechos á lo largo de la costa africana. Bartolomé Diaz habia izado su pabellon en el buque del que era piloto. Pero de Alanquer, y Leitao maestre ó patron. Otro hidalgo, llamado por Barros Joam Infante, tomó el mando del segundo buque. La pequeña embarcacion, cargada de abastos, iba al mando de Pero Diaz, hermano del capitán mayor; y el historiador de quien tomamos todas estas noticias añade que todos estos marineros eran *espartos en su arte*.

Aunque Diego Cam hubiese descubierto por dos veces trescientas setenta y cinco leguas de costa desde el Cabo de Santa Catalina hasta el de Padrao, no obstante una vez hubo pasado el rio de Congo, Bartolomé Diaz comenzó á seguir la costa, hasta que llegó á un paraje donde toma el nombre de *Angra do Salto* (ansa del salteamiento), con motivo de los dos negros de que se habia apoderado Diego Cam, á su paso para aquellas rejiones. Bien enterados de lo que debian hacer, aquellos dos negros eran enviados por el rey á los sitios de donde habian sido arrebatados. Tambien llevaba consigo

(1) Esta relacion de un acontecimiento al que todos los historiadores dan razon de un valor inmenso, ha padecido alteraciones tales que ha sido preciso acudir nuevamente á las fuentes y dejar hablar á Joam de Barros. Véase *Asia Década primera*.

Bartolomé Díaz á cuatro negras á quienes debia dejar en varios puntos de la costa, con víveres suficientes para su subsistencia y regalos que mostrasen las intenciones pacíficas del soberano que las enviaba. La primera de estas mujeres fué dejada en *Angra dos Ilheos*, las otras fueron puestas en tierra á distancias mas ó menos considerables. Mensajeras de paz, habian sido preferidas sin duda á los hombres; para que desconfiasen menos de su presencia inesperada en aquellas remotas tierras; una de ellas murió en el momento en que iban á colocarla en tierra; mas no parece que fuese víctima de ningún cruel tratamiento. Tal era la política de Joam II durante este viaje de exploracion, que habia mandado ante todo que se guardasen de toda especie de violencia contra los habitantes de aquellas regiones.

No acompañaremos á Bartolomé Díaz en todas las circunstancias de su larga navegacion; baste saber que en cada punto de la costa recién explorado, depositaba, segun la costumbre seguida invariablemente en aquella época por los Portugueses, un *Padrao*, esto es, un padrou ó mojón de piedra con las armas del reino, atestiguando la toma de posesion de los exploradores. Creyó tambien del caso dejar á lo largo de la costa la pequeña embarcacion cargada de abastos mandada por su hermano.

« Prosiguiendo su viaje, llegó á nuevos climas, ya no era el sol tan caliente como lo es en las costas de Guinea, y aunque los mares del litoral de España sean borrascosos en las estaciones de temporales, dice el viejo historiador, consideraron los de estos parajes como mortales (1). Sin embargo amainó la furia de las olas, fueron en busca de la tierra mareando hácia levante, pensando que en jeneral corria la costa todavia de norte á sur, como lo habian visto dirigirse hasta entónces. Viendo no obstante que no podian dar

con ella, navegaron hácia el norte y llegaron á una bahía cuyas riberas estaban cubiertas de ganado, tanto que la llamaron *Angra dos Vaqueiros* (1). Los negros pastores que habian visto echaron á correr; siguieron siempre mareando á lo largo de la costa; pero habiendo llegado á un islote que está por los 33.^o 40' Sur, se sintieron sobrecojidos de grandísimo pavor al recordar los mares inmensos que habian atravesado, las tripulaciones comenzaron á quejarse y á pedir que no pasasen mas adelante, por cuanto si iban mas allá, infaliblemente perecerian de hambre. Sin embargo la direccion de las tierras les hacia comprender que habia de haber allí cerca un gran promontorio, que lo habian dejado á la espalda, y les parecia conveniente tratar de descubrirle. Para satisfacer sus quejas bajó á tierra Bartolomé Díaz, celebróse consejo, y se acordó volver á Portugal. « Pero estaba Díaz dotado de una de aquellas almas enérgicas que promueven con toda su valía los pensamientos grandes y que no cumplen á medias lo que miran como un deber. Mandó firmar por los oficiales de los buques el acta que comprobaba el acuerdo que acababan de tomar, nó queriendo sin duda tomar sobre su propia responsabilidad las resultas de una decision que él reprochaba; obrando así, por otra parte, ejecutaba una orden formal del rey; pero prosiguiendo su viaje, obedecia al impulso de su alma. A Bartolomé Díaz, al hombre del Cabo de las Tormentas, hay que atribuir aquella súplica de un plazo de tres dias, que el navegante pidió á su tripulacion malcontenta. Concediéronse los tres dias; pero pasados estos, no descubrieron mas que un rio, que tomó el nombre del segundo jefe de la expedicion, que fué el primero que bajó á tierra en aquellas regiones. Por fin fué forzoso oir las murmuraciones de la tripulacion y volver á Europa; pero cuando hubieron llegado al islote de la Cruz, y se trató seriamente de cejar, ocurrió en el alma de Bartolomé Díaz una de

(1) *Estes ouverto por mortaes*. Década primera.

(1) Bahía de los Vaqueros.

aquellas luchas cuya grandeza no se ha apreciado bastante; pero con pocas palabras lo ha pintado perfectamente un escritor admirable. Ciertamente á este último esfuerzo debió Portugal un grandioso descubrimiento: « Cuando se separó del pilar que habia colocado en aquel sitio, dice Barros, lo hizo con tan amargo sentimiento, un dolor tan acerbo, que dirian que dejaba á un hijo para siempre desterrado, sobre todo cuando recapacitaba en los peligros que él y los suyos habian corrido; de cuan lejanas rejiones habian tenido que llegar, solo para plantar aquel mojon, puesto que no les habia concedido Dios lo principal. » Comprendieron entónces los marineros lo que tan dolorosamente afectaba á su jefe. Despues de haberse alejado del islote de Cruz tuvieron conocimiento de aquel gran Cabo, oculto durante tantos siglos, dice Barros, y que Diaz llamó con sus compañeros el Cabo de las Tormentas (1), en memoria de los peligros y tempestades que antes de doblarle habian tenido que padecer. » Tras este descubrimiento no ocurrió nada de importancia, en el respecto jeográfico al menos; pero no faltan al regreso episodios dramáticos. Diaz y sus compañeros hallaron la pequeña embarcacion cargada de abastos, pero de nueve marineros que para guardarla habian dejado, no quedaban mas que tres y aun uno de ellos, el escribiente del buque, llamado Fernando Colazo, á quien la enfermedad habia debilitado en extremo, murió de gozo á la vista de sus compañeros; algunas visitas imprudentes en la costa, colisiones con los naturales habian ocasionado esta desgracia. Pegaron fuego á la barca ya destruida en parte por los gusanos roedores que se adhieren al leño en aquellas aguas, y prosiguieron el viaje hasta los establecimientos de San Jorge de la Mina. Allí Bartolomé Diaz recibió una gran cantidad de oro en polvo, resultado de los trueques que comenzaban á establecerse entre los Europeos y los naturales, y

continuando sin mas novedad su viaje, llegaron á Portugal en diciembre de 1487, despues de haber empleado en este viaje memorable diez y seis meses y diez y siete dias. Habia descubierto Diaz en una sola expedicion trescientas y cincuenta leguas de costa; esto es, un espacio tan considerable como el explorado por Diego Cam en dos viajes.

Cuando Bartolomé Diaz se presentó al rey y le señaló el Cabo de las Tormentas como el punto mas importante de sus nuevas exploraciones, Joam II quiso que este vasto promontorio se llamase el *Cabo de Buena Esperanza*, por cuanto, sirviéndonos de otra espresion de Barros, esperaba, gracias á la fausta nueva que le daban, descubrir por fin aquellas Indias tan vivamente anheladas por espacio de tantos años. »

ESPEDICIONES POR TIERRA EN BUSCA DEL CAMINO DE LAS INDIAS. — PEDRO DE COVILHAM Y ALFONSO DE PAYVA.

Aun antes que Bartolomé Diaz estuviese de vuelta de su memorable viaje, y probablemente en 1486, Joam II habia resuelto hacer buscar por tierra el camino que debia conducir á los reinos del Preste Juan; pero, contra su costumbre, este rey, que poseia el arte difícil de emplear á los hombres segun su capacidad, se equivocó en su eleccion, puesto que dió este importante encargo á un fraile llamado frey Antonio de Lisboa y á un tal Pero de Montaroyo, sobre quienes no nos dan mas noticias los escritores contemporáneos. Estos dos hombres no sabian la lengua arábiga y se estrellaron sus esfuerzos; solo sabemos que frey Antonio fué á Jerusalem, sin que de esta romería religiosa que se sustituyó á un viaje de descubrimientos, se sacase ninguna noticia de importancia.

Joam II no desmayó; y acordó hacer una segunda tentativa para hallar por fin el camino que podia conducir al imaginario Preste Juan, dueño soberano de la *India Menor*, *India Mayor* é *India Tercera*, de quien

(1) *Lhe poserao nome Tormentoso.*

tanto se hablaba en Europa desde el siglo XI. Procuró esta vez hallar á dos hombres que al carácter intrépido que entónces se exijia hermanasen un conocimiento de la lengua arábica suficiente para recojer datos donde los otros exploradores se habian visto atajados por su ignorancia. La *algaravia*, como decian entónces, ó el idioma vulgar de los Arabes, estaba tan derramada entónces en la Península como era desconocido un siglo despues, cuando Cleonardo, el Brabanzon, buscaba en vano en las universidades de España á un hombre que se la enseñase.

La eleccion de D. Joam no podia ser dudosa, pues tenia entre los caballeros de su palacio á un caballero llamado Pero de Covilham, que sabia el árabe perfectamente y habia ya viajado; y á él confió la nueva mission resuelta desde el regreso del peregrino; agregándole otro caballero llamado Alfonso de Paiva.

Sería un error grave el creer que estos dos denodados exploradores partiesen á la aventura y sin recibir instrucciones. Tenemos ya la certeza de que se pusieron á su disposicion todos los recursos, imperfectos es verdad, de la jeografía del siglo XV de que Juan II podia disponer.

Partieron de Santarem el 7 de mayo de 1487, y segun dice Barros presenciò tambien su partida el duque de Beja D. Manuel, que debia llevar á cabo tan grandes descubrimientos. Despues de haberse despedido del rey, pasaron en primer lugar á Nápoles, donde se embarcaron para la isla de Rodas. Allí fueron recibidos por dos caballeros portugueses de la religion, que les dieron todas las noticias indispensables para pasar á Alejandria. Aquella ciudad de Egipto debia serles funesta, pues cojiéron allí unas calenturas que por poco los llevaron al sepulcro; sin embargo, una vez restablecidos, pasaron al Cairo, y desde allí llegaron á Tor en compañía de los Moros de Tremecen y de Fez, que pasaban á Aden. En el Cairo se separaron los dos compañeros; Alfonso de Paiva se dirigió hácia la Etiopia. Segun parece, habia recibido un duplicado

de las instrucciones de D. Joam, y estaba encargado de entregar aquellas famosas cartas dirigidas al Preste Juan, de que nos habla Resende. Pero de Covilham siguió una ruta diferente; habiéndose embarcado en un buque árabe que partia de Aden, fué á desembarcar en Cananor, y desde allí pasó á Calicut y á Goa. Desde la India partiò Covilham para las minas de Sofala. Habiendo regresado á la ciudad de Aden, á la entrada del estrecho del mar Rojo, se embarcó para el Cairo, pero supo allí que Alfonso de Paiva habia muerto, hacia poco en aquella ciudad. «Estando disponiéndose para volver á este reino, dice Barros, supo que habia dos judíos españoles que iban en su busca, y tuvo con ellos una entrevista muy reservada; llamábase el uno Rabi Abrahan, y era natural de Beja, el otro se llamaba Josepo y ejercia la profesion de zapatero en Lamego. Hacia poco que Josepo habia llegado de aquellos paises, y como habia sabido en Portugal el grande deseo que tenia el rey de lograr noticias con respecto á las cosas de la India, fué á verle para decirle como habia estado él en otro tiempo en la ciudad de Babilonia, que llaman hoy dia Bagdad y situada á orillas del Eufrates, y que allí habia oido hablar, del comercio que se hacia en la isla de Ormuz... donde habia una ciudad, la mas rica que en aquellas rejiones se conociese, por cuanto en ella se acumulaban todas las especias, y riquezas de la India, las que por medio de caravanas eran transportadas á las ciudades de Alepo y Damasco. Pero como ya habia partido Pero de Covilham cuando el rey recojió estas noticias y otras muchas de boca del judío, habia enviado á este en busca del viajero, dándole por compañero al otro judío Rabi Abrahan. Josepo debia llevar su mensaje á Pero de Covilham, al paso que Abrahan tenia la orden de pasar con él á la isla de Ormuz, para informarse de las cosas de la India. En aquellos despachos recomendaba el rey particularmente á Covilham, en el caso de no haber hallado todavia al Preste

Juan, que no desistiese en sus esfuerzos hasta dar con él y entregarle sus cartas y comunicaciones. Añadia que en el caso de haber conseguido el viajero su objeto, le escribiese por conducto del judío cuanto hubiere visto y sabido.»

No sin intento hemos reproducido aquí este fragmento curioso: las arriesgadas exploraciones de Pero de Covilham se enlazan con la grande expedición marítima que entregó á los Portugueses el comercio de la India, é importaba saber como habian llegado á Joam II las preciosas noticias por él reunidas, cuando estaba preparando aquella vasta empresa: el pobre zapatero judío de Lamago fué quien llevó á Portugal la primera relación fidedigna que se hubiese recojido sobre las Indias orientales. Barros añade luego que cansado Pero de Covilham, de tan larga navegacion y de un camino donde habia visto y sabido tantas cosas, informó circunstanciadamente á Josepe de cuanto habia podido recojer, y además escribió al rey. Es probable que nuestro osado caballero se contentó con contestar á las principales órdenes de su amo, y que comunicó verbalmente al judío las noticias mas preciosas. Pero de Covilham despidió á este mensajero, quien hubo de llegar necesariamente á Lisboa antes que el personaje letrado que le habian agregado; y en seguida el caballero pasó con Abrahan hasta la ciudad de Aden, y allí se embarcaron entrambos para Ormuz. Habiendo observado lo que habia que ver en aquella ciudad, Covilham dejó allí, á Rabi Abrahan que debia pasar á Europa por las caravanas de Alepo, y él volvió directamente hácia el mar Rojo.

Aquí termina lo interesante para Portugal de la mision de Covilham. El historiador que nos sirve de guía nos muestra despues al buen caballero pasando á la corte del Negus de Abisinia, á quien condecora, por la primera vez quizá, con el dictado de Preste Juan. El soberano que á la sazón reinaba en aquellos paises se llamaba *Alejandro* (Iscauder), quien recibió con agrado al caballe-

ro portugués, teniéndose por dicho-so, dice el cronista, de poseer en su corte á un embajador enviado por un príncipe cristiano; pero Alejandro murió poco despues y su hermano, que le sucedió, obró de un modo muy diverso con respecto al extranjero que habia llegado á visitar por primera vez á aquellas rejiones. No solo el nuevo Negus trató á Pero de Covilham con menosprecio sino que se opuso además á que saliese del reino. Y desde entónces el caballero portugués hubo de quedar desabuciado de volver jamás á Portugal.

En compensacion el Abisinio dió á Pero de Covilham tierras en aquel hermoso pais, que las relaciones mas recientes nos representan como una de las rejiones mas ricas del globo. Se casó, tuvo hijos, y se sabe por un viajero del siglo XVI, que vivia aun holgadamente en 1515, bajo el reinado de David, hijo de Naut que habia sucedido á su primer protector.

CONTINUACION DEL REINADO DE JOAM SEGUNDO. — GUERRA EN BERBERIA. — LLEGADA A LISBOA DE UN PRINCIPE YOLOF; SU BAUTISMO, — AMENAZAS DE GUERRA. — AFECTO DEL PUEBLO.

Mientras que se efectuaban estas expediciones, D. Joam, que poseia en sumo grado el talento de escojer á los hombres, se disponia para conservar su preeminencia en las costas de Berberia. D. Joam de Menezes era gobernador de Tánjer, y la historia ha conservado la memoria de sus nobles hechos. D. Vasco Coutinho, conde de Borba, defendia á Arzila, y el hijo del conde de Villareal, Don Antonio de Noronha, guardaba la preciosa ciudad de Ceuta que tan cara habia costado á los Portugueses. Gracias á la seguridad que inspiraban tales hombres, D. Diego Fernandez de Almeida pudo efectuar un desembarco en Berberia, en Anafe, no lejos de Azamor; y no solamente mató allí á novecientos Moros y se llevó á cuatrocientos prisioneros, sino que, segun dicen, efectuó esta

hazaña sin perder un hombre de su expedicion. Seria largo y fastidioso hablar de las guerras parciales que por aquel tiempo tenian que sostener los Portugueses en las costas de Berbería, y que D. Joam alentaba con tanta mayor perseverancia, por cuanto el Africa habia venido á ser en el siglo XV para el Portugal lo que la Arjelia es en el dia para la Francia, una escuela guerrera, donde iban á formarse unos soldados que podian oponerse en cualquier trance al extranjero. No obstante, hacíase esta guerra con éxito vario; así, mientras el valeroso D. Joam de Menezes se apoderaba de Alí Barraja, caudillo moro afamado por su denuedo y cuya ausencia desalentaba á los Musulmanes, D. Antonio de Noronha, que mandaba en Ceuta, fué hecho prisionero en una salida que hizo de aquella plaza, y para alcanzar la libertad de aquel osado capitán, disponíase D. Joam para pasar al Africa. La victoria alcanzada por el conde de Borba delante de Arzila, la que poco despues se alcanzó en las fronteras del mismo país, y las hazañas brillantísimas de Fernando Martinez Mascarenas eran otros tantos acontecimientos que compensaban aquel revés momentáneo.

No pasó el año 1488 sin mejoras manifiestas en la administracion interior y tambien en esta época se echaron los cimientos de una alianza tan vivamente deseada por Castilla como por Portugal; acordóse que el infante D. Alfonso se casaria con la hija de los reyes católicos, y que este enlace diferido por la poca edad del príncipe, se efectuaría al año siguiente.

Pasarémos rápidamente sobre las desavenencias que por este tiempo sobrevinieron entre el Portugal y la Francia; tambien serémos breves sobre la mision del célebre Duarte Galvao, encargado de declarar la guerra á Carlos VIII. Todo esto, así como las negociaciones establecidas con la Inglaterra, es en el dia de poquísimo interés, y por otra parte su resultado fué muy secundario. No podemos decir otro tanto de la lle-

gada de un príncipe yolofo á la corte de Joam II. Con efecto, fué un acontecimiento memorable el desembarco de aquel príncipe negro, que llegaba de Arguin á Setuval y que luego se hizo cristiano. Rodeado de todas las pompas eclesiásticas; de toda la magnificencia de la corte, Bemohi tomó en el bautismo el nombre de Juan, y cuando aquel entendimiento inteligente se hubo familiarizado con sus huéspedes, cuando hubo comprendido sus necesidades y proyectos, dió sobre las rejiones desconocidas de Africa noticias que dieron nuevo impulso á las grandes esperanzas de Joam II. Pero ignoraba Bemohi cuan cuesta arriba les viene á los pueblos salvajes el recibir los *beneficios de la civilizacion*, y mas adelante, cuando merced á sus nuevos aliados, pudo volver á entrar en sus derechos y mandar á los Yolofo, propagando el cristianismo, le asesinó cobardemente sin que Joam II osase vengarle, el jefe de la expedicion, Pedro Vas de Acuña, apellidado *Bisagudo*, á quien le habian confiado (1).

Acababan de levantar en las costas de Berbería la fortaleza llamada Graciosa, y Muley-el-Octaci, rey de Fez, que se oponía á aquella novedad, habia infundido á Joam II el deseo de pasar á Africa, cuando tuvo este príncipe, por la primera vez quizás, una prueba terminante del cariño que el pueblo le profesaba. No bien se supo su resolucion cuando recibió por todos lados ofertas de hombres, armas y caballos. El rey de Fez se hizo cargo de su posicion, pidió y obtuvo una tregua, y se demolió la fortaleza.

CASAMIENTO DEL INFANTE DE PORTUGAL. — FIESTAS MEMORABLES.

D. Joam utilizó mas adelante aquellos ofrecimientos afectuosos de sus

(1) Cuando Joam II examinó detenidamente este negocio, halló á tantos altos personajes comprometidos en este asesinato abominable, que creyó prudente callar y dejar impunes á los culpados. Véase á Vasconcellos, *Historia de Joam segundo*.

súbditos, pues necesitaba dinero; iba á casar á su hijo con la infanta de Castilla, y queria dar á la solemnidad de los esponsales una pompa que pasmasen á los estados cristianos. Y con efecto los regocijos con este motivo fueron tales cuales nunca se habian visto tan magníficos y esplendorosos.

LA PESTE — ENFERMEDAD REPENTINA DEL REY. — SE SOSPECHA UN ENVENENAMIENTO. — MUERTE DEL INFANTE D. ALFONSO.

Los regocijos de que acabamos de hablar fueron interrumpidos por una novedad muy triste. La peste que reinaba en Lisboa se habia propagado en Évora, donde residia la corte. La ciudad, tan animada poco antes, se habia visto despoblada en parte, despues de haber presenciado los regocijos mas espléndidos de que Portugal haya conservado memoria. Otras inquietudes siguieron á esta calamidad; habiendo D. Joam ido á apagar su sed en una fuente cercana á Évora, con dos de sus palaciegos se habia visto acometido de dolores atroces y vió á sus dos compañeros fallecer con síntomas tales, que se hacia árido no reconocer en este acontecimiento un atentado contra la vida del soberano. Se hicieron muchísimas pesquisas, pero todas fueron vanas, para descubrir á los autores del crimen.

Joam II, cuya salud habia idomuy á menos, se habia retirado á su palacio de Santarem, cuando sobrevino un acontecimiento deplorable que echó al través todos sus proyectos y enlutó toda su vida. Hablamos de la desgraciada muerte de su hijo el infante, que espiró de resultas de una caída de caballo, en una carrera que hacia con D. Joam de Meneses.

Este príncipe D. Alfonso, nacido en Lisboa el 18 de mayo de 1475, murió el 13 de julio de 1491. Está sepultado en el convento de Batalla. Tras esta pérdida deplorable, D. Joam no perdonó medio para legitimar á Don Jorje, que habia tenido en Abrantes, en 1481, de Doña Ana de Men-

doza, dama de la reina Doña Juana; mas no pudo conseguirlo. D. Jorje, casado con Doña Brites de Villena, de la casa de Braganza, vino á ser el tronco de la familia de los Alemcastros.

CAMBIOS POLÍTICOS PRODUCIDOS POR ESTE ACONTECIMIENTO. — LA VIUDA DE D. ALFONSO PASA A CASTILLA.

Desde la época en que ocurrió tan triste acontecimiento para D. Joam, manifestóse una mudanza visible en las relaciones que este príncipe tuvo con la reina, cuyas nobles prendas y alta prudencia apreciaba pero cuya voluntad perseverante estuvo temiendo al parecer en los postreros años de su vida. Preocupado con el pensamiento de hacer subir al trono á un hijo ilegítimo, en quien vinculaba toda su ternura, no veía sin sentimiento las tentativas de Doña Leonor para afianzar el trono á su hermano. Poco despues Isabel de Castilla quiso ver á su lado á la jóven esposa desconsolada, á quien ya nada podia detener en Portugal; y la viuda de Alfonso partió para España rodeada de luto y conducida por algunos eclesiásticos. D. Joam no tuvo ya mas distraccion, en su aislamiento, que aquellas luchas incesantes del cariño paternal, que no supieron triunfar; y si bien pudieron preocuparle los afanes del gobierno, ya no le dominó mas la política.

LLEGADA DE CRISTÓBAL COLÓN A LISBOA.

Antes que este príncipe, fastidiado del oficio de rey, fuese á morir en una pequeña ciudad arrinconada de su reino, fué señalado su reinado por un acontecimiento memorable, en el que se hizo poco alto entónces, pero que iba á cambiar la faz del mundo, y cuyo alcance no se ocultó á la penetracion de D. Joam. Un pobre italiano que habia pasado antes á Portugal, un fraguador de proyectos, desembarcó en Lisboa de vuelta de Guanahani, con oro, con Indios, con palmas verdes todavía, que denotaban su maravilloso viaje.

Barros refiere de este modo aquella famosa entrevista sobre la cual han corrido versiones tan encontradas: «El 6 de marzo de 1493, estando el rey en Valparaíso en las cercanías de Santarém, con motivo de la peste que estaba haciendo estragos á la sazón, se le dijo como había llegado al puerto de Lisboa un tal Cristóbal Colón, quien, según decía, llegaba de la isla de Cipango y traía oro y otras riquezas de aquel país. Como el rey conocía á *este Colón* y sabía que había sido enviado por el rey de Castilla para llevar á cabo aquellos descubrimientos, le hizo rogar que fuese á verle para saber de su boca lo que había encontrado en el viaje. Este lo hizo de muy buena voluntad, *no tanto para complacer al rey cuanto para causarle un sentimiento con su presencia*, y tanto mas por cuanto, antes de pasar á Castilla, había ido á ver al rey D. Joam para decirle á armar buques para esta empresa, lo que el rey no había querido hacer por las razones que mas adelante se deducirán. Colón llegó ante el rey, quien le recibió con agrado; pero el monarca se afligió mucho al ver que las gentes del país que traía consigo no pertenecían á la raza negra, por cuanto no tenían el pelo lanoso ni el rostro semejante á los pueblos del país de Guinea, sino que se parecían por el aspecto, el color y el cabello á lo que decían de los pueblos de la India, por lo cual tanto se había afanado. Y como Colón decía respecto al país mayores cosas de lo que había en realidad, acusando y reprendiendo al rey de no haber querido aceptar sus ofertas, hubo varios caballeros á quienes aquel modo de hablar indignó en términos que ofrecieron al rey quitarle de en medio.»

Joam II desoyó aquella propuesta, Colón salió tranquilamente de Lisboa y fué á gozar de su triunfo. Pero desde el día en que anunció la gran noticia, ajitó á los dos países una cuestión política y religiosa á la par de un alcance inmenso, hubo que dividir entre dos pueblos aquellos mundos desconocidos que no

bastaban ya á la ambición de dos rivales insaciables.

INTERVENCION DE LA SANTA SEDE EN LOS DESCUBRIMIENTOS DE LOS ESPAÑOLES Y PORTUGUESES.

El papa Nicolás V fué quien, por una bula dada en 1454, concedió al infante D. Henrique el derecho de descubrimiento y conquista de todos los mares, tierras y minas, tales son las espresiones de la santa Sede, que pudieren adquirirse en las costas de Guinea. Por aquella acta se concedían al infante todas las islas del oriente y del mediodía. Calisto III confirmó, en 1456, cuanto había hecho su predecesor. Pero queriendo además favorecer al príncipe que era gran maestre de la orden de Cristo, le otorgó la administración de todos los beneficios eclesiásticos que se estableciesen en las tierras conquistadas. Sixto IV confirmó estos privilegios, pero exceptuó no obstante las islas Canarias á favor del rey de España, concediendo empero á Alfonso V el derecho de navegación y la conquista de los otros países que este soberano pudiese someter á su imperio. El inmenso descubrimiento de Cristóbal Colón, por cuenta de Castilla, debía necesariamente modificar el sistema seguido hasta entónces por la corte de Roma. La desavenencia que se suscitó se llevó al tribunal supremo de Alejandro VI, y se firmó el tratado de Tordesillas. La bula de Alejandro VI de 1493 mandaba formar una línea imaginaria trazada matemáticamente de norte á sur partiendo de un polo á otro, y dividiendo el universo en dos partes iguales. Las tierras situadas á levante debían pertenecer á la monarquía portuguesa; las á poniente á España. Este paralelo, que debía tener un punto cierto, un principio determinado, se dispuso de modo que se colocaron en una de las islas Azores y en el Cabo Verde, y que trazando la línea á levante del mismo punto, cuanto se hallase al occidente sería de Castilla, y de Portugal cuanto se hallase al oriente. En el mismo año

creyó Joam II deberse oponer al cumplimiento de esta bula relativamente al curso que había de seguir la línea, y ambas potencias nombraron embajadores que se reunieron en Tordesillas, con plenos poderes para zanjar el punto en litigio. Entónces fué cuando se acordó que la línea de demarcacion se estableciera de polo á polo, trescientas y setenta leguas á poniente de las islas de Cabo Verde, y que la parte oriental perteneciera á los Portugueses. Especificóse al propio tiempo que dentro de un plazo de dos meses, se enviarían dos y hasta cuatro embarcaciones españolas y portuguesas, al mando de personas inteligentes, á quienes se podría fiar la demarcacion y que se reunirían en la gran Canaria. Allí debían embarcarse alternativamente Castellanos y Portugueses en buques de ambos paises, y se les mandaba ir juntos en busca de las islas de Cabo Verde, siguiendo desde allí hácia el occidente para fijar el límite donde acabarían las trescientas y setenta leguas, formando el punto de parada definitivo, en aquella parte donde la línea de demarcacion cortase el espacio de norte á sur. Debían ejecutarse además varias cláusulas de menor importancia para consolidar el tratado.

Estos convenios fueron ratificados y firmados por ambos soberanos, en 1494; pero lo mas extraño es que este negocio quedó *in statu quo* por espacio de treinta años, hasta que se suscitó la discusion relativa á las Molucas, tan célebres en la historia del siglo XVI. Lo cierto es que si se firmó el tratado de particion, nunca se reunieron durante el siglo XV las embarcaciones españolas y portuguesas para establecer la determinacion definitiva del punto de que se debía partir para contar las trescientas y setenta leguas. La memoria de donde hemos sacado estas noticias añade lo siguiente: «Fuerza es confesar tambien que esta operacion no era practicable entónces, puesto que en la época en que se efectuó el tratado de Tordesillas no se había descubierta ningun promontorio ó tierra en la América meridional; lo que

no se efectuó hasta el reinado de Joam III.»

DON JOAM CAE ENFERMO DE GRAVEDAD.

Un año despues de haberse firmado esta acta importante, alteróse visiblemente la salud del rey, mas no por esto desistia de sus instancias con Alejandro VI para lejitimar á su hijo D. Jorje; pero como los escrúpulos del papa se hallaban esta vez de acuerdo con sus intereses, conservando el partido de la reina en Roma un influjo inseparable, hizóse cargo por fin Joam II que no cabia luchar con Borgia estando ya en la orilla del sepulcro; resignóse pues, pero con amargura, y es probable que el sentimiento que le causó aquel desengaño contribuyó á minar su salud; los médicos no vieron luego otro remedio á sus males que los baños de Monchique en los Algarves; en seguida recurrió á las aguas de Alvor, aldea situada no lejos de Alczar do Sal, pero su flaqueza aumentó luego en términos que perdió toda esperanza y pensó en sus últimas disposiciones.

TESTAMENTO DE JOAM II; MUERTE DE ESTE SOBERANO.

El último acto político de este gran rey fué un sacrificio, puesto que, despues de haber instado tan vivamente á la corte de Roma para alcanzar la lejitimacion de D. Jorje de Lancaster, con una sola palabra anadó todas las pretensiones que había concebido para aquel hijo querido, dando él mismo el título de rey al duque de Beja, á cuyo hermano él mismo había muerto.

Los postreros momentos de Joam II fueron lo que debían ser; el *hombré* (1) mostró en aquella hora suprema una mezcla de resignacion cristiana, de nobleza y de teson que le pintan admirablemente. Mandó despojar el aposento donde iba á espirar de cuanto pudiera recordar la pom-

(1) Así le llamaba, segun es sabido sin perifrasis la reina Isabel de Castilla.

pa soberana; quiso, como san Fernando, que su lecho se colocase sobre el suelo, y contestó humildemente á los que le daban el título de Alteza: «Dejad eso... ya no soy mas que ceniza y podredumbre.» Cuando el prelado que le asistía, engañado por un síntoma siniestro, quiso cerrarle los ojos, le detuvo con estas palabras llenas de resignacion y firmeza: «Obispo, no es hora todavía.» Un poco antes habia preguntado á que altura se hallaba la marea, y tras la respuesta que sobre esto se le dió, dijo: «Todavía viviré dos horas.» No le engañó este presentimiento; siguió orando, y cuando el Océano acababa de retirar de la playa sus olas moribundas, exhaló el postrer aliento.

Ocurrió este acontecimiento un domingo, el 25 de octubre de 1495, á la puesta del sol. Su cuerpo fué sepultado en el convento de Batalla, donde aun existia entero á principios del siglo pasado (1809).

Refiere la tradicion que cuando llegó á España la noticia de la muerte de D. Joam, la reina Isabel exclamó: *¡Ha muerto el hombre!* Cuando la misma noticia llegó á Roma, el viejo cardenal Alpedrinha, prelado que vivió mas de un siglo y fué testigo de las grandezas de tres reinados, dijo: «La muerte acaba de arrebatar al rey mas grande que haya nacido del mejor de los hombres.»

Segun todas las apariencias, pereció Juan de resultas del veneno; hasta los menos propensos á su favor dan á entender que la venganza de algun enemigo poderoso supo alcanzarle en medio de los espléndidos regocijos que dió para solemnizar el casamiento de su hijo.

Como el jenio prodijioso que labró hace poco los destinos de la Francia, Joam II tuvo el arte supremo de conocer á los hombres y de elegirlos; su pródiga habilidad premiaba á las jentes que se creian mas desconocidas y arrinconadas. A pesar de su rejidez, que en algunas circunstancias estremó hasta la crueldad, sobre todo con respecto á los grandes vasallos, lo que mas distinguió siem-

pre á Joam II fué el temor de recargar los impuestos. Ruy de Pina refiere que cuando le proponian algun tributo oneroso para la nacion, solia decir: «Veamos primeramente si es necesario; y su segunda palabra, cuando quedaba convencido de la necesidad del impuesto, era; «Veamos ahora cuáles son los gastos superfluos.»

El mayor mérito de este príncipe fué el haber adivinado el carácter arrojado y caballeresco de su nacion, bien así como sabia calar el talento de los hombres. Animado como el infante D. Henrique, D. Pedro de Alfarrobeira y Alfonso V del anhelo de descubrimiento, comprendió perfectamente, ya desde los primeros años de su reinado, lo que debia practicarse para hacer provechoso para el pais la índole ardorosa pero impróvida de su pueblo. No solo atesoró todos los conocimientos matemáticos que cabian en aquella época, sino que se enteró esmeradamente de las ideas nuevas que corrían en su tiempo sobre la cosmografía, y adquirió conocimientos prácticos en el arte tan importante de la construccion naval. Embargóle el comercio esencialmente; hecho cargo de que el Portugal era llamado á reemplazar en los mercados de Europa á los Venecianos y Jenoveses, anduvo en busca de todas las superfluidades, de todo el lujo, que hasta entónces no se habia conocido en esta parte de la Península.

En fin, el hombre que se carteaaba con Anjel Policiano, y que le pedia con estilo elegante una historia de este pais que de todos modos queria ilustrar, el hombre que casi hubiera dado su corona á trueque de saber dibujar como Cimabue, el hombre que nos representan como émulo de aquellos hábiles músicos que la Italia empezaba á producir, este hombre atesoraba realmente el gusto apasionado del arte, así como poseia el amor ardiente de la gloria. Así es que hasta por confesion de sus rivales, nada le faltó para merecer el nombre que le habia impuesto Isabel.

REINADO DE D. MANUEL.

El nieto de D. Duarte fué llamado al trono el 27 de octubre de 1495. Hallábase á la sazón en Alcázar do Sal, y pasó inmediatamente á Monte Mor ó Novo, donde convocó sin tardanza á las córtes del reino. Al paso que D. Manuel supo utilizar los grandiosos planes de su predecesor en política, no mostró las mismas simpatías, y desde luego se vió á la alta nobleza recobrar un influjo, harto modificado por el reinado precedente. Los hijos del duque de Braganza volvieron á Portugal, y el primojénito volvió á entrar en posesión de todos los bienes de su casa, y hasta recibió el obsequio de nuevos privilegios.

PREPARATIVOS PARA LA ESPEDICION DE LAS INDIAS.

Ya hemos visto el afán con que el predecesor de D. Manuel volvía sus miradas á la India; con efecto era tal su ardor sobre este punto, que la grande expedición llevada á cabo por Vasco de Gama fué resuelta bajo su reinado. Pero si Joam II era el *príncipe cabal*, como le llamaba el pueblo, D. Manuel fué el príncipe venturoso, puesto que bajo su reinado se efectuó la navegación que colocaron desde luego entre los grandes acontecimientos del siglo.

PRIMERA ESPEDICION MARÍTIMA DE LOS PORTUGUESES A LAS INDIAS.—VASCO DE GAMA.

Ya había pasado un año desde que D. Manuel ascendiera al trono, cuando este monarca acordó realizar los inmensos proyectos concebidos por su predecesor. Tuvo la cordura de no separarse de las disposiciones de este, y ratificó el nombramiento que al efecto había hecho D. Joam, de Vasco de Gama.

Ya desde entonces se comenzaron los preparativos del armamento, y según el ilustre Pacheco, que estuvo presente á aquellas primeras disposiciones, nada se omitió de lo que podía asegurarla.

LA PARTIDA. — LA BAHIA DE SANTA HELENA.—EL CABO, QUILOA, MOMBABA.

Barreto de Resende, que por otra parte está conforme con Pacheco y el autor de las Décadas, nos da cuenta de los buques que iban á emprender este viaje peligroso, y recuerda al mismo tiempo el nombre de los jefes á quienes se confiaron; el buque principal, la Capitana, en el que Gama había enarbolado su pabellón, se llamaba el *San Gabriel*; y su piloto era Pedro de Alenquer; el segundo buque se llamaba el *San Rafael*; mandado por el hermano de Vasco, Paulo de Gama; y su piloto era Joao de Coimbra; el tercer buque, llamado el *Berrio*, iba mandado por Nicolás Coelho, que se ilustró después en los mares del Brasil; su piloto se llamaba Pedro de Escollar; el cuarto buque, destinado para el transporte de los abastos, era mandado por un mero servidor de Vasco de Gama, P. Nuñez. No será por demás decir que estos diversos buques llevaban en todo, en marineros y soldados, ciento y sesenta hombres, á quienes se podía considerar seguramente como jente selecta según lo probaron hasta el fin; Bartolomé Diaz, el célebre explorador del Cabo de Buena Esperanza, iba encargado de acompañar las cuatro embarcaciones hasta el país de Mina.

El historiador de las Indias nota con su sagacidad acostumbrada que esta primera escuadra no pudo escoger, como se hizo después, la época favorable de los monzones. Vasco de Gama ignoraba la dirección de los vientos jenerales que había de buscar y los puntos de recalada; de ahí es que el historiador lleno de fe se abstiene de toda reflexión; y se contenta con prorumpir hablando del Dios á que invocaba la escuadra de los cristianos: «El da los medios de ejecutar, cuando llegó el día de sus designios.»

Al salir la escuadra de Lisboa, reinaba el viento fresco del norte que sopla ordinariamente por el mes de julio en las costas de la Península; así que se alejaron rápidamente; tuvie-

ron viento próspero por espacio de trece días, y su primera recalada se efectuó en Santiago, isla principal del archipiélago de Cabo Verde. Allí cargaron viveres, y se prepararon para entrar en mares menos conocidos. Después de haberlos seguido un trecho, su compañero Bartolomé Díaz se separó de la escuadra, y tomó el rumbo de Mina. Vasco de Gama prosiguió su derrota, y tomó tierra en la bahía de Santa Helena, donde hizo aguada, y trabó una leve escaramuza con los negros del país.

Habiendo salido de aquel punto, al cabo de tres días de navegacion, pasó por delante del Cabo de Buena Esperanza, que doblaron con menos tormentos de los que los Portugueses esperaban, y en el día de Santa Catalina, entraron en la aguada, que está á sesenta leguas de distancia.

Habiendo sobrevenido en aquel punto algunas reyertas entre los Portugueses y los naturales con motivo del trueque de rebaños, Vasco de Gama echó el ancla algo mas lejos; pero las tribus de aquellas partes se mostraron mas amenazadoras que las visitadas hasta entónces. En esta parte de la costa desembarazaron al buque mandado por Pedro Nuñez, de sus municiones y tripulacion, y hecho esto, le pegaron fuego.

Al partir de aquel punto, acometió á la escuadra una tempestad tan violenta, que hubieron de amarrar todas las velas. Habiendo amainado el temporal, llegaron á los islotes llanos (*Ilheos chaos*), cinco leguas mas allá del paraje donde Bartolomé Díaz habia plantado su primer pilar. Las corrientes de aquellas aguas les incomodaron bastante; pero á pesar de este obstáculo llegaron delante de la Costa Natal, á la que dieron este nombre; y en el día de la Epifanía entraron en la bahía de los *Reyes Magos*, que llaman tambien bahía de Cobre, porque trocaron en aquel punto brazaletes de oro falso por marfil y otros renglones. Un tal Martin Alfonso, intérprete de la Capitana, fué á visitar las aldeas del interior, donde fué bien recibido; y la descripcion de los sitios que visitó

nos prueba que fué agasajado por rancherías de Hotentotes ó Bosjesmanes. La benévola hospitalidad de aquellos naturales movió á Vasco de Gama á permanecer cinco dias entre aquellos pueblos pastores; y dió al país con este motivo el nombre de *Boa Pazó Boa Jente*.

Desde aquel punto empezó á navegar á cierta distancia de la tierra, de modo que pasó de noche delante del cabo de *Corrientes*. Como la costa comienza á hacer en aquel paraje una curva inmensa, y Vasco temia penetrar en algun golfo de donde no pudiera salir, mareó hácia fuera; resolucion que le llevó lejos de un puerto donde hubiera hallado algun descanso; pues pasó sin advertirlo, delante de aquella ciudad de Sofala cuya opulencia era célebre ya en Europa y que sin duda le hubiera ofrecido un buen punto de recalada; pasó á fondear en una parte de la costa al desembocadero de un rio. Allí, en vez de hallar pueblos completamente ajenos de los usos de la civilizacion, vió, entre los negros á varios individuos que pertenecian á otra raza y cuya tez roja denotaba otro oríjen, tanto que los jefes de la expedicion creyeron reconocer entre ellos una comunicacion mas directa con los Moros.

Por otra parte, aquellos hombres comprendian algo la lengua arábiga y se servian de cierta vestidura. Gama se creia mas cerca de los ricos países que habian motivado su viaje; habláronle luego de ciertas naciones del este, que navegaban en buques grandes como él. Dió á este rio el nombre de *Rio dos bons Sinaes* (de las buenas señas). En aquel punto, donde por primera vez habian recibido informes verdaderamente favorables, plantearon los osados marinos uno de aquellos pilares de piedra, con las armas de Portugal y coronados de una cruz, que Joam habia mandado esculpir para atestiguar sus descubrimientos; y se impuso á aquel monumento el nombre de San Rafael.

Vasco de Gama permaneció todo un mes en aquel paraje; una enfermedad, cuyos estragos no habian

experimentado los marinos hasta entónces, el escorbuto, acometió á muchos marineros y maló á algunos: Al salir del *Rio dos bons Sinaes* el 24 de febrero, estuvo á pique de perderse el buque de Gama que dió contra un banco de arena. Libre no obstante de aquella posicion cruel, podia ya navegar á la vista de la costa; al cabo de cinco dias fondeó á una legua de la ciudad de Mozambique, delante de un islote que llamó mas adelante isla de San Jorje. Allí fueron á visitarle tres ó cuatro embarcaciones llamadas *sambucos*. Entre algunos negros casi en carnes de pelo lanoso, se hallaban algunos Arabes, y entre otros un moro del pais de Fez, esto es, de un pais que con razon podian llamar la escuela militar de los Musulmanes contra los Cristianos, segun se espresa el mismo Barros. Gracias á Fernando Martin, el intérprete pudieron entablar conversacion, y no quedó el moro poco pasmado al saber que tenia delante una escuadrilla salida del puerto de Lisboa. A pesar del vivo sentimiento que le causó aquella noticia supo disimular. Por él supo Vasco de Gama que el jeque del pais se llamaba Zacoja, y que no pasaba por aquellas aguas ningun buque que no aterrase para traficar ó que no pagase al jefe un tributo. Gama le declaró en pocas palabras cuál era su mision y le pidió pilotos. «El moro, hombre ladino, dice el autor de las Décadas, allanó en apariencia todas las dificultades; prometió dar cuenta á su soberano de las esplicaciones positivas que acababan de darle, y afirmó que era obvio hallar en Mozambique pilotos capaces de conducir la escuadra á la India:» marchóse encargado para el jeque, de algunas conservas de Madera, de una capa de grana como las usaban los Moros de Granada, y de varios renglones de poca entidad de fábrica europea.

Al dia siguiente, á instancias del jeque, Vasco de Gama entró en el puerto de Mozambique, precedido por la pequeña embarcacion de Coelho. En este punto fué donde el capitán portugués empezó á esperi-

mentar la alevosía de los Moros; pero tambien Mozambique adquirió por la vez primera datos positivos sobre aquellas rejiones de la India que buscaba. Era á la sazón Mozambique un pequeño establecimiento, una especie de escala entre el comercio de Lisboa y Sofala. Una pequeña mezquita, una casa cubierta de tejadas para el jeque, y algunas chozas con techo de cañas, tal era entónces aquella ciudad que tomó despues tanto incremento. Allí permaneció Vasco de Gama por espacio de diez dias, entablando sin sospecha alguna relaciones con el jeque. Allí descubrió á unos Cristianos de comunión diferente de la suya; y todavía retumbó á sus oídos el nombre maravilloso de aquel Preste Juan, tan buscado desde tantos años. Tres Abisinios, llevados por el comercio á aquellos paises, cayeron de rodillas delante de la imájen del ángel Gabriel, pintada en la bandera de Gama.

Los Musulmanes de Mozambique habian penetrado de una ojeada todo el alcance de aquella espedicion; el atajarla en su oríjen venia á ser para ellos un deber religioso y una necesidad impuesta por sus propios intereses, y á falta de fuerza, habia que echar mano de la astucia. El jeque prometió á Vasco enviarle dos pilotos; estos quisieron que se les pagase por adelantado, pero sus reticencias fueron quizás lo que salvó á Gama; pues empezó á desconfiar, y exigió que uno de ellos permaneciese á bordo cuando el otro fuese á tierra. Al dia siguiente probó una triste experiencia que no era por demás aquella precaucion; pues una embarcacion que habia enviado para hacer aguada y comprar algunos frutos fué atacada por siete *sambucos*, los que fueron rechazados por los Portugueses; la playa estaba desierta.

Temeroso Vasco de Gama de alguna nueva traicion, fué á refugiarse en la isla de San Jorje. Desde allí siguió su derrota hácia las Indias, guardando á bordo al piloto que habia tenido la prevision de retener; pero, ya fuese que se hubiese desorienta-

do, ó ya fuese que tuviese un intento hostil el moro le condujo sobre la costa hácia aquellos laberintos de verdor que suelen formar los mangles en las rejiones tropicales. Allí envió Vasco de Gama dos lanchas para explorar el país, defendido por una muchedumbre de negros. El piloto huyó á nado con un muchacho negro que le siguió. Vasco de Gama reclamó en balde los prófugos de una aldea vecina; trabóse una escaramuza entre Portugueses y naturales, de la que no salieron estos bien librados; y temeroso el jefe de las resultas de mas hostilidades, envió un piloto á Vasco de Gama, quien fué á guarecerse otra vez en el islote de San Jorge, y habiendo permanecido allí tres dias, partió de la costa el 1.º de abril de 1498, entrando el 3 del mismo mes, el domingo de Ramos, en el puerto de Mombaza.

El piloto, fiel á su sistema, afirmó al jefe de la expedicion que aquella ciudad estaba poblada en parte por Cristianos abisinios, y en parte por habitantes de la India. La ciudad, situada en el centro de un estrecho, sobre una isla, no podia verse sino despues de haber penetrado en el puerto; pero en llegando á la entrada de la rada, era tal el modo de construccion de los edificios y hasta de las meras habitaciones, que diria uno que entraba en algun puerto de la Península. Enterado por los acontecimientos precedentes, Vasco de Gama fué prudente; contentóse con ver aquella ciudad africana cuyo solo aspecto embelesaba á todas las tripulaciones, y que les recordaba los puertos de Europa; y quiso penetrar en él. Presentaronse luego dos embarcaciones que conducian á ciertos personajes de jerarquía; quienes subieron á bordo de la capitana, é invitaron á Vasco de Gama, con toda la cortesia oriental, á entrar en el puerto. Dijeron que tal era la costumbre y que los estranjeros no podian menos de conformarse con ella. Vasco de Gama comprendió que no habia alternativa, y prometió entrar en el puerto al dia siguiente. Pero al dia siguiente, la fiesta de la Pas-

cua sirvió de pretexto para aplazar aquella entrada; y Gama se contentó con enviar á dos oficiales, que debian llevar presentes al jefe árabe y sondear las disposiciones del pueblo. Es probable que estas minuciosas precauciones fueron las que salvaron la expedicion; y ciertas expresiones del historiador de las Indias nos demuestran que Gama sabia neutralizar la astucia con la astucia, y que esta vez no careció de circunspeccion.

Al tercer dia, en el momento en que millares de embarcaciones le conducian una multitud de Arabes vestidos de gala y prontos para servirle de escolta, se presantó sobre el puente y tuvo la precaucion de no admitir en cada buque mas que á diez ó doce individuos. Con todo esto hallábanse los Portugueses sin sospecharlo en el mayor peligro, cuando afortunadamente habiendo varado la capitana, en un bajío, Gama mandó al punto echar el ancla; pero, como segun la costumbre de los marinos, no puede ejecutarse esta orden, sin que por uno y otro lado se abalanze la tripulacion precipitadamente á la maniobra, tan pronto como los Moros que se hallaban en los buques portugueses hubieron visto aquel movimieto, creidos de que era descubierta la traicion que meditaban, se arrojaron á sus barcas en el mayor desorden y confusion. Cuando Vasco de Gama y los otros capitanes hubieron presenciado aquella novedad inesperada, Dios les abrió los ojos para comprender su causa real; y así sin mas espera acordaron alejarse al punto, y seguir la costa que sabian estar muy poblada, y con la esperanza de tropezar con algun buque musulman que pudiera facilitarles algun piloto. Por lo que hace á los Moros, habiendo entendido lo que iba á efectuarse, se acercaron de noche, con remos sordos, con el intento de cortar las amarras de los buques, pero su maldad quedó burlada porque los habian oido. Habiéndose marchado de aquel sitio peligroso, Vasco de Gama tropezó con dos sambucos que hacian rumbo para la

ciudad. Los Portugueses apresaron una de aquellas embarcaciones, con trece Moros solamente, pues los otros se arrojaron al mar; y de ellos supieron como mas adelante se hallaba una ciudad llamada Melinde donde reinaba un rey humano, por cuyo medio podrian conseguir un piloto que los condujese á las Indias.

Vasco de Gama, siguiendo su derrota, sin soltar la presa que acababa de hacer, entró, el 15 de abril de 1498, en el puerto hospedador que los Moros le habian indicado.

Acababa ya de consumarse un hecho grandioso, no solo para el Portugal, sino tambien para la cristianidad entera, como se decia entonces. Una vez llegados á Melinde, todas las dificultades de esta prodijiosa expedicion se allanan como por encanto. Verdad es que el rey de estos paises es musulman, pero tiene el pecho de cristiano, dicen los poetas y cronistas. Todo denota además, en su conducta, una sabiduría de miras, una rectitud de intenciones nada comun. Invita á Gama á que vaya á verle en su palacio, y sabedor de que una órden de su soberano le impide pasar á tierra antes de haber llegado á los dominios del rey de Calicut, no titubea en fiarse de unos estranjeros cuyo denuedo le ha enamorado. Entonces ostenta la pompa oriental por la vez primera su magnificencia á los ojos de los Europeos, y deja adivinar á los Portugueses riquezas de que dieron idea escasa las relaciones de Marco Polo y de Pero de Covilham.

Una palabra del autor de las Décadas nos da á entender tambien la superioridad que la artillería dará sobre estos pueblos á los Portugueses, cuando se presentarán á fuer de dueños, y no como huéspedes pacíficos. Habiendo Vasco de Gama mandado hacer una salva para obsequiar al rey de Melinde, el espanto que causó aquel estruendo nuevo para ellos desordenó á aquel jentío, que se echó al suelo.

Vasco de Gama mandó cesar la salva, y se adelantó hácia el sambuco, donde se hallaba el rey de Melinde. Y á las primeras palabras de bien-

venida se estableció entre ellos una confianza completa. Prendado el rey de aquella acogida franca y amistosa, quiso visitar todos los buques, y se mostró muy agradecido al don que le hizo Gama de los trece prisioneros moros que los Cristianos habian hecho en el mar. Nada interrumpió mas adelante esta buena armonía, y delante de Melinde fué donde Vasco de Gama recibió á aquel piloto leal, á quien con justicia debemos atribuir en parte el feliz éxito de la expedicion. Malemo de Canaca, que así se llamaba aquel piloto, Moro de Guzarate, se dedicó sinceramente al servicio de los Portugueses, y jamás se desmintió su fidelidad para con ellos. Vasco de Gama quedó muy satisfecho de los conocimientos geográficos que notó en él, sobre todo, segun cuenta Barros, cuando le hubo mostrado un mapa, en el que estaba figurada toda la costa de las Indias, orientada segun el sistema de los Arabes.

A pesar de la hospitalidad del rey de Melinde, no hizo Vasco de Gama una larga permanencia en la ciudad donde aquel mandaba, pues anhelaba ante todo llegar al término de su viaje y conocer por sí mismo la verdad de las relaciones que le habian hecho. Habiendo llegado á bordo Canaca, el piloto guzarate, dieron la vela el mártes 23 de abril. A pesar de la estacion contraria, circunstancia que mas adelante se consideró como un milagro, efectuóse rápidamente la travesía de Melinde á la costa de Malabar, y no sobrevino ninguna tormenta durante esta navegacion. El domingo 20 de mayo, divisó el piloto las montañas que se encumbran sobre Calicut, y al punto fué á pedir á Vasco de Gama alguna fineza por tan fausta nueva, dice injenuamente el traductor de Castañeda; cometió no obstante un leve yerro, y en la tarde de aquel mismo dia, creyendo fondear delante de Calicut, surgió en Caporate, á legua y media de aquella ciudad. Al punto acudieron en torno de los buques una multitud de almadías, que dieron á conocer al piloto el error en que estaba. Remolcados por aquellas barcas,

la Capitana y demás buques pasaron inmediatamente á fondear delante de Calicut.

Vasco de Gama, siempre cuerdo para separarse de las medidas que su situacion le aconsejaba, se mantuvo fuera del puerto; pero envió inmediatamente á tierra á uno de aquellos presidarios que acompañaban entónces todas las expediciones portuguesas. Aquellos hombres nada tenían que perder en aquellos lances arriesgados, y con un solo acto de valor podian rehabilitarse ante las leyes. Este se embarcó en una de aquellas almadías que rodeaban la escuadrilla, y despues de haber desembarcado, se encaminó desembarazadamente á la ciudad. « Los Calicutenses, dice Castañeda, estaban atónitos, y tanto mas por cuanto su traje era muy diferente del que llevan los Moros que llegan del estrecho; en términos que iba tras él un grandísimo jentío; y algunos que sabian la lengua arábica le hablaban, pero él no contestaba porque no la entendia; y esto acrecentaba su asombro. Y por esta opinion en que estaban de que debía de ser moro, lo llevaron al domicilio de dos Moros, naturales de Túnez, en Berbería; el uno de ellos, llamado Bontaibo, sabia hablar el castellano, y conocia perfectamente á los Portugueses. Cuando el presidario entró en la casa, conociendo Bontaibo que era portugués, le dijo: « El diablo te lleve; ¿quién te ha conducido aquí? » Y preguntóle en seguida como habia llegado. El Portugués se lo contó todo, y los buques que mandaba el capitan jeneral. Pasmado Bontaibo de que como habian podido llegar por mar, le preguntó que es lo que iban á buscar tan lejos. A lo que contestó el Portugués diciendo que iban á buscar especias y Cristianos. Entónces le dió el Moro de comer y unos panecillos de harina de trigo, que los Malabares llaman *Apas*, y miel. Despues que hubo comido, Bontaibo le dijo que volviese á la escuadra, y que iria con él para ver al capitan jeneral, como así lo verificó; y habiendo llegado á la nave del capitan

dijo al entrar estas palabras en lengua castellana: « Felicidades, felicidades, muchos rubíes, muchas esmeraldas; muchas gracias habeis de dar á Dios que os ha conducido á un pais donde hay toda la especiería, toda la pedrería y toda la riqueza del mundo. » Y cuando nuestras jentes le oyeron hablar de esta suerte, quedaron pasmados, por cuanto nunca hubieran creído que tan lejos de Portugal hubiese un hombre que supiese, su lengua, y dieron gracias á Dios llorando del mucho gozo que sentian. »

Vasco de Gama abrazó á Bontaibo, preguntóle desde luego si era cristiano, se informó del camino que habia seguido para llegar á aquellos paises remotos, y supo por él que habia llegado á Calicut por el camino del Cairo.

Por el Moro tunecino supieron los Portugueses que en aquel momento, el soberano de aquellos paises, el Samori, estaba ausente de su capital. Con todo esto el capitan jeneral acordó enviarle un mensaje para anunciarle la llegada de la escuadrilla y la mision especial de que por parte del rey de Portugal iba encargado. Partieron pues dos Europeos, con Fernando Martin, el intérprete de la expedicion; el rey de Calicut recibió á los extranjeros, les hizo unos regalos de poco valor, y al paso que previno á Vasco de Gama que iba á trasladarse al lugar de su residencia acostumbrada, le envió un piloto que debía hacer fondear sus buques en el puerto de Pandarana, á cortísima distancia de Calicut. El capitan jeneral tuvo la prudencia de no admitir aquella oferta y de mantenerse siempre pronto para ir á franquía. Apenas habia anclado cuando se presentó á bordo un mensajero del Samori para prevenir á los extranjeros que su soberano estaba pronto para recibir al embajador del rey de Portugal. Gama fijó su desembarco para el día siguiente.

Llegado el 28 de mayo de 1598, Gama se preparó para hacer su solemne entrada y sellar, con su avisamiento con el rajá de Calicut, la

expedición marítima mas memorable que hasta entónces se hubiese efectuado.

El mando de la escuadra, en ausencia de su comandante, recayó en Pablo, hermano de este; se acordó que irían con el capitán jeneral doce personas.

LOS PORTUGUESES DESEMBARCAN EN CALICUT. — DEVOCION DE LOS EUROPEOS EN UN TEMPLO HINDO.

Ahora es cuando principia la narración puramente pintoresca del desembarco de los Portugueses, con la serie de incidentes inesperados que dan un carácter esencialmente original á este primer contacto de los Europeos con los pueblos del Indostan. Ya al rayar el día, las embarcaciones de la escuadrilla, empavesadas y guarnecidas de artillería, estaban prontas para recibir al capitán jeneral y á su comitiva. Los Portugueses, vestidos de seda, pero bien armados, bajaron á las lanchas, y con ellas llegaron luego á tierra. Apenas habían puesto el pié en ella cuando salió á recibirlos un personaje que luego hizo un papel importante en esta historia. Presentóse con efecto el Catual, ministro del Samorí, á la cabeza de doscientos *nairos*, caballeros de aquel país, dice injenuamente Castañeda, y que formaban su milicia. Trajeron luego un palanquin llevado por seis hombres, y en él subió Vasco de Gama como jefe de la embajada. Los Portugueses emprendieron la marcha hácia la ciudad de Calicut, seguidos de un jentío inmenso.

Pero la ciudad estaba distante; era la época del invierno, las lluvias á manera de diluvios de los trópicos podían sobrevenir de un momento á otro; así que se dieron prisa. Habíase preparado en Capocate un banquete para Gama; pero este no quiso probar ningún bocado, y despues que los suyos hubieron comido un poco y descansado un rato, emprendió otra vez la marcha. Cerca de Capocate, tuvo que pasar un río rápido en una almadía de las que en el país llaman *jangadas*. Los Indios iban acudiendo de todas partes para ver-

le. Despues de haber navegado por el río el espacio de una legua, desembarcaron en la otra orilla. Vasco de Gama cambió allí de palanquin; los suyos seguían formándole escolta, y el jentío iba mas y mas en aumento. Por fin llegaron delante de una pagoda; los Portugueses entraron en ella y fueron bien recibidos. El capitán jeneral y los suyos creyeron por su aspecto que era una iglesia cristiana; allí vieron imágenes pintadas en las paredes, algunas de las cuales tenían unos colmillos tan largos que les salían de la boca mas de una pulgada; y las otras tenían cuatro brazos y eran tan feas que parecían demonios; lo que infundió algunos recelos á los Portugueses de que no era aquel templo una iglesia de cristianos. No obstante el capitán se echó de rodillas y los suyos hicieron otro tanto para orar. Juan de Saa, que temia que no era aquello una iglesia de cristianos, en vista de la fealdad de las imágenes pintadas en la pared, al echarse de rodillas dijo: «Si no es un diablo, no entiendo adorar mas que á Dios verdadero.» El capitán jeneral, que le oyó, se echó á reir.

Por fin salieron los Portugueses del templo; y atravesando siempre un jentío inmenso, llegaron á las puertas de Calicut; allí entraron en otro templo; pero ya fuese que se les hiciese tarde, ó ya hubiesen concebido las prudentes dudas de Joao de Saa, salieron de él luego para encaminarse al palacio del rey. El jentío se agolpaba en términos que tuvieron que guarecerse en una casa. Allí fué á buscarlos un Catual mas noble que el precedente segun se expresa Barros, con dos mil hombres armados, el cual lo llevó al palacio del Samorí. Retumbaban las trompetas y los tam-tam; y era tan suma la curiosidad que su presencia inspiraba á aquella muchedumbre, que fué forzoso abrirles paso á sablazos; y tanto que, segun los historiadores contemporáneos, hubo muchas personas heridas.

Por último penetraron en el vasto salón donde el monarca hindo estaba aguardando á los extranjeros. Es-

taba sentado sobre un estrado, cubierto de ricas telas; tenia á su lado un gran vaso de oro y un palaciego sacaba de él las hojas aromáticas del betel, que de cuando en cuando le presentaba; otro vaso del mismo metal recibia las hojas cuyo aroma habia exprimido. Vasco de Gama se adelantó hácia el príncipe con noble continente; le saludó, y el Samorí le hizo señas con la mano para que se adelantase. Los otros Portugueses se habian sentado á invitacion del rey, y les ofrecieron ciertas frutas del pais, que aceptaron con afán tras el cansancio y la fatiga de aquella marcha. El Samorí se estaba riendo, dice Castañeda, de la actitud de aquellos extranjeros. Habiendo rogado el Samorí á Vasco de Gama que explicase el objeto de su viaje delante de aquella muchedumbre, se negó á hacerlo, pidiendo una audiencia particular, y añadiendo que tal era la costumbre de los reyes de su pais. Entónces el monarca hindo pasó con él á un aposento separado; y gracias á los intérpretes, pudo Vasco de Gama enterar al rajá de los esfuerzos que á su nacion habia costado el descubrimiento de las Indias; ponderó el poderío de Don Manuel, el deseo que tenia de ajustar con él un tratado, y terminó entregándole las cartas que su soberano le habia encargado, y que, segun toda apariencia, iban dirigidas al Preste Juan. El soberano de Calicut aceptó, segun dicen las crónicas, la alianza que le proponian; pero bueno es observar, segun lo probará la secuela de esta historia, que los Portugueses cometieron un yerro irreparable presentándose ante un monarca del Oriente, sin llevar consigo regalos cuya magnificencia pudiera servir para probar un poder desconocido todavía y que los Musulmanes habian de desmentir.

Tras esta audiencia, Vasco de Gama se juntó con los suyos y se retiró. Ya habia cerrado la noche, y desde el principio pudo notarse la poca benevolencia, y estoy por decir el menosprecio que inspiraban aquellos extranjeros. La residencia que se les habia destinado estaba situada

al extremo de la ciudad. Estaba diluviando; pero seguiales con todo esto un jentío inmenso. Llegado á su alojamiento, halló en él á algunos de los suyos, llegados poco antes, y que habian desembarcado los escasos presentes, que destinaban para el rajá.

Estos presentes debian someterse al exámen del intendente y del Catual antes de ofrecerlos. Castañeda confiesa, con su sinceridad acostumbrada, que eran muy pobres, y que provocaron la risa de aquellos dos personajes, acostumbrados á los magníficos regalos de los Moros. Vasco de Gama, malcontento, soltó algunas palabras desentonadas, y declaró que si tales presentes no podian satisfacer al Samorí, se volvía á sus bajeles. Entónces se marchó el Catual y no volvió. Pasó un día y una noche sin que volviere á presentarse. Ya empezaban á dar sus frutos las palabras alevosas de los Moros. Con efecto, estaban los Arabes muy interesados en no dejar preponderar á aquellos advenedizos en la costa de Malabar, para no echar mano de cuantos medios les sugeria su política astuta, y desde el día en que los Portugueses hubieron puesto el pié en las playas de Calicut, opúsose á sus esfuerzos un sistema de intrigas y alevosías que pronto iban á parar en ataques desembozados.

LA CIUDAD DE CALICUT. — EL SAMORÍ.

Calicutes en el día una pequeña ciudad de la costa de Malabar, con unos veinte mil habitantes (1); pero antes de las guerras de Haider Ali y de Tipu Sahib, tenia mayor importancia; y á fines del siglo decimoquinto, era el depósito de todo el comercio que entónces se hacia entre la India y las rejiones orientales vecinas de Europa.

Con todo tendríamos, de esta ciudad una idea muy equivocada, si nos la representásemos como una de aquellas ciudades orientales, cuya descripcion nos han dejado Marco Polo y Mandeville. Construida por los Hindos en época no remota, ofre-

(1) Está por los 11° 4' de latitud septentrional.

cia algunas pagodas bastante vastas, y el palacio del Samorí era un edificio de alguna importancia; pero las calles se componían solamente de casas de madera cubiertas de hoja de palmera, y en cierta época del año su puerto, que presentaba una gran selva de mástiles, abrigaba solamente algunas embarcaciones menores.

La población activa y numerosa de esta ciudad de Malabar estaba sujeta al régimen de las costas; y los únicos extranjeros que á la sazón tenían en ella algun influjo eran los Arabes, cuyos zelos hemos ya advertido, y á quienes pertenecía todo el comercio del mar Rojo; sin duda hay que agregarse á ellos algunos musulmanes de las rejiones occidentales de Africa; pero á los ojos de los Portugueses todos estos traficantes debían confundirse bajo la jeneral denominacion de *Moros*, impuesta á la sazón en la Península hispana á todos los mahometanos, prescindiendo de las rejiones de donde eran oriundos.

Algunos de aquellos inocentes sectarios conocidos por el nombre de cristianos de Santo Tomás y de quienes hablaremos mas adelante, aparecian de vez en cuando entre los Hindos y los traficantes extranjeros; mas no parece que tuviesen bastante influjo, ó que sus costumbres fuesen bastante jeneralmente adoptadas, para justificar en lo mas mínimo la idea que movió á los Portugueses á creer que habian desembarcado en medio de pueblos cristianos, que solo deferian de los Europeos por algunas demostraciones exteriores, ó cuando mas por leves modificaciones en las creencias fundamentales. Aquellos hombres, tan opuestos á los cristianos por las inflexibles leyes de la casta, se juntaron luego con los musulmanes en su odio de instinto contra los Portugueses. La asociacion militar de los *Nairos* que gozó al parecer de sumo poderío durante el siglo diez y seis, abrigó mas que las otras clases aquella repugnancia para los advenedizos; y el rajá de Calicut se vió luego en la precision ó de escluirlos con un reci-

miento desabrido, ó de quitarles la esperanza de comerciar con ventaja imponiendo á sus bajeles y mercancías derechos onerosos.

MANSION EN CALICUT.—DESAVENENCIA ENTRE LOS PORTUGUESES Y LA AUTORIDAD.

Los escritores antiguos no nos han dejado desgraciadamente en punto al soberano de Calicut noticias bien circunstanciadas ni positivas. Pretende uno de ellos que se llamaba *Glafer*; pero arduo se hace reconocer en esta denominacion un apellido hindo. Hasta en el título que nos han conservado los historiadores pueden omitirse sus dudas, segun la opinion mas plausible habria que ver en el título de *Zamorin*, ó de *Samorí*, segun lo escribe Barros, una contraccion de las dos voces *Samudri Rajá*. Es probable que este príncipe perteneciese á la casta de los Gramines, puesto que segun algunas versiones admitidas, le vemos retirarse entre los *Bramachari* ó los bramines penitentes de su imperio, despues que estuvo desahuciado de espulsar á los Europeos. Pero de todos modos, el reino de Kanara, donde mandaba, era uno de los territorios mas ricos de aquella costa dilatada que se estiende desde Goa hasta el cabo Comorin (*Djebel Kamaruz*), y cuyo litoral toma entre los Hindos el nombre de *Maliwar*, que hemos convertido los Europeos en el de Malabar.

El Kanara tiene tan solo setenta leguas de largo; pero estaba muy poblado, y habia en él ciudades tales como Mangalore, Cananore, Calicut, donde la mejor pimienta de la costa formaba un ramo inmenso de esportacion. Estas ciudades debían necesariamente hacer afluir riquezas considerables al interior del país. El Bidjapur, cuya capital era Goa, el reino de Travancore, donde descollaba la ciudad de Cochin, que va á representar luego un papel tan importante en la historia de las Indias portuguesas, estaban nuevamente en relaciones con el imperio donde habian aportado los Portugueses; pero formaban estados del

todo independientes, así como el Misore, el reino de Travancore, el Carnatic, la *Costa de la pesquería*, el país de Madura, el Marawan, tan célebre en la mitología de los Hindos, y en fin el Tanjaur, que siempre evitó el yugo de los musulmanes.

No podemos recordar aquí circunstanciadamente las molestias á que se vió espuesto Vasco de Gama desde el día en que salió de la audiencia del Samorí. Precisado á permanecer en el pueblo de Pandarana, á alguna distancia de la ciudad, careció luego de los renglones que se conceden á la hospitalidad mas vulgar, y hasta llegó á padecer hambre. Al leer la narracion, que está rebotando sinceridad, que nos ha dejado Fernando Lopez de Castañeda, resulta evidente que sin el terror que inspiraba la artillería de las naves portuguesas, jamás hubieran regresado á Europa los cristianos; gracias á la lealtad de que nunca se apartó, el buen Bontaibo logró enterar á Vasco de Gama de aquellas malévolas disposiciones. Exijia el Catual que los buques fondeasen delante de tierra y que se entregasen los timones á la autoridad; Vasco de Gama se negó con teson á someterse á aquellas pretensiones insolentes. Ya se hubiese transmitido por el rajá una nueva disposicion, ó ya atemorizase al ministro la fiera independencia del jefe de la expedicion, los Portugueses pudieron regresar á bordo de sus bajeles. Acordóse solamente que los Portugueses desembarcarían sus mercancías en Pandarana, y que Diego Dias y Alvaro de Braga se quedarían en tierra para cuidar de los intereses de la factoría naciente. Con efecto, desde aquel punto se realizaron algunas transacciones comerciales, y el Samorí mandó llevar hasta Calicut algunas de las mercancías en cambio de las cuales querían los Portugueses obtener las preciosas especierías que solo los Venecianos trasmitían entonces á las plazas de comercio de Europa.

Sin embargo acababan de entrar en el mes de agosto; época del monzon; y el piloto Canaca insistia en que no dejasen pasar la estacion en

que la navegacion se presentaba mas espedita. Vasco de Gama significó sus intentos definitivos al soberano de Calicut, quien reclamó entonces una suma exorbitante de seiscientos jarafines por el derecho de anclaje en el puerto de Pandarana. Vasco de Gama no quiso someterse á esta nueva exigencia; y quizás de resultita de esta discusion, enconada ciertamente por la astucia de los Arabes, Diego Dias y Alvaro de Braga se vieron realmente presos. Con efecto ya comenzaban á rodear la factoría una multitud de nairos para oponerse á que los dos cristianos pudiesen pasar á los buques portugueses. Por dicha pudo escaparse un negro que los servia, y que habiéndose apoderado de una barca, pasó á ver á Gama. Quizás á este pobre esclavo debieron los dos Portugueses la vida, y gracias á él pudo Vasco de Gama sustraerse á los lazos que le estaban amenazando. Prevenido á tiempo por aquel servidor fiel, Gama aparentó ignorar lo que en tierra estaba pasando, permitió que se entablasen algunas relaciones con diversos Hindos á quienes el cebo de la ganancia habia conducido á bordo, y por fin supo disponerlo todo de modo que doce personajes de alta casta cayeron en poder de los cristianos, y fueron detenidos á bordo del *Gabriel*. Entonces escribió Vasco de Gama al rajá una carta amenazadora, diciéndole que los doce rehenes le respondian de la vida de los prisioneros. Este acto enérgico tuvo las resultas que de él se esperaban. El soberano de Calicut, achacando al Catual lo ocurrido, dió libertad á los dos Portugueses, y estos fueron además portadores de una carta oficial dirigida por el Samorí al rey de Portugal. Diego Dias y Alvaro de Braga volvieron á bordo; pero fuerza es decir que una conducta desleal contestó á estas pacíficas disposiciones; solos seis de los rehenes fueron enviados á tierra por Vasco de Gama, y con menosprecio de las leyes mas santas, se dió la orden de zarpar, cuando los desventurados que se llevaban dirigian todavía hácia tierra sus brazos suplicantes. ¡Estraña lec-

cion se daba á aquellos pueblos! triste memoria dejaba aquella expedicion! Ya bogaban los buques hacia Europa cuando por la madrugada se vieron todavía siete ligeras almadías que se esforzaban por alcanzar á los Portugueses: enseñando las mercancías de la factoria que les llevaban. Algunos cañonazos dispararon aquellas frágiles embarcaciones; Vasco de Gama anunciaba á las Indias el principio de la conquista.

El 29 de agosto de 1498, salió Vasco de Gama definitivamente de la costa; fué á hacer aguada en las islas Angedivas; por poco fué víctima allí de una alevosía, pero su prudencia habitual le sacó del paso, y mareó en seguida hacia la costa de Melinde. Esta última parte de la navegacion fué señalada por una desgracia: la nave *el Rafael*, donde iba Vasco de Gama, se perdió en los bajíos donde á la ida estuvo á pique de perderse la escuadrilla. Dice Barreto de Resende que esta pérdida no causó gran pesadumbre á Vasco de Gama á causa de la flaqueza de las tripulaciones; repartió con efecto los hombres del *Rafael* entre los otros dos buques. Despues de haber llegado á Mozambique, fué á doblar el Cabo de Buena Esperanza.

Desde este punto prosiguió su viaje sin experimentar ningun incidente reparable hasta que llegó á las aguas de Cabo Verde. El 20 de marzo de 1499, le acometió una tormenta horrorosa, y perdió de vista los dos buques que navegaban con él de conserva. La gran noticia que llevaba Vasco de Gama no debia ser anunciada á D. Manuel por él que habia sido el alma de la expedicion y cuya prudencia la habia salvado. Nicolás Coelbo, á quien vemos figurar despues en la historia del Brasil, creyendo que el capitán jeneral iba por delante, continuó su derrota en demanda de Lisboa, y traspuso la barra el 29 de julio.

Mientras que la capital de Portugal solemnizaba con regocijos el feliz éxito inesperado de aquel viaje arrojado, se hallaba detenido Gama por tristísimos deberes. El leal compañero de sus afanes, el hermano

tan tiernamente querido, que le asistia con sus consejos, iba á morir de consuncion en una de las Azores. Previendo esta muerte cercana, Vasco de Gama entregó el mando de la capitana á Joao de Saa; y pasó él de San Miguel á Tercera, donde tributó los postreros deberes al hermano desventurado que tan entrañablemente y con tanto desapropio le habia querido. « Esta muerte fué dolorosísima para Vasco, » dice un escritor contemporáneo; partió en seguida de Tercera, y llegó casi furtivamente á Lisboa, en una pequeña caravela, mientras que Joao de Saa dirijia su barco, el 29 de agosto de 1499, despues de una ausencia de tres años.

Algun tiempo despues, D. Manuel le saludó con el título de almirante de los mares de la India y le creó conde da Vidigueira; y le concedió además, lo que era á la sazón un honor insigne, la facultad de hacerse llamar D. Vasco; aquellas primeras floczas habian de ir seguidas de una larga desgracia.

SEGUNDA ESPEDICION A LAS INDIAS ORIENTALES.

« En el año 1500, dice Resende, el serenísimo señor rey de Portugal, D. Manuel, envió á las rejiones de la India una escuadra de doce velas, á las órdenes de Pedro Alvarez Cabral, caballero de su palacio, que fué nombrado capitán jeneral... Diez de estos buques tenían la orden de pasar á Calicut, los otros dos debian ir á Sofala para entablar allí relaciones de comercio. »

Así principia, en un cronista bien conocido, la relacion de la expedicion memorable que siguió á la de Gama. No es nuestro ánimo seguir esta vez paso á paso á los osados marinos; ya estaba trazado el camino, y nos falta lugar para bosquejar ni aun brevemente los incidentes inesperados que daban un carácter tan pintoresco á aquellas primeras expediciones. Sin embargo ocurrió en esta un acontecimiento muy memorable para que lo pasemos en silencio. El 25 de marzo, habian ya doblado el Cabo Verde, cuando des-

pues de algunos dias de navegacion sobrevino una tempestad que apartó á la escuadra de su derrota; el 24 de abril avistó tierra. Dos dias despues, Pedro Alvarez Cabral estaba oyendo misa en las floridas riberas de una tierra desconocida, en medio de coros formados de tribus salvajes que se inclinaban ante la cruz; estaba descubierta la tierra de *Santa Cruz*, el inmenso imperio del Brasil pertenecia á Portugal, y para entregar á la Europa esta pacífica conquista habia bastado un solo dia; la Providencia, segun dice la Sagrada Escritura, se habia contentado con llamar á los vientos.

Estraño contraste sin duda, si se compara esta pacífica recalada con la sangre y los esfuerzos que habia de costar la conquista de la India. El 2 de mayo, Pedro Alvarez Cabral dió nuevamente la vela en demanda del Cabo de Buena Esperanza, y despues de haber resistido á una tormenta horrorosa que dispersó su escuadra, llegó á Calicut el 13 de setiembre de 1500, despues de haber recalado en Mozambique, en Meliude y en la isllita de Anchediva. Los incidentes de la navegacion y la violencia de la tormenta habian sido tales, que Pedro Alvarez Cabral no llevaba consigo mas que seis buques cuando fondeó á una legua de la ciudad indiana.

Ya estuviere mejor informado esta vez de la fuerza real de los Portugueses, ya creyese deber disimular para preparar mejor su defensa, el Samorí recibió al parecer amistosamente á los extranjeros. Despues de haber allanado algunas dificultades, se dieron rehenes por una y otra parte, y el rajá recibió al nuevo embajador. El soberano hindo se habia rodeado esta vez de una pompa que no habia manifestado cuando recibió á Vasco de Gama. Ya mas enterado del ceremonial que habia de mediar en adelante entre la nacion portuguesa y los pueblos del Oriente, Cabral llevaba presentes que por su magnificencia igualaban si es que no pujaban al fausto que desplegaban los Moros cuando renovaban sus embajadas. Sin embargo, á pesar de

aquellas demostraciones amistosas, vióse desde su orijen cuan poco habia que contar con convenios que necesitaban la intervencion de los musulmanes; ajustóse por fin un tratado por la mediacion de Ayres Correa, el cual se grabó segun dice una relacion contemporánea, sobre una plancha de bronce. Pero luego vieron que hay algo mas duradero que los convenios grabados en el bronce, y que los odios de raza y de religion, escritos en el fondo de los corazones, viven mas todavía que semejantes tratados. Despues que el Samorí se hubo servido de una caravela portuguesa para apresar á un gran buque enemigo, que, entre otras cosas, trasportaba elefantes de guerra, despues que por sí mismo hubo visto el poder prodijoso que podia dar la artillería europea, temporizó durante algunos dias, obediendo á la política habitual de los Hindos. Pero un acontecimiento inesperado le probó luego que no le cabia conservar por mucho tiempo su neutralidad aparente entre los cristianos y los mahometanos. Habiéndose apoderado Pedro Alvarez Cabral de un buque cargado de especias que pertenecia á los Moros, esta accion violenta, que no han acertado á explicar los historiadores contemporáneos, escitó la indignacion de los comerciantes árabes, tolerados desde mucho tiempo en Calicut. Reuniéronse luego, y andaban recorriendo la ciudad dando voces contra los cristianos. El Samorí no hizo ninguna demostracion á favor de los recién llegados, los Moros embistieron de improviso á los Portugueses, que ignoraban cuanto habia pasado. Trabóse el primer encuentro en la playa; los Arabes mataron á tres hombres y perdieron á ocho de los suyos. Despues de haber resistido por largo tiempo á aquella muchedumbre armada que se abalanzaba contra ellos, sesenta Portugueses que se habian reunido se vieron precisados á buscar un refugio en los buques de la factoría donde mandaba Ayres Correa. Entonces empezaron los Moros el ataque de aquella habitacion, donde no habian podi-

do reunir los Portugueses fuerzas imponentes. Los acometedores eran unos tres mil, y poco trabajo les hubo de costar el derribar las paredes de una casa que no estaba destinada para sostener un sitio. Ayres Correa pidió socorro á la escuadra, y continuó una jenerosa resistencia; pero hecho cargo de que no le cabia resistir por mas tiempo á aquella muchedumbre enfurecida, resolvió dirigirse á mano armada á la playa donde estaba cierto de ser recojido por las embarcaciones portuguesas, que hasta entonces habian hecho un fuego infructuoso. En esta salida, emprendida con una resolucion digna de mejor suerte, Correa perdió la vida con mas de cincuenta Portugueses; no salvándose mas que unos veinte hombres que pudieron llegar á bordo de la escuadra (1). Pedro Alvarez Cabral consideró entonces el tratado reciente que acababa de ajustar con el Samorí como roto; apoderóse inmediatamente de diez buques propios de los comerciantes árabes y que en aquel momento estaban surtos en el puerto; y mandó degollar inhumanamente á sus tripulaciones. Tan suma violencia asustaba á la poblacion hinda, y tras esta hazaña se vieron los Europeos amenazados por el hambre; pero por fortuna hallaron los Portugueses á bordo de los bajeles árabes tres elefantes que sin duda iban á transportar á algun punto de la costa, y estos enormes animales sirvieron de alimento á los Europeos. Tras este rompimiento terminante, Pedro Alvarez Cabral partió de Calicut, y fué á pedir asilo al rajá de Cochín; y por el camino apresó dos pequeñas embarcaciones que se dirigian al puerto de donde él acababa de salir. La ciudad de Cochín está, como es sabido, á treinta leguas portuguesas de Calicut; el rajá que allí mandaba habia declarado la guerra al Samorí. Recibió pues con amistoso afán á los Portugueses; pero la dificultad estaba en entenderse para establecer las bases

de un tratado; pero en esta ocasion, un Guzarate, que pasaba voluntariamente á Portugal, sirvió de mediador é intérprete entre Cabral y el monarca hindo. Diéronse rehenes reciprocamente, y estipularon ciertos convenios comerciales. Pero habiendo el rey de Calicut enviado á las aguas de Cochín una escuadra de ochenta y cinco velas. Cabral tuvo por conveniente evitar el encuentro para dirigirse hácia el reino de Cananor. Aunque este capitán general era ciertamente un hombre eminente, no cabe paliar aquí su conducta, puesto que partió con los rehenes y abandonando á los Portugueses que se hallaban á la sazón en tierra. En Carangolor, á algunas leguas de Cochín, encontró á una Mora de Sevilla, y dos Cristianos de Santo Tomás le pidieron pasaje para ir á Roma. De este modo iban siempre en aumento los conocimientos positivos que se adquirian sobre el pais. En Cananor, Pedro Alvarez estableció relaciones de amistad y completó su cargamento por medio de cien *bahares* (1) de canela que le entregaron á su demanda. Un factor portugués, que habia hecho su papel en esta expedicion, llamado Pedro Alvarez, se quedó en Cananor. Dieron entonces la vela, y el 31 de enero, se hallaban ya en medio del golfo de Melinde, donde apresaron un bajel ricamente cargado. Sabedor Pedro Alvarez Cabral de que este buque procedia de Cambaya, le dejó continuar su navegacion despues de haberle tomado únicamente un piloto. Pero á pesar de tan redobladas precauciones, el buque mandado por Sancho de Tovar dió contra un bajo perdiéndose con todo su rico cargamento de especias, habiéndose salvado no obstante su tripulacion. Despues de haber doblado felizmente el Cabo de Buena Esperanza, á donde llegó por Pascua florida, llegó Cabral á Bezeneque no lejos de Cabo Verde, donde encontró una escuadrilla que se dirigia probablemente hácia aquella tierra de Santa Cruz, cuyas maravillas habian sido descritas á D. Manuel por

(1) De este número fué el hijo de Ayres Correa, á quien veremos abultar despues con gloria en las guerras de la India.

(1) Unos 400 quintales.

la carta famosa de Pedro Vaz de Camiña. Cabral recojió varias noticias sobre el buque que se había separado de la escuadra al principio del viaje, y continuó su derrota hacia Portugal, llegando á Lisboa á últimos de julio. De doce buques de que se componia su expedicion, volvía con seis solamente: habíase realizado la imprecacion sublime que Luis de Camoens pone en boca de su anciano.

ESPEDICION DE JOAM DA NOVA.—DESCUBRENSE LA ISLA DE LA CONCEPCION Y LA DE SANTA HELENA.

Antes que hubiese regresado la escuadra mandada por Cabral, había Don Manuel enviado á las Indias orientales otra compuesta de cuatro velas. Esta escuadra partió en marzo de 1501, é hizo varios descubrimientos. Joam da Nova fué el primero que descubrió la isla de Concepcion y que le impuso el nombre por el cual ha sido conocida despues; tambien descubrió el peñasco de Santa Helena. Cual si el infortunio diese á veces el don de la profecia, Antonio de Galvao, al hablar de esta isla, promueve en estas palabras: «*Es tierra de corta estension, pero muy nombrada* (1).»

CORTE REAL Y SUS DESCUBRIMIENTOS.

Si prescindimos de estas exploraciones importantes, la expedicion de Joam da Nova no adelantó mucho los negocios de D. Manuel en las Indias orientales; pero en aquellos tiempos de ardor infatigable, en aquella época en que se mostraron tan diferentes de los Venecianos y Holandeses, los Portugueses pensaban en la gloria antes de acordarse del dinero. Volvian á veces los ojos

hacia unas rejiones donde no habia mas que una sombría naturaleza por explorar y grandísimos riesgos que correr, solo con la esperanza de acrecentar la suma de los conocimientos jeográficos cuya trascendencia columbraban. Cabalmente en el mismo año en que se descubrió el Brasil, Gaspar Corte Real, habiendo pedido licencia á D. Manuel de dirigirse hacia el norte, partió de Tercera con dos buques armados á sus costas, y llegó á la tierra desolada que lleva su nombre, adelantándose hasta los 50° de latitud. Una segunda expedicion hacia aquellas aguas habia de resultarle aciaga, y en vano su hermano Miguel Corte Real fué en su busca con tres buques que armó á sus costas. Sin duda hubo de perecer allí, por cuanto dos de los buques de su escuadrilla se desbarazaron de los hielos y llegaron á Portugal despues de haber hecho vanas pesquisas en busca de la Capitana. La tierra de los Corte Real recuerda á la par un gran valor y un sacrificio grande.

INFLUJO DE LA SEGUNDA Y TERCERA ESPEDECION DE LOS PORTUGUESES A LAS INDIAS.

El viaje de Pedro Alvarez Cabral cambió completamente ciertas ideas hasta entónces admitidas, y que no habian podido modificar las nociones imperfectas recojidas por Vasco de Gama. El monarca cristiano á quien condecoraban con el dictado de Preste Juan y á quien revestian de un poder imaginario, desapareció por fin de las Indias; supose por fin lo que habia en punto á aquellos sectarios de Santo Tomás de que poblaban las ricas rejiones orientales, y hubo que reducir aquel pueblo innumerable á unos veinte mil individuos solamente, tolerados mas bien que independientes detrás de las montañas de Cochin. Ya se empezó á presentir lo inmutable de las instituciones de Brama, y el ayuno riguroso que se impusieron los rehenes que habia á bordo de la escuadra cristiana, descubrió resistencias religiosas con que nadie habia soñado hasta entónces. El regimen de las castas se

(1) «*Sancta Helena, couda pequena, mas muito nomeada.*» Véase á Antonio Galvao, *Tratado dos descobrimentos antigos y modernos*, p. 36. Antonio Galvao no habia querido ser rey, y murió en un hospital despues de haber permanecido con él el largo espacio de diez y siete años. Este hombre eminente comprendia el valor del nuevo descubrimiento como punto de recalada; y esto fué lo que le inspiró á principios del siglo XVI la espression feliz que aquí reproducimos.

presentó á los Europeos en su esencia real, con sus leyes inflexibles, sus principios rigurosos. Comprendióse mejor al mismo tiempo el influjo musulman sobre aquellos pueblos apocados; y cuando el rajá, forzado por las exigencias de los extranjeros á esplicarse de un modo terminante sobre el partido que iba á tomar con sus huéspedes primeros, hubo dicho que no podia espulsar así como quiera á cinco mil familias de su imperio, dió á entender á los Portugueses con una palabra la lucha tremenda que iban á trabar los Moros. Cabral tenia á bordo de su escuadra á varios hombres inteligentes y dotados de tino observador. Aquellos oficiales descubrieron, en medio de las magnificencias indianas, el espíritu particular y profundamente orijinal que animaba á aquella sociedad. Adivinaron de una ojeada la superioridad que iba á darles su artillería sobre aquellos *nairos*, diestros jinetes, que tan solo poseian algunos cañones que manejaban torpemente, y que contestaban á sus descargas de escopetas y trabucos con flechas á nubes. Desde entónces ya no dudaron de la conquista, y no tardaron en hacer pasar su persuasion al ánimo de su soberano.

SEGUNDA ESPEDICION DE VASCO DE GAMA. INCENDIO DE UN BUQUE DEL SOLDAN DE EGIPTO.

A D. Vasco de Gama, revestido del título de almirante de las Indias, le faltaba todavía dar cima á una empresa de no poca entidad, pues tenia que hacer respetar el nombre portugués en las remotas rejiones que habia descubierto. Don Manuel le facilitó luego los medios de hacerlo. Pusiéronse á su disposicion diez y nueve ó veinte caravelas bien armadas, y partió de Lisboa con esta armada, el 10 de febrero de 1502. Parece que en aquella circunstancia estaba el almirante preocupado por el anhelo de hacer pagar bien cara á los Musulmanes la muerte de Correa. Pronto sirvió la casualidad esta sed de venganza que embargaba á los jefes de la armada. Navegaba ya Gama por los mares de la India, cuan-

do encontró un grandísimo bajel que pertenecia al soldan de Egipto, y cargado por cuenta de uno de los principales comerciantes árabes de Calicut. El *Meri* (así se llamaba el bajel árabe) llevaba en su bordo á una multitud de Musulmanes de paises diversos á quienes los Portugueses en medio de su odio contra ellos, confundian bajo la denominacion jeneral y equivocada de Moros; aquellos desgraciados volvian de la peregrinacion de la Meca; y habia entre los pasajeros muchas mujeres y niños. Al contar los buques de que constaba la armada portuguesa, se hicieron cargo de lo infructuoso de toda resistencia; pero contaron que un ajuste pecuniario pudiera salvarlos de la esclavitud. El Árabe que ocupaba el primer puesto entre aquellos pasajeros mandó hacer ofertas inmensas al almirante cristiano; pero todas ellas fueron desechadas; hasta se ofreció él mismo de rehen, pero fué en vano. Vasco de Gama dejó una vistumbre de esperanza por algunos momentos á aquellos desventurados, puesto que recibió el oro de rescate; pero mandó en seguida apartar de la escuadra aquel gran bajel y pegarle fuego. Los desgraciados que en él estaban encerrados apagaron la vez primera el incendio; el almirante renovó su orden inhumana, y comprendieron que era fuerza perecer. Resignáronse al horrible sacrificio, pero las piedras que servian de lastre á su bajel dieron armas por un momento á su desesperacion y enerjía. Un testigo ocular que nos ha dejado esta relacion, y que la escribió con un sentimiento de profunda compasion, cuenta que el interior del bajel ofrecia una representacion visible del infierno. Las mujeres levantaban en brazos á sus hijos enseñándolos á Gama en medio de aquella semi-oscuridad vagamente iluminada por el resplandor de las llamas, y los hombres hacian señas de que era tiempo todavía de librarlos de la muerte. Ocurrió este acontecimiento un lunes 3 de octubre del año 1502, y Tomé Lopez añade que lo tenia grabado en su memoria para toda la vida. « Resistieron hasta

muy entrada la noche, y su ímpetu parecía milagroso.» El digno escritor que nos trasladada esta accion cruel confiesa que por poco triunfó su denuevo, y el buque huyó de la escuadra cristiana. Vasco de Gama le persiguió durante cuatro dias con sus noches; pero un traidor entregó á los suyos, y el combate se renovó con redoblado encarnizamiento; y fué tal que se vió á aquellos desdichados arrancarse las flechas que acababan de herirles y lanzarlas á sus enemigos; solo las llamas pudieron atajar aquel postrer esfuerzo del valor; perecieron casi todos.

Barros, que cuenta tambien este lance horroroso, añade que el almirante salvó á unos veinte niños, que fueron criados en la relijion cristiana, y que sirvieron despues con valor en los buques del estado. Tomé Lopez deja entender que así fué, mas no lo dice espresamente.

Este terrible episodio del segundo viaje de Vasco de Gama da á entender bastante con que ánimo se dirigia el almirante á la costa de Malabar. No pasó directamente á Calicut como la vez primera, sino que fondeó delante de la capital (Cananor) de un reino. Allí tuvo una conferencia con el rajá anciano de aquellos paises. Esta vez queria el almirante borrar con su magnificencia completamente guerrera, la impresion que su primer viaje podia haber dejado. Por su parte el anciano Bramin que reinaba en Cananor deseaba sin duda, á falta de poderío real, asombrar á aquellos extranjeros con un fausto que no habian visto todavía en aquellas rejiones. Verificóse el solemne avistamiento. Pretendia Vasco de Gama ajustar desde luego un tratado inmediato cuyas dificultades habia de allanar á su entender Payo Rodriguez, á quien Joao da Nova habia dejado en aquella ciudad. Las medrosas observaciones del viejo rajá, sus retardos causados por las intrigas de los Musulmanes, no hicieron mas que irritar al almirante. Partió pues dejando delante de Cananor á Vicente Sodre, uno de los comandantes de la escuadra, para esperar las resultas de una carta que

habia escrito al rajá, y que dejaba ver, bajo una moderacion aparente, la suerte reservada á quien quiera que fuese osado á oponer resistencia. Aun no habia llegado Vasco de Gama delante de Calicut cuando ya el apocado rajá se habia sometido.

Mientras la armada portuguesa iba mareando hácia aquella ciudad siguiendo la costa, abordó el buque almirante un sambuco en el que iban algunos nairos: el Samorí enviaba un mensaje al huésped terrible á quien habia ofendido; pretendia ante todo que las represalias ejecutadas en el buque incendiado debian hacer echar en olvido la muerte de Correa, y en seguida se sometia á diversos arreglos que dejaban entrever ciertos deseos de conciliacion. La contestacion fué altanera, dice un testigo de la conferencia, y Gama intimó que no admitiria disposiciones nuevas sino tras la espulsion completa de los Musulmanes. Luego que hubo dado su ultimatum continuó su camino, pero aun no habia fondeado delante de la ciudad indiana, cuando le llegó la contestacion del Samorí; la cual era la que debia ser; ofrecíanse en ella diversas ventajas á los Cristianos, pero el rajá decia positivamente que no podia espulsar de Calicut á mas de cuatro mil familias moras que en ella estaban establecidas ya desde muchos años y que traian la riqueza al pais. Gama consideró esta respuesta equivalente á un rompimiento, y desde aquel punto se dispuso para bombardear aquella ciudad desdichada, que tres años antes, le habia recibido mas bien con una curiosidad desdeñosa que con ánimo verdaderamente hostil.

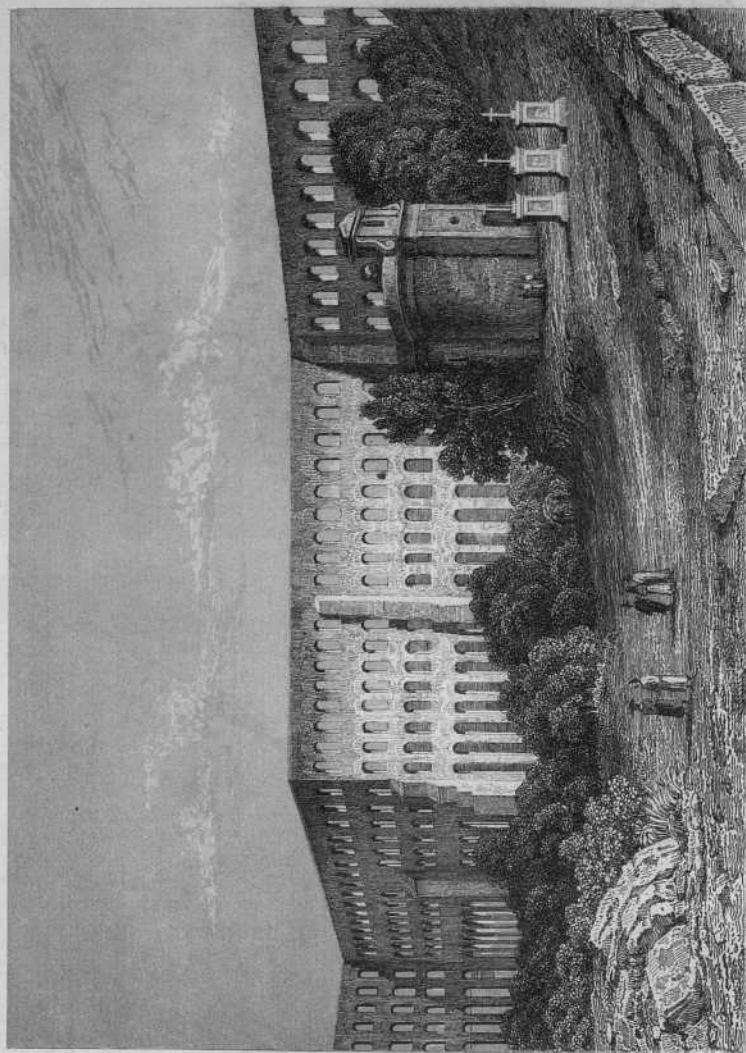
«Y antes de poner manos á la obra, dice Barros, escribió al Samorí, por conducto de uno de los idólatras apresados en una de las barcas, anunciándole que si á medio día no habia recibido un mensaje relativamente á lo que tan repetidas veces le habia mandado decir, pegaria fuego á la ciudad. Y como pasado aquel plazo no hubiese recibido contestacion, mandó á todos los buques, que habian recibido órdenes en consecuencia, colgar de lo alto de las vergas á

los Moros que él les había enviado; y tras aquella accion que presentó á la ciudad toda un espectáculo de los mas dolorosos, empezaron los habitantes á ver y oír algo mas cruel para sí mismos, por cuanto toda la artillería tiró contra la ciudad durante aquel día; era un trueno incesante y un diluvio de piedras y balas. Todo esto causó grande destruccion y la muerte de muchísima jente. Pero á la tarde, para acabar y para infundir todavia mas pavor, mandó cortar la cabeza á los ahorcados; lo que hacia treinta y dos cabezas, y les juntaron los piés y las manos; y todos estos restos fueron colocados en una barca, con una carta que decia que estos hombres no eran sin duda los que habian tenido parte en la muerte de los Portugueses, pero que si bastaba su parentesco con los habitantes para justificar su suplicio, ya se podia prever desde entónces cuanto mas cruel seria el castigo reservado á los autores de la traicion. Y aquella barca fué conducida desu orden por un tal Andrés Dias; y luego cuando hubo llegado á la hora de la marea, Gama mandó arrojar á la mar aquellos troncos mutilados, para que fuesen á varar en la playa, á los ojos del pueblo, y viese todo el mundo cuanto podia costar una traicion tramada contra los Portugueses; mostrando todo esto el modo con que debian vengar cualquiera agravio que osasen hacerles. Aquel incidente asustó á la ciudad en términos, que al día siguiente, cuando el almirante se estaba preparando para continuar la obra de la vispera, no amaneció alma viviente en toda la playa; por cuanto la poblacion, como una raza de las mas medrosas, abandonaba los sitios mas cercanos al mar, y los Moros, á quienes habian encargado su defensa, no osaban presentarse; antes al contrario, se enterraban en el recinto de las trincheras y al abrigo de las obras que habian levantado. Estaba todo tan completamente abandonado, que fácil le fuera al almirante apoderarse de la ciudad sin mucha resistencia; pero como aquellas ejecuciones se habian dispuesto, mas bien para

aterrorizar al rey y para que desistiese de los consejos de los Arabes, que por venganza de lo pasado, no quiso hacer todo el daño que hubiese podido, para dar á aquel soberano lugar de arrepentirse. Tampoco queria esterminarle por la pérdida enorme que le causara la completa destruccion de la ciudad. Y para que aquel soberano no pudiese creer que que podia mas la codicia que la honra en los Portugueses, durante los dos dias en que toda la armada estuvo ocupada en hacer fuego sobre la ciudad, nunca quiso mandar el almirante que se causase el menor daño al buque que habia mandado remolcar desde el puerto, pensando que, en volviéndose á establecer las buenas relaciones con el rey, le restituiria aquel buque con su cargamento intacto. No obstante, pasados aquellos dos dias de furor incendiario, Gama mandó, obligado por la necesidad, desembarazar el buque de sus abastos, los que se distribuyeron, entre la escuadra y sirvieron de gran socorro. Gama mandó entónces pegar fuego al buque, el cual estuvo ardiendo de este modo delante de la ciudad, al menos la porcion que se levantaba sobre las aguas. Tras esta expedicion, el almirante se alejó y se dirigió á Cochín, á donde llegó el 7 de noviembre (1). »

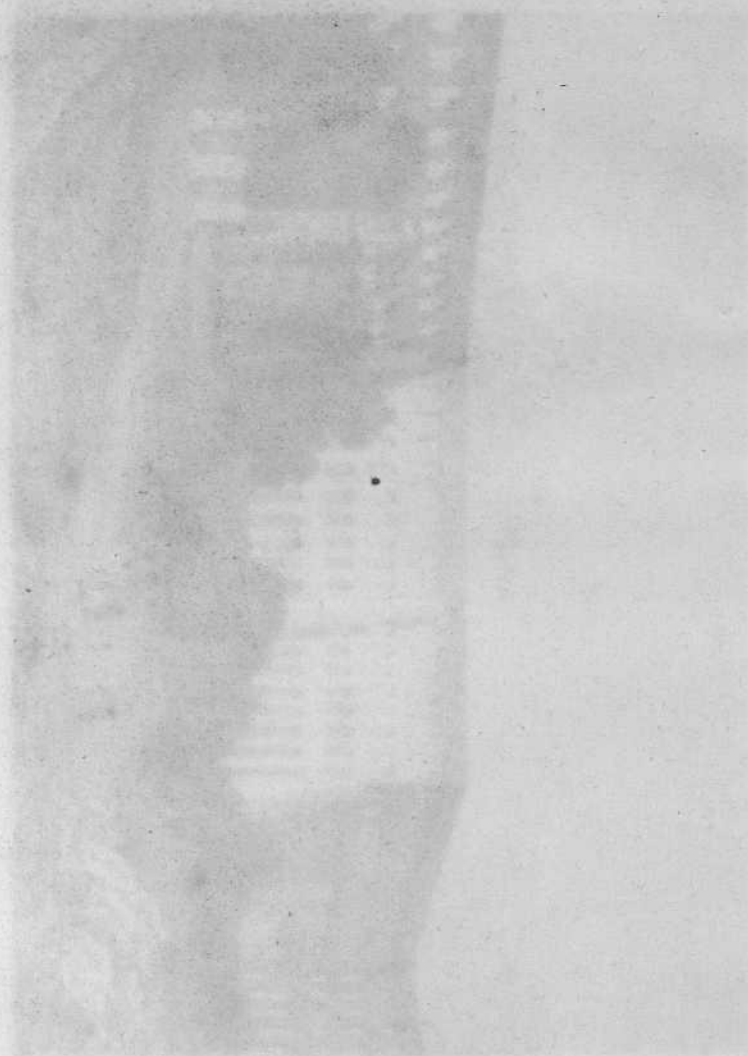
Sin duda que el lector se habrá estremecido de horror al oír esta narracion espantosa. Pondremos cuidado en no multiplicar semejantes pinturas, pero al principio de una historia sangrienta nos hemos guardado muy bien de mitigar ninguno de los rasgos que la caracterizan, y hemos querido hacer comprender con esta página sangrienta cuales serán en adelante los derechos que se asumirá el vencedor en aquellos paises. No obstante, fuerza es decirlo; lo que á los ojos de la política puede explicar aquella crueldad son los hechos políticos que en cierto modo estaban pasando á la vista de Vasco de Gama, y de los que seguramente estaba muy enterado. No solo el rajá de Cana-

(1) Joao de Barros, « Primeira Decada, » livro sexto, fôlio 120.



Aqueduto d'Elvas.

Acueducto de Elvas.



nor, unido al Samorí, estaba armando una escuadra crecida que suponían suficiente para exterminar a los cristianos en aquellas rejiones. Sino que era ya harto sabida la mala fe de los soberanos hindos en sus relaciones con los Portugueses, y no lo eran menos las alevosas insinuaciones de los Arabes; que no cesaban de conspirar contra los Portugueses. Todo esto esplica la conducta del almirante; y el espíritu de su siglo puede hasta cierto punto disculparle.

Vasco de Gama halló en el rajá que mandaba en Cochín un aliado sincero, y la conducta moderada que con él observó el almirante prueba lo que hubiera sido con los otros soberanos hindos, si estos hubiesen puesto en sus transacciones la lealtad y la confianza de aquel príncipe. Sin embargo ya le hubiesen movido las inmensas ventajas comerciales que la permanencia de los extranjeros podía proporcionar á su país, ó ya le hubiese fascinado el valor indómito de aquellos, Triumpara (así se llamaba el soberano de Cochín), se abandonó al parecer á una confianza que con justicia no cabia exigir de los otros soberanos hindos. No solo ajustó con los Europeos tratados políticos y comerciales, sino que se entregó á la discrecion de Vasco de Gama, con quien tuvo varias conferencias, durante las cuales alejó á su séquito, orillando por otra parte toda especie de pompa régia. También es probable que este exceso de confianza ofendió hasta lo sumo los principios religiosos de los otros rajás, pues cuando se unieron al Samorí, para declarar la guerra á aquel amigo de los extranjeros, invocaron contra él las exigencias de la religion bramánica: así resulta al menos de la detenida lectura de los escritores contemporáneos y con especialidad de Barros. En todo caso; ya ajuste un tratado de comercio con Triumpara, de cuya ambicion sabe echar mano; ya aparente admitir las disculpas del Samorí, que está temiendo por su comercio y su poder, prontos para pasar á manos del rajá de Cochín, en ninguna otra

parte manifiesta Vasco de Gama tanta prudencia, habilidad y sangre fria como en aquella ocasion. Cualquiera otro que no fuera él pereciera quizás delante de Calicut, cuando una traicion hábilmente tramada por un bramin le conduce otra vez delante de aquella ciudad. Gracias á su valor, se escapa de en medio de miles de barcas enemigas que le rodean, y del incendio que va á consumir su bajel; cierto es que se aleja de la ciudad alevosa, cometiendo un acto deplorable de venganza; pero al cabo de algunos meses sabe entrar otra vez triunfante en el puerto de Lisboa, y esta vez al presentarse ante D. Manuel, puede asegurarle que la conquista de la India ha dejado de ser un sueño para los Portugueses. Con efecto, á escepcion de un solo rajá, á quien se ha de considerar como á un aliado fiel, los soberanos hindos están sobrecojidos de terror, y los mercaderes árabes conocen su impotencia para luchar con los Cristianos. Los reyezuelos del litoral comprenden las riquezas que pueden arrebatar al Samorí, aprovechándose de las transacciones comerciales que los extranjeros les ofrecen. Cada bahar de pimienta ha costado hasta ahora la sangre de muchos hombres, pero una expedicion vigorosa puede acallar de una vez aquellos ataques y arruinar por fin á Venecia. No debemos tampoco echar en olvido las conquistas espirituales que Vasco de Gama hubo de prometer al espíritu relijioso del siglo. El Preste Juan y su misa volaron ya de la India, ya saben por fin á qué atenerse en orden á los Cristianos de aquel país, y por primera vez en Cochín han llevado un tributo de respeto al almirante portugués; tras un olvido de siglos, Roma va á hallar á aquellos hijos extraviados. Pero no para todo aquí: un tercer ejército que ha de ir á invernar en las costas de Arabia, y que estará siempre pronto para socorrer á los Portugueses dejados por Gama en el Malabar, prueba que el almirante sabe conquistar y afianzar sus conquistas. Todo esto era grandioso sin la menor duda, y todo esto ejecuta-

do en tan pocos meses rayaba casi en milagro. Y con todo esto no fué Gama el encargado de proseguir lo que con tanto lustre habia comenzado. ¿Qué es lo que produjo este olvido aparente? ¿Cuáles fueron las causas de esta especie de desgracia? Este es otro de los mil problemas que la historia nos deja por adivinar; lo cierto es que por espacio de mas de veinte años D. Vasco de Gama, el almirante de los mares de la India, yace en el olvido; y hay que aguardar otro reinado para ver reparada esta injusticia.

ESPEDICIONES QUE PARTEN DE LISBOA EN 1503. — FRANCISCO Y ALFONSO DE ALBUQUERQUE, DUARTE PACHECO PEREIRA.

El mayor timbre de D. Manuel es sin disputa el haber poseído, casi al igual de Joam II, el arte sin el cual no hay ningun rey grande, el arte de elegir segun se espresaba Napoleon. D. Manuel orillaba á Gama, pero meditaba tres expediciones hácia las rejiones orientales, y entre los hombres eminentes, á quienes confiaba los grandes intereses que iban á agitarse en adelante en las Indias y en las riberas del mar Rojo, descollaban los dos Albuquerque, Saldaña y aquel Duarte Pereira Pacheco cuyo glorioso destino ha descrito el poeta con una pincelada, apellidándole el Aquiles lusitano.

Duarte Pacheco Pereira no tenia mando en jefe; iba á las órdenes de Alfonso de Albuquerque; y si se labró un nombre inmortal, casi tuvo que conquistarlo todo hasta el mando que preparó su gloria.

En 1503 salieron tres divisiones de Lisboa; las que se componian de tres velas cada una; dos de ellas debian regresar cargadas de especiería; la otra tenia orden de cruzar por el desembocadero del mar Rojo para apresar buques musulmanes. Este último mando estaba al cargo de Antonio de Saldaña. Estos diversos buques dieron la vela en abril. Aunque Alfonso de Albuquerque hubiese partido ocho dias antes que su primo, este último llegó antes que él á las riberas de la India. Pero an-

tes de contar como contribuyó á consolidar allí el poderío portugués, se hace imprescindible dar una ojeada á los acontecimientos del año 1502.

ESPEDICION DE VICENTE SODRE.

Tras la partida de Vasco de Gama, habian ocurrido hechos de suma importancia histórica. Vicente Sodre, á quien el almirante habia dejado en aquellas aguas para proteger á los Portugueses y á su aliado, habia tenido por conveniente estender su mision, ó por mejor decir, cambiar su objeto, y en el mismo instante en que mas amenazador se ponía el horizonte para el desdichado rajá de Cochín, á pesar de las vivas instancias de Correa, se habia alejado de los mares de la India para ir á buscar no lejos del estrecho de Bab-el-Mandeb, algunos de aquellos ricos bajeles que los Arabes enviaban todos los años á Calicut. El resultado de aquella decision habia sido desastrosa; á los pocos dias de haber partido los cristianos, Triumpara, atacado por el Samorí, se veia precisado á abandonar su capital y á refugiarse á un peñon, y en vez de hacer una rica presa, Vicente Sodre se estrellaba en unos escollos donde perecia con su hermano Braz y muchos Portugueses. Pero por una dicha peregrina, Francisco de Albuquerque, al marear hácia Cochín, recojió los desgraciados restos del naufragio. Algunos dias despues se juntó con Triumpara en su peñon, le reintegró en su capital, y obtuvo la facultad de levantar un fuerte en Cochín; de este modo iba preparando para mas adelante el poderío de los cristianos y la gloria de su primo, el ilustre Alfonso de Albuquerque, cuyas hazañas no habia de conocer.

VICTORIAS DE DUARTE PACHECO PEREIRA.

Segun ya llevamos dicho en la escuadra que conducia á las Indias al grande Albuquerque, iba un hombre que debia dar cima por sí solo á los hechos mas extraordinarios que hasta entónces se hubiesen llevado á cabo. Este hombre representa un pa-



Vasco Fernandéz de Enciso *offrant son Arrebol Que de Baragoyne. Quatre livres M. S. de la Bib. Roy.*
 Vasco Fernandéz de Lucena *offrendo su libro al Duque de Berghona*
 Vasco Fernandéz de Lucena *offrendo su libro al Duque de Berghona*





1



2



3



4

Engraved by Wenzel

1. D. Joam II.

2. D. Manoel.

3. D. Joam III.

4. Sebastian.



pel tan extraordinario en la historia de estas conquistas, es á la par tan grande y tan desgraciado, que es del caso darle á conocer antes de contar lo que hizo. Duarte Pacheco Pereira habia nacido en Santarem de padres nobles. Las prendas que los ánimos descollantes muestran en la edad viril se manifestaron en él desde los primeros años de su juventud.

Ya desde el oríjen de la conquista, segun se ha podido ver, el soberano de Calicut se habia dejado dominar por la política musulmana, y habia perseverado en aquel sistema de hostilidad contra los Portugueses, que tan fatales resultas habia de tener para él. El rajá de Cochín, que adoptó un principio opuesto, vino á ser naturalmente para el Samorí el objeto de un odio ardiente; acordóse su perdicion; y esta hubiera sido pronta é infalible, á no haber Duarte Pacheco llevado á cabo con un puñado de Portugueses uno de aquellos prodijiosos hechos de armas, cuyo recuerdo domina la historia de la conquista, y del que no ofrecen otro ejemplo las relaciones contemporáneas.

Despues de los últimos acontecimientos de que se acaba de leer una breve reseña, el Samorí habia reunido un ejército que pasaba de cincuenta mil hombres; habia reunido muchísimas embarcaciones, y su artillería, aunque no comparable con la de los Europeos, no dejaba de ser formidable. Las fuerzas del rey de Cochín no ascendían mas que á treinta mil hombres, y hubiera sido una imprudencia el contar con su valor. Duarte Pacheco solo tenia á sus órdenes de ochocientos á novecientos Portugueses al principio de la campaña; y con este puñado de valientes, á los que hay que agregar trescientos Hindos solamente, salió Pacheco al encuentro del Samorí, antes que llegase este delante de los muros de Cochín. Los auxiliares, con quienes sin duda no se habia contado, echaron á correr vergonzosamente; pero bastaron los Portugueses solos para vencer, y no entraron en Cochín sino despues de haber he-

cho una matanza horrorosa en los enemigos.

Cuando uno examina los planos de aquellas antiguas fortalezas de la India que nos han conservado Pedro Barrete de Resende, puede uno convenirse de la perspicacia con que los Portugueses habian escogido un asilo para resistir á los rajás enemigos; con efecto, la ciudad está construida sobre una península, y los bancos movibles de arena, que interrumpen la barra, dan una seguridad real á los que se encierran en el recinto de Cochín. Gracias á esta disposicion de los lugares y á una intrepidez quizás sin segundo, Duarte Pacheco alcanzó sucesivamente varias ventajas que redujeron al ejército enemigo, cuya fuerza efectiva no subió luego mas que á treinta mil hombres.

Duarte Pacheco resolvió con sus novecientos portugueses aniquilar aquel resto de una hueste formidable; fué á establecerse á una legua de la ciudad, en un islote llamado Cambalam, donde habia un fuerte de poca importancia y que dominaba el vado por el cual el soberano hindu tenia que hacer desfilar sus tropas, si pretendia apoderarse de Cochín. En efecto presentóse luego el Samorí; pero Duarte Pacheco, reducido á sus propias fuerzas, sostuvo el ataque del ejército entero. De orden suya se habian clavado estacas endurecidas al fuego en las arenas del vado, y gracias á esta estratagemá, ya desde el principio del ataque habian sido puestos fuera de combate una multitud de soldados hindos y musulmanes. No obstante el ejército se iba mas y mas adelantando, y los cnerpos de los hombres anegados facilitaban el paso del rio; la isla iba á verse invadida sin que los Portugueses pudiesen estorbarlo. Entonces fué cuando Duarte Pacheco hubo de redoblar su enerjía; parte de las tropas indianas que le quedaban habian huido á Cochín, y era forzoso que su pequeño tercio dividido por todos los puntos, hiciese cara al enemigo, cuyos conatos se renovaban con perseverancia increíble. En

presencia de este peligro, el jeneral portugués adoptó un grande intento, pues fué á establecerse con toda su jente cerca de la fortaleza y acordó concentrar en aquel punto la resistencia. Como se sostenia en esta posicion, con las caravelas y otros buques pequeños, haciendo rostro continuamente á los ataques parciales del ejército enemigo, el Samorí decidió por fin operar un ataque jeneral contra aquel puñado de valientes, cuya muerte se anunciaba ya de antemano en las factorías portuguesas. Para salir airoso con su intento, el rajá habia mandado construir, sobre embarcaciones de forma particular, una especie de edificios de madera, á manera de castillos, y se preparaba para un ataque jeneral, cuando volvió el soberano de Cochín con algunas tropas al socorro de sus aliados. No obstante muy débil era este socorro, si nos hacemos cargo del terror que á los Hindos inspiraban las fortalezas flotantes del soberano de Calicut. Duarte Pacheco opuso entonces otro invento á aquella estraña construccion naval; mandó juntar de dos en dos las caravelas con la popa vuelta hácia tierra, disponiéndolas no obstante de modo que dejasen cierto espacio entre sí. Armólas con otra especie de torre de madera para para resistir el abordaje. Además de esto, como la proa de estas embarcaciones estaba armada de un baupré larguísimo, mandó Pacheco colocar al través dos mástiles, de suerte que al acercarse la construccion hinda, la mantuviesen á cierta distancia, permitiendo á la artillería portuguesa producir todo su efecto. Terminadas estas construcciones, Duarte distribuyó en tres divisiones las tropas que tenia á sus órdenes; la primera habia de pelear en el fuerte; la segunda habia de defender el paso del vado, la tercera se repartió entre las caravelas. A la cabeza de ciento y sesenta Portugueses solamente cuyo mando se habia reservado, Duarte Pacheco se apercebíó para recibir al enemigo. Entonces comenzó á moverse la hueste del Samorí, pronto invadió el terreno, y por el lado del mar se adelantaron

doscientos *paraos* armados; entre los cuales habia ocho de aquellas fortalezas flotantes, con las cuales contaban los Hindos vencer la posicion; harto confiados empero en aquel arbitrio, descuidaron el ataque del vado, y fueron en derechura contra las caravelas; pero entónces comenzaron los Portugueses su fuego con una regularidad y precision que desordenaron á aquella multitud de embarcaciones. Entre los castillos flotantes, dos solamente pudieron llegar hasta las caravelas, y la artillería portuguesa los hubo pronto malparado. La carnicería fué horrorosa, y bastante grande la pérdida de los Hindos para desesperanzar al Samorí, quien sobrecojido de una especie de inercia, se abstuvo por algunos dias de renovar el ataque y de tratar de trasponer el vado, cuando todavía hubiera sido posible aniquilar á aquel puñado de héroes. Ocurrió esto á principios de 1505, y desde esta época, la fama de los Portugueses creció en términos, que el desdichado soberano de Calicut, desesperado de su fortuna, fué á ocultar su vergüenza en una soledad religiosa. Diez y ocho mil hombres habian perecido en aquellos diversos ataques, y la guerra habia durado seis meses. Los jenerales del rajá enemigo tuvieron que pedir la paz á Duarte Pacheco, y se obligaron á pagar el tributo que les exigió. El Portugués, despues de pasar á Culna, donde proporcionó á la corona inmensas ganancias con las presas hechas á los Moros, volvió á Cochín, donde mandaba ya á fuer de dueño, al abrigo de la alianza del soberano hindo, un nuevo capitan, salido el año anterior de Lisboa, con doce buques mayores y muchísimos soldados portugueses.

El destino de los dos hombres que pelearon delante del islote de Cambalam, con fuerzas tan diferentes, tuvo una estraña semejanza. El Samorí, forzado por los bramínes á demitir la autoridad, terminó su vida en medio de las austeridades á que se entregan por lo comun aquellos penitentes hindos á quienes llaman *Bramatchari* Duarte Pereira

Pacheco, de regreso á Portugal. Se vió recibido por D. Manuel con una pompa verdaderamente régia; pero enviado despues á Africa fué calumniado ante el rey, y despues de haber pasado algunos años en un duro cautiverio, acabó por ir á morir miserablemente en el hospital de Valencia. El gran poeta que como él debía morir sesenta años despues, ha resumido cuanto aquel habia ejecutado en tan breve plazo en algunos versos admirables. «Gracias á él, dice Luis de Camoens, las altas hazañas de los Portugueses pujaron en realidad á lo que la fábula habia inventado. Pero mientras ocurrían en las Indias las victorias prodijiosas de Pacheco, sobrevenían en Europa grandes acontecimientos. Una catástrofe espantosa desolaba al país; para conocer sus causas hemos de cejar de algunos años.

CONTINUACION DEL REINADO DE DON MANUEL. SUS CASAMIENTOS — INFLUJO DE ISABEL.

No cabe negar que D. Manuel introdujo útiles reformas en su reino, pero fuerza es confesar que adoptó por otra parte una medida aciaga. A los dos años de su aclamación, el monarca pidió en casamiento á la hija mayor de Isabel y Fernando, la infanta de Castilla viuda del hijo de Joam II. El contraer este entronque era conforme con los planes de Joam II. Pero ya sea que ella recordase con dolor su primer enlace y repugnase á contraer otro, ya sea que obedeciese meramente á un odio fanático de que su siglo ofrecia ya ejemplos horribles, hizo contestar que no queria casarse con un príncipe en cuyos estados los musulmanes fujitivos y sobre todo los Judíos estaban seguros de hallar un asilo. Entonces se promulgaron decretos deplorables contra aquella poblacion numerosa de Israelitas tolerada por toda la edad media. D. Manuel obtuvo la mano de la infanta D.^a Isabel en 1497, y fué reconocido heredero del reino de Castilla, por parte de su mujer. Sin duda á esta magnífica herencia se habia encaminado la próspera política de Juan II, pero

nunca se realizaron los vastos cambios que en los destinos de entrambos reinos debia efectuar semejante alianza. La reina Isabel, que era de complexion delicada, murió poco despues, y sucedióle en 1500 su hermana D.^a María. El único resultado real de una union con España fué aquella persecución memorable de los Judíos y de los nuevos cristianos, que no tiene mas paralelo histórico sino en las sangrientas matanzas ocurridas en Francia en el siglo XVI.

MATANZA DE LOS JUDÍOS EN LISBOA. — CONSIDERACIONES SOBRE LA POSICION DE LOS ISRAELITAS EN PORTUGAL.

Segun decia Voltaire, hablando de la matanza del día de San Bartolomé, en Francia. hay en la historia de todos los pueblos uno de aquellos aniversarios terribles que han de dar calentura á todo amigo de la humanidad, tambien el Portugal tiene el suyo. Pero la deplorable catástrofe que vamos á referir no fué el resultado de una trama secretamente urdida, sino la explosion sangrienta de un odio fanático; y bajo este respecto quizás el pueblo de Lisboa se mostró menos culpable que los otros pueblos de la misma época.

Los Judíos tolerados desde largo tiempo en Lisboa, y teniendo sin duda, como los de Toledo, la pretension de descender de una tribu, que establecida desde largos siglos en la Península, no habia tenido parte en el crimen que se afeaba á su raza, los Judíos, decimos, vivían en una especie de seguridad á pesar de los decretos que hubieran debido despertar sus sospechas y hacerles comprender el odio que se les profesaba.

Desde los últimos años del siglo XV su número habia crecido en gran manera, y el edicto del mes de marzo de 1492, que expulsaba á sus correligionarios de los países sujetos al poder de Isabel y de Fernando, habia hecho refluir á Lisboa á una multitud de familias, cuya entrada en Portugal habia Joam II permitido momentáneamente, señalándoles no

obstante ciertos puertos, donde debían estar sujetas á una vijilancia particular hasta que pudiesen regresar á los países del Oriente. Toleradas al principio por D. Manuel, y forzadas despues por este príncipe á marcharse definitivamente ó á abrazar el cristianismo, muchas de entre ellas habian abrazado en apariencia un culto que aborrecian, creyendo sortear de esta suerte la dura necesidad que se les imponia. Pero nadie se dejaba engañar por aquellas conversiones supuestas, y el nombre de *christiam novo* provocaba por lo jeneral un odio profundo.

Una ley emanada del poder real, en diciembre de 1496, habia satisfecho en parte aquel odio, pero no alcanzaba á los cristianos nuevos, puesto que las habia solamente con los Judíos á quienes arrojaba del país irrevocablemente, castigando de muerte á cuantos no saliesen del país inmediatamente. Estremóse aun mas el fanatismo, pues un zelo fatal mandó que, en la Pascua del mismo año, un bautizo jeneral agregase á la religion cristiana á los niños menores de catorce años de las familias hebreas; exigió que estos desventurados, separados violentamente de la religion de sus padres, fuesen arrancados asimismo de los brazos de su familia, puesto que una especie de cautiverio los sometia á una enseñanza lejana y debian ser distribuidos por diversas ciudades del reino para ser educados é instruidos en la nueva doctrina. La pluma enérgica de un santo prelado nos ha conservado la relacion lamentable de los acontecimientos que siguieron á aquel decreto fatal; el noble obispo de Silves nos ha pintado con dolorosa indignacion el sacrificio que algunos Israelitas hicieron entonces á sus creencias. Otros nos dicen como nació la hipocresía de aquellas escenas violentas, y como sucedió á la desolacion una seguridad deplorable. Ya no habia pues mas Judíos en la apariencia; ya no habia en Lisboa mas que cristianos nuevos. Una palabra, una palabra sola proferida por uno de aquellos desdichados iba á probar que el edicto de 1496, que

hablaba de muerte, no era un edicto quimérico.

Era el domingo de Pascua de 1506; esta fiesta solemne caía al 19 de abril. La corte se hallaba en Abrantes, con motivo de la peste que estaba entonces haciendo estragos, cuando uno de aquellos cristianos viejos llamados Lindos que notó el reliquiario donde estaba espuesto el Santísimo Sacramento, al lado de un crucifijo, arrojaba una luz que juzgaba producida por una causa sobrenatural; hacia esta observacion en la iglesia de dominicos. El devoto mentecato de quien acabamos de hablar empezó á gritar entonces con ahinco: *¡Milagro! ¡milagro!* Desgraciadamente habia en la iglesia un cristiano nuevo, quien dijo que aquella claridad era simplemente el reflejo de la llama de un cirio que ardia á pocos pasos de allá. Aquella explicacion sencillísima y natural escitó un tumulto extraordinario contra los recién convertidos; ya no se contentaron con amenazas; desde luego comenzó el robo de mano armada seguido del asesinato. Fuerza es decir tambien con Ruy de Pina, historiador contemporáneo, que la codicia de las tripulaciones de ciertos buques extranjeros surtos á la sazón en el puerto de Lisboa no contribuyó poco á aumentar aquel tumulto. Holandeses, Zelandeses, Alemanes, Franceses, todos aquellos hombres bárbaros, unidos al populacho de Lisboa, le escitaron al pillaje y al degüello é hicieron ellos lo propio. Quinientas personas perecieron, segun se asegura, en aquella primera jornada.

Y con todo, aquello no era mas que el principio de aquel horrible degüello. Al día siguiente se pusieron dos frailes á la cabeza del pueblo, y la matanza continuó con rapidez asustante. Nos contentaremos con recordar que mas de dos mil individuos sucumbieron durante las espantosas jornadas que sucedieron al primer alboroto. Muchos de aquellos desgraciados perecieron quemados vivos segun se comprueba por documentos oficiales; mujeres, niños, ancianos, dicen los historiados

res, nadie se libraba del furor popular; arrojaban á las hogueras á los no degollados. Muchos cristianos viejos, víctimas de la venganza, hallaban asimismo la muerte en las calles ó en sus casas. El rey no estaba á la sazón en Lisboa por motivo de la peste. Desde la villa de Aviz dió órdenes represivas tan pronto como tuvo noticia del horrible movimiento escitado por el fanatismo. Al tercer día por la tarde, Ayres da Silva, el rejidor, y el gobernador Alvaro da Castro entraron en la ciudad, acompañados de la fuerza armada. Pero ya estaba cansado el fanatismo, y los extranjeros, cargados de botín, se habian retirado á sus bajeles. El prior do Crato y el baron de Alvito recibieron plenos poderes para castigar á los delincuentes; los dos frailes, autores principales del degüello, fueron ahorcados juntamente con los mas de los que se habian señalado durante aquellas sangrientas jornadas. Los majistrados que se habian mostrado indiferentes á la matanza tuvieron sus bienes confiscados, y el cuerpo de los *veinte y cuatro* fué abolido. Un decreto, fechado en Setubal del 19 de abril de 1506, contiene todas estas disposiciones. Lisboa no pudo recobrar su título de *ciudad siempre leal* sino al cabo de algunos meses.

Así terminó aquella espantosa tragedia, la que produjo á favor de la causa de los desgraciados Judíos esta ventaja, á saber, que en 1507 Don Manuel mandó cesar los bárbaros decretos que los rejian, y los colocó bajo el imperio de la jurisdiccion comun; hasta entónces no se suprimieron aquellas *Judearias* que los colocaban á parte en las ciudades, y en medio de las cuales no podia penetrar una mujer cristiana sin incurrir en la pena de muerte, si no iba acompañada de dos hombres de su religion, y por un cristiano solamente, si era doncella ó viuda. Entónces cesó tambien la costumbre humillante que exijia que los Judíos y Judías saliesen á recibir bailando á los reyes, cuando estos visitaban las ciudades ó pueblos de su reino.

ALMEIDA, PRIMER VIREY DE LAS INDIAS. — ESPEDICION DIRIJIDA CONTRA SOCOTORA. — TRISTAN DA CUNHA Y ALFONSO DE ALBUQUERQUE. — DESTRUCCION DE LA ESCUADRA MUSULMANA DELANTE DE ORMUZ. — EL REY RECONOCE LA SOBERANIA DE PORTUGAL.

Ya desde 1504 habia comprendido D. Manuel la necesidad de regularizar la administracion de las Indias, y de establecer un gobierno en aquellas rejiones lejanas; habia nombrado á Tristan da Cunha para ocupar aquel puesto importante; pero de resultas de una enfermedad Cunha habia cegado momentáneamente, y habia sido forzoso proceder á otra eleccion. A falta de Tristan da Cunha, el soberano nombró á D. Francisco de Almeida, que pertenecia á una de las mas nobles familias del reino, y el cual fué revestido del título de virey de las Indias. Partió en 1505 con su hijo, y si bien hay que echarle en cara algunos errores, abre no obstante muy dignamente aquella série de hombres grandes á quienes por espacio de medio siglo estuvo confiada la suerte de las Indias portuguesas, para que dejemos de tributarle la justicia á que es acreedor.

D. Manuel no era hombre de accion, pero tenia la sagacidad que desentraña en política el punto importante que hay que alcanzar, y la perseverancia que acaba por triunfar. Ya desde el orijen habia adivinado que para que de las Indias le llegasen riquezas inmensas, habia que desviar sus fuertes y arrancar á los Musulmanes el comercio que hacian con Calicut. Sabia, vagamente sin duda, pero sabia que sus verdaderos enemigos eran aquellos Arabes del golfo Pérsico, que desde un principio habian escitado el odio del Samorí. Sus antipatías religiosas se daban la mano con sus intereses políticos; acordóse una espedicion á aquellas rejiones.

En 1506 dieron la vela catorce bajeles, mandados por aquel digno Don Tristan da Cunha, que habia reco-

brado la vista, y por Alfonso de Albuquerque, que llevaba sin saberlo el título de virey de las Indias. Los despachos que le conferían este título eran reservados, y no debían abrirse hasta al cabo de tres años, en la época en que, habiendo D. Francisco de Almeida cumplido su misión, volviese á Europa para gozar de la gloria que hubiese adquirido (1). Varios capitanes de valor á toda prueba y de mérito reconocido hacían parte de la expedición, é iban á las órdenes de los dos hombres eminentes que acabamos de nombrar.

Léense con un interés sumo los comentarios que nos ha dejado Albuquerque del itinerario de aquella escuadra guerrera, su recalada en la costa de Africa, su partida de Bezequiche, su llegada á Mozambique, los peligros que vence. Crece todavía mas la curiosidad siguiéndole en su descubrimiento de la isla de Madagascar, vista antes por Soares, á la que los Portugueses dan el nombre de San Lorenzo. Despues de haber fundado con Albuquerque la fortaleza de Zoco, en la isla de Socotora, Tristan da Cunha partió para las Indias orientales, dejando á su compañero con seis bajeles para recorrer la costa, y entregando en adelante la conquista á sus felices inspiraciones, mientras que Francisco de Almeida fundaba el vireinato de las Indias, multiplicando sus hazañas.

(1) En el momento en que Albuquerque toma una parte mas activa en los acontecimientos que luego va á dominar, son imprescindibles algunas palabras sobre su biografía, que copiaremos de los *Comentarios*. Nacido en 1453, en Villa de Alhandra, á unas 6 leguas de Lisboa, este hombre grande pertenecía á una de las mejores familias del reino. Su padre, Gonzalo de Albuquerque, era señor de Villaverde; su madre, D.^a Leonor de Menezes, era hija del conde de Atouguia. El jóven Alfonso se había educado en el mismo palacio de Alfonso V. En 1484, partió con una expedición al socorro de Otrante, sitiado por los Turcos; en 1489, pasó al Africa para defender la fortaleza *Graciosa*, situada cerca de Larache; y en todas partes logró triunfos esplendorosos. Joam II, que era inteligente en el conocimiento de los hombres, le había nombrado su *estribeiro mor* ó grande escudero. Francisco de Albuquerque, que ocupa tambien un lugar en la historia de la conquista, era primo hermano de Alfonso.

En efecto, desde esta época es cuando se muestra en Albuquerque el hombre esencialmente práctico, el hombre de númen, que se engrandece con las dificultades. Inmediatamente despues de la partida del capitán Mor, reunió Albuquerque en consejo á sus compañeros; y acordóse dirigirse hácia el estrecho de Ormuz, y que despues de haberse apoderado de la ciudad de Mascate, cruzarian algunos dias en aquellas aguas. Este era, segun toda probabilidad, el programa emanado del consejo real; tratábase de inquietar los buques que en aquella estacion salian de Barbora y del puerto de Zeila para Diu, Cambaya y otras muchas ciudades de la costa de Malabar, que omitimos nombrar.

Albuquerque se alejó de Socotora embargado por aquel grande intento, el 10 de agosto de 1507, y dejó en la fortaleza recién edificada á Don Alfonso de Noroña, su sobrino, que ya habia dado pruebas descolantes de valor. Pero ya fuese por efecto de una rivalidad mal entendida de parte de Tristan da Cunha, ya fuese de resultados de las circunstancias inherentes á su posición en aquellas regiones poco exploradas, el hombre que se dirigia á la conquista de una de las ciudades mas ricas del mundo carecia casi absolutamente de lo mas necesario. A pesar de este obstáculo, á pesar de las incertidumbres de los pilotos, que apenas conocian su rumbo, al cabo de algunos dias de una navegacion arriesgada, fondeó con su escuadra delante de Calayate, sin saber siquiera de un modo preciso cual era el punto de la costa donde se habia detenido. Calayate, ciudad medio arruinada, pero que tenia un fuerte excelente, cayó desde luego en poder de los Portugueses; allí renovó Alfonso de Albuquerque sus abastos, y el 22 de agosto, partió en busca de otra presa.

Desde aquel punto, y sin que lo supieran sus capitanes, Albuquerque habia acordado para consigo sus planes. Despues de Curiate y Mascate, que queria someter, ninguna ciudad de la costa era bastante poderosa

para detenerle. No obstante el capitán jeneral comprendía perfectamente que no solo había de haberlas con enemigos, sino que tenía que luchar además con infatigable energía contra los que le rodeaban. A los hombres de acción que le acompañaban les encubría sus planes y les prometía la India para tiempos mas venturosos; á los pilotos árabes cuyas luces se veía en la precision de utilizar, les hacía comprender que era imposible toda traición, y que les era fuerza guiarle á los puntos de la costa por él designados. Llevaba en efecto consigo una especie de talisman que le abría los puertos de aquellas aguas, pues poseía la famosa carta marina de Omar, en la cual estaban escritos con cierta exactitud los nombres, que venían á marcar el número de sus conquistas futuras.

En vano los pilotos musulmanes hubieran querido encubrirle la posición geográfica de los lugares; Omar señalaba á Curiate, y luego era ganada Curiate con las armas en la mano, aunque era una ciudad que encerraba á mas de seis mil hombres; el jeógrafo árabe indicaba á Mascate, y cuatro dias despues, la escuadra fondeaba delante de la segunda plaza del reino de Ormuz, á la que intimaban para que reconociese la soberanía del rey D. Manuel.

No hablaremos aquí de cómo, tras unos convenios bastante pacíficos al parecer y consentidos por los mismos musulmanes, Mascate fué saqueada y destruida; de la horrible matanza que se hizo de sus habitantes, del incendio que la destruyó casi enteramente. Albuquerque, engrandecido á sus propios ojos, buscaba otro desenlace, y basaba ya sus esperanzas en los intereses mas vastos.

La toma de aquella ciudad era ciertamente un hecho de armas de una audacia increíble; el jefe de la escuadra era el único que no lo estaba; los capitanes de los otros bajeles celebraban haber tenido parte en aquella acción militar; pero, á su entender, bastaba aquello para su gloria, y el mas osado de todos, Joao da Nova, el hábil marino que

mandaba la *flor de la mar*, asustado de los proyectos que no le habían confiado, pero que adivinaba, se negaba á cooperar al resto de la campaña. Con el ascendiente que le daba su alta inteligencia, Albuquerque le convenció, y le hizo sentir la necesidad de diferir su viaje á los mares de la India. Los otros capitanes se adhirieron á su acuerdo. Desde Mascate pasó Albuquerque á Soar, en cuyo punto estableció relaciones pacíficas, y no prosiguió su viaje hasta que pudo tremolar el pabellon portugués sobre la fortaleza de la ciudad.

Partiendo de Soar, se dirigió á Orfacate; pero en este punto fué seria la resistencia, y gracias á la intrepidez de Antonio de Noroña, que mandaba á ochenta hombres, se ganó una posición importante. Llegado allí, el capitán jeneral recibió noticias mas positivas en punto á aquella ciudad de Ormuz que andaba buscando.

En Orfacate se embarcó Albuquerque para aquella gran ciudad, de la cual no queda nada, por decirlo así, y de la que todo el mundo le hablaba con tanto entusiasmo. Llevando un nuevo piloto que había tomado en el último punto, el capitán jeneral dió la señal de zarpar y al cabo de dos dias, despues de haber doblado el cabo de Mocendon, llegó delante de tres islas; veladas en parte por la cerrazon de la mañana; así que no pudieron reconocer desde luego la ciudad de Ormuz; pero salió el sol, y despues de haber doblado una punta, apareció á su vista la ciudad oriental en todo su esplendor.

A la vista de aquellos minaretes innumerables que descollaban por encima de las casas opulentas de aquel jentío que se veía bullir por todas partes, de aquella caballería que recorría la ribera, de los sesenta buques en fin que se mecían delante del puerto, y mas que todo esto, en presencia de una artillería, cuya existencia no sospechaban, hubo entre los Portugueses un murmullo de sorpresa. Solo Albuquerque no se mostró sorprendido, pues sa-

bia por el piloto de Orfacate que ya hacia algunos días que los jefes que mandaban en Ormuz estaban prevenidos de su llegada, y que habian reunido fuerzas imponentes. Con todo esto habia guardado el sijilo; y por su orden nada habia descubierto el piloto á los demás capitanes. La sumision de Ormuz dependia de este silencio. La impresion que produjo el aspecto imponente de aquella ciudad oriental en los Portugueses lo prueba bastante; pues jamás por su propia voluntad hubieran osado atacar aquella ciudad y hasta dirijieron prudentes reconvencciones al capitan jeneral. Albuquerque les contestó que confesaba que era *negocio de grande importancia, pero que era tarde ya para cejar, y que mas le hacia al caso la determinacion que un buen consejo.*

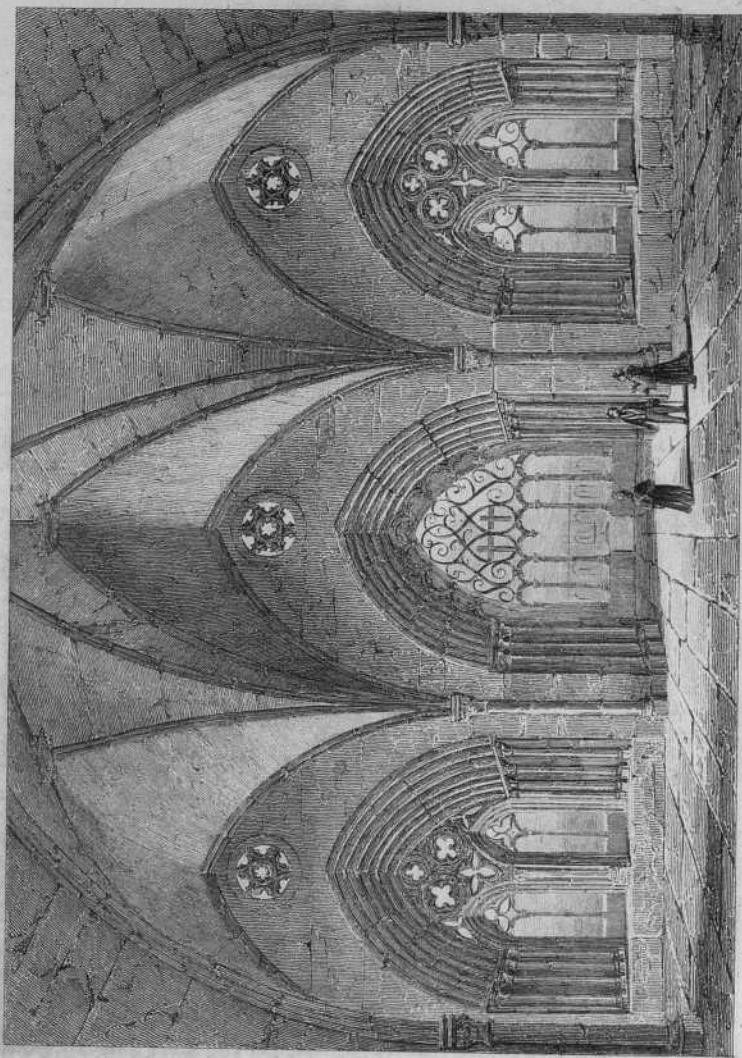
Pero ahora, antes de asistir al desenlace de este drama, tenemos que dar una ojeada sobre la posicion de Ormuz y los acontecimientos políticos que en ella habian ocurrido; para lo cual nos facilita los elementos una noticia portuguesa muy bien escrita.

«La ciudad de Ormuz, segun Barros, está situada en un islote al que dan el nombre de *Gerum* y que está casi al desembocadero del estrecho del mar Pérsico; está tan cerca de las costas de Persia, que de una tierra á otra solo se cuentan tres leguas portuguesas, para llegar á la Arabia hay que atravesar diez leguas. Los jeógrafos modernos colocan esta ciudad á cuatro leguas de la costa de Kerman, y á veinte y cinco del cabo Mocendon. Ormuz está edificada sobre un monton de peñascos que se han tenido por volcánicos, y que podrán tener una circunferencia de ocho á nueve leguas, aunque Barros no les da mas que tres leguas y Godinho cuatro. Es un sitio absolutamente estéril, y el suelo sobre el cual se levanta la ciudad es un conjuento de azufre y de sal (1). Esta es-

terilidad, que nada ha modificado, era tan completa en el siglo XVI que no se veia crecer allí espontáneamente ni un tallo de yerba siquiera. En el día, Ormuz ó mejor dicho, Hormuz, es casi inhabitada; pero en aquel tiempo su poblacion era crecida y floreciente. Cuando los Portugueses llegaron allí por la vez primera, esta ciudad era la capital de un reino que llevaba el mismo nombre que ella; estendiase sobre la costa de Arabia desde el cabo Rozalgate hasta el cabo Mocendon, y presentaba un trecho de costas de ochenta leguas. A pesar de la aridez de su territorio, ofrecia Ormuz un gran número de edificios imponentes porque era la escala de una gran parte del comercio de Oriente. Todos sus abastos, hasta las frutas y legumbres mas comunes, le llegaban de Persia; el agua necesaria para el consumo de sus habitantes provenia de la isla de Queijame (*Kischmisch*), y esta fué mas adelante una circunstancia de que se supo aprovechar el conquistador. Un escelente viajero del siglo XVI, Godinho dice que la mayor parte del combustible que se consumia en su tiempo en Ormuz se sacaba de un fósil llamado *horra* que se hallaba debajo de las aguas, y que arrojando al mar esta especie de carbon, iba al fondo como una piedra. A la llama ardía lo mismo que el olivo: esta circunstancia y la presencia de la sal mineral, tan abundante en aquel territorio, eran la causa por que se decia proverbialmente entre los Persas que Ormuz era un pais donde iban por leña al mar, y por sal al interior del pais.

«El primer soberano de Ormuz de que habla la historia es llamado *Malek Caéz*, esto es, *Señor de Caéz*. Con efecto habitaba en la isla de este nombre, y dominaba todas las islas del estrecho. Godrum Shah, principe del Magostan, le habia comprado Ormuz por los años de 1273, y poblándola la habia aumentado considerablemente. En ella estableció su residencia despues de haber destruido el reino de Caéz, y empezó á atraer allí todo el comercio del estrecho. Los descendientes de este

(1) M. Fontanier ha probado hace poco que el grande historiador portugués y los que le han seguido tenían una opinion errónea en punto al carácter jeológico del terreno de Ormuz.



Engraving by J. B. B. B.

Capitulo do Convento de Batalha.
Capitulo del Convento de Batalha.



príncipe reinaron en ella pacíficamente hasta principios del siglo XVI época en la que Albuquerque empezó las conquistas que vamos bosquejando.

«Muerto el penúltimo rey de esta isla Sargol, sucedióle Ceifadin (Seif-din), hijo de Shah-Vaez, á quien habia destronado: era su propio sobrino. El rey de Ormuz no habia salido aun de la adolescencia; y de ahí es que en nombre del príncipe niño gobernaba un personaje célebre de quien tendremos motivo de hablar, y que se llamaba Coge Atar (*Koja Atar*). Este hombre sutil siempre dispuesto á eludir una lucha decisiva, habia sido en otro tiempo el privado de Shah Vaez y su fiel partidario. Seguía pues gozando con el hijo de la privanza que habia merecido al padre; pero su ascendiente habia aumentado con todo el poder que le daban su habilidad y la edad del joven soberano.»

Segun ya llevamos dicho, este hombre habia recibido aviso de la proxima llegada de los Portugueses; y no solo habia pedido socorros á los jeques del interior, sino que habia reunido además fuerzas considerables en Ormuz. Además de los sesenta buques fondeados en el puerto, podia poner en movimiento doscientas barcas con remos y una multitud de embarcaciones llamadas *terradas*. Ya hemos dicho que una artillería considerable hacia este armamento marítimo mas formidable de lo que habia supuesto Albuquerque. Además de los marinos embarcados en la escuadra árabe, no se contaban menos de quince á veinte mil hombres destinados á la defensa de la ciudad. Apenas hubo Albuquerque fondeado con sus seis buques en el puerto, no titubeó en entablar negociaciones. Ni entre los jefes ni entre la tropa reinaba la armonía; habló osadamente y no encubrió ninguna de sus pretensiones. Ormuz habia de aceptar la protección soberana del rey de Portugal, y de no Ormuz, á pesar de su escuadra y de sus armamentos formidables iba á tener la suerte de Mascate. Coge Atar no desechó terminan-

temente las proposiciones de Albuquerque pero procuró ganar tiempo. En pasando algunos dias mas, la playa se cubria de una hueste inmensa; esto mismo entendió el capitán jeneral y su denuedo supo estorbarlo. Viendo que no terminaba la negociacion entablada, al cuarto día o-ó atacar aquella escuadra formidable con sus seis buques. En los *Comentarios* hay que leer la pintura enérgica de aquel combate prodijoso tan fértil en episodios dramáticos; allí solamente cabe adivinar cuanta serenidad necesitó el jeneral portugués para perseverar en su intento. Segun es de suponer, el resultado estuvo largo tiempo indeciso; por último vencieron los Europeos. Cuando los Moros (así llama Albuquerque indistintamente á todos los Musulmanes) vieron que no cabia resistir por mas tiempo empezaron á huir y se les vió arrojar al mar, contando llegar de este modo mas fácilmente á la playa. Estónce fué cuando se hizo horrorosa la carnicería; los Portugueses saltando en sus lanchas persiguieron á los fujitivos y los mataron á cuchilladas, sin que estos pudiesen oponer la menor resistencia.

Una vez derrotada la escuadra Albuquerque se arrojó á su esquite, y á la cabeza de los suyos no vaciló en ir á bombardear un grande desembarcadero, construido de madera en el mar y provisto de una artillería formidable. Al mismo tiempo que tronaba el cañon contra las frágiles embarcaciones que continuaban el ataque, hábiles flecheros defendian aquella posicion importante, y allí fué donde un flechazo hirió al capitán jeneral en el rostro. Muchísimos Portugueses fueron heridos con él; mas no les estorbó arrojarse á la playa y destruir los arrabales de Ormuz. Desde aquel punto empezó á menguar la resistencia, la que fué nula en algunos puertos, y el incendio agregó luego sus horrores á los del combate. Viendo que era inminente la ruina de la ciudad, los Musulmanes enarbolaron una bandera blanca, y enviaron algunos parlamentarios á Albuquerque. Es-

tos mensajeros ofrecian en nombre del rey Ceifadim la sumision de Ormuz, esto es, conservando la corona y pagando tributo, el príncipe musulman reconocia la soberanía de Portugal. Tras muchas conferencias ajustóse la paz, y Ceifadim se obligó á pagar anualmente á D. Manuel una suma de 15.000 jarafines, unos 12.000 cruzados. Las cláusulas de este tratado, que nos han sido conservadas por el vencedor, fueron grabadas en lengua persa sobre dos láminas de oro que tenian la forma de un libro.

Tras la ratificacion de estos convenios importantes, y siempre á despecho de los oficiales que mandaban á sus órdenes, Albuquerque empezó á plantear aquel sistema de fortificaciones militares que debía afianzar por donde quiera sus conquistas. Ormuz estaba sometida, pero se requería un fuerte para proteger á los Portugueses: el que edificó el capitán jeneral, en 1508, se levantó no lejos de la ciudad, en la punta de Morona, á pesar de los murmullos de todos los jefes, con quienes Albuquerque hubiera debido contar. A pesar de las trabas que un enemigo astuto ponía á la ejecución de lo pactado, los trabajos se llevaron adelante con una actividad tal, que la fortaleza pudo ponerse inmediatamente en estado de defensa. En la prevision de Albuquerque, este fuerte, en el que sus compatriotas trabajaban con tanta repugnancia, venia á ser la clave de todo el comercio del Oriente.

Las disensiones que sobrevinieron en medio de la escuadra portuguesa atajaron en sus resultados una poderosa combinacion; cinco desertores pasados al servicio de los musulmanes habian enterado á Coge Atar de la posicion del jefe y de la disposicion de los ánimos; y con esto el astuto ministro no titubeó en quebrantar los pactos recien sentados. A pesar de las seguridades de buena amistad que el rey mozo daba á Albuquerque, á quien llamaba á veces padre, volvieron á entablarse sordas maquinaciones. En vano el gran capitán reclamó enérgicamente á los

desertores, pues se los negaron tanto mas tenazmente, cuanto no ignoraban que no podia contar con la cooperacion de los demás oficiales, si trataba de emprender un ataque jeneral. Así que Albuquerque se vió en la precision de salir del puerto de Ormuz sin guardar ni siquiera la fortaleza que con tanto afán habia levantado. Por otra parte los valientes que habia dejado en Socotora estaban reclamando su socorro; pasó pues á aquel punto, y despues de haber permanecido allí algun tiempo, partió para volver delante de Ormuz, donde sus fuerzas navales no le permitian hacer otra cosa mas que observar. Como otros intereses le llamaban á Goa, partió luego y llegó á esta ciudad á fines de 1508. No obstante sus miradas certeras habian medido la playa de Ormuz, y habian señalado de antemano el lugar donde se habian de acumular para Lisboa todas las riquezas de las rejiones orientales.

Pero ya reclaman nuestra atencion los esfuerzos de otro capitán, y antes de seguir á Albuquerque en su gloriosa carrera, vamos á echar una ojeada á los esfuerzos que hizo el primer virey de las Indias para someter al Portugal otra parte del Oriente.

DON FRANCISCO DE ALMEIDA, SUS VICTORIAS, SU ADMINISTRACION.

Segun ya se ha visto, Francisco de Almeida habia partido de Lisboa en 1505 con el título de virey de las Indias. A su llegada á Cochín, donde se hallaba establecida la factoría portuguesa, habia comenzado á cruzar, y su sistema parecia estar opuesto al de Albuquerque, por cuanto suponía que los cruceros eran mas eficaces para la prosperidad del comercio de lo que podian serlo las colonias parciales, que segun su sentir, habia que abandonar despues. Dotado de ánimo caballeresco, segun lo confiesa su mismo rival, hizo la guerra por la guerra y no con miras graves de porvenir. Quizás se necesitaba un hombre por este estilo al arranque de las conquistas, para aterrorizar, no solo á los musulmanes que hab-

faban las islas de Africa donde tantas veces habian recalado, sino tambien á los Indios belicosos de la costa de Malabar. Con efecto, vémosle sucesivamente llevar la carnicería y el incendio á Quiloa, Mombaza, Panane y Dabul; levantó fortalezas en Sofala y Granganor; pero con todo esto su sistema era que habia que evitar el empobrecer el reino con el establecimiento de colonias costosas, fundadas en paises de infieles.

Despues de haber alcanzado algunas victorias señaladas, Almeida pasó á Cochin, y allí fué donde tomó el título de virey. Habia llevado consigo, segun dicen, una corona de oro, que queria colocar sobre la cabeza del mas fiel aliado de los Portugueses; pero el anciano rajá, cansado de peleas, se retiró á la soledad entre los Bramatchari, que sin duda le ofrecieron un asilo, y su sobrino fué quien recibió el don magnífico que Manuel destinaba á aquel.

Ya desde el principio se habia alarmado el soldan de Egipto á la noticia de las victorias inesperadas de un puñado de Europeos en la Asia meridional. Sus zozobras fueron á mas cuando las numerosas victorias de Almeida, hubieron retumbado por todo el Oriente, y no tardó en armar una expedicion poderosa para ir á destruir, en los mares de la India, á los que le arrebatában el comercio de aquellas rejiones. Cabalmente en el momento en que los cristianos se hallaban delante de Ormuz, el soldan confiaba doce bajeles de alto bordo á Mir-Hosein uno de sus jenerales, para pasar á la costa de Malabar; pero ya no se hallaba Almeida en la ciudad que habia elegido para asiento del gobierno en las Indias; D. Lorenzo de Almeida era quien mandaba en Cochin y velaba por la seguridad de Cananor. A pesar de la inferioridad de sus fuerzas, arrebatado además por el anhelo de reparar un revés que su padre le habia afeado, no titubeó en salir á ofrecer el combate á Mir-Hosein. Este arrolló á los Portugueses, y D. Lorenzo perdió la vida. Dos fidalgos que se habian salvado de la matanza pasaron arrebatadamente á Cochin, don-

de se hallaba el virey de vuelta; Almeida recibió la nueva aciaga con rostro impassible, y no lloró al que ardía en deseos de vengar. La derrota de D. Lorenzo probaba á los Hindos que no eran los Portugueses invencibles. Era forzoso ante todo reparar el revés padecido por un valor desacordado. Mostró en toda su grandeza lo que era, un noble alumno del rey Jcam II.

ESPEDICION DE ALMEIDA CONTRA LAS ESCUADRAS COMBINADAS DEL SOLDAN DE EGIPTO Y DEL REY DE CAMBAYA.

Vamos á copiar de Goulard, su fiel traduccion. «Almeida mandó tomar el rambo de Diu, donde se hallaba Mir-hocem, resuelto á pelear con Almeida en alta mar. Constaba su escuadra de tres buques mayores cubiertos, otros tres armados de espolones, seis galeras, cuatro barcas de Cambaya y los buques largos de Melichiaz, y muchísimos bergantines de Calicut; en una palabra, habia mas de cien bajeles en dicha escuadra. Los soldados de Mir-hocem, bien armados y anhelando el combate, estaban seguros de la victoria; los de las otras naciones estrañas unidos á ellos estaban en la misma confianza. Y lo peor era que en esta misma escuadra habia cristianos deseosos de llegar á las manos con los Portugueses... Los unos eran Venecianos, los otros Eslavones, que conducian las galeras. Los dos jenerales no perdonaron medio para alentar á los suyos... Almeida mandó levantar las velas de trinquete, y habiendo dado la señal, toda su escuadra se acercó al enemigo, pero á distancia tal que solo podian batirse á cañonazos.»

Estos preliminares de la batalla naval habian llamado á las murallas de Diu á la poblacion entera, la cual contemplaba la accion, de la que iba á depender con efecto el destino de una gran parte de los pueblos hindos. Llegado el día, Mir-Hosein creyó del caso arrimarse á Diu para poder echar mano de los socorros que conoció le serian imprescindibles. Despues de haber tomado sus disposiciones de batalla que indicaban su

firme resolucion de pelear, se colocó en el centro de la escuadra y aguardó el momento de la accion.

«Al dia siguiente, prosigue el obispo de Silves, despues que Almeida, hubo dado la señal á su ejército, Nuño Vasque Pereira fué el primero en dar la vela; siguiéndole todos los demás capitanes á tenor de las órdenes recibidas. Melichiaz mandó disparar la artillería de las murallas y de la torre contra la escuadra; y los cañonazos se llevaron á diez hombres mientras ferraban la vela de la nave de Pereira... No obstante Pereira sigue adelante y embiste al almirante Mirhocem, quien mandó soltar la cadena para ceñir á Pereira por la espalda y atacarle de frente y por retaguardia. Pereira, que lo advirtió, mandó disparar una gruesa pieza de batería que tenia á flor de agua contra aquel bajel, y el tiro fué tan acertado que lo traspasó de parte á parte, y se sumerjió la nave en el acto. Jaime Petrejo que mandaba una galera que bogaba delante de Pereira, habiendo descubierto la ventaja que tenían los enemigos por medio del vado, hizo seña á Pereira para que no siguiese adelantándose, por lo que mandó este amainar velas y se detuvo, lo cual visto por Mirhocem vino á saltarlo con sumo denuedo, y llegando al abordaje se trabó terrible combate por una y otra parte. Sin embargo, los soldados de Pereira entraron en la capitana de Mirhocem jeneralizando el combate con su equipaje, y entónces fué muerto Enrique Machado, que era uno de los mas esforzados de la jente portuguesa. El combate seguia sobre el puente, pero hallábase tambien empeñado por todas las jarcías y cables que van de popa á proa, por que los Portugueses se habian subido por ellos, y embarazados en su posicion, no necesitaban de poco valor y destreza para combatir con el enemigo de frente y con los que individualmente se les oponian. En este estado, uno de los navíos espolonados de Mirhocem separado de los demás vino á chocar contra el costado opuesto del buque portugués, lo cual dió mucho que

entender á la tripulacion y acrecentó extraordinariamente su peligro. En este conflicto Pereira trabajaba con infatigable ardor, ya para tener á raya al enemigo en lo mas reñido de la pelea, ya corriendo de un lado á otro para proveer á donde exijia el peligro, pero queriendo levantar la visera de su almete para respirar un momento, repentinamente recibió un flechazo que le pasó el cuello de parte á parte. Esto no obstante la victoria seguia indecisa; pero advirtiéndolo Francisco de Tavora el peligro en que estaban los soldados de Pereira, vino con presteza á aferrarse á la capitana de Mirhocem, y por uno de sus costados mandó que su jente trepase por las jarcías de la embarcacion enemiga, mas fué en tanto número la que se agolpó en ellas, que no pudiendo las cuerdas resistir el repentino peso, se rompieron precipitando sobre cubierta á toda aquella jente. Renovóse entónces con nuevo encarnizamiento la pelea siendo su resultado que la tripulacion de la capitana que quedó con vida abandonó el bordo. Los que tripulaban el buque espolonado inmediato á aquella, viendo que la mayor parte de la marinería y tropa habian sucumbido, quebrantada la embarcacion por varias partes, y dispersado el equipaje, trataron de ponerse en salvo del mejor modo que les fué dado, y aunque se hallaban sin persona capaz de dirigir su nave, con todo, aprovechando la impetuosidad de la marea lograron alcanzar la playa.

Entretanto los demás capitanes portugueses trabajaban cada uno por su parte... Almeida dirigia el combate constituido en atento observador de cuanto ocurría, y sus cañones hicieron tan crudo fuego, que consiguió echar á pique á uno de los mas grandes navíos de Mirhocem y algunas embarcaciones *largas*, con bastantes bergantines. En cuanto á Melichiaz, de cuando en cuando enviaba jente de refresco á los suyos para que continuase el combate. Además de esto recorria la playa con la espada en la mano hiriendo, y hasta matando á los fujitivos, obligando á los

demás á volver á la pelea, amenazándoles con la muerte sino obedecían. Al fin, á pesar de todo, los Portugueses salieron vencedores y fué tal la carnicería que hicieron en los enemigos que las aguas del mar quedaron enrojecidas: los Calcutanos fueron los primeros que se retiraron del aprieto, y procuraron ganar las alturas. Las embarcaciones largas de Melichiaz y las galeras de Mirhocem se abrieron en el puerto y fueron á parar á la embocadura del río. Rodrigo Soarez, que mandaba una carabela, viendo que dos galeras enemigas iban juntas, tomó su direccion para meterse entre ambas, lo cual habiendo conseguido, las enganchó con sus garfios por ambos costados y las detuvo, pasando á cuchillo á las tripulaciones, y obligando á los demás á saltar al agua para salvarse á nado, conduciendo en seguida la presa á Almeida. Quedaba un navío que era el mas alto y mejor equipado, forrado de cuero crudo, para quitar la comodidad de encaramarse á su bordo, é impedir el efecto de todo fuego que se le asestase. Estaba tripulado con mucha tropa del ejército, bien armada y aguerrida, y por otra parte tenían sus costados tal espesor que el cañon no podia fácilmente penetrarlos. Pero los navíos de Almeida la combatieron por tanto tiempo y con tanta furia que al cabo empezó á hacer agua, y su tripulacion no tuvo mas partido que echarse fuera, pero fué esta perseguida y muerta en las mismas ondas, de modo que el número que pudo salvarse fué muy corto.

«La batalla duró desde antes del amanecer hasta cerca la noche (1) en la cual perdieron los enemigos cuatro mil hombres, contando entre ellos ochocientos mamelucos del sultan de Egipto, de los cuales no se salvaron mas que veinte y dos.»

Como lo habia anunciado Francisco de Almeida en su breve exhortacion, la suerte del dominio portugués en la India dependia del éxito de

esta batalla. Creo que no se nos culpará de haber escuchado demasiado ciegamente las infinitas relaciones de los combates que pintan á cada página los historiadores portugueses de aquella época, pero sí, hemos querido referirle con los pormenores y orijinalidad de estilo (1), y con el vivo colorido que caracteriza en tan alto grado el mérito de nuestro antiguo historiador Simon Goulard. Esta batalla, como refiere este, traia el fin del poder de los musulmanes de Egipto, y tan convencido estuvo de ello Melek-Jaz, que se apresuró á concluir la paz con los Portugueses. Mir-Hosein, que habia manifestado tan distinguido valor y tan profundo conocimiento en esta lucha, temiendo la inconstancia de Melek-Jaz, que pudiera entregarlo á Almeida, se marchó apresuradamente al reino de Cambaya, y despues se trasladó al alto Indostan, pero los historiadores perdieron aquí su pista y nunca mas vuelven á hacer mencion del jefe de la confederacion de los Rumes.

ALBUQUERQUE NOMBRADO GOBERNADOR DE LAS INDIAS.

En los *Comentarios* existe una página verdaderamente dramática, que es aquella en que el autor, dando cuenta de los procedimientos judiciales á que habia procedido el virey de las Indias, á instancia de los capitanes, de quienes se habia visto abandonado hace poco, refiere el desenlace de tan singular acontecimiento. Hallábase un dia Almeida sentado en medio de los traidores que habian abandonado á Albuquerque delante de Ormuz, y confiados estos en la facilidad con que propendia dar cidos á la calumnia, se disponian tal vez á repetir sus relatos acerca de la audaz ambicion del capital jeneral, cuando Almeida les hizo saber que acababa de recibir noticias del reino, como se le llamaba entónces, por los buques que acababan de llegar. Oigamos al antiguo

(1) El orijinal dice, *depuis la nuit* (con la ortografia del tiempo del autor) *jusques au soir*.

(1) El orijinal se vale del texto de Goulard, en que campean los dotes á que se refiere el autor, y no es posible conservar ni transmitir en la traduccion.

historiador, que pone en boca de Almeida, las siguientes palabras: «Acabo, señores, de recibir pliegos, en los que S. M. me hace el mayor de los favores que podía hacerme: quiero decir, que habiendo terminado los tres años de gobernador me manda regresar á Portugal. Alfonso de Albuquerque me reemplaza y en adelante este será el que quedará mandando en la India... Y en verdad que el rey nuestro señor me hace en esto el mas alto favor, porque habiendo yo muerto para los contenidos que pueden esperarse de las cosas de este mundo, mis pecados merecian ciertamente que debiese yo sufrir antes de morir los trabajos que sobre mí han llovido.... Comprendiéndose que aludia Almeida á la pérdida de su hijo, pero esta noticia que les daba el virey los llenó de tristeza, particularmente á Joao de Nova, así como á los demás capitanes que habian hecho la guerra de Ormuz.»

Y como Antonio do Campo aconsejase imprudentemente la resistencia á las órdenes del soberano y la prosecucion de las diligencias ó informes contra Albuquerque, el virey contestó con suma cordura: «Ya no es tiempo; es necesario obedecer.» Para los estados de la India empezaba una nueva era de esplendor y prosperidad.

LLEGADA DE ALBUQUERQUE EN LA INDIA. — SU ENTREVISTA CON ALMEIDA. — PIDE ENTRAR EN POSESION DEL MANDO.

Si algun nombre ha sido transmitido á la posteridad mas ennoblecido por el grave y respetuoso carácter de la persona que ha designado, si algun nombre sugiere ideas de imponente grandeza, lejos de toda vulgaridad, sin duda este nombre es el de Albuquerque. Pues con todo esto, es necesario empezar la historia del héroe haciendo desceader al austero personaje del alto trono en que lo han colocado los siglos, y ver al vencedor de Ormuz á su llegada á la India, de que modo tiene que reclamar la posesion de un destino que le pertenece, sin poderlo conseguir sin

sobrados contratiempos, por mas que su predecesor hubiese proclamado abiertamente la justicia de su derecho. En una palabra, es necesario detenernos á contemplar al hombre mas grande de Portugal en presa de las injurias, de la irrisión, y del desprecio de parte de los mismos que algun dia no podrán menos de admirar sus virtudes. Aunque no lo refiere así la descolorida historia de la Clede, así se desprende de los Comentarios. Oigamos al mismo Albuquerque, en cuyo relato campea la verdad. Para que se comprenda la narracion original en todo su conjunto, basta recordar que Francisco Almeida no se mantuvo por mucho tiempo en su abnegacion jenerosa y que los enemigos de Albuquerque hallaron medio de hacer mella en su juicio debilitado ya por la edad, ó abatido por los disgustos. «Preocupado el virey con lo que se le decia, y sin detenerse, emprendió su viaje y llegó á Cochín el 8 del mes de marzo de 1509 con la resolucion de no entregar el gobierno de la India á Alfonso de Albuquerque, siguiendo en esto el consejo de los capitanes que habian huido cuando la campaña de Ormuz, y de otros sujetos de la misma clase. Así que Alfonso de Albuquerque tuvo noticia de su llegada, mandó venir los oficiales de la factoría, así como á Gaspar Pereira, y les manifestó que puesto que habia llegado el virey, habia dispuesto dirijirle una representacion acerca del gobierno de la India, para que se la presentasen como oficiales del rey, y estando aun reunidos y mientras Alfonso de Albuquerque ponía la representacion con Joam Estao, enviaron á decirle que el virey llegaba por el rio en la galera que habia tomado á los Rumes. Como los oficiales tenían obligacion de salirle al encuentro para recibirlo, dirijéronse todos al rio y entraron en una embarcacion con Jorje de Melo para ir con este en su busca. Cuando el virey los vió, salió de su galera y pasó á su bordo, y vino á desembarcar cerca de la fortaleza, en donde lo estaba aguardando todo el clero en procesion, y seguía despues Jorje Barreto, capitán de ar-

mas de Cochín con mucho acompañamiento. Alfonso de Albuquerque suspendió la representación que estaba dictando y se encaminó con algunos de los de su comitiva á recibir al virey, aguardando bastante tiempo en la playa á que desembarcase; pero así que el virey puso pié á tierra, aparentando no haberlo visto se dirigió á Jorje Barreto, lo abrazó y le hizo grandes halagos, así como á los demás circunstantes. Viendo Albuquerque el poco caso que de él se hacia, le tiró del largo vestido de brocado que llevaba, y le dijo: «Ola, señor, ved que yo estoy aquí.» El virey lo miró entonces, y le dijo que perdonase que no habia reparado en él, y sin mas satisfaccion empezó á andar, y todos en procesion se dirijieron á la iglesia, y el maestro Diego hizo un largo sermon en que fué prodigando sumas alabanzas al virey por la victoria que habia conseguido contra los Rumes. Concluida la funcion, el virey se dirigió á la fortaleza, acompañado de los capitanes y del pueblo reunido, y al llegar á las puertas le dijo Albuquerque: «Señor, ya que Dios os ha concedido tan señalada victoria para vengar la muerte de vuestro hijo con tanta gloria, y que nada os queda ya que desear sobre este punto, os ruego por favor que no haya altercado alguno entre nosotros, y me entreguéis el gobierno de las Indias en vista de los despachos que traigo del rey nuestro señor. Tened en mi confianza que no conduciré el pais á su perdicion, como os hacen creer mis enemigos. En Cananor os he dado á reconocer mis papeles por conducto de Antonio de Cintra que os los presentó, aunque no quisisteis examinarlos, dándome por consejo que no hiciese uso de ellos.» En este lugar de su discurso, llegó Gaspar Pereira á quien habia mandado llamar el virey y Albuquerque continuó así: «Gaspar Pereira, ya que sois el escribano adicto á mi empleo, os intimo de parte del rey nuestro señor, notifiqueis á todos los capitanes fidalgos y soldados que se hallan presentes, los poderes que he puesto en vuestras manos, en virtud de los cuales ordena nuestro soberano

no al virey me entregue el gobierno de las Indias. Entregadme inmediatamente acta de la contestacion que me dará dicho virey, ó de no haberme contestado.» Así que Alfonso de Albuquerque hubo pronunciado estas palabras el virey le volvió la espalda replicándole: «Vos no teneis escribano adicto á vuestro empleo en donde yo estoy,» y entró sin darle mas contestacion. Gaspar Pereira entró tambien con los poderes que Albuquerque le habia entregado, siguiendo la comitiva del virey, y lo mismo hicieron otros varios, poniéndose á reir y burlándose de su pretension, y Joao de Nova, que se hallaba presente, dijo á Almeida, que no haria mal en mandarlo á Portugal con un par de grillos, porque era un loco que no sabia lo que se hablaba.»

Tan fatal consejo por desgracia no fué sino demasiado pronto puesto en ejecucion; un buen religioso, Juan Mateo, habia sido puesto en prision porque desaprobaba, aunque sin faltar al comedimiento, la conducta del virey. Albuquerque se presentó á este pidiendo su libertad. A pesar de sus títulos, fué preso el mismo Albuquerque y cargado de cadenas fué embarcado en un buque portugués y conducido á Cananor.

Pero justamente era en esta ciudad en donde debia verificarse el cambio de destino que debia tener la India y en la ceguedad de su ira Almeida no hizo mas que enviar á su rival á prevenir su mismo triunfo. En efecto, á los pocos dias, una de las primeras dignidades del reino, el mariscal de Portugal, que habia recibido el mando de quince velas, desembarcaba en Cananor, y ponía sus fuerzas á disposicion de Albuquerque, con quien lo unían relaciones de parentesco, y que por otra parte declaró reconocerlo como á virey. No fueron desde este instante necesarios muchos dias para que los asuntos de Cochín cambiasen de aspecto. Almeida entregó el mando que habia conservado demasiado tiempo; Joao de Nova murió en el aislamiento, lejos de su patria, pero si bien pedia el decoro nacional que se tri-

butase homenaje al atrevido navegante, el mismo Alfonso de Albuquerque fué el que tomó á su cargo semejante tributo. Joan de Nova, casi abandonado de todos, fué conducido á la tumba por el nuevo virey, que presidía el duelo vestido de riguroso luto, y el sentimiento que manifestó el gran capitán en aquella triste ceremonia absolvió ciertamente hasta mas allá de la tumba al antiguo soldado que pudo caer en algun error.

Alfonso de Albuquerque se manifestó en tan delicada ocasion lo que habia sido siempre, magnánimo y jeneroso. Perdonó á sus enemigos existentes como acababa de perdonar la memoria del muerto, y se abstuvo de hacer sentir á su predecesor el humillante peso de una orgullosa conmisericordia. Almeida se embarcó para Portugal el año 1508. Tomáronse todas las disposiciones para que el faustoso buque que montaba lo aportase felizmente al puerto de Belen, y para que el vencedor de los Rumes pudiese gozar de su triunfo en la lujosa corte de D. Manuel. No tuvo Albuquerque la culpa de que una deplorable temeridad (1) privase á Portugal de un personaje verdaderamente noble y bizarro, cuyo orgullo no obstante lo habia hecho alguna vez injusto (2).

Así que hubo partido Almeida

(1) Francisco de Almeida, habiendo aportado en el Cabo de Buena Esperanza, fué muerto en un encuentro con los Cafres; fué herido mortalmente con una pica puntiaguda endurecida al fuego.

(2) Almeida tenia alguna excusa en su orgullo; no solo descendía de una de las primeras familias del reino, sino que se habia conquistado justa reputacion frente á Granada, y todo el mundo se acordaba aun que Juan II le habia hecho el alto honor de sentarlo á su mesa. A lo menos, así lo afirma Barbosa Machado. Cuando se embarcó, D. Manuel lo acompañó hasta la playa; concediéndole entónces el derecho de escorjer para sí un objeto de valor de 500 cruzados sobre cada presa que se hiciese, pero el bizarro capitán jamás hizo uso de esta gracia. Como Juan de Castro fué el hombre mas íntegro de aquel grande período en que estuvo al frente del gobierno, ostentando en todas ocasiones su extraordinario desinterés. Habia acompañado á Alfonso V á Francia como ya hemos visto, y el mismo soberano lo mandó á cumplimentar á Luis XI en el momento de desembarcar en Provenza.

fué necesario poner en ejecucion el gran proyecto que habia guiado al rey D. Manuel para enviar una expedicion mas considerable que ninguna de las que hasta entónces se habian dirigido á la India. El mariscal declaró que no habia venido á aquellas lejanas rejiones para entender en asuntos de comercio, importándole muy poco el tráfico de mercancías, pues que su mision se concretaba á destruir á Calicut. Los vientos monzones exijian que la expedicion saliese sin demora, pero aconsejaba la prudencia que se madurase con cautela prevision. Albuquerque hizo lo posible por calmar el foso ardor del mariscal, pero este no escuchaba mas que la impaciencia por volver á Portugal. El virey se vió obligado á ceder, y el momento de partida quedó resuelto positivamente. Una circunstancia sin embargo disculpaba esta precipitacion. Por relacion de ciertos Brahmas, enviados á observar por el rey de Cochín, se supo que el Samorí se hallaba ocupado entónces, persiguiendo los jefes rebeldes del interior.

Partió pues la flota y fué incendiada Calicut, pero, como lo habia previsto Albuquerque, el éxito de la expedicion fué lastimoso. Despues de haber permitido el saqueo del palacio del rajá, los naires se rehicieron y atacaron con sumo ímpetu al desgraciado mariscal. D. Fernando Cutiño hizo el último esfuerzo de valor, pero no pudo resistir y sucumbió herido mortalmente de una flecha (1).

Secundado Albuquerque por su sobrino Antonio de Noroña, hizo en esta ocasion verdaderos prodijios de valor: con su acostumbrada serenidad logró reunir las tropas que el

(1) Este personaje, hombre de grande valor pero poco reflexionado, comprendió demasiado tarde la importancia de los consejos que le habia dado Albuquerque. « ¿ Con qué esta es la ciudad de Calicut, con qué meteís tanto ruido en Portugal? » decia dirijiéndose al palacio. Todavía se le exortó entónces á que no se fiasse demasiado, porque aquellos soldados negros y pequeños, eran sagaces y atrevidos. Los pocos instantes fué victima de aquella jente que tanto habia despreciado. Vide Comentarios de Albuquerque, tomo II.

escesivo ardor del mariscal habia comprometido con poco acuerdo. Gracias á sus esfuerzos pudo retirarse en orden, y las fuerzas inmensas que D. Manuel habia enviado, quedaron intactas y dispuestas para el triunfo de otra expedicion.

TOMA DE GOA.

Sabíase de cierto que advertido oportunamente el Samorí, habia conseguido reunir sus fuerzas, con cuyo medio venia con un inmenso ejército contra los Portugueses. No habia sido por tanto demasiado prudente que los cristianos se hubiesen detenido á combatir con tanta desproporcion de fuerzas. Ya Albuquerque que dirigia sus miradas hácia el golfo Pérsico, sin abandonar sin embargo sus pretensiones sobre el reino de Calicut, como lo habia dado á entender escribiendo al rey de Narsinga cuando se vió obligado á modificar sus proyectos hallandose en Cintacora. Cuando entró en el puerto que acabamos de nombrar, un jefe indio, aliado desembarcaba en el tambien al frente de numerosas fuerzas marítimas cuyo jefe muy conocido en el pais con el nombre de Timoya le hizo ver que un golpe de mano, que podia ejecutarse sin grande trabajo dirijiéndose á lo largo de la costa, los haria dueños de la ciudad de Goa que no podria menos de rendirse á una tropa valerosa y audaz que se presentase al intento.

Hallábase esta ciudad privada de su rey, al cual designan los historiadores portugueses con el nombre de *Sabayo*, y esta capital del reino musulman, enclavada entre las posesiones de los rajás indios, se encontraba en aquel momento entregada á todos los horrores de la anarquía y de las disensiones religiosas. El único jefe que podia allí ofrecer resistencia era un tal Melek—Cufergugi, pero apenas contaba con mil hombres aguerridos que pudiesen hacer frente á los cristianos. Timoya ofreció su cooperacion y sus consejos confiado en que la conquista habia de resultar en su provecho. El talento y penetracion de Albuquerque previeron al momento las venta-

jas que podrian resultar á Portugal de tal auxilio, así que, se hizo al momento á la vela despues de haberlo aceptado. A los pocos dias se hizo dueño del castillo de Pangí, fortaleza que impide la entrada de la barra de Goa, cuya ventaja fué debida al arrojó de la tropa que mandaba Antonio de Noroña. La ciudad entera no tardó en someterse, casi sin hacer armas, y Goa llamada mas tarde *la ciudad Dorada*, Goa que debió ejercer mas adelante una influencia tan decisiva en los destinos de la India, vió undular el pendon de los cristianos en su principal mezquita.

Niaguna de las ciudades que hasta entónces habian visitado los Portugueses presentaba elementos tan opuestos de creencias religiosas y de costumbres como Goa. Conquistada á los Indios tiempo habia, confundíanse dentro de sus muros las sectas del islamismo, de los Turcos, de los Rumes de los Moros, de los Persas, de los Parsis y últimamente de los Brahmas. Esta reunion de hombres acostumbrados á la tolerancia de sus reciprocas religiones, no podia ser sino muy favorable para que se entronizase el dominio de los cristianos. La capital de la antigua Tizuari, era por otra parte el paso que conducia á los reinos de Narsinga y al Dekhan. Albuquerque por lo mismo no debia vacilar. Goa debia ser el punto central desde donde se dilatarian en adelante los esfuerzos de los conquistadores.

En vano Timoya reclamaba la soberanía de la isla y de su capital: sus pretensiones fueron diestramente eludidas. Nada por otra parte le habia prometido Albuquerque, así que desvió las demandas del príncipe indio, aunque gracias á la habilidad y firmeza que supo ostentar en esta ocasion, el aliado de los Portugueses debió contentarse con los ricos dones y vastas posesiones territoriales que se le señalaron. Finjió el indio despreciarlas en un principio, pero eran bastantes para contentar á cualquiera que no hubiese formado pretensiones tan elevadas como las de aquel que no se dirijian á nada menos que á la soberanía.

Goa se rindió el día 17 de febrero de 1510. La dominación de los cristianos no era el resultado de una conquista en que se hubiese derramado mucha sangre; así pues, musulmanes, Indios y Parsis, pudieron volver á sus domicilios. Esta conquista, como espresan los antiguos cronicones, llenó el alma de Albuquerque de puro gozo, y esto, porque sometiendo la isla de Goa había llenado un gran designio, y porque en su prevision, la capital de las indias portuguesas debían elevarse en la misma plaza que los Moros habían elegido, con preferencia á otras muchas para establecer el emporio de sus relaciones. Había en esta elección un motivo de conveniencia incontestable, y sobre todo una razon de grave política.

Los proyectos del conquistador sin embargo, no podían realizarse inmediatamente. Habiéndose ausentado momentáneamente del país, un príncipe mahometano. Adel-Schah, tuvo la suerte de tomar la ciudad á los cristianos, pero no gozó largo tiempo del buen éxito de aquel golpe de mano. Alfonso de Albuquerque se presentó de nuevo delante de Goa, y el 25 de diciembre del mismo año volvió á verificar su conquista, y á sujetarla definitivamente al imperio de Portugal. Dícese que Goa no costó á los Portugueses mas que diez y seis hombres, siendo así que muchos millares de musulmanes perdieron allí la vida. Todo volvió en breve á quedar en buen orden. Albuquerque tomó severas medidas de represión, y las propiedades fueron respetadas. Los Comentaristas atestiguan que desde un principio y al plantear la nueva administración se redactaron unas leyes ú ordenanzas llenas de humanidad y justicia, y muchos siglos antes que los presuntuosos Ingleses se gloriasen de haber abolido el uso insensato del *sutti* ó *sati*, Albuquerque había prohibido el espantoso sacrificio de las viudas en Goa.

PROYECTOS DE CONQUISTA, PRIMERAS ESPEDICIONES HACIA MALACA.

Mientras tan prodijiosos aconteci-

mientos tenían lugar en las Indias proyectos mas vastos todavía, se discutían en el consejo del rey Manuel. Desde los principios del siglo XVI el pueblo portugués había tenido motivo por la intrepidez de sus hijos de llamar á su soberano que no lo era mas que un rincón del globo, el *rey afortunado*. No se trataba ya como en tiempo de D. Joam II de algunos centenares de leguas á lo largo de las desiertas costas de Africa, para satisfacer la ambición del nieto de D. Enrique. A través de las guerras que nunca tenían fin, la jeografía había hecho progresos y los deseos de conquista caminaban con los adelantos científicos: una simple ojeada en los imperfectos mapas de aquel tiempo, en los de Joao de Nova por ejemplo, había bastado para sujerir de que importancia podrían ser los dos pasos que se consideraban ya como los dos puertos indispensables para el comercio del Asia, esto es, el estrecho de la Sonda y el de Malaca, y ambos escitaban los deseos de la corte de Lisboa en igual grado de ambición. Sin embargo el de Malaca pareció preferente porque si bien la vía que proporcionaba era menos segura, ofrecía á los Portugueses mas rápido paso para surcar el golfo de Bengala y desde allí alcanzar las rejiones que la antigüedad había calificado con el pomposo nombre de Quersoneso de oro.

Ya se había tratado de Malaca y de su importancia mercantil en el consejo del rey D. Manuel, cuando Don Francisco de Almeida había sido vi-rey de Indias. Ilustrado el rey con las continuas discusiones sobre estos puntos, dispuso que uno de los mas hábiles navegantes de la armada, Diego Lopez Sequeira, saliese de Lisboa con una flota. Las instrucciones que se le dieron prevenían que no solamente iría á reconocer la situación de aquella ciudad, sino que probaría entablar relaciones entre los habitantes y Portugal. Llegó Diego Lopez á Malaca no sin haber tenido que vencer bastantes obstáculos, y fué recibido con aparentes manifestaciones de buena amistad. Tales demostraciones de benevolen-

cia, que no parecieron sospechosas ocultaban sin embargo la mas perfida traicion. El almirante portugués, concediendo demasiada confianza á la raza malaya, se vió en peligro de perecer con todos los suyos, víctima de los traidores lazos que le armaron los *Moros*. Tanto allí como en la costa del Malabar los mercaderes árabes, que tenian sus factorías en estas rejiones desde tiempo inmemorial, se concertaron con el gobernador de la ciudad, para destruir á los extranjeros. Diego Lopez pudo salir ileso de la urdida trama, pero no pudo evitar que treinta hombres de su pequeño ejército quedasen prisioneros en poder de los Malayos. Desde aquel momento quedó declarada la guerra por los Portugueses al rey de Malaca. Diego Lopez Sequeira regresó á Europa precisamente en la época en que tenia lugar en la India otro grande acontecimiento. Alfonso de Albuquerque se hallaba entregado y proseguia sin tregua las guerras de dicho pais y sobre todo las que dirigia contra las costas de Ormuz. Esto impidió que se dirigiese de contado á castigar la traicion de los Malayos. Pero así que hubo verificado la conquista de Goa, así que hubo fijado en ella el asiento del imperio portugués en Asia, tomó la resolucion de encaminarse á domar á aquellos astutos pueblos, y debe observarse que tal resolucion fué suya enteramente, pues que las órdenes de Lisboa le obligaban á tomar otra direccion.

Este grande hombre nos ha dejado un testimonio de la impresion que hizo en el imperio malayo la noticia de sus victorias. Dejaremos hablar los Comentarios sin quitar nada de la pompa de este estilo algo oriental que no deja de convenir á tales proezas. « Como Goa era una ciudad de gran nombradía en todas las rejiones y reinos de la India, propagóse la noticia por los mercaderes de Calicut, y se hizo saber de que modo el grande Alfonso de Albuquerque habia arrojado de ella á los Turcos. Cuando esta noticia llegó á Malaca el *Bandarra* (*literalmente, el ministro de justicia*), que gober-

naba la comarca en nombre del rey su sobrino, temió que Alfonso de Albuquerque viniese á tomar venganza de su traicion. Era este príncipe tan artero como astuto, y empezó á proveer la ciudad con aprestos y víveres considerables, y visitando á Ruy de Araujo y á los demás prisioneros que se hallaban detenidos en una casa en que vivian sufriendo bastante, y sin darles conocimiento de lo que sucedia en la India, les dijo que la sublevacion que les habia manifestado contra los Portugueses habia acontecido sin que hubiese mediado orden ni consejo de su parte: que los Guzarates y Javanos lo habian hecho todo, sin que él tuviese el menor conocimiento de ello, y solo porque temian que los Portugueses los maltratasen cuando saliesen de este puerto; pero que por su parte, estaba resuelto á castigarlos severamente, por que lo que mas deseaba era merecer la amistad de los Europeos, y verlos concurrir en el mercado de Malaca (1)». Desde este momento la suerte de los prisioneros que no eran mas que diez y nueve empezó á mejorar. Se les concedió cierto grado de libertad, con lo cual pudo Araujo tener noticia de las victorias de sus compatriotas; y como hombre hábil y discreto, supo sacar partido de su posicion, y por medio de un moro llamado Abdalah, cuya confianza se habia atraído, no tardó en mandar Albuquerque noticias exactas, de las cuales no dejó de aprovecharse á tiempo el vencedor de Goa.

Sin embargo levantábase un obstáculo para dirigirse desde luego á este punto. El rey de Portugal le encargaba en todos sus escritos redoblase sus esfuerzos para posesionarse de la ciudad de Aden, que debia mirarse como la llave del estrecho del mar Rojo, y en donde, si los Portugueses logran construir una fortaleza, les seria fácil espulsar á los Moros del comercio de aquellas rejiones. Lo que todavia hacia mas necesaria la diligencia de emprender esta expedicion era sobre todo la no-

(1) Comentarios de A. de Albuquerque parte 3ª. cap. 10. p. 53.

ticia que se había esparcido por todas partes, de un inmenso armamento intentado en Egipto. El sultán del Cairo preparaba una numerosa flota en Suez para venir á atacar á los Portugueses y arrojarlos de la India. Conocia Albuquerque la necesidad que habia de seguir las órdenes del rey, y haciendo preparar una inmensa flota se dirigió hácia el estrecho: los vientos contrarios lo obligaron en breve á tener que recalar en Goa. Por otra parte los monzones que soplan desde la India hácia el mar Rojo habian ya cesado, y esta circunstancia fué precisamente la que lo determinó á emprender la expedición de Malaca. Considerando pues el virey que no podia ya dirigirse á Aden, resolvió, de acuerdo con los demás jefes, sacar partido de la flota y de ir á castigar al Bandarra. Así pues despues de haberdejado en seguridad las fortalezas de Gananor y de Cochín, hizo vela para Malaca. Constaba la expedición de diez y nueve velas, montadas por mil cuatrocientos hombres, pero es necesario observar, que en este pequeño ejército no habia mas que ochocientos Portugueses, siendo los demás Musulmanes ó Indios.

Sin embargo, como indica un historiador portugués, Malaca no era entonces una especie de villa arruinada como ahora. Aunque la mayor parte de sus edificios eran de madera cubiertas de hojas de palmera, *olas*, habia algunos bastante importantes, y bastante número de torres de manpostería, y la ciudad se estendia á una legua á lo largo de la costa. Segun el cálculo de los mismos habitantes, encerraba á lo menos hasta cien mil almas. El puerto, ó mas bien la ensenada, que se hallaba á corta distancia, contenia considerable número de embarcaciones de diferentes estados. La India, la China, el país de Siam, las islas mas civilizadas de la Oceania tenian á esta ciudad como al depósito natural en que tantos pueblos diferentes concurrían á verificar sus cambios (1).

Sin ninguna importancia en su origen, bastaron noventa años para encumbrarse al grado de esplendor de que entonces gozaba.

Segun ya hemos insinuado, el Bandarra no era el verdadero señor de aquel país, aunque este fué el primer príncipe con quien estuvieron en contacto los Portugueses. Próximo pariente del rey administraba la ciudad en su nombre. El soberano que entonces reinaba era Mahamed. Desde luego echó de ver lo que tenia que hacer, y en medio del terror que le infundian los estrangeros, conoció que era necesario sacrificar aparentemente al jefe imprudente cuya conducta los habia irritado; por lo menos así lo refieren los comentarios de Albuquerque, cuando describen la llegada de los Portugueses delante Malaca.

El carácter capcioso y cruel con que se pinta á la raza malaca parece manifestarse aquí con toda su astucia y enérjia. Desde los primeros instantes conoció Albuquerque que la desconfianza le era tan necesaria como el valor. Era tal la ardiente actividad de este hombre extraordinario, que antes de entrar en el puerto de Malaca, ya se habia apoderado de ocho embarcaciones morunas que la casualidad le trajo á las manos durante su navegacion.

La razon que le justificaba su venida era la cautividad de los cristianos, y esta es la que hizo valer desde el primer momento. Apenas la flota portuguesa habia fondeado, cuando el sultán mandó á preguntar si tanto número de embarcaciones habian venido con intenciones hostiles ó de paz; manifestando que él deseaba ante todo vivir en amistad con los Portugueses. Que un acto reciente de su gobierno podria justificarlo, puesto que habia mandado ajusticiar al Bandarra, primera causa del movimiento popular en que algunos

celente sobre las antiguas costumbres, religion, artes, etc. de la raza malaya, deducida de los libros orijinales de esta nacion. Pueden consultarse las *Memorias, cartas, y relaciones relativas al curso de las lenguas malaya y javána, teniéndose en la Bibl. real de Paris en los años 1840-41, y 42, etc.* — Paris 1843 — en 8º.

(1) Mr. de Laurier ha publicado una obra es-

cristianos habian sido muertos. Albuquerque le contestó que estaba muy convenido de su inocencia, pero que despues de haber castigado al mas culpable, todavia le faltaba poner en libertad á los Portugueses, añadiendo, que por no haber cumplido con este indispensable requisito, el rey cristiano, en cuyo nombre venia, le habia mandado tomar cumplida venganza de tan manifiesta injuria.

Un fenómeno natural, muy cono- cido en el pais, daba alguna esperanza al sultan: creia, y con razon, que no debia hacer mas que ir con- temporizando, esperando la estacion en que cesan los vientos monzones, en cuyo caso la flota portuguesa, ó debia regresar á la India, ó permanecer en Malaca, y en este último supuesto su ruina era inevitable. El sultan por lo tanto empezó haciendo brillantes promesas, pero no soltó los prisioneros. Mientras eludia la peticion que se le hacia, mandaba salir del rio un sinnúmero de ca- nos que son las únicas embarcacio- nes que pueden flotar en él. Estas *láncharas*, como allí se les llamaba, iban armadas en guerra: pasaron por delante la flota como si hubiesen querido amenazarla, aunque evitan- do principiar las hostilidades.

Con aquella prontitud de resolu- cion, que sujere algunas veces una posicion embarazosa y que trastor- na todos los planes concebidos, Al- buquerque resolvió tomar la inicia- tiva: destacó cuatro chalupas bien armadas, y haciéndolas desfilar á lo largo de la costa empezó á bombar- dear la ciudad. Veinte barcas ene- migas probaron de apagar el fuego abrasador del virey, pero pronto se vieron obligados á meterse en el puerto, porque Albuquerque mandó nuevas embarcaciones en auxilio de las primeras. Mahamed se decidió entónces á hacer proposiciones de paz, asegurando que en el momen- to en que se concluyese un tratado de alianza, entregaria sin demora los prisioneros cristianos.

Pero á pesar de los preludios de pa- cificación la ciudad se fortificaba con actividad, y se ponian ocho mil pie-

zas de cañon de todos calibres que tenia Malaca, en estado de rechazar al enemigo. Habrá tal vez alguna exajeracion en este número de pie- zas, pero además de la formidable artilleria, el sultan podia disponer de fuerzas infinitamente superiores á las que tenian los cristianos: tenia veinte mil extranjeros á su sueldo, y una muchedumbre sin cuento de Malayos. La confianza que tenia en sus fuerzas le hizo desatender los consejos que le dieron algunas per- sonas influyentes, las cuales no so- lamente le instaban á que entregase los prisioneros cristianos, sino á que indemnizase á los Portugueses de los daños que habia sufrido la flota de Diego Lopez.

Irritado con tantos superfujios, y cansado ya de tantas dilaciones, Albuquerque resolvió no dar oídos á mas proposiciones, mientras no se empezase por enviarle los prisione- ros. Aguardó que se los entregasen durante algunos dias, y viendo que su esperanza salia siempre frustra- da, tomó una resolucion estrema. Dió orden pues para que dos barcas saliesen á incendiar las casas de la ciudad mas inmediata al mar, y pa- ra que hiciesen lo mismo con los na- víos guzarates que prestaban auxilio al sultan. Este espediente trajo el resultado que era de esperar. Apenas se principió el incendio cuando los cautivos portugueses fueron remitidos al virey. Los magnates de la ciu- dad, que fueron los que los acompa- ñaron, no pusieron mas condicion sino que cesasen las hostilidades.

Albuquerque mandó suspender el incendio que iba á reducir la ciudad á cenizas, y además de 300.000 cru- zados que pidió de indemnizacion de daños, cuyo pago quedó estipulado en debida forma, exigió, como jefe diestro y previsor, que se le permitiese levantar una fortaleza en la misma ciudad, para que sirviese de factoria á los Portugueses. Mahamed no podia oponer resistencia ostensi- ble, así que dió muestras de adherir á la proposicion del vencedor, pero continuando secretamente en poner los fuertes en estado de guerra. Al- buquerque quiso imponer de nuevo

á sus enemigos con el brillo y con el asombro de una victoria difícil, y resolvió sitiar á Malaca.

Un antiguo viajero francés, *Francisco Pirard*, que recorrió aquellas rejiones en el siglo diez y seis, elogia hasta cierto punto el valor de los Malayos, y aun que los pinta como dotados de mucha mayor enerjía que los Indios, termina su cuadro diciendo que son obstinados, soberbios, hasta en su modo de andar, grandes embusteros y ladrones.»

Conocia á fondo Albuquerque el carácter de la nacion con quien debia pelear, y por lo mismo quiso sembrar el terror entre los Malayos con una resolucion vigorosa y fuerte. No contaba menos en el entusiasmo y valor que animaba á sus soldados, así que, el día de Santiago fué el que se eligió para el ataque. Ruy de Araujo le sirvió de mucho auxilio en esta ocasion con sus consejos, y por ellos resolvió ante todo Albuquerque apoderarse de un puente que unia la ciudad á un grande arrabal llamado Upi. Apesar de la numerosa artillería y de los elefantes de guerra que las tropas malayas dirijian con sus castillos armados contra los Europeos, el éxito fué tan completo como lo habia calculado el gran capitán. El ataque habia empezado al amanecer, y á medio día el puente se hallaba en poder de los Portugueses, y los palacios del rey ardian completamente. Llegada la noche y fatigados los soldados de la continua agitacion de tan feliz jornada, pedian algunas horas de reposo. Albuquerque no pudo menos de doblarse á tan justa exigencia y dió orden para retirarse á la flota, aun que no abandonó el punto sin llevar consigo cincuenta piezas de grueso calibre, que defendian el puente de Ubi. En este ataque muchos Portugueses habian salido heridos con flechas envenenadas. Los Malayos no contentos con el uso de estas terribles armas, habian llenado la playa de abrojos, cuyas puntas estaban igualmente impregnadas de veneno. La toma de la ciudad se hacia tal vez mas difícil de lo que habia parecido. Albuquerque vió que era necesario volverse á apode-

rar del puente. Una gabarra armada de un modo formidable tuvo orden de entrar por el rio, pero no pudo vencer la barra, y detuvo su marcha, y otro tanto sucedió á otra embarcacion de menos porte. Esta situacion difícil continuó por algunos dias, hasta que al fin una marea proporcionó el paso y entónces se procedió resueltamente al desembarque. Las medidas que Albuquerque adoptó fueron tan acertadas, que el enemigo no tardó en hallarse entre dos fuegos. Mientras la artillería de los Portugueses obraba por un lado, el cañon que llevaba la gabarra hacia fuego por otro, llenando de consternacion á aquellos miserables, de modo que pocas horas bastaron para que el puente quedase otra vez en poder de Albuquerque, y para que, aterrado el sultan, y sin esperanza de salvar la ciudad, se encerrase en la mezquita fortificada que habia por el lado de Upi. Entónces á pesar de los desesperados esfuerzos de los Malayos, las tropas de Albuquerque penetraron en la ciudad. El virey se habia avanzado por el puente hacia el sitio en que era mayor el peligro: iba á entrar por una calle desierta, en donde hubiera perecido indubitablemente, cuando un soldado le advirtió que no pasase adelante. El enemigo habia preparado unas hoyas disimuladamente cubiertas, cuyo fondo estaba erizado de puntas envenenadas en donde debian morir entre agudos tormentos los que penetrando por esta parte hubiesen caido en ellas. Albuquerque se dirigió entónces á la mezquita, pero la encontró ya ocupada por el sultan.

La prudente precaucion del jeneral habia puesto el puente en tal estado de defensa, que las tropas malayas no pudieron recobrarlo, por lo que la parte mas considerable de la ciudad quedaba ya en poder de los Europeos. A pesar de esto lo restante de esta inmensa capital debió conquistarse palmo á palmo y casa por casa, de modo que no costó menos de nueve dias su completa ocupacion. Los Malayos despues de inauditos esfuerzos de perseverancia y de valor se retiraron abandonando completa-

mente sus antiguos hogares á los Portugueses.

El botín fué inmenso, y segun los documentos del mismo Albuquerque resulta que el vencedor se hizo dueño de tres mil piezas de artillería. Todas las riquezas que se encontraron en la ciudad fueron distribuidas á los soldados: Albuquerque no reservó para sí mas que algunos objetos curiosos que destinó para el rey Don Manuel. Apartó igualmente seis leones de bronce, para ornato de su propio sepulcro (1). Tan alto desprendimiento no maravilló entonces á nadie. Toda aquella jeneracion de antiguos y honrados Portugueses unia la mas jenerosa abnegacion á su indisputable grandeza de alma. Lo que debe celebrarse sobre todo tanto en Albuquerque como en Almeida, es aquel profundo conocimiento del jenio y carácter de los pueblos que conquistaron, y el haber respetado hasta cierto punto sus preocupaciones y supersticion. Y es que estos hombres singulares, tan eminentes se ostentaron en la guerra como eminentes eran por su vasta instruccion. Pacheco, Antonio de Noroña, Juan de Castro, ofrecen testimonios irrefragables de esta verdad, basta leer los comentarios de Albuquerque para quedar convencido de su rara erudicion. Su alto ingenio descubrió ya en aquella época los ocultos tesoros que guardaba para nuestro siglo la antigua literatura Sanscrita. En Malaca tuvo la habilidad de saberse conciliar la afeccion de aquellos indijenas, respetando sus opiniones y sus principios. Las autoridades que se establecieron en Malaca fueron jente malaia y portuguesa alternada. Poco tiempo bastó para que el comercio volviese á brillar de nuevo, y el esclarecido conquistador tuvo la gloria de añadir una poderosa colonia, que tan brillantes frutos debia dar á su metrópoli, á las vastas conquistas de que ya tenia motivo de envanecerse Portugal.

SEGUNDA ESPEDICION DE ALBUQUERQUE CONTRA ORMUZ.

Albuquerque era un personaje dotado de pronta ejecucion y de prevision justa y perseverante: en medio de las victoriosas espediciones que renovaba con tanta frecuencia en los mares de la India, y jamás habia perdido de vista sus proyectos sobre Ormuz, por que comprendia admirablemente la ventaja de las posiciones jeográficas y el carácter de los pueblos que Portugal podia utilizar. En el intervalo que habia mediado desde su primer viaje y el que ahora proyectaba, la fama de sus inmensas victorias no podia menos de haber llegado á oidos del Coje-Atar. Este jefe árabe reiterando con astucia sus protestas amistosas, segun las circunstancias, habia mandado á decir al virey, que Ceisadim pagaria el tributo que se estipuló en otro tiempo, y hasta que reconoceria la soberania de Portugal bajo la simple condicion que se hecharia completamente en olvido todo motivo de antiguo resentimiento. Albuquerque, aceptando con agrado tales protestas, recibió al mismo tiempo los pagos atrasados en cuyo débito estaba Coje-Atar, de modo que segun la expresion de un antiguo escritor portugués, su nueva nombradía habia conseguido en gran parte lo que sus armas no habian podido hacer.

Sin embargo el virey recibia órdenes de la metrópoli: así es que no pudo contentarse con las concesiones que se le hacian, sino que el dominio de Portugal tenia que establecerse en Ormuz. Con este motivo, el jeneral hizo rumbo para dicha isla en 1514 segun Barros, ó en 1513 segun Galvano. Esta vez se hallaba al frente de una flota considerable, aunque hay discordancia sobre el número de sus fuerzas. El primer anhelo de los Portugueses era terminar la fortaleza, cuya construccion habia sido suspendida y de la cual se habian apoderado los Musulmanes.

Es necesario recordar aquí, que el año anterior, el mismo sobrino del

(1) Véase el periódico titulado *O Panorama*. T. II. p. 203.

jeneral Pedro de Albuquerque, habia recibido órden de ir á reconocer las costas del golfo Pérsico y de doblar el Cabo Guardafui. Este oficial habia solicitado muchas veces de los musulmanes, el que le fuese restituído el fuerte empezado años atrás por sus compatriotas, pero aun que el gobierno de Ormuz hubiese cesado de manifestarse hostil á los Portugueses, sus instancias fueron siempre en vano.

Mientras Albuquerque afirmaba su poder en la India habian acontecido grandes cambios políticos en Ormuz. Ceifadim habia muerto envenenado. Torun-Schah le habia sucedido en el trono, y la persona en quien habia este despota depositado toda su confianza era, en 1513, un viejo persa llamado Rais Nordim. Pero precisamente en el momento en que el jeneral portugués se presentaba delante de Ormuz estallaba nueva revolucion. Rais-Hamed, sobrino del ministro, se habia apoderado de la persona del soberano, y lo habia puesto en prision, cargando además de hierros á su propio tio, resultando que la ciudad sufria un yugo mas despótico que nunca. Así que supo la noticia de la llegada del ejército de Albuquerque, Rais-Hamed cambió de política: puso en libertad al príncipe Torun-Schah y lo mismo hizo con su tio Rais Nordim. El atrevido usurpador temia á los Portugueses, y no queria arrastrar la intervencion de su jefe. El primer paso que dió Albuquerque fué pedir la fortaleza: las fuerzas navales con que venia, inponian á los Musulmanes, por lo que le fué entregada de contado, y los Portugueses tomaron posesion de ella en nombre del rey de Portugal. Faltaba concluirla, y Albuquerque desembarcó para dirigir y vijilar por sí mismo los trabajos, á los cuales daba con razon la mas alta importancia.

La cautividad de Torun Schah aun que se hubiese hecho mas llevadera, no por esto habia cesado, lo cual tuvo cuidado el viejo ministro de ponerse en conocimiento de Albuquerque, cuya intervencion reclamó al propio tiempo. La resolucion del je-

neral fué pronta, Ormuz bajo el gobierno de Rais-Hamed iba á caer en poder de la Persia; así que quedó resuelto quitarle el poder y la vida. Esta moral inexorable, en uso entre los conquistadores, podia disculparse en el jeneral europeo por los siniestros proyectos que abrigaba el usurpador musulman. Parece que el cauteloso jefe de Ormuz tenia resuelta la ruina de Albuquerque, y este proyecto fué justamente lo que apresuró su muerte.

Habíase convenido entre Torun-Schah, Rais-Hamed, y Rais-Nordim, que se iria á visitar á Alfonso de Albuquerque en dia determinado, con la condicion espresa de que la entrevista se tendria sin armas. Semejante convenio, como puede presumirse, no fué cumplido: Portugueses y Musulmanes iban previstos secretamente de puñales y sobre todo Rais-Hamed vino armado. Entró por tanto delante de todos en la sala, y reparando Don García de Noroña que llevaba armas, le hizo la natural observacion de tal irregularidad, pero Rais-Hamed le contestó con altanería, que la prohibicion no hablaban con su persona, y sin mas gritó á Torun-Schah que no entrase por que los Portugueses estaban armados. Entónces el intérprete Alejandro de Ataíde, tomándolo del brazo, le dijo que le iba á dar á reconocer todas las salas, para que se desengañase y se asegurase por sí mismo que no habia hombre ninguno de guerra en todo el recinto. Llevólo á presencia de Albuquerque, y ordenóle este que se desarmase, por cuanto viniendo de aquel modo infringia el convenio que se habia hecho. A estas palabras Rais-Hamed puso mano á la empuñadura de su yatagau, pero Pedro de Albuquerque, sobrino del jeneral, se colocó entre él y su tio, y Rais-Hamed, ciego de ira, cojió á Albuquerque por el vestido. Este se desprendió de él con violencia y gritó á su sobrino « Matarlo. » Los puñales ocultos brillaron entónces en manos de los Portugueses, y una sola palabra del jeneral fué suficiente para que Rais-Hamed quedase revolcándose en su

sangre. Torun-Schah entró entonces y viendo á este jefe asesinado, manifestó alguna inquietud, pero Albuquerque lo recibió con tantas muestras de deferencia que quedó enteramente tranquilizado. Durante este tiempo, y aun que nada sabían de lo que acababa de suceder, los partidarios del muerto, viendo que le habían cerrado las puertas, habían llegado con hachas para derribarlas; pero habiendo el virey dado la señal, que era el disparo de una arma de fuego, los soldados del exterior empezaron á acosar á los Moros con tanto vigor que estos no tuvieron mas partido que retirarse. Torun-Schah salió entonces á lo alto del edificio para calmar á los revoltosos, acompañado de su antiguo ministro Nordim y del general portugués. El hermano del muerto reclamó entonces que se les entregase á Rais-Hamed, y Alfonso de Albuquerque le contestó que lo que le podría dar seria la cabeza. Con esta contestacion se convencieron los amotinados de que su patrono había muerto, y por lo tanto se encaminaron al palacio y se hicieron fuertes en él. Las cosas habían llegado á un término que parecia inevitable el que se llegase á las manos, pero Nordim con su consumada prudencia tuvo habilidad para esquivar el peligro, terminándose todo sin efusion de sangre, conviniendo los partidarios del difunto Rais-Hamed en salir de la isla (1).

Desde entonces quedó consolidado en Ormuz el poder de los Portugueses y terminada la formidable fortaleza debia garantizarlo sin que fuese dado á los orientales intentar cosa alguna para destruirlo (2). Ormuz fi-

nalmente quedó hecho el emporio de un inmenso comercio envidiado por los Asiáticos. remplazando esta ciudad, en gigantescas proporciones, la famosa feria de Lamego en la península, á donde el reino de Granada conducía la edad media las drogas del Oriente, siendo como el depósito de la capital de Portugal ya muy comercial en aquel tiempo. Albuquerque siguiendo su prudente práctica hizo pronto sentir al país la benéfica influencia de su alta prevision. La administracion quedó cimentada en las bases mas equitativas, el comercio recibió un impulso prodijioso, de modo que tan notable prosperidad dió origen en aquel siglo al siguiente adagio « Cerca está el Paraiso sino está cerca Ormuz. »

DESCUBRIMIENTOS DE LOS PORTUGUESES EN LOS MARES DE LA INDIA.

Mientras Alfonso de Albuquerque verificaba con tan maravillosas conquistas, las cuales le han granjeado el sobrenombre de grande, no por esto descuidaba los descubrimientos que pudiesen enriquecer á su país. Antonio Galvano nos refiere que á fines del año 1511, envió á tres naves á las islas de Banda, y á las Molucas, cuyo mando confió á Antonio de Abreu, á cuyas órdenes iba su pariente Francisco Abreu, á quienes se entregaron ciento veinte hombres para llevar á cabo tan peligrosa expedicion, creyendo el virey que la jente que había bastado á Cristóbal Colon para hacer frente á sus primeros trabajos, debió bastar igualmente á estos para subyugar algunas islas. Costearon pues la isla de Sumatra, y habiéndose adelantado mas allá de Java encontraron á *Anjoam, Simbala, Solor, Galam, Manluva, Vitara, Rosalanquim, y Arons*, de donde venían los bellos pájaros llamados del paraiso, en el siglo diez y seis. Continuaron de este modo alargando su viaje hasta unas 500

cantidad de balas, ballestas, fusiles, y bombas incendiarias, y mandó decir al rey que enviaba todo aquello al capitan del Jaque Ismael, porque aquella era la moneda con que el rey de Portugal tenia ordenado á sus capitanes que pagasen el tributo.»

(1) Véase el excelente tratado que se titula *Cuadros históricos*. Tomo I del *Panorama*.

(2) El plano de esta fortaleza se encuentra en la obra manuscrita de Barreto de Recende, titulada: *Tratado dos visos-reys de India*, un vol. en fol. en la Bibl. real de Paris.

Sabida es la contestacion del virey á los reyezuelos del Golfo que le pedían el tributo de tiempos atrasados. El hijo del Gran Capitan, sino es el mismo Albuquerque, es el que refiere este notable acontecimiento, con la extrema sencillez que sigue: « Y mandó traer de los navios gran

leguas, y Galvano afirma que los nombres que él da son los primitivos que tuvieron dichos países, lo cual advierte, por que los cosmógrafos algunas veces les han dado otros. Llegaron en seguida á las islas de *Buro* y de *Amboine*, y despues de haber atacado á *Guliguli*, dieron fuego á uno de los buques porque era demasiado viejo para continuar tan peligrosa navegacion. Desembarcaron en la *Banda*, y se cargaron allí de nuez moscada, de clavo, y otras especias, y al año siguiente de 1512, hicieron rumbo para *Malaca*. *Francisco Serrano*, de quien hablaremos mas circunstanciadamente dentro de poco, encalló desgraciadamente en un bajío y tuvo que dirigirse á *Mindanao* con nueve ó diez individuos mas de su tripulacion que se salvaron del naufragio. *Antonio Galvano* hace observar que estos navegantes fueron los primeros europeos de la Península que visitaron las islas que llamaron entónces *de las especias*, los cuales siguieron cruzando aquel archipiélago por espacio de siete ú ocho años. *Antonio de Abreu* continuó su derrota hasta *Malaca*: mas tarde se le vió figurar en las guerras que estallaron por la posesion de las Molucas entre España y Portugal. Recordemos por último que en 1513, *Fernando Perez de Andrade* consiguió una de las mas brillantes victorias navales contra las fuerzas marítimas del sultan de *Java* (1).

Falta hacer ver la sorpresa que causaron estos descubrimientos y victorias en el espíritu de los habitantes de Europa, y el cambio que produjeron en las expediciones comerciales, sin omitir el entusiasmo religioso á que dieron igualmente lugar. Para esto nos transportaremos

(1) Estas primeras expediciones se hallan elegante y detenidamente circunstanciadas en la obra que publicó *Argensola* ó sea la historia completa de las islas Molucas, que se tradujo en otros idiomas, y en francés por «*Jacques Desbordes*.» Debe advertirse sin embargo, que en este libro sufrieron notable alteracion los nombres propios portugueses, y que en esta descripcion se ha procurado restituir los verdaderos.

por un momento á *Roma*, haciendo observar de paso que todavía se ignora en *Lisboa* el feliz éxito de la última expedicion de *Ormuz*.

EMBAJADA DEL REY DON MANUEL AL PAPA.

El gran proyecto de *Juan II* se habia realizado á contar desde los primeros meses del año 1514: el pensamiento cuya árdua ejecucion se habia emprendido y continuado con tanta perseverancia destreza, y energía se habia realizado. El comercio de las Indias se escapaba á los *Venecianos*. Para lo sucesivo no faltaba mas que una mera formalidad que llenar: tomar acta solemne de la posesion á la faz del mundo cristiano, lo cual emprendió á fondo el nuevo rey, amigo del fausto y diestro sobre todo en saber sacar partido de las circunstancias, capaz por otra parte de saber encaminar en ventaja del país que gobernaba las tendencias de aquel siglo, en cuyo conocimiento aventajó sin disputa á los demás soberanos. Resolvióse pues enviar una embajada á *Roma*, y resolvióse sobre todo, que fuese digna de la gran novedad que debia publicarse. Esta embajada por lo mismo debia sobrepasar por su fausto y esplendor, por su poética magnificencia, á cuanto *Roma* hubiese visto de esta clase.

La persona que mereció la eleccion para desempeñar tan alto cargo y representar la persona del rey *D. Manuel* cerca del papa, fué uno de aquellos hidalgos, tales como los producía entónces Portugal, de un solo rostro y de una sola palabra, como decia el poeta *Sa de Miranda*. *Tristan de Acuña* recibió pues el título de embajador extraordinario cerca de Santa Sede. Acompañábalo su hijo *Nuño de Acuña* que debia algun día hacerse célebre en aquellos países, cuyas maravillas iban á divulgarse. *Simon* y *Pedro Vazquez de Acuña* debían acompañar al embajador su pariente, con un séquito numeroso de caballeros. *Diego Pacheco*, y *Juan de Faria*, personajes de primera nobleza de aquel

tiempo, y de los mas instruidos de la nacion llevaban igualmente título de embajadores.

El día 12 de marzo de 1514 fué el que señaló el soberano pontífice para recibir esta mision santa. Como á cosa de las dos de la tarde salieron los embajadores del palacio del cardenal Adriano: iban precedidos de infinito número de músicos ricamente vestidos y montados en soberbios caballos. Las trompetas, las chirimías, y los timbaleros del rey hacian resonar los aires con sus melodías españolas, á las cuales respondian los músicos del papa. Trescientos mulos ricamente enjaezados seguian inmediatamente cargados de tapicería de la India y de ricos tejidos de seda, los cuales conducian por la brida trescientos palafreneros vestidos con magnificas libreas. Seguia despues el rey de armas de Don Manuel vestido con un manto de tisú de oro, en el cual brillaban las armas de Portugal dentro de una aureola de perlas y rubies. Detrás de este venian cincuenta caballeros hidalgos á caballo, vestidos de brocado, cuyos sombreros estaban atestados de gruesas perlas, y cubierto de aquel polvo, semilla de perla, que llamamos aljófar: nada habia que pudiese compararse con la riqueza de sus collares, y era tal el lujo de los jaeces y arneses, que las bridas de los caballos, y hasta los estribos eran de oro macizo, engastados con piedras preciosas de inmenso valor. Nada diremos del séquito innumerable de criados que acompañaban á este ejército de caballeros, como dice un historiador antiguo. Lo que principalmente llamaba la atencion era un enorme elefante indio traído de Goa. Este jijantesco animal llevaba el cofre en que venian los presentes que el rey D. Manuel destinaba al Santo Padre. Una manta de tisú de oro con las armas reales cubria los objetos de que iba cargado, y bajaba hasta los piés del animal. El nairo, *indio noble*, que lo conducia iba vestido de seda y oro. Seguia un caballo persa de mucho precio que el rey de Ormuz habia regalado á su nuevo aliado; mon-

tábalo un cazador, y en la grupa llevaba una de aquellas ájiles pante-ras que los Persas saben adiestrar para la caza de los antilobos. Los embajadores del imperio germánico, de Francia, de Castilla, de Polonia, los que habia enviado Luca, Bolo-nia, Venecia, este tal vez de mala gana, un hermano del duque de Milan y muchísimos prelados, salieron al encuentro de los enviados portugueses. Si á tan extraordinaria comitiva se añaden los cardenales, y los eclesiásticos y seculares portugueses que se hallaban entónces en Roma, podrá formarse una idea de la brillante comitiva que se habia reunido á la embajada portuguesa. En cuanto á la muchedumbre del pueblo que se habia agolpado de todos los cuarteles de Roma y hasta de los contornos, basta decir, que de tal modo inundaba las calles y las plazas, coronando además los altos de todos los edificios, que fué necesario que la policía tomase disposiciones para abrir paso á Tristan de Acuña. El papa se habia transportado al castillo de Santángelo con los cardenales para recibir la embajada. Así que la comitiva llegó delante del palacio, saludólo una triple descarga de artillería, y á las infinitas aclamaciones que por todas partes se oian victoreando al rey de Portugal, se mezclaban los sonidos de las trompetas, de las chirimías y de los timbales que retumbaban por los aires llenando la ciudad santa de júbilo y de alborozo. Cuando el elefante hubo llegado delante del papa, obediendo á su nairo hizo tres jenuflexiones, y levantando su arqueada trompa arrojó gran cantidad de agua de olor, prevenido para esta circunstancia, con lo cual roció al Padre Santo y al sagrado colegio: continuando despues vistosas evoluciones repitió el oloroso río que hizo descender sobre la absorta plebe que lo rodeaba. Desde la época del emperador Federico en que otro magnífico elefante habia llenado de admiracion á los habitantes de Cremona probablemente la Italia no habia gozado de espectáculo semejante. Así fué que el jigantesco animal

fué el que más mereció los honores en aquella jornada: la pantera y sus ájiles ejercicios no pudieron cautivar, como aquel, la atención de los circunstantes, y esto que los autores que dan cuenta de este suceso se esmeran en prodigar sus elojios á su rara ajilidad.

El presente que el soberano portugués enviaba al papa consistía en un *pontifical completo* de brocado, recamado en toda su estension con magnífica pedrería tan variada por su brillo, como por los hermosos cambiantes de sus colores. Notábanse en él muchas granadas de oro macizo, cuyos granos representaban otros tantos finísimos rubies, y las flores de los demás bordados eran imitados con perlas y otras piedras preciosas. El diamante, la amatista oriental, la esmeralda y el rubí, se hermanaban maravillosamente en aquel fondo de tisú de oro. La vista de los hombres dice un antiguo historiador, no se había fijado hasta aquel día en presente de mas rico valor. Una tiara, un anillo pontifical, cruces, cálices, incensarios de oro macizo y puro, centelleando con la pedrería, y todo trabajado á martillo, como tiene mucho cuidado de advertir la antigua crónica, acompañaban el presente. Para émulo y complemento de inaudita magnificencia y ostentación, se distribuyeron infinidad de medallas de oro del tamaño de una gruesa manzana, del valor de quinientos cruzados cada una.

Leon X recibió á los embajadores con honores extraordinarios. Diego Pacheco le arengó en latin, y él contestó en el mismo idioma. Se notó que el Padre Santo se estendió en su contestacion mucho mas de lo que tenia costumbre de hacer en casos semejantes, insistiendo en la gloria que refluya sobre la nacion portuguesa y sobre el rey D. Manuel, con motivo de tan grandes descubrimientos. Concluida la ceremonia levantóse el Papa para retirarse y Tristán de Acuña llevando devotamente la cola del manto pontifical, lo acompañó hasta su retrete. Fué tanta la impresion que hizo en todos los

ánimos aquella pomposa embajada, que el enviado del emperador, escribiendo á su amo le decia, que si entre los pueblos cristianos se podia citar alguna embajada de notable magnificencia, seguramente que pocas serian las que se igualasen á aquella. « Jamás se han presentado á ningún papa de la iglesia romana, ornamentos tan ricos, tan hermosos en sí, y de tanto precio. »

Por lo demás esta embajada no fué la única que se verificó al pontífice durante los primeros años del siglo diez y seis. Ya en tiempo de Julio II Diego Pacheco había prestado homenaje por los nuevos descubrimientos debidos á Bartolome Díaz, Vasco de Gama y Almeida. Cuando las conquistas del gran Albuquerque, Tristán de Acuña podia repetir con mucha mayor razon: « Portugal ofrece á Roma cristiana las tierras nuevamente descubiertas. Presenta todos estos reinos á manera de holocausto y los pone á los piés de la ciudad eterna pues que no reina mas que en el pensamiento. » En verdad que no fué sino muy memorable la época en que el pequeño reino de Portugal ofreció un imperio ya pacificado, sobre los vastos países que ya había sometido á sus armas, á Roma maravillada á tanta fortuna y de tan inmenso poder. Pero distamos mucho de haber llegado al fin de nuestra historia; por necesidad tenemos que volver á las vastas rejiones orientales que eran las que llamaban enteramente la atención de Roma y de Lisboa, dando pábulo á las reflexiones sin agotar jamás el asunto que las sugería.

CEILAN.

La antigua Táprobana, la deliciosa isla de Lauská en que la mitología india se complacia en colocar los combates de Rawan, contra el ridículo Hanuman, debía ser en breve el teatro de mas terribles guerras sin duda que aquellas que nos han consignado las bellas poesías del país. Desde el año 1503, como hemos visto, el temible Lorenzo de Almeida había hecho tributario de Portugal á uno de los reyes mas

poderosos de aquella isla, y Boenabogo-Pandar se había obligado á pagar al soberano europeo, en cuyo vasallaje se reconocia, dos mil quintales de canela, y una cantidad pactada de rubís y de záfíros, sin contar un sinnúmero de objetos útiles y preciosos, entre los cuales deben citarse algunos elefantes de guerra.

Por este tiempo los Portugueses habían fundado la fortaleza de Colombo, y un capitán, con el encargo especial de proteger el comercio de la nueva factoría, se vió revestido del mando de la isla por su jóven conquistador.

Cuando los Portugueses pusieron el pié por primera vez en aquellas playas, conducidos por los vagos informes que tomaron en todo el oriente y que convenian sobre todo en las inmensas riquezas de Lauská, el país distaba mucho de estar sujeto á un solo soberano. Contábase entonces el reino de Cota, el de Colombo, el de Reigan, y en la punta mas austral el de Gale, que confinaba por oriente con el de Jaula y Uva, cuyos estados abarcaban la parte central de la isla. Al oriente de estos reinos se hallaba el Vilacen. Los estados marítimos mas orientales, opuestos á lo menos en parte á los que acabamos de nombrar eran Batecalu por un lado, y Triquilamala; Sofragam y Mataré Cotiar por otra, y por último Jafanapatan, con la isla de Manar (1).

(1) Estos pormenores se han recogido de una obra preciosa de la Biblioteca de Mr. Ternaux-Compans, titulada: «Rebellion de Ceilan, por autor Juan Rodríguez de Saa. Lisboa 1681. El de este libro poco conocido, hijo del antiguo gobernador de Ceilan, ofrece un interés incontestable acerca de las antigüedades, antiguas divisiones, y tradiciones poéticas del país. Cuando habla de las noticias que tenia Roma de Ceilan, conseguidas con motivo de sus antiguas conquistas, el autor de esta curiosa historia hace mencion de las monedas romanas descubiertas en 1575, en la fortaleza de Manar. Habla sobre todo de las magníficas ruinas de Mangulcorso, célebres en los cantos tradicionales de los Chingulayos, bajo el nombre *Amurai-pura*, que equivocadamente atribuye al dominio romano, por que deben colocarse con mas probabilidad entre los restos del culto búdhico. Pretende que habia en la isla un palacio con mil seiscientas columnas de mármol, cuya arquitectura ninguna semejanza

Mas tarde, cuando los Portugueses hubieron estendido sucesivamente sus conquistas, no solo se alteró la forma de los gobiernos, sino que hasta desaparecieron los nombres de los reinos, y los estados independientes, que no tardaron en caer en el dominio portugués, se vieron designados con el solo nombre de provincias. Como reinos no quedaron reconocidos mas que el de Kandy, el de Uva, y el de Jafanapatan.

Después de las primeras conquistas y aun en tiempo de Alfonso de Albuquerque, el rey de Cota, protegido por los Portugueses, vió acrecentar considerablemente su poder. Maduma su hermano, se coligó con el Samori, y verdaderamente le hizo iocansable guerra. Con motivo de estas guerras interminables la de Colombo fué de las mas peligrosas que hubo en las Indias, esto es, empleando las mismas palabras de Sa de Meneses: «la escuela en que venia á aprenderse todo el valor y toda la disciplina militar.»

COMERCIO CON LAS ISLAS MOLUCAS.

Conforme lo hemos insinuado, poco tiempo después que el gran Albuquerque hubo sujetado á Malaca, fué cuando este grupo de islas, ya conocido de los orientales, y cuya riqueza no podia menos de atraer á los Europeos, empezó á adquirir alguna celebridad entre los nuevos conquistadores. La nuez moscada, el sándalo blanco, que no se encuentra mas que en estas rejiones, y tan apreciado en Kanara, Narsinga y Cambaya, el oro en bastante abundancia, el aljófar ó simienta de perla, tan usado en los adornos de gusto, todo debia contribuir á desterrar de estas islas el sosiego en que las habían tenido con las obras orientales de esta clase. Complácese en hacer la descripción de un templo que tenia 366 pagodas ó templetes, dedicadas á los días del año. Como la sinceridad con que se expresa el historiador no puede menos de confesarse, seria muy del caso examinar escrupulosamente sus relaciones. No debe perderse de vista que la isla de Ceilan tiene 300 leguas de circuito y que contiene 700 leguas cuadradas, y que su territorio inmenso puede ofrecer mas de una maravilla que no podrá menos de haber escapado á la diligencia de este investigador.

jado hasta entónces los soberanos orientales de Java y de Malaca. Así es que desde principios del siglo diez y seis se habían establecido en algunas de las fértiles islas de aquel archipiélago los recién venidos, con ánimo de conservarlas.

Por aquella época, aun que no se haya podido averiguar exactamente el año, fué cuando el ilustre virey de Indias envió á las Molucas á Francisco Serrano, amigo y aun pariente á lo que se cree, de Magallanes, el mismo que con motivo de los datos exactos y precisos que suministró al célebre navegante, mereció mas tarde ver su nombre inscrito entre los de otros notables personajes, cuya fama vivirálo que durare la historia.

Francisco Serrano había recibido órden de levantar un fuerte en una de estas islas, pero no pudo llevar á cabo su empresa por una circunstancia muy extraña. Los régulos malayos se disputaron, segun se cuenta, el logro de conservar entre ellos á estos extranjeros, que segun su modo de pensar, debían dar al comercio un impulso extraordinario. Con la idea de sujetarlos á todos, dice un escritor moderno, que Serrano no quiso nunca tomar mas título que el de pacificador, y esto fué lo que al fin ocasionó su ruina como era fácil de prever.

A principios del mismo siglo pasó también á las Molucas Duarte Barbosa, el cual recorrió aquellos países por espacio de diez y seis años recojiendo noticias interesantes, que aun que no se publicaron sino tres siglos despues del suceso, no por esto son menos admirables y preciosas, cuyas relaciones se publicaron en Lisboa en una obra que lleva el siguiente título: *Collecção de Noticias para á historia é geografia dos nações ultramarinas*, quedando consignadas en el tomo segundo las que se refieren á Barbosa.

Pero ambicionadas las Molucas desde un principio por dos potencias rivales dieron ocasion á un viaje célebre. Colocado el archipiélago de un modo incorrecto, como debía suceder en las cartas de navegar de aquel tiempo, un error jeográfico fué tal

vez la única causa de la expedición mas maravillosa que jamás haya tenido lugar, despues de la de Colon y de Vasco de Gama. Mas adelante pues y cuando á consecuencia de los esfuerzos de Magallanes quedó reconocido que dichas islas pertenecían al vasto imperio de Portugal, un hombre, cuyo heroismo no ha sido bastante celebrado fuera de su patria, Antonio Galvano, pacificó estas regiones, y en partes las sometió al cristianismo. Este atrevido capitán no tuvo solo la gloria de la espada ó el renombre del saber sino que Juan Barros nos cuenta que supo hacerse amar de tal modo de aquellos habitantes que en Tidor y en Ternate se conservaban muchos cantos populares compuestos en su loor. Galvano fué el primero que fundó un colegio religioso en Indias; este hombre, nunca bastante admirado, por su inconcebible moderacion y desinterés rehusó la corona de Ternate, y supo resignarse á morir en un hospital como Luis Camoens.

ULTIMOS ACONTECIMIENTOS DE LA ADMINISTRACION DE ALBUQUERQUE.—SU MUERTE.

Tales fueron los principales descubrimientos que señalaron las épocas de Almeida y de Albuquerque. Para conseguir mas perfecta idea de su importancia y estension, es necesario dirigir la vista á los esfuerzos que por otra parte se intentaron sobre la Abisinia, acerca de los cuales hablaremos dentro de poco. El hombre grande, á quien el rey D. Manuel era deudor de un imperio tan vasto, se disponía á volver á la capital de las Indias, cuando una circunstancia fatal, vino á abreviar el curso de sus días. Algun tiempo antes de su memorable expedición había remitido á Portugal, en clase de presos, á dos sujetos, cuyas faltas merecían este rigor, segun se expresa un escritor contemporáneo, uno de ellos era Albergaría, de quien no tardaremos á hablar en esta historia; Albuquerque supo, á poco, que no solo estos hombres se habían sabido sincerar en la corte, sino que uno

de ellos habia sido nombrado capitán jeneral de Cochín, lo cual le excluía á él, que era el virey de Indias, de aquel mando, y el otro, provisto con el empleo de secretario ó jefe de la misma secretaría. Llególe esta noticia cuando se disponia á hacerse á la vela, y levantando las manos al cielo, exclamó: «Por amor á los hombres estoy mal con el rey, y por amor al rey estoy mal con los hombres,» y en seguida continuó: «Anciano, acójete á la iglesia y acaba de morir; importa á tu honor el que mueras, y tú jamás has dejado de hacer lo que ha importado á tu honor.»

Este grande hombre tomó inmediatamente cuantas disposiciones le parecieron necesarias para asegurar la tranquilidad de los países conquistados; esmeróse principalmente en que esta noticia no ocasionase alguna turbulencia en la fortaleza que acababa de levantarse en Ormuz; en una palabra proveyó á todo con su acostumbrado peso y acierto, y se encerró con su secretario para añadir un codicilo á su testamento. Dejaba un hijo, y la suerte de este no lo afectó poco en aquellos momentos. Acerca de este escribió al rey de Portugal, el siguiente párrafo. «Señor en el instante en que estoy escribiendo, sufro un temblor que es la verdadera señal de mi cercana muerte. En el reino tengo un hijo, y lo que pido á Vuestra Alteza es que me lo haga grande, por el merecimiento de mis servicios, en cuanto he tenido ocasion de manifestarme verdadero servidor de Vuestra Alteza. En cambio de mi paternal bendición ruego á mi hijo que os haga esta misma súplica. En cuanto á los asuntos de la India, nada digo, ellos os hablarán por ella y por mí.»

«En cuyo momento, añade el antiguo historiador, se halló tan debilitado, que no podia mantenerse en pie. Pedía sin cesar á Dios que le permitiese llegar á Goa, y que allí dispusiese S. M. lo que mas pudiese convenir á su santo servicio, y así que llegó á tres ó cuatro leguas de la barra de Goa, mandó á tierra en busca del vicario jeneral fray Domin-

go y de Alfonso el médico; y como á causa de su estrema debilidad no podia comer cosa alguna, pidió que le trajesen un poco de vino tinto del que aquel año habia llegado de Portugal. El bergantin dió fondo en la barra un dia sábado, 15 de diciembre, á la hora de media noche. Cuando se hizo saber á Alfonso de Albuquerque en que lugar se habia fondeado, levantó las manos al cielo y dió gracias al Todopoderoso por el favor que le habia hecho de llegar al punto que tanto habia deseado. Habiendo llegado á bordo el vicario jeneral, permaneció platicando con él, y con Pedro de Alpoem, secretario de Indias, que fué despues su ejecutor testamentario. Besaba el crucifijo, y no faltándole todavía la voz, rogó al vicario jeneral, que era tambien su confesor, le leyese la pasion del Señor segun el evangelio de San Juan, santo de su mayor devocion. Ordenó en seguida que se le pusiesen las insignias de la órden de Santiago, del cual era comendador; deseando morir con dicho hábito, y el domingo, una hora antes de amanecer, entregó su alma á Dios. Allí terminaron sus trabajos, los cuales jamás le habian procurado la menor satisfaccion.»

SINGULAR IDEA QUE FORMARON LOS INDIOS DE LA MUERTE DE ALBUQUERQUE.

Solo despues que hubo dejado de existir este grande hombre pudo apreciarse la extraordinaria influencia que habia ejercido sobre los pueblos orientales. Cuéntase, que cuando fué necesario transportarlo á la última morada, Goa le hizo magníficas exequias. Los veteranos, que tantas veces lo habian acompañado en sus peligrosas expediciones, siguieron la pompa fúnebre hasta la capilla designada en su testamento para servirle de sepultura interina, pues habia dispuesto en su codicilo, que sus restos mortales fuesen conducidos á Portugal. Vestido con su hábito de comendador de la órden de Santiago, conducido con el rostro descubierto, y llevado á hombros

de personas que se disputaban este honor, se dijo que sus ojos estaban abiertos, y que su cana y venerable barba ondeaba dentro del féretro, movida por el viento. Los Indios y los Musulmanes no sabían dar crédito á su muerte. «No ha muerto, decían, ha pasado á mandar los ejércitos de los cielos.»

ULTIMAS RELACIONES ENTRE EL REY
D. MANUEL Y ALBUQUERQUE.—ER-
ROR HISTÓRICO CORREJIDO.—DOCU-
MENTO AHORA POCO DESCUBIERTO.

Si Albuquerque hubiese vivido algunos años mas, la Europa habria visto empezar los prodijiosos trabajos que debían haber hecho cambiar la faz de todas las rejiones regadas por el Nilo, pero muerto el hombre extraordinario, creador del gran pensamiento, nadie imaginó tocar á tan gigantesco proyecto. Una *mala inteligencia* haciendo bajar al sepulcro al jenio mas poderoso que jamás haya tenido Portugal, fué causa que todo quedase sin ejecucion. Insistimos en la causa de tan grande desgracia, porque parece que hay motivo para absolver al rey D. Manuel de la nota de ingratitud. El retardo de una correspondencia difícil parece haber sido esta vez la única causa de la muerte del ilustre anciano, pues la carta descubierta hace pocos años en los vastos archivos del convento de Alcobaza, es una prueba irrefragable de que Albuquerque fué víctima de un error acerca los intentos de su soberano. En efecto, en una carta cuya fecha es de 11 de marzo de 1516, D. Manuel participaba á su virey de Indias, que por la noticia que acababa de recibir por Venecia habia llegado á su conocimiento la toma de Aden y sus últimas victorias. Añádiale que si le habia invitado á retirarse, y si le habia designado como á sucesor á Lupo Soares de Albergaria, era con el fin de que viniese á descansar, y al mismo tiempo para que pudiese entenderse con el nuevo nombrado sobre todo cuanto tuviese relacion con los asuntos de Indias, pero que en vista de las novedades indicadas, y porque mas convenia al servicio de Dios

que siguiese en el Asia, le mandaba nuevos despachos, para que se tuviese por supremo gobernador de aquellos países, desde la costa de Cambaya hasta la de Mozambique, administrando toda la tierra firme. Espresábase en dicha carta, que quedaba enteramente independiente de Lupo Soares, que todo el mundo debiese prestarle obediencia, y que fijase su residencia en Aden, ó en otro cualquier punto del estrecho. Añadiase además, que todas las tropas transportadas aquel año por la flota de Indias debiesen servir á sus órdenes. Mandaba el rey al mismo tiempo, que conservase toda preeminencia, conservando su servidumbre y tren como antes de la llegada de Lupo, y finalmente, despues de varias recomendaciones en que campea el espíritu del siglo, suplicaba el monarca á su ilustre Lugar Teniente, no llevase á mal la division que acababa de hacer del gobierno, pues debia él mismo convencerse de cuan importante era asegurar la dominacion portuguesa en el mar Rojo, para la conservacion de las Indias. Acerca de lo cual conducia el rey su escrito á este grande hombre del modo siguiente. «Si estuviéseis en el reino, no podríamos elejir persona mas adecuada que vos para enviar á esos países, luego con mayor razon lo hacemos, pues que ya estais en ellos, y toda vez que esto se halla casi unido á los deberes de vuestro destino, y al complemento de vuestra gloria, por esto debeis hacerlo.» Albuquerque no recibió semejante carta de su soberano (1).

LUPU SOARES DE ALBERGARIA.

A los datos poco conocidos que acabamos de ofrecer al lector añadiremos, que el enemigo de Albuquerque no gozó como él del alto título y suprema dignidad de virey. En efecto, Albergaria no fué mas que el tercer gobernador de las Indias, de cuyos numerosos trabajos,

(1) Este precioso documento, del cual ningún historiador ha dado cuenta, ha sido insertado por D. José Joaquín Soares de Barros en las «Memorias de literatura, publicadas por la academia de ciencias de Lisboa en cinco tomos.

no obstante, vamos á presentar una breve reseña. Desde luego podrá observarse que Albergaria no era realmente un hombre inferior al rango al cual lo habia elevado el rey D. Manuel. Salió de Lisboa en 1515 y desde 1517 empezó á dar brillantes pruebas de su valor. Al frente de una flota de treinta y seis buques, sembró el terror por las costas de la Arabia, y por complacer al rey de Cochín, que nunca se habia separado de la alianza de los Portugueses, destruye á Grauganor y Panane. Incendia estas ciudades indias, y dirigiendo sus esfuerzos contra la isla de Ceilan, hace tributario de Portugal al rey de Colombo. Despues de haber levantado una fortaleza en la isla, consigue otras victorias no menos importantes y se restituye á su cuartel jeneral. Duró su gobierno tres años, pero le sucedió lo que jeneralmente acontece á los que tienen que sufrir el parangon con hombres de ingenio extraordinario; su nombre no ha pasado á la posteridad, sino para recordar el dolor mortal que ocasionó al héroe de la India.

INFLUENCIA DE LOS TRES CONQUISTADORES.—ESTADO DE LAS INDIAS HACIA LOS AÑOS 1518.

Coge Safar, conocido tambien por *Rhodjá-Safar* escribia, segun se cree, al rey de Cambaya, que Albuquerque habia ganado mas reinos que soldados tenia para conservarlos. Esta hipérbole, verdaderamente oriental, revela completamente el májico terror con que el atrevido caudillo supo deslumbrar y confundir á sus enemigos. Bajo la dominacion de Albuquerque la dominacion portuguesa se radica y fortalece de tal modo, que ningun recelo pueden infundirle todos los reyezuelos del oriente, ni menos el mismo sultan de Egipto, por mas que no cese de escitar á la belicosa república veneciana. Empieza Pacheco esta serie de maravillosas victorias que forman la mas esclarecida gloria de la nacion portuguesa; Francisco de Almeida destruye y aniquila á los Bumes, acabando con el ri-

val mas temible que podia hacer frente á los Portugueses en estos paises; Albuquerque mas digno de admiracion que sus predecesores, termina las empresas que estos han comenzado, propagando por todas partes el prestijio y la accion de la nacion conquistadora. Puede por consiguiente asegurarse, sin temor de incurrir en exajeracion alguna, que á Duarte Pacheco, llamado por el poeta el Aquiles lusitano, á Almeida, titulado el Macabeo portugués, y á Albuquerque, á quien debe denominarse el grande sin necesidad de buscar alusion histórica para distinguirlo fué á quienes Portugal debió el prodijioso brillo con que se presentó de repente á la faz de las demás naciones europeas desde los primeros años del siglo XVI. En concepto de sus mismos contemporáneos el segundo virey de Indias es el caudillo mas audaz que conocieron aquellas rejiones; ni sus mismos enemigos se atrevieron á negarle el epíteto de *grande*. Uno de los ingenios mas eminentes de aquel siglo, Gil Vicente, en su administracion satírica, lo coloca al lado del emperador. Pacheco, Almeida y Albuquerque son los tres nombres que deben colocarse al frente de Portugal. En efecto, el poeta mas popular de aquella época, llevado del entusiasmo de sus victorias casi milagrosas, no sin razon esclamaba: «Adelante, adelante, Lisboa, porque tu próspera fortuna suena por todo el mundo (1).»

PROYECTO DE ALBUQUERQUE DE DAR NUEVO CURSO AL NILO.

Cuando la muerte sorprendió á Albuquerque ocupábale un inmenso proyecto, el mas vasto que hasta entónces se habia concebido, cual

- (r) Avante, avante Lisboa
 Que por todo ó mondo soa
 Tua próspera fortuna.

Véanse las obras de Gil Vicente tom. 3. Dirémos de paso que las mejores composiciones de este poeta orijinal y poco conocido, están llenas de alusiones á las guerras de la India. Una de sus piezas versa enteramente sobre una de aquellas expediciones que tanto estrépito hacían en Lisboa.

era el de arruinar al implacable enemigo de los Portugueses, mudando el cauce del rio, verdadera causa de la fertilidad del Egipto. Semejante proyecto, gigantesco y atrevido, no era parto de este hombre extraordinario, sino destello ardiente y cabaloso de una imaginacion árabe. El macin lo habia imaginado, antes que el jeneral portugués pensase en ponerlo en ejecucion. Lo que hay de cierto, y lo que nadie pone en duda es, que este proyecto, abandonado á poco tiempo de haberse intentado, estuvo á punto de ponerse en ejecucion. El hijo mismo del virey, redactor de los Comentarios, afirma que su padre habia escrito muchas veces al rey D. Manuel suplicándole, que mandase pasar á Abisinia algunos centenares de trabajadores de la Madera, que eran tenidos en aquella época por los mas diestros en el trabajo de escavar y terraplenar, como que la aspereza de aquella ista los habia acostumbrado á romper montañas y nivelar grandes valles para regar con mas facilidad sus campos de caña dulce. Añadia que el soberano, á quien se seguia dando todavia el título de Preste Juan, el Negus, en una palabra, lo deseaba ardentemente, pero que se hallaba sin pasar á la ejecucion arredrado por las dificultades de la empresa. Ello es cierto que los resultados del proyecto debian ser tan inmensos como era él mismo. Un antiguo viajero portugués que estaba perfectamente impuesto del plan de Albuquerque, lo califica de sueño y brillante quimera, pero un sabio francés, que puede tenerse por juez de mas autoridad que Tellez en esta materia, pensó muy de otro modo. El jeneral Andreossy habia estudiado mucho las circunstancias de los terrenos de que se trata, como es sabido, y cree que por extraordinario que parezca el proyecto, habria podido llevarse á cabo, con algunas modificaciones indispensables, cuya indicacion propone. Albuquerque creia que bastaria abrir una montaña de Abisinia, pero en esto padecia un error manifiesto. Es muy probable que aquel grande ingenio hubie-

se modificado sus primitivos planes así que se hubiesen empezado á tocar sus inconvenientes.

SEQUITO DEL REINADO DE D. MANUEL. INSTITUCIONES DE ESTE PRINCIPE.

El reinado de este soberano, feliz por esclencia, como lo llaman los Portugueses, va representado en cierto modo por estos grandes caudillos, que en su nombre sujetaban el Africa, el Asia, y parte del Nuevo Mundo. No debe creerse que este príncipe estuviese ocioso, mientras sus vireyes de Indias y sus gobernadores de Africa lo colmaban de tantas satisfacciones con sus hazañas. D. Manuel no solo era un protector esclarecido de las artes, segun toda la acepcion de la palabra en el siglo XVI, sino que era además un hábil administrador, y sobre todo un hombre ejemplar por la severidad de sus costumbres. Vamos á enumerar rápidamente lo que hizo este monarca por las artes, por las ciencias, y hasta por la administracion interior de sus pueblos. No solo dotó á Lisboa con el imponente edificio de Belen segun los planos de Boitaca, sino que mandó reedificar el hermoso convento de Thomar, asilo de los religiosos militares que sucedieron á los caballeros templarios. El hospital de la Misericordia de Lisboa, los monasterios de Serra, San Antonio del Piñeiro, la Anunciada, Santa Clara de Tavira, san Benito de Oporto, la catedral de Yelves, Nuestra Señora de la Concepcion de Lisboa, que habia sido Sinagoga, la iglesia que se construyó en el mismo sitio en que habia nacido san Antonio, á quien Cardoso llama, algo poéticamente, *Sol refulgente de Lisboa*, una infinidad de edificios militares, religiosos y civiles se hicieron notar en todas partes, conservando aun en el dia los perenes testimonios del adelanto del arte en aquella época en Portugal. D. Manuel era además un célebre humanista, bastante hábil para distinguir las delicadezas de estilo en las obras escritas en latin. El gusto, sin embargo, que tenia por la bella latinidad no le impidió el dar un fuerte impulso á la llamada en-

tónces literatura vulgar, pues Duarte Galvano y Ruy de Piña emprendieron espresamente por su orden la nueva redaccion de las crónicas nacionales. A mediados de su reinado apareció el delicado Bernardino Ribeiro, y el sinnúmero de poesías que recojió García de Resende, cinco años antes de su muerte, todo lo cual seria mas que suficiente para probar de que modo se cultivaban las letras en su corte.

El tiempo que robaba D. Manuel á la administracion ó al estudio, lo empleaba, como muchos de los príncipes de su siglo, en piadosas peregrinaciones; pero jamás emprendió este príncipe ninguno de estos dispendiosos viajes sin llevar algun objeto artístico, ó sin algun designio de prevision por el bien de sus pueblos. Todas las crónicas recuerdan la célebre visita que hizo, segun el uso de aquel tiempo, á Santiago de Compostela; una lámpara de plata de maravillosa magnificencia, que tenia la forma de un castillo, permaneció por mucho tiempo en aquel santo lugar, como testimonio de la espléndida jenerosidad de este príncipe, y de su gusto por las obras del arte.

Estos viajes piadosos á través de todo su reino fueron sin duda los que le hicieron conocer los desórdenes extraordinarios que se habian introducido en el clero. Así es que envió al papa Alejandro VI una embajada, para cuyo desempeño eligió á dos personas de alta capacidad, encargándoles que pidiesen con instancia las reformas que se hacian indispensables, pues el escándalo habia llegado á tanto, que un poeta dramático de aquel tiempo tenia bastante serenidad para decir, que no conocia en el reino dos obispos siquiera que fuesen hombres de bien. Los encargados de esta embajada fueron D. Rodrigo de Castro, alcaide de Covillan, y D. Henrique de Cutiño, hijo del mariscal de este nombre, muerto en Indias, cuyas negociaciones tropezaron por desgracia con el carácter demasiado conocido de aquel depravado pontífice. García de Resende que pasó entónces á Roma en calidad de secretario de em-

bajada volvió entusiasmado de los pasos que hacia el arte, comunicando á su pais la admiracion que escitaba entónces cuanto producía Roma, cuya circunstancia no hizo de todo punto estéril aquella negociacion, pues despertó el gusto del monarca por concurrir al renacimiento.

Un escritor portugués llama justamente la atencion para hacer notar que D. Manuel fué el primer soberano que tuvo la prevision de hacer pechar las rentas reales, con uno por ciento, para acudir al socorro de las jentes menesterosas, y si se atiende á otros escritores contemporáneos, todos sus actos parecieron encaminados á semejantes miras de beneficencia.

Todavía no se tendria una idea exacta de este reinado, si se creyese que el monarca, cuyos actos estamos ensalzando, se contentó con las mejoras interiores de que ya hemos hablado, y con estender su poder en Africa y Asia. Su influencia en los negocios jenerales de Europa ejercia en ellos la mayor preponderancia. La república de Venecia imploró su proteccion contra el poder otomano, y el rey D. Manuel pudo distraer de sus fuerzas navales, tan ocupadas en oriente, hasta el número de treinta buques de guerra, cuya fuerza se entregó á D. Juan de Meneses, conde de Daruca, y fué bastante para sembrar un saludable terror entre los Musulmanes. Venecia, arruinada por Portugal, le debió entónces su salvacion.

Tanto cúmulo de riquezas del oriente robadas á la Italia, un poder tan sublimado, reconocido por toda la Europa, habia exaltado al pueblo portugués de tal modo, que un poeta célebre, entusiasmado con tan maravillosas conquistas, pasó á personificar al pequeño reino de Portugal, pintándole como un cazador, atento siempre á cazar populosas ciudades, ricas embarcaciones, y echando sus lazos sobre todos los imperios del mundo. Las maravillas del mundo parecian en efecto refluir entónces sobre Portugal (1).

(1) Véase en el cancionero de Resende la grande Caza de Portugal.

Sin embargo llegó el momento para D. Manuel de tener que abandonar prematuramente tantas riquezas y prosperidades, fruto de un concurso de circunstancias felices y de una excelente administración. Don Manuel comprendió que había llegado su hora, y supo conformarse á su destino sin debilidad. El poeta Gil Vicente, traza un cuadro lleno de verbosidad para pintar la profunda desesperación que se apoderó de todos los Portugueses, cuando corrió la voz de que este monarca, en cuya fortuna se tenía tanta fe, estaba para morir. D. Manuel había tenido un ataque, en los últimos días del año 1521, preludio de la enfermedad de que murió. Su fortuna ó felicidad nunca desmentida lo acompañó hasta la última hora. Apoderóse de él una especie de soñolencia, de la cual no despertó mas que para llenar sus deberes como cristiano, y murió á los cincuenta y dos años y medio de edad, el 13 de diciembre de dicho año, después de un reinado de veinte y seis. El epitafio que se grabó en su sepulcro en la gran capilla de Belem, aunque breve, explica bastante bien las novedades de su reinado tan lleno de portentos. Dice así:

*Littore ab occiduo, qui primi ad lumina Solis
Extendit cultum notitiamque Dei,
Tot reges domiti, cui submisere tias
Conditur hoc tumulo, maximus Emmanuel.*

« El primero que, desde las estrechas playas del occidente, llevó el culto y el conocimiento del verdadero Dios, á los países en que nace el sol; aquel, á quien tantos reyes vencidos sometieron sus coronas, Manuel el Grande, se encierra en este sepulcro. »

POLITICA DE D. MANUEL: HABILIDAD DE ESTE PRINCIPE EN MANTENERSE EN PAZ CON LOS DEMAS ESTADOS DE EUROPA.

En medio de sus victorias en las apartadas rejiones, cuyo estrépito glorioso resonaba por toda Europa, supo D. Manuel poner particular esmero en mantenerse en paz con los estados limítrofes, divididos entonces, y empeñados en obligarle á to-

mar partido en las querellas con que andaban ajitados. Resistió á Carlos V y á Francisco I, y tuvo ciertamente que desplegar la mas cumplida habilidad para mantenerse en aquella neutralidad que era efectivamente la que le aseguraba su poder en las demás partes del mundo. Un escritor portugués ha hecho advertir en nuestros días el conjunto de esta dirección gubernativa tan poco conocida, y tan digna de ser estudiada; copiaremos este pasaje del autor. « Si reflexionamos atentamente acerca de la posición de Portugal, contiguo por un lado á España, y espuesto por otro sin cesar á causa de sus conquistas á los insultos de los corsarios y piratas franceses que infestaban sus costas, interceptado su vasto comercio, no podemos menos de advertir que no es sino con la mayor justicia que pasamos á caracterizar la política de nuestro gabinete de obra maestra de habilidad y cordura, y que no sin razon nos sorprendemos, al ver que ninguno de nuestros cronistas ó historiadores haya hecho esta declaración de justicia á favor de aquel príncipe. Ninguno de ellos supo apreciar verdaderamente cuan difícil y delicada fué la posición en que se encontró Portugal en aquellas circunstancias. Ni siquiera han sabido notar que Damian de Goes que había recorrido la mayor parte de los estados de Europa, que había sabido captarse el aprecio de Francisco I, que había desempeñado altos destinos políticos, y finalmente que había recibido encargo especial de escribir la crónica del gran rey de quien estamos hablando, teniendo á su disposición los documentos de los archivos, ninguno, decíamos, ha sabido advertir que este historiador ha pasado por alto las reflexiones que el estudio y la lectura de tales documentos nos han sugerido.

Las dificultades, las exigencias políticas de que se vió abrumado el gabinete portugués, á presencia de los debates y de las guerras que se habían ofrecido entre aquellos dos poderosos rivales, no podían ser de mas alta consecuencia, por que ve-

mos que por una parte el emperador Carlos V, por su carta de 9 de julio de 1521 al rey D. Manuel, en donde le da conocimiento de haber roto la alianza con la Francia y haberle declarado la guerra, exigía de este príncipe, por medio de su embajador en Lisboa, que el Portugal prestase á sus vireyes, en circunstancias tales, todo el auxilio que era de esperar, atendidos los estrechos lazos que unían al emperador y al rey mientras por otro lado, el papa Leon X se quejaba á D. Manuel de Francisco I, y quería que la flota que Portugal habia enviado á Saboya con motivo del casamiento de la infanta con el duque, se uniese á la del emperador, contra los Franceses (1).

D. Manuel entretuvo diestramente al emperador y al papa, y no hay duda que debió á esta habilidad llena de eciería, la feliz ventaja de llevar el nombre de *rey afortunado*, hasta el fin de su reino.

REINADO DE JUAN III.

Dice Barros en algun paraje de su bello libro: «Es una ley de la divina Providencia, que los unos plantan y los otros cojen el fruto del árbol.» D. Manuel habia empezado á cojer y Juan III concluyó la cosecha. Puede decirse, que el reinado de este príncipe quedó, como el de su padre, enteramente consagrado á realizar el vasto pensamiento de Juan II. No es solo en Portugal en donde debe estudiarse la historia de esta brillante época portuguesa, que es en Africa, en la India, y en el Nuevo Mundo: así pues, nos contentaremos con esponer sumariamente los principales hechos de la vida de este monarca, para ir siguiendo las grandes operaciones militares, que ilustraron este reinado, y el movimiento intelectual que le acompañó, en cuyo caso daremos alguna mayor latitud, á nuestra breve narracion.

Juan III nació en Lisboa el dia 6 de junio de 1502 y subió al trono en 1521. Aunque menos instruido que su hermano el infante D. Luis, dis-

cípulo predilecto del célebre Pedro Nuñez, todo prueba que habia recibido una elevada educacion intelectual, y que en la direccion de los negocios desplegó una de aquellas aptitudes raras que imprimen al reinado un sello de verdadera grandeza antes de usurpar el dictado de gran rey.

Casóse D. Juan con la hija de Felipe II el 5 de febrero de 1525. La reina, á quien el venerable obispo de Sylves escribia sus admirables cartas, llenas de sabiduría y patriotismo, se habia hecho verdadera portuguesa, como lo probó mas tarde.

García de Rosende, insiste, en la preciosa miscelanea en donde ha probado, de un modo á veces algo orijinal, el movimiento de su época y en la cual señala los prodijiosos cambios que se habian obrado hácia fines del reinado de D. Manuel, insiste decíamos, en hacer ver el acrecentamiento que habia recibido la marina, llevando hasta 300 buques de guerra de todas dimensiones las fuerzas de que podia disponer la nacion en tiempo de Juan III. El mismo autor afirma que vió vender en Lisboa, en un solo dia, por valor de 700.000 cruzados de drogas y especias, y añade, que los vehedores *da facenda*, dijeron que hasta entonces no se habia visto un caso igual.

No cabe duda en que este prodijioso desarrollo del comercio y de la marina fué el que decidió á Juan III á dirigir todas sus miras á continuar las conquistas de la India, pero debe convenirse que esta atención fué en él demasiado esclusiva, porque no tardó en abandonar á los Moros cuatro plazas importantes de Africa, Alcazar, Arcilla, Saf y Azamor, las cuales habian costado demasiada sangre á los Portugueses para hacer tal sacrificio, de modo, que Faria y Sousa no ha podido menos de distinguir que este abandono y desdeñ por las antiguas posesiones de Africa, por brillantes y seguidas que fuesen las victorias de la India, no fueron menos la causa de los males que se desplomaron mas tarde sobre el reino.

(1) Véase Cuadro elemental das relações políticas e diplomáticas de Portugal. Tom. IV p. 65 y 66 de la introducción.

Pongámonos en el verdadero punto de vista desde donde se ha de considerar á este monarca: ante todo debemos tratar de ver si es posible presajiar las ventajas que las conquistas de Asia podrán procurar todavía al hijo del rey afortunado.

NOMBRE DE LOS VIREYES QUE SIGUIERON DESPUES DE ALBURQUERQUE. — PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS DE SU ADMINISTRACION. — VASCO DE GAMA REVESTIDO DE ESTA DIGNIDAD. — SU MUERTE.

Después de haber descrito en conjunto los prodijiosos hechos de armas que aseguraron á los Portugueses la dominacion de los mares de la India, se espera seguramente que vayamos siguiendo los pasos de los inflexibles conquistadores hasta llegar al cumplimiento definitivo de la grande obra que les habian legado Almeida y Albuquerque. Sin embargo vamos á nombrar á los caudillos célebres, los administradores de habilidad, los marinos intrépidos, que se fueron sucediendo, y señalaremos de paso las luchas que enjendraron nuevas ambiciones. En la rápida nomenclatura de vireyes nombrados por Don Manuel y por Don Juan III hasta Gama, los documentos oficiales de Barreto y de Resende, comparados con los de Barros, serán en cierto modo nuestra sola guia. Los hechos y las datas ofrecerán cierto grado de certidumbre que no se encuentra en todas las historias.

El alto personaje que reemplazó á Albergaria, llevó á la vez el título de tercer virey y de cuarto gobernador de las Indias. Llamábase Diego Lopez de Siqueira; salió de Lisboa el 27 de marzo de 1518. Su administracion duró hasta el año 1522, durante la cual levantó la fortaleza de Chaul, y en su tiempo la Abisinia entró en relaciones con los Portugueses.

Duarte de Meneses, conde de Taruca, todavía fué de los nombrados por D. Manuel; salió de Portugal el 5 de abril de 1521, y conservó el mando durante tres años. El suceso mas notable de su administracion

fué la sublevacion del rey de Ormuz y la continuacion vigorosa de la guerra de Malaca.

Tres años habian pasado después de la muerte de D. Manuel, cuando se pensó en reparar una grande injusticia. En 1524 fué decorado con el título de virey el inmortal Vasco de Gama, el cual se puso en camino, el 9 de abril del mismo año, para tomar posesion de un destino que habia estado aguardando por espacio de veinte años. Al acercarse á las costas de la India hincháronse de repente las aguas, segun refieren la mayor parte de los historiadores, con insólita agitacion, sin que se descubriesen los menores indicios de tempestad, y los embates de las aguas pusieron en gran peligro á la embarcacion en donde reinó el mayor espanto por algunos momentos: nadie habia conocido que aquello era un temblor de tierra submarino. Vasco de Gama tranquilo en medio de tan siniestros presajios exclamó con serenidad: ¿Qué hay aquí que temer? *¿no veis que es el mar que tiembla de nosotros?* El héroe á quien los cronistas del siglo XVI, llaman el conde almirante, visitó las nacientes magnificencias de la ciudad de Goa, pero no tardó en trasladarse á Cochín en donde murió el 25 de diciembre del mismo año de 1524. No conservó su destino mas que tres meses y veinte dias, y se asegura que las medidas severas que estaba trazando en su lecho de muerte, prueban lo que habria sido del gobierno con una administracion vigorosa.

Estaba Gama dotado de un ingenio altamente previsor, y de un sentimiento ardiente por la gloria nacional, aunque no falta quien lo acusa de dejarse llevar de algunos arrebatos que hacian temer su presencia; sin embargo, todo el mundo conviene en que por lo regular, la afabilidad de su trato y la dignidad que conservaba siempre en su porte y modales, le conciliaban el aprecio de sus súbditos y amigos: el comun parecer es, que nadie habria conducido los estados de la India con mas rapidez que él, al grado de esplen-

dor que no tardó en ser la admiración de los Europeos.

Enterróse Vasco de Gama en Cochín, y en 1528 fué trasladado su cuerpo al pequeño lugar de Portugal llamado Vidigueira (1) en donde descansa hoy día.

Mas adelante, los habitantes de Goa levantaron un monumento en honor del conde almirante, de que no gozaron Almeina ni Albuquerque. Su estatua fué colocada en 1598 en una de las plazas de la ciudad: era dorada y habia sido construida, segun refiere Diego de Couto, con presencia de un retrato muy parecido que existia en el salon del palacio de los gobernadores, cuya copia decoraba tambien la sala del consejo municipal de la misma ciudad. Cuando la inauguracion de la estatua se hicieron grandes fiestas en la capital de Indias, y Diego de Couto pronunció en aquella ocasion, un discurso que ha llegado hasta nosotros (2). La efígie de este grande hombre estaba destinada á tener que sufrir mas de una vicisitud. Sacada de la plaza, cuyo adorno habia sido en otro tiempo, volvió despues á ocupar su pristino lugar, y el último historiador de Goa, el P. Catino Cluguen, dice que actualmente se encuentra junto al palacio que fué de los vireyes y está desplomándose (3). Tal vez en el dia haya ya dejado de existir.

Enrique de Meneses fué el séptimo gobernador de Indias el cual tomó posesion inmediatamente despues de la muerte de Gama, el 25 de diciembre de 1524, pero no conservó las funciones del alto cargo que le habia sido delegado sino hasta fines de fe-

brero de 1526, en cuya época murió en Cananova. Durante su administracion los Portugueses destruyeron á Chale, Papané y Gio, quemaron á Culeta y consiguieron una señalada victoria contra el rey de Bentam.

La época de Lupo Vazquez de Sampayo fué muy turbulenta: este período, aunque corto, ocupa no pocas pájias en la historia de las disensiones que ensangrentaron la India portuguesa. Procuraremos indicar el origen de tan encarnizadas contiendas; el libro de Resende nos será aquí del mayor auxilio, así como el de un antiguo viajero francés á quien se consulta poco frecuentemente cuando se trata de estos lejanos países en donde residió mucho tiempo (1). Cuando se nombraba un gobernador de Indias, ó un virey que debia residir en Goa, se le nombraba por un período de tres años y con los despachos oficiales que acreditaban su nombramiento; llevaba igualmente la provision de su reemplazo, para el caso en que viniese á morir, ó debiese volver á Europa. La metrópoli se reservaba el derecho de nombrar varios sucesores del título de vireyes, para prevenir el caso de que alguno de ellos viniese súbitamente á faltar, ó se viese imposibilitado de aceptar el mando. Los despachos en que venian estos nombramientos permanecian cerrados hasta el momento de la sucesion, siendo un secreto impene-trable que no se descubria hasta el dia en que se abrian los pliegos, cuyo acto se verificaba con la mayor solemnidad. Así sucedió cuando la muerte de Vasco de Gama. Su sucesor inmediato se halló ser Enrique de Meneses, apellidado *el Rojo*, de quien ya hemos hallado. Cuando pues sucumbió igualmente en la carrera de sus victorias en 1526, se procedió desde luego á la apertura de las cartas ó pliegos reservados, y habiéndose quitado el sello de la primera con la mayor solemnidad, se vió que el designado era D. Pedro Mascareñas. Este atrevido caudillo

(1) Los restos mortales de Vasco de Gama fueron depositados en un soberbio mausoleo, construido en un convento que se elevaba en la aldea de Vidigueira en el siglo XVI, titulado de nuestra señora de las Reliquias, y que habia sido construido poco antes del descubrimiento del paso para las Indias. Segun el autor del *Agiológico lusitano*, de cuya obra tomamos estos pormenores, habia en Portugal pocos monasterios cuyos tesoros fuesen de tanto valor como los que encerraba el de nuestra señora de las Reliquias.

(2) *Década* 12 año 1598 lib. 1 p. 54.

(3) *An historical sketch of Goa*, Madras, 1831.

(1) Le Pere Philippe. Relacion de su viaje á Oriente trad. del latin al francés por Pedro de San Andrés. Lion 1652. 1 vol. en 12.

se hallaba á la sazón en Malaca llevando la guerra con el mayor ardor contra los Malayos. Como se necesitaba algun tiempo para que se presentase en Goa á tomar el mando, fué indispensable proceder al nombramiento de gobernador interino, á cuyo fin el intendente de hacienda, Alfonso de Menia, abrió el segundo despacho, y se halló designado en él á Lupo Vazquez de Sampayo. Reclamó este desde luego el ejercicio de los derechos que eran propios de su nombramiento, pero no le fueron otorgados sino despues de haberle exigido juramento solemne, por el cual prometia hacer entrega del mando al gobernador propietario, Pedro Mascareñas, así que este se presentase á reclamarlo. Levantóse un auto informado para hacer constar y dar fe de esta resolucíon, en cuyo documento firmaron todos los caballeros portugueses que se hallaban en la capital, con declaracíon espresa de no obedecer al gobernador interino, sino durante la ausencia de Pedro Mascareñas. Parecía desde luego que semejante acto de precaucíon deberia alejar todo motivo de disencíon, pero no fué así. Llegó Mascareñas á la costa de Malabar y reclamó el mando, pero Lupo de Sampayo habia gustado la dulzura del mando, y quiso conservarlo con una audacia sin ejemplo y hasta á costa de muchas sangre. En su cuarta década de Barros, aunque incompleta, es en donde se encuentra la relacion de las crueles luchas con que se disputaron el poder las dos facciones. No es posible, con todo, negar al gobernador intruso, octavo de Indias, los dones de consumado capitan, como lo esperimentaron realmente los disidentes asiáticos. No solo sometió al rey de Cambaya y al sultan Bahdur, que llenaba el Asia con su celebrado nombre y que era tenido como uno de los soberanos mas poderosos de aquellas rejiones, sino que destruyó además la flota del radjá de Calicut, sin que le valiese el socorro de veinte mil hombres que le habia enviado el rey de Narínga. En seguida destruyó á Porka, y por último aseguró el do-

minio portugués en el golfo Pérsico, dando muerte con su mismo puñal al arraez Ahmeto que mandaba en él. En reemplazo del terrible destructor, se requeria un hombre que descollase en la senda de la prudencia, y sobre todo de la humanidad: así lo entendió al fin la metrópoli, cuando al cabo de cuatro años, se vió en la precision de elejirle un sucesor. Habia asomado por entonces un personaje indio de altas calidades, el cual empezaba á tomar cierta supremacia en el Guzarate, que no dejaba de sugerir bastante inquietud. Era este Bahdur Schah, á quien daban los Portugueses á nombre de rey de Cambaya, el cual se presentaba como formidable enemigo á los conquistadores del Bedjapur, y de tantas otras comarcas de la península. Portugal á la sazón envió al gobierno de las Indias á uno de los personajes mas notables del reino. Pocas líneas de uno de sus mas verídicos biográficos bastarán para darlo á conocer.

D. NUÑO DE ACUÑA.

Nuño de Acuña, señor de Gestazo Peñagoas, comendador de Puente Arcada, de ilustre prosapia, fué hijo de Tristan de Acuña, de quien se ha hablado mas de una vez en esta historia. Siendo muy jóven pasó á Africa é hizo sus primeras armas á las órdenes de Nuño Fernandez de Ataíde. A poco pasó á la India en compaña de su padre. Las ciudades de Oja y de Brava, salvadas de un incendio, prestaron campo al jóven guerrero para sentar su reputacion y hacer augurar lo que habia de ser algun dia. Fué armado caballero por el mismo Albuquerque. De pues de haberse distinguido en varias empresas, que la brevedad de esta noticia no nos permite individualizar, regresó á Portugal y Juan III lo eligió para nombrarlo décimo gobernador de Indias. Salíó de Lisboa en abril de 1528. Antes de llegar á Goa destruyó á Mombaza, cuyo príncipe hacia la guerra ofensiva á varios príncipes de la costa de Mozambique. Despues de haber vencido infinitos obstáculos, llegó por fin á aquella

capital, en donde fué recibido casi en triunfo. Él fué el que tuvo la gloria de destruir el poder del sultan Bahdur, el enemigo mas formidable que habian encontrado hasta entónces los Portugueses. A pesar de sus claros hechos en Diu, en Chaul, y en Bazain, este grande hombre fué víctima de la calumnia. Un historiador portugués dice con razon, que Juan III acejó una acusacion, indigna del carácter de un soberano, y que dió orden para que Nuño de Acuña le fuese traído sin retardo, cargado de cadenas. Pero siguiendo nuestra reseña, salió de Cochín en 1539, segun refiere Barbosa, y llegó á Cananor, tan ofendido del injusto proceder de D. García de Noroña, como abatido por sus agudos males. Continuó su viaje, pero con interior presentimiento de que se acercaba su fin, cuya conviccion se aumentó con él al doblar el cabo de Buena-Esperanza. Comprendió entónces que su fin habia llegado: escribió una carta de puño propio, en la cual declaraba que no poseia mas fondos del tesoro real, que cinco *moedas*, tomadas de los despojos del sultan Bahdur, y conservadas para ser entregadas al rey por su propia mano. Habiéndole preguntado su confesor, sino deseaba que su cuerpo fuese transportado á Portugal para ser allí sepultado con el debido decoro, contestó: « Puesto que Dios ha dispuesto que mi muerte ocurra en medio del Océano, quiero que el mar sea mi sepultura: la tierra ha recibido tan mal mis servicios, que claramente me ha manifestado que no quiere recibirme en su seno, y así no es justo dejarle mis huesos. » El día 5 de marzo de dicho año de 1539 espiró sin agitacion, de edad de cincuenta y dos años, despues de haber gobernado las Indias por espacio de diez años cumplidos. Segun su disposicion su cadáver fué arrojado al mar. Los autores hablan del aspecto sumamente majestuoso de este gobernador. Era tuerto, como Camoens, pero el ojo que le faltaba lo habia perdido en un torneo en que se habia hallado tambien Juan III. Sus cartas se encuentran en la obra de

Juan de Barros, y el Cancionero de Resende nos ha conservado sus poesias.

García de Noroña fué el que sucedió á este grande hombre. Habia recibido el título de gobernador en 1538, y fué el décimo en el orden de sucesion: no hay de él noticia importante, porque murió en 1540, un año y siete meses despues de su llegada á las Indias. Fué sepultado en la catedral de Goa.

HECTOR DE SILVEIRA.

Hector de Silveira se hizo ya notar en tiempo de García de Noroña, por su habilidad y valor, sobresaliendo entre los eminentes personajes, que en aquella época, se veian despuntar por todas partes. Recorrió como vencedor las costas de Guzarate, y acabó con los corsarios que infestaban aquellos litorales. Ganó la fortaleza de Bazaim, cuyo plano nos ha conservado Barreto de Resende en su apreciable obra. Finalmente, hizo tributario de Portugal al jeque que gobernaba en Aden, y se hizo respetar y temer de los jefes que mandaban en Jael y en Fana.

PRIMER SITIO DE DIU.

Mas adelante, en 1538, otro bizarro campeón del mismo apellido que no debe confundirse con el anterior, Antonio de Silveira tuvo la gloria de sostener en la fortaleza de Diu el sitio memorable, cuyo recuerdo no puede pasar en él olvido, aun al lado de las victorias de Juan de Castro. Doce mil Jenizaros capitaneados por Soliman Bajá, que gobernaba en el Egipto, se reunieron á las fuerzas del príncipe poderoso que imperaba en el Guzarate, y á pesar de los esfuerzos de una artillería considerable, y de una flota de setenta buques, Antonio de Silveira obligó á este innumerable ejército á levantar el sitio de la ciudad en que se habia encerrado. No eran estas las solas hazañas del intrépido capitán. Surate y Daman habian caído en su poder con otros muchas plazas. Así tuvo la gloria de regresar á Lisboa cubierto de laureles, y esta vez por lo menos la ingratitud del

soberano no correspondió con desdenes y persecucion á tantos años de no interrumpidos triunfos (1).

MAGALLANES.

Fernando Magallanes pertenecía á una familia noble, aunque no se han conseguido muy exactas noticias acerca de su nacimiento. Un historiador brasileño, de muchas esperanzas, A. Varnhagen, afirma que era natural de Oporto. No hay duda que debió dedicarse seriamente á los estudios de cosmografía, antes de figurar como jefe de una expedición atrevida: lo que se sabe de cierto es, que se le vió hacer sus primeros estudios en oriente en una ruda escuela, y que en 1510 asistió á la toma de Malaca á las órdenes del grande Albuquerque. Por aquella época adquirió un minucioso conocimiento de las costas del oriente, y de regreso á Portugal obtuvo un empleo honroso; pero apegado al interés de algunas ventajas pecuniarias, ó si se quiere, por resentimiento de no haberle concedido D. Manuel cierta gracia, se disgustó, y entonces fué cuando ofreció sus servicios al rey de España. Sus apolojistas pretenden que para que nunca pudiese ser llamado traidor, tomó la resolución de romper legalmente todas sus relaciones con su patria. Hízose naturalizar en España, y dió á este acto toda la publicidad que le fué posible. Cuando hubo dado cumplimiento á todas estas formalidades, entonces fué cuando se presentó á Carlos V, ofreciéndole descubrir un nuevo camino para las Indias (2). Los anti-

guos admiradores de la honradez de los Albuquerque y Castros no se conforman con lo que cuentan los apolojistas, de modo, que aquel á quien las naciones extrañas han honrado con el dictado de hombre grande, ha quedado para con los Portugueses como manchado con la nota de desleal. El mismo Camoens, al paso que lo admira, no ha pensado en absolverlo. Como quiera, el emperador aceptó desde luego los ofrecimientos de Magallanes, y mandó equipar cinco embarcaciones con quinientos hombres de tripulación y desembarco. Debemos hacer notar una circunstancia muy notable acerca del principio que tuvo esta expedición, y es, que de tal modo debe hacer parte de la historia de Portugal, que entre las personas encargadas de dirigir la empresa, hubo tantos Portugueses como Españoles, de modo, que montando Magallanes la *Capitana*, en calidad de jefe, Duarte Barbosa, primo suyo, Alvaro de Mesquita, Estévan Gomez, y Juan Rodriguez de Carvallo, representaban entre los Españoles la nación activa que habia completado ya tan grandes descubrimientos, cuando este se intentaba. Luis de Mendoza, Gaspar de Quesada, Juan de Cartajena, y Juan Serrano, mandaban los otros cuatro buques que formaban la flotilla. La armada, como entonces se llamaba, se hizo á la vela desde San Lúcar de Barrameda, el 21 de setiem-

vuelta en Portugal, desde 1512, y el 12 de junio se le ve con el título de *hidalgo doncel* con el emolumento de mil reis mensuales de sueldo, en cuya calidad recibia igualmente cierta medida de cebada. El año siguiente pasó á ser nombrado *hidalgo escudero* con mil ochocientos cincuenta reis mensuales. «Pruébase todo esto con un recibo firmado por el mismo Magallanes de fecha 14 de julio del mismo año. Se ignora si pasó en seguida á continuar sus servicios á Africa ó Asia, pero ello es cierto que, despues de los acontecimientos de Azamor, solicitó del rey, en consideración de su empleo, de su nobleza y del mérito que habia contraído, algunas recompensas, entre las cuales figuraba un aumento de emolumentos, cierto sueldo de honor en servicio de palacio, que aunque de poca monta era de mucha importancia entre la nobleza portuguesa. El rey desatendió demanda tan moderada y justa, prevenido seguramente contra Magallanes. Véase á Fernandez Navarrete, *Coleccion de Viajes*, tom. 4.

(1) El primer sitio de Diu tuvo tal celebridad, que entusiasmado Francisco I de Francia por la gloria de que acababa de cubrirse Antonio Silveira, hizo cuanto pudo para traerlo á su servicio, lo cual se habria verificado, si la cosa hubiese podido hacerse sin ofender á Juan III. Pedro de Mariz y Mafei afirman que el rey de Francia mandó sacar el retrato de Silveira en Portugal, y que dispuso que esta pintura se colocase entre los retratos de los grandes capitanes. Si el hecho es cierto, este retrato debe haber hecho parte de la coleccion de la galería de Fontainebleau.

(2) El erudito y concienzudo Navarrete ofrece los detalles mas circunstanciados y preciosos sobre este asunto. Magallanes se hallaba ya de

PORTUGAL

22



Louise de'vri

Fernando Magalhães (Magellan.)

Fernando Magalhães (*Magallanes*)



bre de 1519, enderezando su rumbo hácia el Brasil. A la altura del Rio-Janeiro empezaron los navegantes á sufrir una serie de calamidades, que demostraron é hicieron sentir, que la profunda prevision que se empleó en la memorable expedicion de Vasco de Gama, no hubiese presidido en una empresa que debía considerarse mucho mas importante, bajo el aspecto científico. La falta de víveres y la de algunas municiones, y las enfermedades que empezó á producir la mudanza de clima, todo contribuyó á exasperar los ánimos, y no se tardó en fraguar una conspiracion contra Magallanes. El jefe portugués se vió en la necesidad de desplegar una severidad extrema, por lo que mandó ajusticiar á los principales fautores de la rebelion, Luis de Mendoza y Gaspar de Quesada. Semejante rigor produjo el mas pronto y saludable efecto; apaciguóse el tumulto, y Magallanes continuó su viaje, y pasó á invernar en el cabo en que por primera vez aparecieron los llamados Pukches, jente de extraordinaria estatura, tomados por verdaderos gigantes, ó descritos como tales en las relaciones exajeradas de aquella época. Durville, D'Orbigny (1) y Gauthier, han demostrado, apelando á la crítica literaria, lo que debía creerse de la relacion de Pigafeta, que es el que nos ha trasmitido la narracion de este primer viaje al rededor del mundo, desempeñada en términos, que son los que han estraviado á los que la han seguido.

Como quiera, Magallanes llegó al cabo de las Virjenes, y le dió este nombre por que lo descubrió el 21 de octubre, en que la Iglesia celebra á la mártir Santa Ursula y á sus compañeras, á doce leguas de cuyo cabo descubrió el famoso estrecho de su nombre (2). Despues de haber nave-

gado por espacio de cincuenta leguas dentro el estrecho, cuya salida ignoraba, encontró otro mayor que desemboca en el mar de poniente, y tomó el estrecho desde entónces la denominacion con que ha sido despues conocido. No seguiremos á Magallanes en la travesía de mil quinientas leguas que debía hacer antes de llegar á las famosas islas de las especias, cuya curiosa descripcion se encuentra en Pigafeta: bastará decir que el ilustre navegante llegó por fin á Zebú, isla que pertenece al archipiélago de las Filipinas, otra del grupo de las Bisayas, en donde fué acogido con hospitalidad por un príncipe á quien los primeros historiadores llaman Hamabar. Fué este convertido al cristianismo, á lo menos en la apariencia, pero es poco verosímil que pudiese quedar perfectamente

cion de tan importantes documentos de la geografía primitiva no permite entablar discusion alguna sobre el particular que pueda tener algun peso: remitimos al lector á la disertacion que se le refiere en las *Memorias de literatura*.

Nota del Autor.

No es posible consentir en sana critica la duda que propone el autor sobre la antelacion con que pudo verificarse el descubrimiento del estrecho de Magallanes, citando los mapas de Alfarrobeira. El continente americano no fué descubierto hasta el tercer viaje de Colon que se efectuó á principios del siglo XVI. Ninguna noticia histórica se tiene de que Colon llevase consigo al jeógrafo Alfarrobeira, ni menos de que este navegase por separado para dar con el citado estrecho, y aun así debe quedar por sentado como dato que no admite disputa que el estrecho de Magallanes no pudo descubrirse en el siglo XV ni por Colon ni por otro navegante de quien no hay noticia. En segundo lugar no ha sido ni ha podido ser práctica de ningún siglo encerrar en un monasterio, como si fuese un breve pontificio ó una escritura de alguna fundacion, un documento de la alta y trascendental importancia de los mapas en cuestion, y con menos verosimilitud siendo duplicados, justamente en un siglo en que el ansia del mundo científico estaba por los adelantamientos de la ciencia y por tomar nota, hasta con cierto entusiasmo religioso, de las novedades que introducian en ella los nuevos descubrimientos. Los documentos que se citan son, pues, de todo punto imaginarios, propuestos sin atencion á la critica y sin ningún asomo de probabilidad. Finalmente debe tomarse en suma cuenta que los autores portugueses han acusado á Magallanes hasta de traicion, y las *Memorias* que cita el autor de la nota precedente son de un autor portugués.

Nota del Traductor.

(1) Véase el cuadro cronológico de las opiniones sobre los Patagones, dado por este sabio en su obra *El Hombre americano*, tom. 1.

(2) Se ha afirmado que el estrecho de Magallanes habia sido claramente indicado desde el siglo XV, en uno de los dos mapas que trajo por aquel tiempo á Portugal D. Pedro Alfarrobeira, los cuales se conservaban como preciosos documentos en el convento de Alcobaza. La destruc-

instruido en las verdades de la religion en tan corto tiempo, como refieren los historiadores portugueses. Como se hallaba en guerra con el rey de Matan, es mas probable que desease el poderoso auxilio de los recién llegados. Magallanes lo sirvió efectivamente en su lucha y le ayudó á conseguir dos victorias sobre su enemigo, al cual los Europeos del siglo XVI han dado el nombre de *Calpululú* ó *Cilapulapo*. El soberano y la reina de Zebú, adoptando el cristianismo, juraron fe y homenaje al emperador. No sucedió lo mismo con el rey de Matan, quien, aunque vencido, no quiso consentir en el juramento que se le exijía: fué necesario llegar á las manos, y seguramente que en esta ocasion Hamabar, aterrado del poder de los extranjeros, si no los vendió á su enemigo, no les prestó el auxilio á que estaba obligado. Vamos á deducirlo de la antigua relacion del suceso, la cual manifiesta la conducta del gran navegante en su verdadera luz. Para comprender el hecho de la catástrofe son necesarios algunos pormenores.

RELACION DE PIGAFETA.—MUERTE DE MAGALLANES.

La relacion del memorable viaje que nos ocupa dista mucho de descansar en mera tradicion verbal, ni en apuntes inexactos ni imperfectos: un noble caballero de Rodas, Antonio Pigafeta, acompañó á Magallanes en su expedicion, y de vuelta de aquella prodijiosa navegacion, presentó al mismo Carlos V la relacion del viaje, redactada, segun él mismo espresa, por el diario constantemente seguido y sin interrupcion desde el momento de partida. Desde luego se presenta una cuestion de bastante interés, discutida en estos últimos tiempos, á saber, en que lengua fué escrita la relacion del primer viaje al rededor del mundo. El autor de la presente historia, apoyado en las que llama sabias investigaciones de Mr. Raymond Thomassy, pretende que debió ser en francés; como no presenta los datos para la prueba, eludiremos toda discusion siguiendo lo

que refiere Pigafeta, que no creemos que siendo rodio de nacion al servicio de España, presentase al soberano su relacion en una lengua tan inculta como sabemos todos que era la francesa en tiempo de Carlos V y Francisco I. La relacion de Pigafeta citada por el autor que traducimos dice así: El autor inserta antes la siguiente introduccion: En 1521, habiéndose negado el jefe de la isla de Matan á toda proposicion de vasallaje por conocer las consecuencias de esta sumision, Magallanes salió contra él; el incendio de algunas casas fué marcando el tránsito de los Portugueses; exasperáronse los ánimos y se trabó un funesto combate. «Entonces, dice Pigafeta, acometieron tan furiosamente contra nosotros, que pasaron la pierna del capitan con una flecha envenenada, por cuya causa mandó que nos retirásemos poco á poco... pero él como buen capitan y mejor caballero, se mantenía firme con algunos otros, batiéndose de este modo por espacio de mas de una hora; y no queriéndose retirar, un Indio le arrojó una lanza de caña que le dió al rostro, y en el acto lo traspasó Magallanes con su lanza, dejándosela metida en el cuerpo. En seguida poniendo mano á la espada no la pudo sacar mas que la mitad por causa de una herida que tenia en el brazo de lanza de caña, lo cual visto por aquellas jentes se arrojaron todos sobre él, y uno de ellos con un venablo, que es como una alabarda, pero mas grueso, le dió un golpe en la pierna izquierda, del cual cayó en el suelo boca abajo, y se echaron todos sobre él con lanzas de hierro y de caña, y con los venablos. Así mataron al que era el espejo, la luz, la fortaleza de todos, y nuestra verdadera guia. Cuando aquellos lo herian, miraba muchas veces hácia atrás, para ver si estábamos todos en las embarcaciones, y viéndolo, lo mejor que pudimos, salvamos y metimos los heridos dentro los buques que ya partian.»

Esta cita, que es del precioso manuscrito que pertenece á M. Beaupré, confirma los hechos que hasta ahora se han sabido sobre este suceso ó los

rectifica. El texto francés que existe en la biblioteca del rey, no es tan explícito, pero ambas relaciones están acordes acerca del abandono del cuerpo del desgraciado capitán. En el resto de su narración parece que Pigafeta haya previsto la influencia de las calumnias que se levantarían más tarde para empañar la memoria del grande hombre, cuyo compañero fiel había sido: teme sobre todo que no quede sepultado en el olvido, lo cual manifiesta en términos llenos de nobleza al gran maestre Villiers de la isla Adam, que aceptó la dedicatoria de su relación. «Tengo fe en vuestra muy ilustre señoría que no se extinguirá la fama de un bizarro y noble capitán, ni será puesta en olvido en nuestro tiempo, porque entre otra de sus virtudes, fué el mas constante en la grande empresa y alto negocio que no conoce ejemplo. Sufria el hambre mejor que todos los demás. Navegaba y construía cartas marítimas, cuya verdad es á todos patente; porque jamás ha habido otro que tuviese tanto ingenio, tanto atrevimiento ni saber, para circuir una vez el mundo como habia ya enderezado; pero aquella batalla interrumpió su muy magnánima empresa, y esta batalla fué tenida un sábado, el día veinte y siete de abril de mil quinientos veinte y uno, y quiso el capitán tenerla en día sábado, porque era este día el de su devoción.»

No se han alcanzado grandes noticias acerca de la vida privada de este hombre extraordinario: sábese solamente, que habia sido casado con una hija de Diego Barbosa, alcaide del Alcázar (palacio real) de Sevilla. Osorio, que era conocedor, y que tal vez lo habia tratado, lo llama *vir nobilis, et magno animo præditus* (1). Barros pondera su profundo conocimiento en las ciencias, y su consumada experiencia en todo lo que hace referencia á la navegación. Su

Derrotero, que es el instrumento en donde consignaria sus observaciones, y que conservaba Antonio Moreno, primer cosmógrafo de la casa de contratación de Sevilla, se ha perdido, ó quedaria enterrado en el polvo de alguna biblioteca (1). Barros nos ha conservado en su tercera década, la orden del día que dió Magallanes, el 21 de noviembre de 1520, en el estrecho de Todos Santos, en la cual dió las instrucciones que creyó necesarias para bien de la empresa, á los capitanes que le acompañaban. Este es un documento precioso que se lee pocas veces, y atestigua la suma prevision del atrevido marino.

No habia mas que veinte años que se habia descubierto el Brasil, y ya uno de sus hijos se encontró formar parte de la empresa mas digna de la inmortalidad que se completó en el siglo XVI: este fué el hijo de Juan Carvallo, que detenido por Stripada, rey de Palaoan, pudo regresar á su patria, aunque con el rodeo de tener que dirigirse por Europa, por donde este aventurero es el primer Brasileño que dió la vuelta al mundo, en el primer viaje tambien de esta naturaleza, todo lo cual refiere largamente Pigafeta.

Nadie ignora el término que tuvo esta expedición. Segun el mismo autor, hasta despues de haber abandonado la isla ominosa de Zebú no se tuvieron noticias de las islas Molucas, resultado feliz de tan peligrosa navegación. Despues de infinitas aventuras, que no pueden hallar lugar en este compendio, los compañeros del desgraciado marino, llegaron á Tidor, en donde tuvieron noticia de la muerte de Francisco Serrano, antiguo amigo y pariente de su capitán jeneral, de aquel, cuyos

(1) Con la relación de Barbosa, y como apéndice de la obra de Pigafeta, debe citarse el libro de otro portugués, Duarte de Resende, que habia sido factor del Ternate. Este viajero poco conocido, escribió una obra titulada: *Tratado de la navegación que Fernando Magallanes y sus compañeros hicieron á las islas de Maluco*, en 1522, la cual no se ha dado á la prensa, siendo así que se imprimió el insignificante tratado de *Amicitia* del mismo autor.

(1) El curioso retrato que aquí ofrecemos, se ha sacado de la magnífica colección del Louvre: el dibujo oriñal, por lo demás, es de la mayor semejanza con otro que se enseña en Toledo, pero que nos parece que no tiene tanta expresion.

descubrimientos hemos indicado ya, y que fué el que habia comunicado mas de un dato precioso de las ciencias náuticas al desgraciado Magallanes. Despues de haber visitado el archipiélago en abril de 1522, doblaron el cabo de Buena Esperanza, y entraron en la bahía de San Lúcar el sábado 6 de setiembre del mismo año.

De los sesenta hombres que todavía contaba la tripulacion de la *Victoria* en las Molucas, solo le quedaban diez y ocho. Muchos valientes habian perecido; el jefe mismo de la expedición no consiguió volver á su patria, en donde le esperaba la gloria. Con todo, habíase verificado una novedad extraordinaria en las ciencias jeográficas, cuyo acontecimiento debia immortalizar al autor atrevido de tan importante investigación.

CORTADURA DEL ISTMO DE PANAMA PROPUESTA EN EL SIGLO XVI.

Quando esta importante cuestion está ajitando á todos los ingenios, en el momento en que se está decidiendo el problema, no podrá ser sino muy digno de noticia el demostrar la antigüedad de un proyecto que interesa á la Europa entera, aunque no interesase entónces mas que á España y Portugal. El primero que presenta estos pormenores es un antiguo historiador portugués. Nació el pensamiento de un piloto español, y fué este espedido al lugar de la investigación por el emperador Carlos V. Despues de haber dado cuenta el autor Antonio Galvano, de como Alvaro Saavedra salió, en 1527, para dirigirse á las Molucas, describe sumariamente el autor la navegación que aquel hizo, como descubrió los negros oceánicos, á quienes han conservado los Portugueses el nombre de Papuas, continuando en la descripción de muchos pormenores poco conocidos que ilustran cuanto tiene relacion con esta campaña, y añade al fin estas notables palabras: «Viendo Saavedra que le favorecia el tiempo, hizo rumbo para tierra, con direccion al istmo de Panamá (*liter.*) porque como este istmo no tiene mas que diez y seis ó diez y ocho le-

guas de ancho, podia descargar su especería y demás jéneros, mayormente quando se podia comodamente transitar por medio de carretas hasta el rio Sagre que dista solo cuatro leguas del lugar del desembarco y es navegable, desembocando en el mar del Norte ó Atlántico cerca del puerto Nombre de Dios, en donde hacen escala los barcos españoles, capaces de hacer el transporte á Europa en menos tiempo y con menos peligro que por la via del cabo de Buena Esperanza. Sábese además que de las Molucas á Panamá, se navega siempre por debajo los trópicos en direccion de la línea. Pero nunca tuvieron la fortuna de dar con vientos favorables para lograr su objeto. Esto fué causa de que regresasen á las Molucas bastante tristes, mayormente por haber muerto Saavedra.—Decíase que este navegante llevaba el proyecto de conseguir del emperador que diese sus ordenes para que se abriese aquel pedazo de tierra de Nueva España de un mar al otro, puesto que era practicable por cuatro puntos diferentes á saber: desde el golfo de San Miguel á Uraba, veinte y cinco leguas de travesía; desde Panamá á Nombre de Dios, diez y siete; ó por el rio de Nicaragua que nace en un lago á tres ó cuatro leguas de distancia por el sur, y desagua en el norte y es navegable para embarcaciones de pequeño porte. El último paso es el de Tagante (*liter.*) al rio de Veracruz, en donde se podría practicar un canal. Si esto se verificase, podría navegarse desde Canarias hasta las Molucas por el Zodíaco, esto es, sin salir de un clima templado, y en menos tiempo y con menos peligro que por el cabo de Buena Esperanza, ni por el estrecho de Magallanes, ni por el pais de Corte real, aunque se diese con el estrecho que debería conducir al mar de la China como se ha tratado de buscar (1).» Hemos querido añadir este párrafo curioso á la relacion de la memorable expedición de Magallanes, para hacer ver que nada era capaz de detener á estos hom-

(1) Tratado dos descubrimentos, p. 75 y 76.

bres atrevidos, incapaces de retroceder si acometían una empresa por extraordinaria ó gigantesca que pudiese presentarse. La vuelta al rededor del mundo, la seccion que debe dividir las dos Américas, el nuevo curso que se quiere dar al Nilo, nada les arredra ni les parece impracticable. Oportunamente será del caso echar una ojeada sobre las rejiones en que estuvo este proyecto á punto de verificarse, á pesar de lo extraordinario y árduo de su ejecucion. La Abisinia, que ha llamado hace poco la atencion de todo el mundo, fué en remotas edades el punto de vista de mas meditacion de los Portugueses.

LA ABISINIA MEJOR CONOCIDA POR
LOS EUROPEOS. EMBAJADA AL PAIS
DEL PRESTE JUAN (2), FRANCISCO
ALVAREZ, Y DUARTE GALVANO.

Hemos visto la importancia que se dió á la fábula del Preste Juan al principiarse la era de los grandes descubrimientos; un obispo de Abisinia debia, poco despues, disipar parte de los errores que circularon con este motivo. En 1515, D. Manuel determinó mandar una embajada á este prelado soberano, cuya mision fijaron definitivamente en Abisinia, segun sus relatos, los enviados de Juan II. Para cumplir con esta importante mision, eligió el rey á dos personas, notables por su carácter y por su saber: uno fué Duarte Galvano, que murió en julio de 1517 en la isla de Camoran y fué reemplazado por D. Rodrigo de Lima, y el otro, Francisco Alvarez, capellan del mismo monarca portugués. Continuaron su viaje los dos embajadores, y en abril de 1520, entraron en la corte de Etiopia, en donde fueron desde luego recibidos con demostraciones de singular afecto y alegría. Para corresponder á la cortesania del rey de Portugal, el soberano de Abisinia, mandó á poco al sucesor de D. Manuel, á Zagazabo, religioso muy venerado en sus estados. Este

enviado, despues de entregar á este monarca una preciosa reliquia, debia dirigirse á visitar al pontífice, á quien se decia que habia reconocido como jefe de la iglesia católica. Francisco Alvarez acompañó á este personaje, sobre quien se habia fundado tanta esperanza, y llegaron ambos á Lisboa el 24 de julio de 1527. El mismo Alvarez provisto de un pingüe beneficio, en recompensa de sus servicios, acompañó igualmente al fraile Zagazabo a Roma, á presencia de Clemente VII, que les recibió con paternal benevolencia en enero de 1533.

Hemos entrado con cierta deferencia en todos estos pormenores, porque la Europa debe en realidad á Francisco Alvarez las primeras noticias exactas de un pais tan poco explotado por los conquistadores del siglo XVI, de modo que el comercio europeo actual lo encuentra todavía como sino hubiese sido visitado todavía.

Despues de haber recorrido denodadamente muchos paises desconocidos, aunque siempre transitó por pueblos cristianos, Francisco Alvarez pensó redactar una relacion exacta de su viaje, con el fin de destruir los sueños que ofuscaban todavía á muchas jentes, acerca del imperio del Preste Juan. Para que nada faltase á su obra, pasó á Paris en busca de letra de imprenta, y hasta de operarios, porque los imaginaria superiores á los del diligente impresor Gallardo de Lisboa. La primera edición de su libro pareció en 1540, y entre otras preciosas particularidades dió un retrato sacado á ojo (*de visu*) del famoso Preste Juan, cosa que no habia podido conseguirse hasta entónces. Representaba un bello jóven, « ni muy negro ni muy moreno, sino tirando al color dorado de manzana obscura y con ciertos rasgos de caballero. » La obra del celoso capellan fué inmediatamente traducida en español, y el año siguiente se publicó en Amberes en casa de Plantino, con el título de *Descripción histórica de la Etiopia, con la verdadera relacion de Preste*

(2) Se ha disputado mucho tiempo si debe decirse, *Pretiosus* ó *Presbyter Joannes*, véase á Ludolfo; en España siempre lo hemos llamado *el Preste Juan de las Indias*.

Juan (1). La traduccion italiana no salió á luz hasta 1563.

Despues de haber indicado en resúmen de que modo se entablaron las primeras relaciones de los Portugueses con la Abisinia, quisiéramos al mismo tiempo dar cuenta de las luchas principiadas en tiempo de Estévan de Gama, gobernador de Indias; pero este pensamiento nos llevaria fuera de nuestro plan, y dejaremos esta tarea al hábil escritor, encargado de trazar la historia completa de la Etiopia. Nos contentaremos con recordar que desde 1528, un jefe musulman, visir del rey Adel, á quien las crónicas designan con el nombre de Grané, el *Zurdo*, vino á la cabeza de un ejército turco á hacer sus correrías por aquellas poblaciones, sometidas al cristianismo desde el siglo IV, por Frumencio. El hijo del ilustre almirante D. Cristóval de Gama, prestó eficaz apoyo á aquellos pueblos gobernados por un negú llamado Onadinguel, y con los quinientos hombres que le acompañaron, tuvo la gloria de derrotar al jefe del pais de Zeila, quedando Grané muerto en la refriega. Los jesuitas quisieron despues establecer sus conquistas espirituales en donde los guerreros de la India habian empezado las de la espada. Estas tentativas fueron acompañadas de sucesos sumamente variados, los cuales refiere estensamente Tellez, y lo mismo hace Lacroce, apoyándose con frecuencia en la relacion injenua de un testigo ocular de aquellas grandes acciones. « La relacion que nos ha dejado el patriarca Juan Bermudez, dice un escritor antiguo, no es mas que un relato de lo que sucedió en Abisinia á D. Cristóval de Gama, en donde se cuentan sus combates, sus victorias, su derrota, su muerte, y sus consecuencias... El rey y la rei-

na de Abisinia trataron á los Portugueses muy cortesmente mientras necesitaron de sus brazos; el patriarca Bermudez habia creído tocar al feliz instante en que la misericordia de Dios iba á derramarse sobre estos pueblos, que debian quedar reunidos en la fe católica; pero así que hubieron cesado los peligros de aquella jente, se vaneciéronse tan lisonjeras esperanzas; dispersaron á los Portugueses, y el patriarca se vió obligado á escaparse; en 1556 pudo salir del pais y pasar á Goa en donde fué recibido con todos los honores debidos á su carácter, y habiendo permanecido en esta ciudad algun tiempo, regresó á Lisboa en donde murió. » Nuestro intento no es continuar con la relacion de estos importantes acontecimientos: sabemos por otra parte que un erudito religioso de san Lázaro, que ha trabajado con ardor, durante su residencia en Abisinia, se dispone á publicar una historia completa de aquellas rejiones tan poco conocidas. Es probable que el libro del P. Sapeto no dejará nada que desear, acerca de los primeros viajes de los Europeos, y acerca de las vicisitudes que han agitado el imperio de Negú. Las guerras de la India reclaman casi exclusivamente nuestra atencion, y procuraremos describir los últimos rasgos de aquellas luchas heroicas, cuando habrémos dado una ojeada á ciertas instituciones del reino de Juan III. Vamos á decir dos palabras acerca de la asamblea representativa que garantizaba los derechos de la nacion, y acerca de la riqueza comercial que hacia que este pequeño estado fuese tenido por muy respetable á los ojos de los demás de Europa. Una institucion funesta, y la introduccion en el estado de una sociedad, cuyos principios fueron duramente reprobados mas tarde por el gobierno, llevaron bastantes sombras á este cuadro.

CORTES DE PORTUGAL.

En tiempo de Juan III sufrió esta antigua institucion una modificacion notable, lo cual nos ha decidido á introducir en este lugar los porme-

(1) El título del antiguo libro portugués de que tratamos, extraordinariamente raro, es como sigue: « Preste Joam das Indias. Verdadeira informacao das terras do Preste Joam, segundo vió e escreveo o padre Francisco Alvarez, capellán del Rey nosso senhor, agora novamente impresso por mandado do dito senhor, em casa do Luis Rodriguez, libreiro do Sua Alteza, » Lisboa, MDXL.

nores compendiados que pensamos dar acerca de sus atribuciones. Ya hemos visto tratando de Alfonso Enriquez que había nacido esta institución con la monarquía, y que desde su origen imprimió á la nación portuguesa un sello de nacionalidad. Hasta mediados del siglo XVI, la época de las convocatorias de Cortes era indeterminada, pero en tiempo de Juan III se decidió que deberían reunirse cada diez años. Esta resolución era sin duda un progreso para el sistema monárquico, pero la fatal catástrofe que no tardó en destruir las instituciones de Portugal, impidió que diese sus frutos. Un escritor portugués ha definido la acción de estas asambleas en estos términos: «Las Cortes tenían por objeto en nuestra nación determinar la forma y la calidad de los impuestos, y la administración de justicia; debían consultar la opinión nacional acerca del casamiento de los príncipes, y declaración de guerra, y finalmente acerca de cuantas cuestiones tuviesen relación con la mejor administración y prosperidad del Estado.»

«Las Cortes eran siempre convocadas por el rey ó por el rejente; en los despachos que se pasaban á las municipalidades debía indicarse el lugar de la reunión que era indeterminado. Aunque los pueblos lo hubiesen juzgado necesario, las Cortes no podían reunirse sin una convocatoria emanada del rey, que era entonces requerido para ello.»

Es inútil añadir que las Cortes de Portugal se componían, como las demás asambleas nacionales de la Península, del clero, de la nobleza, y del pueblo. Los obispos, los abates de ciertos monasterios, los caballeros y nobles representaban las dos primeras clases; el pueblo tenía sus procuradores, nombrados por las municipalidades de las ciudades y villas; cada consejo nombraba dos, y estos diputados, que tomaban el título de procuradores, eran sostenidos á espensas de sus respectivas localidades. Parece que hacía mediados del siglo XVI las Cortes vieron sus derechos restringidos. Antes de

esta época pedían los procuradores del pueblo pedir lo que consideraban conveniente por el bien de la municipalidad que representaban. El escritor portugués de quien tomamos esta reseña, hace notar con razón, que el mayor inconveniente de este sistema de representación era el de llevar consigo el jérmen de un absolutismo puro. En efecto, el rey tenía el derecho de hacer leyes, que publicaba en las reuniones de Cortes, pero sin que estas las hubiesen propuesto.

PREOCUPACIONES POLITICAS DE JUAN III. — ABANDONO DE ALGUNAS PLAZAS DE AFRICA.

Juan III, lo mismo que su padre, estuvo en la preocupación de creer que la prosperidad de Portugal descansaba enteramente en el comercio de las Indias, y en verdad, que permitiéndole el desahogo en que se hallaba su erario, prestar dinero al rey de Francia, como realmente sucedió, creyó que en esto solo consistían sus verdaderos intereses. En los planes de aumentar y extender las conquistas por los países orientales, fué todavía más allá D. Manuel. Abandonó en Africa ciertas conquistas que habían sido el orgullo de sus predecesores, y en lugar de conquistar á Marruecos, como era fácil verificar, según se explica Resende, sin grandes sacrificios, el inesperto monarca abandonaba á los Moros las plazas de Arzila, Safim y Azamor; pero habían pasado ya los tiempos en que un hombre como Lupo Barrega llenase á los Arabes de terror con tan audaces golpes que su memoria se haya eternizado entre ellos. En aquella época los Portugueses habían llegado hasta las puertas de la capital de Marruecos con un puñado de hombres. Un distinguido ingenio, que ostenta un noble instinto por todo lo grande y magnánimo, Faria y Sousa, se queja amargamente y con razón, del abandono que Juan III hizo de sus plazas fuertes de Africa. Sin embargo, todavía pesa otro cargo mucho más poderoso sobre este monarca, y es, que las mas nobles instituciones de su reinado

recibieron de su mano los mas funestos toques de debilidad ó de fanatismo. Si es verdad que dió un nuevo impulso á la Universidad de Coimbra tan celebrada por Clevarado, introdujo el primero la inquisicion en sus Estados, y se sometió débilmente al influjo de una sociedad naciente, cuya insaciable ambicion, toda relijiosa, nacia entónces. Ella lo convirtió en miserable instrumento de sus sacrílegas intrigas. Empezarémos por el Santo Oficio, y hablaremos despues de los Jesuitas.

ORIJEN DE LA INQUISICION EN PORTUGAL.

Existe sobre este asunto una historia vulgar, preconizada por Luis Páramo y admitida por no pocos; encuéntrase en extracto en todas las colecciones publicadas en el siglo XVI, y tal vez contiene una que otra verdad; nos guardaremos mucho, sin embargo, de concederle valor alguno histórico, pues para probar el oríjen real y efectivo de la inquisicion en Portugal, tan poco conocido de los historiadores de esta nacion, apelarémos á un manuscrito de la Biblioteca real, que no se ha consultado hasta ahora con la frecuencia que debiera (1).

En Portugal, lo mismo que en España, la persecucion, no solo contra los Judíos, sino tambien contra la desdichada raza de los nuevos convertidos, á quienes se daba el nombre de *Marranos* (2), llegó al

colmo de rigor á fines del siglo XV. Portugal, sin embargo, rehusó por mucho tiempo emplear tales medidas de rigor, pero en el reinado de Juan III se dobló á ser el instrumento de la voluntad del clero. Segun el autor italiano que tenemos á la vista, un teólogo á quien llama Maese Pedro Margallo, habria por aquel tiempo denunciado á los Judíos, reclamando contra ellos, de la autoridad, medidas represivas, semejantes ó iguales á las que se adoptaban en el resto de la Península. Afirma el mismo autor, que Juan III impulsado por las relaciones que se le hacian diariamente, escribió una carta oficial á Carlos V, pidiéndole noticias sobre la inquisicion y el modo represivo que se seguia en España. Informados los Marranos de lo que sucedia, dice el autor, comisionaron á dos israelitas los cuales interceptaron el mensaje, y cometieron con el portador crueldades inauditas. Enviaron su cabeza á los Judíos, y estos celebraron fiestas con este motivo. El gobierno de Portugal hizo sus indagaciones; los Judíos que fueron sospechados de haber tomado parte en aquel horroroso atentado fueron encarcelados, y lo confesaron todo puestos al tormento. El suplicio á que fueron condenados fué espantoso; despues de haberseles cortado las manos, fueron atados á cuatro caballos, lo que significa que fueron descuartizados de aquel bárbaro modo, aunque el autor no lo especifique.

Como quiera, difirióse todavia el designio que habia empezado á manifestar Juan III, y se contuvieron los procedimientos con esta ejecucion, que no seria sido muy probable que se repitiesen, apelando á nuevas calumnias en una época de barbarismo tan sistemático. En efecto, un obispo, que pertenecia á la órden de san Francisco, habiendo descubierto en el territorio de Olivenza á cinco Marranos que judaizaban, les mandó instruir sus pro-

(1) «Informatione somaria del principio e progressu della conversione chu hanno avuto i Giudei nel regno di Portogallo», y á las noticias que da este libro, podrán añadirse las que contiene el titulado «cuadro elemental».

(2) La causa de esta injusta persecucion la descubre Cobarrubias al dar la definicion de esta palabra. Dice así: Marrano es el recién convertido al cristianismo, y tenemos ruin concepto de él por haberse convertido fingidamente... Cuando en Castilla se convirtieron los Judíos que en ella quedaron, una de las condiciones que pidieron fué, que por entónces no se les forzase á comer la carne del puerco, lo cual protestaban no hacerlo por guardar la ley de Moysen, sino tan solamente por no tenerla en uso y causarles nausea y fastidio. Los Moros llaman al puerco de un año marrano, y pudo ser que al nuevamente convertido, por esta razon, y por no comer la carne del

puerco, le llamasen marrano. «Sigue Cobarrubias buscando otras etimologías á la voz, de oríjen árabe ó hebreo».



Lenaine Arce

Francisco de Almeida, 1.^o Vice Rei das Índias.

(M. S. de Barros de Resende)

Francisco de Almeida, 1.^{er} Virey de las Indias.



HERNANDO DE SAAVEDRA.

cesos jurídicamente, y jurídicamente los mandó quemar. Dirigióse en seguida el santo obispo á Juan III y lo exhortó seriamente á que decretase una forma regular para semejantes procedimientos, ó lo que es lo mismo, la erección del tribunal de la Fe. Entónces fué cuando el monarca portugués trató de impletar una bula de Paulo III para establecer definitivamente en sus estados el Santo Oficio. Espidióse la bula en realidad, pero los Marranos, llenos de terror, hallaron medio de paralizar su efecto. Los individuos sospechosos de pertenecer á la raza judía empezaron desde entónces á vivir en la mayor inquietud, y durante dos ó tres años, se abstuvieron, á no ser que fuese muy oculta-mente, de practicar las ceremonias de su culto. Esto no obstante, pasado este término volvieron á ellas, y el poder eclesiástico á estremarse en rigor, hasta que por último quedó instalado el nefando tribunal.

Si damos crédito á este relato, no por esto dejamos de admitir alguna reserva; pero las diferentes alternativas que aquí se señalan, se hallan perfectamente de acuerdo con los datos que nos suministra otra obra publicada en Portugal. Segun esta, la bula de institucion tendria la fecha de 1531; los Judíos habrian paralizado su efecto, á fuerza de oro, dirigiéndose á la corte de Roma, y sobre un indulto, en 1534, habrian conseguido que se suspendiese plantear la inquisicion. Juan III perseverando en su resolucion no habria erijido definitivamente el tribunal hasta el año 1536. Lo que hay de positivo es, que F. Diego de Silva fué el primer inquisidor jeneral, cuyas funciones ejerció hasta 1539 en que el infante cardenal D. Enrique fué revestido de este cargo.

Examinaremos ahora cierta leyenda que corre en los libros mas serios y formales que hablan del establecimiento del Santo Oficio en Portugal. Nos valdrémos aquí tambien de un manuscrito raro de la Biblioteca real, el cual nos esplica algunos hechos, cuya relacion espondrémos sumariamente.

El impostor de quien vamos á tratar fué hijo de un capitan español llamado Juan Perez de Saavedra, y su tio habia sido *veinte y cuatro* de Jaen y de Córdoba. Despues de la muerte de su padre pasó á Valladolid, en donde salió habilísimo en el arte de la caligrafía. Segun la relacion inédita de sus aventuras, escrita por él mismo, el primer documento falsificado que hizo, fué destinado á una buena accion. Pronto, empero, pasó á falsificar la firma de muchos y muy grandes personajes, sin exceptuar al emperador, por cuyo medio cometió un sinnúmero de fechorías. Habiéndose juntado con un Teatino, vinole á la idea el atrevido proyecto de establecer la inquisicion en Portugal; instruyóse minuciosamente por aquel relijioso de todas las formalidades impuestas por la corte de Roma para la erección de este tribunal, y falsificó entónces una bula de Paulo III, sin que nada faltase en ella; los sellos de plomo, las cajas oficiales, todo fué construido y grabado en Tavira. El impostor Saavedra apeló en seguida á una estratagemá singular; presentóse á un Padre Provincial de Franciscanos, que residia en Ayamonte, lugar distante de la capital de los Algarves, y cuyo convento se hallaba situado en la frontera de Castilla, manifestando al buen padre que él, pobre lego, habia encontrado en el camino real la bula que le presentaba; indicóle que seguramente pertenecería á un prelado que habia encontrado el dia antes, y para el bien de las cosas de la iglesia, estaba decidido, aunque le costase algun dispendio, el ponerse en camino, el salir en busca del prelado que habia perdido aquellos documentos, para entregárselos, así que su Paternidad le hubiese asegurado que contenian alguna cosa importante. La estratagemá produjo su efecto; el provincial leyó con entusiasmo la falsa bula de institucion, animó al portador, y á los pocos dias, el atrevido Saavedra recorria las ciudades fronterizas como *legado latere* de su Santidad, precedido de

la fama que el crédulo provincial se complació en divulgar con santo celo. Pero Saavedra no se contentó con esto; desde luego tuvo habilidad para escamotar una suma enorme al intendente del marqués de Tarifa, y se dirigió á Llerena, socolor de visitar el establecimiento de la Inquisición de esta ciudad, y añade el manuscrito, que sacó de esta casa, para llevar consigo, á tres inquisidores, los cuales todavía se hallaban en Portugal en tiempo del autor, á los cuales da los nombres de licenciado Pedro, licenciado Cardeñas, y Alvarez de Becerra.

Detúvose nuestro insigne impostor en Badajoz para remitir sus letras apostólicas al rey, el cual de *maravilla se escandalizó*, dice el original. Resistió Juan III la aceptación de los documentos, y pidió un plazo, que le fué concedido. Por último el falso nuncio empezó á instar con palabras vehementes, hasta que intimidado el monarca á vista de tanta exigencia, le permitió que entrase en Elvas, previniéndole que tendría mucho gusto en recibirlo despues en persona en el lugar de su residencia. Saavedra permaneció tres meses en la corte, y empleó otros tres en recorrer el reino, imponiendo castigos á los nuevos convertidos, y condenando al fuego á los que oponían resistencia á convertirse. Hasta pasado este tiempo no empezó á sospecharse el fraude; en seguida se le prendió, y encerrado en una litera ó silla de manos, y con buena escolta, fué conducido á la frontera, y entregado al marqués de Villanueva. Instruyósele su proceso, y fué condenado á presidio, en donde estuvo por espacio de diez y ocho años.

Distamos mucho de dar á esta anécdota el grado de importancia que le han prodigado infinitos autores. Sin embargo, debemos observar que esta historia se encuentra en varios otros documentos auténticos del siglo XVI, sacados de los archivos de la inquisición, y que esta relacion contiene muchas circunstancias de que no tuvo noticia Páramo, que es el primero que ha dado cierto crédito á la historia de

Saavedra (1). Aunque no fuese mas que á título de curiosidad histórica, no dejaba de ser importante el recordar aquí la historia del pretendido fundador de la inquisición en Portugal, mayormente cuando la astucia audaz de un diestro impostor, pudo hallar muy fácil apoyo en un siglo de persecución é intolerancia como el siglo XVI, cuando el clero padecía una especie de fiebre frenética para encrudelecerse contra los Moros, contra los Marranos, contra los Judíos y contra todo el que se oponía á sus miras de insolente predominio. Mas adelante volveremos á hablar de este terrible tribunal (2).

LLEGADA DE LOS JESUITAS A PORTUGAL. — SU INFLUENCIA DURANTE EL REINADO DE JUAN III.

Portugal será tal vez el único reino en donde se ha formado el singular pensamiento de componer un poema épico en honor de los Jesuitas. Verdad es que su autor Antonio Figueira Duran, pertenecía á la Compañía, cuya infatigable perseverancia celebró con su poema titulado los *Iniciados*. Pero no podemos menos de publicar, en justo desagravio, que si la patria de los Albuquerque-

(1) Este autor, que ha escrito un volumen sobre el origen de la Inquisición en Portugal, llama Pedro á este Hernando de Saavedra, y lo hace natural de Córdoba. Otro volumen publicado en Lisboa en 1821, con el título: «Historia completa de las inquisiciones de Italia, España y Portugal», dice que el héroe de esta historia fué un fraile; otros, contestes en todos los pormenores, quieren que fuese un judío. Por último, la historia de este famoso personaje ha sido publicada en Español con este título Saavedra, (Alonso Perez) «Vida del falso nuncio de Portugal escrita por él mismo» 1788.

(2) La obra mas especial escrita sobre la inquisición de Portugal, se debe á un fraile llamado Fr. Pedro Montero. Encargado por la Academia de la historia de presentar un trabajo completo sobre la materia, publicó un tomo en folio en 1723 en Evora con el siguiente título: «Noticia jeneral de las santas inquisiciones de este reino», y en 1749, publicó su «historia de la santa inquisición». En estas obras se encuentran los nombres de todos los inquisidores de Portugal, y en otra obra publicada en 1750, el autor se empeña en probar que la inquisición existía ya en tiempo de Alfonso II.

ques, de los Juanes, de los Castros, de los Camoens fué la tierra de promision para el jesuitismo, si aquel reino, cuyas incultas colonias permitian un vuelo casi sin término á las insaciables ambiciones; no las negó á la sordida avaricia de la Compañía; tambien en este pais fué en donde cayó esta con mas estrépito y en donde fué su vuelco mas duro y diestramente combinado. Sin embargo, todavía estamos lejos de la catástrofe, y lo que ahora nos importa es trazar en resumen el origen de la fatal influencia que no pudo conjurar sino una mano de hierro.

Juan III habia llegado al apogeo del poder, á la cumbre de aquella incomparable fortuna que pintó con tanta habilidad el poeta, cuando pensó en introducir junto á su persona, á algunos de estos célebres religiosos que no habian de tardar en apoderarse de las riendas del Estado. En 1540, fué cuando solicitó de Roma el envío de dos de aquellos Reverendos Padres, ó que la Compañía tuvo la destreza de sujerirle la petición. Como quiera, Paulo III, que ocupaba entónces el trono pontificio, le mandó un Portugués de la orden, llamado Simon Rodriguez de Acevedo, y el célebre religioso á quien se ha llamado despues el apóstol de las Indias. Francisco Javier y su compañero llegaron á Lisboa el 30 de mayo de 1540, y fueron inmediatamente alojados en el *Hospital de todos los Santos*, con el formal intento de que estuviesen mas inmediatos al palacio, que se llamaba entónces *de los Estados*; así á lo menos lo refiere el historiador de quien tomamos estos pormenores casi ignorados. Desde este humilde retiro, aunque tan inmediato del trono, fué donde se reprodujeron y lanzaron los Jesuitas inmediatamente, á subyugar el mundo oriental, y á poblar, un siglo despues, las soledades de la América. En efecto, san Francisco Javier salió para las Indias el año siguiente de 1541, y el rey dispuso fundar el célebre colejo de Coimbra, que tantos misioneros debia proporcionar á la Compañía; legó para manutencion de este estableci-

miento la encomienda de Corcuera, que el P. Simon Rodriguez trocó despues, segun se dice, con la de Benespera. Esta clase de donativos han dado lugar á suponer que Portugal fué el primer reino de Europa en que los Jesuitas poseyeron bienes raices, riquezas sólidas, que tan en breve debieron acrecentarse como por encanto. El P. Simon Rodriguez, cuyo nombre no ha gozado de grande celebridad en la ruidosa historia de la orden, pasó á establecerse en Lisboa con el P. Gonzafo de Medeiros, desde principios del año 1542, siendo allí rector del colejo de san Antonio. No cabe duda que el influjo que ejerció la Compañía en el ánimo de Juan III debe atribuirse á estos dos religiosos. Alvaro de Liaño, que parece ignoró estos pormenores, aunque no pierde ninguno de los pasos que dió la orden para llegar á su engrandecimiento, se expresa con la acostumbrada enerjia acerca de los resultados de aquella seducccion artera, que lo supo enderezar todo por el lado de la política, y que dirijiéndose en primer lugar al monarca, quedó dueña del campo y del Estado. Despues de haber dado cuenta de la llegada de los dos fundadores, se expresa así: « El primero se manifestó siempre extraño á los brillos de la corte, sin hacer caso de los honores con que se le distinguia; no tuvo sosiego hasta que logró embarcarse para las Indias. Simon Rodriguez se quedó en tierra para llevar á cabo el imperio de la ambiciosa sociedad de Loyola... Ayudado este fanático de diez de sus compañeros, tan infatigables como él, avasalló el poder episcopal, y se apoderó de todos los resortes de la opinion pública y del gobierno de la Iglesia y del Estado, así como de la educacion de la juventud. El mismo Juan III hizo los votos jesuíticos, y la nobleza de Portugal empezó desde entónces á verse subpeditada por esos corruptores de la moral cristiana ». No entra en nuestro plan el ir siguiendo paso á paso las usurpaciones con que fué enriqueciéndose esta sociedad; baste indicar, que dos siglos despues, cuando Pombal em-

prendió acabar con el poder de los humildes compañeros de Simon Rodriguez, contábanse en Portugal veinte y cuatro grandes colejos y diez y siete conventos, cuyos cuarenta y un establecimientos eran lo mas rico y opulento que podia enseñar el reino. Entónces vino á cumplirsela célebre profecía de san Francisco de Borja, que en medio de una finjida prosperidad habia divisado las causas de su destruccion (1).

LISBOA EN LA EDAD MEDIA Y EN TIEMPO DEL RENACIMIENTO Ó EDAD MODERNA.—APOJEO DE ESPLENDOR DE ESTA CIUDAD.—ESTADISTICA CURIOSA SACADA DE UN LIBRO OFICIAL DE LA EDAD MEDIA.

Una antigua leyenda alemana cuenta, que hallándose un caballero en Jerusalem, y habiendo tenido deseo de ver la ciudad mas bella de Europa, se procuró un espejo mágico, y al punto se apareció á sus maravillosos ojos, Lisboa la grande, como se la llamaba entónces. Sirve esto para probar la fama de magnificencia de que disfrutaba Lisboa en la edad media, cuya fama fué siempre en aumento desde el reinado de D. Fernando. La capital de Portugal, tal como existia en los siglos XIII y XIV, durante la época verdaderamente feudal, exijiria mas espacio del que podemos tomarnos, para ofrecer una descripción algo detallada, en una noticia en que tantísimos puntos, todos importantes, deben tratarse sumariamente. Si Lisboa, de fundacion romana ha sido descrita con sus preciosas antigüedades en el libro de Acevedo, algunos escritores árabes, en cuyo número figura Edrisi en primera línea, han recorrido el período que perteneció á los Moros. Fernando Lopez nos da alguna noticia acerca de su acrecentamiento durante la edad media, por el tiempo en que fué rodeada de murallas. En esta época tuvieron lugar infinitas construcciones, realizáronse empresas proyectadas muchas ve-

ces, particularmente desde que se concluyó la paz con España. La mayor parte de los arrabales quedaron comprendidos en la ciudad antigua, tenida ya por una maravilla por la mayor parte de los historiadores. La nueva disposicion de la ciudad, el carácter que tomó entónces, su conjunto feudal, si es posible valerse de esta espresion, han sido muy bien dibujados hace poco, por un escritor nacional, para que desatendiésemos esta fuente antes de pintar á Lisboa, tal como existia antes de la época de Juan III (1).

«Lisboa, ciudad guerrera, y mercantil despues, como ha dicho M. Herculano, ha tenido, no una, sino dos ciudades nuevas unidas á su circuito de murallas, la primera al sur, y la segunda al occidente; llamábase esta, *ciudad nueva de Jibraltar*, y *ciudad de Andrade* la otra. La segunda, erijida durante el siglo XV, guardó muy poco tiempo sus recientes lindes, porque Lisboa (2), que no contaba mas que quince mil habitantes á fines del siglo XII, con el nombre de villa, siendo así que Sylves la morisca contenia veinte y cinco mil, vino á crecer tan rápidamente, que rompiendo sus barreras, ó lanzándose mas bien por encima de sus muros occidentales, la fué á abrazar en su cuna. No sucedió lo mismo con la ciudad nueva de Jibraltar... fué el arrabal de los judíos.

«La edad media, aquella época eminentemente poética, seducida por sus creencias, habia hecho de Lisboa el símbolo de la historia y de la política. El municipio cristiano dilatándose desde el castillo ó alcázar, situado sobre la eminencia, seguía hasta el pié de la montaña, en cuya cumbre se levantaba, como soberana de todos los edificios de los contornos, la torre del *Homenaje*,

(1) Algunos autores quieren que esta ciudad sea de fundacion fenicia y le dan diferentes nombres como *Ulissea*, *Ulisippo*, *Olisipo*, etc., sobre cuyo particular puede consultarse á *Cardoso* en su *Ajolojio Lusitano*, tomo 3.

(2) En su libro *foral*, Evora toma el título de ciudad, siendo así que Lisboa toma en el suyo el de villa.

(1) «Veniet tempus cum se societas multis quidem hominibus abundantem, sed spiritu et virtute destitutam, marens intuebitur.

PORTUGAL



Amable dorel

Afonso de Albuquerque,

Manuscrit de Bartolomeo de Roxas (Bib. Roy.)



mansion del grande alcaide, como representando el poder real y la aristocracia. A la sombra del alcázar y mas allá de media cuesta, la catedral elevaba sus dos imponentes torres de formas cuadriláteras y macizas. Entre estos dos edificios, espresiones materiales de la monarquía, de la nobleza, y de la iglesia, posaba la sala del senado. El palacio del consejo enteramente plebeyo, limítrofe al campanario septentrional de la catedral, por su construcción humilde, representaba, tierra á tierra, al pueblo que se preparaba á extender sus brazos endurecidos por el trabajo, para sujetar algun día el alcázar á la derecha y á la izquierda la iglesia. En la configuración de la ciudad se reasumían la historia social de lo pasado, y la profecía del porvenir. En efecto, como sucede con tantos objetos de la edad media, Lisboa era un verdadero símbolo.

«No lo era únicamente del pensamiento político sino que lo era también del religioso. En el corazón del cuartel populoso, lo mismo que en el lugar eminente se esplayaba el cristianismo. Al norte en un valle profundo, cuyas casas oprimían la mezquita, se hallaba el barrio de los moros, la *Morería*. Al sudeste, casi enteramente al levante, se encontraba la sinagoga y cuartel de los Judíos. Así pues los sectarios de una creencia que fué la verdadera en otro tiempo, al lado por donde se levanta el sol para iluminar las alturas; la religión de Cristo complemento divino de aquella fe ocupando lo vasto del recinto, y el islamismo, transformación impía y tenebrosa de las dos creencias, ocultada, como quien dice, al norte, casi debajo la sombra que proyectaba la cruz triunfante; y á lo lejos las vastas soledades del oriente, á través de las cuales debían algun día los hijos del evangelio llevar su libro á rejonnes aun desconocidas de ambos mundos; sí: la antigua Portugal habia hecho de la ciudad del Tajo un símbolo y una profecía sublimes (1). Nos

proponemos presentar al lector en rápido bosquejo, el segundo período de este cuadro imponente, mas curioso sin duda, á nuestro entender, aunque menos orijinal. En esta reseña apelaremos también á los jeógrafos del renacimiento, á antiguos cronistas olvidados, pero que nos suministrarán las bases del edificio.

Si alguno de nuestros lectores ha echado por casualidad una ojeada en la cosmografía de Ortolio, ó mejor todavía en la de Munster, á los mapas de estos antiguos volúmenes, habrá podido ver la *villa insigne de Lisboa*, tal como era admirada de toda Europa en el siglo XVI.

La ciudad fundada por Ulises, como repiten á porfía los historiadores, lo mismo que los poetas, la antigua capital de la Lusitania, no tenía entonces menos de diez mil casas, muchas de las cuales tenían hasta cinco pisos. Contábanse en aquella época diez y ocho mil familias establecidas en su recinto, lo cual formaba una población permanentemente de cien mil almas, á las cuales debe añadirse el número de nueve mil novecientos cincuenta esclavos. Pero los que se detuviesen en este cálculo no tendrían sino una idea muy imperfecta de la población total; porque el antiguo autor que nos ofrece estos pormenores, tiene cuidado de observar, que la clase jornalera era mucho mayor que la que se titulaba vecinos, y que además de esto, no entraban en el cálculo, ni la corte, ni los comerciantes extranjeros, ni la jente de mar, ni finalmente la población flotante que traen los viajeros y transeúntes.

En aquella época tenía Lisboa trescientas veinte y ocho calles de primer orden, ciento cuarenta travessas, ochenta y nueve callejones sin salida, y sesenta y dos plazuelas ó encrucijadas que no deben entrar en el número de calles propiamente tales.

riosa al fin de la edad media, supo poner en olvido su poesía, porque preocupada en organizar, en rejir, y en nivelar, perdió completamente el sabor, el sentimiento por lo bello y grande. No podemos seguir al autor en sus bellos cuadros, instamos al curioso á que visite el orijinal.

(1) M. Herculano continúa esta bella descripción haciendo observar que la monarquía, victo-

Sin contar la catedral, en donde descansaba Alfonso IV y la reina Doña Beatriz su esposa, se contaban veinte *feligresías* ó parroquias (1); además de estas iglesias y gran número de capillas, anejas en su mayor parte á los palacios de los grandes, la capital de Portugal contaba dentro de sus murallas, suntuosos conventos, cuya sola nomenclatura ó reducida descripción nos pediría mas espacio que el que podemos destinar á tal objeto. Nos concretaremos pues á algunos bosquejos puramente estadísticos, preciosos por su rareza. El monasterio de *San Vicente da Fora* era tenido por el mas antiguo de la ciudad, su fecha era de la época en que el rey Alfonso Enriquez habia conquistado la ciudad á los Moros. No contenia mas que treinta frailes de la orden de San Agustín, y sus rentas eran considerables. El de Nuestra Señora da *Graça* pertenecía á la misma orden y tenia setenta frailes. El de *Santo Domingo*, en que vivian cien religiosos, no tenia menos de veinte criados, y una renta de 5800 cruzados. *La Trinidad* no podia compararse á estos grandes conventos, pero el monasterio del *Cármen*, erijido en el siglo XV por el devoto condestable, Nuño Alvarez Pereira, debe contarse como uno de los mas bellos edificios de su género, que han admirado á la cristiandad (2); el noble guerrero que habia muerto en una de sus celdas, y que todavía le enseñaba en el si-

glo XVI y habia dejado rentas importantes, pero difíciles de calcular en el día, á los sesenta frailes que servian aquel piadoso asilo; *San Eloy*, dotado por el obispo D. Domingo, con sus cuarenta padres; *San Francisco*, que no contaba menos de ciento veinte frailes mendicantes, cerraban la nomenclatura de dichos establecimientos, no tan considerables entónces como llegaron á hacerse en lo sucesivo. Para observar exactitud, debemos todavía añadir, que al rededor de Lisboa, en un radio de una ó dos leguas, se contaban aun infinitos edificios religiosos, con mayor ó menor número de jente. Tal era entre otros el magnífico monasterio de *Belen*, erijido entónces sobre el emplazamiento que habia ocupado la humilde capilla, fundada en otro tiempo por D. Enrique, y que como se ha visto le designaba con el nombre de *Rastelo*. Entre los conventos estramuros debe tambien citarse á *Santo Domingo de Bemfica*, con sus treinta y tres frailes profesos, á *San Benito* que en otro tiempo no habia sido mas que una capilla aneja á Alcobaza, y que contó despues treinta y siete religiosos, y finalmente á *San Francisco de Enjobregas*, que era muy considerable, pues que solo los frailes de alforja llegaban á cincuenta.

Los conventos de las religiosas, en comparacion de los de los frailes, no eran tan numerosos. El monasterio de *San Salvador*, de la regla de Santo Domingo, contaba ochenta monjas; *Nuestra Señora da Rosa*, treinta y tres; las *necesitantes* de la pasion de cristo con sus veinte religiosas, el monasterio de las *huérfanas*, de donde salian muchas jóvenes para tomar estado en el Brasil, formaban el total de establecimientos de esta clase dentro de la ciudad. *La Anunciacion de Nuestra Señora de la Esperanza*, de religiosas de Santa Clara; otro convento de *Santa Clara*; la *Madre de Dios de los Santos*, en que profesaban las damas nobles; el convento de *Chelas*, de la orden de San Agustín, y finalmente el de *Odivellas*, que ofrecia á la veneracion del

(1) Segun Rodriguez de Oliveira eran las siguientes: santa Justa, san Nicolás, san Juan, santa Magdalena, Ntra. Sra. de los Mártires, Ntra. Sra. de Loreto, san Juan de Praca, san Pedro, san Vicente da Fora, santa Maria, el Salvador, san Andrés, santo Tomás, san Martin, san Jorje, san Bartolomé, santa Cruz, san Mamed, san Cristóval, y san Lorenzo.

(2) Jorje Cardoso da los mas circunstanciados pormenores acerca la sepultura del condestable. Todo el edificio quedó derribado cuando aconteció el famoso terremoto de Lisboa. Durante los siglos XVI y XVII, á favor de una grieta que tenia el sepulcro, la muchedumbre de los devotos iban en secreto á proveerse de pequeñas porciones de tierra que cubria al antiguo guerrero y las conservaban como reliquias, porque segun un canto popular que cita Cardoso, Nuño Alvarez Pereira habia muerto en olor de santidad.

pueblo la tumba de la reina D.^a Felipa, eran otros tantos asilos, abiertos á la devoción de las damas portuguesas, todos estramuros.

ESTABLECIMIENTOS DE BENEFICENCIA EXISTENTES POR LOS AÑOS 1550.

En esta época de verdadera prosperidad, Lisboa encerraba muchos establecimientos de caridad y beneficencia, mejor organizados, y mas esmeradamente administrados, que los de las demás grandes ciudades de Europa. No solo algunos de los conventos de que hemos hablado eran lugares de refugio para los dementes y enfermos, sino que Juan II habia mandado edificar el hospital de Todos los Santos, establecimiento central, del cual dependían los demás de la misma clase, desde el siglo XV. Este inmenso edificio encerraba cinco vastas enfermerías, y tenia además un local separado, en que se suministraban camas á los peregrinos nacionales y extranjeros que no tenían en donde hospedarse. Segun Rodriguez de Oliveira, en las citadas enfermerías no habia mas que noventa y ocho camas, pero habia otras tantas en el otro departamento de que hemos hablado. El hospital de *Nuestra Señora Das Virtudes*, destinado particularmente para los incurables; el de *Santa Ana* que contaba alta antigüedad, y en donde se presume que fué á morir el mas noble ingenio de Portugal, el Camoens; el hospital *Dos palmeiros*, destinado á los peregrinos conocidos con este nombre; el de los *Pescadores Chinceiros*. el de los *Pescadores liñeiros*, y últimamente el que llevaba el singular nombre de *Acata que farás*, (mira lo que harás) prueban que en aquella época presidia por todas partes una solicitud paternal y previsora á favor de las clases trabajadoras del pueblo.

Por medio de un curioso documento, puede decirse inédito, vamos á manifestar de que modo la industria de la antigua ciudad puede explicar la necesidad de estos establecimientos, y el lujo que reinaba en las clases privilegiadas.

CUADRO DE LAS JENTES QUE PROFESABAN ARTE U OFICIO EN LISBOA, DESDE 1550 A 1551, EXTRACTADO DE LA OBRA RARA DE RODRIGUEZ DE OLIVEIRA.

Médicos	57
Cirujanos	70
Boticarios	46
Maestros de gramática.	7
Idem de primeras letras	34
Escuelas de órgano	13
Idem de baile	14
Además de estos profesores, los habia particulares para la nobleza.	
Escuelas públicas de esgrima	4
Sin los que enseñaban á la nobleza, los cuales contaban con gran número de discípulos.	
Banqueros	6
Comerciantes de seda por mayor	28
Comerciantes por mayor de varios jéneros acopiados por asociacion	30
Tiendas de paños	60
Otras de varios objetos	458
Arrendadores de varios jéneros y objetos	620
Maestros de clavicordio	20
Cantores	150
Tocadores de oboe	20
De trompa	12
De timbales	8

ARTES MECANICAS.

Pintores	76
Dibujantes	47
Constructores de cartas marinas	10
Lapidarios	32
Plateros	430
Impresores	5
Libreros (1)	54
Que entienden y dirijen adornos de palacios etc.	6
Bordadores	10
Pasamaneros	133
Sastres	159
Calceteros	173
Tiendas de gorros	15

(1) Queremos notar de paso que el librero mas en boga de aquella época debia ser Jil Mariño, así como Jerman Gallardo era el impresor mas ocupado. Aquel era el librero del infante Don Luis y vivia en el mismo palacio del príncipe.

Idem de capuchas	14
Ropavejeros	119
Tiendas de ropa hecha	24
Colchoneros	27
Galoneros	10
Peluqueros de dama	6
Botoneros	20
Tundidores de paño	139
Cardadores	16
Sombrereros	206
Tintoreros	39

Si pensásemos en dilatar esta nomenclatura, lo cual no podría menos de fatigar al lector, nos sería fácil continuar explorando á Rodriguez Oliveira, con cuyo autor en la mano podríamos dar una muchedumbre de curiosos pormenores acerca varias profesiones y artes que ya no existen, ó bien sobre ciertos oficios, que no se habría sospechado que hubiesen debido existir en Lisboa en el siglo XVI. Nadie extrañaría que se contasen catorce armeros en una ciudad como esta, ni treinta cuchilleros, pero sí parecerá extraño que existiesen en la misma hasta treinta y nueve doradores. Nítampoco debe sorprender que hubiese ciento noventa barberos, doscientas tabernas, y ciento diez y nueve zapateros, debe tenerse por un testimonio del lujo que reinaría en aquella época, el que contase con ocho fabricantes de espejos, sin otros cuatro de cristales y cuatro de anteojos. En 1551 se encuentran cuatrocientos noventa y dos carpinteros, y doscientos mas, empleados en el puerto, con ciento catorce calafates, y ciento setenta y siete pilotos. Nada de esto debe sorprender sin duda, pero ¿quién creería que en esta nomenclatura se viesan figurar doce individuos ocupados en el puerto, con el singular oficio de buscar oro en su playa (1)?

(1) Edrisi, el geógrafo árabe, atestigua la existencia de esta profesion, aun que muy antigua, pues dice positivamente, que en su tiempo habia, y él vió, individuos ocupados en Almada, cerca de la desembocadura del Tajo, en buscar pepitas de oro que se encontraban en las arenas de la orilla, lo cual confronta demasiado con la tradicion constantemente conservada para ponerlo en duda. En efecto, era tal la abundancia de estas pepitas metálicas, que arrastraba el rio, aun á

Por el mismo tiempo figuran igualmente ocho tiendas de mujeres con el solo empleo de perfumar guantes, y otras doce en preparar afeites ó cosméticos. Debemos añadir con cierto disgusto, que si en la estadística mandada formar por el arzobispo, se mencionan todos los oficios y estados que dan fe del lujo de la ciudad, no sucede lo mismo con las profesiones liberales que introducen la instruccion en las familias. En ella no se cuentan mas que dos mujeres ocupadas en enseñar á leer á las jóvenes, pero en cambio, hay doce memorialistas ocupados sin descanso en escribir billetes de avisos ó mensajes particulares. La antigua civilizacion de Lisboa queda perfectamente espresada con los dos datos siguientes, cuatrocientos treinta plateros, y dos mujeres para enseñar á leer á las niñas.

ESTADO DE LAS GRANDES FORTUNAS EXISTENTES EN EL SIGLO XVI.

La fortuna de algunos grandes señores portugueses habia llegado á ser muy considerable en el siglo XVI, particularmente si se la compara á la de la nobleza de algunos otros estados de Europa. Quisiéramos verdaderamente poder ir siguiendo paso á paso el acrecentamiento que tales fortunas hicieron en el reinado de D. Manuel; en defecto de esto, no dejará de llamar la atencion la vista de un estado sobre el asunto que nos ocupa, el cual podrá modificarse por el lector, con aprecio al valor del dinero de aquella época, para atender la equivalencia á que ascenderia en el siglo actual, cuya razon no deberá diferenciar mucho si se fija de uno á veinte. Dicho estado ha sido tomado de un autor extranjero, aunque muy informado por su posicion de la exactitud de los datos. Marineo Sículo, despues de haber mencionado las riquezas del rey de Portugal añade; hay en este pais muchos grandes señores é ilustres personajes que gozan de grandes rentas; ci-

principios del siglo XVI, que Marineo Sículo habla de un cetro y de una corona de D. Manuel, y ambos objetos provenian de oro recojido en el Tajo.

tarémos los que acudirán á nuestra memoria (1).

Ducados de oro.

En primera línea el duque de Braganza, es de sangre real y posee de renta	40.000
El duque de Barcellos, hijo del anterior.	
El duque de Coimbra y marqués de Torres novas; se ignora su renta.	
El marqués de Villa-Real, conde de Alcontim	15.000
El conde de Marialva, de la casa de Cutiño	12.000
El conde de Penella, de la casa de los Vasconcelos.	4.000
El conde de Portalegre, de la casa de Silveira, gran mayordomo del rey	5.000
El conde de Vimioso, de la casa de Sousa	3.000
El conde de Tentugal, de sangre real	8.000
El conde de Abrantes, de la casa de Almeida	3.000
El conde de Freira, de la casa de los Pereiras	3.000
El conde de Liñares, muy próximo pariente del rey	3.000
El conde de Ronda, de la casa de los Cutiños	5.000

ESTADO DE LA ESCLAVITUD EN LISBOA EN EL SIGLO XVI.

Si se atiende á un documento escrito en estilo muy familiar por el célebre Damian de Goes, que salió á luz diez años, á corta diferencia, antes de las investigaciones estadísticas de Rodriguez de Oliveira, esto es 1541, se hacia una exportacion anual de la Nigricia propia, de veinte y dos mil negros, que se diseminaban por todo el ámbito de Portugal, sin contar los esclavos que se traian de Mauritania, de la India y del Brasil (2). Todo esto nos aleja mucho, como se ve, de las solem-

nes transacciones de que habla con tanta elocuencia Gomez Yañez de Azurara, pero que durante ellas, el infante D. Enrique mandaba vender esclavos para ganar algunas almas mas á la religion del Cristo. Bajo el reinado de D. Manuel y de Juan III este réjimen de esclavitud habia llegado á tal extremo, invadiendo á todas las clases de la sociedad, que los extranjeros se sentian en cierto modo horrorizados al detenerse á contemplar sus resultados, y que varios escritos del siglo XVI declaman con enerjía contra el estado deplorable de esta parte de la poblacion inferior de Lisboa. Oigamos á uno de los viajeros mas moderados y entendidos de aquella época, y percibirémos todo el exceso del abuso, meditando el cuadro que nos pinta Glenardo con espresiva sencillez. «En esta ciudad todo el mundo es noble, y nadielleva consigo cosa alguna por las calles... ¿Pensais que una madre de familia se digne ir á comprar el pescado que necesita, ó se ponga á guisar sus legumbres?... en la casa no sirve de otra cosa que para hacer uso de su lengua; ostentando el derecho que le vino con la boda que es el de mandar... Todo se ejecuta por el ministerio de los esclavos moros ó etíopes, de los cuales la Lusitania entera, y sobre todo Lisboa, se hallan tan atestados, que á lo que se ve, hay mayor número de los tales que de habitantes... No hay casa en donde al menos no se encuentre una criada mora, de condicion esclava, y esta la que va á la plaza, la que barre, la que lava, la que va por agua, en fin la que tiene que hacerlo todo, verdadero burro de carga, del cual no se diferencia mas que en la forma... Las jentes ricas poseen un gran número de esclavos de ambos sexos, con los cuales, á favor de la licencia de las costumbres, se hace un gran comercio con los que nacen de aquellos, á beneficio de los dueños de los padres, que los venden con destino á otro pais ó comarca (1).» Lo que hay aquí de particular sobre todo, es, que

(1) Véase á Marineo Siculo: *De las cosas de España*. Este autor escribía en tiempo de Juan II. Las grandes fortunas territoriales no podían haber sufrido un gran cambio en el espacio de sesenta años.

(2) *Hispania*, 1 vol. en 4.º pequeño.

(1) Véase Nicolai Glenardi, *Epistolarum libri duo*, tom. 1, pág. 456.

la mayor parte de estos esclavos se encontraban en las tierras sometidas al gran maestre de la orden de Cristo, cuya principal riqueza consistía en este tráfico. Las ciudades del Algarbe se enriquecían con este espantoso comercio, y Lagos vino á ser el punto central, en cuyos mercados nunca faltó la abundancia.

FISIONOMIA DE LISBOA DURANTE LA ÚLTIMA MITAD DEL SIGLO DIEZ Y SEIS. ASPECTO DE LAS CALLES Y DE LOS EDIFICIOS.

Por aquella época dos embajadores venecianos visitaban á Lisboa, y de vuelta á su patria escribieron una relacion pintoresca de la gran ciudad. Apelaremos á estos autores para darla á conocer, pues la calidad de los tales, y su rara inteligencia los ponian en estado de apreciar debidamente el pais que visitaban. No se habian experimentado grandes cambios en la ciudad desde la muerte de Juan III. « Aunque Lisboa sea vasta y noble, dicen aquellos, no se encuentra en ella ni un solo palacio que merezca consideracion por lo que hace á su arquitectura, pues lo mas que puede decirse de ellos es que son grandes: sin embargo tienen el arte de adornarlos de tal modo, que á decir verdad, ostentan magnificencia. Acostumbran tapizar los aposentos con ricos damascos en invierno, y en verano con pieles doradas de mucho precio, elaboradas en la misma ciudad.

« Las calles, aunque anchas, son sumamente incómodas, á causa de las continuas subidas y bajadas que ocasiona la desigualdad del terreno. Esto obliga á los habitantes á valerse de caballos para transitar, y esta es la causa por la cual abundan tanto en dicha ciudad los caballos enteros, los cuales compran los Portugueses á cualquier precio, por lo mucho que los estiman. No usan coches, y los cinco ó seis carruajes que allí se encuentran, pertenecen á caballeros castellanos adictos á la corte. Aunque, como decimos, las calles en jeneral sean malas é incómodas para los que las transitan á pié ó á caballo, la hermosa « rua Nova » es agra-

dable y de fácil tránsito, tanto por su estension, como por su anchura. Lo que contribuye á hacerla tan bella es la infinidad de tiendas que la adornan, llenas de toda clase de mercaderías para el consumo de una poblacion noble y rica, que la inunda todo el dia. Entre ellas se distinguen cinco ó seis dedicadas al espendimiento de objetos de la India, tales como porcelanas finas de varias clases, obras de concha, cocos trabajados de varios modos, cofrecitos guarnecidos de nácar, perlas y otros preciosos embutidos... En la misma calle hay muchas tiendas de libreros que espenden infinidad de libros portugueses, castellanos y latinos, pero á precios muy altos, lo que obliga á los estudiantes pobres á tener que tomarlos alquilados (como dicen por allí). No debemos olvidar, que una plaza llamada « Peluriho velho » hay perennemente ciertos hombres ocudados en escribir, sentados, y con su mesa delante, á los cuales se les puede llamar notarios ó copistas sin carácter oficial (*los que nosotros llamamos memorialistas*), los cuales ganan su vida haciendo este oficio: así que se les presenta un parroquiano, inmediatamente se les ve dispuestos á redactar todo cuanto puede pedirseles, de modo, que ahora escriben cartas de amor, de las cuales hay aquí gran consumo, ahora algun elojio, despues una peticion, en seguida una composicion poética, despues una oracion fúnebre, y á los dos minutos un memorial ó cualquier otro escrito, en estilo llano, elevado ó como se les pide.

Cerca de la calle Nueva, se encuentran muchas otras calles, en cada una de las cuales no se ven mas tiendas que de una misma clase de artefactos. En la de los plateros que trabajan el oro, habia muchos vendedores de piedras preciosas, perlas, ámbar, almizcle y otros articulos, pero de poco surtido en este momento, á causa del retardo de las flotas. La plaza se trabaja en Lisboa con esquisito primor, tomando infinitamente formas, por que es moda en esta ciudad el tener los platos, los cubiertos, los vasos, y toda clase de

utensilios para la mesa de este metal, así entre la clase media como principalmente entre la nobleza. En otra calle se encuentran las tiendas de confituras, frutas secas, y toda clase de postres, elegantemente dispuestos de los cuales se hace mucho tráfico y hasta se espiden para diferentes partes del mundo. Distinguese otra calle en la cual se venden únicamente telas de toda clase, fabricadas en Portugal mismo, ó en Flándes é Italia, y á decir verdad, las primeras son tal vez las mas hermosas: distinguese por su finura y sobre todo por su blancura, y en las mismas tiendas se encuentran pañuelos llamados á la morisca, muy bellos y no muy caros. En otras de dichas calles se trabaja delicadamente al torno: allí es en donde se hacen los paraguas de ballena primorosamente acabados, así como varios utensilios de coco, como tazas y otros con embutidos de otras maderas, particularmente del Brasil. Las vasijas de estaño y otros muchos objetos del mismo metal se elaboran en gran cantidad en otra calle, y se hace de ellos no pequeña exportacion para la India, en donde producen cuantiosa ganancia... (1).

Los habitantes de la ciudad de Lisboa, así como todos los Portugueses, son de mediana estatura, inclinándose mas bien á bajos que á altos, de color tostado, cabello y barba negros, lo mismo que los ojos, cuyo conjunto tiene cierta semejanza con la fisonomía griega. El noble viajero veneciano entra aquí dando algunas noticias acerca de las costumbres de las damas y caballeros de Lisboa. Entiéndese con cierta satisfaccion en ponderar el lujo de las sederías, introducido por la denominacion española, período lejano todavía del que estamos recorriendo; pe-

ro hemos creído que los trajes que se ven en los retratos de los Vascos de Gama, de los Albuquerque, y de los Juanes de Castro, ofrecerán mas perfecta idea de ciertas vestimentas de aquella época, que todas las descripciones que pudiesen hacer hasta los mismos contemporáneos, terminando esta ojeada con la reproduccion de un grabado de la biblioteca real, que es tambien del siglo diez y seis.

« Los Portugueses, prosigue el autor, son mas amigos de la alabanza que otra nacion qualquiera: quieren que sus hazañas sean milagrosas, y hacen el elogio con tal redundancia de palabras que se pretenden igualar á las mas grandes ciudades del mundo, así suelen decir de ella: *Quem nao vé Lisboa, nao vé cousa boa*, quien no ha visto á Lisboa no á visto cosa buena.

« La jente del pueblo quiere ser tratada, no de *vos* ni de *tu*, sino de *señor*, y esta cosumbre es comun en toda la península. La poblacion en jeneral es pobre y los *caballeros*, que son los que son tenidos por ricos tienen que vivir en economía, por que su opulencia se funda en la posesion de una ó dos aldeas que encierran treinta ó cuarenta familias cada una, y esto en medio de campos estériles con veinte ó treinta jornales de tierra cultivada.... Pocas son las personas que se dedican á las letras: la mayor parte siguen el comercio, jénero de vida que detestan los nobles, que ni siquiera quieren oír hablar de semejante profesion que consideran como ejercicio plebeyo y vil: dedicanse esteriormente á adquirir el manejo de las armas y del caballo, contentándose con ligeras nociones sobre estos dos conocimientos, pues tampoco quieren por ellos sujetarse á enseñanzas prolongadas.

« Las mujeres portuguesas son notables por su hermosura, y por la elegancia de sus proporciones, sus cabellos son naturalmente negros, pero algunas dellas se los tiñen de rubio bajo. Su continente es agradable y los rasgos de su fisonomía muy graciosos: sus ojos negros y cente-

(1) El autor presenta en este párrafo muchas noticias sobre el comercio de las Indias, las cuales no copiamos por evitar repeticiones; pero lo que hay de curioso de parte de los viajeros venecianos es, que despues de haber enumerado las mercaderías que llegaban á Europa por la via de Egipto, confiesa que el total de las espresadas no llegaba á la milésima parte de las que venían con las flotas portuguesas.

llantes aumenta su hermosura, y podemos afirmar con toda sinceridad, que durante nuestro viaje por toda la península las mujeres que nos han parecido mas bellas han sido precisamente las de Lisboa (1).

« El traje de las mujeres de Lisboa es el de todas las damas de España, es decir, que consiste en un grande manto de lana ó de seda, segun la condicion de cada una con que se encubren enteramente el cuerpo, ocultándose hasta el rostro: así es que con este traje van á donde les parece, tan completamente disfrazadas, que sus propios maridos no las pueden conocer (2). Las damas de alto rango acostumbran andar por la ciudad acompañadas de su rodrigon muy bien vestido: otras llevan sus dueñas, que van á su lado, ó detrás de ellas con suma gravedad: el ir acompañadas de doncellas jóvenes no está muy bien visto entre ellas.

« El pueblo vive pobremente, sus vituallas diarias se reducen á sardinas saladas que se venden en grande abundancia por toda la ciudad; pocas veces compran carne por que resulta mas cara que aquellas. La pesca de la sardina es abundantísima en Portugal: fuera de la barra de Lisboa se coje verdaderamente de todas clases de pescado, y aun que mas grueso no tiene el de estas aguas tan buen sabor como el que se coje en Venecia. Es tan caro, que los extranjeros nos admiramos de esta circunstancia. Los habitantes que lo usan tienen que comprarlo siempre á precios subidos, y lo mismo sucede con la mayor parte de comestibles en esta capital. El pan que comen los pobres es malísimo aunque es verdad que es barato. Es de trigo del país lleno de tierra, porque aquí no se estila á echar el grano sino que se lleva al molino del mismo modo que

se recoje de la era. El pan blanco y de buen gusto se elabora con harina ó grano extranjero procedente este de Francia, de Flándes, ó de Alemania, traído por los buques que hacen el comercio de sal ó especias. Este trigo sin embargo, no viene mucho mas limpio que el del país, pero hay unas mujeres que se dedican á cojerlo grano á grano, las cuales se emplean en esta tarea sentadas en las puertas de sus casas con una paciencia flemática mas propia de Alemanes que de jente portuguesa. Estas mujeres fabrican el pan y lo venden por la ciudad al precio que les conviene, que siempre es caro. El pueblo últimamente, se alimenta tambien de frutas y legumbres que suelen estar baratas.

« El vino comun no es muy bueno, por no decir que no se puede beber, ó por que no se sabe fabricar, ó porque los cosecheros no quieren tomar demasiada molestia en hacerlo. Por lo regular vale 24 reis la *canada*: los vinos esquisitos son sumamente caros: nuestros señores, los embajadores, han tenido que pagar el vino blanco para el uso ordinario de sus mesas á sesenta escudos la pipa.

« En cuanto á comestibles no es en Lisboa en donde deben buscarse los mas esquisitos. Hasta la ternera anda escasa por que no se usa matar á esos animales, sino que se les conserva para el trabajo del campo, al cual se les destina así que son un poco crecidos, ó entónces sirven para el abasto de la ciudad. Sin embargo el cerdo es escelente, y el alimento ordinario. »

El autor italiano continua dando cuenta de los recursos rentísticos del país. Sus datos pueden aplicarse todavía á la época de que tratamos. Las rentas reales consistian en lo que se cobra de derechos en las aduanas de Lisboa y en todas las demás del reino. Los derechos recaian sobre toda clase de mercaderías, tanto áridas ó secas, como en caldos ó líquidos. En algunos artículos el derecho ascendia á un quinto, en otros al décimo. El pescado pagaba en muchas partes mas de la mitad de su valor total. Habia otros impuestos paga-

(1) El autor veneciano insiste aquí sobre la cantidad de aceite, que usaban las damas españolas en el siglo diez y seis, y hace notar que las Portuguesas no tenían semejante costumbre.

(2) Todavía se conserva este traje de calle en algunos pueblos de Andalucía, como en Marchena, Tarifa, y otros, y el disfraz es tan completo que no es mayor el de un dominó ú otro traje de máscara.

dos en especie como en cereales, en vinos y en otros artículos, y después las rentas de los gran maestros á cuyo pago estaban afectas la isla de santo Tomé, las Terceras, Cabo Verde, Madera, y la isla del príncipe, á las cuales debe añadirse Mina, cuyas tierras pertenecían al orden de Cristo. Las especias y demás mercancías procedentes de la India y del Brasil estaban igualmente sujetas á un impuesto. Apesar de la inmensa cantidad á que ascendían estas rentas, no entraba un cuarto en el tesoro, por que todo venía á quedar invertido para el entretenimiento de las flotas, y para la conservación de las varias dependencias del estado. Así es que esta renta tenía que cubrir los sueldos de todos los funcionarios públicos ministros de justicia etc.; igualmente tenía que hacer frente á la satisfacción de varias pensiones llamadas *tenças*, concedidas á individuos que habían prestado servicios importantes en Africa ó en las Indias. « Empleábase, continua el autor italiano, en constituir privilegios de percibos pecuniarios, que los reyes vendían á perpetuidad, y que se establecían para la satisfacción en los mencionados derechos: de los mismos debía atenderse á los gastos de la tropa y armas necesarias para la defensa de las plazas de Africa, á los de cinco galeras, constantemente equipadas y armadas: á los de los buques de transporte llamados *navios redondos*, que salían todos los años en convoy para acompañar las flotas destinadas al comercio de Portugal, ó que se tenían dispuestos para las expediciones del Brasil, Guinea, Mina, Santo Tomé etc. Finalmente, de los mismos fondos debía salir otra inversión de pensiones anuales llamadas *moradias*, los dispendios de la corte y casa real, salario de la servidumbre de la misma, presentes de ordenanza ó costumbre á los embajadores, sin omitir las dotes que se concedían á las hijas de los servidores de la corona, y añadiendo á todo lo dicho, la conservación y equipo de las fortalezas del reino (1).

COMERCIO DE PORTUGAL Y PRINCIPALMENTE DE LISBOA A MEDIADOS DEL SIGLO XVI.

Damian de Goes, que escribía de 1541 á 1542, nos da una lista que vamos á reproducir, abreviándola y omitiendo espresamente cuanto tiene relacion con el tráfico de esclavos, de que ya hemos hablado, que se elevaba á 40.000 ducados de oro.

Además de una cantidad considerable de oro en especie, el Africa hacia otras expediciones de algodón, marfil, y objetos de esta materia, elaborados con mucha habilidad; enviaba igualmente ébano, cueros, marroquines, esteras de hoja de palma, tejidos de algodón, pimienta, arroz etc. El Brasil figuraba muy poco en la lista de sus exportaciones para los mercados de Portugal. Goes no hace mención sino de su palo campeche, y sus maravillosos tejidos de pluma que tan diestramente sabían tejer los Tupis. Con todo, cita ya azúcar escelente y sus hamacas de algodón, fruto de la industria de aquellos salvajes.

La India y la Cataya, como se llamaba la China todavía, entraban en proporcion mucho mas considerable, cuando se trataba de especificar el total de importacion. Goes hace subir el comercio anual de solo la pimienta, á tres ó cuatro mil toneladas, del peso de mil libras cada uno, el cual se vendía en Lisboa á 24 ducados cada cien libras. Entraban despues el jenjibre, la nuez moscada, el macis, el cinamomo, el clavo, el ruibarbo, el mirabolano de todas clases, la cañafistula, el tamarindo, el azafran índico, el aloes, el sándalo rojo y blanco, la goma laca, el ébano, las piedras preciosas de oriente, y por último las perlas tan afamadas del golfo de Ormuz. Fácil nos fuera aumentar esta nomenclatura, pero otro lo hará en nuestro lugar.

Hereulano en la segunda serie del Panorama, nos ha parecido demasiado interesante para dejar de añadirlo á los documentos de estadística casi contemporáneos que nos habíamos procurado. Los viajes de Tirino y Lipomani, escritos en italiano, con algunos resabios del dialecto veneciano, han quedado inéditos.

(1) Este curioso pedazo publicado por M. P.

Por otra parte, antes de pasar adelante, hay un punto que debe detenernos. ¿Cómo se verificaba este comercio tan rico? ¿Cuál era su acción sobre los pueblos? ¿Cuál era su resultado? y ¿qué juicio se formó de él desde el tiempo de Juan III? Un hábil economista va á contestar por nosotros á todas estas cuestiones.

CONSIDERACIONES SOBRE LA ACCION DEL COMERCIO DE LAS INDIAS EN EL SIGLO XVI.—COMPARACION DE LOS PORTUGUESES CON LOS VENEZIANOS.

Juan de Barros define del modo siguiente los tres modos de comercio que los Portugueses ejercian en las Indias: «El primero, dice, tiene lugar, cuando en las tierras y soberanías que hemos adquirido por conquista, contratamos con sus poblaciones de vasalló á vasallo. El segundo consiste en formar contratos perpétuos con los reyes y señores del pais, para que, segun un precio convenido, nos entreguen sus mercaderías y reciban las nuestras, como sucede con los reyes de Cananor, de Gualse, de Cochín, de Culan y de Ceilan, queson lo que poseen la flor de todas las especias que se cosechan en las Indias. Debemos observar sin embargo que esta clase de contratos no es aplicable sino á la especiería que remiten á los empleados del rey, que residen en sus factorías para presidir al cargamento de los navíos venidos de Portugal; pero por lo que mira á los demás artículos, su comercio es permitido á todos los Portugueses ó cualquiera natural del pais; el precio de cada objeto toma su valor á voluntad y segun el interés de los contratantes; pues no existe ninguna tarifa de comercio. El tercer modo se hace enviando nuestras embarcaciones á aquellas rejiones, y conformándonos á los usos del pais; en este caso se contrata con los indijenas, dando un objeto en cambio de otro, aceptando sus precios ó fijando los nuestros.»

El escritor portugués que va á prestarnos los importantes datos que vamos á presentar, dice con razon,

á propósito de este pasaje de Barros: «Es evidente que entre estos tres modos, el primero y el tercero pueden considerarse como resultados de un libre comercio... el segundo no puede llamarse mas que un monopolio, puesto que en lugar de recibir los precios del mercado, quedaba este sujeto á una tasa ó á una ley anterior. Como este tráfico consistia en especias, base esencial de todo nuestro comercio en las colonias, se puede afirmar sin escrúpulo que la naturaleza del que hacíamos en las Indias era esencialmente despótico. ¿Qué artículos eran los que íbamos á buscar? El clavo de las Molucas, la nuez moscada y el macis de Banda, la pimienta y el jeníbre de Malabar, la canela de Ceilan, el ámbar de las Maldivas, el sándalo de Timor, el benjuí de Achem, el palo de Tek y los cueros de Cochín; por otro lado el añil de Cambaya, las maderas de Solor, los caballos árabes, los tapices de Persia, las sederías, los damascos, las porcelanas y el almizcle de la China, los tejidos de Bengala, las perlas de Calecar, los diamantes de Narsinga, los rubies del Pegú, el oro de Sumatra y de Lec, y por último la plata del Japon. ¿Quiénes eran los consumidores? Todos los habitantes de Euro, reyes, príncipes, potentados, señores y vasallos, banqueros, fabricantes, comerciantes de grande jiro. Toda la aristocracia de aquellos tiempos, sin exceptuar los prelados eclesiásticos... en una palabra, todo el mundo buscaba con avidez los productos asiáticos; era una manía universal, de la cual solo la suma miseria exceptuaba al pordiosero cubierto de andrajos, al pobre soldado, ó al miserable jentil hombre sin solar. Venecia la rica, la reina de los mares, la orgullosa señora del Adriático, la que proveía á las naciones, la ciudad magnífica que levantaba sus palacios de mármol, cuando el resto de Europa se poblabá con cabañas, ó todo lo mas con castillos del feudalismo, Venecia debia en gran parte su preeminencia á los productos del Asia. ¿Cuál era su sistema económico y comercial? Pue-

de decirse que difería esencialmente del nuestro en el punto de vista mas importante, hasta en la época en que, abrazando un régimen esclusivo, la república rodeaba á su comercio de privilegios y de monopolios. Venecia, estado libre, permitia al último de sus ciudadanos los contratos mercantiles sin reservas y sin restricciones; estas las guardaba para los extranjeros. Nosotros al contrario, en el tránsito político en que nos hallábamos, esto es, cuando pasábamos de un gobierno mixto á una forma que se rozaba con el absolutismo, incorporamos á la corona la propiedad, la soberanía del comercio, por decirlo de una vez, en detrimento del pueblo, en perjuicio de los derechos y de los intereses nacionales. Mientras que el pabellon de San Marcos recorría los mares en busca de las riquezas comerciales, Venecia no olvidaba sus recursos manufacturarios ni su industria, y nosotros sumergidos en el tráfico colonial, desdeñábamos por esta causa la fabricacion, y lo que es mas, la agricultura; nos abandonábamos á aquel comercio por el solo instinto de la avaricia, sin que nos guiase regla fija, ni cálculo, ni prevision, y sin establecer por último, principios conservadores que nos hubiesen asegurado su duracion.

«¿Qué juicio formaba Barros de este nuevo sistema comercial que habíamos adoptado? ¿Apreciaba, como debía hacerlo, la leccion que Venecia estaba dando al mundo, y el ejemplo que podia de ella sacarse? En las Décadas de Barros no es fácil hallar contestacion á estas preguntas. ¿Seria pues una reserva dictada por la delicadeza de su situacion, como empleado público, y como escritor del gobierno? ¿Seria tal vez el temor de rebajar el mérito del hecho mas transcendental de nuestra historia, temor de ponerse mal con la nobleza, tan interesada en las mercancías de la India, como él mismo nos lo manifiesta? ¿Era esto por último saberse conducir como el artista que espone su cuadro á la luz mas fuerte, y no á la mejor, para que se oculten los defectos mas notables de

su obra? ¿O serian mas bien las exigencias del mismo plan que se habria impuesto el autor en quien se descubre, desde un principio, el deseo dominante de presentar un grande acto de religion y de gloria, sobre toda consideracion? Su *Económico*, que nunca se ha impreso, tal vez habria dado solucion á todas estas dudas... Pero transportémonos ahora, nosotros, hombres de este siglo prosaico y calculador, al siglo de las aventuras y de los encantamientos en que él vivia. Respirémos por un momento la atmósfera que él mismo respiraba, espesa y cuajada de preocupaciones populares, y de errores políticos; dejemos llegar hasta nosotros, el ruido que oyó él cuando inmensas aclamaciones saludaron el desembarco de los exploradores de las Indias, las felicitaciones de la corte, la influencia tan contagiosa de las fiestas, que tenían lugar por todo el reino, el entusiasmo que se desbordaba de Portugal, para diseminarse por todo el mundo, y para volver á refluir á torrentes sobre el mismo pais; figurémonos escuchar todavía los clamores que publican nuestras victorias desde el Ganges hasta el Tajo, y sobre el Tajo... pensémos estar viendo el espectáculo magnífico de las riquezas del oriente, los navíos de las naciones extranjeras que se admiran de nuestra insignie fortuna, hechas tributarias de nuestro comercio; las sensaciones íntimas de un pueblo, ahora poco, pobre y débil, que se vé elevado de repente á la cumbre de la dominacion y de la opulencia; sí, gocemos de todo cuanto debió afectar á nuestro historiador, en aquella época de heroismo y de poesia. Que la perspicacia de los economistas y de los hombres de Estado á quienes aludimos nos abandone por un momento; nos encontraremos actores ó espectadores de este drama tan nuevo y tan variado como le sucedió á él mismo. Entónces alcanzaremos la explicacion de su silencio, si así puede llamarse á su reserva, ó de sus errores, si es que pudo cometerlos.

«No ignoramos que se ha dicho, que antes de la segunda expedicion

de Gama, por los años 1502, se discutieron en el consejo real los negocios de las Indias, y que este cuerpo, reunido al efecto por el rey D. Manuel, manifestó, en su mayoría, repugnancia por la continuacion de la conquista. Hiciase memoria que de las trece embarcaciones que habian salido dos años antes, cuatro habian sido tragadas por los mares, en cuyo abismo habian sido sepultadas sus tripulaciones... Teníanse todavía presentes las traiciones del Zamorino; los peligros, los trabajos de toda clase de que se habia visto asaltado el navegante portugués... La estenuacion de los recursos del reino, la estension de todas las dificultades que presentaba la conquista, el poder de los Moros y el odio que nos profesaban, pero el voto contrario debió prevalecer, porque D. Manuel estaba de su parte. Si fué una inspiracion del cielo, como quiere Juan de Barros, ó si fué menos sublime la causa que determinó al rey á perseverar en su empresa, ello es, que la empresa fué llevada adelante con aplauso de este pueblo que tanto habia murmurado contra los trabajos y primeras tentativas del infante D. Enrique (1).»

No hay duda que no es fácil poder explicar con mas destreza, las causas del fatal deslombamiento que remontó tanto á los Portugueses, y que sin la menor duda fué tambien la que precipitó su rápida caída. El distinguido escritor de quien hemos tomado estas consideraciones la conoce lo mismo que nosotros; además de los hombres cuyo testimonio invoca, no faltaron ya desde el siglo XVI, escritores menos apasionados que Barros, á quien la experiencia hacia mas previsores que á este, cuya voz ilustraba al pueblo y al soberano, cuando todavía era tiempo de detenerse. Al frente de todos estos, tal vez debe ponerse al virtuoso obispo de Sybe, el noble Osorio, que con elocuencia verdaderamente cristiana se pregunta, ¿desde cuando la religion, se ha convertido en reli-

jion de cimitarra! Siguen despues los Hectores Pinto, los Contos; pero, como lo ha hecho observar Marreca, el mas enérgico, el mas sagaz en sus argumentos es un autor poco conocido, hasta de sus compatriotas, Luis Mendez de Vasconcelos, el cual se atrevió á fijar de un modo terminante, el resultado de las inmensas conquistas, cuya mayor parte se habian completado á la vista. En esta grande causa, enteramente portuguesa, importa dejar hablar á los Portugueses mismos. Aquí un grito de entusiasmo, allí una severa crítica. ¿No es esta la historia de todos los pueblos célebres?

En la obra de Vasconcelos hallaremos á Martin Alfonso de Sousa, á quien veremos figurar dentro de poco, el cual hace de los descubrimientos que nos ocupan, el mismo juicio que hemos visto hacer á Barros. «Todo bien considerado, dice el citado Sousa, la conquista de las Indias no nos ha dado campos para sembrar, ni prados en que apacentar nuestros rebaños; tampoco nos ha traído labradores que cultivasen nuestras tierras, antes, lejos de esto, se nos lleva á los que se empleaban en esta ocupacion, por que arrastrados los unos por la avaricia, diezmadados los otros por las necesidades de la guerra, nos quedamos mas desprovistos de hombres de lo que convendría. Así es que los que calculan sobre esta clase de especulaciones dicen, que existen ahora muchas tierras mas sin cultivo que en otro tiempo, abandonando cada día nuevos terrenos que hasta ahora se habian siempre cultivado, y si esto admitiese réplica, ello es, que veríamos menos bosques y muchas mas tierras bajo el arado, por que si la jente no se dejase seducir por la esperanza de las cosas de la India, la poblacion se ocuparia de contado, de lo que tiene debajo de sus propias manos, y en su misma casa, y no que lo mismo sucede en las demás clases de trabajo é industria.» Basta lo dicho sobre este punto, para que el lector quede ilustrado.

Vamos de nuevo á ocuparnos de los sucesos de Oriente, de aquel famoso país de donde nacian tantas

(1) Véase á A. de Oliveira Marreca; Juan de Barros, Luis Mendez de Vasconcelos y el comercio de la India. Artículo publicado en el Panorama, año 1.º, série 2.ª, p. 370.

causas de destruccion y prosperidad. En esta ocasion la historia de Portugal nos ofrecerá una leccion digna de ser meditada, procedente de parte del mas desinteresado de los héroes. Juan de Castro va á presentarse en la escena, aunque antes es necesario decir dos palabras acerca de su antecesor.

MARTIN ALFONSO DE SOUSA.

Se dice que siendo todavía muchacho Alfonso de Sousa, su padre, el gran alcaide de Braganza, le mandó que acompañase á Gonzalo de Córdova, que habia venido á visitarlo, y que el ilustre capitán habiendo querido regalarle, en el momento de la separacion, una rica cadena de oro, le pidió el jóven Alfonso con el mayor atrevimiento que le diese su espada. Obtúvola en efecto, y nunca mas la apartó de su lado; dentro de poco vamos á ver de que modo supo emplearla. Como los demás héroes de aquel siglo, Martin Alfonso de Sousa tuvo un valor precoz, un conocimiento del mundo que no se encuentra jeneralmente en el hombre al acometer una carrera. Despues de haber hecho sus estudios en Salamanca, y despues de haberse casado, se le vé en 1530 mandar una flota, y en la costa del Brasil completar las hazañas que merecieron el encomio del Camoes. Donatario y fundador de la primera colonia regular del país, no lo abandona sino despues de haber dejado en él indelebles vestijos de una administracion cuerda y sensata, y despues de haberse asegurado que la introduccion de la caña de azúcar en esta porcion de la América seria un manantial inagotable de riqueza, augurando para lo futuro aquella rápida prosperidad agrícola, que nadie se presentó á alentar antes que él. De vuelta á Lisboa, es nombrado capitán jeneral del mar de las Indias, y el 12 de marzo de 1534 sale del Tajo con cinco naves, para pasar al país que debe ser el teatro de su gloria. El fin del año lo encuentra en Goa, y el gobernador Don Nuño de Acuña, poniendo en sus manos el mando de las fuerzas navales, le entrega una flota de cuarenta

navíos que debe conducir contra Damán. En breve, dice un historiador portugués, esta fortaleza es asaltada y destruida (1).

Alfonso de Sousa se encontraba en Chaul, cuando el célebre y desgraciado sultán Bahdur, habiendo sentido cierto terror de parte de los Mogoles que preveía iban á invadir su territorio, le envió á decir que le cederia un emplazamiento cerca de Diu, para construir en él una fortaleza, cuya concesion habia sido hasta entónces vivamente anhelada por los Portugueses. Con el fin de prevenir cierta inconstancia de resolucion que habia notado Alfonso en el carácter de Bahdur, dirijese al citado punto con la mayor diligencia, sin dar conocimiento de este viaje mas que al gobernador de Indias. Gracias al secreto y á tan admirable celeridad, todo salió como habia previsto. Pocos dias despues un capitán de una temeridad increíble, tuvo la audacia de meterse casi solo en un esquife para llevar al rey esta noticia: mas tarde referiremos la historia de este Botello Pereira.

Bahdur se aficionó de tal modo á Martin Alfonso, que no tuvo reparo en reclamar su auxilio y el de los Portugueses, contra unos enemigos que se hacian cada dia mas terribles. El gobernador, habiendo presentado esta proposicion al consejo, el almirante fué el primero en apoyarla, y Bahdur debió al valor, así como á la habilidad de este gran capitán, la felicidad de no ser destruido por los Mogoles, ó cuando menos de no caer en su cautiverio.

Despues de haber extendido su fama y prestijio con los sucesos de esta intervencion, entre los príncipes de la India, Alfonso de Sousa pasó á aniquilar la prepotencia de los príncipes malabares en la isla de Repelem, la cual entregó al saqueo; despues, habiendo destruido y aislado

(1) Véase el excelente trabajo de Francisco Adolfo de Varnhagen, miembro de la academia de ciencias de Lisboa. Se halla al frente de un precioso volumen titulado: «Discurso da navegação da armada que foi á terra do Brasil em 1530, sob a capitania major de Martin Affonso de Sousa.» Lisboa, 1839, 1 vol. in 8°.

todos los lugares marítimos que reconocían el poder del rajá de Calicut, recibió en Cochin la noticia de que el rey de Cota, vasallo de Portugal, se encontraba en muy crítica posición. Parte al momento para Ceilan; su presencia, como dice un historiador, era ya un auxilio suficiente, pero dirige desde luego sus disposiciones contra la flota auxiliar del samorí, y es esta puesta en completa derrota, después de un rudo combate.

El capitán general vijilaba de nuevo la costa del Malabar, cuando saliendo de Pename, Pachi Marca, su enemigo, lo fué siguiendo hasta Beadala. Aguardólo allí, y como lo esplica el citado Varnhagen, consiguió una victoria decisiva, recojiendo considerable botín, y armó caballos á grande número de los suyos. Harémos observar de paso, que la costumbre de conferir la orden de caballería en el campo de batalla en que se salía vencedor, se mantuvo hasta muy adelante entre los Portugueses. Juan de Barros esplica que esta brillante accion no impidió á Martin Alfonso de Sousa de dirigirse muy oportunamente á Ceilan para socorrer al rey de Colombo, el cual supo manifestar su reconocimiento á los Portugueses de un modo verdaderamente magnífico. Alfonso de Sousa continuaba sus victorias, y castigó á los piratas que infestaban aquellos mares, cuando un aviso de Nuño de Acuña lo obligó á volver al puerto de Goa. El ejército turco amenazaba á esta ciudad; pero así que el gran capitán llegó á la capital de las Indias portuguesas, D. Nuño habia sido reemplazado por un viejo, como era D. García de Noroña. El carácter pasivo de este, que ni queria atacar por sí propio, ni dar la orden de combatir, indispuso en gran manera á Alfonso de Sousa, por cuya razon se despidió para Lisboa, en donde Juan III le hizo una acogida capaz seguramente de hacerle olvidar los disgustos que habia sufrido.

Cuando llegó á Europa habia ya muerto D. García de Noroña, y se ignoraba todavía este acontecimien-

to, cuando Juan III confirió secretamente al vencedor de Pachi Marca la dignidad futura de virey de Indias. El poder sin embargo no debia alcanzarle sino por turno de sucesion. El mismo agraciado ignoraba que pudiese llegarle el caso de verse en este puesto eminente; y el 7 de abril de 1541, partió de Lisboa, llevando el mando de una flotilla, compuesta de cinco buques. Conforme refieren Lucena y Jorje Cardoso, que entran con este motivo en curiosos pormenores, durante esta expedicion, fué cuando los jesuitas tomaron posesion del colegio de Goa. Un santo misionero á quien es necesario asignar un rango aparte en esta célebre compañía, Francisco Javier, partió para las Indias en compañía de Alfonso de Sousa.

La flotilla aportó en Mozambique, recibió la visita del rey de Melinda, hizo aguada en Socotora, y llegó al puerto de Goa el 6 de mayo de 1542. El hijo del primer explorador de las Indias, Estévan de Gama, habia tomado posesion del gobierno, porque estaba designado como segundo sucesor de D. García de Noroña, y entregó el mando al primero y verdadero titular; pero aunque Alfonso de Sousa dedicó algunos dias á los cuidados de la administracion, no permaneció mucho tiempo en la capital. Por el mes de octubre la fortaleza de Betacala habia sido arrasada, después de una viva resistencia. Desgraciadamente, y durante otra expedicion, Alfonso no debia ser tan favorecido de la fortuna, y la batalla de Tebilicara fué bastante funesta para los Portugueses.

Aunque su flota se hallaba en próspero estado, y aunque hubiese satisfecho cerca de 1.125,000 reales por el pago de antiguos débitos, así que los tres años de su gobierno hubieron espirado, sintió Alfonso la necesidad de reposo. Aunque la India se hallaba en cierto estado de prosperidad, no era ya lo que habia sido en tiempo de los Almeidas y Albuquerque: en menos de medio siglo la corrupcion de los colonos habia reemplazado la inexorable entereza de los primeros conquistadores. En

medio de algunos rasgos de grandeza descollaban en primer término una mezcla de orgullo y venalidad, una costumbre de inútil dilapidación y de destrucción sin ventaja. La India pedía un regenerador, cuando Juan III llegó á adivinar esta necesidad del país, á pesar de sus preveniciones personales. Antes de terminar la relación que debe cerrar, por decirlo así, este gran período de conquistas, saquemos á luz algunos severos raciocinios que darán á comprender la tarea penosa que cupo en suerte al décimotercio gobernador de las Indias.

SITUACION MORAL DE LAS INDIAS ANTES DE LA LLEGADA DE JUAN DE CASTRO.

Un escritor francés del siglo pasado ha reasumido con habilidad el período que precedió á Juan de Castro, y no podemos menos de tomarle este rápido bosquejo. « Los Romanos, en su grande prosperidad no tuvieron un imperio mucho mas considerable; los Portugueses, en medio de tanta gloria, no habian descuidado la parte del Africa que se dilata desde el mar Rojo hasta el cabo de Buena Esperanza, tan afamada en todos tiempos por la riqueza de sus producciones. Los mercaderes árabes que la ocupaban fueron dominados, y levantóse sobre sus ruinas un imperio que se extendía desde Sofala hasta Melinda, cuyo centro era la isla de Mozambique; su excelente puerto vino á ser el punto de arribada y el depósito del vencedor.

« Tantas ventajas eran mas que suficientes para formar una masa de poder indestructible; pero la ineptitud de algunos jefes, la embriaguez de las victorias, el abuso de las riquezas y el estrago de los vicios, habian cambiado la condicion de los conquistadores.

« El rey de Tidor fué arrebatado y asesinado con sus hijos que habian quedado en manos de los Portugueses. Los pueblos de Ceilan eran tratados con la mas horrorosa barbarie; establecióse la inquisicion en Goa; los sepulcros de los emperadores de

la China de la isla de Calampino fueron saqueados por Faria. Sousa mandaba derribar todas las pagodas de las costas del Malabar, y degollaba á los que venian á llorar sobre las ruinas de sus templos. Correa juraba mantener la observancia de los tratados sobre un *cancionero de Garcia de Resende* (1). Nuño de Acuña mandó pasar á degüello á todos los habitantes de la isla de Daman los cuales sin embargo habian prometido retirarse si se les permitia llevar consigo sus riquezas. Diego de Silveira se apoderó en el mar Rojo de una embarcación ricamente cargada, que lo habia saludado, y que habia pedido un pasaporte á un jeneral portugués. Ciertamente es, que este pasaporte contenia estas dolosas palabras: « Ruego á los capitanes de los buques del rey de Portugal se apoderen del barco de este Moro. » En fin, los Portugueses no tardaron en no tener uno con otro mejor buena fe, que no habian tenido con los habitantes del país. Sus costumbres eran una mezcla de

(1) Añadamos, sin embargo, para ser exactos que este hecho, que es efectivamente real y verdadero, se ha divulgado con poca exactitud. Juan Correa, habiendo concluido en calidad de embajador un tratado con el rey de Pegú, resolvió que el juramento que debia prestarse sobre los libros sagrados se verificase á bordo. En la embarcación de Correa no habia Biblia alguna, y lo mas que pudo hallarse fueron unas *horas canónicas, en muy mal estado*. Temiendo el embajador que los Idólatras no formasen mal juicio de nuestra religion, al aspecto de tan mezquino libro, se acordó del *Cancionero*, publicado hacia poco, y que lo tenia á bordo. Este volumen, tanto por su forma como por su estado de bella apariencia, era mucho mas respetable que aquel, así que se decidió que serviria para el caso en aquella ceremonia. El sacerdote idólatra leyó un pasaje de su libro sagrado, y Juan Correa hizo otro tanto. Entónces, por una casualidad la mas feliz, se encontró que el embajador abrió el libro por un paraje en que se encontraba citado el texto de Salomon, *vanitas vanitatum et omnia vanitas*, y él mismo afirmó despues, que esta circunstancia escitó en él un sentimiento religioso el mas profundo, y declaró que habia jurado con tanta devoción y respeto, y que su juramento habia sido tan valioso, como si lo hubiese hecho sobre los santos Evangelios. Dícese que el *Cancionero* que sirvió para aquel acto, célebre por esta causa, se conservaba en el hospital *da Terra Santa*, que existe en aquella ciudad. *O Panorama*, t. 3, p. 318.

avaricia y despilfarro, de crueldad y de devoción. La afeminación no tardó en introducirse en los hogares y en los ejércitos; pronto el rey de Portugal dejó de percibir los tributos que le pagaban mas de ciento cincuenta príncipes de Oriente; todo este importe con el producto de las aduanas, y con el de los impuestos, no alcanzaron mas que para el mantenimiento de algunas ciudadelas, y para el equipo de los buques mas necesarios; ¡á tanto extremo habia llegado el latrocinio! D. Juan de Castro quiso cortar de raíz tamaños abusos.

JUAN DE CASTRO, DÉCIMOTERCIO GOBERNADOR DE LAS INDIAS.

Juan III señaló su alta inteligencia y cordura cuando llamó al hombre eminente que acabamos de nombrar para el cargo de gobernador de las Indias. Importaba continuar las conquistas, pero ante todo, reformar á los conquistadores. El nombramiento tuvo lugar en 1545. Para dar á comprender mejor el carácter del jefe íntegro, cuya historia vamos á recorrer rápidamente, debemos retroceder algunos años, y ver en primer lugar en que escuela se formó.

D. Juan de Castro pertenecía á una de las mas ilustres familias de Portugal, pero como no era el mayorazgo, resolvió, dice su historiador, adquirir por sí mismo un bien menos perecedero que el que pudiera heredar si lo fuera, y á este fin cultivó su inteligencia.

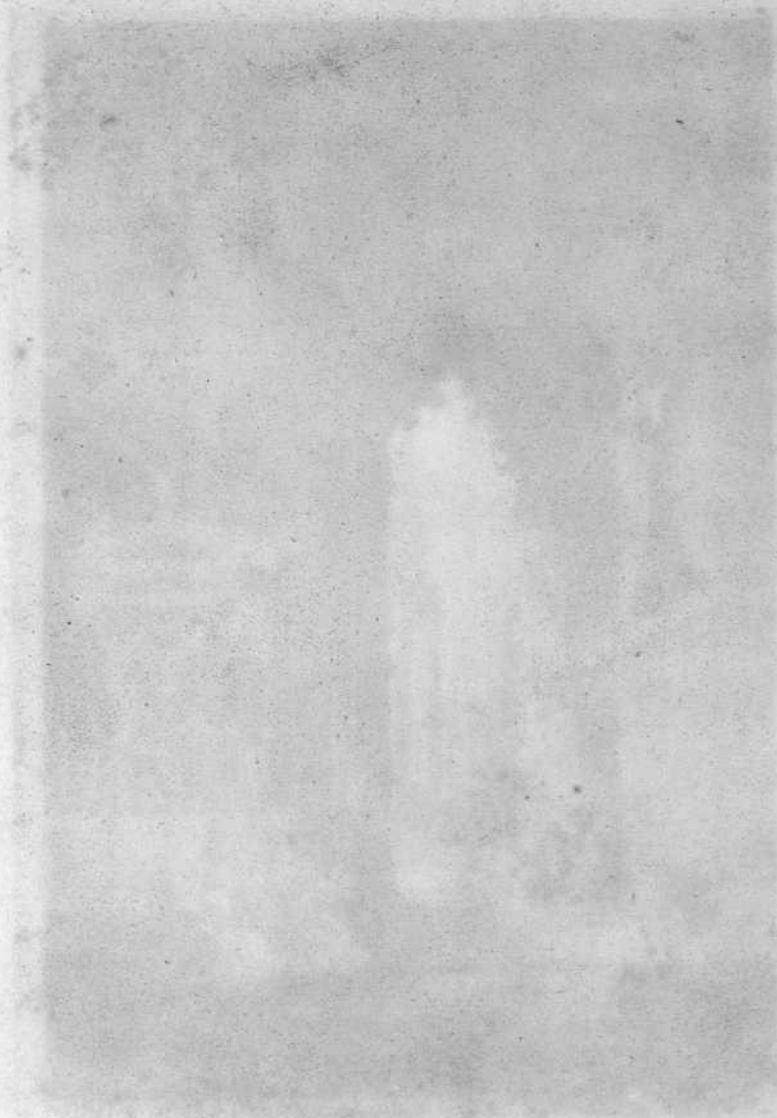
El joven D. Juan fué, como el infante D. Luis, discípulo del mas célebre matemático de aquel siglo (1). El insigne Pedro Nuñez le dió las primeras lecciones, y le prodigó sus consejos. En adelante, la ciencia que adquirió entónces y de la cual debió dar tantas pruebas, y las relaciones de afectuosa amistad que contrajo con aquel príncipe, y que tanto influyeron en su existencia, probaron que supo hacer una elección prudente,

y sobre todo feliz. Juan de Castro hizo sus primeras armas á las órdenes de D. Duarte de Meneses, siendo de edad de diez y ocho años. El antiguo militar lo miraba con cierto respeto, dice Freire de Andrade, como si ya hubiese leído la historia de sus victorias en el Asia. A pesar de la encomienda de Salvatierra, que le habia conferido el rey, era pobre; casóse con una dama de completo mérito, con D.^a Leonor de Cutiño, parienta suya, pero igualmente sin fortuna: se les respetaba como á los mas ricos, dice todavía Andrade, pero todo el mundo quisiera verlos en mas próspero estado de riqueza.

El joven comendador continuó en el servicio, y se ha observado con razon, que los dos mas grandes hombres de guerra del siglo, Juan de Castro y Hernán Cortés, asistieron juntos á la famosa expedición de la goleta que Carlos V dirigió contra Túnez (1). Pero lo que sobre todo contribuyó á aumentar la reputación de estos dos grandes hombres, al principio sus carreras, fué una resolución noble y sencilla á la vez, adoptada en una ocasión decisiva. Vengamos al hecho poco conocido que se refiere á Juan de Castro. Nombrado capitán jeneral de la flota portuguesa destinada á auxiliar la poderosa armada que Carlos V enviaba contra

(1) En esta célebre expedición dirigida contra Túnez se vió el mas grande buque de guerra que jamás hubiese surcado los mares. Antes de recibir el nombre de *Botafuego*, llevaba el de *San Juan Bautista*. Llevaba trescientas sesenta piezas de bronce, y sin contar la tripulación, tenia á bordo seiscientos fusileros, cuatrocientos soldados de espada y rodela, como entónces se llamaban, y trescientos artilleros. El *Botafuego* es igualmente célebre por la sierra de acero finísimo que llevaba en su proa para romper la cadena que cerraba la entrada del puerto de la Goleta. Al primer choque se rompió dicho instrumento, sin poder llevar el objeto que con él se habia esperado. Pero el infante D. Luis ordenó al piloto que tomase campo en el mar y desplecase todas las velas; el impulso fué tal, que la cadena del puerto no pudo resistir tan enorme choque y cayó á pedazos, sumergiéndose en las aguas y levantando ondas de espuma. El galeón entró entónces sin resistencia en el puerto, y arrojó tan prodijiosa cantidad de proyectiles, que desde entónces fué llamado el *Botafuego*, como se ha dicho.

(1) Conto dice acerca de los grandes estudios que hizo Juan de Castro: «Fué bien instruido en las artes liberales, y tan buen latino que podia juzgar del estilo.»





Seneca deves

Tombau de Don Joam, à Batalha.

Sepulcro de Don Joam en Batalha.



el famoso Khair-eddin, D. Juan se vió abandonado por el jeneral aliado, Alvaro de Bazan. El jefe portugués miró con frialdad el éxito azaroso que podía producir tan desigual pelea, pero se mantuvo impávido en las aguas en donde no debía tardar á comparecer el terrible Barbaroja. Sus disposiciones no pudieron alcanzar la victoria, es muy cierto, pero su formidable conducta hirió los ánimos de todos con mas fuerza que no lo hubiesen hecho las aclamaciones de un triunfo.

ESPLORACION DEL MAR ROJO POR JUAN DE CASTRO.

Juan de Castro, al principio de su carrera, tuvo la suerte de salir de las expediciones armadas que se hacian entónces en los confines de Europa, para pasar á las Indias, en donde, en 1538, logró estudiar el pais que debia mandar un dia, regresando á poco á Lisboa. Hallábase otra vez recorriendo el oriente en la época de la gloriosa administracion de Estévan de Gama, y en el mismo año de 1541, partió de Goa con aquel atrevido capitán para explorar científicamente las márgenes del mar Rojo. En aquella época Estévan de Gama habia efectivamente reunido una armada poderosa, con el intento de incendiar la escuadra turca que se hallaba anclada en el puerto de Suez, aunque no pudo efectuarse tan gran proyecto. Pero Juan de Castro mandaba en jefe el *Coulao novo*, y si la expedicion militar, á la cual debia concurrir este buque, no tuvo efecto, el ojo escrutador del hábil capitán supo explotar en ventaja de la ciencia un armamento que nunca se habria resuelto con semejante intento. Compilóse el itinerario del mar Rojo. En este curioso monumento del estado de las ciencias náuticas del siglo XVI, es en donde se encuentra y distingue al hábil discípulo del ilustre Pedro Nuñez; allí es en donde puede verse por que cadena de observaciones trabajosas se fueron dissipando ciertas preocupaciones de la geografia de la edad media. En tiempo de Castro, se creia todavia que la denominacion de mar Rojo era de-

bida al color de las aguas. En 1543, cuando el futuro gobernador de India pudo ofrecer á su real condiscipulo, el infante D. Luis, el importante *Derrotero* (1) que acababa de redactar, las verdaderas razones de un fenómeno mal comprendido se hallaron claramente esplicadas, y por la vez primera sin duda, la configuracion de las costas del mar Rojo se vió exactamente dibujada. Un gran problema jeográfico, sobre todo, quedaba resuelto por aquel que debia hacer cambiar de faz á la situacion moral de las Indias.

PARTIDA DE JUAN DE CASTRO PARA LAS INDIAS.

Martin Alfonso de Sousa pedia un sucesor; el estado en que se hallaban las Indias pedia que fuese hábil y desinteresado. El rey D. Juan III no amaba á Juan de Castro, aunque no tenia contra él prevencion alguna; bastó una sola palabra del infante D. Luis para que el rey lo elevase á aquel alto destino. Sin embargo, no gozó en un principio del título de virey. El nuevo gobernador salió para las Indias con sus dos hijos, Don Alvaro y D. Fernando, el dia 17 de marzo de 1545, y despues de haberse visto á punto de naufragar en la costa de Guinea, llegó delante de la barra de Goa, el 10 de setiembre del mismo año.

LUCHAS DE HIDAL-KHAN POR CONSERVAR EL TRONO USURPADO A MEALA.

En la época en que Juan de Castro se vió condecorado con el título de

(1) Para mas latos pormenores remitimos al lector al curioso monumento publicado en Paris en 1833 por D. A. N. de Carvalho, profesor de filosofia de la universidad de Coimbra. Como ha hecho oportunamente observar D. H. de Rivera, en el dia se conocen tres *derroteros*, debidos á la laboriosidad del célebre capitán. Uno de ellos traza el viaje que hizo de Goa á Suez que es el que se conoce con el título *del mar Rojo* y del cual acabamos de imponer al lector; el segundo contiene la descripcion del viaje de Goa á Diu, de 1538 á 1539, cuya impresion han empezado los Señores Kopke y Pinto Roby. Por último debe mencionarse el *derrotero* de Lisboa á Goa en 1538, cuyo original no ha podido descubrirse, aunque se sabe que existe una copia de él en la rica biblioteca de Evora.

gobernador de Indias, una grande cuestion de política local, un hecho previsto ya por el último virey, pero eludido por él mismo, vino á complicar de un modo extraño y embarazoso la accion del gobierno portugués. Bazarb, soberano de Balagate, habia muerto en la época de la administracion de Nuño de Acuña; elijióse para sucederle en el trono á un príncipe de menor edad, á quien los historiadores dan el pombre de Meala. La administracion del reino estaba á la sazón en manos de un hombre dotado de firmeza y de inteligencia, pero lleno igualmente de ambicion, cuyo nombre ha resonado justamente en la historia de las Indias. Hidal ó Adel-Khan, fué alejando poco á poco al príncipe Meala de las atenciones difíciles que reclamaba el imperio, y llegó á hacerse ofrecer la corona por los grandes del mismo.

Como lo refiere el grande escritor portugués, historiador fiel de este período, Hidal-Khan era jeneroso y bizarro, y habria sido sin duda un gran príncipe, si para mantenerse en el trono hubiese conservado las virtudes que habia ostentado para hacérselo ofrecer; pero así que se vió obedecido, cesaron sus finjidas dotes, porque no eran hijas de un natural injénuo, sino sujeridas por la ambicion y por el orgullo, que eran los vicios de su condicion. Hidal-Khan sin embargo no manchó su mano en la sangre del príncipe; contentóse con tenerlo desviado, y con paralizar su influjo. Mas adelante el jóven príncipe, así que estuvo en estado de comprender su verdadera posicion, se refugió al reino de Cambaya. Las exacciones de Hidal-Khan no tardaron en exasperar á los grandes, y levantóse un formidable partido á favor del príncipe Meala; políticos hábiles aconsejaron entónces á Martin Alfonso de Sousa ofreciese al príncipe destronado, cuyo partido se aumentaba cada día, un asilo en Goa.

Hidal Khan se alarmó con razon al ver los ostensibles testimonios de proteccion que iban envueltos en semejante hospitalidad; era demasia-

do esperto para dejar de percibir las consecuencias. Salió por tanto una embajada de Balagate para solicitar del virey la estradicion del príncipe fujitivo. El usurpador se condujo entónces con admirable habilidad, porque en sus relaciones diplomáticas tuvo la astucia de compararse á los Portugueses, cuyo valor habia sabido conquistar tantos imperios, sin pararse en los derechos mejor fundados y establecidos. Preguntábales con que cláusulas legales se habian apoderado de Goa sobre el Sabayo, de Diu sobre el sultan Bahdur, de Malaca sobre el soberano de Achem; manifestóse moderado, porque hubiera podido continuar las citas con facilidad, y por último terminó las contestaciones de un modo verdaderamente oriental, diciendo, que en su reino tenia metales acomodados á la naturaleza de las cosas para concluir las, oro, para los que reconocian los derechos de la amistad, y hierro para sus enemigos.

Si Jacinto Pereira de Andrade merece crédito, Martin Alfonso no se habria manifestado irresoluto á tan urgente dilema; no temia las guerras azarosas, como lo habia probado mas de una vez, pero le daba cuidado el embarazo de una lucha incierta, y los ofrecimientos de Hidal-Khan eran por otra parte demasiado positivos. Ciento cincuenta mil *pardaos*, las tierras de Bardes y Salseta, eran ofrecidas á los cristianos como indemnizacion que no podia ponerse en balanza, tratandose de la vida de un miserable fujitivo. El virey se hallaba ya casi á punto de entregar á Meala, cuando terminó su administracion.

La grande alma de Juan de Castro calificó las cosas muy de otro modo; uno de los primeros actos de su gobierno fué declarar, que los Portugueses, fieles siempre á sus amigos, lo eran todavia mas cuando se trataba del que vivia bajo la salvaguardia del asilo. Lo demás de la contestacion era tan duro, como noble habia sido el comienzo, y debia herir la imaginacion de Hidal-Khan, precisamente por las imágenes gigantescas que Juan de Castro no temió tomar

del estilo oriental. Decíase que las fortalezas erijidas por los cristianos en las Indias tenían sus profundos cimientos en el centro de los reinos; que los Portugueses eran semejantes al mar, que crece cuando mayor es la tempestad, y que si el nuevo virey no buscaba la guerra, mas lejos estaba de temer sus consecuencias.

Estalló efectivamente la guerra, y una guerra digna de los Albuquerque y de los Pachecos. El gobernador, sin embargo, no quiso honrar al jefe musulman con salir á batirlo en persona; despues de varios encuentros preliminares, nombró á su hijo primojénito para dirigir la expedicion, cuyas ventajas debian refluir en beneficio de un príncipe extranjero. D. Alvaro por consiguiente recibió el mando de una flota de seis buques con novecientos hombres portugueses y cuatrocientos indios de desembarco, el cual despues de haberse apoderado de algunas embarcaciones de Hidal-Khan, hizo rumbo contra el puerto de Cambra. Edificada esta ciudad en una llanura inmensa, no contenia menos de cinco mil familias, de oríjen indio; pertenecia entónces á los Musulmanes, y encerraba inmensas riquezas. A pesar de la inferioridad de fuerzas D. Alvaro se atrevió á atacarla, sin consideracion á las prudentes observaciones de varios capitanes de la expedicion. Jeneral, cuando importaba reclamar la obediencia de sus subordinados; como soldado intrépido, cuando se trataba de arrostrar el peligro, quiso dar á entender á Hidal-Khan lo que podian hacer los Portugueses con un solo esfuerzo. La fortuna favoreció el ardiente deseo del jóven caudillo; no solo pues consiguió una completa victoria sobre la guarnicion que se hallaba reforzada, sino que Cambra con sus ricas pagodas y bellas mezquitas cayó en su poder, y el incendio, asolando en un momento la ciudad magnífica, no dejó mas que un monton de cenizas al ambicioso usurpador que se atrevia á hacer frente á D. Juan. Concluida la expedicion, D. Alvaro regresó á Goa con un botin inmenso, y Hidal-Khan se vió obligado á enviar

embajadores, implorando la paz. La contestacion de Juan de Castro fué enérgica, aunque moderada, y por último vino en conceder por un tiempo limitado lo que el soberano de Balagate pedia con tanto ardor. Preveia sin duda que segun el jiro que tomaban los asuntos de la India, pronto tendria que ocuparse de negocios mas serios, y que podrian afectar de mas cerca los intereses directos de Portugal, por lo que consideró que no era prudente ir demasiado lejos en el empeño de sostener los derechos de un príncipe extranjero.

Como si le hubiese acompañado alguna conviccion de que una guerra larga, difícil, incierta principalmente, debiese reclamar sus esfuerzos, puso todo su perseverante esmero en mejorar la administracion, en dar una direccion saludable á las personas, en rehabilitar y aprovisionar las plazas, haciendo de los hombres el mas equitativo aprecio, en cuyo empleo no escuchó las consideraciones, ni tuvo mas norte que el bien del estado.

Juan III no le tenia particular afecto, como ya hemos indicado, pero sabia apreciarlo: la carta que le escribió por aquel tiempo lo prueba suficientemente. Despues de haber provisto con rara minuciosidad á las necesidades del culto con las misiones de la India (1), confia, segun se

(1) Harémos notar, aunque sea á pesar nuestro, que este soberano, menos tolerante que su padre, dictó medidas dignas de los iconoclastas contra el arte antiguo de los Indios, cuyas obras se habian respetado, ó tolerado cuando menos, hasta entónces. ¡Cuántas pagodas magníficas no debieron destruirse entónces en la India! ¡Cuántas estatuas no debieron derrocarse á mediados del siglo XVI! precisamente en la misma época en que Roma buscaba por todas partes los idolos del arte antiguo, para considerarlos como objetos de un verdadero culto artistico. El 8 de marzo de 1546, Juan III escribió á su gobernador de Indias, que habiendo llegado á su noticia que en Goa y en sus contornos se veneraban los idolos, era necesario valerse de ministros diligentes á fin de destruirlos: decretó penas severas contra cualquiera que se atreviese á trabajar, fundir, esculpir, dibujar, pintar ó sacar á luz, cualquier idolo que fuese de metal, de bronce, de madera, de barro, ó de otra cualquier materia, y prohibe que se les permita sa-

echa de ver, en que bajo la conducta del varon justo que ha elegido, desaparecerán las intolerables violencias que oprimian desde largo tiempo á los vasallos de Portugal en aquellos lejanos paises : recomienda sobre todo al gobernador descanse sobre el particular en el P. Francisco Javier, el cual no era entonces mas que un simple religioso misionero, pero que la iglesia no debía tardar en reverenciar como santo : y para hacer justicia á estos dos ingenios eminentes, debemos decir, que el mejor tiempo de la India portuguesa fué tal vez aquel, en que un hombre del temple de Juan de Castro pudo atemperarse á los severos consejos del austero religioso á quien se daba ya el título de apóstol de las Indias.

Francisco Javier habia llegado á aquellas rejiones en 1540 y ya habia hecho sentir el poder de su palabra, y de sus virtudes en Ceilan y sobre todo en Ternate, en donde los habitantes repetian todavía en sus cantos populares la historia del noble Antonio Galvano, héroe de tan rara condicion, que desdeñó un trono y fué á morir en un hospital.

Mientras que en la India portuguesa se enablaba una encarnizada lucha por el triunfo de los principios católicos, á los cuales prestaba su apoyo el gobernador, un renegado pensaba destruir el poder cristiano en las costas del Malabar. Este hombre, natural de Albania, cuyos padres eran cristianos, reunia mas de un punto de semejanza y contacto con otro aventurero de orijen griego cuya sorprendente fortuna habia maravillado al oriente casi coetaneamente (1). Despues de haber ocupado un alto rango cerca del sultan de

Ejipito, sin mudar sin embargo de religion, Coge Sofar conoció por último que le seria imposible hacer frente al odio que su alta fortuna debia inspirar en el corazon de los musulmanes : no solo renegó, pero manchó su reputacion con la muerte de Ras Soliman, su mas cruel enemigo ; y despues de haber reunido bastantes riquezas, que convirtió en efectos fáciles de transportar, se refujió con su hijo á Cambaya, en donde solicitó un asilo. Durante mucho tiempo Coge Sofar partió los peligros y la fortuna con el rival de Antonio de Silveira.

Mahmud no tardó en suceder al sultan Bahdur. Coge Sofar vió que sufría con dolor las duras consecuencias de la lucha trabada entre su predecesor y el famoso Nuño de Acuña. En este intermedio tomó sobre el ánimo del nuevo príncipe un influjo mas rápido aun, que el que habia logrado en la corte del sultan ejipcio, y aun allí mismo cerca del sultan Bahdur. La cuestion relijiosa habia desaparecido, y los raros talentos de Coge Sofar, que habia en otro tiempo hecho la guerra en Italia, lo hacian muy interesante á los ojos de un príncipe que se veía á cada momento en presa de árduas hostilidades con tropas europeas.

Coge Sofar no aguardó á que Mahmud le pidiese pruebas de su celo ; sino que empezó escitando el odio del príncipe musulman contra los Portugueses, y en una conversacion muy animada, supo traer á la memoria del sucesor de Bahdur todo lo que habia perpetrado la ambicion de los sucesores de Gama y de Pacheco en la India, y ponderó lo que podria arrancarles una actividad decidida y perseverante. Decidióse finalmente la guerra en el consejo del rey de Cambaya. La cláusula que nunca se habia llevado á cumplimiento hasta entonces, y se encontraba en un antiguo tratado, sirvió de pretesto para motivar la primera agresion con motivo de la fortaleza de Diu. Darémos cuenta de los hechos en pocas palabras. Los musulmanes habian reclamado la construccion de un muro de defensa entre la ciudad india

car de ninguna parte del pais. Su deseo seria aniquilar la influencia de los Brahmanes, pero los Portugueses ignoraban todavía entonces cuanto habia de enjeria en aquel culto tan desapiadadamente ultrajado. Véase á Jacinto Freire de Andrade, *Vida de Juan de Castro. Carta del Rey.*

(1) Khair-eddin, llamado Barbarroja, natural de Meselin, así como su hermano Arudj. Véase la obra titulada : *Fondation de la Régence d'Alger*, publicada con presencia de un manuscrito de la biblioteca real, por Sauder Rang y Fernando Denis. Paris, 1839, 2 vol. en 8.^o

y la fortaleza que ocupaban los Portugueses: renovaron la peticion, y se habian pasado verdaderamente muchos años, sin que se hubiese vuelto á hablar de este negocio cuando el rey de Cambaya volvió á insistir por el cumplimiento. Los Portugueses, bien mirado, decian los partidarios de Coge Sofar, no son aquí mas que unos huéspedes, y no deben intervenir en la ciudad como señores, con el padrasto de su fortaleza.

El que se hallaba mandando en la fortaleza de Diu era un capitán dotado de la mas rara energía. Aunque menos diestro y menos grande que Juan de Castro, los Portugueses se complacen en compararlo á aquellos campeones de raza fuerte, dignos en cierto modo de figurar al lado de los héroes de la antigüedad. D. Juan Mascareñas era pues el comandante de este célebre punto, pero con dependencia del gobernador de Indias.

Así que estuvo completamente informado de las pretensiones del soberano musulmán, escribió inmediatamente á Juan de Castro, y dándole cuenta de la resolución de Coge Sofar, le manifestaba su opinion, que era la de oponer una resistencia vigorosa al sultán. Cuando el gobernador recibió estas noticias, habia ya espedido un pequeño cuerpo de doscientos hombres para reforzar la fortaleza, á las órdenes de D. Juan y de D. Pedro de Almeida: ocupóse en seguida de una expedicion á las Molucas, por ser aquella la época en que las disenciones entre España y Portugal acababan de renovarse, y versaban acerca de la posesion de aquellas opulentas islas.

Esta lucha, de órden secundario, no debia interrumpir al heroico jefe en la continuacion de una guerra seria cual era la que se presentaba. Coge Sofar y el capitán portugués se enviaron recíprocamente repetidos mensajes, en que el jefe musulmán insistia en la necesidad de hacer cesar un órden de cosas que ofendia al orgullo nacional. La ciudad de Diu le habia sido confiada recientemente por su soberano, y pretendia aumentarla, por lo que volvia á insistir en el principio de que unos

simples hospedados no podian conservar derecho alguno de señorio, en la verdadera acepcion de la palabra. Mascareñas, dándole la enhorabuena por su reciente adquisicion le contestaba que no podia sino negarse positivamente á cualquier novedad que se intentase en la disposicion del lugar ó en las antiguas construcciones militares, añadiendo que ya que la ciudad tenia su muralla por el lado de la fortaleza, mas fuerte que el muro que pretendia levantarse, no podia esto verificarse sin ofender la delicadeza de los Portugueses, cuya fidelidad en cumplir con sus juramentos debia ser tomada, ante todo, en entera consideracion. Concluia finalmente, que de todos modos, nada podia decidir en semejante cuestion por sí propio, y que al efecto, informaria inmediatamente de todo al gobernador jeneral.

Esta contestacion no sirvió mas que de escitar al mas alto grado la cólera del jefe musulmán. Sin aguardar la contestacion de dicho jefe, cuyo texto era fácil adivinar, entró en la ciudad con ocho mil hombres, entre los cuales habia muchos turcos, y añadió á estas fuerzas sesenta piezas de artillería de grueso calibre. Contaba sobre todo, además de esto con los mil Jenizaros que habian venido á combatir á los cristianos. No solo la paga que se les daba era mayor que la de las demás tropas, sino que su valor experimentado se hacia imponente hasta á los Portugueses mismos. Seguro del comportamiento de tales auxiliares, el lugarteniente del rey de Cambaya, volvió á intimar á Mascareñas sus antiguas pretensiones, propasándose á proponerle otras nuevas. El capitán jeneral contestó con su formal negativa á semejantes peticiones, añadiendo, que no tardaria en ser él quien impusiese condiciones que podrian calificarse de verdaderamente duras, porque se proponia escribirlas con la sangre de los Jenizaros. Desde entonces no hubo duda en que iban á romperse las hostilidades.

Juan de Castro habia mandado preparar nueve embarcaciones para

ir en socorro de la plaza, pero los asuntos del gobierno no le permitieron tomar personalmente el mando de la expedición, y se contentó con mandar al lado de Mascareñas á su segundo hijo D. Fernando. En el crítico momento de la partida tomó á su hijo aparte, y le dirigió estas memorables palabras: «Hijo mío te mando á Diu con la expedición de auxilio: segun las noticias que continuamente recibo, esta plaza será sitiada por un numeroso ejército de Turcos. Por lo que hace á tu persona quedo sin la menor inquietud, porque no dudaría aventurar un hijo por cada uno de los sillares que componen aquella fortaleza. Recomendándote conserves fijamente en tu memoria el honor de tus antepasados: sus hechos deben servirte de ejemplo. No omitas cosa alguna por no desmerecer el nombre que llevas acordándote de que si todos nacemos de un mismo modo, lo que nos distingue mas adelante son nuestras obras. Ten presente que el que mas cargado volverá de gloria aquel será mi hijo. La bendición que los abuelos de nuestra casa nos han dejado es la siguiente: morir magnánimamente por la ley, por el rey y por la patria. Póngote desde este instante en la senda del honor: tú sabrás ganarlo(1).»

Después de haber pronunciado tan nobles palabras, Juan de Castro escribió á Mascareñas, que en aquella ocasión, las atenciones del gobierno no le permitían ir á asistirlo en persona, pero que le mandaba á su hijo D. Fernando, para que pudiese este gloriarse algun día con haber militado á sus órdenes: añádiale que todas las fuerzas del estado se emplearían en la defensa de la fortaleza, y en seguida mandó salir la expedición. Tal fué el imponente principio de una serie de acciones á cuál mas gloriosa, cuya memoria no ha perecido todavía en la India portuguesa, en donde nada en realidad queda de su pasado dominio. La confianza que los dos jefes tenían recíprocamente,

cada uno en el valor del otro era tan grande, y tan íntimamente apreciada, que en el mismo instante en que el gobernador jeneral hablaba con la energía que se ha oído á su hijo, el jefe de la plaza amenazada les decía á sus soldados, en una de sus alocuciones, que estaba firmemente persuadido de que si llegaba el caso de ser necesaria la presencia de D. Juan de Castro, vendría este, aunque fuese por debajo las aguas, y con la espada en la boca.

Las hostilidades se empezaron un viernes del año 1546, y desde el primer día entendieron los Europeos á la sola inspección de las disposiciones del enemigo, que tenían que medirse con hombres mas bizarros y entendidos que los que por lo común habían visto al frente de las operaciones militares de la India hasta entonces. No fué cosa difícil advertir que Coge Sofar había estudiado en la ruda escuela de los antiguos capitanes que hacían entonces la guerra en Europa. No solamente dirigía sus fuegos con suma habilidad, sino que bato al agua una máquina náutica contra la fortaleza, la cual consistía en una especie de esplanada ambulante, de tal modo dispuesta, que doscientos hombres podían pelear en ella segura y cómodamente. En caso de tener que abandonar la máquina se convertía en una especie de brulote de un efecto terrible, cuya explosión amenazaba incendiar la fortaleza. Esto no obstante, un atrevido capitán, Jaime Leite, encargado del servicio del puerto, con solos treinta hombres consiguió inutilizar tan temible máquina. Arrojó de ella á los Moros, y por medio de una lazada, hábilmente dispuesta, la remolcó hasta la playa, en donde le esperaba Mascareñas.

Los Jenizaros se manifestaron vivamente irritados al ver el buen éxito del atrevido golpe de los Portugueses, verificado á su vista, y pidieron con abínco el asalto; pero conociendo Coge Sofar demasiado, cuan débiles eran los recursos de que podía disponer el enemigo, y contando con la estación, pues estaba próximo el invierno, resuelto á in-

(1) Véase á Freire de Andrade. *Historia de D. Juan de Castro*.

terceptar toda comunicacion entre Goa y la plaza, no quiso condescender con semejante deseo. D. Juan Mascareñas en realidad no contaba mas que con cuarenta barricas de pólvora, y con doscientos hombres de tropa de línea. Esto no obstante estaba resuelto á quedar sepultado en las ruinas de la plaza, pero no podia responder de su conservacion. En tan dura estreñidad, y en presa á los continuos ataques que se renovaban sin tregua, el noble defensor de Diu resolvió dar conocimiento de su triste posicion al rey Juan III, como ya lo habia hecho con el gobernador jeneral. Para conseguir su objeto, echó mano de un armenio el cual disfrazado de joquis se embarcó en un catimaram (1), llegó á una de las ciudades del Arabia Feliz, y tomando la direccion del Éufrates, fué uno de los primeros que en aquel tiempo llegó á Europa por aquella via, tan frecuentada en nuestros dias. Sin embargo, y en la incertidumbre en que se veia de ser socorrido á tiempo, la inquietud de Mascareñas se aumentaba cada dia mas: su alma grande aunque no se sintiese desmayar, empezaba á desconfiar de todo auxilio, cuando en uno de estos momentos de inquietud, el vijia del fuerte dió aviso de que se descubrian nueve embarcaciones: era la flota que conducia á Diu el hijo del gobernador de Indias. Los Portugueses eran dueños del mar, por lo que la flota entró sin contratiempo en el puerto, y Mascareñas tuvo la satisfaccion de apretar en sus brazos al hijo de Juan de Castro, jóven lleno de bizarría y exaltacion, que seguramente habria figurado como un héroe, semejante á su padre, si hubiese vivido. El jeneral ofreció su propia habitacion á D. Fernando, pero el jóven guerrero le contestó, que cuando se hubiese conseguido la paz aceptaria gustoso el ofrecimiento, pero que cuando desembarcaba entre tantos valientes, la tierra de la

muralla seria su lecho: contestacion llena de una altivez que no desmintió un solo instante durante su corta existencia.

La plaza por tanto quedaba socorrida y provista: los valientes, que empezaban á desconfiar de la fortuna, sintieron reanimar su valor con el firme apoyo de los hombres enérgicos y esforzados que venian para pelear con ellos. Desde este momento la plaza de Diu presenta una serie de acciones maravillosas y de grandes recuerdos, de los cuales no deben escluirse hasta las mujeres. En este período del sitio fué cuando una matrona portuguesa, llamada Isabel Fernandez, adquirió inmarcesible fama con un sin número de rasgos de valor, que sentimos no poder consignar en este lugar. No solo Isabel Fernandez se desvelaba por tomar parte en los combates, sino que socorria á los heridos con un celo que no habia tenido ejemplo en la India. Mientras agotaba sus fuerzas en servicio del pais, todavia consagraba su fortuna á los soldados que le defendian, de modo, que el nombre de la *vieja de Diu*, mucho tiempo despues de los acontecimientos se repelia en todo el Guzarate con respetuosa ternura y admiracion. A mil hechos gloriosos que ilustraron esta primera época del sitio, debe preferirse esta perseverancia en que la humanidad se une al valor, para merecer nuestra admiracion.

Sin embargo ocurrió un hecho que llenó de sorpresa á los dos ejércitos. Mascareñas necesitaba instruirse de una circunstancia importante, pero para esto era necesario apoderarse de algun individuo del campo enemigo. Un soldado portugués, llamado Diego de Anaya Cutiño, no vaciló por complacer á su jeneral. Atado á una cuerda sólida se deja escurrir por la muralla: se arroja sobre dos musulmanes que percibe estraviados, da muerte al uno, y se lleva al otro á presencia de Mascareñas. Pero no fué esto el todo: habiendo entrado en la fortaleza se encuentra que le falta el casco: supone que esta parte de su armadura ha debido caerle en el combate que ha tenido

(1) Especie de embarcacion que en el Brasil se llama *jungada*, construida de modo que sin constar mas que de pocos maderos reunidos, es casi insubmergible.

con su adversario; en consecuencia se hace descolgar de nuevo, busca el objeto y lo recoge con la mayor sangre fría á vista del ejército enemigo, sin que nadie se oponga al cumplimiento de acción tan intrépida.

Con repetidos rasgos semejantes á este los Portugueses daban diariamente á Coge Sofar inequívocos testimonios de su inmutable resolución; el musulmán no sabía corresponder á hechos tan brillantes, sino llamando nuevas tropas en su auxilio, y multiplicando la artillería que debía batir la plaza hasta reducirla á cenizas (1). Se creía tan seguro del éxito, que no vaciló en invitar al sultán de Cambaya á que se asomase á la muralla para presenciar la proyectada destrucción, pero como una bala de cañón diese muerte á uno de los de su servidumbre, á corta distancia del lugar en que se hallaba, el príncipe musulmán conoció que el vaticinado triunfo no era tan seguro ni tan próximo como se le había supuesto, y tuvo por más prudente retirarse.

Coge Sofar, según se decía, había jurado debajo del estandarte de Mahoma, sucumbir en la empresa ó triunfar de los cristianos, pero una bala perdida lo alcanzó en medio de sus Jenízaros, y Rumi-khan, su hijo, le sucedió en el mando del ejército heredando el odio que su padre había profesado á los Portugueses.

SEGUNDO PERIODO DEL SITIO DE DIU.

Rumi-khan prosiguió con nueva actividad los inmensos trabajos subterráneos que había empezado su padre. Para apresurar la ruina de la ciudadela multiplicó sus ataques, y en poco tiempo D. Juan Mascareñas se vió reducido al más cruel apuro, pues que no le quedaban más que

unos doscientos hombres en estado de hacer armas. En esta deplorable situación, un sacerdote, llamado Juan Cutiño, no temió arrostrar una muerte casi segura, abandonándose á las olas, cuando era contraria la estación en una de aquellas débiles embarcaciones, de que se había valido el armenio. El viaje era menos largo en verdad, pero no era menos peligroso: se trataba de dar noticia al gobernador de Indias de la crítica coyuntura en que quedaba la fortaleza. Entretanto los ataques del enemigo se renovaron con tanta audacia, y alguna vez con tan buen éxito, que fué necesario buscar otros emisarios tan intrépidos como Cutiño para surcar el Océano. Los avisos llegaron al fin hasta D. Juan de Castro. Desde aquel momento el deseo más ardiente del gobernador general fué socorrer á aquel puñado de valientes en donde peleaba su hijo. Así pues, no solo reunió apresuradamente una nueva flota, destinada á transportar un número de gente suficiente para resistir al ejército musulmán, sino que tomó la resolución de enviar á Diu al otro hijo suyo D. Alvaro. Tantos esfuerzos y tan noble sacrificio tocaron el alma del pueblo portugués de la India, de modo que las damas de Chaul enviaron espontáneamente á D. Juan de Castro las joyas de su adorno, para que pudiese hacer frente á los gastos de la guerra, «y no se sabe verdaderamente, dice el historiador que nos transmite este hecho, que fué lo que más contribuyó á tan alto desprendimiento, si el amor á la patria, ó si el reconocimiento que se granjeaba el gobernador. Habíanse experimentado añade Andrade, otros iguales apuros en la India, pero jamás se habían visto sacrificios de la clase que acababa de inspirar D. Juan de Castro: muchos caballeros que habían llenado recientemente el cargo de jenerales, ancianos, que no podían sostenerse apenas, todos venían á ofrecérsele, para servir en clase de soldados.»

Mientras D. Alvaro de Castro, seguido de lo más florido de las tropas portuguesas navegaba con dirección

(1) Una de estas formidables piezas fué conducida á Lisboa, la cual es muy notable por las curiosas inscripciones de que se halla atestada. Véanse, con este motivo, las *Memorias de la Academia de Ciencias de Lisboa*. No hay cosa más extravagante que las denominaciones que los orientales daban á sus cañones. Por lo que hace á sus formas había *basiliscos*, *águilas*, *tigres*, *camellos* etc. que sin embargo se manejaban como las demás piezas.

á Diu, arrojando los contratiempos de la estacion, y mientras su ilustre padre recibia tan distinguidos testimonios de público afecto y universal rendimiento, positivos presajios de un próximo triunfo, Rumi-khan redoblaba sus increíbles esfuerzos para conseguir por último lo que su padre habia comenzado. Mandaba incorporar á su grueso las tropas que habia de reserva, y ponía en juego todo cuanto puede dar de sí el fanatismo religioso, para alentar á sus tropas. Todas sus disposiciones no produjeron el efecto que de ellas se prometia, pero aunque no consiguiese la victoria, tantos combates iban debilitando á los cristianos. Habia ofrecido á Mascareñas una honrosa capitulación, pero el jefe portugués habia despreciado altivamente tales ofertas: así que un ataque general se siguió á dichas proposiciones; fué necesario rechazar las fuerzas inmensas que se presentaron al asalto. En esta ocasion tuvo lugar de distinguirse el hijo del gobernador general: este ilustre joven no olvidó ni un instante, las últimas palabras de su padre (1). La pérdida de muchos valientes, la espantosa miseria que empezaba á experimentarse, ponía á los sitiados en el mayor conflicto y desaliento cuando el sacerdote, que por segunda vez venia de salvar su existencia á través del embravecido mar, entró en la plaza, anunciando la próxima llegada del socorro por tanto tiempo esperado. La alegría inundó de repente á todos los corazones: la música militar levantó sus armoniosos ecos á los aires entre los gritos del mas puro gozo, y cada nubecilla, cada celaje que se levantaba por el horizonte, era tomado por una de las embarcaciones de la flota, mas ¡ay! la deseada flota, detenida por los rebeldes vientos, debia tardar aun mas de lo que importaba.

Rumi-Khan se habia formado tan alta idea del valor de los Portugueses, que tenia costumbre de decir

familiarmente á sus soldados, que solo los *francos* tenían derecho de llevar pelo en la barba, y que para valer algo, era necesario no pensar en otra cosa mas que en imitarlos. Los varios asaltos que dió todavía, lo confirmaban cada vez mas en aquella idea. Por último, las minas que habia conseguido abrir por debajo de uno de los fuertes principales, llamado de san Juan, hicieron un destrozo espantoso. D. Fernando habia salido de su cama, en donde le detenía una fuerte calentura, para ir á pelear en este lugar peligroso, y fué herido de muerte en el momento de la explosion; con él perecieron D. Francisco de Almeida, Gil Cutiño, Ruy de Sousa, Diego de Reino-so, séquito ilustre de nobles campeones, que como D. Fernando, sucumbieron seguramente, imitando el temerario valor de sus antepasados. En esta accion memorable cinco soldados portugueses resistieron por algun tiempo el ataque de quinientos turcos, seguidos de cerca por el resto del ejército, privándoles la entrada en el fuerte, por la inmensa brecha que habia producido la explosion. D. Juan Mascareñas se dirigió inmediatamente, dice Andrade, al lugar del peligro con quince hombres, en donde tuvo lugar de contemplar un doble espectáculo; el uno de dolor al presenciar el destrozo de los suyos, y el otro de admiracion por el heroísmo de aquellos intrépidos guerreros. Juntóse pues á los cinco campeones, y todos reunidos opusieron tan dura resistencia al enemigo, que fueron bastantes á contener la furia de un ejército entero que contaba ya con la victoria. Este hecho, que no es mas que la expresion de la verdad, sobrepasa indudablemente todo cuanto se ha escrito y tal vez inventado, acerca de los Griegos y Romanos. La nueva del acontecimiento se divulgó en un instante por toda la guarnicion, con la exajeracion de que los Turcos se habian apoderado del baluarte, lo cual fué causa que muchos soldados que peleaban en otros puntos acudiesen á aquel, como el mas peligroso. Este falso rumor salvó seguramente la

(1) Jacinto Freire de Andrade dice hablando de él: *Parece que ó valor não esperon a idade. El valor se insinuó en él sin esperar la edad.*

fortaleza, por que aquella tropa formó en breve suficiente masa para hacer frente á trece mil hombres de infantería, á cuyo número hacen ascender nuestros historiadores las tropas enemigas que atacaron el baluarte de la mina. Hasta las mujeres, amaestradas ya á despreciar la vida, llevaban las lanzas, las balas, los cartuchos, y la intrépida Isabel Fernandez, con una media pica en la mano, animaba á nuestros soldados con el ejemplo, y mas aun con las palabras; Oíasele gritar con penetrante acento: «¡Pelead, soldados, por vuestro Dios! ¡pelead por vuestro rey! ¡Caballeros de Cristo, ved que Cristo está con vosotros!»

Rumi-khan acababa de conseguir realmente tan notable ventaja con la explosión de la mina, que creyó que no debía dejar de la mano aquel sistema de continuo ataque; pero gracias á la actividad é inteligencia de D. Juan Mascareñas, sus esfuerzos fueron casi siempre inútiles. Hay aquí una circunstancia que ningún historiador ha dejado de referir; en el momento en que el jeneral musulman se preparaba para penetrar en el centro del fuerte, disponiendo nuevo y mas formidable ataque, por la brecha que habia abierto la mina el día antes, se encontró lleno de rabia y de sorpresa, con que una muralla nueva habia sido levantada por el jeneral de la fortaleza, y que este obstáculo, que se erijia de un modo formidable, contenia por largo tiempo aun los esfuerzos de su ejército.

En estos ataques sin embargo Mascareñas perdía siempre algunos hombres; los víveres no eran ya suficientes, y los pocos que quedaban se habian corrompido. Los Portugueses estaban interiormente convencidos de que la defensa no podia continuarse. El gobernador del fuerte habia ya propuesto á este puñado de hombres el expediente de abandonarlo, y de hacer una salida para encontrar por lo menos una muerte gloriosa. Discutiase tan árduo punto, cuando un buque destacado de la escuadra de D. Alvaro de Castro consiguió entrar en el puerto. Este socorro reanimó á la intrépida guar-

nicion, ya resuelta á morir, y quedó entónces decidido el continuar en la defensa. La certidumbre de un socorro eficaz y de la próxima llegada de D. Alvaro, inflamó á estos soldados con nuevo ardor, afirmandolos en su enérgica resolución. En esta época se hizo un soldado acreedor á un glorioso sobrenombre, célebre por mucho tiempo en todo el oriente. Rumi-khan habia dirigido sus nuevos ataques contra el baluarte de Santiago, defendido por un oficial, llamado Moniz Barreto. El esfuerzo de los Turcos fué tan terrible, la clase de fuego que se lanzaba por encima de la muralla producía tan horroroso efecto, que la mayor parte de la jente de Barreto moría quemada, y dichosos los que lograban sumergirse en las cubas de agua, preparadas allí mismo para atajar cualquier incendio, con lo cual mitigaban sus últimos tormentos. No quedaban mas que dos soldados, y Moniz Barreto acababa de ser acometido por las llamas; retirábase, cuando se trabó este breve y sublime diálogo: — ¿A dónde vais de este modo? — A ver si consigo apagar este fuego. — Moniz, ¿dejaréis tomar la fortaleza del rey? — Voy á echarme en una de estas cubas. — Deteneos; si los brazos os pueden aun servir, pelead; ¡lo demás que os importa! Moniz Barreto permaneció en su puesto, y el baluarte se salvó. Barreto se llevó consigo á Portugal al bizarro soldado que le habia dado tan noble consejo; este soldado no fué conocido en adelante sino con el nombre de *soldado del fuego*.

Los débiles socorros que Mascareñas acababa de recibir distaban mucho de ser suficientes. Los Portugueses abatidos, estenuados, no defendían ya mas que un monton de ruinas, cuando D. Alvaro de Castro llegó por fin delante la fortaleza de Diu, con cuarenta navíos de los cincuenta con que se habia hecho á la vela; solo una perseverancia á toda prueba, y una habilidad no menos grande, habian podido vencer el furor de los vientos. Con la llegada de la escuadra entró la abundancia en el fuerte. Creyóse en un principio que el

mando de la plaza iba á pasar á otras manos, pero las cartas del gobernador jeneral eran terminantes; confiaban el ardor del jóven capitán á la prudencia del soldado antiguo, y puede decirse que este era uno de los rasgos que caracterizaban á Don Juan de Castro; su grande alma obraba siempre con este desprendimiento: por lo demás, siempre dió muestras de la mas afectuosa deferencia al ilustre Mascareñas, y sus hijos sabían imitarlo en esta parte.

Toda la prudencia del gobernador sin embargo iba esta vez á ser insuficiente y contrariada. La jente fogosa que habia venido con D. Alvaro se hallaba como encadenada en tan estrecho teatro, aunque hubiese sido testigo de tantas hazañas. A despecho pues, de las reprehensiones de Mascareñas, sin que bastasen los prudentes discursos de D. Alvaro, aquellos indomables guerreros pedían una salida. Los dos jefes se vieron al fin obligados á acompañar y dirigir á los que no podían contener. Eran seiscientos, y lo que era mas que bastante para la defensa de la ciudadela, debía reconocerse inútil delante de un ejército; despues de haber hecho infructuosos esfuerzos y prodijos de valor, fueron batidos. Loco con su triunfo, Rumi-khan comenzó á edificar la nueva ciudad que habia resuelto levantar, así que hubiese espulsado á los Portugueses. Recibió felicitaciones de los rajás vecinos, cumplimentándole por el éxito de una victoria que todo el mundo tenia por decisiva. La noticia circuló en breve por todas las ciudades de aquella parte del oriente, y antes que Mascareñas hubiese tenido tiempo de informar al gobernador jeneral del desastre ocasionado por el imprudente ardimiento de sus tropas, D. Juan de Castro sabia el funesto resultado de la batalla, y de la situacion y nuevo conflicto en que quedaban los Portugueses.

El gran capitán no vaciló un momento; comprendió que era necesario herir con un golpe decisivo el espíritu de aquellos pueblos tan ensoberbecidos por un día de victoria. Quiso además vengar la muerte del

desgraciado D. Fernando, la noticia de cuya muerte recibió en público con serena frente, pero que lloró con amargura en la soledad. Poco tiempo bastó para ordenar sus preparativos; la municipalidad de Goa lo secundaba de un modo admirable, pues para levantar al Estado, como se decia entónces, hablando de la India, ningun sacrificio era costoso.

LLEGADA DE D. JUAN DE CASTRO DELANTE DE LA FORTALEZA DE DIU.

El 18 de octubre de 1546 fué el día nombrado para la partida. Despues de haber entregado el gobierno de la ciudad al obispo D. Juan de Albuquerque, y á D. Diego de Almeida Freire, el gobernador jeneral de Indias partió para socorrer á Diu. Sus fuerzas navales consistian en doce grandes galeones y sesenta embarcaciones de remo. D. Juan de Castro enarboló su pabellon á bordo del san Dionisio, llevando consigo todo cuanto contaba Goa de hombres experimentados y de mejores soldados. En seis dias llegó la flota á Basain en el Arangabad. El gobernador continuó su derrota y habiéndose reunido en la isla *das Mortes*, con D. Manuel de Lima, que recién llegado de Portugal, se hallaba hostilizando la costa de Cambaya, llegó por fin á Diu con muy pronta travesía. La llegada de la flota ocasionó una satisfaccion universal en la fortaleza, y para servirnos de una espresion de Andrade, no fué sino con extremo gozo, que se vió llegar al que traia la paz, pero la paz que resulta de la victoria.

D. Juan de Castro habia dicho en el consejo, que un gobernador jeneral de Indias no debia irse á encerrar en una fortaleza, pero que cuando se veia forzado á sacar la espada en su defensa, habia de ser para libertarla, y castigar á sus opresores. Era por tanto necesario realizar la máxima; pero Rumi-khan ostentaba en la llanura un ejército innumerable. D. Juan de Castro habia previsto las objeciones que se le harian, y las dificultades que se presentarían, así que, dando salida á todo, puso en

ejecucion los planes que mantenía ocultos.

Como primer medio de acierto era necesario que el jeneral musulmán ignorase las operaciones que se preparaban. En consecuencia, D. Juan de Castro ordenó que las tropas verificasen su desembarco durante la noche, y se las hizo pasar á la fortaleza del modo mas secreto que fué posible. Dividir la atencion de Rumi-Khan entre la fortaleza y la flota, para dividir su ejército á la hora del combate, y prepararse lances para la victoria, era otra de las atenciones del jeneral.

Empleáronse tres noches en esta operacion, y á beneficio de escaleras de cuerda el nuevo ejército se hallaba dentro de la fortaleza, cuando el jeneral enemigo la contaba todavía á bordo de los galeones. Las aclamaciones de la fortaleza, el ruido de los instrumentos, las descargas de artillería que saludaban la escuadra empavesada, mantenian á los Musulmanes en un error, que no tardó en serles fatal (1).

Juan de Castro habia tomado una resolucion grande, y el día de la batalla quiso hacer comprender á sus tropas, que su resolucion era irrevocable. No incendió sus naves como Cortés, pero mandó arrancar las puertas de la fortaleza, y la enorme hoguera que levantaron, se dijo que sirvió para cocer el almuerzo de los soldados.

Aunque el historiador que nos ha servido casi siempre de guía, se halle incierto acerca del número exacto de combatientes que componia el ejército enemigo, parece indudable, que las fuerzas de Rumi-khan ascendian á mas de cuarenta mil hombres, y que los jefes, elejidos entre los veteranos del ejército turco, eran de un valor afamado. Delante pues de esta multitud es en donde puede formarse juicio de la pericia del jeneral. Llegado el momento del ataque, Juan de Castro ordenó que las embarca-

ciones de la flota se dirijiesen rápidamente hácia cierta parte de la playa en que pudiesen ser vistas del enemigo, y que simulasen un desembarco. Las aclamaciones de todas partes y un considerable número de lanzas, dispuestas de modo, que aparentasen gran número de jente, fué una feliz estratagemá, á la cual, creen muchos escritores que fué debida la victoria. Rumi-khan no pudo menos de dividir sus fuerzas para contener la avenida del enemigo por el lado de la playa.

El día 11 de noviembre, día de San Martin, se trabó el formidable encuentro que iba á decidir de la suerte de los Portugueses en la India. El orden de las tropas era el siguiente: La vanguardia del pequeño ejército portugués quedó confiada al gobernador D. Juan Mascareñas, por que, como dice Andrade, se le debian los honores de los primeros golpes; iban á sus órdenes quinientos Portugueses y seiscientos Canarios. D. Alvaro iba á la cabeza de los fidalgos con quinientos Europeos. D. Manuel de Lima mandaba otro cuerpo de igual número de fuerza, y el gobernador jeneral se reservó ochocientos Portugueses, con algunos Canarios y Malabares.

Dada la señal, el ejército verificó con habilidad su evolucion. Rumi-khan se dirigió en persona, con el grueso de sus tropas hácia el punto que creia amenazado, y entonces la vanguardia bajó al llano. D. Juan Mascareñas y D. Alvaro resistieron el primer choque con alguna pérdida, y fué necesaria la mas decidida constancia para resistir aquel ataque.

Juan de Castro se dirigió inmediatamente hácia el puente que conducía á la ciudad; allí hizo prodijios de valor, hasta que gritando de repente: *Victoria! Portugueses, los Turcos van en derrota*, vió que el ejército enemigo empezó á desvandarse. El enemigo se alejaba en desorden, pero, como dice Andrade, era aquella una especie de victoria sin batalla, cuando Rumi-khan reparando la confusion en que se encontraban los suyos, cargó con sus jenizaros, empeñán-

(1) La obra de Barreto de Resende contiene un plano de la fortaleza, que puede auxiliar al lector para la inteligencia de esta parte tan interesante de los historiadores portugueses.

dose entonces la accion; fué tal el valor que desplegó, que la ventaja estuvo á su favor por un instante, en el cual la bandera portuguesa fué por dos veces envuelta; pero D. Juan de Castro con el broquel en el puño y la espada en la diestra, peleó con tanta intrepidez, que con algunos de los suyos contuvo el esfuerzo del ejército enemigo. Reunió á los Europeos que empezaban á flaquear, y formando un cuerpo de lo mas florido, lo puso á las órdenes de Don Alvaro, y esperó á pié firme la nueva carga que preparaba el enemigo.

Rumi-khan en efecto, habia dispuesto una medial una inmensa con su ejército con el intento de circundar á los Portugueses y envolverlos. Alvaro á la cabeza de sus valientes, no vaciló un instante en asaltar aquella multitud. A pesar de su valor, los cristianos se hallaban próximos á sucumbir, cuando un acontecimiento inesperado vino á redoblar su entusiasmo. Fray Antonio de Casal, á pesar de su hábito religioso, habia seguido la vanguardia, y elevaba á los aires un grande crucifijo, animando á los cristianos, cuando una piedra, lanzada á la casualidad, vino á dar con la santa efígie, y rompiendo un brazo del crucifijo, parecia que la imájen del Salvador iba á caer en medio de los infieles. A vista de esto los Portugueses cobran nuevas fuerzas; quieren vengar la injuria hecha al cielo todavía mas que la hecha al Estado. Rumi-khan no basta á resistir el ímpetu de aquellos hombres que pelean desde ahora por su Dios, si hasta entonces no pensaban sino en defender su honor; retrocede, y se entrega á la fuga. D. Alvaro lo persigue y penetra en la ciudad; en el mismo instante entra tambien en ella D. Manuel de Lima al frente de los suyos. El destrozo es terrible; internados en la poblacion no encuentran mas que habitantes inofensivos; ya no se ven enemigos á quienes combatir; Diu queda decididamente en poder de los Portugueses, porque mientras los dos esforzados capitanes penetran en ella por un punto, el otro estre-

mo de la misma cae en poder de Mascareñas.

El resto de la jornada apenas merece mencionarse. D. Juan de Castro peleaba todavía en la llanura, cuando supo que la ciudad se habia rendido. Con todo Rumi-khan habia tenido tiempo para reunir los restos de su ejército y se presentó de nuevo al frente de ocho mil hombres, pero fué recibido con tal serenidad por los cuatro jenerales, que se habian igualmente reunido, que en breve no tuvo otro partido para salvar la vida que ocultarse entre los ensangrentados cadáveres de que estaba sembrada la llanura, después de haberse disrazado apresuradamente con una miserable túnica de seda. No se sabe si fué conocido, ó si la casualidad hizo que una piedra lo alcanzase y quedase muerto allí mismo. Mas adelante, varios fueron los que se disputaron el honor de haberle dado el último golpe.

Después de tan señalada victoria, alcanzada milagrosamente, la ciudad de Diu fué entregada al saqueo. El botín fué inmenso; todo quedó reservado para el estado, después del reparto verificado entre la tropa, sin que D. Juan de Castro, fiel á sus principios, reservase para sí ni un solo fierro de lanza. Los musulmanes habian perdido cerca cinco mil hombres, y cuarenta piezas de artillería. El valor del numerario que entró en poder del gobierno portugués, sobrepasó al de los dispendios que habia exigido la expedicion.

EMPRÉSTITO DE D. JUAN DE CASTRO.

— SU ESCRITO A LOS HABITANTES DE GOA.

Tras la victoria, verdaderamente decisiva á los ojos de los mismos orientales, y que arruinaba completamente al rey de Cambaya, quiso D. Juan de Castro reedificar la fortaleza de Diu, pero queria que ofreciese mas seguridad á los Portugueses, y que presentase un aspecto mas imponente á los ojos de los Musulmanes. A pesar del considerable botín que se habia hecho en la ciudad, recelaba que no le faltasen los fon-

dos para llevar adelante su proyecto, y para que no sufriese este el menor retardo, se resolvió á pedir un empréstito á los ricos habitantes de Goa, que con los de Chaul, tantas muestras habian dado de jenerosidad durante la campaña. La suma que se les pedia era considerable, y hallándose á tanta distancia de la metrópoli, que pudiera contrariar el plan, parecia ser necesario el ofrecerles una garantía. En este apuro, D. Juan de Castro tomó una resolución sumamente extraordinaria, la cual encontraremos en la carta que dirigió á los miembros de la cámara de Goa, que es la siguiente:

«He mandado desenterrar á mi hijo D. Fernando, á quien han muerto los Moros en esta fortaleza, cuando peleaba por el servicio de Dios, y por el del rey nuestro Señor. Quería mandaros su cuerpo en garantía, pero su cadáver se halla en tal estado, que por ahora no puede sacarse de debajo de tierra. No me queda pues otro partido que enviaros mis vigotes (1), los cuales os remito por Diego Rodriguez de Acevedo. No lo ignorais; no tengo oro ni plata, ni muebles; no poseo tampoco bienes raíces que pudiesen responder por el valor del empréstito; no me acompaña mas que la sinceridad inviolable y terminante con que Dios me ha dotado.»

Estas palabras admirables no necesitan comentario. La ciudad de Goa no pidió otras garantías, y las sumas pedidas le fueron inmediatamente enviadas. Sin embargo, aunque no lo diga Andrade, no fueron necesarias. Pedro Barreto de Resende, que se informó á fondo de todo lo que tuvo relacion con el estado de la hacienda de Indias, dice, que el numerario que entró en caja de resultas del saqueo de Diu, fué sufi-

ciente para la reedificacion de la fortaleza. Despues de haber dictado todas las disposiciones que parecieron necesarias para poner á esta llave del Guzarate al abrigo de un golpe de mano inesperado, y empezada ya esta construccion militar, Juan de Castro se dirigió á la metrópoli de las Indias, en donde le esperaba una ovacion que no habia tenido todavía ejemplo en aquellos paises.

TRIUNFO DE D. JUAN DE CASTRO.

Barros explica los pormenores de esta pompa triunfal, que no habia tenido ejemplo en la India, como ya hemos dicho, la cual puede escusarse en el dia, á la sombra del prestigio de un nombre heroico. «La ciudad habia mandado construir un magnifico desembarcadero en el bazar del puerto, para que el gobernador saltase en tierra. Arrancáronse las puertas, y las murallas estaban colgadas con brocado y terciopelo de varios colores. Las paredes de la carrera hasta el palacio de los vireyes no solo estaban cubiertas de ricas telas y tapices, sino tambien de vistosas ramas. El gobernador llegó con el último barco de la flota, y subió el rio en un galeote cubierto de brocado, y empavesado con mil banderas de varios colores. Precedíanle ochenta embarcaciones, en que iban las músicas, y en el momento de poner pié en tierra fué saludado con salvas de artillería, por todos los fuertes de la ciudad. El gobernador iba vestido con un traje á la francesa de raso carmesí, enteramente recamado de oro (1). Rodeábanlo todos los jefes y caballeros que habian tenido parte en la victoria, detrás de los cuales veian las tripulaciones de la flota, por el orden que habian guardado sus buques durante la batalla. El

(1) El texto de Andrade dice: *algunas minhas barbas*. Esta reliquia se conservó por mucho tiempo en la familia de Juan de Castro, y su nieto, el arzobispo, la conservaba en una urna de cristal que tenia el sócalo de plata. Al rededor se leian algunos versos, meaos bellos seguramente que los que el Camoens escribió en su loor. Se ignora que se ha hecho este precioso monumento.

(1) El retrato que acompañamos, ha sido sacado de una pintura de aquel tiempo, sencilla, pero algo bárbara. Las venerables efijies que adornan el precioso manuscrito de Barreto de Rosende, reproducen los retratos originales de Goa. Creemos que la parte iconográfica, que adorna esta publicacion, rectificará mas de un error, perpetuado en varias obras. En esto, así como en cuanto al texto, hemos acudido siempre á las fuentes.

gobernador bajó del desembarcadere, y los *veedores* de la ciudad lo recibieron en sus bueltas, colocándolo debajo de un tálamo muy rico. En seguida, acercándosele el síndico de la ciudad, le colocó una corona de laurel en la frente, y le puso una magnífica palma en la mano. A cierta distancia, delante de él, iba la bandera real con las armas de Portugal, y Jussar-khan, príncipe y jeneral prisionero del rey de Cambaya iba siguiendo el fausto cortejo con los ojos bajos y las manos cruzadas. Notabanse además siete banderas enemigas y un estandarte muy grande que se llevaba arrastrando por la carrera. Delante de estas banderas iban mas de seiscientos cautivos, los trenes de artillería, y considerable número de carros, llenos de despojos militares, como armas de varias clases, fusiles, cotas de malla, lanzas, arpones, celadas de hierro, y multitud de máquinas de guerra tomadas al enemigo. Llegóse con este orden hasta la plaza del palacio en donde se habia erijido una fortaleza militar, que empezó á hacer fuego con su artillería, arrojando bombas, cohetes, y petardos de artificio, todo con admirable orden y feliz destreza. Encaminóse la pompa en seguida á lo largo de la calle Derecha, que estaba sumamente vistosa porque un sinnúmero de damas asomadas en las ventanas echaban al magnánimo gobernador flores, rosas, y aguas perfumadas de suavísimo olor. Los Indios y la jente de todas profesiones le ofrecian innumerables objetos, productos de su industria. Los plateros, por ejemplo, le presentaban pequeños objetos de oro, de plata, los mercaderes de sedas estendian ricas piezas de tejidos á sus piés, y así los demás. Durante el tránsito, mantuvo el gobernador un exterior afable y risueño, y de este modo llegó la comitiva á la Misericordia. Hizo en ella oracion el gobernador y en seguida colocó sobre el altar, en ofrenda, una rica pieza de brocado. Desde allí se dirigió la comitiva por la calle del Crucifijo hácia San Francisco de donde salieron los religiosos á recibirlo en pro-

cesion, repitiendo el *Benedictus qui venit in nomine Domini*. Llegó al umbral de la catedral, en donde lo esperaba el obispo vestido de pontifical y acompañado de su cabildo y clero todos los cuales que se adelantaron igualmente á recibirlo en procesion. Así que el gobernador llegó cerca del prelado, se apeó, y se le postró á los piés con el rostro y barba venerable llenos de lágrimas, y besó la santísima reliquia que contenia un poco de madera de la misma cruz en que murió nuestro Redentor, y siguió con el obispo hasta el altar, en cuyas gradas hizo su oracion, y en seguida presentó la nueva ofrenda de dos piezas de brocado. Los majistrados le acompañaron desde allí á su domicilio, situado en el *Sabao*, y entónces, en medio de la alegría, entre las festivas invenciones y alegres ecos de los instrumentos que salian de todas partes, se oian las aclamaciones del pueblo que recorria las calles, gritando, ¡*Viva nuestro libertador!* ¡*Viva el libertador de la patria!* Tal es el relato de Barros. Mas tarde gozó Juan de Castro, en Goa mismo, otro triunfo, tal vez mas glorioso que este; ¡los Indios oprimidos iban á llorar al pié de su estatua!

ULTIMO PERIODO DEL GOBIERNO DE
D. JUAN DE CASTRO.—ES NOMBRADO VIREY DE INDIAS.—SU MUERTE.

Una princesa de elevado talento, cuando supo el honor insigne hecho á D. Juan de Castro por la municipalidad de Goa, dijo: «Ha vencido como un cristiano; y ha triunfado como un idólatra.» Hay en el fondo de estas severas palabras algo de verdad, pero es necesario recordar que el héroe vivia en medio de las ideas del renacimiento, y que deseaba por otra parte que aquella pompa insólita llenase la imaginacion de los rajás vencidos. No quedó inactivo despues del triunfo, y no podremos dar razon de sus nuevas proezas sino de un modo imperfecto. Desde luego, D. Jorje de Meneses se apoderó de la imponente plaza de Baroche (*Barutch*) durante su gobierno, y el glorioso nombre de esta ciudad fué

añadido al de su familia ; mas tarde, Antonio Moniz pasó por su orden á Ceilan, en donde dió á respetar las armas portuguesas, si bien no consiguió hacer triunfar completamente el partido cristiano. Por aquella época, Hidal-khan II, inquieto siempre con la permanencia en Goa del príncipe Meala, quiso deshacerse de este pretendiente con la fuerza de las armas. Levantó un poderoso ejército, y empezó á talar las tierras de Bardes y de Salseta; pero fué también derrotado por las tropas de Juan de Castro. Finalmente en otro punto de la India los Portugueses se apoderaron de Achem; Malaca fué completamente pacificada, y por esta misma época, Francisco Javier hizo sentir el poderoso efecto de la palabra evangélica, consiguiendo con ella y con su presencia, lo que á veces no podían conseguir las armas.

Pero mientras sucedian estas cosas en los países, á los cuales llaman los orientales los *Párpados del Mundo*, en su lenguaje exajerado y poético, Juan de Castro se veia obligado á dar providencia á todo y á prever la marcha de los sucesos. D. Juan Mascareñas, que habia consentido, aunque con alguna repugnancia, en quedar en la nueva fortaleza de Diu, le participó, que el rey de Cambaya iba reuniendo nuevas fuerzas para destruir el imperio portugués. Hidal-khan II, por su parte, reunia también numerosas tropas, y amenazaba con una invasion. Pero todos estos preparativos hostiles quedaron frustrados por la prevision del rey D. Juan III. Mientras las tropas enemigas se iban reuniendo, una flota portuguesa fondeó delante de la barra de Goa, y dejando á disposicion del gobernador tres mil hombres de desembarco, pusieron á este en estado de ir á buscar al jeneral musulman en lo interior de las tierras, y de triunfar sin llegar á las manos. La fama sola del jeneral portugués escitó al rey de Canara á enviar á Goa sus embajadores, con la espresa mision de ofrecerle su alianza contra Hidal-khan, cuya sola demostracion bastó para contener al jefe mahometano, y para alejarlo del terri-

torio que habia ya invadido. La presencia de Juan de Castro, delante de Ponda, fué igualmente suficiente, mas adelante, para anonadar el poder del jeneral infiel que habia temido esperar su ataque.

El segundo viaje militar de Juan de Castro á Diu, la expedicion de D. Alvaró á Surate, las hostilidades nueva vez empezadas en Basaim contra el rey de Cambaya, el incendio de Dabul, y finalmente, la famosa batalla de Santo Tomé, dada cerca de Goa al jeneral que Hidal-khan habia elejido para representarle, cuya accion celebraron las doncellas de Goa por tanto tiempo en sus romances históricos, todo esto probaba demasiado, que el héroe portugués estaba muy distante de entregarse al descanso despues de los goces del triunfo. D. Juan Mascareñas habia conseguido al fin regresar á Lisboa, en donde le habia precedido su fama, y en donde sus gloriosos hechos le valieron muy nobles recompensas. El ruido de las grandes acciones que habian tenido lugar en las murallas de Diu, se esparció por el pueblo, y Juan de Castro volvió á conseguir un triunfo verdaderamente nacional. La nueva de tan extraordinaria victoria, pareció bastante importante para que se transmitiese su conocimiento al pontífice con toda solemnidad. Juan III cediendo al voto jeneral confirió el título de virey al gobernador de Indias. Pero Juan de Castro estaba muy distante de ambicionar semejante título. Cansado de gloria y harto de triunfos, no aspiraba mas que á dirijirse á su retiro solitario de Cintrapedia al rey se le permitiese su regreso á Europa, pero la contestacion fué mandarle un título pomposo con alguna lisonja. Deseaba disfrutar de algunos años de reposo á la sombra de los árboles que habia plantado por su misma mano para adornar su pobre ermita; se le impuso de nuevo el fausto de imperar por el reino, en Goa la Dorada. Fué pues virey, pero solo por espacio de catorce dias.

La historia de Portugal no presenta rasgo mas sensible ni patético que

el fin de este hombre, acostumbrado á recibir desde lo alto de un trono á los príncipes que desplegaban en estos actos todo el lujo del Oriente, y que reducido á una estrema miseria y enfermo, se viese obligado á decir á la municipalidad de Goa: «Por un virey, no hay duda que me encuentro en tal desnudez que parecerá increíble, pero los soldados que me acompañan son mis hijos; ellos os dirán que con la plata del rey se han repartido siempre el salario del gobernador, y no hay que admirar que un padre que cuenta con tantos hijos haya venido á ser pobre (1).»

En efecto, Juan de Castro era el apoyo de aquellos hombres indomables que conducía á su grado, á destruir los ejércitos enemigos, á castigar á los príncipes que se le sublevaban. La religión, por la cual tanto habia trabajado, le proporcionó á su vez un consolador eminente; Francisco Javier, fué á prestarle los socorros espirituales en el momento supremo de su existencia. ¿Quién podrá narrar los coloquios que se pasaron entre estos dos hombres, los pesares que el héroe pudo confiar al sacerdote? Quizás se acusó allí de su triunfo. ¡Oh! ¡con qué placer no habria cedido todos aquellos recuerdos por una tierna palabra de la esposa á quien habia amado tan santamente (2)! Y no que debió resignarse á morir sin abrazarla, sin haber mezclado sus lágrimas á las suyas, al hablar de aquel hijo adorado que espiró en el campo de batalla, á los diez y nueve años, al cual ni uno ni otro habian vuelto á ver! Esto seria sin duda lo que San Francisco Javier

tendria que consolar de mas triste y doloroso.

¿Qué podrá decirse acerca del carácter de Juan de Castro que no se halle retratado en los términos mas nobles y sencillos en sus cartas y en sus escritos? Si se trata de su conducta política, debe repetirse sin cesar, con respecto á lo irreprehensible de toda su carrera, lo que otro grande hombre decia al rey D. Manuel. «Las Indias hablarán por mí.» Sin embargo, no podemos abstenernos de referir aquí un hecho interesante, que se encuentra consignado en una excelente coleccion portuguesa. Juan de Castro es uno de los muy pocos hombres, cuyo recuerdo se haya conservado en las Indias á causa de su busto, colocado encima de la puerta de Goa. Todavía no hace mucho que los naturales iban á hacer conmemoracion del héroe delante de aquella efígie, como se hiciera con la del Santo patrono del lugar. «Yo he visto, decia un magistrado respetable, los esclavos, los desgraciados Canarinos, llegar cojidos de las manos para pedir justicia ó proteccion al grande hombre, como si la mármorea estatua pudiese romper los hierros de su opresion, ó libertarlos de la crueldad de sus inicuos dueños, ¡tan vivo era todavía el recuerdo de su compasiva afeccion por los oprimidos, y esto despues de trescientos años (1)!

OJEADA SOBRE LA SITUACION DE LA INDIA DESPUES DE LA MUERTE DE D. JUAN DE CASTRO.—VIREYES QUE LE SUCEDIERON.

Los historiadores portugueses convienen unánimemente en que en la época del cuarto virey se creyó haber vuelto á aquellos tiempos de prosperidad casi fabulosa, que se siguieron á la administracion demasiado corta de los Almeidas y Albuquerque. Tal prosperidad, que tan directamente dimanaba de un ánimo

(1) Estos últimos pormenores acerca de esta especie de culto tributado á la estatua de Juan de Castro son sacados del *Panorama* Tom. VI, p. 191. El magistrado á quien se ha hecho referencia fué el consejero Juan Osorio de Castro Cabral y Albuquerque.

(1) Clede, tan débil por lo comun, parece animarse algunas veces, hablando del noble fin de Juan de Castro, y añade: «A las virtudes civiles, unia las virtudes militares, y puede contarse en el rango de aquellos hombres raros que la naturaleza produce muy de tarde en tarde.»

(2) La segunda mujer de Juan de Castro, Doña Maria de Noroña, era de una belleza notable, y fué solicitada en casamiento por muchos caballeros principales despues de la muerte de su esposo; pero ella quiso conservar la eterna memoria del héroe, é hizo voto de castidad. Murió en 1584, y fué enterrada en el pobre convento de Cintra.

verdaderamente elevado, y del ejemplo ofrecido por la mas severa probidad de aquellos magnánimos varones, no fué de larga duracion. Los intrigantes y ajotistas no tardaron en sobreponerse á todo el mundo, de tal modo, que un autor portugués, refiriéndose á la estadística, decia: «Es tan grande el número de curiales que asedian de continuo los despachos y oficinas de la administracion jeneral de Goa, que mas parece esta una ciudad de pleiteantes, que una plaza de armas (1).» Esta decadencia política sin embargo, no aconteció de repente, y los tiempos que se siguieron á la administracion de Juan de Castro, fueron todavía bastante gloriosos; pocas páginas de Barros ó de Diego de Couto lo probaron fácilmente; pero debemos declarar, que lo que verdaderamente le importa saber á la Europa, acerca de la conquista de las Indias, queda espresado en la relacion del período que acabamos de recorrer.»

No daremos ya mas que la descripción de algunos hechos citando algunas fechas, y siguiendo el orden cronológico, hasta llegar á la desgraciada época, en que el rey D. Sebastian perdió el reino, á pesar de las austeras representaciones de aquel famoso Mascareñas que tanto habia figurado durante el sitio de Diu.

El gobernador que substituyó inmediatamente á D. Juan de Castro fué García de Sa, alcaide de la ciudad de Oporto. Administró poco mas de un año, hasta 1549, y concluyó la paz con el rey de Cambaya, después de haber fortificado nuevamente las plazas de su dependencia. Los frailes dominicos se establecieron en las Indias, y el rajá de Tanor, que habia venido á Goa, se convirtió al cristianismo. Jorje Cabral, que fué sucesor de García, no administró mucho mas tiempo, porque dejó el gobierno en 6 de noviembre de 1550. Durante este corto período, los Portugueses consiguieron grandes vic-

torias navales contra el Samori, y destruyeron á Capocate, Turocola (probablemente *Torah*), Culeta y Panana. Ceilan fué igualmente teatro de mas de un glorioso hecho de armas, y Jorje Cabral tomó la ciudad de Ceitaya de dicha isla.

D. Alfonso de Noroña, que sucedió á este, gozó del título de virey; era el quinto personaje á quien el gobierno hizo esta distincion, cuyo destino conservó por espacio de cuatro años. Durante este tiempo (1), las guerras lejanas se sucedieron una tras otra con suma actividad. Soliman perdió toda la escuadra que habia enviado en socorro de Ormuz, la cual se componia de veinte y cinco galeras, sin que se salvaran mas que dos. El poder del principal soberano de Ceilan quedó destruido. Tidor sufrió la misma suerte en las Molucas, y Bernardino de Sa, llamado el capitán de Ternate, destruyó esta ciudad. Pedro Mascareñas fué gobernador y virey. Salió de Lisboa en 1554 y no gobernó mas que nueve meses. Durante tan corta administracion socorrió á Surate contra los Turcos, y los productos de la aduana de Diu quedaron por entero á beneficio solo de Portugal, lo cual fué considerado como una mejora en la administracion de hacienda, á la cual estaban los Portugueses muy distantes de aspirar, y que hizo el mayor honor á Diego de Noroña, capitán de la fortaleza. El corto tránsito de Pedro Mascareñas fué notable por las sangrientas disensiones que estallaron entre los personajes portugueses que residian en Indias, y se cree que estas luchas intestinas abreviaron la carrera del sucesor de Noroña. Murió en 1555, y dispuso que sus restos fuesen transportados á Portugal.

Francisco Barreto fué el décimo séptimo gobernador de Indias; tomó el mando el mismo año, y no tardó en dar principio á una guerra muy activa con Hidal Khan, de la cual el

(1) «E parece á cidade de Goa, mais academia de litigantes que escola de armas. Breve tratado ou Epilogo dos vizoreys da India.» Manuscrito de la Biblioteca real de Francia.

(1) Fué la época en que Akbar subió al trono del Mogol, fundado por Babre, en 1525, nieto de Timor-Lenck, cuyo imperio llegó á poco á su mas alto esplendor.

soberano musulman salió bastante mal librado, por concluir la paz con demasiada precipitación. Si se atiende á una sátira que nos ha sido transmitida en las obras del Camoens, bajo el título de *Disparates de la India*, aunque no faltase valor á los habitantes de Goa, el estado moral del país había llegado al mas hondo precipicio de corrupcion. Esta pieza, cuyo sello era la mas sutil ironía, indispuso al gobernador contra el poeta, y lo mandó desterrar. A pesar de la marcha que tan arbitraria providencia llevaba á la memoria de Barreto, no puede negarse que este jefe ostentó valor y firmeza durante su administracion, que duró tres años y dos meses. Además de sus guerras victoriosas con Hidal-khan, arruinó á Suakem, ó por lo menos envió al capitán Peixoto contra dicha villa, quien tomó las fortalezas de Aserim y Manora. Pedro Barreto y Rolim entró por su órden en el Sind y destruyó muchas ciudades. La guerra no se suspendió tampoco en Malaca. Al fin Barreto salió de Indias para pasar á la conquista del reino de Monomotapa en Africa. Al cabo de muchos años de haber abandonado un país, en que dejaba no pocos recuerdos gloriosos, aunque oscurecidos con el sello de algunas violencias, murió en aquellos países en 1573, y solo á duras penas logró cobijarse en su última enfermedad, en una cabaña miserable construida apresuradamente en el desierto. Desde entonces el vireinato de Indias no tardó en ser disputado por los mas altos personajes de Portugal, sin exceptuar los parientes mismos del soberano. D. Constantino de Braganza hijo del duque Jaime, logró obtenerlo en 1558. Salió de Lisboa como séptimo virey, acompañado de cuatro navíos. Los recuerdos que dejó este fueron bastante lisonjeros, siquiera en memoria de la protección que concedió al gran poeta, perseguido por su antecesor. La administracion de este príncipe no careció de gloria para las armas portuguesas. Despues de una encarnizada lucha, cayó en su poder la fortaleza de Damam. Castigó al rey de Jafanapatnam. Ha-

bia sido nombrado D. Constantino, durante la minoría de D. Sebastian, por el inquisidor jeneral del reino D. Enrique, tío del rey menor; así es que no debe causar maravilla, que el terrible tribunal que hasta entonces había perdonado á los habitantes de Indias, se levantase allí mas sanguinario, mas implacable que nunca lo había sido en Europa. La metrópoli de aquellos países fué además erijida en arzobispado, y Cochín y Malaca tuvieron sus obispos. Estas atenciones puramente del resorte fanático, no impidieron al virey el que destruyese á Mangalor, y hostilizase la costa del Malabar. En Africa levantó la fortaleza de Mozambique, tal cual existió por largo tiempo; pero durante su administracion los Portugueses perdieron á Punicala en la costa de Pecheri, y despues á Balsar de la comarca de Damam. Al mismo tiempo fueron batidos en Baharem, tan abundante en perlas. Para borrar el recuerdo de estas derrotas, no fué necesario menos que la gran victoria alcanzada sobre el Samori. D. Constantino de Braganza salió de Indias en 1561.

El que le sucedió llevó igualmente el título de virey, y era el octavo de este cargo en el órden cronológico, el cual fué D. Francisco Cutiño, conde de Redondo. Durante su corta permanencia en Indias, que solo fué de dos años y medio, no acontecieron grandes hechos. Sin embargo, García Ruiz de Tavora, gobernador de Damam, consiguió una victoria señalada contra los jefes musulmanes que habían salido á campaña contra los Portugueses, cuyo prestigio de invencibles se había ya gastado. El virey, habiendo despues reunido una grande flota en Cochín, tuvo una entrevista con el Samori, y allí se juró de nuevo la paz, que se había concluido anteriormente.

Habiendo muerto Francisco Cutiño en Goa en 1564, D. Juan de Mendoza tomó la administracion, pero no gobernó mas que seis meses, y salió para Portugal. El que le sucedió fué un personaje diestro y enterado, D. Antonio de Noroña, el cual salió de Europa al mismo año, con

el título también de virey, y gobernó hasta 1548. En la isla de Ceilan se renovaron las guerras con un furor, hasta entonces desconocido, cuyo terrible carácter no tomaron, sino con motivo de ideas y pretextos religiosos, llevados por uno y otro partido al mas alto grado de exasperación. El jeneral que mandaba en Colombo, Pedro de Taide, protejía al rey de Cota que se habia convertido al cristianismo. Los Chingulayos corrieron á sitiar á este príncipe, y sus tropas reunidas formaron un ejército innumerable. Los Portugueses se apresuraron á socorrer á su aliado, y podrá formarse idea de la espantosa matanza que tuvo lugar en esta ocasion, cuando despues de la victoria, en un solo punto del campo de batalla, se contaron dos mil cadáveres. Los Portugueses no perdieron mas que un solo hombre, que fué Pedro Fernandez Janeiro. Esta muerte impidió que el milagro no fuese completo á los ojos de los cristianos, porque no pudieron atribuir este hecho sino á un poder sobrenatural. La ciudad de Colombo, que también se hallaba sitiada con suma tenacidad, debió igualmente su salud á sesenta Portugueses que restablecieron las comunicaciones con la metrópoli, y que en una sola accion mataron hasta seiscientos Chingulayos. Esto, sin embargo, no fué bastante para que durante la administracion de Noroña los Malabares no empezasen á conseguir algunas ventajas, que dando ocasion á su orgullo, fueron el malhadado principio de una deplorable decadencia. Don Leonis Pereira sostuvo el honor portugués en la isla de Malaca.

El décimo virey de Indias fué Luis de Taide, señor de Atouguia, el cual tomó el mando en 1568. Desplegó desde luego eminentes calidades, y es necesario convenir en que se necesitaba ya de un hombre verdaderamente de guerra para sostener la administracion, porque el imperio colosal de los Portugueses se hallaba atacado entonces en todos los puntos. Casi en el mismo momento en que Luis de Taide iba á ser acometido por Hidal khan II, que venia á

siliar á Goa con un ejército de noventa mil hombres, el soberano, á quien las crónicas designan con el nombre de *Malique*, se dirijia á Chaul, con ánimo de apoderarse de esta fortaleza con ciento cincuenta mil sitiadores. El Samori, á despecho de la paz jurada recientemente, habia tomado partido contra los cristianos, y el rey de Achem levantaba contra los mismos un ejército inmenso. Durante los tres años que duró su gobierno, Luis de Taide consiguió importantísimas victorias sobre tan poderosos ejércitos enemigos, y de regreso á Lisboa, el jóven monarca, sucesor de Juan III, le hizo el insigne honor de acompañarlo en persona á la catedral, para dar gracias al Todopoderoso, por tan inesperados sucesos. Sin embargo, no era sino demasiado cierto que el misterioso prestigio de los tiempos gloriosos iba á quedar desvanecido.

D. Antonio de Noroña fué nombrado virey en estas circunstancias difíciles. Salió de Lisboa en 1571 y dió al Asia meridional un triste espectáculo. Calumniado por cartas salidas de la India, segun se cree, fué destituido de su dignidad, y fué colocado en el puesto eminente que ocupaba Antonio Moniz Barreto, que habia llegado á Goa en su misma flota. Antonio de Noroña murió en 1573, casi al llegar á Portugal.

No podemos estendernos demasiado en la carrera política y administrativa de Moniz Barreto, décimo quinto gobernador de Indias, ni en la de D. Diego de Meneses. El primero llegó á la India en 1571, y durante sus tres años de administracion vió caer en poder del enemigo á la ciudad de Ternate. El segundo no gobernó mas que por espacio de nueve meses, y regresó á Europa en 1578, sin haber completado ningun hecho importante por la madre patria.

El nombramiento de D. Luis de Taide, como décimo virey de Indias, fué como quien dice el último acto importante de la administracion del rey D. Sebastian. Por un destino fatal que parecía pesar sobre la Lusitania, este acto fué inútil. D. Luis



Engraving of Vasco da Gama

Vasco da Gama (M. S. de Borello de Borello, Bib. Roy.)



PORTUGAL.

25



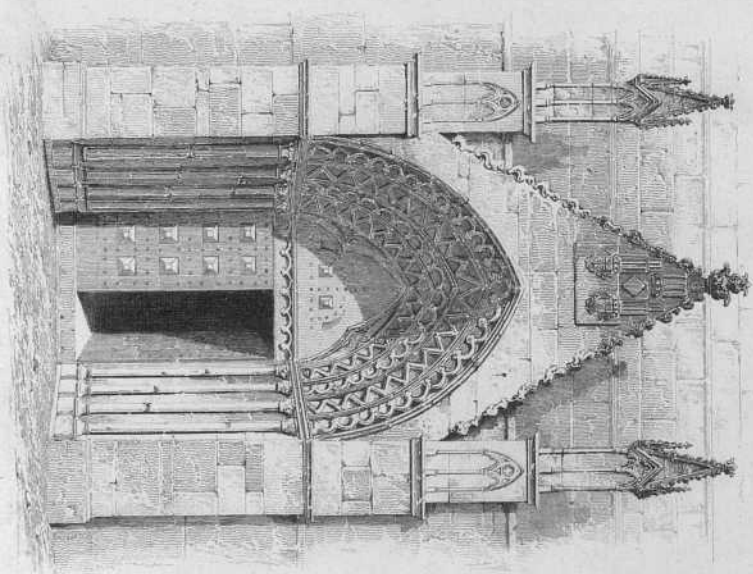
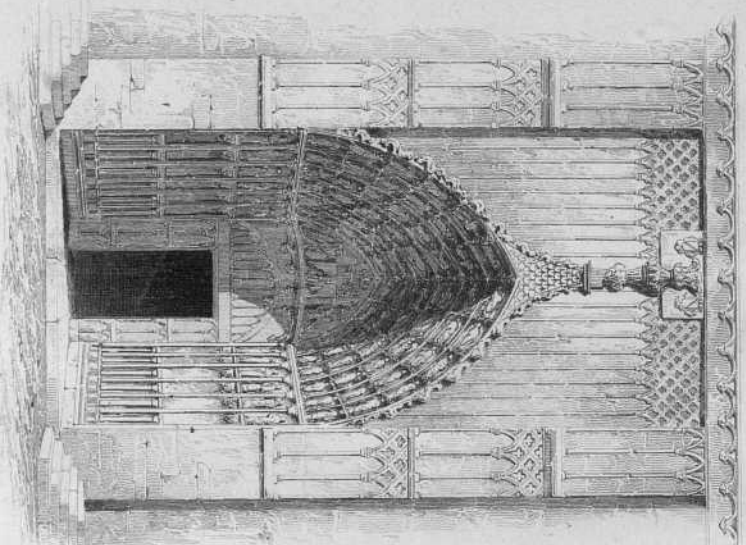
Lamotte Delin.

Portugais au XVI^e Siècle.

Portuguesa en el Siglo XVI.







que habia conducido los negocios con rara actividad no llegó á las Indias en 1578, sino para concluir la paz con Hidal-khan, sin que durante su gobierno aconteciese cosa memorable. Pero hemos llegado á una época fatal; en adelante todo va á cambiar de faz en la India lo mismo que en Europa, y si volvemos la vista alguna vez á aquellos países de antigua gloria, no será sino para señalar nuevas derrotas, y mas miseria que grandeza.

PRIMER ESTABLECIMIENTO DE LOS PORTUGUESES EN LA CHINA.—FUNDACION DE MACAO.

En jeneral no han salido á luz sino documentos muy vagos y aun incompletos, acerca de los primeros establecimientos formados en la China por los Portugueses. El escritor precipitado Fernando Mendez Pinto es tal vez el único que da pormenores precisos sobre la llegada de sus compatriotas en aquellos países. La colonia de Macao tuvo de particular, que fué fundada sin conocimiento de la metrópoli, como quien dice, y que pidió á la madre patria, cuando estuvo constituida, las instituciones con que debia gobernarse. Vamos á establecer estos dos hechos curiosos con presencia de un documento que no podrá desecharse, pues será un extracto de las representaciones de los habitantes del mismo Macao, á las cortes del reino.

Los primeros establecimientos fundados por los primeros comerciantes portugueses sobre las costas de la China distaron mucho de tener un feliz resultado, y debe aplicarse á esta proposicion la floreciente y rica ciudad de Limpó, que fué reducida á cenizas en menos de tres horas, y en donde perecieron algunos centenares de Portugueses en 1542. Este desastre fué debido á la rapacidad de un empleado, cuyo nombre todavía está en execracion por sus concidadanos. Despues de algun tiempo de esta horrorosa catástrofe, los Portugueses fueron de nuevo á probar fortuna á las islas limítrofes del imperio, y por último consiguieron del gobernador chino,

el permiso de establecerse sobre el peñon en que se fundó á Macao. En 1557 empezaron por construir algunas insignificantes habitaciones, ó por mejor decir, miserables cabañas, á las cuales fueron añadiendo despues casas formales, y algunas iglesias y otros edificios. El peñon concedido por los Chinos se fué convirtiendo poco á poco en ciudad importante, y en 1565 los habitantes resolvieron reclamar de su metrópoli á favor de la colonia, los privilegios de que gozaban las demás del dominio portugués, como se habia practicado en los estados de Indias. En consecuencia, nombraron un procurador comisionado y sus *veedores*, para ofrecer al soberano la nueva ciudad, pidiendo á D. Duarte de Menezes, que á la sazón era virey de Indias, les concediese el título y derechos de ciudad. Segun los términos formales del virey, dichos privilegios fueron concedidos al nuevo establecimiento, en consideración á que se habia fundado, sin mas recursos que los suyos propios; así que se le trató como se habia hecho con Cochim, que gozaba entonces privilegios semejantes á los de Evora (1).

Entre los incidentes históricos que se refieren á Macao, lo mas que se conoce de aquel país, jeneralmente hablando, es la poética tradicion que fué la comun mansion de Camoens (2). Justo es sin embargo publicar, que los habitantes de esta ciudad se condujeron mas de una vez con singular entereza, y si tuviésemos lugar de ir recorriendo los establecimientos coloniales portugueses en sus diferentes fases, diríamos, que sitiada Macao en 1625 por diez y

(1) Macao fué erijida en sede episcopal desde el siglo XVI que es el de su fundacion. El primer prelado que tuvo fué un jesuita llamado Melchor Carneiro. El segundo obispo de la China se llamó D. Leonardo de Sá, el cual fué consagrado en 1577. Este mismo prelado tenia el cargo espiritual del Japon. Cardoso elogia su santidad y virtud.

(2) Véase la *Aurora Moicaense*, impresa en Macao en 1844. Indicaremos á los curiosos igualmente la obra titulada: *Memorias acerca de Macao*, por D. José Joaquin de Aquino Guimaraes y Freitas. Véase igualmente otra obra del señor Loureiro.

nueve buques de guerra holandeses, á los cuales deben añadirse fuerzas considerables que la hostilizaban al mismo tiempo por tierra, la ciudad supo sostener su independencia. Pericieron, es verdad, mas de quinientos Portugueses, pero las fortificaciones que conserva aun en el día, fueron construídas por los prisioneros de guerra hechos á los Holandeses en la batalla del 23 de junio de 1622. Debe advertirse no obstante, que en aquella época, los ricos establecimientos de Malaca, de Ceylan, y de las Molucas no pudieron gloriarse de haber hecho igual resistencia. Veinte años despues, esto es, en 1642, la ciudad de Macao, informada de que la casa de Braganza se hallaba en el trono, sin esperar impulso alguno de Lisboa ni de Goa, obligó á la guarnición española á transportarse sin retardo á las islas Filipinas. No sería difícil continuar estos pormenores, pero nos hallamos demasiado avanzados de la época histórica en que dejamos nuestra relación, contentándonos con manifestar que la colonia portuguesa fué fundada en un territorio tan limitado, que se puede recorrer en el espacio de dos horas. El emperador Khan-hi fué el que por un rasgo de su munificencia vió en hacer la concesión del indicado terreno á los Portugueses, pero tuvo bastante prudencia para proveer á que semejante donación no pudiese perjudicar en ningún tiempo y de ningún modo á los naturales del imperio. Edificada en la punta oriental de la península de *Negao-men*, la ciudad de Macao fué separada desde su origen del territorio chino, por una línea de demarcación trazada en una especie de istmo muy estrecho con que la indicada península se une con la tierra firme. Quedó estipulado desde un principio, que los Chinos podían entrar en el territorio de los Europeos, siempre que lo tuviesen á bien, pero que estos no podrían traspasar la barrera sin el beneplácito de la autoridad. Lo que había sucedido en Ceylan, en Malaca y en tantas otras partes había abierto los ojos á los habitantes del celeste imperio.

ORIGEN HISTÓRICO DE GOA, LA CIUDAD INDIA.

En la antigua historia del Dekkhan por Ferichta, se hace mención por primera vez de esta célebre ciudad, al hablar del reinado de Mujahid Schah, tercer emperador de la dinastía Bhamani, que empezó á reinar hácia los años 1347. Goa es allí considerada como un puerto de mar, y que pertenecía, ya desde un siglo atrás, á los rajás de Bisnagor. Según la tradición transmitida á los Portugueses por los indíjenas, el brahmanismo era entónces la única religión que se profesaba en *Tisnary*, nombre primitivo de la isla (1).

En 1469, Malek al Tojar Khodja Jehan, primer ministro de Mahometo II, décimotercio emperador del Dekkhan, de la dinastía de Bhamani, se apoderó de la isla de Goa sobre Humraji, rejente de Bisnagor, que gobernaba este reino, durante la menor edad de los hijos de Seve-roy. Kishwer-khan había sido uno de los oficiales que mas se habían distinguido durante esta conquista; el soberano del Dekkhan le confirió su gobierno. En vano, tres años despues, Perkna, rajá de Belgam, quiso de nuevo apoderarse de la isla, porque fué rechazado. La construcción de la ciudad de Goa en el emplazamiento que ocupa actualmente debe colocarse al año 1479. Según Antonio de Sousa, Miguel Oum, perseguido por el rajá de Onor, pero protegido por el soberano del Dekkhan, entró en la isla al frente de sus musulmanes y fundó á Goa, la del verdadero nombre. El reverendo Dionisio Cottineau de Kloguen afirma,

(1) Estos preciosos datos, acerca del origen de la metrópoli portuguesa de las Indias, son sacados de un opúsculo publicado en Madrás en 1831, por un francés que lo escribió en inglés. Este curioso volumen se titula *An historical Sketch-of-Goa*, by the late reverend Denis L. Cottineau de Kloguen. Este digno eclesiástico, natural de Nantes, y que murió en Karrical en 1830, ha dejado, según se cree, una *historia de las Indias*, escrita en francés. Sin duda que habrá sido recojida por sus herederos. Nuestros votos se dirigen á que tan precioso trabajo, en que está interesada la gloria de la Gran Bretaña, salga á la luz pública algún día.

que la antigua ciudad se hallaba mas al centro de la isla, inmediata á su costa del sur. De esta ciudad primitiva no quedan mas que algunas miserables casas, inmediatas á la iglesia parroquial de San Andrés, pero la colina todavía lleva el nombre de Goa antigua, cuyo nombre dan tambien impropriamente en el dia algunos viajeros á la misma Goa. La ciudad nueva, edificada por los mahometanos en la ribera norte de la isla opuesta á la de Divor, se hizo al momento una plaza floreciente, gracias á su esceleute puerto, pero su estension entónces no era mucha. No seguiremos la historia de esta decaida capital en sus diversas revoluciones políticas; nos contentaremos con decir, que cuando Vasco de Gama llegó á las Indias, un Judío polaco, que decia ser Italiano, se presentó al almirante y le ofreció sus servicios, como primer ministro del Sabayo, rey de Goa. El autor, cuya relacion seguimos, dice: «que dando crédito á la existencia de este Judío, el personaje á quien llamó rey de Goa, probablemente no seria sino Maleck-Eia-al-Mulk, vasallo del emperador del Dekkhan, ó bien Adel-sehah, á quien los Portugueses llamaban Hidal-khan, y que habiéndose declarado sultan de Visapur en 1489, reconocia la soberania del citado emperador.» Lo que hay de cierto es, que este jefe mahometano tenia una particular predileccion por Goa, y que jeneralmente tenia en ella su corte. Ya se ha visto de que modo consiguió Albuquerque en 1510, apoderarse de esta ciudad floreciente. Adel-schah, ó si se prefiere, Hidal-khan, acudió y obligó á la guarnicion cristiana á reembarcarse, pero Albuquerque se presentó de nuevo con su flota, y Goa quedó definitivamente hecha la metrópoli de la India portuguesa. La ciudad se llenó inmediatamente de magníficos edificios, de vastas iglesias, y de ricos arsenales; batióse en ella moneda, y en 1567 Antonio de Noroña la rodeó de fuertes murallas, de modo que en 1571, precisamente dos años despues que el Camoens hubo salido de ella, Goa habia alcanzado

el mas alto grado de esplendor á que podia aspirar. La ciudad se hallaba naturalmente defendida por su posición; sin embargo, sus fortificaciones naturales dejaban desgraciadamente un paso libre, pues una especie de vado, llamado el paso de *Gondali*, podia atravesarse sin inconveniente durante la marea baja. Sin embarjo el extraño destino que se dió á aquel lugar, segun refiere el mas veraz de los historiadores portugueses, habia constituido á este canal en lugar sumamente temible, y del cual huian así los musulmanes, como los cristianos. Las aguas de aquella especie de laguna, aunque se mezclaban con las del mar, servian, segun se dice, de guarida á un sinnúmero de cocodrilos, que con su permanencia en dicho lugar, venian á ser los mejores defensores de la ciudad. Una ley ordenaba, que los condenados á muerte fuesen arrojados en aquellas lagunas, para servir de pasto á los habitantes que tenia. Estos terribles animales se habian aumentado tan considerablemente, su ferocidad era tal, que ya fuese con motivo de tan fundado horror, ó ya de un miedo imaginario, los Moros no se atrevian á pasar el vado. Desde esta época, la ciudad fué adquiriendo un movimiento extraordinario, y si se admite el testimonio del mismo Albuquerque, si nos referimos á los documentos suministrados por el vencedor, Goa, tal como se hallaba en el siglo XVI, reemplazó á una ciudad importante por sus edificios. El P. Cottineau de Kloguen señala algunos restos de poca importancia que han podido pertenecer á dicha poblacion. Lo que hay de positivo es, que en tiempo de Juan III, las hermosas pagodas indias, los elegantes minaretes musulmanes desaparecieron completamente (1). Todo el es-

(1) En el siglo XVI todavía existian en Goa muchísimas pagodas, pero los ardientes misioneros salidos de Portugal en 1530 por órden de Juan III, no tardaron en mandarlas destruir, del mismo modo que los frailes que acompañaban á Cortés y á Pizarro, destruian los templos de los Aztecas y Peruanos. *El ajiolojio lusitano*, nos hace saber que el P. Miguel Vaz, el cual es con-

plendor de la capital de las Indias, no era mas que un remedo, en cuanto á la construcción, del gusto dominante en Europa en aquella época. Procuraremos dar á conocer cual era el aspecto de esta magnífica ciudad del renacimiento, trasplantada bajo el cielo indiano.

GOA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII (1).

Goa la Dorada ya no existe, sirviéndonos de una bella frase del doctor Buchanan; pero Goa gozaba, dos siglos atrás, de todo su esplendor. El que nos dará ahora á conocer las circunstanancias mas notables de la metrópoli de la India portuguesa, será un venerable religioso, cuyo escrito se halla casi enteramente olvidado. Prior de uno de los mayores monasterios de aquella opulenta ciudad, celebrado por su sólida instrucción, pinta á esta famosa capital con mas verdad y copia de pormenores que ninguno de los autores que escribieron en su tiempo. Le dejaremos hablar en su jenuina sencillez.

«Goa, capital de todas las conquistas orientales de los Portugueses, corte del virey, sede arzobispal, en donde reside el supremo tribunal de jus-

siderado como el primer vicario jeneral de los Estados de Indias, el que se granjeó el nombre de *coluna del cristianismo oriental*, no solo hizo derribar los edificios religiosos de los Indios, sino que exigió que sus sacerdotes saliesen desterrados de la nueva ciudad conquistada. Se da por muy cierto, que en este período de destrucción se derribaron mas de trescientas pagodas en la India portuguesa.

(1) «La isla de Goa, metrópoli y capital del estado que S. M. posee en las Indias orientales, se halla situada por los 15°, 45'. (digo 15°, 31') de latitud N. Tiene dos leguas de largo, seis de circuito, y una de ancho, con alguna mayor extensión en algunos parajes. Está unida á la tierra firme por el istmo de Balagate, abunda en regadío, y tiene muchos jardines y palmeras; sus aguas son excelentes.» Barreto de Resende, de quien tomamos esta nota, no expresa el número á que ascendía su población, pero afirma que tenía tres mil y quinientos fuegos, sin contar los conventos, y que los Portugueses no figuraban en esta suma sino con ochocientos fuegos. Este autor escribía precisamente en tiempo del Padre Felipe de quien hablamos en el texto, y completa en seguida su descripción. Barreto de Resende ha publicado un plano muy circunstanciado de la fortaleza de Goa, y Linschott una vista de la ciudad, sumamente curiosa.

ticia, y el de la santa inquisición, Goa es una ciudad tan grande como Aviñón... La ciudad es mas larga que ancha, porque se extiende á lo largo de las márgenes del rio que corre de occidente á oriente. En la parte septentrional de la isla, en donde está la ciudad, hay dos colinas encerradas dentro la misma, una al lado del occidente denominada Santa, porque contiene hasta el número de seis iglesias, y la otra por la parte de levante. La colina occidental confina con unas montañas que recorren casi toda la longitud de la ciudad y la terminan por aquel lado, y por el norte llega casi hasta el rio. Es verdad que á su pié hay una calle bastante pequeña, á orillas del rio, la cual llega hasta la parte occidental de la ciudad; y en ella se encuentra la parroquia de san Pedro, y el colegio de santo Tomás de Aquino que pertenece á los PP. Dominicos. La colina oriental se halla unida por este lado á una montaña que se extiende muy adelante en la isla; esta colina hace frente á dos valles, uno de los cuales, siguiendo el curso del rio hácia la parte septentrional, está lleno de casas y tiene la parroquia de santa Lucía, y el otro se encuentra encerrado por el sur, entre dicha montaña y la otra de que he hablado, y contiene muchas casas, construidas en un espacio bastante largo. Allí es en donde se encuentra la parroquia de santo Tomás, y hácia el centro, el antiguo colegio de PP. de la compañía de Jesús, construido por san Francisco Javier, apóstol de las Indias, en donde ha descansado por mucho tiempo su sagrado cuerpo, pero ahora se halla en la casa profesa, al fin del mismo valle. Hay además otra iglesia del mismo santo Tomás, que no está todavía concluida, contiguo á la cual se ve un pozo muy grande, pero poco profundo, construido de piedra sillar. Junto á este pozo se encuentra un lago, del cual se levantan vapores moféticos, que, conducidos á la ciudad por el viento, infestan el aire.

«El palacio del virey, que es muy vasto y elevado, se levanta junto al rio con una plaza muy grande, ro-



Lemaire delin.

João de Castro (M.S. de Baretto de Roxende, Bib. Roy.)



deada de bellos edificios, y por detrás, dando vista al río, se encuentra otra también muy grande, terminada por la margen del río, en la cual se desembarcan el arroz y las mercancías que llegan á Goa, sujetas á pago de gabela, cuyos recaudadores tienen sus despachos en el extremo oriental de la misma. En el palacio hay un salon en que se juntan los senadores para juzgar las causas, y en el mismo edificio hay otras salas para las diferentes administraciones. Desde que se entra en el edificio se ven unos cuadros dispuestos y colocados por orden, en que están pintadas las embarcaciones, que se han enviado á Indias, desde el tiempo de la conquista hasta el presente, de modo, que la coleccion se aumenta con un cuadro cada año, y en él se advierten las inscripciones que le convienen y los nombres de los capitanes que mandaron dichos buques. En lo interior del palacio se encuentra la sala real, en donde están colocados los verdaderos retratos de todos los vireyes y de todos los gobernadores de Indias, de tamaño natural, al pié de los cuales se leen sus nombres y un resumen de los hechos memorables y dignos de elogio que han acontecido durante su gobierno. En dicha sala es en donde el virey convoca el consejo, recibe á los embajadores, ó verifica los actos de ceremonia por cualquier ocasion. Junto á esta pieza hay una capilla en que el virey oye misa todos los días. Hay en ella un dosel de terciopelo encarnado, con un sillón cubierto de la misma ropa.

Desde este palacio empieza la calle llamada *Derecha*, en que se reúnen diariamente multitud de jentes para tratar de sus negocios. Es la principal de la ciudad, y llega hasta la iglesia de la Misericordia. La ciudad tiene además otras calles muy buenas principalmente la de san Pablo, llamada así, por la iglesia de este santo, edificada en ella por san Francisco Javier, para colejo de su orden, y de la cual toman el nombre de PP. de san Pablo los jesuitas, que es como se les llama en toda la India; dicha iglesia está situada en

medio de la referida calle, que es extraordinariamente larga. Hay también en ella la de Nuestra Señora de la Luz, y al fin de la misma se encuentra otra iglesia del mismo nombre...

«Cerca del palacio del virey está la iglesia catedral del arzobispado, dedicada á santa Catalina, porque la ciudad fué conquistada el día de la fiesta de esta santa. Es muy grande y muy hermosa: consta de tres naves con cuatro capillas á cada lado, y además la del altar mayor, que tiene otras dos colaterales á sus costados. En dicho altar mayor está representada la historia del martirio de la santa en pequeños cuadros de madera de teca, que se tiene por incorruptible, y como todo está dorado, tiene un aspecto magnifico. La puerta principal mira al oriente, y delante de ella hay una plaza muy grande, llamada del *Sabayo*, esto es, la plaza del Señor, porque tuvo este nombre el antiguo señor de esta isla. Por la parte del mediodía se encuentra, inmediato á la catedral, el palacio de los inquisidores. En frente de este, por la cara que mira al norte, se ve la casa de la municipalidad, en donde se reúnen los concejales; al oriente de la catedral, se encuentra el convento de san Francisco, y al lado opuesto, el palacio del arzobispo. Al norte de dicho convento está el hospital real, en el cual no se admite á nadie que no sea individuo del ejército, sin que los nobles que se hallan sirviendo al rey, se desdénen de entrar en él. Su administracion corre á cargo de los PP. de la compañía de Jesús (1).»

Fácil nos fuera presentar á esta ciudad opulenta con el carácter grandioso en que se mantuvo durante dos siglos, acudiendo á las minucio-

(1) «Este hospital, dice *Vincent Le Blanc*, que estaba impuesto de su administracion por experiencia, es el mas hermoso y mejor asistido, que, á mi ver, exista en el resto del mundo, pues me atrevo á decir, que ni el del Espíritu Santo de Roma, ni la enfermería de Malta, en que los enfermos son asistidos con utensilios de plata, no podrían igualarse á este por lo que hace á su suntuosidad, orden y servicio.» Véanse los *Viajes* de dicho autor.

sas descripciones del P. Felipe, y añadiendo á ellas las de Vicente-le Blanc, y las de Pyrard, que escribieron en época mas inmediata á los tiempos heroicos, permítase la espresion, de la nacion portuguesa. Pasaríamos entónces en revista las siete parroquias en que tantos tesoros se habian enterrado, los monasterios innumerables en que los maridos zelosos encontraban para sus mujeres seguros asilos contra toda sospecha, cuando los acasos de la guerra los llevaban lejos de Goa. Describiríamos asimismo el resplandeciente crucifijo á cuyo pié brotó una milagrosa fuente; deberíamos detenernos delante de la reliquia del apóstol de las Indias, reliquia tan magnífica, que los diamantes y rubíes brillan en ella en sorprendente multitud, en medio de las ricas grabaduras sobre el metal mas precioso que la encierra. Nos veríamos en la necesidad de recorrer la calle mayor, en que habitan una infinidad de plateros y diamantistas, cuyas tiendas deslumbran con tantos objetos de oro, plata y pedrería. Despues de tanta noticia todavía nos faltaria hablar de los astilleros, de donde salian aquellos grandes galeones de madera de teca, que en aquel tiempo vió Portugal con tanto gozo y entusiasmo llegar á sus puertos; los inmensos almacenes destinados para equipar las flotas; la fundicion de cañones, que ofrecia un material renovado sin tregua; los establos en que se cuidaban los elefantes de guerra y de transporte; seria despues necesario formar un capítulo aparte, consagrado únicamente á describir los restos de arquitectura india, mezclados con los primores improvisados por el arte cristiano; entónces ciertamente se veria que Goa la Dorada merecia el nombre que le consignara el siglo XVI; pero esto nos haria volver con demasiada amargura sin duda, hácia el periodo de decadencia, descrito por tantos viajeros.

Los restos de monumentos históricos que se ven en el dia en Goa son miserables, aunque podrian preservarse algunas esculturas y pinturas preciosas. La catedral, fundada por

Albuquerque, y reedificada en el siglo XVII, encierra ornamentos antiguos sumamente curiosos. En la quinta de los arzobispos se ven pintados, de tamaño natural, los prelados que se han sucedido en aquella sede metropolitana. El palacio de los antiguos gobernadores ha quedado abandonado desde 1812, y aunque sus muros están en pié, amenaza desplomarse por todas partes. Con todo es muy probable que los retratos de los vireyes y gobernadores de Indias se hayan conservado en la residencia de Panga ó Pandjim. La estatua de Vasco de Gama, que Diego de Couto vió erijir por orden del senado de Goa, se halla todavía en pié (1). En fin, en la iglesia del Buen Jesús se ve otra magnífica reliquia de san Francisco Javier, la cual es de bronce ricamente cincelado y dorado, sirviéndole de socalo un monumento de mármol negro de Italia, de un estilo verdaderamente elegante, y en sus cuatro fases lleva las principales acciones del santo, representadas en vistosos bajo relieves. La estatua del apóstol de las Indias, de plata maciza, todavía adorna el altar mayor de esta iglesia, y lo que seguramente debe tenerse por mas precioso que esto, una pintura muy sencilla, sacada del natural, representa al santo pocas horas despues de su muerte. Si damos crédito á algunos viajeros últimamente venidos de Goa, se tiene en el dia un cuidado extraordinario en la conservacion de estos restos de la antigua magnificencia.

De todos estos pormenores y de otros documentos que no podemos detenernos en reproducir, puede deducirse á que grado de esplendor y prosperidad habia llegado la metrópoli de las Indias. Quisiéramos igualmente poder describir el estado de las demás ciudades sometidas á la dominacion portuguesa en el Bidja-

(1) El P. Kloguen es el último viajero que ha hablado de esta estatua. Véase lo que dice de ella: primero habla del antiguo palacio á cuya inmediacion se levanta. «Es todo de piedra maciza con sus terrados cubiertos de teja. Por debajo de él pasa una bóveda que conduce desde lo interior de la ciudad hasta el rio. En este tránsito se encuentra todavía la estatua de Vasco de Gama.»

pur y en el Kanara, pero todo esto nos conduciría demasiado lejos. Contentémonos con dar cuenta de algunos hechos que tienen cierta importancia. Desde los primeros años del siglo XVI, la ciudad en que habian sucedido los principales actos que dieron origen á la dominacion, Calicut habia experimentado increíbles cambios. Si nos refiriésemos á los documentos orientales, publicados oficialmente por un orientalista portugués, el P. Juan de Sousa, el poder habia cesado de pertenecer á los príncipes indios desde 1509, para pasar á manos de los musulmanes. En aquellos documentos figura uno muy extraordinario, el cual es una carta de Hadji-Hossein-Rakan de fecha 1514 al rey D. Manuel, en la cual espresa aquel príncipe que se hallaba en tan miserable estado que sufría positivamente sed y hambre (1).

La historia de las ciudades del Guzarate, país que no pertenecía al Indostan propio, el cual los Portugueses han designado siempre con el nombre de Cambaya, no sería menos digno de interés que la que comprendiese la descripción de ciertas ciudades del Dekhan, ó rejion meridional, llamada impropriamente Dageam ó Dacuum por los antiguos historiadores. La ciudad principal de este imperio es en el día Ahmed Abad, teatro de tantas luchas, pero en aquellos tiempos la antigua y temida capital de este territorio, la que envia-

ba á combatir á los Portugueses á sus guerreros mas encarnizados y perseverantes, era *Cambayah*, que no ha dejado de conservar parte de su antigua importancia comercial, y esto explica la razon por la cual denominaron los Portugueses con su nombre á todo el país de su dependencia. Presentes están todavía en la memoria los infinitos esfuerzos que costó á los conquistadores de la India la toma de la pequeña isla de Diu (*Dibal* ó *Diwal*), que se halla situada en la punta meridional de la península que forma parte del Guzarate. En *Cambayah*, en la antigua *Barutch*, y en Diu mismo, ciudades que habian pertenecido desde muy antiguo á los Musulmanes, se habian refugiado considerable número de Parsis. Estos adoradores del fuego ejercian en ellas, en profunda paz, su antiguo culto, y los rasgos originales de sus costumbres, y los ritos de su religion habian ofrecido mil novedades características que debian aumentar el número de curiosas observaciones que maravillaron á los Portugueses al posesionarse de aquellos países.

INQUISICION DE GOA.

Un viajero moderno, Kensey, hace observar que el establecimiento de este terrible tribunal en la capital de las Indias, tuvo á la vez un objeto político y un objeto religioso. El espantoso rigor de que se armó desde un principio, no solo debía preservar á los cristianos viejos de la corrupcion que enjendraba el lujo del Asia, sino que debía llenar de terror á los extranjeros que hubiesen tenido deseo de entrar á participar de los inmensos beneficios que ofrecia el comercio de aquellos ricos países. Efectivamente, durante el período del establecimiento de los Portugueses en la India, los individuos que eran sospechados de la menor sombra ó indicio de herejía eran sepultados en los negros calabozos del santo oficio, con los mas frivolos pretextos. El inquisidor mayor de Goa, rodeado de un lujo espléndido, que en nada se diferenciaba del de los príncipes mismos, en fausto y

(1) Véanse los *Documentos arábigos para á historia portuguesa*, páj. 44. El P. Juan de Sousa se equivoca seguramente haciendo á Hadji-Hossein nieto del Samori. Semejante asercion se halla diametralmente opuesta á lo que se sabe por la mas constante y sostenida tradicion, para que la admitamos. La citada coleccion no es menos preciosa por lo que hace á la historia de los Portugueses en la India y en el Africa. En ella se encuentran una infinidad de particularidades que en vano se buscarian en otra parte. Así es, por ejemplo, que en algunas cartas se saluda á Don Manuel con el título de rey de los *Ramis cristianos*, cuya denominacion entre los Orientales se daba á los Griegos y últimamente á todos los Europeos. En la India hasta se dió la misma á los Musulmanes procedentes de Turquía. Los Orientales fueron torciendo el significado de la voz, como ha sucedido en Europa con la de Moro, á la cual se ha dado mas latitud de la que conviene mas de una vez.

magnificencia, miraba como sometidos á su terrible poder al mismo arzobispo y al mismo virey. La inquisición no se estableció en las Indias hasta 1560 y su espantoso poder sobrevivió á la prepotencia de los Portugueses en el país, pues que en el siglo XVII todavía se la ve armada de todos sus rigores. Muchos viajeros han pintado con vivos colores los tormentos que la inquisición de Goa hacia sufrir á los desgraciados que caían en su poder, pero el mas estenso sin disputa, y tal vez el que con mas moderación explica los hechos bajo muchos aspectos, es un médico francés, llamado Dello, que ha publicado un tratado particular acerca de este tribunal, del cual fué una de sus últimas víctimas. En 1808, Mr. Buchanan pudo visitar este horroroso establecimiento, pero no se le permitió la entrada en los calabozos. Gracias al cuadro histórico del Padre Cattineau de Kloguen, puede verse en que estado de decadencia ha quedado ese temido palacio, al cual no se atrevían á acercarse tanto los cristianos como los orientales en otro tiempo. En 1812, cuando llegaron órdenes de Rio Janeiro para que los cuatro inquisidores, que todavía permanecían en Goa, regresasen á Europa, esta terrible institución habia ya caducado bastante, y se encontraba sin acción política ni religiosa, ni por consiguiente atormentaba ya á ningún perseguido. Si damos crédito á la autoridad arriba citada, se habian pasado ochenta años desde que el último auto de fe hubiese ofrecido otro horrendo espectáculo á la ciudad. En tiempo de D. Gaspar de Leon Preira, primer arzobispo de la metrópoli de las Indias, los rigores subieron de punto. Los habitantes de Salseta se vieron obligados á convertirse al cristianismo, mientras una mano terrible é inexorable levantaba para ellos los espantosos braseros; recibían con una mano el título de cristianos, y con otra eran sepultados en las hogueras.

INSTITUTOS LITERARIOS FUNDADOS EN INDIAS.

Los medios de instrucción eran, en aquellos países, durante el siglo diez y seis, mas generalmente estendidos de lo que se piensa. Además del colegio de Goa, del cual hablaremos luego, habia otro muy célebre en Granganor, á cinco leguas de Cochín. Fué fundado en 1540, por F. Vicente, y era visitado con mucha frecuencia por san Francisco Javier, que tenia mucha amistad con aquel religioso. Este colegio, llamado de Santiago, tenia ochenta colegiales, á quienes se enseñaba el latín, la teología y los rudimentos del canto gregoriano, para el uso eclesiástico. En su origen este establecimiento se sostenia con el solo producto de las limosnas; mas adelante, les reyes de Portugal le adjudicaron rentas fijas. F. Vicente fué el primer profesor que tuvo, y el único cuyo nombre haya tenido alguna celebridad en este establecimiento público, y una anécdota que trae Cardoso, no depone demasiado á favor de su humildad. En 1549, san Francisco Javier reclamó de Roma un profesor hábil. F. Vicente murió en 1550 en olor de santidad. Habia bautizado al rey de Tanor, y se dice, que habia convertido á otros Indios (1).

INFLUENCIA DE LOS DESCUBRIMIENTOS DE LOS PORTUGUESES SOBRE LOS CONOCIMIENTOS CIENTIFICOS Y LITERARIOS, RELATIVOS A INDIAS.

En el día se tiene por cosa muy convenida el recordar las inmensas ventajas intelectuales; que en estos últimos tiempos han resultado del profundo exámen de las antigüedades de la India, y en particular del Sanscrit. En verdad que no estaba en manos de los Portugueses el descubrir

(1) Fr. Vicente de Lagos pertenecía á la órden de PP. Capuchinos, y habia pasado á las Indias en 1339, en compañía del primer obispo de Goa, Fr. Juan de Albuquerque. Su principal ocupación era educar á los niños de raza india.

mas pronto este tesoro oculto, este nuevo mundo de inteligencia humana, cuyo estudio camina en el día á la par, por decirlo así, con el de las antigüedades clásicas. En justo honor de los escritores del siglo diez y seis de esta nacion debemos decir, que si algunas veces han mezclado el error con la verdad en proporcion escesiva, ellos fueron seguramente los que empezaron, los que revelaron, con una sagacidad frecuentemente profunda, lo que los siglos habian mantenido oculto hasta entónces. Y para no detenernos sino en los mas conspicuos, que se consulte á Barros, á Albuquerque, á Lucena y se verán indicadas con suma claridad las alezadas cuestiones que preocupan aun en el día á la Europa sabia. Sabia mas Juan de Barros acerca de la India, y sobre la configuracion de sus tierras, que lo que creen saber ciertos eruditos del siglo diez y ocho, ocupados especialmente en ilustrar la materia. El grande Albuquerque ignoraba los tesoros literarios que debia revelar el conocimiento de la lengua sanscrita pero sabia apreciar la existencia de esta antigua lengua, y la califica claramente cuando dice, que era para los Indios, lo que la latina para los Europeos. El elegante autor de la vida de S. Francisco Javier, Lucena en fin habla con su acostumbrada precision del sinnúmero de obras que encerraba la antigua literatura de aquellos paises. Insiste sobre la variedad de aquellos escritos, y acerca de la costumbre de los Indios de servirse de la poesia para conservar hasta los preceptos de las ciencias y poco falta para que nombre el *Stoca*, y las variedades del metro sanscrito. Añadamos á estas noticias, demasiado reducidas en verdad, que el compañero mas adicto de S. Francisco Javier, fué el mas hábil indiano de todo el siglo diez y seis, y que si sus obras no son mas conocidas, es porque han corrido la suerte de la mayor parte de la de los mejores escritores portugueses, que han permanecido casi siempre ocultas é ignoradas de los sabios de los de-

mas paises, aun en tiempo de su mayor influencia (1).

Muchos hechos podrian añadirse á los documentos que con tanta rapidez acabamos de citar, porque si echásemos una ojeada á la India-China, ó á la misma China, encontraríamos lo que acabamos de admirar, tocante á los paises sometidos al valor portugués. Léase con atencion el excelente repertorio de Barbosa Machado: consúltese al jeógrafo por excelencia Jorge Cardoso, y quedaremos maravillados de la cantidad inmensa de obras que han quedado inéditas escritas con motivo de las conquistas y misiones. Semedo fué el primero que dió á conocer la China, y los terribles tormentos que allí sufrió, no fueron bastantes para dejase de revelar á la Europa sabia puntos de filología ó lingüísticos completamente ignorados. Las misiones de Ava y del Pegú produjeron buenos diccionarios y gramáticas, y el mejor libro de que se haya tenido noticia, sobre una lengua tan poco conocida como la del Japon, pertenece así mismo á Portugal. Uno de los mas hábiles orientistas franceses Mr. Landresse á hecho seguramente un importante servicio á las ciencias publicando la gramática de aquel autor lusitano, el P. Rodriguez, y es necesario añadir, que es lástima no se haya hecho antes tan meritoria revelacion al mundo sabio.

Por último debe darse cuenta de un hecho que generalmente se ignora: los Portugueses son los únicos que hayan ejercido bastante influjo intelectual en las clases elevadas de la India, para hacer olvidar á algunos de ellos los prestigios de su edu-

(1) El P. Henriquez que visitó la India en 1546, llamado el apóstol de Comorino, jesuita, poseyó el indio en un grado poco comun, principalmente el dialecto de la costa de Malabar. Murió á la edad de ochenta años, despues de un largo apostolado. Habia compuesto una gramática y un diccionario, que los mismos Indios tenian en grande aprecio, segun se ha dicho, y cuyos libros fueron por largo tiempo la admiracion de los misioneros.

cacion primitiva, en lo cual los Ingleses han sabido imitarlos. Barbosa Machado habla de un brahma del Malabar, que fué uno de los mas celosos misioneros cristianos de su siglo, pero sus interesantes escritos han quedado igualmente inéditos por desgracia, mientras que los de dos ó tres filósofos indios del siglo presente han brillado con cierto esplendor (1).

MISIONES DE LAS INDIAS PORTUGUE-
SAS. — CRISTIANOS DE SANTO TOMÉ
SAN FRANCISCO JAVIER. — SUS VIA-
JES. — SU INFLUENCIA DURANTE LA
GUERRA CONTRA EL REY DE ACHEM
— ENTRADA EN EL JAPON. — MUERTE
DEL APOSTOL DE LAS INDIAS.

Hasta ahora no hemos hablado mas que de las conquistas á mano armada, que son las únicas que han herido la imaginacion, y que se encuentran en los historiadores. Otras hay sin embargo, que principiaron con el siglo XVI, y que no tardaron en ejercer una influencia inmensa. Los primeros que empezaron estas misiones fueron la orden de Capuchinos, en número de siete, el año 1500, los cuales se embarcaron para las rejiones nuevamente descubiertas, pero la historia no ha conservado mas que el nombre del que hacia cabeza de ellos, que fué Fr. Enrique de Coimbra. Tres de los espresados murieron en Calicut el 16 de octubre del mismo año, treinta dias despues de su llegada; los otros cuatro mu-

rieron el 3 de abril de 1502 (1). Desde 1530 se ve al padre Miguel Vaz, nombrado vicario jeneral de Goa, siendo el pasmo de los conquistadores por su celo; con él llegaron muchos misioneros, cuyos nombres no ha tenido Cardoso el cuidado de conservar. Si es verdad que derribó los templos de los paganos, tambien fundó un colejo en Goa, y fué á morir á Chaul en 1548. Entre los eclesiásticos que le secundaron se encuentra á Diego de Barba que habia llegado á Indias en 1538. Encuéntrase igualmente á Simon Vaz, que sufrió el martirio en 1535, y finalmente aquel Francisco Alvarez, que despues de haber sanado de tantas heridas, llegó á Ternate y se dirigió á la Abisinia, á llevar al Preste Juan las palabras de paz del rey D. Manuel. Gaspar Coello debe tambien contarse en el número de aquellos primeros apóstoles, el cual fué á establecerse en Meliapor, en donde lo encontró san Francisco Javier en 1548. Seguramente que alucinado por el embeleso de las antiguas tradiciones Fr. Gaspar se inició allí en el cisma de los ignorados sectarios, que pertenecian al nestorianismo (2).

(1) Véase á Jorje Cardoso en su *Agsolagio Lusitano*.

(2) Los cristianos que los Portugueses encontraron establecidos en la costa del Malabar, eran conocidos con el nombre de *Tomistas*, ó *cristianos de san Tomás*. Pertenecian á la secta de los Caldeos nestorianos. Se cree que en todo formarian un total de veinte mil almas. Condenaban el culto de las imágenes, y tenían horror á la confesion auricular. Pretendian haber recibido sus principios del apóstol, con cuyo nombre se distinguian. La leyenda que trae el Camoens era debida á la tradicion, y Alejo de Meneses, hijo del célebre virey de este nombre, ha escrito la historia de estos sectarios. Ha sido traducida en francés por Juan Bautista de Glen en 1609, con el siguiente titulo: *Messe des anciens chrestiens dicts de saint Thomas, en l'évêché d'Angamal, es Indes orientales*. La leyenda relativa á san Tomás es muy comun; tiene cierta conexon con la fábula del Preste Juan, como puede verse en la obra de los autores de este tratado, *Le monde enchante*. Nos contentaremos con decir dos palabras acerca de la manson de nuestro apóstol en las Indias. En la época en que Francisco Javier recorria aquellos paises, habia ya mas de mil y quinientos años, que el apóstol san Tomás

(1) Este brahma fué el P. Jaime Gonzalves, natural de la isla de Divar, cerca de la de Goa. Convirtióse al cristianismo, y entró en la congregacion de san Felipe Neri, del oratorio de santa Cruz de Goa. Ejerció el apostolado por espacio de treinta años, y murió en 1742. Entre otras obras, compuso el libro siguiente: *Refutação das quatro seitas, Paganismo, Morismo, Judaismo e Calvinismo*, manuscrito en 4°. Este autor indio puede compararse con otro, Ram-Mohun-Roy, brahma, que escribió igualmente sobre materias filosóficas y teológicas. Leandro Paéz, que nació en 1662, en las inmediaciones de Goa, y que se creia descendiente de los reyes de Sargapor, se halla en el mismo caso. Ha dejado un libro extraordinariamente curioso, titulado: *Prontuario das definicoes indicas etc.* Lisboa 1713, en 4°.

Si nos fuese permitido engolfarnos en el mar de estos curiosos puntos, nos detendríamos gustosos á recordar las creencias poéticas de estos pueblos. Sus leyendas antiguas que conservaban con el mayor esmero, los dramas devotos que representaron delante de los Portugueses, que deponían á favor de sus sencillos recuerdos; pero semejantes noticias nos llevarían demasiado lejos de la tarea que nos hemos impuesto. El verdadero apóstol de las Indias, el que se granjeó este título de la capital del orbe cristiano, fué Francisco Javier, el religioso austero de Navarra (1). El mismo se había impuesto una comision inmensa en la eleccion de los países que cada fundador debía recorrer, y sin embargo su vida fué una verdadera abnegacion. Todavía se vé en Paris un torreoncillo, que está amenazando ruina, y allí, en el colegio de santa Bárbara, en el cuartel de la Universidad vieja, fué en donde nuestro santo é Ignacio de Loyola tuvieron sus memorables conciliábulos, de allí salieron á poner en planta sus proyectos. Todo esto no es mas que una tradicion, pero ¿no es curioso ver á este jesuita, dis-

habia predicado la nueva fe en *Calamina*, que es como se llamaba entonces *Meliapor*, cuyo nombre moderno significa, la ciudad que se parece al pavo real, segun Juan de Lucena, «porque, dice este antiguo escritor, así como esta ave es la mas bella de todas, así la ciudad sobrepasa á todas las del oriente en prosperidad y belleza.» El apóstol convirtió á Samago, soberano de aquellos países, añade el escritor, y su primer milagro fué traer del mar y arrastrar por la playa una viga de una dimension tan extraordinaria, que ningun elefante, ni ninguna máquina lo habrian conseguido. El segundo fué la resurreccion de un jóven, hijo de un brahma, y á quien habia asesinado este parricida.

(1) Francisco Javier se llamaba en el siglo, como decian entónces, Francisco de Lasso y Javier. La biografia universal llama á su padre equivocadamente *Juan Jysse*; llamábase Juan de Lasso, el cual habia desposado á D^a. María de Azpilcueta y Javier. Su dicho padre era oidor del consejo real de Navarra. Segun el venerable Lécuy, el apóstol de las Indias vino al mundo el día 7 de abril de 1506, pero Joan de Lucena, que tan informado parece estar de todo cuanto tiene relacion con este célebre personaje, coloca su nacimiento por los años 1497, esto es, en la época en que Vasco de Gama descubrió el nuevo paso para las Indias.

cípulo de la antigua Universidad de Paris, como se adjudica en su devoradora actividad, imperios vastos, cuyos nombres casi le son desconocidos, tomando á su cargo el convertirlos al cristianismo? Despues de haber visitado á Roma y á Venecia en 1541, fué cuando el infatigable misionero dió principio á su trabajosa peregrinacion. Revestido del título de nuncio apostólico, iba á renunciar á su alto encargo, por cuanto el obispo de Goa, se oponia á que usase de semejante título, pero allanadas las dificultades á su favor, acepta la empresa, y da principio á la grande obra. No es solo en la capital de las Indias en donde la voz reformadora de Javier se hace oír, los opulentos habitantes de Ceylan, las miserables tribus de la Pechería, en que se habian multiplicado los desgraciados *parias*, en los cuales es necesario reconocer una raza degradada, los cristianos extraviados de Meliapor lo ven sucesivamente aparecer, y en todos estos países su predicacion es la mas fecunda, mas allá de lo que pueden prometerse las mas lisonjeras esperanzas. Por todas partes, segun se vé en sus mismas cartas, tiene presente en su imaginacion el lugar en que vivió cuando oia religiosamente las lecciones de enseñanza de la Universidad de Paris, y en tanto grado, que hay ocasiones en que el santo misionero, rodeado de la admiracion y respeto que le prodigan tantos pueblos, se entrega á suspirar por su pobre habitacion de estudiante; quisiera volver á ver por algunos instantes á aquellos doctores celebrados, cuyas palabras retumban todavia en sus oídos, para entregar á sus predicaciones los imperios del Oriente. Se detiene, sin embargo, por que sus dias son contados; tiene noticia de que ya se ha fundado á pocas leguas de Goa el religioso convento de san Pablo, en donde se ven reunidos, Canarinos, habitantes del Dekkhan, Malabares, Chingulayos, Bengaleses, Peguanos, Malayos, Javanos, Chinos y hasta Abisinios, reunion poliglota, si es permitido valerse de esta espresion, de donde saldrán millares de misio-

neros en pingüe cuesta de almas. En el colejo no están todavía representados todos los países, ó algunos lo están apenas, pues bien; el P. Maestro Francisco, que es como se le llamaba entónces, salia desalado á buscarlos, arrostrando los peligros de las mas difíciles navegaciones. En Malaca la mision del P. Navarro no solo es religiosa, sino tambien militar y política, tratándose de derrocar el poder del rey de Achem. Igual carácter tienen sus misiones de Ternate, de Tidore, de las fecundas islas que forman el archipiélago de las Molucas, cuyos pormenores ha descrito con tanta destreza Galvano al bosquejar su precioso cuadro. No hay nada que pinte mas al vivo la prodijiosa influencia que san Francisco Javier ejercia sobre aquellos terribles soldados de la India portuguesa, catequizados y moralizados por él mismo, que la famosa batalla dada en 1546, á las fuerzas reunidas del rey de Achem, cerca los muros de Malaca. Al principiarse la accion, el almirante portugués D. Francisco de Eza, recordó á sus tropas lo que podian prometerse de la presencia del misionero. La corta alocucion que nos han conservado los historiadores pinta admirablemente el espíritu en que estaba imbuido el ejército, y sobre todo la influencia del religioso. «Está orando gritó el almirante. Ya sabeis lo que valen sus oraciones, sus lágrimas y su alma; es el hierro, es el fuego, es la muerte que acabará con nuestros enemigos». Empeñóse la accion, y al cabo de pocas horas los infinitos navíos del soberano de Achem quedan completamente derrotados, con muerte de cuatro mil hombres de sus mejores tropas, siendo la única pérdida de los Portugueses cuatro solos hombres. Después de esta prodijiosa victoria, fué cuando se vieron principiarse las memorables misiones del Japon que pusieron en comunicacion con la Europa tantas regiones desconocidas hasta entónces. En el momento en que la flota de Malaca estaba á punto de hacerse á la vela para las costas de Malabar, presentóse por primera vez á Javier un Japonés, á quien Juan

de Lucena llama Anjero. Este primer catecúmeno, conducido casi milagrosamente á Malaca, pertenecia á una familia distinguida y se hallaba dotado de una inteligencia poco comun; siguió al apóstol á Cochín y á Goa y se inició rápidamente en las lenguas y hasta en los conocimientos europeos. Bajo el nombre de *Paulo de santa Fe*, permaneció entre los Portugueses, dándoles conocimientos exactos acerca de aquellas ricas comarcas, los cuales fueron los primeros que pudieron reunirse (1), desde los oscuros tiempos en que Marco Polo pintaba su magnificencia, describiendo á Cimpango.

Por curiosa que sea la historia de las misiones del Japon, no se halla sino muy secundariamente enlazada con nuestro asunto. Sin embargo, después que Francisco Javier hubo visitado de nuevo á Goa, se dirigió con Pablo de santa Fe á la ciudad de Coguxima, de donde era natural su primer catecúmeno y esta fué el teatro de sus primeras predicaciones. Apesar de las preciosas traducciones de la doctrina cristiana, que habian sido curiosamente trabajadas por el Japonés convertido, la mision no fué muy fecunda en un principio; lo fué mas, cuando el apóstol de las Indias, penetrando mejor el jenio y carácter de aquellos pueblos, los logró imponer, en su segundo viaje, con la magnificencia del culto cristiano y con el lujo de los ornamentos sacerdotales. Aquellos agrestes sectarios del budhismo no eran bastante conquista para satisfacer el ardor del santo misionero; queria conquistar religiosamente el vasto imperio de donde recibian sus doctrinas y civilizacion; en una palabra, el intento de Javier se remontaba á querer convertir el imperio de la China.

(1) En 1542 unos comerciantes portugueses habian sido arrojados hacia las islas del Japon por una de aquellas terribles tempestades conocidas con el nombre de Tifón. Galvano y Juan de Lucena nos han conservado algunas noticias sobre este particular; estos exploradores que fueron los primeros, eran tres, llamados Antonio de Mota, Francisco Zaimoto, y Antonio Peixoto. Se encaminaban á la China desde Siam, cuando descargó la tempestad.

Pero allí debieron detenerse los inmensos trabajos del apóstol. Fernando Mendez Pinto, este curioso viajero, tan exacto por lo jeneral, y tan injustamente calumniado por los escritores del siglo pasado, es el que da cuenta de los disgustos que tuvo que sufrir Francisco Javier durante los últimos días que pasó en medio de los pueblos orientales. Rechazado definitivamente de la China, murió en Sancian en 1552 y quedó allí mismo enterrado, pero pronto fué exhumado de la humilde tumba en que se le había sepultado y sus restos mortales fueron conducidos á la catedral de Goa, y al cabo de algunos meses fué su traslación el objeto de una pompa solemne, cuya magnificencia inaudita contrastaba singularmente con las costumbres de ríjida pobreza que el apóstol había conservado siempre.

Puede decirse que Francisco Javier fué el fundador de las lejanas misiones que tan viva admiración escitaron en el siglo XVII. Cuando se lee con atención el curioso libro de Juan de Lucena, de cuyo libro ni siquiera se hace mención en la biografía universal (1), se advierte que la imajinación activa del apóstol había provisto con admirable anticipación á todas las necesidades espirituales del oriente. Puede verdaderamente sucitarse mas de una duda acerca del prodijioso número de convertidos por el santo, en Ceilan, en santo Tomé, y en la costa de Pechería, pero ninguno, acerca de la pureza y sinceridad de su ardiente celo. Los sucesores del ardiente misionero navarro fueron innumerables; el libro, que tan detalladamente trabajó Cardoso, confirma, con mil datos ignorados, todo cuanto dicen Barros y Lucena. Los

religiosos viajeros que Portugal enviaba casi todos los años, llegaron á mayores distancias que los soldados de los Albuquerque y Juanes de Castro. Las costas de Guinea y de Congo, los desiertos de Monomotapa, las ignoradas soledades de Mato-Groso y de Pará, los vieron tan desalados, en conquista de almas, como los florecientes imperios del mar Rojo, del Hindostan y de la China. Desde 1506, como se ha visto, Madagascar había sido visitado por Fernando Soares, el cual le dió el nombre de san Lorenzo. Esta isla que escita en el día, con justo título, dice el texto que traducimos, el interés de la Francia, cuyos inmensos recursos no puede tardar en darnos á conocer Mr. de Frokerville, fué científicamente explorada en otro tiempo por los misioneros portugueses. Un precioso mapa publicado por Mr. de Laverdant al fin de su interesante obra, confirma en el día la realidad de los conocimientos jeográficos que se han obtenido últimamente, acerca del interior de la isla, y se descubre cuan incompletas eran. Antes del entendido é intrépido Hacourt, los Portugueses habían tal vez emprendido el explorar algunas de estas tierras desconocidas, que tan fecundas debían ser á la ciencia, y tan favorables al impulso industrial. Todo lo que tiene relación con la isla de san Lorenzo, ó si se prefiere, con Madagascar, tiene en el día tan grande interés para la Francia, que no podemos dejar de mencionar la obra todavía manuscrita de Paulo Rodriguez de Acosta. Este sabio había sido elegido por el virey de Indias, D. Gerónimo Acevedo, para informarse detalladamente de la estadística completa de esta célebre isla. Paulo Rodriguez debía informarse de si quedaban en ella todavía algunos vestigios de la antigua ocupación portuguesa. El viajero por tanto salió en calidad de capitán de una carabela, y llegó á Madagascar á mediados de abril de 1613. Verificó sus investigaciones con el mayor esmero; el viaje no fué enteramente inútil para las ciencias, y hace observar muy oportunamente la Biblioteca lusitana, que Faria y

(1) Damos aquí cuenta de este precioso manuscrito: *Histeria da vida do Padre Francisco Javier, composta pelo padre João de Lucena*. Lisboa, 1600, 1 vol. en fol. La lectura de esta obra, verdaderamente clásica por su estilo, habría evitado mas de un error ó omisión, al venerable autor del artículo de la Biografía, el cual, por ejemplo, refiere, que los restos del santo fueron transportados á Meaco en el Japon, siendo así, que el primer punto á donde fueron trasladados fué á Malaca.

Sousa da estensas noticias acerca de este viaje (1).

MARINOS, HÉROES POPULARES DEL TIEMPO DE JUAN III. — AVENTUREROS CÉLEBRES.

Este capítulo podría ser muy extenso si se hubiesen de nombrar solamente todos los atrevidos navegantes, todos los bizarros guerreros, todos los aventureros célebres que han venido á quedar ignorados, por que no todos pueden aspirar á tener cabida en los relatos de una historia, aunque Barros, Castañeda, Goes y Couto nos han trasmitido fielmente sus nombres. Los trabajos y empresas que han hecho casi populares los nombres de Fernandez Mendez Pinto, Manuel de Sepulveda y la sensible Liaoor, Manuel Serrano, y su heroico sacrificio, Suarez Ribeiro, y su singular salida del reino del Pegú, son demasiado conocidos, para que debiesen consignarse todos en un solo párrafo destinado á dar cuenta de algunos personajes que podrán satisfacer con mas motivo el deseo de los curiosos. Empezaremos por uno de estos héroes olvidados, como lo fueron los mas en la época que precedió á Juan de Castro.

DIEGO BOTELLO PEREIRA.

Natural de las Indias orientales, é hijo de un capitan de Cochín, su destino fué el correr aquellas aventuras que eran propias del carácter y espíritu del siglo XVI. Hábil marino, buen jeógrafo, acreditado en el ejército como uno de los mejores soldados de la India, pasó á Portugal en tiempo de Juan III. Introducido en la corte llegó á obtener el destino de gentil hombre, pero no pudo conseguir el de capitan de la ciudad de Chaul que era el que él solicitaba. Algunas espresiones poco meditadas, odios particulares, persuadieron al rey, que Botello era traidor á Portugal por favorecer los intereses de la

Francia, y fué desterrado á las Indias, saliendo para dichos países con la flota de Martin Alfonso de Sousa, que partió en 1534, y logró una travesía bastante rápida por la época. Habiendo llegado á Indias, vivia sumamente agitado por el anhelo de justificarse á los ojos de Juan III, y á este fin escogió un medio, dice Barbosa, que parecia deber burlar las fuerzas del corazon mas intrépido.

Conociendo cuanta seria la satisfacción que recibiria Juan III al saber que Nuño de Acuña habia conseguido levantar la fortaleza de Diu, por ser esta la llave del comercio de la Arabia y de la Persia, así como el baluarte que podia oponerse al rey de Cambaya, mandó fabricar en Cochín una barca de veinte y dos palmos de larga sobre doce de ancha, y solo seis de profundidad, y acompañado de cinco portugueses solamente, con dos ó tres esclavos, se atrevió á entregarse al furor de los mares, haciéndose á la vela desde el puerto de Dabul. Despues de haber doblado el cabo de Buena Esperanza el 1.º de noviembre de 1536, se vió espuesto á los mas terribles peligros. Atormentados de una hambre espantosa, sus compañeros exasperados quisieron darle muerte, para devorarlo en seguida. En este conflicto recibió una herida en la cabeza, pero pudo hacerse superior á los conjurados. Los esfuerzos que habia hecho durante la refriega fueron tan violentos, y sus gritos para superar los de los asesinos tan extraordinarios, en medio del horror de una tempestad, que quedó mudo por algunos dias. Salvado de este peligro, tuvo que dirigir la embarcacion valiéndose de signos. Triunfando al fin de todos los contratiempos, llegó delante de Lisboa por mayo de 1536 (digo de 1537). Informado de que el rey se hallaba á la sazón en Almeirim, prosiguió su viaje subiendo el Tajo hasta Salvatierra. Puesto á presencia del soberano, le dió conocimiento con la emocion mas viva del objeto de su viaje, y en pocas palabras le probó, que si hubiese sido traidor al país, como habian supuesto sus detractores, pudiera haber confiado los pla-

(1) (Tom. 3. cap. 13. páj.) Rodriguez de Acosta escribió una larga relacion de su viaje, en un tomo en folio. Esta obra existia aun en la biblioteca del marqués de Abrantes, el siglo pasado.

nos de la nueva ciudadela al rey de Francia. Juan III le confirió en recompensa la capitanía de san Tomé, desde la cual pasó después á la de Cananor. Tal es la relacion compendiada de Barbosa Machado. Añadiremos solamente, que está llena de horribles escenas, ocurridas en esta temeraria navegacion sobre las cuales corríamos adrede un espeso velo, aunque no han dejado de inspirar á un poeta portugués de este siglo.

PERO GALLEGO.

Contemporáneo del anterior, es el prototipo de los héroes populares, cuyo nombre no olvida jamás una nacion, cuando ha dado materia á las leyendas fabulosas, pero Pero Gallego es un personaje real y efectivo del tiempo de Juan III. Por los años 1546 no se hablaba de otra cosa, en Viana de Miño, sino de un jóven que pertenecía á una de las familias mas nobles del país, porque se suponía que no tenía segundo en la esgrima y en los demás ejercicios del cuerpo. Pero Gallego, que era el sujeto de quien se hablaba, era maestro de armas con su título correspondiente; y cuando hubo reunido un número suficiente de amigos íntimos los reunió un día, y les dijo: *que la fortuna solia enamorarse de los que sabian buscarla, y que todo bien mirado, una embarcacion no ofrecia un gasto tan considerable que no se pudiese intentar el satisfacerse las ganas de recorrer las costas de España.* El discurso lacónico de Pero Gallego fué fácilmente penetrado por sus oyentes, y á los pocos días quedó ajustada una carabela, cuyo importe se satisfizo á gastos comunes. Armóse la con cuatro cañones de hierro, y sin dar cuenta á parientes ni á amigos. una mañana, cuando menos nadie podía imaginarlo, nuestra caravana se hizo á la vela. En aquella época, tan fecunda en incidentes inesperados, los aventureros en cuestion no volvian cara á los que iban á provocarlos. El primer buque con quien tropezó nuestra jente pertenecía á los Berberiscos. Pero Gallego se apoderó de él, lo vendió, y empezó á formarse un partido en los Al-

garves, de tanto prestigio, como el que tenía en su patria. Por abreviar, corrió los mares de levante durante tres años, saliendo vencedor de todos los encuentros. Conducía inmensas riquezas, cuando una tempestad lo forzó á entrar en la bahía de Cádiz, en donde le ocurrió una aventura que debia coronar la fama de todos sus hechos. El famoso almirante español, Pedro Navarro, se hallaba en aquel momento en el puerto, con la escuadra que estaba á sus órdenes. El héroe verdaderamente novelesco, Pero Gallego, con sus hamos de hombre rico y á quien nadie á pasado la mano por la cara, no hace mucho caso de aquel distinguido marino, sino que entra por la bahía con su bandera en lo alto del palo. El almirante español, tomando por insulto lo que tal vez no era mas que un efecto de ignorancia de las leyes militares marítimas, manda una orden á los Portugueses para que abatan su bandera, pero la orden no es obedecida. El mismo almirante monta una galera para apoyar con la fuerza la disposicion que habia sido escarnecida. Pero Gallego, como puede creerse, no era hombre que debiese intimidarse á presencia del cañon, así que, sin mas cumplimientos descarga una ayardada, mata á un sin número de Españoles, y hace frente á toda una flota real. Pero Pero Gallego afortunadamente es tenido por un loco: se le permite con prudente acuerdo que salga del puerto, y entónces toma el rumbo para Viana, en donde es proclamado el tipo glorioso de los marineros por sus compatriotas. El gobierno español no podia disimular tamaña insolencia, por lo que dirigió sus reclamaciones á la corte portuguesa, pero el gobierno de Juan III, aparentando tomarlas en toda consideracion, dejó que Pero Gallego disfrutase tranquilamente de la famosa nombradía que se habia conciliado. En el día Pero Gallego no es conocido de nadie.

SALVADOR RIVEIRO REY DEL PEGU.

Treinta años despues tuvo lugar un hecho no menos extraordinario

en las rejiones del otro lado del Gánjes. Salvador Ribeiro se concilió un prodigioso renombre entre los pueblos del Pegú, y rehusó gobernarlos. No era esta la vez primera que un capitán atrevido se habia visto en el caso de ser aclamado soberano en una de estas islas fecundas, subyugadas por las flotas de las Indias. Antonio Galvano habia rehusado la corona de Fernate, á principios del siglo XVI, pero tratábase ahora de un vasto imperio, cuyo inmenso poder capaz mas adelante de oponer resistencia á los Ingleses, era desconocido á los Portugueses. Por los años 1560 Salvador Ribeiro, gracias á su impertérrito valor, habia logrado levantar una fortaleza en el reino del Pegú, y con solos treinta Portugueses y tres embarcaciones, hizo frente á toda una flota en que iban seis mil musulmanes. Salió vencedor y pronto volvió á renovar iguales proezas. Los Peguanos, después de estas dos victorias brillantes, eligieron á este atrevido soldado por su rey, y lo coronaron con el antiguo ceremonial que se estilaba en aquellos países. Los reyes de las comarcas vecinas le enviaron embajadores, pero alarmando este naciente poder al representante de la metrópoli, por verlo elevarse al lado del poder de los vi-reyes, bastó una orden de Aires de Saldaña, que mandaba en Indias en 1600, para que el nuevo monarca abandonase su reino y volviese á entrar en el rango de súbdito de Portugal.

ANGO EL NAVEGANTE NORMANDO. —
TRADICION QUE SE LE REFIERE.

No es posible acometer este período glorioso, sin nombrar por lo menos al célebre navegante normando que tantos recuerdos todavía presentes ha dejado á su patria. Debemos sin embargo confesar, que mas bien obedecemos al embelezco de los recuerdos que nos ha transmitido una tradicion popular, que no escribimos con presencia de documentos incontestables; y si reproducimos con deferencia un relato que hace honor al antiguo marino francés, nos vemos obligados á manifestar,

que los escritores mas dignos de fe- tales como Juan de Barros y Damian de Goes, se callan acerca de las hazañas atribuidas al rico corsario de Normandía, aunque sea extranjero. Igual conducta observan los autores menos remontados, amigos de anécdotas particulares, así como los poetas populares, dispuestos siempre á hacer alusion á los acontecimientos extraordinarios, como García de Resende y Gil Vicente, que tampoco hacen siquiera mencion de este atrevido incendiario de embarcaciones, el cual, segun se pretende, no habria temido arrostrar la vijilante marina del rey D. Manuel, debajo de las murallas mismas de Lisboa, obligando á que el monarca entrase á tratar directamente con él. Como quiera de lo que puede haber sido, espondrémos aquí los principales hechos que se atribuyen al navegante normando, para lo cual nos valdrémos del erudito historiógrafo de la ciudad de Dieppe.

«Ango (era el mas rico comerciante de Dieppe) no hacia el comercio con pequeñas expediciones de dos ó tres velas, sino con flotas formales: siempre tenia en el mar quince ó veinte buques armados. El destino que regularmente daba á sus expediciones eran las islas Molucas, y como los Españoles, los Flamencos y principalmente los Portugueses, disputaban el paso á sus buques, cada viaje daba ocasion á dos ó tres combates, de los cuales salia casi siempre vencedor.

«En cierta ocasion aconteció que uno de sus navíos, arrastrado por el viento á considerable distancia de la flota de que hacia parte, fué hallado por una escuadra portuguesa, que le hizo tan horroroso fuego que la tripulacion fué muerta, y el buque con sus mercancías conducido en triunfo á Lisboa. Furioso Ango con este suceso, sin entrar en reflexion de que Portugal se hallaba en paz con Francia, jura vengarse del ultraje. Manda por tanto equipar diez grandes buques que tenia entonces en el puerto, los hace seguir por otros siete u ocho de menos porte, y á su tripulacion ordinaria aña-

de ochocientos voluntarios, jente resuelta, á la cual alistó espresamente para hacer desembarcos sobre las riveras del Tajo, y con el proyecto de asolar la costa de Portugal.

« Sus disposiciones fueron tan bien ejecutadas, que Lisboa se vió inundada de terror. El incendio de muchas villas de la costa, y la captura de muchas embarcaciones del Tajo, y de otras procedentes de la India, hicieron creer que era el rey de Francia, y no uno de sus súbditos, quien causaba tan grandes estragos. En consecuencia, el rey de Portugal despachó con suma premura á dos de sus consejeros, para pedir cuenta al monarca francés de semejante violacion de la paz. Francisco I les respondió: « Señores yo no soy el que os hago la guerra: id á encontrar á Ango y arreglaos con él. » Los dos diputados salieron para Dieppe. Ango, que se hallaba entonces en Varengeville, (en donde se habia mandado construir una magnífica quinta cuyas ruinas todavía existen), los hizo venir á su hacienda, en donde los recibió con su magnificencia acostumbrada. Las tradiciones varían en esto, porque segun los unos les dirijió discursos bastante groseros, tratándolos poco cortesmente, y segun otros, por consideracion á su rey, que acababa de hacerle el honor de enviárselos, les encargó solamente que en adelante tuviesen á bien respetar el pabellon francés, y les prometió que sin tardanza mandaria salir uno de sus barcos mas veleros para retirar la flota. Es necesario aquí entrar en algunas esplicaciones para conciliar en cierto modo la tradicion, con lo que cuentan los Portugueses.

Juan Ango fué, sin duda alguna, un personaje notable, lo mismo que el valiente Parmentier, cuya historia nos ha dado hace poco Mr. Estancelin, y como Pregent, Bidoulx, Primégnet y Paulin, cuyas empresas ha descrito recientemente Mr. Leon Guérin; pero Juan Ango tuvo mas atrevimiento y mejor suerte que todos estos; ó mas bien, conforme lo atestiguan relaciones justificativas, en las luchas lejanas que se entabla-

ron entre este y Portugal, vino á hacerse un enemigo incómodo, un corsario temible. Pero desde esta suposicion hasta el inmenso poder que se le atribuye, no deja de haber considerable distancia; pero como lo primero se deduce de documentos auténticos que tenemos á la vista, no es posible negar á la tradicion la parte que de ellos mismos se infiere. De todos modos, las proezas de Juan Ango no corresponderian al reinado de D. Manuel, sino al de Juan III. Segun lo ha notado Leon Guérin en su historia marítima de Francia, el único documento que pueda dar cierta autoridad á la tradicion que nos ocupa, es el despacho de represalias (*lettre de marque*) que Francisco I espidió el 27 de julio de 1530 (1), por el cual concede á Juan Ango el derecho de hacer buena presa de los bienes de los Portugueses de quiera que pueda hacerla, para que pueda indemnizarse de las aprehensiones que á él se le han hecho por aquellos, concediendo no obstante, á estos, el término de tres meses para proceder á la restitution (2). Debe añadirse con todo, que la tradicion relativa á la embajada se desvanece de todo punto, así que se atiende con alguna detencion á los documentos diplomáticos. En efecto por otra carta de Juan III de 2 de agosto de 1544, este monarca previene á su embajador en la corte de Francia, proceda á declarar de su parte á Francisco I, que si no dispone que los despachos de represalias concedidos á Juan de Ango no se recojen inmediatamente, se verá en el caso de retirarse. Fernando Alvarez Cabral habia recibido órdenes espresas para verificar lo prevenido, y parece que Juan III dió tal importancia á este acontecimiento, que previene á Domingo Leitao que se quede en Paris, para que pueda informarlo de los sucesos que fuesen sobreviniendo, en caso de que su embajador se ausentase de la corte.

(1) Y no el 22 de marzo, como dice el citado autor en su interesante obra.

(2) Véase el *Cuadro elemental*, tom. 3 pág. 237.

Por lo demás, las fechas se hallan tan inexactamente citadas en la historia de este atrevido navegante, á quien Francisco I hizo vizconde, y capitán comandante de la ciudad de Dieppe, que es demasiado interesante y curioso para nuestros propios anales, dice el autor que traducimos, para dejar sin sentar debidamente ciertos hechos, vagamente divulgados por la tradición. Si el desembarco de las fuerzas de Juan Anjo en Portugal presenta alguna duda, no sucede así respecto de las demás hazañas que se le atribuyen; y la colección á que hemos acudido á menudo, no nos permite dudar acerca de lo indicado. En primer lugar, por una carta de D. Antonio de Ataíde, de fecha 18 de agosto de 1531, se tiene la certidumbre de que Juan Anjo armaba cuatro navíos para dirigirse á Guinea y costa de Malagüeta. Se ve en seguida que el almirante francés se oponía á sus exploraciones á mano armada, y que le prohibía la navegación de los mares del Brasil, entendiéndose comprendidas en esta orden todas las posesiones sometidas á Portugal. Necesario era por consiguiente que el intrépido ciudadano de Dieppe hubiese adquirido una consideración extraordinaria, puesto que Juan III escribía á Francisco I, que según le informaba Juan Vaz, en varios puertos de Normandía se estaban armando veinte y cinco ó treinta buques para unirse á los de Juan Anjo, sin contar con los que este había armado. Suponiendo que la tradición del bloqueo de Lisboa descansa en algún hecho positivo, debió verificarse entre 1531 y 1532. Debe añadirse, que en octubre de 1531, los cuatro navíos de Juan Anjo habían salido, y que un piloto portugués, llamado Juan Alfonso, había tomado el mando de uno de ellos para dirigirse á la costa de Guinea, todo lo cual, conforme deja comprenderse, demuestra que no hay nada que quede positivamente confirmado en la relación arriba espuesta.

MUERTE DE JUAN III.

Fué este príncipe tan amigo de la

paz, que solía decir, que las ventajas de una victoria nunca podían borrar la pérdida causada por una guerra, y con todo esto, su reinado ofrece una serie no interrumpida de sitios memorables y de batallas célebres, que no solo ensangrentaron la India y el Africa, sino mucha parte del nuevo mundo. Esto no obstante supo mantener en Portugal la paz que tanto preconizaba y bajo su gobierno el país llegó á tal grado de prosperidad, que los autores portugueses no cesan de encomiarlo. Debiéronse admirables instituciones. Dió un grado de actividad al movimiento intelectual de sus pueblos, que ninguna nación lo ha sabido apreciar suficientemente, pero que por esto no dejó de ser mas positivo. Sinceramente devoto, reformó el clero regular, pero tuvo la fatalidad de someterse casi con los ojos cerrados á la ambiciosa voluntad de los jesuitas. Si fué él quien reedificó el magnífico acueducto de Lisboa, el que continuó los admirables trabajos del convento de Belen, tambien fué el que fulminó las órdenes inhumanas para que se destruyesen los monumentos religiosos de los Indios. Atribúyesele la erección de infinitad de edificios de utilidad pública, tales como la aduana, las llamadas *tercenas*, los almacenes de marina, pero todo esto no puede borrar de la memoria, que bajo su reinado se construyó tambien el siniestro palacio de la inquisición, y que en el mismo, tuvieron principio los sanguinarios procedimientos del santo oficio, sin que por esto perdiese el afecto de su fanatizado pueblo.

Juan III murió en Lisboa el 11 de julio de 1557, de edad de cincuenta y cinco años, despues de treinta y cinco de reinado. Se cuenta que queriendo un predicador anunciar su muerte al auditorio, empezó á hablar, pero inmediatamente fué interrumpido por los clamores dolorosos de la multitud, y no pudo continuar. Luis Camoens se hallaba todavia en la India cuando llegó allá la triste nueva. Juan III no había pensado jamás en estimular al poeta con nin-

guna clase de recompensa, antes al contrario, en el reinado de este príncipe fué cuando se le desterró y aunque el poeta tenía sobrados motivos para no prodigar sus elogios, en cuya adjudicación nunca se escedió este jenio independiente, sin embargo dedicó un epitafio á la memoria del difunto monarca, que por haber quedado mucho tiempo oscurecido sin que se grabase en la tumba del príncipe que está en Belen, no deja de ser el mas pomposo elogio que pudiese hacerse del rey. Dice así:

«¿Quién yace en este gran sepulcro? ¿Quién es aquel cuyo recuerdo nos dispierta la señal ilustre de este robusto escudo? Nada: porque á esto vienen á parar todas las cosas: pero en otro tiempo fué un sér que todo lo tuvo, y todo lo pudo.

«Fué rey y obró como debe obrar un rey. Su desvelo fué tan grande en la paz como en la guerra. Tanto como pesó sobre el moro inculto, tanto le es ahora lijera la tierra que lo cubre.

«¿Es Alejandro? No: mas se aprecia á los que saben conservar, que á los que se emplean en destruir, dominados por el espíritu de conquista. ¿Seria Adriano, aquel poderoso dominador del mundo?

«Fué el mas exacto observador de las leyes de lo alto. ¿Seria pues Numa? No: sino Juan III de Portugal, como el cual no se conocerá segundó.»

En efecto: nada en adelante debia hallarse en los anales del país, que pudiese compararse al reinado de este monarca.

REINADO DE D. SEBASTIAN,

Dos nombres hay en la historia de Portugal dignos de conservarse fuera del olvido: el D. Manuel, y el de D. Sebastian: el primero, porque espresa el mas elevado período de gloria que alcanzó la nacion portuguesa, y el segundo, porque anuncia una estrepitosa caída, y tal vez tambien porque se encuentra rodeado de tan románticas circunstancias, que la imaginacion se complace en escrutar las maravillosas aventuras, de las cuales, nunca se ha lle-

gado, para muchas jentes, á la última esplicacion. Pero por lo mismo que el período histórico en que vivió D. Sebastian escitó vivamente las imaginaciones, y por que la realidad de los hechos se va insensiblemente oscureciendo por un cúmulo de relatos fabulosos, procuraremos separar en pocas palabras la realidad de esta curiosa biografía, de los hechos inexactos, ó si se quiere, de las inverosimilitudes con que se la ha alterado (1).

D. Sebastian, nieto de Juan III, habia nacido en Lisboa el 20 de enero de 1554, esto es, en la época en que la fortuna de los Portugueses empezaba á decaer en las Indias y en Malaca. Cuando este príncipe, tan deseado vino al mundo, su padre, el infante D. Juan, habia muerto pocos dias antes. Su madre D. Juana, hija de Carlos quinto, lo dió á luz en medio del luto universal (2).

Lo maravilloso que caracteriza los últimos años del jóven príncipe tiene íntima conexión con su persona, aun antes de ver la luz. Una leyenda que han reproducido varios cronistas, espresa, que una mujer misteriosa, vestida de negro como se estilaba en tiempo de Juan II, se apareció á la infanta D. Juana, y le dió á entender por una seña muda que el brillante destino del reino iba á tener un fin siniestro. Otra leyenda reproducida tambien por los historiados-

(1) Manifestaremos aquí, que en los anales de Portugal, no se encuentra ningun reinado tan curioso y esmeradamente examinado, como el del sucesor de Juan III. El número de escritores que dan cuenta de la malhadada catástrofe de Alcazar-kebir es verdaderamente prodijioso y el biógrafo portugués por excelencia, Barbosa Machado, dedicó cuatro abultados volúmenes en 4.^o á la efimera administracion del jóven monarca, sin concluir su tarea. Esta obra se titula: *Memorias para a historia de Portugal que comprehendem o governo del rey, aprovadas pela academia real da Historia Portugueza, escritas por Diego Barbosa Machado, abade da Igreja de Santo Adrião de Sever*. Lisboa 1736-1751. En el frontispicio lleva un buen retrato grabado por Debríe.

(2) Esta princesa casó con el hijo de Juan III, mediante poderes, el 11 de enero de 1552, y no hizo su entrada en Portugal hasta fines de noviembre del mismo año.

res de la misma época dice, que así que la infanta hubo salido de peligro, creyó ver una rueda de hombres fantásticos ó infernales en trajes morunos. Muchos individuos de la servidumbre dijeron haber visto á los espíritus infernales como bailaban en uno de los patios del palacio.

En realidad no había nada que pudiese sujerir la menor sospecha de los terribles acontecimientos de este reinado. Es verdad que precedió una rejeñcia, porque Juan III murió tres años después del nacimiento de su nieto, pero la reina Carolina había tomado la dirección de los negocios, y el íntegro Alejo de Meneses se había encargado de la educación del joven príncipe. No hay duda que personas de tan distinguido mérito inspiraban la mayor confianza para el porvenir. No es fácil hallar en la historia una mujer de un talento mas elevado y firme que el que distinguía á la viuda de Juan III. Todos los historiadores se ponen de acuerdo para elojiar la nobleza de corazón y los conocimientos del ayo de D. Sebastian. Así es, que á pesar de todas las dificultades, los dos personajes á quienes se había confiado la felicidad de una nación jenerosa, llenaron sus deberes hasta donde era permitido esperar de sus grandes dotes. Doña Catalina obró siempre con ánimo firme y recto y en beneficio de sus pueblos; resignóse varonilmente á soportar todos los sinsabores con que quiso mortificarle una facción turbulenta, y no se apartó de la dirección de los negocios, hasta el momento en que pudo cerciorarse de que una resistencia mas larga no era ya posible. Tal fué la conducta de la reina. Los deberes del institutor no fueron menos cumplidos. D. Sebastian fué educado en el amor de sus pueblos, y hasta llevó á un cierto grado de fanatismo su admiración por las glorias de su patria. Pocos príncipes de su tiempo podían comparársele por lo que hace á la variedad y estension de conocimientos. Los escritos que ha dejado son una prueba evidente de esta asercion: pruébanlo igualmente al-

gunos de sus proyectos (1) que reclamaban conocimientos positivos para la ejecución. El célebre Pedro Núñez había sido su maestro de matemáticas, conforme lo ha probado Cándido Javier. Sabia además las lenguas clásicas, y no hay duda que estaba versado en la historia de las grandes naciones. El testimonio de los escritores contemporáneos es unánime, cuando se trata de sus calidades privadas, y puede decirse que llevaba algunas virtudes hasta cierto grado de admiración (2). ¿Qué causa fatal pudo ocasionar que tan laudables antecedentes tuviesen un resultado completamente diverso del que podía esperarse? ¿Qué desgraciadas circunstancias hicieron que las mas nobles tendencias se dejasen contajiar por un sistema odioso, y viniesen á constituirse en verdaderas causas de funesta ruina? Antes de dar cuenta de los estravíos del joven monarca, los historiadores citan dos nombres ominosos para contestar á aquellas preguntas: Martin Gonzalves de Cámara, y el P. Luis del mismo apellido, hermano del anterior; y al mismo tiempo espresan que estos dos altos consejeros pertenecian á la órden de los Jesuitas. El segundo era el confesor del rey.

A instancias de estos dos astutos

(1) Tal entre otros era el de reformar los pesos y medidas. Si un acontecimiento fatal no hubiese aplazado la ejecución para otra época, aunque no dejó de principiarse, Portugal gozaria en el día de un sistema uniforme, cuyo plan escita una admiración involuntaria, particularmente si se toma en cuenta la época en que se concibió. Sobre este asunto consúltese el excelente artículo que se le refiere de los *Annaes das sciencias e artes*.

(2) Era tal la intachable pureza de sus costumbres interiores, que los historiadores no se sacian de ponderarlas. No se conoce mas pasión en Don Sebastian que la de la gloria; porque es imposible admitir como verdad incontestable, lo que se cuenta acerca de la monja á quien iba á visitar misteriosamente, y por la cual emprendia secretas y peligrosas expediciones nocturnas. No se conoce historiador alguno, digno de este nombre, que presente indicios claros acerca de esta bella desconocida, la cual pintan otros como la niña Ejeria á quien igualmente visitaba Numa. Semjantes relatos, todos inverosímiles, no descausan en ningun testimonio positivo.

cortesanos, á la edad de catorce años, reclamó Sebastian los derechos que le correspondían por su nacimiento, y el 20 de enero de 1568 entró en posesión de la corona. Dos años después, influido siempre por los mismos consejeros, alejó de su lado al hombre virtuoso y severo que lo había educado, á D. Alejo de Meneses, el cual, al tiempo de separarse del monarca, le suplicó, según se cuenta, que desistiese de la ejecución de ciertas medidas en que su réjio discípulo se hallaba empeñado: desconfiaba seguramente de aquella alma fogosa de cuya dirección iba á quedar privado para siempre. Los dos solapados consejeros del incauto príncipe probaron al noble Meneses, que lo que tenía que temer el país era otro peligro mayor que la fogosidad del príncipe.

Con los años, y á fuerza de pérfidas insinuaciones, aquel elevado espíritu, cuya rectitud se había pervertido, había concebido proyectos, á presencia de los cuales se alarmaban los hombres mas bizarros y esperimentados de la antigua corte. Apenas salido de la adolescencia, empezó á soñar en una nueva cruzada, en una expedición mas decisiva que la de Juan I, y mas brillante que la de Alfonso V. Por vía de preludios para esta guerra de Africa, se entregaba á cursos aventurados y muy peligrosos en el Tajo, y mas de una vez la débil barca con la cual se abandonaba á la impetuosa corriente del río, hecha juguete de la tempestad, se estrelló contra las rocas. Finalmente, como dice Manuel de Faria, todas sus acciones se convertían en otros tantos vaticinios de su mala ventura (1).

PRIMERA ESPEDICION A AFRICA EN 1574.

D. Sebastian había llegado demasiado temprano á la edad en que podía poner en ejecución los proyectos

que estaban fermentando en su cabeza ardiente, y apenas tenía veinte años, cuando resolvió efectuar un desembarco en Africa. Pero esta primera expedición, emprendida, por decirlo así, sin intervencion ni conocimiento de los que podían indicar sus inconvenientes, se redujo á un simple paseo á lo largo de la costa, una especie de incursión por las cercanías de Tánger (1). Los Musulmanes se limitaron á vijilar los movimientos de un enemigo, cuyo intento desembarco no ignoraban, pero en cuya locura no ponían crédito. Una carta del mismo D. Sebastian que nos ha sido conservada por Barbosa Machado, refiere los incidentes que señalaron esta llamarada (2); no la analizaremos, pero sí es un testimonio de prudencia de parte del monarca, por lo menos confirma su audacia caballeresca, y prueba hasta la evidencia, que la ciencia práctica de la navegación, le había llegado á ser familiar (3).

ULTIMA ÉPOCA DE ESTE REINADO.

D. Sebastian volvió á Portugal el mismo año, y todo prueba que aquella correría armada, lejos de calmar su ardor belicoso, no había servido mas que para fortalecerle en sus pro-

(1) Antonio Vasconcelos de la Compañía de Jesús, escritor de la devolucion de las Gímaras, insiste en probar los esfuerzos que hizo el director del príncipe para disuadirlo de esta primera expedición; la cual no era mas que el preludio de una falta deplorable. ¿Deberá darse crédito á este autor? estas palabras: «Ergo Sebastianus prudentissimis monitoribus refractarius, in Africam primum solvit, sextili mense, anno 1574, ætatis sue 20. Præceptor interim curis, nec non jejuniis, aliisque macerationibus pro alumni salute afflictatus morbo gravissimo corripitur. E lectulo tamen epistolium, manu, ut erat, tremula exaratum, charitate quidem et prudentia plenum, in Africam ad regem dedit; Summis in eo precibus contendebat, ut factus jam voti compos, visa Africa, et sibi et suis prospiceret, ac in Lusitaniam primo quoque vento renavigaret» *Anacephawoses*. p. 318.

(2) *Memorias del rey D. Sebastian* del citado autor.

(3) Las lecciones de Pedro Nuñez estaban tan presentes en la memoria de D. Sebastian, que él mismo fué el que dirigió la escuadra, principalmente en los momentos mas difíciles. Véanse *Annaes das sciencias e artes* Tom. V, p. 149.

(1) Hay autores, cuyas tendencias se descubren á la vista, que pretenden que D. Sebastian fuese el único responsable de sus resoluciones, las cuales eran completamente hijas de su voluntad, según ellos dicen.

yectos. A nadie estaban ocultos; la nacion entera los lamentaba, y reinaba la mayor inquietud, no solo en el consejo real, sino hasta en el seno de las cortes, cuyos intereses se hallaban momentáneamente unidos á los de Portugal. Veíase á toda luz que un poder oculto y perseverante seguía dominando el monarca. Tratóse de distraer aquella imaginacion ardiente de sus insensatos designios, conduciendo su atencion hácia una cuestion grave de política, de la cual se trataba de hacer un asunto de interés doméstico; tal era su casamiento. Propusieronsele varios partidos; abriéronse negociaciones; pero, aunque su union con la hija de Enrique II de Francia estuvo á punto de efectuarse, aunque los consejeros de la corona creyeron deber insistir sobre esta alianza, que debía estrechar los vínculos entre las dos naciones, nada pudo concluirse, y los caprichos del monarca, apoyados en una repugnancia por el matrimonio, que no se esmeraba en disimular, echaron por tierra todos los proyectos.

Gracias á las memorias contemporáneas, y sobre todo con presencia de las austeras cartas del noble obispo de Sylves, puede en el día apreciarse la ansiedad de que se sentian agitados todos los espíritus previsores, y en que situacion moral se hallaba una gran nacion, próxima á su ruina. El venerable Jerónimo Osorio se esclamaba unas veces: «¿Desde cuando una religion de amor se ha convertido en religion de hierro?» Comparando otras veces la nobleza de la corte, á quienes el lujo había enervado, á los hombres fuertes que habían conquistado la India en tiempo de D. Manuel, decia con dolor: «Mirad, van cargados de perfumes, pero no podrian soportar el peso de una lanza.» En otra ocasion se dirigió al mismo monarca y le escribe lo siguiente: «Las personas prudentes dicen que el deber de un buen rey mas consiste en el arte de defender á los suyos, que en el ardimiento por atacar al enemigo, y es una verdad reconocida que los príncipes, cuyo nombre se ha ilustrado en las bata-

llas, nada han ganado con ellas, si no ha resultado alguna seguridad para sus vasallos. Así es, que muchas jentes se lamentan sobre este punto, porque advierten que la presente guerra no se hace tanto á los Moros como á los mismos Portugueses, sin que V. A. lo entienda.» Este era el lenguaje del digno prelado con el rey; el que el austero anciano guardaba para el confesor era mas severo; «Vosotros, apoderados de la persona del monarca que no cuenta mas que diez y siete años, y es naturalmente amable, os habeis hecho los seres mas aborrecidos que jamás hayan existido en Portugal, antes ni despues de D. Pedro el Cruel. Los Portugueses juran que preferirian ser gobernados por dos Turcos, en quienes hallarian mas amor y prudencia de aquella con que son hoy día gobernados. ¡Ninguna desgracia mayor podia acontecer al reino ni á la persona del rey...! «Por donde se vé, que tanto el rey como sus dolosos consejeros oyeron amonestaciones prudentes aunque severas, reconversiones justas, por mas que fuesen fuertes (1). La entrevista que tuvo el monarca portugués con el astuto sucesor de Carlos, V no modificó en modo alguno una resolucion tomada tantos años antes; al contrario, y por mas que digan ciertos escritores, que hablan de prudentes consejos dados con instancia, ello es que esta entrevista no se terminó sin que algunas espresiones de fingida admiracion inflamasen todavía mas un exaltado y triste entusiasmo. D. Fernando de Toledo, el antiguo duque de Alba, se negó á acompañar al rey á menos que se le confiase el mando de la expedicion; pero el cauteloso soldado, que celebraba el odio que le inspiraban los Moros, no hablaba del que profesaba á los Portugueses. D. Fernando de Toledo y Felipe II se habían comprendido.

(1) Véanse las cartas Portuguesas de D. Jerónimo Osorio. Paris 1819. Véase igualmente un excelente artículo sobre el asunto de Candido Javier en el tomo 4.º de los *Annaes das sciencias e artes*.

SEGUNDA ESPEDICION A AFRICA. — ACONTECIMIENTOS QUE DECIDEN SU EJECUCION. — BATALLA DE ALCAZAR-KEBIS Ó MEJOR DE KASH-EL-KEBIR (que significa gran castillo).

Así como sesenta y cuatro años antes de esta época, el acontecimiento mas significativo del reinado de Don Manuel habia sido el bombardeo de la ciudad de Ormuz, el hecho capital del de D. Sebastian fué la jornada de Alcazar-kebir. Los autores, tanto de uno como de otro hecho, fueron mahometanos y cristianos, pero en el espacio que media entre una y otra accion, muchos imperios tuvieron lugar de destruirse y desaparecer. Pero ninguna catástrofe ocurrió mas prontamente que la que arrebató la corona de D. Sebastian. Ninguna caída fué tan rápida como la de Portugal. Explicarémos sumariamente, apelando á algunas fechas, y á algunos hechos, el motivo plausible que se dió á semejante expedicion.

Bajo el reinado de los Beni-Otaze, esto es, como cosa de sesenta años antes de la época en que nos hallamos, fué cuando Portugal verificó sus mas notables conquistas en Mauritania. Bueno será recordar, que durante este período, habia dominado mas de cien leguas de costa hacia el sur, esto es, desde Azamor, hasta Santa Cruz (1). En aquella época, los soldados de D. Manuel habian llegado en cierta ocasion, internándose osadamente, hasta las puertas de Marruecos. Era esto en tiempo en que el famoso Abi-Ben-Tafuf prestaba el apoyo de su influencia á los cristianos, y en que guerreros como Diego Asambujallenaban de terror á los Musulmanes. En el reinado de Juan III, habia ocurrido una gran revolucion en Marruecos. Dos príncipes del reino de Dara, revestidos del título de cherifs, pero sin bienes de fortuna, Muley Hamed, y Muley Mohamed habian conseguido apoderarse, con

su valor y pericia, del reino de Marruecos y de sus comarcas vecinas. Convinieron entónces, que Muley Hamed, que era el mayor, dirijiria el imperio, y que su hermano se contentaria con el vireinato de Sus, conservando el derecho de suceder á su hermano en la corona. Pero este arreglo no duró mucho tiempo. Los dos hermanos se habian reunido para verificar la conquista, pero últimamente acabaron por pelear con encarnizamiento disputándose la soberanía. La victoria se decidió por Muley Mohamed, el cual fundó definitivamente el poder de los cherifs en el imperio que habia sabido conquistar. A este príncipe fué á quien Juan III hizo las importantes cesiones que hemos ya indicado; de cuyas resultas, no quedó á los Portugueses en esta parte de Africa mas que las plazas de Ceuta y Tánjer (*Cebta y Tandja*), Arcilla habia sido cedida igualmente. En 1524 este príncipe tuvo bastante habilidad para conseguir de Juan III, ó de Carlos V, que los reyes cristianos de la península no concediesen apoyo á su hermano fujitivo, á quien no quedaban ya ningunas esperanzas.

Su reinado sin embargo, no fué de larga duracion; los jenizaros de Fiemecen, á quienes habia concedido imprudentemente el mayor influjo en su corte, lograron asesinarlo durante su sueño en una expedicion.

Muley Mohamed dejaba muchos hijos. Abdallah, que era el mayor, fué reconocido emperador, y los demás príncipes que naturalmente infundian sospechas, fueron agraciados con gobiernos lejanos, ó separados por otros medios de la capital. Nos contentaremos ahora con dar cuenta de los dos personajes que figuran en primer término en la sangrienta lucha en que pereció D. Sebastian. El primero, Muley-Hamed, era hijo de negra y no llamaba la atencion con calidad alguna eminente, sino se exceptua cierta perseverancia en triunfar de la mala fortuna; el otro, Muley Mulaco (*Mulá-abd-el-Melek*) habia ido siendo muy jóven á Constantinopla, habia tenido frecuente trato con cristianos, y

(1) Consúltase el mapa de Marruecos publicado hace poco por Mr. Renon que es muy exacto; estas posiciones se hallan allí perfectamente indicadas.

habia adquirido una instruccion muy notable para un príncipe de Oriente, si es verdad, como lo afirma Bernardo da Cruz, que supiese el latin y hablase con elegancia el italiano, el español, y el francés. Sin afirmar con otros autores, que este príncipe era buen poeta y diestro músico, á lo menos se habia formado en el arte difícil de la guerra marítima en la escuela de la adversidad. Habia peleado en la batalla de Lepanto, y habia sobresalido en ella como uno de los mejores artilleros de la numerosa escuadra turca.

Abdallah murió, y Muley Hamed el mulato se apoderó del trono de Marruecos; no habia parado su atencion seguramente en las pretensiones de su hermano que vivia en la espléndida corte de Constantinopla, y cuya sociedad consistia habitualmente en extranjeros, á quienes la diplomacia ó la guerra detenia cerca de Soliman. Sin embargo, Muley Mulaco no quedó en la inaccion: dirigióse desde luego á Arjel, á la inmediacion de los sucesores de Khair-eddin, á quienes supo interesar en su suerte, levantó una considerable hueste de jenizaros, penetró en lo interior de las tierras, y despues de una lucha en que el cherif cometió faltas imperdonables, se apoderó de Marruecos. No es este lugar de referir las variadas peripecias que acompañaron á este drama, ya al buscar el emperador fujitivo un asilo en las montañas, y reuniendo nuevas fuerzas que le prestan las tribus de Sus, ó con las batallas que se suceden unas á otras, ó al ver el trono nueva vez en poder de su primer poseedor, para ser en breve arrojado otra vez de él. Todas estas relaciones estarian llenas de interés y podrian recibir mas de una rectificacion, pero todo esto pertenece mas bien á la historia de Africa que á la de Portugal; nos contentaremos con esponer, que hácia los años 1575, Muley Mulaco gozaba pacíficamente del trono, cuando Muley Hamed, el mulato, no confiando en auxilio de ninguna clase de los lejanos países de Sus y de Dará, volvió la vista hácia los príncipes cristianos. Felipe habia negado un asilo

al fujitivo en la fortaleza del Peñon de Velez, en donde no se le permitió entrar sino con solos diez hombres, en cuyo conflicto, no tuvo mas partido que dirigirse á Portugal. Muley Hamed, si no ser un hombre de eminente talento, tuvo en esta ocasion el suficiente para saber distinguir todo lo que habia de espíritu caballeresco y de imprudente valor en la persona de D. Sebastian.

El monarca portugués prometió todo cuanto se le pidió: sus tendencias no se encaminaban á crearse un aliado constante en las costas de Berbería, sino á llevar á cabo una guerra santa. Tal vez contaba con los numerosos partidarios de cuya adhesion se jactaba el cherif fujitivo, y con el odio sordo que deberia concitar en Marruecos el espíritu innovador del nuevo jefe. Apenas tuvo conocimiento Muley Mulaco de la resolucion del rey de Portugal, cuando le dirigió una carta llena de prudentes reflexiones, rogándole desistiese de su proyecto (1). D. Sebastian no habia aprendido todavía á ser dueño de sus pasiones para dar oídos á tan noble moderacion. Resolvióse la guerra de Africa.

Semejante resolucion bastaria por sí sola para darnos idea de los destellos caballerescos y estravagantes que dominaban en el ánimo de un rey cristiano que emprende el reponer en el trono á un príncipe infiel,

(1) En la biblioteca del rey de Francia existe otra carta muy curiosa en italiano. De paso diremos que tal vez fué redactada orijinalmente en esta lengua. Muley Mulaco tenia pasion por las costumbres europeas, y la prueba está en los muchos *elches*, renegados, de quienes iba siempre rodeado. Si no hubiese acostumbrado entregarse con demasiada frecuencia á infames desórdenes y al uso immoderado de la bebida, sin duda que habria conseguido el título de príncipe eminente. Su valor era verdaderamente caballeresco y tenia bastante imperio sobre sí mismo, para encargarse que no se ejecutasen sus órdenes cuando se le viese con síntomas de embriaguez. Véase á Bernardo da Cruz; *Crónica* etc. Mendoza y Juan de Sousa creen que el nombre de *Maluco* es una contraccion de *Mamluco*. Su padre le habia dado este apodo á su regreso del primer viaje á Constantinopla, por cuya circunstancia se le habia puesto un ligero alambre de plata para recordarle que habia vivido entre los esclavos del Gran Señor.

por quien no siente la menor afecion. Los preparativos se resentian de semejantes disposiciones de imaginacion; así es, que no se proveyó á nada de cuanto aconsejaba la razon: la opinion del pais resistia esta guerra en muchas provincias; pero el ardor de aquella alma exaltada perseveraba y creia suplir á la voluntad jeneral, con una voluntad incapaz de doblarse por ninguna causa. Los hombres que se tomaban, arrancados del arado para ser alistados en el nuevo ejército, distaban mucho de ostentar las mismas disposiciones que distinguian, dos siglos atrás, á los atrevidos compañeros de Juan I cuando Tánjer y Ceuta cayeron en poder de los Portugueses. Pero el respeto y la violencia reemplazaron esta vez los efectos del amor, y arrancados aquellos desgraciados labradores del seno de sus familias no podian ser muy buenos soldados, como es fácil de adivinar. Con estos medios consiguió D. Sebastian reunir un ejército de ocho á nueve mil hombres, la mayor parte bisoños. El ardiente monarca se dirigió en seguida á Felipe II, y consiguió que este le concediese considerables refuerzos. Las tropas españolas subian á tres mil infantes: tres mil alemanes tuvieron orden de reunirse al ejército, y el capitán Hercole mandaba novecientos italianos; segun unos, ó seiscientos segun otros (1). No sabemos si añadir á este número la muchedumbre indisciplinada que

se embarcó siguiendo el ejército en donde, si se da crédito á un viajero francés, iban infinidad de mujeres, muchas de ellas con sus hijos de pecho. Tal era el entusiasmo de esa muchedumbre incauta, que despues de haber murmurado duramente del proyecto del rey, se exaltaba con sus mismos sueños y contaba con el rico botin de la batalla, como con una fija ganancia que no podia faltaries. Un testigo ocular refiere, que hubo paisano, que no poniendo ni asomo de duda en el buen éxito de la expedicion, se habia provisto de fuertes cuerdas, para atar á los Sarracenos.

La riqueza de los vestidos, la esplendidez de las armas, la magnificencia de las armaduras, llenaban de brillo las calles de todo Lisboa (1). Nadie pensó allí en poner tasa á este inútil lujo: los bizarros y jenerosos caballeros querian rodear su sacrificio voluntario con todas las pompas del siglo: los experimentados y prudentes se callaban, por que se les habia impuesto silencio (2). No hubo

(1) En las curiosas investigaciones que Herculanó ha publicado con el título de *Archeologia Portuguesa*, se vé á que grado fué llevado el lujo de la corte en los preparativos de la expedicion; hubo caparazon que costó mil cruzados, y se hacen subir hasta cuatro mil las tiendas de campaña para el rey y la grandezza. Apesar de una orden real, algunos objetos de equipo habian subido á tan alto precio, que un caballero, á quien no sobaban los medios, decia: « Hay otra guerra que me hace mas miedo que la de Africa y es la de la calle Nueva ». Las armaduras doradas y empavonadas al estilo damasquino, eran de un lujo inaudito; la del rey era toda de esmaltes sobre azul, y se distinguia por el primor de sus labores. Cuando se trató de ponerle una divisa, no se fué á pedirla al autor de la Luisiada; los que la compusieron fueron Jerónimo Corte Real, y un cierto Juan de Mafra, á los cuales se juntó otro caballero. Resolvióse que se grabasen dos pirámides con estas palabras portuguesas: *Virtor, fe, amor*. Diego Bernardes habia recibido el encargo de celebrar la batalla. Bernardes y Corte Real eran dos grandes ingenios, y esta eleccion prueba á mi entender, el negro abandono en que se tenia al poeta de Portugal, al desatendido Camoens.

(2) ¿Quién ignora la injuria hecha á D. Juan Mascareñas? El defensor de Dia tuvo bastante entereza para desaprobare la expedicion de Africa, y el capitán octajenario vió discutir en su presencia lo que debia concederse por piedad al valor del héroe debilitado por los años.

(1) Los documentos difieren de un modo particular acerca la fuerza numérica del ejército portugués. Pedro de Mariz por ejemplo, lleva el total hasta 12.000 hombres solamente, mientras Bernardo da Cruz lo hace subir hasta 25.000 y aun mas. Este cronista cuenta probablemente la jente sin armas que siguió al ejército. Segun la autenticidad de documentos que tenemos por fieles, se puede admitir el siguiente dato:

Portugueses	9000.
Alemanes	3000.
Castallanos	2000.
Cuerpo de aventureros	1000.
Caballeria y tren	3000.
Italianos del cuerpo de reserva	600.
Total.	18.600.

nadie que hubiese pensado en proveer lo mas necesario. La expedicion se hizo á la vela tan desnuda de todo, que apenas habria víveres para ocho ó nueve dias en los galeones que seguian la escuadra. D. Sebastian habia tenido una entrevista con su tío, y el diestro político, le habia en verdad regalado el casco de Carlos V, pero se habia guardado mucho de inspirarle la menor idea de prevision. Algunos historiadores pretenden que le escribió, y que llamó la atencion de su sobrino sobre los lances que podria correr en caso de un resultado funesto; pero Felipe II no era hombre que sintiese tan tiernas solitudes, ni era capaz de tomarse tanto interés: para esto seria menester olvidar la orden que recibió el duque de Alba de continuar en la negativa de aceptar ningun mando.

Escusáremos al lector la enumeracion de los galeones, carabelas, y galeras sin cuento, que se reunieron para el transporte del ejército: ninguno de estos datos, tan dolorosos todavía para el corazón de los Portugueses, ha sido omitido en la voluminosa historia de D. Sebastian, en la cual emplea uno de estos escritos tantas páginas para contar la sangrienta catástrofe del ejército, como en otro tiempo Barros pudo emplear para describir las glorias de la monarquía. El 24 de junio de 1578 se hizo á la mar la numerosa escuadra. D. Sebastian se hallaba ricamente engalanado, y rodeado de las mejores lanzas, de los guerreros mas bizarros del reino, como Rodrigo, el desgraciado rey godo, se encaminó en otro tiempo al sacrificio, adornado de todas las pompas guerreras. En medio del ruidoso estrépido entre los gritos del mando y las descargas de la artillería que hacia los saludos en el puerto, un paje, Domingo Madeira, cantaba, como despues fué muy referido, la cancion que le habia venido á la memoria y se encuentra en el antiguo Romancero.

Ayer fuisteis rey de España
Hoy no tenéis un castillo (1).

(1) La muerte de D. Sebastian ha dado asun-

Pero en aquel instante nadie quiso hacer caso de la profecía.

Todo el que tenia nombre en Portugal se aprestó á seguir para aquella carnicería. Con la expedicion iban arzobispos y simples abades (1) como sucedia en las peleas de la edad media. Los mas cercanos al trono, tales como el jóven duque de Barcelos, heredero del duque de Braganza, y otro primo del rey, el hijo bastardo de D. Luis, quisieron seguir al rey: el último á quien hemos nombrado, era D. Antonio el prior do Crato, el mismo que recibió la comision de D. Sebastian de pasar anticipadamente á Africa, y que empezaba la carrera de las armas por la mas deplorable y peor concebida de cuantas expediciones pueda haber habido.

D. Sebastian desembarcó en la playa de Arcilla, y sentó su campo junto á la ciudad. Las primeras escaramuzas de los Arabes, no fueron mas que pequeños encuentros insignificantes al estilo africano, pero bastaron para inflamar una cabeza exaltada y caballeresca como la del rey, y para dar á comprender á los hombres de guerra veteranos y prudentes, que aquel seso hirviente no sabia jamás mandar un ejército, y que no era capaz de penetrarse de cuanto peso deben ser para un jeneral las observaciones contradictorias que pueden levantarse para la adopcion de un plan de campaña. El rey habia reuuelto dirigirse hacia el Arache y apoderarse de esta plaza, y esto fué en parte lo que le perdió. Para llegar á la ciudad que debia sitiarse, ordenó á sus tropas que tomasen víveres para cinco dias solamente, y la flota recibió al mismo tiempo la orden de dirigirse á lo largo de la costa, cruzando por delante de la pequeña ciudad indicada.

Esta medida, segun observa Bernardo da Cruz, cuyas obras nos han

to á otro romance de la misma especie con su música notada, el cual nos ha transmitido Leytao de Andrade.

(1) D. Manuel de Meneses, obispo de Coimbra y D. Ayres de Silva obispo de Oporto, fueron contados en el número de los muertos, asi como el P. Mauricio, jesuita, confesor del rey.

dado Herculano y Paiva, fué el principio del desastre. El Arache se encuentra situada entre el río Ved-el Mhakzen, y las lagunas formadas por el Ved-Lukos. No era pues prudente pasar el río y meterse en un vastallanura tostada por el sol, á la cual los Musulmanes llamaban *Tamistá* y mas tarde campo de *Uderaca*, ó del *Escudo*. D. Sebastian hizo todo lo contrario de lo que sujeria el arte y la razon: ni pensó en calcular los efectos de la marea, que hinchando el Macasim, debia quitarle toda esperanza de retirada, ni se detuvo en hacerse cargo del horrible calor que hacia en el llano en una estacion como en 3 de agosto.

Todos los autores convienen en que el cielo lanzaba verdadero fuego aun para los Arabes guarecidos en sus puestos cubiertos. Por la madrugada del día 4, se levantó este astro de manera de un globo rojizo, rodeado de siniestros vapores, y el calor era tan intenso como el del día anterior.

Los jefes musulmanes que acompañaban á D. Sebastian, estaban perfectamente informados de lo que pasaba en el campo enemigo, y sabian con toda certeza que el soberano de Marruecos, Muley Maluco, luchaba en vano, y con toda su enerjia moral, contra el mal que le devoraba, y que su fin estaba muy próximo. Celebróse consejo muy temprano, como se habia celebrado el día anterior, y el Cherif (dábase siempre este nombre al pretendiente) llegó á persuadir á D. Sebastian y consiguió que se desiriese la batalla, para aprovecharse, cuando menos de las ventajas que daban esperanza de conseguir una muerte tan impacientemente atendida.

Imprudentes consejeros hicieron valer la falta de provisiones que empezaba á experimentarse desde dos días antes: algunos propusieron matar los mulos de transporte y esperar, pero para atemperarse á ningun espediente era necesario ser otro hombre y no el bullente D. Sebastian. Resignado sin embargo, pero dispuesto siempre á pelear, se hallaba en su tienda, cuando un hombre de Felipe II, el comandante de los aven-

tureros, Aldaña en fin, penetró hasta él y mordiéndose los puños de rabia, dice el cronista Bernardo da Cruz, y aparentemente desesperado enojo por que se dilataba el combate, D. Sebastian lo siguió para dar una ojeada á sus tropas, y se decidió la batalla. Eran las diez de la mañana, y lo mas fuerte de la accion debia tenerse bajo el peso del mayor calor del día.

Un antiguo historiador que peleó esforzadamente en esta jornada de los tres reyes, como sellamos por mucho tiempo, Leitano de Andrade, nos ha transmitido en una lámina grabada bastante imperfecta por lo que respecta al arte, pero exacta en cuanto al objeto, el orden que siguió D. Sebastian. El rey formó una masa cuadrada, defendida por treinta y seis piezas de artilleria, y tomó el mando del ala izquierda, confiando la derecha al duque de Aveiro. La retaguardia se componia de jente bisoña y de toda la turba inútil que habia seguido el ejército. Muley Maluco seguido de sus consejeros y de los renegados cristianos, que tenia en gran número en su campo, mandó formar una vasta media luna, con sus ciento cincuenta mil hombres, con el objeto de envolver á los enemigos (1). Este plan de batalla era cual convenia á la disposicion del terreno así como á las circunstancias en que se encontraba, y todo da á conocer la presencia de espíritu de que se sentia animado el jefe árabe, puesto que se hallaba ago-

(1) Desde luego se percibe que este número es demasiado arbitrario y seguramente exagerado. Solo un historiador, Conestagio Franchi, da aproximativamente la relacion de las fuerzas musulmanas. « Este ejército, dice, se componia de mucha clase de jentes. Habia en él tres mil hombres de Andalucia mandados por Doail-al Goari, y por Osain, hombres de valor, que fueron los que pasaron á Africa cuando la guerra de Alpujarras en las montañas de Granada. Habia igualmente otros tres mil peones y veinte y cinco mil caballos, mil arcabuceros á caballo, la mayor parte renegados y turcos, toda jente de guerra á sueldo, cuya fuerza era la principal del ejército. Habia como diez mil caballos, y cinco mil infantes escogidos, de modo, que pasaban de cuarenta mil caballos y ocho mil infantes; sin contar considerable número de Arabes y de aventureros que se habian reunido al ejército. Véase la otra de dicho autor, titulada, *La union de la corona de Portugal á la de Castilla*.

nizando cuando dictó sus órdenes, y que tuvo que hacer un sobrenatural esfuerzo para montar á caballo, y tomar las primeras disposiciones. Desgraciadamente D. Sebastian no comprendió que su primera posición era la mas ventajosa, porque tenía el rio Mhaken por un lado y las vastas lagunas por el otro, con el rio Lukos sobre sus alas. Así fué que abandonando aquella especie de trincheras naturales salió resueltamente á la vasta llanura, considerándola digno teatro de tan grande batalla. El enemigo estendió inmediatamente los extremos de su vasta media luna para circuir por todas partes á los cristianos, pero no emprendió ningun ataque.

D. Sebastian, como se ha dicho, mandaba el ala izquierda y marchaba frente de la caballería; la derecha seguía al duque de Aveiro. La artillería se hallaba tan mal servida, que no se dictó ninguna disposición para preservarla de un golpe desgraciado. Se la habia conducido adelante á cierta distancia del cuerpo principal, y el capitán Pedro de Mezquita era el único que mandaba á los artilleros. La de Muley Maluco permaneció algun tiempo emboscada, de modo que así que empezó sus disparos hizo los mas terribles estragos. Parece que el cañon de los cristianos contestó á sus fuegos, pero sin fruto, y los trenes fueron inmediatamente abandonados. Hasta entónces D. Sebastian no dió el grito de *Santiago*, tan impacientemente esperado, y sin el cual ningun cuerpo podia empezar el combate. Los Portugueses se arrojaron con tal ímpetu, que la infantería enemiga se vió rota y dispersa en un momento: sus escuadrones llegaron tan adelante, que Antonio Mendez que era un simple criado del cuartel maestro, salió de en medio de los batallones musulmanes con una bandera que habia ganado. El cuerpo de los aventureros avanzó entónces con increíble intrepidez, siguieron los Españoles y en pos de de estos los Italianos y Alemanes, y la victoria estuvo ya en manos de los Cristianos. El rey y el duque de Aveiro acosaban bizarramente á la

caballería árabe y todo prometia la mas feliz jornada, cuando en lo mas ardiente de la refriega se oyó una voz que gritaba ¡Atrás! ¡atrás! ¡Voltá! ¡Voltá! Este grito fatal desconcertó á los Cristianos. ¿Lo dieron el rey y el duque, como pretende Bernardo da Cruz, ó salió de una boca desconocida, como lo cree con mas fundamento Faria y Sousa? Lo cierto es, que desde aquel instante todo se perdió. Una palabra sublime sin embargo respondió á aquel clamor de desastre: el hermano del conde de Matosiños, Sebastian de Sá exclamó «Huir! ¡cómo huir! mi caballo no sabe volver atrás,» y fué á buscar la muerte en medio de los Moros. El movimiento de desaliento que habia llegado á afectar á los dos campeones del ejército no duró mucho, el rey y el duque de Aveiro volvieron con nuevo ardor á la pelea. D. Sebastian, antes de empezar el combate habia dicho: «Si me veis, será á la cabeza de mis escuadrones; sino me veis, estaré dentro las masas enemigas.» Entónces cumplió con su promesa; pero mientras peleaba como un caballero, en lugar de mandar como un jeneral, los Moros dirijian hábilmente sus fuegos contra el cuerpo de los intrépidos aventureros. Entónces fué cuando una bala de cañon rompió el muslo á Alvaro Pires de Tavora, que cayó sin quedar muerto. Este acontecimiento tuvo las mas funestas consecuencias. Aquella terrible palabra que habia sembrado el desórden entre los cristianos se oyó de nuevo: en el momento en que el cuerpo de los aventureros iba diezmando los escuadrones y enemigos con un valor mas que humano, el sargento primero del capitán Pedro Lopez gritó con alta voz: ¡Atrás! ¡atrás! sin que hubiese un caballero que saliese á tronchar la cabeza del traidor ó del cobarde. Desde este instante, el aspecto de la batalla cambió completamente de faz. En vano el duque de Aveiro, que habia ya perdido una mano corrió en busca de la muerte con una tercera carga, en vano Juan de Mendoza, el bizarro gobernador de Indias, el terrible justador, le fué fiel en la vida y en la muerte: los guerreros

prácticos y experimentados conocieron entónces que todo se había perdido. D. Sebastian seguía adelante, hiriendo y matando sin detenerse y hasta desaparecer de los suyos, conforme había prometido, sepultándose en el grueso enemigo. Jamás había podido hacer retroceder la infantería de los feroces *Azuagos*, descendientes de los Godos, según decía una falsa tradición, que rechazaban los tercios tan fieles y acreditados de los Alemanes, pero al fin se arrojó sobre ellos con tal ímpetu, que dos ó tres mil de que se componía su fuerza, no dejó en pie mas que á diez y siete; pero ¡oh dolor! se esclama el historiador que da cuenta de estos rasgos de invencible bizarría, tales recuerdos que despedazaban el corazón de los que vieron al rey, «dan poco realce á los elogios que se le pueden prodigar.» D. Sebastian no se dedicó ni un instante á tomar las disposiciones que lo hubiesen acreditado á la faz del ejército de diestro y entendido jeneral, acompañado de un alférez, el digno porta estandarte, el jóven y denodado Jorje Tello, que lo precedía siempre en sus impetuosos avances, hizo prodigios de valor y de fuerza, pero sin dictar una medida de prudencia para contener aquel desórden. La confusion llegó á su colmo cuando la artillería musulmana acertó sus terribles descargas contra la infantería que formaba la retaguardia de los cuerpos extranjeros. Aquellos infelices armados de simples picas y sin ninguna experiencia en los combates, se entregaban á una inútil y desordenada fuga, en que hallaban la mas segura muerte: en un instante el desórden llegó á un fatal término. Si el ejército se hubiese podido salvar con el valor de su rey, entónces lo habría conseguido, pero D. Sebastian no quiso conservar la vida á precio de su libertad. Habiendo encontrado á D. Jorje de Albuquerque Coelho, y habiéndole dicho que se apease para tomarle el caballo, pues el suyo no podía ya moverse, D. Jorje le dijo «Id señor y salvaos, porque mi vida nada vale y la vuestra es muy

interesante: pero el rey se lanza sobre el caballo de este fiel servidor, y precedido de su porta estandarte se precipita de nuevo sobre el enemigo, con el semblante de llevar á cabo una victoria, pero con la firme resolucion de encontrar la muerte. Esta no podia faltarle porque en un instante se arrojaron sobre él nubes de musulmanes de todas partes, de modo, que aun aquellos que se habían apostado en lo alto de las colinas para presenciar el combate, se precipitaban como tigres al campo del Escudo.

Todo debía ser extraño y misterioso en este dia. Mientras el rey cristiano buscaba un fin glorioso, era en realidad un simple renegado el que mandaba el ejército musulman, y sin saberse de nadie se obedecian las últimas disposiciones de un príncipe á quien la muerte había arrebatado desde el principio de la accion. Muley Mulaco se había presentado al ejército adornado como para una victoria y montado en su caballo de guerra. El ejército lo había visto, pero la muerte lo había sorprendido, y se había apeado para espirar detrás de las espléndidas cortinas de su litera. Un renegado, Jenovés según unos, y Portugués según otros, Ahmed-Talaba, comprendió en aquel momento cuanto importaban el ardid y la serenidad. Así que, arrimándose á la litera, entreabrió las cortinas y se puso á improvisar órdenes que no recibía. De este modo, un rey difunto siguió mandando á aquel tropel ardoroso que asaltaba á los cristianos.

Poco despues á aquellas tropas medio disciplinadas se agregaron las partidas de salteadores, que enviaban Tetuan y las serranías inmediatas; aquellos hombres rapaces se arrojaron furiosamente sobre el campamento desordenado de los Portugueses, y entónces fué sin duda cuando se realizaron aquellas escenas dolorosas tan injenuamente pintadas por el viajero francés Vicente de Blanc, que asistió á la accion, y que nos refiere que mas de doscientos niños, algunos de ellos de pecho,

cayeron en poder de los musulmanes, mientras estos iban degollando á los padres.

Todavía peleaban los Portugueses; pero nadie les mandaba; el cuerpo de los aventureros sobre todo hizo una defensa heroica; formáronse por el llano grupos de soldados resueltos á vender caras sus vidas, y á no entregarse ni pedir cuartel. Francisco de Tavora hizo prodigios con sus hombres del Alentejo y del Algarve; aquellos valientes perecieron casi todos abrumados por la muchedumbre; y Bernardo da Cruz dice positivamente que si el valor que entonces se mostró se hubiese mostrado al principio de la batalla en aquellos instantes de vacilacion que tan deplorables fueron para los cristianos, nada hubiera podido resistir á su denuedo. En el postrer momento comprendieron al menos que habia dado la hora del martirio, y pelearon entonces por el triunfo de su fe.

Por lo que hace á Sebastian, á ese rey desventurado, como dice el poeta, no habia cesado de herir con su lazo, pero no habia sabido mandar; tambien él comprendió que era fuerza morir. En aquel momento le encontró aquel D. Antonio que debió sucederle por un instante; el prior de Crato no podia ya gobernar su caballo mal herido; indicó con el dedo al rey mozo un claro entre los Moros; pero Sebastian no le contestó, y se arrojó á lo mas recio de la pelea.

Habíale seguido siempre el estandarte real, llevado por su digno alférez; pero por fin D. Duarte de Menezes fué derribado de su caballo, y muchos fueron los valientes que perecieron en defensa de la bandera real. El alférez habia caído prisionero sin duda, pero un hombre denodado salvó la bandera; envuelta esta en el brazo izquierdo, Luis de Brito se arrojó hácia el rey, que le preguntó si se habia salvado el estandarte real. «Salvo está, señor, contestó, pues rodea un brazo que sabe herir. — ¡Abrazémosle y muramos con él!...» Tales fueron las postreras palabras que profirió Sebastian para la historia. Se sabe que Cristovam de Tavora hizo esfuerzos increíbles pa-

ra decidir al rey á dejarse prender; los Moros hicieron prisionero á Tavora, creyendo que era el sultan de los cristianos. Don Sebastian seguia siempre batallando, acompañado de Luis de Brito; los Moros prendieron por un instante á aquel valeroso jinete á quien no conocian. Brito le libró, pero él quedó prisionero; y cuando sus ojos buscaron al mozo, le vió salir del campo de batalla sin que un solo Arabe fuese á sus alcances. «El camino que él seguia, dice Bernardo da Cruz, estaba muy distante del sitio donde dicen que le hallaron despues herido mortalmente.» ¿Volvió D. Sebastian denodadamente entre los valientes que seguian peleando? ¿fué á hacerse matar en el sitio donde su fiel paje Resende le bañó con sus lágrimas? ¿fué visto realmente por Jerónimo de Mendoza y por Leytao de Andrada? No cabe afirmarlo de un modo absoluto, por muy plausibles que sean las razones para acojer las últimas relaciones y para creer la version de Mendoza.

Habian perecido dos reyes; faltábale á la muerte otra presa. Muley Mahomed habia peleado, y dado sobre todo consejos cuerdos que no se siguieron. Cuando vió la derrota de los cristianos, buscó su salvacion en la fuga, y con trescientos caballos y cuatrocientos infantes se dirigió hácia el Rio Macasin, el Vad Mjazen de los Arabes; trataba de llegar á Arzila y de dirigirse probablemente desde allí hácia Sus y Dara; pero habia que trasponer el rio. Desgraciadamente no supo reconocer el vado, y la marea que subia le ahogó, á la vista de sus fieles alcaides, Cid Abd-el-Kerim y Cid Hamu, que se habian quedado en la ribera para proteger la fuga, y que tuvieron el sentimiento de verle perecer.

De este modo murieron miserablemente y en menos de dos horas «tres reyes poderosos, en tan breve espacio de tiempo, dice Bernardo da Cruz, que hubieran podido ver por decirlo así su muerte reciproca.»

Han sido muy diversos los pareceres en punto á las pérdidas que padecieron ambos campamentos en

aquella jornada memorable; pero es evidente que estos cálculos no han sido fundados en datos bien positivos. El enemigo perseverante de los Portugueses, el pseudónimo Conestaglio Franchi, pretende que solo un centenar de hombres sobrevivió al desastre de la jornada; pero él mismo se desmiente algunas páginas mas adelante, afirmando que perecieron unos tres mil Moros y tres mil cristianos. Jerónimo de Mendoza, Bernardo da Cruz y otros muchos han conservado los nombres de los señores que perecieron durante la accion ó de resultados de sus heridas. Tambien dan minuciosamente la lista de los caballeros que permanecieron en la esclavitud, y este guarismo da unas ochenta personas. Según la costumbre de aquel tiempo, dichos escritores se han curado poco ó nada del grueso del ejército; pero es muy cierto que el número de los prisioneros fué inmenso, y que el almirante de la escuadra, que sin órdenes bien terminantes estaba cruzando delante de Arzila, solo pudo recojer un cortísimo número de fugitivos.

Lo que sabemos de lo que ocurrió en el campamento moro es igualmente muy hipotético, sobre todo en punto al número de los muertos. El grande acontecimiento que ocurrió de resultados de la jornada nos ha sido trasmitido muy circunstancialmente por los mismos escritores árabes. Recordaremos que el hermano de Muley Maluco, Ahmed, habiendo acudido al fin de la batalla hácia la litera imperial, no supo hasta entónces la muerte repentina del emperador. Por una resolucion toda espontánea del ejército, fué proclamado soberano de Marruecos en detrimento de su propio sobrino, cuyos derechos se desatendieron. Bernardo da Cruz nos dice que un pajá, privado del desdichado Muley Mahomed, notició al nuevo soberano el desastre de su amo, quitándole toda zozobra en punto á la lucha que podia temer. Al dia siguiente, el cuerpo del desdichado jerife fué desollado inhumanamente, se rellenó su cuerpo de paja ó heno, y cuando el

sucesor de Muley Maluco se puso en marcha para su capital al son de arafiles y atambores, fué precedido de aquel horroroso trofeo. De este modo entró en su capital donde le estaban aguardando sus muchos parciales. Nosotros permaneceremos por un instante en el campo de batalla, entre aquellos Portugueses desconzados, que estaban viendo en la muerte de su jóven monarca la ruina inevitable de su pais; dejemos hablar á Mendoza.

RESULTAS DE LA BATALLA. — EL CUERPO DEL REY ES RECONOCIDO POR SU PAJE, BELCHIOR DO AMARAL. — SUERTE DE LOS PRISIONEROS.

«En el mismo dia de la batalla. Sebastian de Resende, paje de la real cámara, al pasar como esclavo por entre aquella multitud de cadáveres de amigos y enemigos en carnes, porque indistintamente los habian despojado de sus vestidos, Sebastian de Resende, digo, vió entre otros cuerpos el del rey, cuyo servidor habia sido. A aquella vista dolorosa echó á llorar amargamente; por cuanto no podia entónces hacer otra cosa; y grabó en su memoria el sitio de aquella triste escena. Al dia siguiente por la mañana, habiendo dado cuenta á los caballeros de lo que habia visto, les pareció que debia decirse al jerife que no dejase el cuerpo real sin sepultura. Enviaron pues al punto un mensaje á aquel príncipe, quien mandó que dos Moros, acompañados por Resende, fuesen en busca del cadáver; el que fué hallado en el sitio indicado.

«Resende, contemplando entónces aquel cuerpo real tan hermoso, le bañó con amargo lloro, y luego quitándose su camisa, le cubrió con ella, y habiendo encontrado en el campo de batalla unos calzoncillos de que nadie habia hecho caso, se los puso tambien; colocándole entónces sobre un caballo, lo condujo á la tienda del jerife.

«Cuando el cuerpo llegó delante de los caballeros que estaban presentes en la batalla, y delante de algunos otros cautivos, todos ellos em-

pezaron á herir los aires con sus gritos y lamentos; y echándose de rodillas con amor indecible, besaron los piés de aquel á quien reconocian, si es que unos ojos tan preñados de lágrimas pudiesen reconocer completamente lo que estaban mirando.

«El jerife les mandó decir que examinasen bien el cadáver; que si era el cuerpo de D. Sebastian, le daría la sepultura que le era debida, y que hecho el exámen, le presentasen una relacion. Hizose como lo mandó el rey; y aunque no hubo mas testimonios que lágrimas y suspiros, bastaban estos para que se diese crédito á tan doloroso acontecimiento. Terminadas todas las diligencias, y certificado el hecho por todos los caballeros presentes mandó el jerife decirles que se preparasen para rescatar el cuerpo de su rey; contestaronle que así lo harian, y que declarase Su Majestad lo que se le debia dar, por cuanto se pediria al primer establecimiento cristiano lo que él exijiese. Cuando el jerife tuvo esta contestacion, como su intento era solamente asegurarse de si aquel cuerpo era realmente el de D. Sebastian, no lo difirió ya mas y mandó colocarle en un ataúd. Sirviéronse al intento de la litera en que iba Joam de Silva, y de este modo fué llevado el cadáver á Alcazar.

«Después de haber reconocido el cuerpo del rey D. Sebastian, los caballeros celebraron consejo, al modo miserable que las circunstancias lo permitian. Acordóse que debian rescatarse en masa, así para alcanzar un precio favorable, como para obviar el inconveniente que pudiera resultar de las promesas que harian algunos nobles, impacientes de recobrar su libertad y que con esta mira no repararian en trabar el rescate de sus compañeros. Fueron de este parecer D. Duarte de Menezes, D. Duarte de Castel Franco, después conde de Sabugal, D. Fernando de Castro, D. Miguel de Noroña, Belchior do Amaral.

«Tomado este acuerdo parecióles á los del consejo, á quienes los demás habian entregado su autoridad, que debia rogarse al jerife que colo-

case para la custodia del cuerpo algunos caballeros, no solo como muestra de dignidad, sino tambien por temor de que se pudiese otro cadáver en vez de aquel, dando con esto motivo de que nadie creyese en la verdad. Para comunicarle este acuerdo, D. Duarte fué al jerife, quien le otorgó fácilmente lo que se le pedia. Mandóse que Belchior do Amaral acompañase el cuerpo y le diese sepultura. Con este objeto partió Amaral para Alcazar; y celebró las exequias en los cuartos bajos de la casa de Abraen Sufiane, alcaide de la misma ciudad, asistido por un Aleman. El cuerpo fué enterrado en el ataúd en que lo habian llevado; cubriéndole de yeso y arena; y después de haber derramado muchas lágrimas, los dos cristianos colocaron sobre el sitio de la sepultura algunas piedras y tejas para que en todo tiempo se le pudiese reconocer.

«Después de haber cumplido este triste deber, Belchior do Amaral fué enviado á Tánjer, ciudad que pertenecia á los Portugueses, para tratar del rescate de los cautivos.

«Habia entónces en aquella ciudad un fraile, llamado fray Joan da Silva, religioso de la órden de los predicadores, hombre doctísimo, á quien, á causa de su nobleza y virtud, queria D. Sebastian entrañablemente. No habia acompañado al rey, para poder cuidar de los heridos, y además se hallaba indispuerto cuando la expedicion. No tardó en saber la llegada de Belchior do Amaral, y con motivo de su indisposicion, le rogó que fuese á verle; y luego cuando aquel hubo llegado, le dijo: «Caballero, una cosa tengo que pedir á vuestra cortesía, y no quiero saber mas; ¿ha muerto desgraciadamente el rey D. Sebastian? — Ha muerto, le contestó Belchior; y estas manos le han enterrado.» Cuando Juan de Silva le habo oido, y hubo comprendido lo horroroso de aquella catástrofe cruel, en la cual vió marcadas todas las desgracias de su patria, sin decir una palabra mas, se volvió al otro lado de la cama donde estaba echado, y dió el alma á Dios.

«Después que Belchior do Amaral

hubo entregado sus cartas á D. Francisco de Souza, capitán de un buque portugués que daba la vela para Lisboa, volvió á su cautiverio, aunque pudiese valerse de su libertad, y que nadie sino él mismo hubiese respondido al jerife de su persona.

«El rey, acompañado de sus prisioneros, se encamina á Fez. Las cosas que acontecieron en este viaje fueron tantas y tan desgraciadas, que uno no sabe si son indecibles ó si no salen de los límites de la humana paciencia; por esto las pasaré en silencio. Si los interesados en esta desdicha oyese recordado su infortunio, creo que esto equivaldría á imponerles otra vez el mismo tormento, y no es justo que tantos quebrantos se padezcan tantas veces.

«Llegados á Fez, no mejoró la suerte de los cristianos. Había muchísimos á quienes sus amos tenían en las cárceles públicas, para que se rescatasen á subido precio; allí dormían en el duro suelo, y no tenían mas alimento que manjares asquerosos arrancados á la compasión de los criminales encerrados con ellos, y que de este modo partían las limosnas que les llevaban. Otros se afanaban en moler trigo ó cebada con una muela de mano, ó bien cardaban lana á destajo, de modo que despues de haber trabajado todo el día sin descanso, no les quedaba de huelga mas que una cortísima parte de la noche, no quedándoles ni una siquiera para descansar. Algunos iban á trabajar por los huertos y las viñas, y estos estaban menos mal, porque podían descansar de noche. ¿Pero qué dirémos de los que tenían cinco ó seis amos á quienes alternativamente servían durante toda la semana, padeciendo cada día los antojos de una índole nueva y el peso de un nuevo trabajo? pues por escaso que fuese el derecho de cada uno de ellos sobre el miserable cautivo, en tratándose de tormentos, dirían que aquel derecho era entero. Los había mas infelices aun; á quienes sus amos tenían aherrajados con pesados grillos de día y encerrados de noche en calabozos hediondos, sin ver á alma viviente; cuanto mas ani-

mosamente sufrían, mas triste se ponía su situación, por cuantos alien to hacia concebir á los Moros grande aprecio de sus prendas, por donde aumentaban el precio de su rescate.»

En la crónica tan interesante de la que acabamos de extraer un pasaje, hay que leer las resutas de la jornada de Alcazar. Hubo en efecto, en aquel entónces sacrificios desconocidos, pruebas heroicas de despropio, que con su grandeza rescata el éxito aciago de la batalla. Antes de doblegar la cerviz al cetro de hierro de Felipe, quiso la nobleza portuguesa cerrar dignamente aquella época grandiosa. Así los mas ricos como los mas menesterosos hicieron un pacto, hicieron fianza unos por otros. La historia contemporánea se complace en inscribir entre todos aquellos nombres el de Belchior de Amaral; y otros veinte nombres habria tan dignos de conmemoracion como aquel. Nada falta pues á la relacion que termina la época de las conquistas: constancia en los reveses, lealtad en el cumplimiento del deber, dos nobles prendas realzan á aquellos soldados humillados por un momento. Vamos á oir el postrer grito del poeta. Camoens fallece cuando la época caballeresca ha exhalado su postrer canto.

CAMOENS.

Si nos hallásemos al principio del siglo décimo séptimo, en una época en que la admiracion para Camoens era, por decirlo así, la espresion de un culto, diríamos como, sin grande esfuerzo se pudiera hallar á la familia del gran poeta un oríjen tal, que nos haria subir mucho mas allá de la edad media, y quizás á los tiempos heroicos.

Si afirmar pues con Marcial de Faria y Souza que el nombre de Camoens deriva del de Cadmo, que llevó en lo antiguo un príncipe griego, y que se impuso á un castillo de Galicia, diremos que el poeta pertenecía á una familia antigua, oriunda del pais que habia dado ya un poeta al Portugal, Macías el enamorado.

Lo que hay de positivo es que desde el año de 1370, en la época de la

grande lucha que se trabó entre Don Henrique II de Castilla y Don Fernando, el hijo de Pedro el Justiciero, un miembro de la familia de Camoens pasó á Portugal; donde fué bien recibido y se le dieron haciendas de cuantía, el señorío de algunas ciudades, y hasta la entrada en el consejo. Mas adelante, cuando las largas disensiones que ocurrieron en tiempo de Juan I, aquel antepasado de Camoens tomó partido por España, peleó contra el maestre de Avis en la jornada de Aljubarota, y de resultas de aquella circunstancia, se vió despojado de todos los bienes que bajo el reinado precedente se le habian concedido; solo le quedaron algunas tierras situadas en la provincia de Alentejo, que heredaron sus sucesores.

No seguiremos á los críticos nacionales en los pormenores puramente jeneralógicos que nos dan sobre este punto. Bastará que recordemos que un Juan Vas de Camoens descolló bajo el reinado de Alfonso V, y que su nieto Simon Vas de Camoens, casado con Ana de Sae Macedo, fué padre del poeta. Nació Luis de Camoens en 1524, cabalmente en el tiempo en que Vasco de Gama, saliendo por tercera vez de Portugal, pasaba de virey á las Indias, donde debía morir.

Los padres de Camoens vivian en Lisboa en el barrio de la Mourania, parroquia de San Sebastian. El poeta nació en esta ciudad. Un exámen detenido de los hechos nos obliga á rechazar las pretensiones que sobre este punto han producido Santarem y Coimbra. Los biógrafos contemporáneos no contienen, por decirlo así, ninguna noticia en orden á la infancia de Camoens; lo único que se sabe, merced á las inducciones de la crítica moderna, es que perdió á su madre muy temprano, y que sirviendo su padre probablemente en expediciones lejanas en clase de capitán de buque, no pudo recibir de él ni consejos frecuentes ni cuidados muy asiduos. ¿Frecuentó en Lisboa, en los primeros años de su niñez, aquella escuela de Santa Cruz, para la cual el padre Bras de Barros habia pedi-

do á Paris algunos hábiles profesores? ¿Esperaron para hacerle seguir sus cursos, que la universidad se hubiese trasladado á Coimbra, lo que no se verificó hasta el año de 1537? ¿No llegó él á esta ciudad hasta el año 1539, según lo supone un sabio crítico portugués? Arduo se hace en el día decidirlo. Lo cierto es que debió de hallar en Coimbra, á su llegada, los cuidados mas esmerados para su instruccion, así como los profesores mas inteligentes. Sin contar los sabios nacionales que habian ido á ella, y cuyos nombres se han conservado, así la Francia como la Alemania y la España habian contribuido, por el afán de Joao III, á que la universidad, cuyas instituciones renovaba, adquiriese luego el mayor grado de esplendor. Diego de Gouvea, el antiguo rector de la universidad de Paris, el que se jactaba de haber servido bajo cinco reyes en Portugal y bajo cuatro reyes en Francia, Gouvea, á quien se consideraba como uno de los mas hábiles humanistas de su tiempo, ocupaba el primer lugar en la enseñanza desde el año de 1539. El profesor de griego de que habla Glenardo con tanto entusiasmo, y de quien recibió Camoens las lecciones según toda probabilidad, era Vicente Fabricio, que llegado de Alemania á Portugal en 1534, profesó al principio en Lisboa y despues en Coimbra por espacio de once años. Por muy ilustrados que fuesen estos hombres, no corría solamente á su cargo la enseñanza entónces; cuando con ellos se habian iniciado los jóvenes en las bellezas de la literatura antigua, podian estudiar tambien la cosmografía y las matemáticas sublimes bajo la direccion de aquel famoso Pedro Nuñez, cuya fama era entónces europea. Si no querian ser estraños á la medicina, á la historia natural, tal como á la sazón la entendian, no faltaban tampoco profesores. Además de los alumnos del hábil García de Orta, que seguian sus cursos en la Península, habia llegado á Coimbra un profesor de la antigua universidad de Paris, Brissot, para combatir á los partidarios exclusivos de

la doctrina árabe y realzar los sabios principios de Hipócrates.

Dicen que había en Coimbra, en una de las salas dedicadas al estudio, una estatua de la Sabiduría, que era también la de la Ciencia, tal como la entendía la edad media. En la base estaba grabada en caracteres góticos esta inscripción:

AMICE, SEQUERE ME, ET NON
DIMITTAM TE DISCE VIVERE IN SERVI-
TUTE ET MORI IN PAUPERTATE....

Dirían que allí estaba aquella antigua estatua de la Sapiencia para narrar la vida toda del poeta. Antes de llevar los grillos de la esclavitud, antes de morir en la pobreza, escuchó todas las enseñanzas. Aprendió con los hábiles profesores que he nombrado cuanto podía aprenderse en su tiempo. No solo se familiarizó con los poetas de la antigüedad, sino que conoció también las ciencias, y estudió sobre todo con especial cariño la historia de su país.

Terminados sus estudios, Luis de Camoens volvió á Lisboa, y se sabe que durante los años que mediaron hasta 1550, se amistó con hombres de alta valía, entre quienes pudiéramos citar á aquel Don Constantino de Braganza, á quien encontró después en las Indias, y á aquel D. Manuel de Portugal, hijo del conde de Vimioso, á quien celebró en sus versos. Aquellos señores gozaban de suma consideración, ejercían en Lisboa un influjo real; supieron adivinar el númen de poeta, y es probable que le facilitasen honrosas relaciones.

Llegado ya á la mitad de su carrera, Camoens prorrumpe en uno de aquellos trozos en que con mayor energía se pintan su sensibilidad ardorosa y sus recuerdos: «¡Oh! ¡quien me arrebatara en medio de las flores de mi mocedad!» Porque recuerda siempre, á pesar de las revueltas de una vida agitada, sus primeros tiempos que pasó en ocios tan amenos en las orillas del Tajo, en la embriaguez de una pasión primera; porque ni la pobreza, ni la calumnia, ni la persecución pueden borrar de su fantasía aquellos primeros

años de embéleso que debían empujar sus desdichas. Camoens amo y probablemente fué amado; sin entretenernos en labrar la novela de su vida, diremos que su pasión primera se encaminó á una dama de alta cuna; á cuya mano sin duda le hubiera sido árduo aspirar; pero repetirémos con uno de sus biógrafos mas agudos: «Mas fácil nos fuera pintar á la querida de nuestro poeta que decir su nombre. Muchos retratos ha pintado de ella Camoens, pero jamás la ha nombrado.»

Es este un misterio impenetrable. Y sin duda que un secreto tan bien guardado, que burla todas las pesquisas, muestra cierto pudor y reserva que es forzoso respetar. Así que no imitaré la indiscreta curiosidad de algunos críticos, no trataré de descubrir el misterio con que el poeta ha velado el nombre de su Beatriz.

Al leer actualmente los versos admirables que aquel primer amor inspiró á Camoens, al penetrarse bien del sentido de aquellas vivas expresiones que pintan á menudo un amor inquieto, mas bien que un amor desdeñado, árduo se hace suponer que no fuese correspondido; el biógrafo inglés del poeta, M. John Adamson, no titubeaba en admitir que fué su objeto doña Catalina de Atayde; y según su modo de ver, le hizo mella una pasión tan ardorosa y tan noblemente expresada; lo que parece casi demostrado es que aquel amor fué la causa del destierro del poeta.

Un escritor portugués cuya ciencia es incontestable, pero á quien el carácter de que está revestido hace ciertamente harto escéptico sobre este punto, Don Alejandro Lobo, niega por decirlo así los amores de Camoens, mas no puede negar su destierro. El destierro está comprobado con evidencia, según él mismo se expresa en la tercera elegía. El punto donde Camoens estuvo detenido fué sin la menor duda, alguna ciudad situada á orillas del Tajo, mas arriba de Lisboa; Faria y Souza se inclina á creer que fuese Santarem; es cierto que ni la elegía III ni la histo-

ria designan este lugar con precisión; tampoco está establecida de un modo bien positivo la época del destierro; podemos suponer sin embargo con el erudito prelado que tan laboriosamente ha discutido los mas pequeños pormenores de esta biografía, que debe fijarse entre 1545 y 1550.

Camoens volvió por fin de destierro y residió probablemente en Lisboa. Los disgustos que habia pasado, la situación desagradable en que se hallaba, le determinaron á marcharse. Su primer intento era partir para la India en 1550 con el virey Don Alfonso de Noroña; pero motivos que no han podido deslindar le movieron á pasar de preferencia á Africa. Fué pues á Ceuta. En una pieza muy interesante que nos ha conservado García de Resende, un poeta muy anterior á Camoens, no nos hace una pintura muy lisonjera del modo como vivian los Portugueses en aquella ciudad, y sobre todo de la moralidad que allí reinaba. Pero sea como fuere, aquella residencia era considerada como una escuela, donde los jóvenes que se destinaban para la carrera militar hallaban excelente enseñanza y sobre todo mil ocasiones para descollar. «Camoens era valiente, dice un erudito á quien no cabe tildar de parcialidad, el temple de su alma, los acontecimientos que se encuentran en su historia prueban lo dicho; por otra parte era el valor una prenda inherente á su nacion; él mismo se jacta de haberlo mostrado, con una injenuidad que nos mueve á creerlo.» Corrió en Africa muchísimos peligros, y á esta época de su vida debemos referir los versos de la *Cansam*, donde dice que Marte le hizo probar sus amargos frutos. Perdió el ojo izquierdo en un encuentro con los Moros, delante de Ceuta; algunos escritores han supuesto que se hallaba á la sazón á bordo de un buque mandado por su padre.»

Segun los cálculos mas probables, Camoens no permaneció en Africa mas que dos años, y en 1552 volvió á Lisboa. La fortuna no le fué entonces mas propicia que antes; sus ser-

vicios fueron desconocidos; su talento fué probablemente reconocido, mas no premiado. Su situacion se hacia mas y mas triste; su corazon fué valerosamente afectado; algunos biógrafos suponen que por aquel tiempo murió su idolatrada Natorcia (1); segun otros sucedió esta desgracia mas tarde. Pero sea como fuere, realizó el proyecto que habia formado dos años antes; y en 1553, se embarcó para la India, en el bajel *San Benito*, mandado por Fernando Alvarez Cabral. Un grito doloroso que exhala el poeta nos da bastante á comprender cual era entónces el estado de su alma; al salir del Tajo, repitió las palabras de Escipion: *Ingrata patria, non possidebis ossa mea*. El viento que hinchaba las velas se llevó sus imprecaciones, y pocas horas despues, andaban sus ojos buscando por el horizonte las sombras fugaces de las montañas de la patria y de las frescas colinas de Cintra.

Componíase la expedicion de cuatro embarcaciones; asaltóla una tormenta que dispersó la escuadra. El *San Benito* fué el único buque que llegó aquel año á las Indias. A su llegada á aquel pais, Camoens halló ocasión de señalarse y la aprovechó. En la costa de Malabar, en la direccion del cabo Comorin, un reyezuelo inquietaba en la pacífica posesion de su territorio á los príncipes de Porca y de Cochín; era el soberano de la isla de Chembe, mas conocida entre los Portugueses por el nombre de Pimenta. Alfonso de Noroña, que desde largo tiempo tenia resuelta una expedicion ya indispensable, se aprovechó de la llegada del buque que mandaba Fernando Alvarez Cabral. A mediados de noviembre de 1553, salió del puerto de Goa con una poderosa escuadra de que el *San Benito* hacia parte. Así que, apenas hacia dos meses que Camoens habia llegado á la India, cuando tomaba parte en una de aquellas arriesgadas expediciones que con dificultad podemos figurarnos en el día, y en las

(1) Bajo este nombre, muy repetido en sus poesias, ha encubierto el poeta el de Catalina.

que el valor debía necesariamente suplir al número. Alfonso de Noroña salió vencedor; pero pasma la modestia con que el poeta refiere el modo como terminó aquella empresa. Al escuchar aquellas palabras tan nobles y sencillas, se echa de ver que es verdaderamente de la raza de aquellos Portugueses, cuya memoria eternizará y á quienes hará hablar con tanto señorío. Sin terminar completamente la guerra, había D. Alfonso alcanzado el objeto que con aquella expedicion se había propuesto; Chembé y las ciudades de los contornos habían sido asoladas; el aliado de los Portugueses debía considerarse bastantemente vengado; y en otra circunstancia el rey de Porca podía considerarse como vasallo de Joao III; así lo exigía la política en aquel tiempo. Después de haber dejado fuerzas navales bastante considerables en aquellas aguas, D. Alfonso volvió á Goa, acompañándole Camoens, quien según toda probabilidad, llegó á aquel pueblo en 1554. La residencia que hizo el poeta en la capital de las Indias portuguesas no fué tampoco de larga duracion. Habiendo sucedido el virey D. Pedro de Mascareñas, el 23 de setiembre, al gobierno de Alfonso de Noroña, se resolvió hacer otra expedicion. Armaron tres buques mayores y cinco menores; mas no se trataba esta vez de nuevas conquistas; tratábase solamente de ir á caza de un corsario que, merced á su intrepidez, se había granjeado cierta preponderancia en los mares de la India, y que había causado graves quebrantos al comercio de los Portugueses. El mando de la escuadrilla se encargó á Manuel de Vasconcellos, capitán de edad madura, dotado de suma inteligencia, y que ya había descollado en el mar Rojo. Embarcóse otra vez Camoens para hacer parte de esta expedicion; y salió de Goa por el mes de febrero de 1555.

La escuadra siguió su derrota hasta que avistó las costas de Arabia; y á tenor de la órden que había recibido, fondeó delante del monte Félix, al norte del cabo Guardafuê para aguardar los buques que debían

llegar de Achem. Después de haber estado por aquellas aguas hasta el fin del monzon, la escuadra pasó á invernar en Mascate á la entrada del golfo Pérsico. Llevaba el encargo de proteger las naves que pasaban de Ormuz á Goa, pero no pareció el terrible corsario, Safar, de quien hemos hablado. Bajo un clima pernicioso, á la vista de aquellas playas estériles y desiertas, los Portugueses no hallaron ninguna ocasion de distinguirse, y nada les interrumpió el tedio de aquel largo crucero. Pero el poeta ha animado con todo el ardor de su pasión, con toda la magnificencia de su númen, aquella temporada tan monótona en apariencia de una vida aventurera.

Después de haber internado en Mascate, la escuadra regresó á Goa. Todavía no había pasado un año, y ya había ocurrido una gran mudanza política. Francisco Barreto había sucedido en el gobierno al viejo Mascareñas.

No había llegado Goa aun á aquel punto de desmoralización á que llegó mas tarde; pero la mezcla de opulencia y venalidad, de orgullo y de bajeza, que ya entónces se echaba de ver en ella, escitó la sátira del poeta; la actitud de la autoridad fué lo que sin duda le inspiró la pieza que se ha insertado en sus obras con el título de *Disparates na India*. Si no es difícil caracterizar esta pieza, no es tan fácil comprenderla; en medio de ciertas alusiones que se dejan entender fácilmente, hay otra que es poco menos que imposible interpretar á derechas, porque se echa de ver desde luego que se requería al intento un comentario dado por el mismo poeta, ó un conocimiento minucioso de la crónica escandalosa de Goa. Los mas de los biógrafos han visto en los *Disparates na India* la causa única del destierro por donde otra vez hubo de pasar Luis de Camoens; y otros no ven en ellos causa suficiente para tamaño rigor. Sea como fuere, parece cierto que Francisco Barreto, que desde el 16 de junio de 1555 había sucedido al valiente Mascareñas, se dió por muy ofendido, y que en

aquel mismo año obligó al poeta á salir de Goa y á pasar á las Molucas. Sin admitir todas las razones de que se sirve un escritor portugués para paliar la conducta del gobernador, repetiríamos gustosos con aquel erudito, que hubo cierta compensacion de tanto rigor, á no aparecer demostrado hoy día que el beneficio concedido á Camoens lo fué por otro gobernador.

Para pasar al lugar de su destierro Camoens hubo de recalar, segun se cree, en Malaca, y seguir despues hasta las Molucas; hubo de recalar en Ternate; pero parece que esta última circunstancia es dudosa. Lo cierto es que en 1559, en la época en que D. Constantino de Braganza empuñó las riendas de la administracion, residia en Macao con un empleo honorífico, pues era ya curador de sucesiones.

Hariase el lector una idea muy equivocada de aquella ciudad donde Camoens debia pasar los últimos tiempos de su destierro, si se la representase tal cual era hace poco, esto es, el depósito vivo, activo y animado del comercio de la Europa con la China. Poco antes de la época de que estamos hablando, habian los Portugueses puesto los ojos en aquel estrecho espacio de tierra, que forma la punta mas septentrional de la gran bahía, conocida hoy día por el nombre de *Boca Tigris*. Allí habian fundado una ciudad, que creció prontamente, y que desde su orijen hubo de ofrecer cierta importancia, pero que ciertamente era muy diferente de lo que ha venido á ser despues. Parece que Camoens llevó en aquella ciudad una vida solitaria, aunque mas sossegada que la que habia llevado hasta entónces. La tradicion nos lo muestra trepando diariamente los peñascos de granito que se hallan á alguna distancia de la ciudad, y refujiándose en la gruta de Patane; desde allí contemplaba el Océano y podia recoger sus grandes recuerdos. Allí fué sin duda donde recibió sus mas nobles inspiraciones; y con todo esto, el sencillo monumento que se le ha dedicado no es el homenaje de un Portugués.

Camoens vivió algunos años en Macao; pero segun juiciosamente se ha observado, el empleo que ocupaba en aquella ciudad se desavenia con sus hábitos guerreros y su amor ardiente de la gloria; no obstante era para él un medio de salir de aquella miseria contra la cual estaba batallando ya hacia tanto tiempo; sus diversos biógrafos anuncian como cosa positiva que acumuló en el ejercicio de aquel empleo beneficios bastante cuantiosos para vivir en adelante al abrigo de la miseria. Desde aquel punto comenzó á pensar en salir de aquel lugar de destierro.

Francisco Barreto no tenia ya el poder en sus manos; pues D. Constantino de Braganza era quien, con él título de virey, gobernaba las Indias portuguesas; ocupaba aquel puesto importante desde el 3 de setiembre de 1558, cuando Camoens resolvió abandonar la triste mansion donde habia permanecido por espacio de tres años. El favor de que en otro tiempo habia gozado con Don Constantino, cuando vivia en Lisboa, las disposiciones benévolas que este habia mostrado siempre á los hombres jenerosos é instruidos, todo debia hacer suponer á Camoens que lejos de ser perseguido en Goa, se veria allí bien recibido y protegido; embarcóse pues en Macao con cuanto poseia, y si hemos de dar crédito á Pedro de Mariz, con algun dinero propio de la compañía de negociantes. Es de creer que de todos sus viajes este fué el que emprendió con mas gusto; volvia de destierro, iba á ver de nuevo á sus hermanos de armas; iba á gozar en medio de sus amigos de una fortuna adquirida con tantos afanes. Pero todo esto no fué mas que un sueño; ya habia pasado las tierras de la Cochinchina, iba á entrar en el golfo de Siam, cuando una tormenta horrorosa arrojó su buque contra la costa y lo hizo trozos. Salvóse no obstante Camoens y consiguió salvar las *Lusiadas*. El poeta ha contado con una sencillez admirable este episodio de su viaje, y cuando hubo adquirido la triste certeza de que no habria para él ni fortuna ni sosiego, pero que habria una fama lejana, di-

rijió á aquel río hermoso, cuyas orillas le habian servido de asilo, algunos versos embelesantes, en los que dió su gloria tardía y su reconocimiento.

Camoens permaneció algun tiempo en las orillas del Mecom; y segun toda probabilidad allí compuso las admirables redondillas en las que parafrasea el salmo *Super flumina Babylonis*. Sin duda no hay prueba que lo demuestre; pero es aquello un recuerdo de dolor y de destierro que se enlaza muy bien con esta época de la vida del poeta, para que quepa separarlo de esta. Ya fuese que recibiese en aquel pais remoto una hospitalidad que le retuviese por algunos meses; ya fuese que no hallase ocasion favorable para volver á Goa, piérdense durante algun tiempo las huellas de Camoens, pues no le hallamos otra vez en la capital de las Indias hasta 1561.

¿ Estaba solo por ventura? ¿ acaso tenia ya á su lado, cuando su naufragio, á Antonio, el esclavo javanés? ¿ estuvo asistido por ventura por aquel noble compañero, que partió con él su miseria en Lisboa y la alivió? Este hecho interesante está resuelto solamente por un autor; pero yo diré, con el ingenioso escritor que pone esta pregunta y que halla una respuesta afirmativa en el P. Nicéron, que tal noticia es de sumo precio, y que el lector se complace en ver comenzar, por aquella comunidad de peligros, el cariño tan tierno del javanés y de su amo.

Camoens se fijó otra vez en Goa. Ningun escritor contemporáneo nos ha enterado de como pasó aquel primer tiempo. Pero la conducta del poeta fué entónces la que habia sido siempre, firme y digna; este homenaje no puede menos de tributarle el escritor cuya critica se detiene en general delante de todo arranque de entusiasmo: « Halló en el corazon magnánimo del virey D. Constantino, dice, el favor y la acogida que de él se prometia; la gratitud le movió á dirigirle la pieza bien conocida que empieza con una imitacion evidente de la epístola dirigida por Horacio á Augusto.... D. Constantino

era omnipotente en la India y muy poderoso tambien en el reino entero; y no obstante la esperanza de conseguir sus finezas no puede arrancar á Camoens alabanzas serviles, elojios vergonzosamente prodigados. Él se consideraba tiránicamente perseguido por Francisco Barreto; y bien que el vituperio de aquel á quien sucede suena siempre halagüeñamente á los oídos del sucesor, si aludió de paso á la prodigalidad notoria y vituperada del gobierno de Barreto, tuvo el poeta la delicada jenerosidad de no pronunciar el nombre de su enemigo. »

El gobierno de D. Constantino de Braganza era lo que debia ser en un pais donde la corrupcion rebosaba por todos lados. Este noble reformador no pudo empero amparar por mucho tiempo al poeta; pues en setiembre de 1561 le sucedió en el reinado de las Indias el conde de Redondo, D. Francisco Cautiño. La fama del poeta habia ido en aumento; el nuevo virey apreciaba, segun dicen, su talento; no tenia odio á su persona; y no obstante sus enemigos comprendieron que si osaban atacarle, ya no le defenderia una mano poderosa. No solo el lenguaje de Camoens seguia siendo lo que siempre habia sido, osado con los señores, burlon con los cobardes, implacable con los malvados; sino que mas de un personaje señalado antes en los *Disparates* vivia aun, y sin duda no habia perdido la esperanza de vengarse. Así fué que el poeta, por una acusacion baladí, fué encarcelado, y quizás en una de las prisiones de Goa compuso el poeta algunos de aquellos versos inmortales que tambien pintan el amor de una libertad jenerosa.

El cargo hecho á Camoens no se ha formulado nunca de un modo positivo; si bien hay la certeza de que sus enemigos eran poderosos, jamás se han sabido los nombres de sus acusadores, ni cuales eran las inculpaciones que producian. Manuel de Faria y Souza habla vagamente de algunos rumores que la malevolencia hizo correr; dice que se imputaron al poeta ciertas malversaciones

durante el tiempo de su administracion en el Macao, pero nada dice preciso sobre este punto; lo cierto es que Camoens triunfó noblemente de aquella calumnia odiosa. Revocóse la orden que lo habia metido en un calabozo.

Segun algunos autores que han viajado por el Oriente en aquel tiempo, las cárceles, tales como estaban organizadas en las Indias portuguesas, eran horrosas. Emanaciones horribles infectaban allí el aire; los presos vivian solamente de las dádivas de la caridad pública, y allí estaban barajados los criminales, de todo jaez: tal era la de Goa, menos horrosas no obstante que la de Cochín, ó la mazmorra subterránea. La inocencia de Camoens estaba reconocida, y sin embargo no salió de aquel deplorable encierro. Y al recordar esta larga serie de desdichas, es lo más triste el decir que quien le retuvo en la cárcel fué un hombre cuyo valor y cuyos servicios pondera la historia. Miguel Rodriguez Coutinho, apellidado *Fios Secos*, se constituyó acreedor desapiadado del poeta. Rico y poderoso, olvidó lo que se debía á sí mismo, lo que debía á aquella altanera nobleza de Portugal de que él hacia parte. Camoens no salió de la cárcel hasta despues que se hubo dirigido al virey. Una epigrama muy aguda, y que se ha conservado, le vengó de sus perseguidores.

Lo único que sabemos despues es que Camoens se ausentó frecuentemente de la capital de las Indias portuguesas para tomar parte en una multitud de empresas militares. Despues de haber acompañado á las escuadrillas que pasaban diariamente á Mangalore, á Daman, á Malacá, y hasta á las islas lejanas del mar de las Indias, volvía á invernar en Goa; allí sí solicitaba alguna gracia del virey, no era para él, sino para algun soldado valeroso como Heitor da Silveira, que habia pensado mas en la buena fama que en el dinero, para algun sabio errante y sin recursos, para aquel García de Orta, por ejemplo, que habia profesado en Coimbra, y que dando la espalda á una

vida pacífica por amor á la ciencia estaba ya desde entónces preparando los materiales de una obra preciosa cuya gloria le arrebató la España.

De este modo vivió Camoens durante algunos años; pero hácia el fin de su residencia en el Oriente, manifestóse en él una dolorosa mudanza. No se ha insistido bastante en esta especie de revolucion que se fué labrando por grados en su carácter. Manuel de Faria y Souza habla de ella con una sinceridad tan injenua que no podemos menos de valernos de sus propias espresiones. Dice así: «Era naturalmente propenso á la alegría y muy chistoso; solia decir y hacer mil cosas galantes, dignas de un caballero y de un cortesano; pero durante los últimos años que pasó en la India, empezó á abandonarse á la melancolía y á la tristeza.»

¿Acaso eran sus tristes recuerdos la causa principal de esta mudanza? ¿Acaso estaba ya el poeta previendo la triste suerte que en su patria le aguardaba? Es de suponer que á las dolorosas preocupaciones cuya razon inmediata se puede hallar en los desengaños de su juventud y de su edad madura, juntaba la viva inquietud de lo que estaba pasando á la sazón en las Indias y en Europa. Por otra parte considérase esta temporada de su vida como una de aquellas en las que con mayor ahínco se dedicó al estudio; sentia sin duda aquella necesidad de embebecimientos solitarios que experimenta siempre el poeta cuando tras los primeros arranques de la imaginacion sucede el tormento de una correccion minuciosa.

Ya no pensaba Camoens en la fortuna, ya no sentia mas que un deseo, el de volver á ver á su patria. A pesar de la estremada pobreza á que se veia reducido, obedeció á aquel secreto impulso; pero le obedeció como podía, continuando su vida aventurera y acercándose gradualmente á los sitios donde, á pesar de su primer juramento, queria ir á morir. Pedro Barreto Rolim, pariente del gobernador Francisco Barreto, acababa de suceder á Fernando Martin Freire, en la administracion de la capi-



Imprimeur de Paris

Sebastião de Carvalho Marquês de Pombal.

Sebastian de Carvalho Marquês de Pombal



tania de Mozambique, y se disponia á partir para aquella residencia; gustábele la compañía del poeta, y le propuso llevarle consigo. Creyendo Camoens en la sinceridad de sus promesas, se embarcó con él para Sofala á fines de 1567. Cuando hubo llegado á aquella region del Africa oriental, no se sabe bien á las claras lo que pasó entre él y el nuevo gobernador de Mozambique. Ya fuese veleidad de Pedro Barreto, ya fuese noble orgullo de parte de Camoens, que no pudo resolverse á sufrir ciertas exigencias humillantes, lo cierto es que sobrevino un rompimiento completo entre él y el supuesto protector. Basta echar una ojeada á las relaciones de aquel tiempo y figurarse el estado de Sofala en el siglo XVI para hacerse una idea de cual debió de ser entónces la posición del poeta; bastará una sola frase de Diego de Couto para que de ella nos hagamos cargo: «Vióle, segun dice, vivir de la compasion de sus amigos.»

Esta posicion dolorosa debia tener un término cercano; habiendo Don Luis de Atayde sucedido, el 10 de setiembre á D. Antao de Noroña, este se embarcó por febrero del año siguiente, para Portugal, y recaló en las costas de Mozambique; acompañábanle varios caballeros entre los cuales se hallaba aquel diligente cronista cuyo testimonio mas de una vez hemos invocado, y que, gracias á su franqueza de soldado, no ha encubierto nada de las nobles miserias del poeta. Heitor da Silveira, Antonio Cabral, Luis de Veiga, Duarte de Abreu, Antonio Ferrao, con otros hombres jenerosos cuyos nombres no han llegado hasta nosotros, sacaron al autor de las *Lusiadas* de la situacion deplorable en que se hallaba en Sofala; ofreciéronle el pasaje en el buque que los llevaba de las Indias á Portugal. Hasta fué preciso que el antiguo compañero de Luis de Camoens, que su *marinero*, pidiese á algunos amigos la ropa blanca imprescindible para tan larga travesía; él mismo lo confiesa injenuamente.

Lo que no ha dicho Diego de Couto,

pero lo que no ha olvidado Faria y Souza en su jenerosa indignacion, es que fué preciso pagar al gobernador de Mozambique algunas deudas contraidas con él por el hombre cuyo talento apreciaba, y á quien, habia rogado que le siguiese; tratábase de veinte mil reis que debia el poeta (1), y que hubo de pagar Heitor da Silveira. «De este modo, dice el historiador, se compró la libertad de Camoens y el honor de Pedro Barreto.»

El hombre que mas inflexible se muestra con el poeta cuando de sus flaquezas se trata, el escritor austero que tan á menudo ha procurado hablar las injusticias de sus enemigos, le admira aquí en su verdadera grandeza, y dice con mucha razon que Diego de Couto, quizás sin quererlo, nos ha ofrecido la prueba mas terminante que pudiese darnos de aquella enérjia de carácter que parece haber sido el rasgo descollante del hombre grande cuya vida bosquejamos. «Los malos tratamientos con que le abrumó Pedro Barreto, aquella dureza que era casi una alevosía en el caso de que se trata, los padecimientos que sufrió en una costa casi bárbara del Africa oriental, la escasa esperanza que tenia de salir de aquella especie de cautiverio, no bastaron para conmover la tranquilidad y confianza de Camoens. Couto refiere que en medio de todas sus desdichas acabó de dar la última mano á sus *Lusiadas* para darlas á la imprenta; tambien trabajaba mucho en una obra llena de enseñanza, de erudicion y filosofía.»

En noviembre de 1568 recibió el buque la *Santa Fé*, al autor de las *Lusiadas* y se alejó de las costas de Africa. El viaje fué feliz, pero un acontecimiento doloroso señaló la vuelta tan anhelada. Ya habian llegado al postrer dia de aquella larga navegacion; ya iban á divisar las alturas de Cintra, cuando falleció el amigo mas fiel de Camoens, el hombre en quien habia puesto quizás todas sus esperanzas. Aquel cuyo nom-

(1) Unos 400 reales.

bre no se cansa el poeta de repetir en los tiempos prósperos y adversos, murió á la vista de la costa. Con él se volaron quizás las postreras esperanzas de un mejor porvenir. Pero esto era una desgracia particular; al cabo de pocas horas iba Camoens á ser testigo de una calamidad horrosa; pues la peste estaba haciendo estragos en Lisboa.

Algunos historiadores nos han hablado de este acontecimiento, y son unánimes en su relacion; jamás el azote horrible, que tantas veces habian visto aparecer durante la edad media, pero cuya memoria habia casi desaparecido, habia causado á los pueblos tan grande pavor. Justificaba el desconuelo el esceso del mal; segun algunos cronistas hubo dia en que perecieron seiscientas personas; y en el espacio de tiempo que medió desde los últimos meses de 1568 hasta fines de 1569, perecieron setenta mil habitantes. En la época en que la *Santa Fé* fondeó en el puerto de Lisboa, ya empezaba á menguar la plaga; con todo esto el temor era causa de que no se mitigasen las precauciones que aquel habia impuesto. El desembocadero del Tajo estaba rigurosamente cerrado, y para conseguir la entrada fué preciso que Diego de Couto, que iba en otro buque pasase á Cascaes, y de allá á Almeirim, donde se habia refugiado la corte. Allí alcanzó una orden que permitia á los buques que estaban á la vista de las costas fondear en el puerto. Todo esto acaeció en abril de 1570. Camoens no volvió á ver á Lisboa hasta el mes de junio siguiente: esto es, mas de diez y siete años despues de su partida.

Ya hacia trece años que habia muerto Joao III, y el estado del pais habia variado mucho. Una rejencia laboriosa, ajitada por pretensiones contrapuestas, y que á pesar de esto no cabia la dicha de conservar; un príncipe mozo sin poder real para hacer el bien, y dotado no obstante de peregrinas prendas, puesto que el venerable obispo de Silves no podia menos de exclamar: « ¡Ay del Portugal que tiene un rey tan digno de ser querido, y tan aborrecido no obs-

tante á causa de las personas de su consejo! » todas estas consideraciones hubieron de encarnar en el alma de Camoens é inspirarle las palabras jenerosas que dirigió al monarca todavía niño. Si todo habia variado en política, todo habia cambiado asimismo en los hábitos de la nacion. Nada quedaba por decirlo así de aquel esplendor « y de aquellas gracias reales, dice un escritor de aquel tiempo, que embellecian á la corte bajo el reinado precedente ». Ya no habia bailes magníficos, ya no habia aquellas fiestas cual sabia disponerlas el infante D. Luis, ya no habia aquellas representaciones dramáticas, en las cuales Gil Vicente, autor y actor á la vez, daba vuelo á su originalidad. Parecia que el sentimiento del arte se habia apagado momentáneamente, así como se habia apagado aquel teson, aquella perseverancia, que, durante las conquistas, lo habia organizado todo.

No sabemos de que modo empleó el poeta los dos primeros años que pasó en Lisboa en medio de aquellas luchas deplorables del poder. Lo que podemos fácilmente asegurar es que el desaliento político que se hacia sentir, hasta en los corazones mas firmes, hubo de ceder ante él parte del númen que consagraba la antigua gloria nacional. En 1572, Camoens publicó su poema, y lo que hasta entónces no habia tenido ejemplar en Portugal, las *Lusiadas* tuvieron una segunda edicion en el mismo año. La emocion profunda que escitó aquella noble poesia cundió por todas las clases de la sociedad. El éxito fué inmenso; hubo por decirlo así renovacion del espíritu nacional; la obra vino á ser popular. Aquí dejaremos hablar con su estilo tan injenuo y tan pintoresco al viejo escritor que se jacta de haber estudiado por espacio de veinte años aquel libro hermoso, y que tiene tanta mayor confianza en ciertas tradiciones, por cuanto su abuelo, Estacio de Faria, habia sido el amigo del poeta.

« Es muy cierto, dice, que sus escritos fueron muy estimados hasta en vida suya, y que por este motivo su

persona causaba admiracion en Lisboa; pues no bien aparecia en alguna calle, todos los transeuntes se paraban hasta que le perdian de vista. Y sucedia esto cuando, despues de su regreso de la India, habiendo arriado la espada, andaba apoyado en una muleta. De este modo iba los mas de los dias, con todas sus dolencias, todos sus años, á oir la leccion de teología que se hacia entonces en el convento de Santo Domingo, sentándose entre todos aquellos oyentes mozos, como si él mismo hubiese sido otro de los alumnos».

Faria y Souza continúa esta narracion tierna; nos cuenta en pocas palabras de que modo pasaba aquella vida angustiosa, cuya única distraccion era una leccion de teología. « Llegó al estremo de vivir de limosnas, y el que por él las pedia al anocheecer era un esclavo llamado Antonio, natural de Java. Un dia Ruy Gonzalez (léase Ruy Diaz) de Cámara, caballero ilustre, le rogó que tradujese en portugués los siete salmos penitenciaros. Habiendo meditado algun tiempo y no habiendo hechas mas que algunas estanzas, quejóse aquel de que no las acababa, á pesar de haber escrito tantos y tan hermosos poemas. Contestóle Camoens: « Cuando yo los hacia, hallábame en edad florida y favorecido por las damas; tenia yo entonces lo necesario; ahora me falta, y tan completamente, que allí está Antonio que me pide cuatro *moedas* para comprar carbon, y yo no puedo dárselas». ¡ Oh desdicha! el rey D. Sebastian, por la dedicatoria del poema épico, habia dado á Camoens quince mil reis (1) de pension, y se los pagaban tan puntualmente que el poeta solia decir que rogaria al rey que conmutasen sus quince mil reis en quince mil azotes á los ministros de quienes aquel pago dependia.

Un erudito portugués, que ha leído ciertamente como nosotros los curiosos pormenores que aquí citamos con toda su sencillez, se compla-

ce en enumerar á los hombres distinguidos con quienes Camoens habian conservado relaciones; cita sobre todo á Gonzalo Coutiño de la casa de Marialva; habla de aquella ilustre familia de Vimioso, cuyos miembros profesaban al poeta particular aprecio, como que los frecuentaba libremente. Y no obstante, léase en el historiador que he citado mas arriba estas tristes palabras: « Una mulata llamada Bárbara, sabedora de su miseria, le daba á veces un plato de lo que ella vendia, y á veces tambien algun dinero procedente de su venta ».

Mientras que el poeta procura consolarse de sus quebrantos oyendo á los sabios religiosos del convento de Santo Domingo, fieles al plan que nos hemos trazado, trataremos de indicar cual fué el carácter real del movimiento que se manifestó en la poesia bajo el reinado de D. Sebastian, y en que relaciones Luis de Camoens, leído ya y admirado, se halló con sus contemporáneos. Basta para probarlo un rápido exámen de los hechos; aislado á los principios, el poeta lo estuvo tambien en sus dias postreros; no ejerció ningun influjo sobre los hombres que debian comprenderle y que podian juzgarle. Y sin embargo habian sucedido célebres escritores á Sa de Miranda, á Antonio Ferreira, á Gil Vicente. En los unos hubo probablemente envidia, terror pueril de ver desvanecerse una fama en su cuna; en los otros puede esplicarse este olvido culpable con el aislamiento en que vivian, con el firme propósito de mantenerse apartados de la corte y de no tomar parte en el movimiento de una política deplorable. El mas hábil de todos estos poetas, el único á quien con justicia se puede citar despues del autor de las *Lusiadas*, Jerónimo Corte Real, de vuelta de sus viajes á la India, vivia tranquilo en su mayorazgo de Palma, y el recuerdo de aquella noble Leonor, á cuyas desventuras habia dedicado Luis de Camoens algunos versos admirables, le suministraba el asunto de un poema heróico, centellante de bellezas, pero en el cual el color del

(1) Unos 375 reales; que, comparando el valor del metálico de entonces con nuestro tiempo, vendrian á representar unos 2000 reales en el dia.

estilo y lo patético de las situaciones están en oposicion perpetua con lo largo de las descripciones mitológicas. Este poema lo estaba meditando sin duda Corte Real desde aquel tiempo en Morgado de Palma; y no debía parecer hasta doce años después de los *Lusiadas*. Pero en la *Aus-triada*, poema español compuesto en obsequio de Juan de Austria, que debió de imprimirse por segunda vez en 1557, se hallan diversos trozos de escritores entónces favorecidos, y no asoma el nombre de Camoens. Aunque esta obra y el *Segundo sitio de Diu* fueron bien recibidas en Lisboa, nada hay en la historia literaria que pruebe que su publicacion produjese intimidad entre los dos poetas.

Verdad es que los biógrafos dicen que un tal Pedro da Costa Perestrello, que habia compuesto un poema sobre la expedicion de Vasco de Gama, renunció á publicarlo después de haber leído la *Lusiadas*; esta es quizás la única indicacion que existe del influjo de Camoens sobre algun poeta contemporáneo; pero además de que el nombre de Perestrello es absolutamente desconocido en la historia literaria, nada indica qué grado de confianza puede inspirar este hecho. El único poeta de aquel tiempo que por el temple de su ingenio fuese capaz de inclinarse de buena fe ante el poder de aquel número, fray Agustin da Cruz, no pudo conocer á Camoens, puesto que ya en 1560 tomó el hábito religioso en el pequeño convento de Santa Cruz da Serra de Cintra, y que desde aquel punto no cesó de vivir como cenobita en medio de las sierras.

El autor del Lima hubo de conocer sin duda á Camoens; se le ha acusado de haber apreciado demasiado sus obras, y tanto que se apropió parte ellas, según aseguran; pero esta grave inculpacion no se ha probado bastante; y por otra parte es el único, entre los personajes eminentes de aquella época que haya dirigido algunos elogios al autor de las *Lusiadas*.

Pocos son los hombres que por nombrar nos quedan; en todos ellos hay la misma injusticia, ó mejor di-

cho, la misma indiferencia. Ni Pedro de Andrade Caminha, el tío del valeroso capitán que se ilustró en las Indias, el poeta elegante de las cortes, ni Jorge Ferreira, el poeta dramático á la moda, ni otros muchos que, en vista de la voluminosa biografía de Barbosa, pudiéramos citar, se dignaron alargar una mano amiga á aquel *príncipe* de los poetas de la Península, á quien un pobre esclavo sustentaba de limosnas en su triste albergue de la calle de Santa Ana.

Pedro de Mariz nos dice que el leal Javanés falleció; quizás sucumbió por efecto de la miseria. Entónces debió Camoens pensar en morir, y sin duda, cuando se vió privado de los socorros de un amigo, tan humilde, pero tan noble en su rendimiento, escribió las dos cartas de las que se han conservado algunos fragmentos. Dicen así:

«¿Quién ha oído decir jamás que en tan estrecho teatro como este pobre jergon, hubiese podido la suerte dar el espectáculo de tan grandes infortunios? Y yo, cual si estos no bastasen, me pongo de su parte, por cuanto fuera orgullo el tratar de resistir á tantos males.»

«Por fin, decia en otra ocasion, acabará mi vida; y todos verán que amé tan entrañablemente á mi patria, que no solo no me dí por contento con morir en su regazo, sino que quise morir con ella.»

Llegó por fin aquella deplorable jornada de Alcázar Kebir, prevista por Osorio, y ajada por Mascareñas. Refiere un cronista que un fraile anciano, que habia seguido la expedicion á Africa, pero que habia tenido que detenerse en la playa, habiendo sabido esta noticia estando en su lecho, volvió la cabeza á un crucifijo y espiró. Cuando anunciaron este grave acontecimiento á Luis de Camoens, diciéndole que habia perecido el honor de Portugal con la antigua gloria de su patria, alzó los ojos al cielo y dijo: «¡Al menos muero con ella!»

¿Hallábase entónces sobre su miserable jergon de la calle de Santa Ana? ¿se habia refugiado acaso á un





Vasco da Gama

Vasco da Gama

hospital? La historia, que ha conservado las nobles palabras del poeta, deja muchas dudas en punto á las deplorables circunstancias de sus días postreros. Murió en Lisboa, en 1579, á la edad de cincuenta y cinco años.

No obstante un misionero, que le vió en sus momentos postreros, le vió en un hospital; y á nuestro ver, el testimonio de fray José Indio, dispuesto sobre un ejemplar de las *Lusiadas*, que perteneció á lord Holland, no puede descreerse. He aquí aquellas palabras tan tiernas y tan ingenias de Barbosa Machado:

«¡Qué cosa tan deplorable el estar viendo á un hombre de tanto número tan mal recompensado! yo le he visto morir en un hospital en Lisboa, sin una sábana que le cubriese, á aquel que había triunfado en las Indias orientales, y que había hecho cinco mil y quinientas leguas por mar.... ¡Qué poderoso consejo para los que, día y noche, se cansan en estudiar sin provecho, cual la araña que urde la tela para cojer moscas (1)!»

El cuerpo del poeta fué sepultado en la iglesia de Santa Ana, que era entonces parroquia. Su sepultura se escavó en el suelo; al principio no la distinguió de las demás ningún monumento, ninguna epitafio; y lo que quizás no se ha advertido es que el poeta que le habían antepuesto para celebrar los altos hechos de Don Sebastian en Africa, aquel Diego Bernardes, que halló en Africa el cautiverio, fué enterrado despues al lado de Camoens.

El sucesor de Don Sebastian, el cardenal rey, que apreció al parecer particularmente á Sa de Miranda, y á Antonio Ferreira, dejó pasar su reinado sin hacer cosa alguna que recordase la gloria de Camoens, mientras que el pueblo tributaba tácitamente homenaje al poeta, respetando su pobre vivienda, que desde su muerte estuvo desierta. La

tumba de la iglesia de Santa Ana seguía sin epitafio. Diez y seis años despues de la muerte de Camoens, Don Gonzalo Coutiño mandó buscar con esmero el sitio donde se le había dado sepultura; y reconocido despues de muchas dificultades, mandó trasladar las cenizas á un paraje cercano al coro de las monjas franciscanas; mandó cubrirlo con una losa sencilla de mármol, en la cual grabaron esta noble inscripcion:

AQUI YACE LUIS DE CAMOENS,
PRINCIPE
DE LOS POETAS DE SU TIEMPO.
VIVIÓ POBRE Y MISERABLEMENTE
Y MURIÓ DEL MISMO MODO.
AÑO DE MDLXXIX.

El temblor de tierra de 1755 destruyó completamente la iglesia de Santa Ana, la tumba del poeta desapareció debajo de los escombros, y desde entónces no lo ha reemplazado ningún monumento; pero debemos decir con un escritor que profesaba una especie de culto al autor de las *Lusiadas*: No pende de artificio de piedras su memoria.

Ochenta años despues, en el último sitio de Colombo, en el tiempo en que ya no vivian los Portugueses en la India sino de aquellos grandes recuerdos, los soldados cantaban, segun se asegura, en la brecha las hermosas octavas de las *Lusiadas*. Hechos tales demuestran lo que vale un poeta.

EL CARDENAL REY: SU EDUCACION;
SUS PRINCIPIOS COMO INQUISIDOR
MAYOR. — CASAMIENTO PROPUESTO
Y DESECHADO AL PUNTO. — DECLARACION DE UNA REJENCIA.

El reino todo guerrero del Portugal caía por derecho en manos de un clérigo. Refiere Leytao de Andrade que él fué el primero que pensó en escribir al reino, y que su triste carta enteró al cardenal de que era rey. Digamos algo de este devoto personaje que de un modo tan extraño sucedió á Manuel y á Joao III.

El cardenal Don Henrique había nacido el 31 de enero de 1512; así que tenía sesenta y seis años cuando su-

(1) Esta muerte lamentable se ha puesto en duda; nos consta que se han hecho hace poco en Lisboa descubrimientos de importancia relativamente á la vida privada del poeta; quizás den la solucion de este punto tan interesante.

bió al trono : según se complace en observarlo Barbosa, cuajaba un manto de nieve las campiñas de Lisboa , cuando Doña María, la segunda consorte de Don Manuel, le dió á luz, y esta circunstancia , que en Portugal es bastante rara , fué considerada , según dice el biógrafo, como un presajio de la pureza y sobre todo del candor que mas adelante mostraria el tercer hijo del rey. Estraño ha de parecer este elogio que se aplica á un príncipe que vivia en medio de una de las cortes mas ostentosas de Europa, y reservado por otra parte para venir á ser inquisidor mayor. Desde su nacimiento fué Henrique destinado para la iglesia ; el primer humanista del siglo, Clenardo, fué enviado á buscar del Brabante para enseñar las buenas letras al hermano de Joao III, y ha consignado en muchas cartas la pura felicidad que disfrutó al lado de su real alumno , en el centro de una nueva Atenas , como llama á Evora con alguna exajeracion. Desde muy temprano llovieron sobre el príncipe las dignidades eclesiásticas ; fué obispo al salir de la adolescencia , é inquisidor mayor ya en 1539 , esto es , poco tiempo despues de la institucion de aquel tribunal. Don Henrique no era cruel de suyo ; no cabe afearle ninguno de aquellos actos fanáticos propios de aquellos tiempos y lugares ; mas no se contentó con el ejercicio de sus funciones . puesto que estableció aquel temible tribunal en ciudades que hasta entónces se habian visto libres de aquel azote ; harto lo probó Coimbra , y Góa despues. Paulo III dió el capelo de cardenal al real obispo en 1545 ; y fuerza es confesar que se granjeó mas adelante bastante nombradía de ciencia y de virtud para que se tratase de ofrecerle la tiara , cuando murió el pontífice que acabamos de nombrar ; sus partidarios no pudieron conseguirlo ; pero , por un fatal encadenamiento de circunstancias , estaba reservado para Don Henrique el trono al que no podia pretender. Un príncipe que habia tenido por maestro de matemáticas al célebre Pedro Nuñez , y á quien el virtuoso amigo de Vasco habia enseñado el griego y

el latino , no cabia que fuese un soberano falto de instruccion. El hombre que habia sabido elejir por amigos á San Cárlos Borromeo , el obispo de Silves y el cardenal Sadoletto , no cabia que careciese de prendas ; mas no atesoraba las prendas de un rey. Tan pronto como se supo el desastre de Alcazar , salió Don Henrique del convento de Alcobaza , donde se habia retirado , y se hizo coronar el 28 de agosto de 1578. Un escritor , que no es bastante conocido y que debiera ser mejor apreciado , Don Agustin de Lianio , ha caracterizado perfectamente el breve reinado de este monarca , quien por su edad avanzada y sus dolencias merece alguna disculpa de su flaqueza y vacilacion que vinieron á causar la ruina del pais. « El reinado de este sacerdote , dice el historiador español , no fué mas que una penosa y humillante agonía para este gran pueblo. La parte mas gloriosa de este reinado breve y oscuro fué aquella en la que Henrique se ocupó en rescatar el cuerpo de Don Sebastian y al ejército portugués que habia caído en una dura servidumbre. Llenados que fueron aquellos deberes , no supo Henrique hacer otra cosa mas que abrumar al estado con los quebrantos inseparables del gobierno de un hombre apocado en una época tan azarosa. No obstante las cortes del reino le instaron para que se diese un sucesor , y parte del ejército queria que se casase para tenerlo. Henrique aparentó ceder á estas exigencias , y desde aquel punto se hizo ridiculo. A pesar de la desaprobacion de su amigo San Cárlos Borromeo , instó al papa Gregorio XIII para alcanzar la licencia de casarse. Faria y Souza supone que el buen viejo se hizo enviar el retrato de Catalina de Médicis ; pero este indecente afan desafina con la idea que nos da la historia de este piadoso obispo y rey , idea á la que dan un alto grado de certeza los escritos de Henrique y un testigo tan respetable como lo es el gran moralista dominico , Luis de Granada.

« La edad avanzada y las dolencias de Henrique hacian presumir que no podia ocupar el trono por mucho

tiempo; de ahí fué que el buen anciano se vió luego molestado por muchos hombres, que en medio de su indiferencia en punto á la duracion de su vida, no pensaban sino en lo que habia que hacer despues de su muerte Felipe II, rey de España, hijo de la emperatriz Isabel, hija segunda del rey Manuel, no encubria sus intentos; y la nacion portuguesa se veia amenazada del peligro, del que dos siglos antes en 1383, quando la muerte del rey Fernando, se habia visto libre por el valor de Juan I, Nuño Alvarez Pereira y Juan das Regnan, tres varones de los que mas ilustran sus anales; temió pues venir á ser lo que fué, con efecto, el dominio de un rey de Castilla. »

No faltaban otros pretendientes á la corona; citarémos á Catalina de Médicis, á la grande Isabel de Inglaterra, á Manuel Filiberto, duque de Saboya; á Catalina, duquesa de Braganza; á Don Antonio, prior do Crato (1); y sobre todo á Ranucio, príncipe hereditario de Parma. Este último pretendiente, el que contaba quizás con menos apoyo, era á los ojos de los jenealojistas el que presentaba derechos mas reales (2). Sin embargo, el príncipe que tenia las simpatías de la nacion habia ido á conquistarlas en el campo de batalla y vivia entre los Portugueses; menos feliz que Juan I, era ilejitimo como este, y para hacer triunfar sus derechos le faltaba quizás solamente otro Alvarez Pereira.

Prisionero de los Moros en la batalla de Alcazar, Don Antonio, prior do Crato, habia debido á su valor y circunspeccion el volver á Lisboa. En medio de aquellos refugiados musulmanes que habian abandonado la

ciudad de Granada y que estaban tan bien enterados de los intereses de los príncipes de Europa y de sus pretensiones, habia sabido encubrir su nacimiento, y se habia hecho rescatar como los demás cautivos sin ocasionar al reino sacrificios exorbitantes. Al principio de su residencia en Lisboa, Don Antonio habia sido bien recibido y el Cardenal rey no habia puesto reparo en darle públicamente el título de sobrino. No obstante ciertas sujestiones alevosas, procedentes probablemente de España, cambiaron luego aquellas disposiciones y hasta el lenguaje del débil monarca. Echaba este en olvido que el pretendiente era hijo de un príncipe que habia merecido el renombre de *Predilecto de Portugal*, pero el pueblo, que lo tenia muy presente, oponia el nombre del infante Don Luis á las pretensiones de los extranjeros.

Vencido por las instancias de los grandes, el rey cardenal convocó las córtes, el 11 de abril de 1579. Pero, si bien llamó á todos los príncipes que manifestaban sus intenciones, si bien nombró un tribunal encargado, despues de su muerte, de examinar los derechos que alegaba cada cual para alcanzar un trono, no tuvo el brio necesario para elejirse inmediatamente el sucesor que el pueblo de él esperaba; podia cuando menos designar secretamente al que reputaba mas digno; podia enmudecer sobre esto, por cuanto el odio antiguo que los Portugueses profesaban á Castilla era para él una prenda de que quedaria ratificado su testamento político; pero no supo ó no osó hacer nada, y todo quedó suspenso.

No obstante no fueron de larga duracion estas incertidumbres. Las discusiones borrascosas que en las córtes se suscitaban entre el duque de Braganza y el prior do Crato irritaron al rey, y le hicieron tomar un acuerdo contrapuesto á las simpatías nacionales. Despues de haber desterrado de la corte el hijo de D. Luis, que no por esto cesó en sus manejos, el cardenal trasladó las córtes á Almeirim el 11 de enero de 1580. Henrique huía, segun se decia, de la

(1) El prior do Crato era hijo del infante Don Luis, y por consiguiente nieto de Manuel, habiale tenido en Violanta Gomez, apellidado la «Pelicana», dama de humilde nacimiento, pero de peregrina hermosura, dice Castro, y que murió profesa en el monasterio de Almoester.

(2) «Era, por su madre, nieto de Duarte y el único príncipe que, entre los hijos del rey Manuel, hubiese dejado posteridad masculina legítima. Ranucio, nacido en 1569, tenia á la sazón nueve años; y su padre daba á los Portugueses la facultad de criarle á teor de sus usos y costumbres.» (Liaño).

peste que estaba haciendo estragos en Lisboa; pero en realidad, obedecía ya á las instigaciones del monarca español; «y al punto, dice el autor del Repertorio, comunicó á las córtés el proyecto de hacer una capitulacion entre Felipe y el reino, como el único espediente para salvar á la nacion portuguesa de la violencia de las armas de Castilla; para mantener la tranquilidad pública, amenazada por una guerra por los partidos de la duquesa de Braganza y de Don Antonio, y para alcanzar de Felipe condiciones ventajosas á la nacion entera y á cada uno de sus tres estamentos. El clero, que contaba con las resultas, dió desde luego su consentimiento; la nobleza, aunque tras largos debates, aceptó tambien el proyecto; pero los representantes del pueblo resistieron á todas las seducciones, á todos los terrores, para seguir los impulsos que provoca siempre el orgullo nacional.... Aquellos altaneros Portugueses desecharon unánimemente el proyecto de su rey; y Febo Moniz, que estaba á su cabeza, suplicó á Henrique que se diese un sucesor portugués, cualquiera que fuese. No habiendo querido el terco monarca ceder al voto de su pueblo, los animosos diputados de aquel mismo pueblo declararon francamente que ellos creian ser los únicos habientes derecho para elegir á un rey, en quedando vacante el trono. Este acto de laudable teson y patriotismo fué sugerido tambien sin duda por los agentes de Don Antonio y de la duquesa de Braganza. Pero es fuerza confesar tambien que la resistencia estaba en el mismo pueblo, en los pechos que vivían de los recuerdos de la gloria pasada y que estaban dispuestos para sacrificar sus vidas para realzar otra vez el principio de la nacionalidad. Entre aquellos Portugueses de alma leal, la antigua independencia de su pais habia venido á ser tan sagrada casi como la religion. Las pretensiones del prior do Crato y de la duquesa de Braganza se fundaban en una base lejitima. Felipe proseguía su intento, sobornaba, mas no ajitaba; el pueblo lo estaba vien-

do, y no podia equivocarse en punto á la posicion de los partidos.

RESISTENCIA DEL PUEBLO PORTUGUÉS A LAS PRETENSIONES DE ESPAÑA.

Aun antes de la reunion de las córtés, que habia ocurrido en 1º de junio de 1579, para jurar fidelidad al rey Henrique, el primer arranque de la nacion habia sido protestar unánimemente contra la fuerza estranjera. El 8 de mayo, dos meros artesanos, Martin Fernandez, zapatero, y Antonio Perez, alfarero, tomando entrambos el título de *maestros de la ciudad de Lisboa*, habian hecho esta alocucion en una de las salas del convento del Cármen, dirigiéndose á los nobles cuya lealtad les era bien conocida:

«Señores, hemos sabido que algunas personas principales, algunos nobles, dando al olvido sus obligaciones, y poniendo su honra á un lado, hablan y hacen cosas que son contra el bien comun y la seguridad de estos reinos. A fuer de buenos Portugueses, estamos resueltos á remediarlo; por cuanto recordamos lo que hicieron los habitantes de esta ciudad, en tiempo del rey Juan I y bajo otros monarcas. Rogamos á Usías, como cabezas que son principales de esta república, que ayuden al menos á sostenerla. Pedimos que no se pierda ni su honra ni su derecho, dando oídos á la parcialidad ó á las consideraciones particulares de algunos individuos. Usías pueden contar con una cosa; y es que para la defensa de nuestros derechos y el castigo de los malos Portugueses, estamos prontos á alzarnos con quince ó veinte mil hombres de esta ciudad y sus cercanías. Bastarán dos horas para reunirlos, si es necesario, y quemaremos las casas de los que empiezan á hablar y obrar contra el bien jeneral; sin embargo nada de lo dicho se pondrá en ejecucion, en tanto que por otra via esperemos castigo y remedio á estos males. Nos ha parecido del caso recordarlo al estamento de la nobleza así como á los otros dos estamentos, para que la asamblea entera tratase con toda seguridad del bien comun y del sosiego de estos reinos, sin te-

mor á la fuerza, á la violencia ni á otros medios cautelosos y perjudiciales. Contamos pues que ya no se oirá en adelante la voz de los que todo lo imposibilitan, y que no quieren dar ni buscar el remedio de tamaños quebrantos.»

Hemos reproducido este discurso, de que no habla ningun historiador que sepamos, para hacer ver el fervor patriótico que le quedaba á este pueblo generoso á quien iban á cargar de grillos y cadenas.

MUERTE DEL CARDENAL DON ANTONIO ELEJIDO POR EL PUEBLO.—ESPEDICION DEL DUQUE DE ALBA CONTRA LISBOA.—TOMA DE ESTA CIUDAD.—RESISTENCIA DEL PRETENDIENTE.

Las luchas borrascosas que agitaban los últimos meses del reinado de D. Henrique acabaron con su constitucion endeble y lo condujeron rápidamente á la huesa. No tuvo la firmeza necesaria para designar un sucesor cualquiera cuando de nuevo fué requerido al intento, y creyó haber cumplido con su deber de rey, designando en su testamento á los cinco gobernadores que debían reir el reino en el interregno que debía mediar. Fué tan grande su flaqueza física en los postreros dias de su vida, fué tanta la impaciencia por saber sus voluntades postreras, que se obró en vida suya como si ya hubiese muerto. La caja que contenia su testamento se abrió con toda solemnidad, y se supo al menos lo que había que pensar en orden á los futuros depositarios del poder. Volvió no obstante á la vida, pero sus dias habian de ser pocos en adelante, y el 30 de enero de 1580, estando rodeado de relijiosos que no se apartaban de su aposento empezó un eclipse de luna. Preguntó por la hora, se volvió en la cama y enmudeció un rato, y luego mudando de posicion, dijo á los frailes: «Ponedme en la mano esa vela, ya llegó el trance», y espiró sosegadamente. Dicen que el eclipse principió y terminó entre el momento en que había hablado y el que le había visto espirar.

Los sujetos designados por el testamento de D. Henrique tomaron inmediatamente posesion del cargo importante que se les confiaba, y el prior do Crato, por su parte reclamó vivamente que admitiesen como un hecho lo que él consideraba como un hecho indisputable. D. Antonio se dirijió al pueblo que odiaba á los Españoles; y tambien halló entre los nobles á algunos hombres que se hicieron cargo de que la mayor desdicha que le puede caber á un pueblo es el sufrir la invasion extranjera. Tal fué entre otros, aquel generoso Diego de Menezes, que habia peleado en otro tiempo en la India, y que se ofreció para mandar el ejército, en el caso de resistirse la nacion á las pretensiones de España.

Por su parte Felipe no perdona medio para alcanzar pormallo que ya sabia que podia conseguir á viva fuerza. Escribió á los gobernadores para revindicar sus derechos. Se notó que en vez de firmar su carta *el rey* firmó solamente *rey*, como los antiguos reyes de Portugal, poniendo tras la firma oficial cinco puntos en memoria de las llagas del Salvador.

Felipe por otra parte tenia muchos y hábiles partidarios en Portugal, mas no por esto dejó de luchar con ellos el prior do Crato. Despues de haber tomado el título de *defensor del reino*, D. Antonio recibió oficialmente el nombre de rey de improviso y en una asamblea tumultuosa. En una reunion popular que se verificó en Santarem, se pronunció con entusiasmo la voz solemne aclamatoria *Real*; *reals*. Los instrumentos que daban fe de la eleccion espontánea del pueblo fueron firmados por varios señores y por algunas autoridades locales; pero no hubo cetro ni besamanos, y esta última ceremonia que comprobaba en otro tiempo el vasallaje de los grandes en Portugal, no confirmó la eleccion popular. Todo recordó en aquella circunstancia los gloriosos principios del Maestre de Aviz; pero nada correspondió en la conducta del pretendiente, al principio del reinado de Joam I.

No habia aguardado Felipe á que llegasen las cosas al estado á que ha-

bian llegado en 1580 para tomar una resolución decisiva; ya había llamado al desapiadado ejecutor de sus voluntades, al duque de Alba, para ponerle á la cabeza de una hueste invasora destinada á conquistar á Portugal. Veinte mil infantes y dos mil caballos se adelantaron contra la frontera, al mando del anciano jeneral, mientras que Felipe se estaba en Badajoz.

A pesar del peligro de su situación, recibía D. Antonio pruebas evidentes de las simpatías de los pueblos, y también del rendimiento de algunas familias poderosas. Cuando entró en Lisboa, y cuando en aquella capital se confirmó la aclamación espontánea de Santarem, hubo á pesar de la peste que aun reinaba en aquella ciudad regocijos populares que probaban lo bien recibida que era aquella elección.

Aquellas demostraciones alentaban á D. Antonio mas no detenían al duque de Alba. Harto sabia D. Fernando de Toledo que los mas valientes de este reino habían perecido en las llanuras inmediatas á Larache; así que siguió su camino y halló poquísima resistencia. La historia nos ha conservado los nombres de algunos valientes señores que siguieron en la oposición armada, aunque no eran del bando del pretendiente. ¡Bien hayan aquellos Portugueses que recordaron los tiempos heroicos de Nuño Alvarez Pereira!

D. Diego de Menezes había concentrado sus fuerzas en el castillo de Cascaes, resistióse en él con un valor digno de mejor suerte; pero ya fuese vendido, segun supone Vasconcellos de Figueiredo, ó ya hubiese desconocido por una desgraciada fatalidad, á los parlamentarios del jeneral español, le cupo una muerte lastimosa; socolor de que se había escedido en los derechos de defensa, el desapiadado Fernando de Toledo le mandó cortar la cabeza.

Pronto llegó el ejército del duque de Alba á pocas leguas de la capital; y el soldado ya no contemporizó, traspuso el Tajo, y al cabo de pocos días se halló en frente de Lisboa. D. Antonio estaba resuelto á defen-

derse, y segun es de ver por muchos documentos se vió apoyado con ardor en esta resolución por las órdenes religiosas, poderosísimas á la sazón. Pero ¿qué cabía hacer con un vecindario mal armado, á quien llevaban por la mañana al combate, y que se dispersaba en tratándose de rejimentarlo y de formar cuerpos regulares propios para la resistencia? Entonces se echó de ver el yerro que se había cometido de no haber aprovechado el momento de entusiasmo que se había manifestado en la asamblea del 8 de mayo de 1579. Sin duda que retumbaban todavía en todos los corazones los últimos gritos que se dieron en Alcazar, pero ya se cumplía el vaticinio de Camoens. No obstante el prior siguió resistiendo con cierta energía; el 25 de agosto de 1580, había sido derrotado en Alcántara; hubo otros encuentros de poca importancia. El pueblo no careció de valor, puesto que hubo mil hombres muertos en acciones de guerra; pero aun cuando la lucha hubiese sido mas viva, no detuviera al duque de Alba. Lisboa capituló; esceptuóse el centro de la ciudad; pero se saquearon los arrabales; y si Don Fernando de Toledo no hubiese tenido la cuerda protección de enviar una buena guardia al puerto, no cabe duda en que hubiera quedado arruinada la aduana donde el comercio de las Indias acumulaba tantas riquezas. El saqueo duró tres dias, y tampoco fueron respetados todos los conventos situados en los afueras de la ciudad.

El pretendiente había logrado escaparse; por poco le cuesta cara una jenerosidad suya, pues fué herido al querer socorrer á uno de los suyos; corrió al punto á Santarem para pedir allí asilo. Pero desde aquel punto tuvo una prueba de las desdichas que le aguardaban y del terror que inspiraba el nombre del duque de Alba. La misma ciudad que poco antes había retumbado con los gritos de su aclamación le cerró las puertas. La necesidad de ajenciarse su propia salvación le persuadió de que ya no había que presentarse á fuer de suplicante; de ahí fué que cuan-

do pareció delante de Aveiro, que le desechaba, echó mano de la fuerza y de la violencia; pues ganada la ciudad por sus partidarios, fué dado á saco.

Mientras ocurrían estos acontecimientos, reinaba en Bajadoz la mayor ansiedad, en medio de la corte trasladada por Felipe II á aquel pueblo. Antes que llegase el mensajero oficial á aquella ciudad, un mercader ambulante llevó allá la noticia de la importante victoria del duque de Alba y de la toma de Lisboa. Con este motivo hubo regocijos públicos.

Poco después de la conquista, sobrevino un acontecimiento inesperado que consternó en gran manera á los Españoles. Felipe enfermó de gravedad, y luego empeoró en términos que se estuvo temiendo una muerte cercana. En medio de las previsiones que provocaba aquel incidente, muchos contaban como un yerro irreparable la poca diligencia del duque de Alba en apoderarse de la persona del pretendiente; y á los ojos de otros muchos parecía que aquella falta compensaba las ventajas de la conquista.

Muy lejos de abandonar la partida, el pretendiente hacia, al contrario, una llamada mas enérgica á sus partidarios. Habiendo cundido la voz de que Felipe había muerto, se encerró en la ciudad de Oporto y se defendió valerosamente. Algunas fuerzas enviadas por el duque de Alba y la traición de algunos habitantes obligaron al prior á abandonar aquella ciudad y á refugiarse en el puerto de Viana, desde donde contaba pasar á Francia. Entónces fué cuando escribió á Catalina de Médicis, pintándole su triste situación. La carta produjo su efecto, pues la reina acudió en su ayuda.

Envíole un buque para que pasase á Francia; pero las medidas tomadas por el duque de Alba inutilizaron por de pronto aquel socorro. Así fué que siguió errante por Portugal todo lo restante del año de 1580. No obstante, el 6 de enero de 1581, gracias á la astucia de un franciscano, pudo embarcarse y llegó á

Calés; desde donde pasó á Inglaterra para reclamar algunos esfuerzos de parte de Isabel.

El moribundo había recobrado la salud; y harto podía conocerlo la nobleza de Portugal, por cuanto ensangrentaban la ciudad de Lisboa ejecuciones atroces. El nuevo rey, que había tomado el nombre de Felipe I, escogió sus víctimas entre los hombres rendidos al partido de Don Antonio. «Los mas intrépidos se acobardaron con sus crueldades, dice Vasconcellos de Figueiredo; no perdonó ni á uno solo de los que habían favorecido á aquel príncipe; la condesa de Vimioso madre del condestable de Portugal, siete hijas suyas, hermosas y jóvenes, fueron las primeras en sentir sus violencias; y aunque su nacimiento era de los mas ilustres, puesto que descendían de la sangre real de Portugal, las trató indignamente y las mandó conducir por soldados insolentes á Castilla, donde se las encerró en las torres de Torquado. La mujer de Manuel de Silva, conde de Torrevedras, tuvo la misma suerte; un caballero romano, llamado Esforzia, de la antigua familia de los Ursines, y que había sido hecho prisionero en Oporto cuando Sancho sitió á D. Antonio, fué envenenado de orden de Felipe; este príncipe inhumano condenó á perpetuo destierro á la viuda de Diego de Menezes, á quien el duque de Alba había mandado cortar la cabeza, y la despojó de todos sus bienes. «Hay que agregar á estos nombres los de Manuel de Portugal, de Diego Botelho, de Moniz, cuyo crimen consistía en una arenga animosa; y luego debemos repetir con el historiador estas palabras profundas: «No dejó en Lisboa un hombre inteligente y valeroso, por no verse turbado en la posesión de aquel reino.»

Después de haber obrado con rigor tan inflexible, Felipe se hizo cargo de la necesidad de hacerse algunos amigos; de ahí fué que otorgó algunos privilegios á Lisboa; descargó al pueblo de algunos impuestos; y en 1581, después de haber

reunido los estados en Thomar, recibió con toda solemnidad la corona.

Cuenta la tradición que cuando hizo su entrada solemne en la capital de sus nuevos estados, contestó en buen portugués á una arenga que se le dirigió en castellano; y que preguntó con solicitud cual había sido el paradero del autor de las Lusiadas; lo que prueba que á fuer de hábil político se había hecho cargo de conservar á este pueblo heróico una sombra de nacionalidad. Pero los verdaderos Portugueses, los que eran dignos de este nombre, no habían salido á recibir al rey de Castilla, y los amigos sinceros de la patria repetían con el poeta estas palabras sublimes: « Todo muere en muriendo la patria. »

El drama político añudado con cierta perseverancia por el prior do Crato había de terminar en la isla de Tercera. D. Antonio, refugiado en Francia, había logrado interesar en su causa á Catalina de Médicis, á quien había prometido, según dicen, en logrando su intento, la cesion del Brasil, tan deseada por la Francia desde las tentativas de Villegagnon. Ya la escitase esta promesa, ya la guiase otro interés político, sabedora de que el gobernador de Tercera era sinceramente adicto al pretendiente, concedió á D. Antonio socorros de hombres y dinero; y de orden suya pasaron á aquel archipiélago fuerzas bastante considerables para sostener la causa nacional.

El comendador de Chaste, que recibió las instrucciones de Henrique III, rey de Francia, y de Don Antonio, desembarcó á primeros de mayo de 1583 en la ciudad de Angra, á la cabeza de quinientos hombres, con gran contento de los Portugueses y de los extranjeros que en ella habitaban, y sobre todo de D. Manuel de Silva, teniente jeneral de aquella isla y de las otras llamadas San Jorje, Porto Rico, Graciosa, Fayal y Flores.

No entra en nuestro plan el entrar en los pormenores de esta expedicion desgraciada, bastará saber que no quedó la victoria de parte de D. An-

tonio, y que sus partidarios mas zelosos perdieron en ella la vida. Manuel de Silva cayó en manos de los Españoles, quienes le cortaron la cabeza.

D. Antonio se estableció al principio en Francia; anduvo errante despues por los Países Bajos y la Alemania, antes de establecerse definitivamente en las cercanías de Paris, donde vivió revestido del dictado de rey, de una módica pension que le pasaba la Francia. D. Antonio falleció en Paris el 16 de agosto de 1595, á la edad de sesenta y cuatro años.

Como gran prior que era de Crato, D. Antonio necesitaba una dispensa de sus votos para contraer un enlace lejítimo; esto no obstante, dejó diez hijos bastardos, y entre otros dos hijos que tomaron el título de príncipe, el mayor de los cuales entró en la casa de Nasau.

Pero mientras que en un palacio arrinconado de Paris terminaba este drama tan oscuramente, preparábase en España y Venecia una série de aventuras estrañas y complicadas, que iban á continuar la historia tan anovelada del desventurado D. Sebastian.

IMPOSTORES QUE TOMAN EL NOMBRE DE D. SEBASTIAN. — AVENTURA DEL QUE FUÉ JUZGADO EN VENECIA, Y QUE PASÓ A PARIS EN 1588. — LA CARTA DEL DOCTOR NOUVELLET. — EL P. F. JOSÉ TEJEIRA.

A pesar del aserto de Gerónimo Mendoza, que había referido de un modo tan tierno la muerte del jóven monarca, cuyo cadáver había podido ver él mismo; á pesar de los asertos de Leitao de Andrade, que tambien asistió á la batalla, y que confirmó la relacion de aquel, hubo casi simultáneamente varios impostores que tomaron el nombre del rey Don Sebastian y que revendicaron la corona. Los tres mas antiguos pertenecían á la clase inferior de la sociedad y solo tuvieron una avilantez imprudente de lo que no cabía esperar grandes resultados. Así que hablarémos brevemente de sus aventuras. El primero apareció en Estremadura; era un albañil de la isla Tercera,

que pretendia ser rey; se encaminó directamente á Lisboa, y supónese que si hubiese escogido un día mas propicio, hubiera salido infaliblemente con su intento; pero la horca de Felipe II acabó con sus pretensiones; desgraciadamente arrebató en su ruina á una víctima mas noble que él. El segundo Sebastian apareció en la provincia de Beira; era un hombre del pueblo que tomaba este nombre; pero llevóse la intriga con tanta maña que engañó al cardenal de Austria, quien mandó hacerle los honores reales; pero el desenlace fueron sendos azotes, y quedóle entre sus compañeros el apodo de Sebastian. El tercer impostor que trató haberlas en astucia con Felipe era un personaje de mas gravedad. Apareció en los mismos estados de su real competidor; ejercia en Castilla la humilde profesion de pastelero; pero no tardó en hacerse famoso el *pastelero de Madrigal*. Despues de una defensa bastante reñida, la justicia le puso la mano encima y lo ejeculó.

Tras estos pretendientes á quienes cupo una suerte tan desgraciada, hubos dos ermitaños que probaron la aventura. El uno era natural de Alcobaza y residia cerca de la ciudad de Albuquerque, vivia con todas las esterioridades de la santidad y muy pronto reunió en torno suyo á muchos adherentes, entre los cuales, dos personajes, tan atrevidos casi como su jefe, trataban de pasar, el uno por Cristóval de Távara, y el otro por el obispo de Guarda. El supuesto obispo fué el mas desdichado, por cuanto fué ahorcado; y el rey y su privado fueron á presidio.

La historia del otro solitario presenta un carácter mas orijinal; efectuóse cerca de la ciudad de Ericeira. Un jóven, cuya familia era probablemente desconocida, se habia retirado á un sitio abandonado, donde llevaba al parecer vida de penitente; un ardid muy sencillo contribuyó mas que otra cosa alguna á granjearle la opinion popular. Cuando se acercaba alguien á su choza, cojia sus azotes, y se le oia exclamar en medio de sollozos y jemidos: « ¡ Ay

de tí, Sebastian! no es nada la penitencia en cotejo de tus pecados. » Esta circunstancia llamó la atencion; la relacion de las austeridades del ermitaño cundió por los lugares vecinos, dice un historiador portugués, y un labrador muy rico, llamado Pedro Alfonso, se declaró partidario del nuevo rey; mas no se contentó con una vana demostracion á favor de su protegido; pues habiendo armado á mas de ochocientos hombres, adoptó el nombre de D. Pedro de Meneses, y tomó el grado de jeneral, añadiendo á esta nueva dignidad los títulos de conde de Torres Vedras, señor de Cascaes y alcaide mayor de Lisboa. Parece que no paró aquí, puesto que dió una de sus hijas en casamiento al falso monarca. El nuevo Sebastian sin embargo huia de presentarse en publico. Cuando la autoridad trató de intervenir en aquella farsa, halló, segun dicen, vivísima resistencia; se enviaron enlónces fuerzas mas considerables, y el drama de la villa de Ericeira tuvo el mismo desenlace que el de Albuquerque; pero esta vez fué ahorcado el supuesto rey, y su ejército fué á remar en las galeras.

Tres años despues de la muerte de Don Antonio, en 1598, el senado de Venecia mandó prender á un hombre que tomaba altamente el nombre de Don Sebastian. Este personaje llevaba encima las señales secretas por las cuales se podia reconocer al jóven soberano. Daba muestras, como él, de una fuerza prodijiosa, á pesar del estado aparente de flaqueza á que le habia reducido la miseria; y cual lo hubiera podido hacer el mismo Don Sebastian, indicaba claramente ciertos presentes diplomáticos que habia recibido en tiempo de su prosperidad. Éranle familiares los nombres de todos los señores portugueses que habian tenido parte en su adversidad; se informaba de las particularidades mas ocultas que podian tener relacion con sus personas é intereses. Por último fué reconocido en Venecia por varios señores portugueses, entre ellos por un hombre de mérito extraordinario, por el nieto del cé-

lebre Juan de Castro. Por otra parte, los adversarios del pseudo Sebastian notaban que no siempre hablaba con facilidad la lengua portuguesa; y añadían que los climas lejanos habían debido producir en su persona una transformación muy extraña, puesto que su cabello había cambiado completamente de color; y hasta nombraron la aldea de la Calábrea donde había nacido el supuesto rey, de modo que el nombre de Marco Tulio Catizzone se hizo célebre luego no solo en Venecia sino también en la Italia entera.

Lo cierto es que tras el largo *pregadi* que el tribunal veneciano dedicó á esta causa, y al que asistieron, entre otros Portugueses, el príncipe Cristóval, hijo de Don Antonio, Joao de Castro y el P. Sampayo, el misterioso personaje fué desterrado de la ciudad.

Pero la parte esencialmente anovelado de esta relacion es la que comprende los veinte y dos años que mediaron entre la pérdida de la batalla de Alcazar Kebir y el año de 1598, época del fallo del tribunal veneciano. Segun la relacion del misterioso personaje cuya historia bosquejamos, tras la batalla se refugió en uno de los buques que habia en la costa, en la cual fué llevado al Cabo de San Vicente. Curado de sus heridas, sano de cuerpo, pero hondamente afligido de haber comprometido al reino, á la par de su abuelo Alfonso V, acordó encubrir su vergüenza en países remotos. Habiendo partido con algunos servidores adictos, despues de haber reunido riquezas fáciles de transportar, se dirigió al oriente, donde peleó valerosamente en los ejércitos del Shah de Persia. Fatigado de la vida errante que llevaba, avisado por otra parte por una vision sobrenatural, habia abandonado el oriente para pasar á Europa. Llegado á Paris, se habia dado á conocer á algunos amigos solamente, por cuanto Roma era el objeto principal de su viaje. Llegado á Roma, no pudo lograr audiencia del papa, porque este habia caído enfermo. Privado de sus joyas preciosas que le habian robado, ora ermitaño, ora mendigo,

el personaje habia llegado por último al lugar donde sus pretensiones debian adquirir una celebridad europea. La causa de Venecia es el último acto de este drama estravagante.

LOS SESENTA AÑOS DE CAUTIVERIO.

Hay entre las obras de Camoens un canto admirable, en el que el autor de las *Lusiadas* parafrasea uno de los mas hermosos poemas de la antigüedad hebraica, y donde poeta en versos sublimes los lloros de una nacion errante en el destierro; ya desde 1579, pudo este alarido de dolor venir á ser el canto nacional de los Portugueses. Aunque no citen el salmo imitado por Camoens, no se ha ocultado esta similitud á los historiadores nacionales; y cuando quieren pintar el periodo fatal que sucedió á la jornada de Alcazar, y que termina con el advenimiento del duque de Braganza, lo designan siempre con el nombre de los *sesenta años de cautiverio*.

Porque entónces se apaga con efecto toda gloria política para Portugal; los guerreros no tienen ya deseos de pelear, y á los poetas no les queda voz mas que para llorar. Desde los primeros años del siglo décimo séptimo, vióse al Portugal perder sucesivamente sus hermosas posesiones en la América meridional, en la Africa y en la India, cada año cuenta una derrota, bien así como en otro tiempo coataba cada año una victoria.

Un historiador portugués ha reunido cronológicamente y en pocos renglones los hechos que se enlazan con este periodo deplorable. Comenzaremos enumerando, como él, las calamidades que padecieron las islas Azores, durante las cuales pereció Don Francisco de Portugal, aquel ilustre conde de Vimioso, á quien los Portugueses llaman su segundo Viriato. Tras aquel suceso entran los Ingleses en Portugal, se apoderan de Cascaes y Peniche y llegan hasta cuatro jornadas de Lisboa, desfavorida toda. En 1594, los mismos Ingleses se apoderan del arrecife de Pernambuco y de un buque que estaba allí fondeado con su cargamento procedente de la India. En 1595, toman el castillo de Argeim,

en la costa de Africa. En aquel mismo año saquean á Faro, toman las fortalezas del Cabo de San Vicente y de Sagres, queman cuanto encuentran al paso. En 1596 entran por dos veces en Buarcos, pueblo de Portugal, que destruyen despues de haberlo saqueado. En 1597, penetran en las islas de San Miguel, Fayal y Pico, y pegan fuego á una nave de la India surta delante de Villa franca. En el Brasil, saquean los mismos Ingleses la ciudad de San Vicente, á la que causan quebrantos de consideracion; y se apoderan de la fortaleza de Quijome en las Indias y de la isla célebre de Ormuz.

En el año 1616, los Moros penetran en Santa María, capital de las Terceras, y se llevan cautivo casi todo el vecindario; y queman cuanto hay por quemar en la isla. En 1617, entran aquellos mismos piratas en Porto Santo, no lejos de Madera, y todo lo abrasan. En el Brasil, penetran los Franceses en la isla de Tamaraca, y pillan los ingenios de Bahía y los establecimientos del mismo género que hallan en Ilheos. La isla de Santiago de Cabo Verde es pillada por los Holandeses, y esto por segunda vez puesto que ya antes lo habia sido por Drack, cuando su famoso viaje. La isla de Santo Tomé, Porto da Cruz y los otros establecimientos de tierra firme en Cabo Verde, padecen la misma suerte. En Angola, los Holandeses sitian la ciudad de Lonado, y pegan fuego á muchísimas embarcaciones dentro de la barra; se apoderan de la fortaleza de Cacheu, de Ocre y de Mina.

En las Indias, se apoderan de las Molucas, toman la fortaleza de Tidor, con todo lo que pertenecia á los Portugueses; Goa es tres veces sitiada por ellos; y lo mismo Malaca; Andrés Furtado de Mendoza la defiende con teson; incendian, sin que de ello quede ningun rastro, una escuadra mandada por el virey D. Martin Alfonso de Castro.

En el Brasil, en 1624, se apoderan de la ciudad de Bahía, y en 1630, de la famosa plaza de Pernambuco. Tras aquella pérdida sigue la de las fortalezas de Rio Grande, de Porto

Calvo, de Tamaraca, sin la de las ciudades de Parahiba y Seara, con todos los establecimientos que llegan hasta Seregipa, y trescientas leguas de costa. «¡He aquí todos los pueblos», esclama el historiador portugués, que acudieron á vendimiar en nuestra viña, porque hallaron derribados la cerca y las puertas!...»

«El poder de esta monarquía, prosigue el mismo historiador, residia en nuestra fuerza en nuestro poder naval, que señoreaba todos los mares y aseguraba á nuestras escuadras contra las depredaciones de los corsarios. Para cubrir este servicio, el rey habia destinado ciertos derechos y rentas que se recaudaban por empleados especiales y se distribuian de un modo conveniente. No solo sabia el gobierno á que atenerse en punto á los gastos, sino que tambien remediaba en el acto los contratiempos. Para atender á este servicio, la isla de Madera habia ofrecido la quinta parte de sus cosechas en azúcar. Las Castillas empleó para su propios gastos los derechos y las rentas que acabamos de indicar: y llegaron las cosas á tal extremo que no hubo en el reino una fragata para dar la vela en caso urgente. Abrióse entonces el Océano en toda su estension á cada pirata que quiso dar caza á nuestra apocada marina. Nuestras escuadras servian á sus costas á Castilla; pero si el Portugal empleaba los buques españoles, lo verificaba á costas de aquel, y se le pagaban anticipadamente todos los gastos.

«Todo el mundo hacia del servicio de Portugal, por cuanto los únicos Portugueses que prosperaban eran los que á fuer de esclavos se sometian á Castilla, y nuestros jenerales obedecian á los almirantes castellanos. No faltaban jentes que se comian las rentas que aun producía la mar, sin tener una barca que mandar, ejerciendo en el ocio pingües empleos. De este modo se iban el nombre y la reputacion de los Portugueses por todo el universo. El Portugal sin escuadras es una antorcha que no arde; por cuanto por medio de su marina llenó de esplendor los rincones mas oscuros del mando;

y entónces una caravela rasa de este país había bastado para ahuyentar á los Moros.»

No obstante, para hacerse bien cargo de las causas reales de esta situación, hay que recordar un hecho capital; por este tiempo empezaba ya á ser asustante la decadencia rentística de España. Según hace poco se ha probado por medio de cálculos positivos, no solo había visto aquella potencia colosal menguar rápidamente ciertas rentas, sino que también su deuda presentaba un guarismo que nadie osaba contemplar sin espanto (1). No podía la España hacer para el país con que acababa de engrandecer su territorio, lo que no hacia para sí misma; pero si hubiese entendido mejor sus propios intereses, en vez de debilitar á aquella nación valerosa, que había sido su rival, hubiera utilizado los inmensos recursos que le ofrecían sus conquistas; en vez de abandonar las ricas campiñas de Pernambuco á la industria invasora de los Holandeses, se hubiera esforzado en libertar cuanto antes aquel hermoso país; hubieranse explorado científicamente las magníficas provincias de lo interior del Brasil; quizás se hubieran descubierto un siglo antes los tesoros de Minas Geraes, los diamantes de Tijoco, y quizás hubieran realizado la monarquía los inmensos capitales que hicieron del reinado de Juan V una época de opulencia verdaderamente portentosa.

Aquellas Indias orientales que hablaban tan recio cuando mandaba Albuquerque; aquellas tierras tan ricas de Malaca, Achém, Tidore y Ternate, que habían sido una escuela admirable para navegantes y soldados; aquellas factorías mas recientes de la China, que prometían recursos inesperados al comercio, se veían vergonzosamente descuidadas,

(1) M. C. Weis ha comprobado este hecho en la obra excelente que acaba de publicar. «Al advenimiento de Felipe II, la deuda pública de España era de 35.000.000 de ducados; cuando su muerte, subía á cien millones de ducados, y las rentas de algunos años estaban hipotecadas á los acreedores del estado.» «La España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones.»

y no daban ya ni marinos ni soldados. Pero para ser justos con ambos países, fuerza es confesar que un achaque secreto estaba royendo, ya hacia medio siglo, la administración de las Indias orientales; quizás consistía aquel en los hombres encargados del gobierno; quizás disminuíanse del lujo que había aumentado desmedidamente; la catástrofe estaba ya encima; pero el mal fechaba de lejos.

PALABRAS DE UN SOLDADO DECREPITO.—DECADENCIA DE LAS INDIAS PORTUGUESAS. — NOMBRES DE LOS GOBERNADORES ENVIADOS POR ESPAÑA.

Ya desde fines del siglo XVI el prestigio que acompañaba á nombres esclarecidos había cesado de existir hasta para los Portugueses que iban á servir en las Indias. Cuentan que un soldado de Albuquerque, que siempre había seguido á aquel jefe inflexible, y que en algunas ocasiones había sentido los efectos de su severidad militar, iba de ordinario á Goa á visitar su sepulcro; cascado él mismo por la edad, apenas podía sostenerse él mismo con un baston; y en entrando en la solitaria capilla donde yacía el héroe, se echaba de rodillas, se ponía á orar, y en seguida hería la losa de la sepultura con el palo y repetía ordinariamente estas palabras: «Cuanto mal podías tú hacerme ya me lo hicistes... Pero nadie puede negar que tú hayas sido el mas grande conquistador y el mas duro sostenedor de reinos que haya habido en el mundo... ¡Levántate! que están perdiendo lo que tú habías ganado.»

Apenas á últimos del siglo cabía reconocer el antiguo vireinato de las Indias, tal como lo habían creado el viejo capitán y sus sucesores inmediatos. Pero mucho peor fué todavía bajo la dominación extranjera, cuando se hubieron borrado los grandes recuerdos del país. Verdad es que la España se aprovechó de las ventajas que las colonias portuguesas le ofrecían, mas no se impuso ningún sacrificio para afianzarlas. Aparecieron en la India nombres esclareci-

dos, mas no hubo ya victorias. Don Francisco Mascareñas, conde de Villa Donta, fué el primero á quien envió Felipe II á Goa para representarle; hizo la guerra con algun éxito durante los tres años de su gobierno; la madre patria se habia vuelto indiferente casi á sus conatos. Manuel de Souza Coutiño, que le sucedió en 1582 y que pereció en el mar; y Matías de Albuquerque, que gobernó seis años, desde 1591, fueron hombres de valor y capacidad. El gobierno de este décimo quinto gobernador de las Indias es notable por un hecho que la Europa estuvo mirando por mucho tiempo con indiferencia, pero que señala una era nueva para la historia del Asia meridional; pues bajo su administracion aparecieron los Ingleses por primera vez en las Indias orientales.

Don Francisco de Gama, descendiente del hombre esclarecido cuyo nombre llevaba, partió con el título de virey y llegó en 1597. Habia mediado un siglo entero entre la partida de Gama para las Indias y la llegada del almirante á aquellas regiones. Los Holandeses acechaban ya desde el puerto de Santa Helena los ricos galeones con que contaba Felipe II para reanimar por un momento su hacienda. A pesar de algunas expediciones felices, dirigidas por el hermano del virey, cuando este hubo de partir en 1599, ya habia dado la hora de la decadencia; pues se trababa la lid con la Holanda.

El que le sucedió, en 1600, Arias de Saldaña, hubo de advertir á costa suya la mudanza fatal que se efectuaba. Este virey apocado gobernó por espacio de cuatro años y medio, y fué reemplazado por Martin Alfonso de Castro, que llegó á las Indias en 1605. Ya desde entónces no ponian coto los Holandeses á sus pretensiones, y el almirante Cornelio estaba sitiando á Malaca con una escuadrade once velas. Alfonso de Castro quiso salir al socorro de aquella rica colonia, y sobre esto se lee lo siguiente en el manuscrito de Barreto. «Partió de Goa el 3 de mayo de 1605 con la mayor escuadra que se hubiese reunido en las Indias, pues

to que constaba de diez y seis galeones, una carabela, cuatro galeras, veinte y un faluchos y tres buques mercantes. Pero esto remató á las Indias, por cuanto aquel gobernador se llevó todas las tropas mejores y quitó á los fuertes toda su artillería.» Martin de Castro era valiente y derrotó á los Holandeses; pero ciertas enemistades particulares le hicieron desatender los cuerdos consejos de Furtado de Mendoza, y no supo utilizar la victoria que le afianzaba sus fuerzas navales; alcanzó algunas otras ventajas; pero mas adelante fué vencido, y acabó por morir de pesadumbre de haber abierto «tan aucha via á los desastres de toda especie que iban á desplomarse sobre la India.» Feneció delante de la ciudad que poco antes habia librado; el descendiente de Joao de Castro no pudo sobrevivir á aquel baldon, y murió, segun dicen, de la vergüenza que le causaba su derrota. Un arzobispo de Goa, fray Alejo de Menezes, gobernó con cierta habilidad, en 1607; y bajo Andrés Furtado de Mendoza, jefe enérgico, parecido á los hombres de antaño, se realizó un poco el estado de la India. Solo para ir llenando el catálogo de los gobernadores nombráremos en seguida á Gerónimo Azevedo (1612); á Joao Coutiño, conde de Redondo, vuelto en 1617, y luego á Fernando de Albuquerque, que habia sido gobernador de Colombo. Hacia veinte y un años que estaba en las Indias, y por los años de 1619 se encargó de la administracion. En 1622, volvió por segunda vez al Asia Francisco de Gama; y desde luego pudo presentir que el dilatado imperio cuyo esplendor habia descubierto su abuelo, iba á enriquecer á otros pueblos y á engrandecer á otra nacion. El gobierno de las Indias cae despues en manos de los frailes en 1627, fray Luis de Brito, el antiguo obispo de Meliapur y de Cochín, fraile agustino, recibe el encargo de mantener lo que ganaron los Pachecos y Albuquerque; en 1629 llega Miguel de Noroña, que administra por espacio de seis años, y que, á falta de conquististas construye algunos edificios

útiles, entre otros, el hermoso puente de Paugi. Cierran la historia Pedro de Silva, que falleció en Goa en 1639, y Antonio Tellez.

En 1640, cuando Joao da Silva Tello Menezes fué nombrado virey, ya se habia efectuado la restauracion de la independencian; pero aquella fué la época de los ataques mas violentos de parte de los Holandeses, como que Goa estuvo á pique de caer en sus manos. Antonio de Souza Coutiño, fray Francisco dos Mártires y Francisco de Mello de Castro formaron, durante su gobierno interino, un triunvirato bastante desdichado; ya habia dado la hora de la decadencia absoluta; ya andaba allegando su hueste el audaz caudillo de los Maratas.

PEDRO FERNANDEZ DE QUEIROS. SUS DESCUBRIMIENTOS.

Mientras que Portugal se hundia en tan rematada desventura, seguia prestando todavia á la navegacion servicios inmensos. Pedro Fernandez de Queiros partia para rejiones desconocidas; y bastóle una sola expedicion feliz para apuntar su nombre al lado de los nombres ilustres que nos legaron los siglos de Joam II y de Manuel. Descubrió, en 1605 y 1606, la Nueva Holanda, pero menos feliz que Magallanes, el desdichado marino ha quedado casi desconocido; cual si no hubiesen de abonarse á la nacion los descubrimientos llevados á cabo en aquella época de decadencia lastimosa.

Queiros murió desconocido, en el momento en que estaba preparando una segunda expedicion, que hubiera acabado sin duda la tarea inmensa que él mismo se habia impuesto. Recordémos aquí las circunstancias de su vida borrascosa, puesto que ni aun en las biografías se hallan consignadas.

Queiros era natural de Evora, pero se ignora la época precisa de su nacimiento; lo que consta es que desde muy temprano descolló en la mayor parte de las ciencias relativas á la navegacion, y que se mostró esencialmente práctico en su arte; por espacio de unos veinte años fre-

cuentó los mares de la India occidental; luego volvió á España, desde donde pasó á Roma en 1600, en la época del gran jubileo. Como el duque de Sesa, embajador de Castilla, apreciaba su instruccion, le encargó que enseñase á su hijo la jeografia y que le diese un conocimiento cabal de las cartas marinas. Despues de haber recibido varias finezas del Sumo pontífice, volvió á España, donde le encargaron un viaje de exploracion hácia las islas de Salomon, situadas al poniente de Nueva España. «Para ejecutar tan árdua empresa, dice Barbosa, se embarcó en una escuadrilla, con Alvaro de Mendaña; y habiendo fallecido este, gracias á su habilidad continuó la expedicion. No obstante, no pudiendo efectuar lo que buscaba, volvió á España, de donde partió otra vez.» Parece que tuvo que vencer muchísimas dificultades durante esta segunda expedicion, segun se desprende de la lectura de su breve relacion. Pero no dice que por poco perdió la vida; acabó por descubrir las rejiones, á las que dió el nombre de *Australia do Espirito Santo*. Queriendo colonizar las tierras por él visitadas, volvió á España; entónces fué cuando publicó la sucinta relacion que comprueba su inmenso descubrimiento, y en la que volviendo involuntariamente á su memoria la suerte de Colon, establece, aunque con modestia, un paralelo entre él y el navegante jeová; diciendo que si bastaron menos indicios para sostener la perseverancia de aquel ínclito varon, no le cabe á él, que ha visto los países de que está hablando, y que ha palpado los objetos que allí se ven, callar y abandonar la esperanza de una exploracion mas completa. Esta relacion de estilo tan sencillo, era la octava que dirigia al rey; y esta es la causa sin duda porque ofrece tan pocos pormenores circunstanciados. Parece sin embargo que fueron oidas las reclamaciones de Queiros, por cuanto recibió el encargo de pasar á Méjico, donde debian entregarle el mando de una escuadrilla, la que no podia ser sin embargo de mucha consideracion,

ya que no querían gastar en su armamento mas arriba de quinientos mil cruzados. Este proyecto no llegó á efectuarse; y el explorador de Nueva Holanda murió en Madrid, casi desconocido, como que ni los autores que nos han transmitido estas escasas noticias nos apuntan la época precisa de su muerte. No murió no obstante Pedro Fernandez de Queiros sin dejar una relacion circunstanciada de sus descubrimientos; y fuera muy de desear que algun sabio de la Península, heredero del zelo de Navarrete, publicase el manuscrito portugués, que contiene, segun aseguran, los pormenores de su vida y viajes. Pereira Solorzano afirma que el hijo del gran navegante Don Francisco Queiros, le habia comunicado esta obra; la que contiene tres relaciones, y fija la época de la expedicion que dió á conocer definitivamente las tierras australes, en el año 1605 (1).

RESTAURACION DE PORTUGAL.—ADVENIMIENTO DE JOAO IV.

Jamás bajo la dominacion española echó en olvido la casa de Braganza sus justas pretensiones. Ya en el siglo XVI protestó D. Teodosio contra el acta inícuá que ponía la corona en manos de Felipe II.

Margarita de Saboya, duquesa de Mantua, gobernaba á la sazón el reino de Portugal en clase de vireina; pero no era aquello mas que un título esplendoroso al que la corte atribuía solamente un poder harto limitado. El alma de los negocios y casi toda la autoridad estaban en las manos de Miguel Vasconcellos, Portugués que hacia las funciones de secretario de estado con la vireina, aunque de hecho ministro absoluto é independiente. Recibia directamente las órdenes del conde duque, de quien era hechura, y á quien se habia hecho grato y aun necesario por su habilidad en sacar de Portugal incesantemente sumas cuantiosas; y

con sus manejos que sabia seguir con maña, provocaba odios y enemistades entre los grandes del reino, los que formaba el arteramente con gracias y distinciones afectadas que no tanto escitaban los zelos y el despecho de los no favorecidos cuanto halagaban la vanidad de estos. Estas discordias, que se iban sosteniendo entre las familias principales constituían la seguridad y el sosiego del ministro, bien persuadido de que mientras los jefes de aquellas familias anduviesen embargados en satisfacer sus odios y venganzas particulares, no tratarían de emprender cosa alguna contra el gobierno.

No habia en todo Portugal mas que el duque de Braganza que podia dar alguna zozobra al gobierno español. Este príncipe era de índole apacible, pero algo perezosa; su entendimiento era mas recto que vivo; en los negocios iba siempre al punto principal; penetraba fácilmente las cosas á que se dedicaba, pero era flojo. El duque Teodosio, su padre, que era de un temperamento impetuoso y enérgico, habia procurado dejarle por herencia el odio profundo que profesaba á los Españoles, y siempre se los habia hecho mirar como á usurpadores de una corona que de derecho le pertenecía. No habia perdonado medios para infundirle la ambicion que debe tener un príncipe que podia esperar colocarse aquella corona en la cabeza, y todo el ahinco y valor necesarios para acometer una empresa tan arriesgada.

D. Juan profesaba los sentimientos del duque su padre, pero los profesaba á su modo, esto es, con la moderacion de su índole apacible. Aborrecia á los Españoles, mas no tanto que se afanara en vengarse de su injusticia. Tenia ambicion y no estaba desahuciado de subir al trono de sus mayores; pero no manifestaba al intento tan viva impacencia como la mostrara el duque Teodosio. Se contentaba con no perder de vista su designio, sin aventurar indiscretamente por una corona harto incierta una fortuna agradable y una fortuna tan esplendorosa como podia apetecerla un particular.

(1) Parece que premiaron en el hijo los descubrimientos del padre; por cuanto D. Francisco, representado por Barbosa como hábil en matemáticas, fué nombrado cosmógrafo en jefe del Perú y examinador de pilotos.

No obstante el duque de Braganza era tenido y con razon por uno de los hombres mas instruidos de su tiempo, y basta leer algunos de sus escritos anónimos para convencerse de que á una instruccion sólida unia mucho tino de observacion.

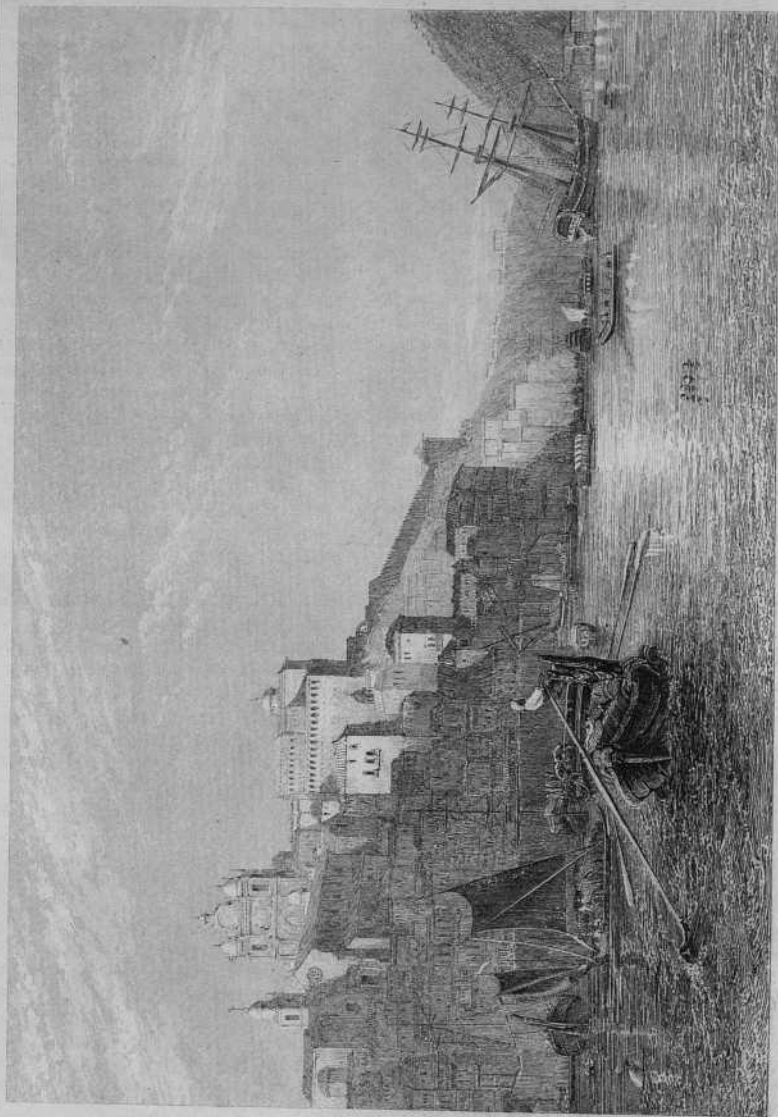
Es muy probable que la aficion al estudio le moviese á amistarse con uno de los hombres mas eminentes de aquella época, Joao Pinto Ribeiro, natural de Amoranto, hijo de una familia noble, y que desde sus mas tiernos años habia dado pruebas de suma inteligencia. Tal era el hombre á quien D. Juan habia dado toda su confianza. Su ánimo ardiente, su corazon patriótico le hicieron luego el agente principal de una conjuracion meditada ya desde largo tiempo, y que si bien estalló repentinamente, no por esto dejó de ser el resultado de una larga combinacion política.

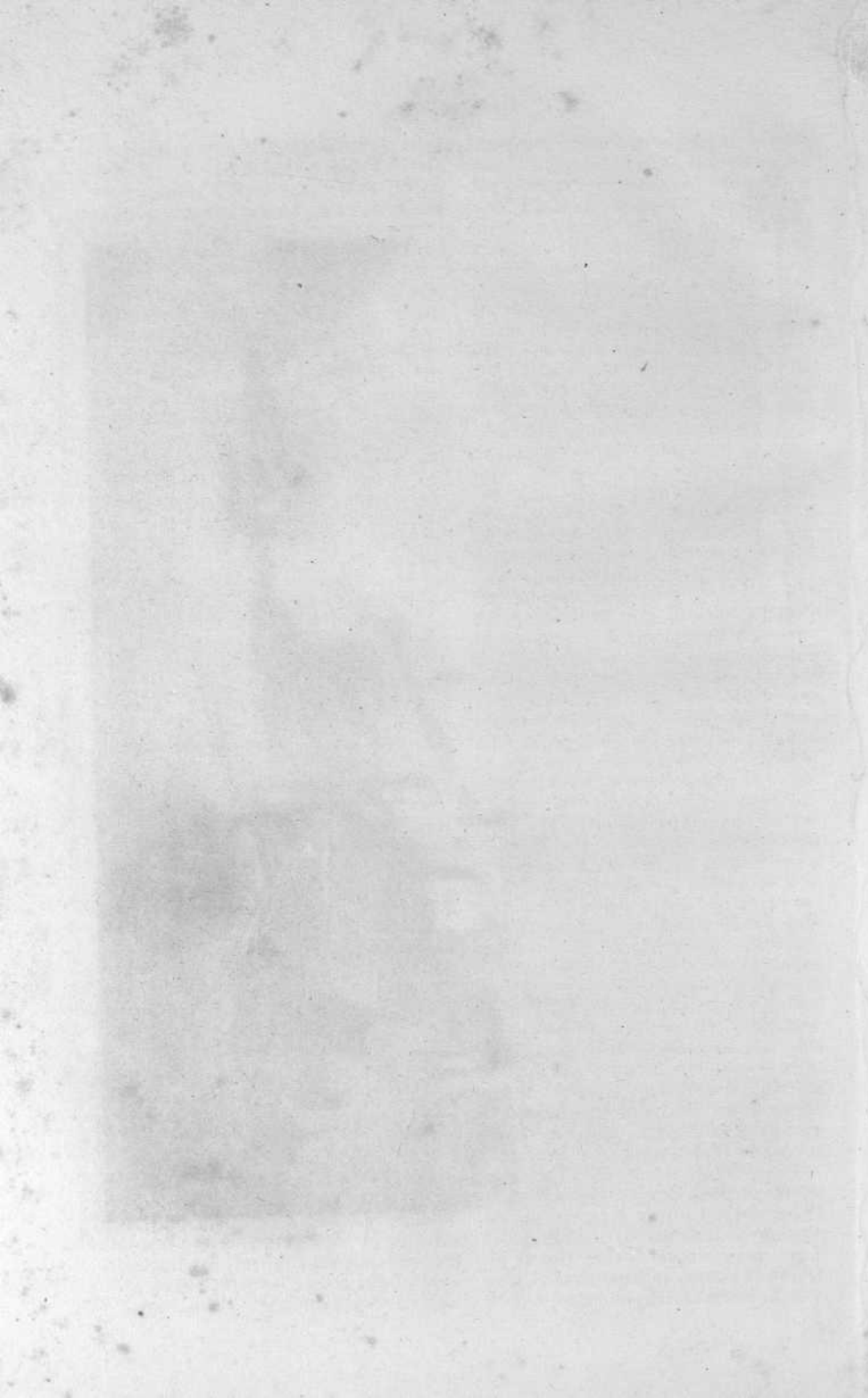
El pueblo portugués estaba sufriendo con notable impaciencia é ira las exacciones del conde duque, y hasta se negaba terminantemente á pagar nuevos impuestos. Ya tres años antes habia estallado un verdadero motin popular en las ciudades mas importantes del reino, y esta especie de revolucion, bien conocida en las memorias de aquel tiempo bajo el nombre de *tumultos de Evora*, tuvo un éxito tan pacifico porque no se habia hallado á la mano ningun hombre eminente para dirigirlo. La España se habia alarmado en gran manera y el conde duque habia llamado á la corte á los principales señores de quienes podia sospecharse que prestaban su apoyo á los malcontentos. En 1638, habian marchado algunas tropas; dos hombres valerosos salidos de la clase del pueblo, Sessando y Barradas, habian sido ejecutados en efígie, y luego habian vuelto las cosas á un sosiego aparente. Mas no era solo en Evora y en los Algarves donde el pueblo expresaba con enerjía su descontento; la nacion cruelmente diezmada, se indignaba; por cuanto durante las revueltas de Evora, se habia tratado de exijir de ella un sacrificio mas humillante que cuantos se le habian

impuesto hasta entónces. Los majistrados del pueblo debian ser llamados á la corte, y allí, cubiertos de un saco y con la soga del suplicio al cuello, haciendo en una palabra por una cobarde concesion lo que hiciera en otro tiempo Egaz Moniz por puro egoismo, debian pedir perdon al rey de Castilla. Se añadia que de resultas de una consulta de hábiles teólogos y de lejislas palaciegos, el Portugal, que conservaba una sombra de nacionalidad, iba á ser borrado de la lista de los reinos, y que incorporándolo con la gran monarquía española se borrarían hasta sus recuerdos.

A pesar de la fingida indiferencia del conde duque para las asonadas que tan cerca de él se manifestaban, el ministro no se habia equivocado en punto á la naturaleza de las relaciones que en la pequeña corte del duque de Braganza se estaban manteniendo con lo restante de Portugal. Durante las revueltas de Evora se le habia oido repetir estas palabras harto significativas: «No habrá sosiego en Portugal mientras no crezca la mala yerba en los patios y en las gradas del palacio de Villa Viciosa». Porque habia efectivamente en aquel palacio dos pechos hidalgos que habian podido comprenderse, dos cabezas llenas de fuerza é inteligencia que sin duda se habian comunicado sus proyectos, por mas que los historiadores contemporáneos no se expresen terminantemente sobre este punto.

A fines de 1640, el número de los conjurados ascendian segun dicen á cuarenta; por la vez primera se hicieron proposiciones al duque de Braganza, durante un viaje que hizo á Almada; el 12 de octubre del mismo año, hubo una asamblea de los principales conjurados en Lisboa; las circunstancias estaban reclamando aquella reunion, por cuanto la guerra, que iba á encenderse en Cataluña, debia necesariamente alejar de la capital á varios miembros de la asociacion patriótica. Tratábase de acabar con la dominacion española, y hubo quejas contra el duque de Braganza, cuya tibiedad can-





saba á los patriotas; hasta se trató de cortar de una vez aquel titubear y de constituirse en república, á ejemplo sin duda de las provincias unidas de Holanda. Pinto Ribeiro habló enérgicamente contra este proyecto, y reconcilió los ánimos con Don Juan, recordando que lo que se tenía por una cobarde irresolución era bien considerado, prudencia solamente. Terminó afirmando que el duque de Braganza tenía el corazón muy jeneroso y conocia muy bien sus obligaciones de caballero para desechár unos esfuerzos que secretamente aprobaba.

La fortuna de la casa de Braganza dependió entónces de estas pocas palabras; acordóse enviarle un nuevo mensaje, y Pedro de Mendoza, alcaide mayor y señor de Mourao, fué el encargado de ir á Villaviciosa á ver al duque y de sondear sus disposiciones; el digno Portugués que emprendia este viaje se hizo cargo de lo árduo y delicado de aquella mision. Pasó por Evora, donde todo al parecer estaba apaciguado, pero donde latian aun por la independencia muchos corazones jenerosos; y allí halló al marqués de Ferreira, al conde de Vimioso y á Rodrigo de Mello, quienes escribieron al duque instándole, con su bien conocida lealtad, para que abrazase por fin una resolución por todos tan deseada.

Pedro de Mendoza encontró á Juan en Villaviciosa al volver de la caza; le entregó las cartas de que era portador; pero hallóle irresuelto todavía, y hubo de pensar en sus adentros que en aquel señor, tan afanado por el placer, y tan tibio en los negocios, no habia las prendas de un rey. El destino de Portugal como monarquía dependió entónces de las palabras terminantes y decisivas de un hombre sutil, y mas aun de la resolución repentina de una mujer digna de ser reina.

El duque de Braganza tenía á la sazón un secretario íntimo, de quien desconfiaban los conjurados; al entregarle el pliego cuya contestación inmediata pedia, el alcaide de Mourao habia rogado á Don Juan que no revelase su contenido á Antonio Paes,

y el duque habia contestado: No tengais cuidado; pues él sabe su contenido mejor que yo. A este mismo hombre se confió el duque en la ansiedad en que le habian puesto las últimas proposiciones de la junta secreta de Lisboa. Sin duda que Antonio Paes habria recibido sus instrucciones de Pinto, y conocia probablemente los defectos así como las prendas de su amo; así que se contentó con ponerle esta pregunta. «¿Qué hará el duque, si el pueblo, cansado de esperar, se constituye en república?» —Seguirá, bien lo sabeis, Antonio Paes, la opinion del reino, y correrá todos los riesgos que deben acometer á la patria.—

Entónces cesó la duda, y quien se decide á arriesgar la vida para ser súbdito de una república hallará una gloria mayor en capitanearla recibiendo de ella el título de rey.

Don Juan conmovido pasó en seguida al aposento de la duquesa, y allí debia acabar de decidirle una respuesta mas firme y terminante. Dijo su consorte: «Mas bien morir reinando que vivir siervo; y por lo que á mí hace, mas quiero ser reina una hora que duquesa toda la vida.» Pedro de Mendoza transmitió á los conjurados una respuesta á que muchos de ellos no se aguardaban.

Señalóse el 1.º de diciembre de 1640 para señalar la nueva era de la independencia. Dirian que las mujeres estaban destinadas para hacer el papel mas digno en esta noble revolución. Bien así como en los tiempos antiguos, algunas de entre ellas hicieron á la libertad del país el sacrificio de sus angustias maternales; una noble señora de Lisboa, Doña Felipa de Villena, armó á sus dos hijos, y empuñando la espada de su padre que habia servido en las Indias, les dijo: «Id, que ya sois caballeros. Ganad un trono al rey, y la libertad á la patria.» Gerónimo de Atayde y Francisco Coutiño salian por decirlo así de la infancia; su madre fué quien les endosó la coraza, y les ciñó el tahalí bordado por sus manos, mezclando con aquellos cuidados sus besos maternales. Otras muchas consumaban el sacrificio en

silencio, y aquellas nobles mujeres podían recordar las palabras de la Espartana: «Ya es hora, partid, volved libres ó no volvais».

Con efecto ya había dado la hora de los grandes sacrificios. Habían dado las nueve, todas las tiendas estaban abiertas y nada denotaba que en el barrio que habitaba la duquesa de Mantua iba á efectuarse una gran conmoción política. El paseo estaba tan tranquilo como de costumbre. Un noble anciano, que solía ir al palacio de la reina, D. Miguel de Almeida, había traspuesto el umbral de aquel palacio. De repente retumba el estruendo de un pistoletazo en la sala de los Alemanes; aquella era la señal convenida: centenares de hombres salen de los carruajes, llenan la plazajinetes que se agolpan. Aquel conspirador octogenario á quien dejó pasar la guardia, aquel anciano que representa á la antigua nobleza portuguesa, sale al balcón, empuña la espada y habla así al pueblo: ¡Viva el rey D. Juan IV hasta á hora duque de Braganza! ¡mueran los traidores que nos robaron la libertad!» Contéstale un clamor estruendoso: ya llegó la hora de la lucha, y á los gritos de muera Castilla, tres hombres denodados atacan á la guardia española. Jorje de Mello, Estévan de Cuña, y Antonio de Mello de Castro se arrojan sobre la guardia. Al mismo instante Pinto Ribeiro marchó á la cabeza de los mas resueltos al aposento de Miguel de Vasconcellos, único que con una resolución repentina podía atajar todavía los esfuerzos de los conjurados. Para llegar hasta él, fué forzoso quitar de en medio con la pistola ó el puñal, á algunos satélites suyos; pero aquel hombre á quien las sospechas traían continuamente desvelado, había contado siempre con su buena fortuna, y había desoído los mejores consejos; prevenido del peligro que corría, había despreciado aquella conspiración; pero luego se había ocultado dentro de un armario, contando con el silencio de una sirvienta anciana, única que podía hacerle traición. Pronto entraron los conjurados tu-

multuariamente en el aposento que habitaba; bastó dar una ojeada á aquel lecho desordenado del que acababa de saltar y á aquella trémula mujer para adivinar que no había podido huir: una espada desenvainada, un ademán amenazador bastaron para amedrentar á la vieja. Pidió mentalmente perdón á Dios, dice un historiador, y su mirada furtiva indicó el armario. Vasconcellos recibió la muerte sin proferir una palabra; Antonio Tello fué el primero que le descerrajó un pistoletazo, en seguida le hirieron los demás conjurados, y el cadáver del ministro fué arrojado por la ventana, y arrastrado un día entero por las calles hasta que Pinto de Ribeiro consiguió que le diesen sepultura. Los gritos de ¡Viva la libertad! ¡Viva D. Juan rey de Portugal! acompañaron esta ejecución sangrienta.

Vasconcellos, aborrecido y menospreciado de todos á pesar de su gran capacidad, era la única víctima que los conjurados querían dar al pueblo. Mientras que aquel cadáver ensangrentado y en cueros era arrastrado por las calles de Lisboa, Miguel de Almeida, Fernando Tello de Menezes, Juan de Costa y otros muchos se dirigían al aposento de la reina. Para llegar hasta ella tuvieron que quebrantar algunas puertas y halláronla por fin en la sala de la galera. Margarita de Mantua había comprendido desde luego que los discursos que ella dirigía al pueblo eran completamente inútiles, al acercarse D. Miguel, se volvió á los conjurados y esperó sin duda tener mayor influjo de aquellos representantes de la alta aristocracia que en el jentío irritado; díjoles pues con alta turbación: «El ministro culpable ha pagado ya los delitos que había cometido. Señores no estreme vuestra ira las cosas, por cuanto sería una lengua para tan hidalgos pechos. Yo me obligo á que el rey Católico no solo perdona, sino que agradezca además el que hayan libertado este reino de los excesos del secretario».

No sin intento citamos aquí las palabras de la reina modificadas y

aun alteradas en todos los historiadores; desde luego se ve que prometió mucho mas de lo que hubiera cumplido el conde duque. Por grados se fué serenando y mostró un tison que Ericeira no puede menos de elojiar. No son con todo una ficcion las palabras que en todas las relaciones se atribuyen á D. Carlos de Noroña; pues nos vienen confirmadas por Pinto Ribeiro, que sin duda presencié la escena y quien dice positivamente y sin comentario: «Estaba ella deliberando para hacer algunas otras demostraciones, mostrándose al pueblo ya furioso y que estaba ardiendo en deseos de ver confirmado lo que ya se habia hecho; pero los que allí estaban se lo estorbaron. Con todo, viéndola tan difícil de apaciguar, se vieron precisados á usar de algun vigor. Y como Don Carlos de Noroña le hablase con tanta firmeza que ella quedaba atónita, añadió finalmente que no era del caso que su Alteza diese motivo á que faltasen al respeto que le debian. Al oír estas palabras, irritóse aun mas la princesa y dijo: ¡A mí! ¿y cómo?—Haciendo pasar á Vuestra Alteza por esa ventana. Detúvose ella entónces, y empezó á obedecer á lo que exijia el tiempo y aconsejaba la razon.» La vi reina mandó luego al sargento mayor del castillo que no hiciese ningun movimiento capaz de inquietar al pueblo. Aquella orden fué sin duda exijida de Margarita por los hombres que en aquel trance arriesgaban la vida por la independencia nacional; algunos historiadores pretenden que al darla, habia contado la reina que no seria obedecida. Dice Pinto en su opúsculo que si la artillería del castillo hubiese hecho fuego contra la ciudad y si la hubiesen estacado, los soldados de la guarnicion hubieran pagado con la vida el daño causado por sus jefes; mas no son de este sentir todos los que han escrito sobre este acontecimiento memorable; y el conde de Ericeira está persuadido de que si hubiesen salido á la plaza los quinientos fusileros encerrados en la fortaleza, hubiera sido muy dudoso el éxito de la empresa. Vién-

dose fuera de toda responsabilidad por la orden que habia recibido, el comandante del fuerte, Don Luis del Campo, se abstuvo de toda demostracion hostil, y en la tarde del dia siguiente, en virtud de otra orden de Margarita de Mantua, entregó á Don Alvaro de Avranches las llaves de aquel castillo, cuya resistencia habian considerado los jefes del movimiento como el obstáculo de mas bulto contra el restablecimiento de la independencia nacional.

Entretanto el pueblo se habia reunido, pues habia comprendido que aquel era el trance de armarse; con todo era preciso regularizar la revolucion que acababa de efectuarse. La muchedumbre se abalanzó á las puertas de las casas consistoriales, y los majistrados que al principio las habian atrancado, las abrieron luego al pueblo y confirmaron con sus firmas el acto grandioso de la independencia nacional.

Entónces llegó á la cámara el venerable arzobispo de Lisboa seguido de un jentío inmenso; iba á tomar el gobierno de la ciudad mientras llegaba el rey. Algunos instantes despues, aquel noble Alvaro de Avranches, que llevaba un nombre tan caballeresco, se apoderaba de la bandera de la ciudad y recorria las calles de Lisboa en medio de las aclamaciones de la muchedumbre. «Con este séquito, dice Pinto, entró el arzobispo en el palacio lleno ya de un jentío inmenso; tambien habian llegado jentes de la campiña, entre otros Miguel Maldonado, que allí estaba empuñando con ambas manos una espada; y rodeado de sus cuatro hijos, ¡compañía digna de toda empresa memorable! Seguíanles sus sirvientes, así como otros muchos, animados del amor á la patria y del gozo de la libertad.

Échase de ver por estas fervorosas palabras del noble Pinto que habian vuelto los tiempos antiguos de Portugal; y pocas horas despues, algunos caballeros portugueses metiéndose osadamente en unas lanchas fueron á apoderarse de tres embarcaciones españolas, que no trataban

de salir del puerto. Todo iba saliendo á medida de los deseos de los conjurados; fuera de la muerte dada á Vasconcellos, ningun esceso turbó esta revolucion, ninguna venganza particular vino á tiznarla; muchos hombres enemistados desde largo tiempo se abrazaban por las calles, y todos daban gracias á Dios por la dicha tan inesperada. Mientras los victoriosos iban recorriendo la ciudad, Pinto envió un correo al duque de Braganza, quien ya desde aquel punto podia tomar el título de Juan IV. De orden del gobierno provisional, la duquesa de Mántua se habia retirado á Jábregas; el nuevo monarca elegido por el pueblo partió inmediatamente sin comitiva, acompañado tan solo del marqués de Ferreira y del conde de Vimioso; embarcóse en Aldea Gallega, y el jueves, á las nueve, ponía el pié en el muelle de Lisboa.

LA CORONACION. — LLEGADA DE LA REINA.

Ericeira nos ha conservado los pormenores de la coronacion de Juan IV que se efectuó el 15 de diciembre. Los actores mas zelosos de este drama no fueron los mas ricamente premiados; lo que prueba cuando menos su patriótico desinterés.

Doña Francisca de Guzman no asistió á esta ceremonia imponente; por la fiesta de Navidad que siguió á la coronacion, D. Juan fué á verla en Aldea Gallega, y la condujo á Lisboa con el infante D. Teodosio, que iba á ser reconocido heredero de la corona. Con el tino que la distinguia, la reina nombró inmediatamente á las damas que debian hacer parte de su corte, y encargó la educacion del príncipe niño á una mujer que habia dado pruebas terminantes de su amor á la independencia. Con efecto Doña Mariana de Alancastre se esmeró en cultivar aquella inteligencia jóven, en la que descansaban los destinos de Portugal, y si la muerte no le hubiese arrebatado en flor, segun espresion de los Portugueses, se hubieran evitado grandísimos escándalos al país

y este hubiera inscrito en sus anales otro rey cabal.

LLEGA A MADRID LA NOTICIA DE LA INSURRECCION. — PALABRAS DEL CONDE-DUQUE. — DESAFIO DEL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA. — EMBAJADA ENVIADA A FRANCIA, POR JUAN IV.

La noticia del grande acontecimiento que devolvía la corona de Portugal á un descendiente directo del maestre de Aviz llegó vagamente á Madrid al cabo de pocos dias. El corregidor de Badajoz habia visto altas hogueras por la raya, y creyendo por aquellos indicios, y con fundamento, que habia estallado una revolucion en Portugal, se habia dado prisa en comunicar á la corte sus conjeturas. El conde-duque se habia irritado de que un magistrado se atreviese á turbar su sosiego con tales noticias, pero no les dió crédito. Mas fuerza le fué creerlas, cuando tres horas despues llegó un correo portador de los pormenores circunstanciados de aquel suceso. Aquella novedad irritó tanto mas á Olivares por cuanto estaba en vísperas de firmar segun se asegura, ciertas órdenes que á fuer de verdadero hombre de estado, hubiera debido enviar tres meses antes: debia reconocerse muy culpable efectivamente, si, segun lo afirma una relacion manuscrita de la biblioteca real, el castillo de Lisboa estaba falto de víveres y municiones de guerra. Todos los historiadores aseguran que el privado encubrió su sentimiento; y hay algunos que suponen que tenia la cara risueña cuando se presentó delante del rey para decirle «que estaba por dar uno de los gobiernos de su reino, y no de los menores, por haber tomado partido con los malcontentos el duque de Braganza á quien ofrecian la corona de Portugal.» Por muy frívolo que fuese Felipe IV, que por otra parte no era un necio, segun es de ver de sus obras literarias, árduo se hace creer que recibiese aquella noticia con la indiferencia que le suponen ciertos autores. Velozo de Lira dice al contrario que se turbó y que preguntó al ministro si era cierto.

que el duque hubiese aceptado.

La juventud portuguesa, á quien enviaban á las escuelas y con especialidad á Salamanca, para hacerla partícipe despues de los favores de la corte, la juventud se halló sobrecojida por una especie de embriaguez, de modo que en menos de tres dias mas de cuatrocientos estudiantes, partieron á pié para Lisboa. «Eran de aquellos», añade Velozo de Lira, que pocos dias antes dejaban comprender á Castilla lo que eran sus fuerzas reales;» era la flor de la nacion portuguesa que iba á sostener una independencia que sin ella habian conquistado.

Mas que todos los otros señores de la corte, el duque de Medina-Sidonia se creyó entónces comprometido por sus relaciones de parentesco con la casa de Braganza, y llevado de su terror palaciego, renovó muy ridículamente (por cuanto estaban ya á mediados del siglo XVII) uno de aquellos grandes actos solemnes de la edad media, que ya no cabia calificar: llamó al duque su cuñado á la palestra para responder de su felonía á la faz de Europa; pero solo logró probar que las formas grandiosas en otro tiempo del feudalismo habian perdido completamente su prestigio; mas adelante algunos actos no menos inocentes pusieron al abrigo de toda sospecha á aquel descendiente apocado de los mas valerosos caballeros de España.

En tanto que el gabinete de Madrid proyectaba ciertas disposiciones para hacer entrar en el deber á los que seguía llamando rebeldes, el gabinete de Lisboa se constituia y proclamaba á la faz del mundo su independencia, no perdonando medios para afianzar la defensa de la raya.

Al primer dia de la aclamacion, una potencia de segundo orden, la Suecia, dió altamente su asentimiento á la conducta de Juan IV; lo que vino á ser un utilísimo precedente.

Importábale mucho á Portugal conciliarse el apoyo ó cuando menos la amistad de tres potencias de Europa, la Francia, los Estados Pontificios y la Holanda. La actitud de la

Francia no podia ser dudosa, y Richelieu debia acoger bien á los que él mismo habia escitado. Era muy conveniente por otra parte utilizar la poderosa llamada que ofrecia el levantamiento de Cataluña. Despues de haber enviado á esta provincia á un hábil comisionado, Juan IV envió á Luis XIII á dos hombres de suma capacidad: Francisco de Mello, montero mayor del reino, y el doctor Antonio Coelho de Carvalho. Sus instrucciones consistian sobre todo en establecer entre los dos reinos una confederacion en la cual quedase comprendida la Holanda, y cuyos resultados habian de ser un aumento de territorio para la monarquía francesa.

El rey de España habia sido bastante poderoso para alcanzar la escunion de Portugal. Envióse una segunda embajada para obviar los graves inconvenientes que en un estado católico podia ocasionar tal determinacion; y el obispo de Lamego fué el encargado de ir á tratar este asunto espinoso; pero por poco fué asesinado en Roma, y aquella ciudad vió con espanto los sangrientos esfuerzos de un embajador castellano, que trascordó la jenerosidad é hidalguía de su nacion hasta el estremo de buscar en una vil celada una solucion diplomática harto tardía para él.

En fin como se trataba á la sazón de una paz jeneral, cuyas bases debian ponerse en el congreso de Munster, Juan IV nombró para representarle en aquella asamblea memorable, en primer lugar como á plenipotenciario suyo, á Luis Pereira de Castro, quien recibió sus instrucciones á últimos de abril de 1643; y despues á Ruy Botelho de Moraes y á Francisco de Souza Coutinho, quienes fueron á la dieta en mayo del mismo año, y se les incorporó despues Francisco de Andrade Leitao, hombre hábil y de tesón.

La accion de aquellos diplomáticos en la dieta, las luchas que tuvieron que sostener contra España, la habilidad con que supieron desviar el influjo de la Santa Sede y tambien el de la república de Venecia,

todos estos hechos desatendidos no han ocupado bastante á los historiadores y forman uno de los cuadros mas curiosos de la política del siglo XVII. La España queria ante todo que se escluyese de la dieta á los embajadores portugueses; y por poco naufragó entónces la restauracion portuguesa; pero los límites de esta reseña nos precisan á abreviar estas consideraciones y á volver á la Península, donde llaman nuestra atencion las resistencias inmediatas de España. Dirémos antes sin embargo algunas palabras del efecto producido por la revolucion en las posesiones lejanas de Portugal.

ACLAMACION DE JUAN IV EN LAS COLONIAS. — GOZO CAUSADO POR LA NOTICIA DE LA INDEPENDENCIA.

Si algo hay en esta revolucion memorable mas extraordinario quizás que la rapidez con que se llevó á cabo, fué la maravillosa prontitud de las adhesiones lejanas y la pacificación de las colonias. Nada dirémos aquí de las ciudades del litoral de Berbería; pues á escepcion de Ceuta todas reconocieron gozosas al nuevo gobierno. Madera manifestó grandísimo entusiasmo y obligó á la guarnicion española á embarcarse para Tenerife. Gracias á la habilidad de un agente de Juan IV, las Azores reconocieron la dominacion de Portugal sin grande derramamiento de sangre; la misma habilidad y una reserva tan eficaz como aquella dirigió la aclamacion de Juan IV en los estados del Brasil. Mascareñas, el gobernador de San Salvador, interceptó toda comunicacion entre la escuadra y la embarcacion que le traia la noticia, y luego mandando formar en batalla á las tropas portuguesas que ocupaban la capital del Brasil, hizo reconocer al duque de Braganza como soberano de aquellas dilatadas rejiones; de las que ocupaba á la sazón la Holanda las provincias mas ricas. En los estados de Africa habia acumulados tesoros inmensos que fueron confiscados en beneficio de la nueva dinastía. En Macao, no solo los comerciantes portugueses celebraron aquel fausto suceso con

regocijos cuya prodijiosa magnificencia tuvo eco por todo el Oriente, sino que acompañó su adhesion un presente de doscientos cañones de bronce, y quisieron ofrecer al nuevo monarca una suma cuantiosa, en prueba de un afecto que en nada disminuía la grande distancia á que se hallaban de la metrópoli. Por donde quiera saludaban gritos de júbilo al pabellon nacional; pero en ninguna parte llegó la noticia de un modo mas extraño é inesperado que en la rica ciudad de Goa. El capitán Pedro de Liz, se habia encargado de noticiar á las Indias orientales la eleccion del duque de Braganza; el viento y el monzon favorecieron su viaje; pues en cuatro meses traspuso la distancia y pudo ver la Barra de Goa. Pero ya habia volado el tiempo en que el pabellon portugués tremolaba libremente en aquellos mares; el valiente comandante, receloso de los Holandeses, desembarcó á su hijo en Pangy y le encargó sus cartas para el virey; el jóven Cristóval de Liz se adelantó entónces, y entró resueltamente en la primera iglesia que encontró; era la capilla de la Concepcion que se tenia por el primer edificio religioso que se habia levantado en la ciudad, habia entónces sermón, y habia muchísima concurrencia. El jóven marino subió sobre un banquillo, y allí en presencia del jentío atónito, proclamó á D. Juan de Braganza soberano de las Indias. Contestáronle gritos de alborozo, rodeáronle al punto, y la adhesion mas sincera le probó que un mismo pensamiento de independencia unia á Lisboa y á Goa. Quédale aun no obstante por desempeñar lo de mas entidad; al cabo de algunos instantes, se halla en la capital de las Indias, ábrense las cartas de Juan IV, y el mismo conde de Aveyrar proclama la nueva dinastía tan anhelada.

Mientras se dirijian á Lisboa diputaciones de los países mas lejanos para espresar el alborozo de las colonias, algunos pechos desleales, hombres de bandería estaban meditando en el corazon del reino una conspiracion que habia de volcar la casa de Braganza y hacer entrar otra

vez bajo el yugo español á este reino rebelde al que se debía castigar con rigor. El arzobispo de Braga, que en la jornada del 1.º de diciembre habia tomado con tanto calor el partido de la vireina, prelado fogoso á quien momentáneamente habian llamado al gobierno provisional y que se habia enterado del estado de los negocios, D. Sebastian de Matos, iba á dar á su país; un espectáculo que irritó el patriotismo del pueblo.

CONSPIRACION TRAMADA POR EL ARZOBISPO DE BRAGA. — EJECUCION DE ALGUNOS GRANDES.

El arzobispo de Braga pertenecía á una de las primeras familias del reino; pero aunque habia hecho parte del gobierno provisional, nunca se habia unido sinceramente á los amigos de la independencia nacional. Cuando la duquesa de Mantua habia recibido la invitacion espresa de salir del reino, él la habia acompañado hasta la frontera; y poco despues concibió el funesto pensamiento de establecer en Portugal el gobierno que ella representaba; era un hombre enérgico y dotado de cierta elocuencia; logró hacer entrar en sus miras políticas á algunos prelados, entre ellos al inquisidor mayor. Halló adherentes entre algunos señores malcontentos, entre otros el marqués de Villareal, el duque de Camiña y el conde de Armamar. Y lo mas odioso que hubo en este negocio fué una multitud de reticencias y confidencias á medias que comprometieron á algunos inocentes, y especialmente al noble Matías de Albuquerque, quien espíó con una larga prision aquella mala inteligencia.

El arzobispo de Braga tenia que haberlas con jentes ducas en conspirar, por cuanto acababan de pasar por aquella via peligrosa y habian salido airosos del intento. Descubrióse todo; y el pueblo se mostró sin compasion con unos hombres que se habian mostrado sin patriotismo. Aquellos conspiradores novicios escribieron al rey confesando su crimen; pero su correspondencia no hizo mas que simplificar el procedimiento. Levantóse el cadalso

por la vez primera bajo el reinado de Braganza, y en él cayeron las cabezas del duque de Camiña y de otros tres grandes, entre los cuales se hallaba Villareal, que descendia de sangre real. Los eclesiásticos no salieron en público, pero espíaron su crimen en la cárcel. Se ha supuesto que el arzobispo de Braga habia sido envenenado. El inquisidor mayor fué mas feliz, ya fuese que le protegiesen las funciones que en otro tiempo habia ejercido, ya fuese que se hubiesen reconocido en él ciertas circunstancias atenuantes; pues tras dos años de prision salió en libertad y se le reintegró en sus bienes.

PRISION DEL INFANTE D. DUARTE. — RESOLUCION DE LA DIETA DE MUNSTER. — BATALLA DE MONTIJO.

Todos estos hechos y otros muchos prueban que la España, que se estaba apercibiendo para la agresion, no cejaria ante ninguno de los medios reservados que emplease la política tortuosa de un ministro sin grandeza. En 1642, un hermano de Juan IV, el desdichado D. Duarte, se vió privado de la libertad con menosprecio del derecho de jentes. Bien así como otro príncipe portugués del siglo décimo quinto, habia ido á ofrecer sus servicios á la Hungría, y su capacidad, que quizás le hacia temible para la España, le hizo el objeto de una feria espantosa; en virtud de un ajuste odioso firmado, segun se dice, en Viena, el 25 de junio de este año, el rey de Hungría entregaba á su huésped mediante 40.000 rixdálerez. Francisco de Melo, gobernador de las tropas de Flandes, y D. Manuel de Moura Corte Real, embajador de España en Alemania, se hacian cómplices de aquella compra; y el hermano de un rey reconocido por la Francia iba á perecer en un calabozo.

Ni el influjo de la Francia ni los pasos secundarios de la Suecia, ni los esfuerzos constantes del P. Vieina, á quien los Portugueses colocan entre sus prohombres, pudieron conseguir que se comprendiese á Portugal en el tratado de Munster, y la guerra amagaba eternizarse en

la Península. A falta de un príncipe capaz de dirigir un ejército, opusieron al principio á los Españoles á un jeneral que habia dado pruebas de valor é inteligencia durante las guerras de América. Matías de Albuquerque, nombrado gobernador militar del Alentejo en 1640, ganó, el 26 de mayo de 1644, la célebre batalla de Montijo, que afianzó ciertamente la casa de Braganza en el trono. En esta jornada, que se dió no lejos de Badajoz, los Españoles capitaneados por el baron de Molingen, tuvieron que cejar hasta Talavera, perdiendo mil y setecientos hombres con toda la artillería.

La batalla de Montijo tuvo un influjo reparable en un país que se envanecía de haber recobrado sus instituciones, pero que quizás ponía aun en duda la posibilidad de mantener en la lista de los pueblos independientes. Las dos naciones pudieron ya desde entónces medir su poder, y sobre todo su teson; todavía pudo aplazarle la época de la paz definitiva, mas ya no se consideró como incierta; y los acontecimientos que pasaron en el Alentejo durante el año siguiente no hicieron mas que corroborar esta prevision.

En 1645 se renovó en Roma un escándalo odioso. Al volver Nicolás Monteiro, prior de Cedofeita y encargado de los negocios de Portugal en Roma, en su coche de Santa María del Popolo, fué atacado por esbirros pagados por el embajador de España y solo debió la vida al valor y á la serenidad de su cochero. El papa fué esta vez inflexible, y el conde de Siruelo recibió la orden de salir de Roma; mas no por esto quedó reconocida la independencia portuguesa, y hasta fué preciso que en aquella circunstancia, el embajador francés, M. de Gramonville, obra-se seriamente á favor del prior de Cedofeita.

CORTES.—MUERTE DE JUAN IV.

Unos dos años despues de la victoria de Montijo, en 1646, se reunieron nuevamente los estados en Lisboa, y se hicieron á la administracion cuerdas modificaciones; no

obstante no cesaba la lucha con España, y el Portugal no halló en la política del ministro francés Mazarino las disposiciones eficaces de Richelieu. Los años postreros del reinado de Juan IV no pueden parangonarse por ningun término con la temporada de luchas apasionadas y de incidentes verdaderamente dramáticos que caracterizan al período primero. Durante los años de languidez que precedieron á su muerte, el fundador de la dinastía de Braganza tuvo la feliz idea de entregar el gobierno del estado á la mujer animosa que le habia asistido al principio de su carrera; los documentos diplomáticos que nos han llegado muestran bastante que Doña Luisa desempeñó, en 1655, las funciones de un ministro agudo y diligente. La carta que por dicho tiempo escribió ella al caballero de Jaut, que defendía entónces los intereses de la Francia en Portugal, es una prueba de lo que decimos. Un año despues, en 1656, cuando falleció Juan IV, cúpole el consuelo de ver que la mujer heroica que le habia decidido á cargar con el peso de la corona sabría transmitirlo á su dinastía. Sin embargo por poco un reinado fatal acabó con el fruto de tanto afán. Juan IV murió el lunes, 6 de noviembre de 1656, á la edad de cincuenta y dos años y medio; matóle una hidropesía. En los últimos años de su vida tomaba poquísima parte en los negocios. Fué sepultado en el convento de San Vicente de Fora.

No obstante, antes de dar á conocer los acontecimientos que sobrevinieron bajo el reinado del hijo de Juan IV, vamos á volver otra vez los ojos á las Indias, donde hallaremos á uno de los valerosos capitanes de la antigua estirpe.

ULTIMOS CONATOS DEL VALOR PORTUGUÉS EN LAS INDIAS. TOMA DE COLOMBO.—HERMOSA DEFENSA DE SOUZA COUTIÑO. OJEADA SOBRE EL AFRICA PORTUGUESA EN EL SIGLO DÉCIMOSEXTO.

Si el reinado naciente de D. Juan descolló en el exterior con algunas victorias esplendorosas; si gracias al

teson de Fernandez Vieira, ya desde entonces se pudo prever que las ciudades modernas del Brasil reconocerian luego por dueños á sus fundadores, no sucedió lo propio con las ciudades antiguas del Oriente, donde, tras algunas hazañas gloriosas, la dominacion cristiana habia desbancado la de los musulmanes, cuando no destruía un culto mas pacífico. En Ceilan se efectuó el último acto de aquel drama que tanto asombro y terror habia causado en Europa. Allí reaparecieron por un momento todos los sacrificios, todos los actos de valor, todos los padecimientos heroicos que habian esclarecido á los Portugueses en los tiempos hermosos de la conquista.

En 1655, los Holandeses habian multiplicado sus conquistas en todos los puntos de la costa de Malabar; pero Colombo, la ciudad populosa y mercantil, la ciudad indiana que encierra en el dia mas de cincuenta mil almas habia venido á ser el objeto de su codicia. Cuando Antonio Souza de Coutiño sucedió en el gobierno de la fortaleza á Francisco de Mello y Castro, quiso conservar á su pais una ciudad floreciente.

Nos llevaria muy lejos de los límites que no queremos traspasar el contar aquí la lucha desesperada entre él y el almirante holandés Gerardo de Huld, el decir los esfuerzos que fué forzoso multiplicar para resistir á una escuadra formidable, que constaba de doce navíos de alto bordo, el pintar por último el hambre horrible que asoló la ciudad. Tan solo recordaremos que Coutiño era uno de aquellos ancianos briosos que siempre tenia presente en su memoria el inflexible valor de Albuquerque y de Juan de Castro; resistió efectivamente á aquellas fuerzas desiguales, sin sentir temor ni apocamiento. Siete mil personas perecieron de inanición ó de resultados de enfermedades contagiosas; pero el valeroso capitán portugués siguió resistiéndose todavía. Alentados por una voluntad tan firme, sus soldados en los muros andaban repitiendo en coro los cantos patrióticos de Ca-

moens. No salvaron la ciudad, pero quedó ileso el honor nacional. Gerardo de Huld, el jefe de la expedicion enemiga, murió; y cuando nuevas fuerzas enviadas por los Holandeses obligaron á Antonio de Souza Coutiño á capitular, logró condiciones que en medio de su desgracia, hubieron de satisfacerle.

Colombo pasó bajo la dominacion de Holanda el 12 de mayo de 1656. La pérdida de esta plaza debia necesariamente ocasionar otras. Cinco años despues, desde 1661 hasta 1663, los Holandeses, á las órdenes de Van Goens, se apoderaron, en la costa de Malabar, de varias ciudades que les quedaban á los Portugueses, y de las que, fuerza es decirlo, se curaba poquísimo la metrópoli. Hasta Goa hubo de temblar por su libertad, y si bien se conservó, vió caer sucesivamente en poder de la república bátava á Coulan, Grauganor, Cochín, Cananor y Porca. Sarmiento defendió valerosamente la ciudad de Cochín que le tenian confiada.

Por una especie de compensacion de tantas pérdidas, en 1654 las ricas provincias del Brasil habian vuelto á entrar bajo el poder de Juan IV, y las banderas de San Pablo, adelantándose en el interior, prometian nuevos tesoros. Si habian cesado de apreciar en su justo valor político las ciudades vecinas de Marruecos, tan deseadas en otro tiempo, embargaba entonces los ánimos otra porcion del Africa no menos interesante que aquella. Andrés Alvarez de Almada, el primero que dió á conocer la region situada entre el Senegambia y el pais de Benin, en la segunda mitad del siglo XVI, habia subido por el Gambia hasta ciento y cincuenta leguas en el interior. Gracias á sus instrucciones, trató en 1580 de fundar en la costa de Sierra Leona una colonia portuguesa. El fin del reinado de Juan IV fué tambien la época de las grandes luchas en aquel pais de Angola tan poco conocido y que condecoraban con el título de reino. Holandeses eran espulsados por Pedro César de Menezes; visitábanse las naciones del interior y un escritor á quienes apenas se consulta en

nuestros dias, Antonio de Oliveyra Codornega, que murió en Loango en 1690, escribía la historia de aquellos países tan curiosos que se suelen desconocer en el día porque no se hace de las relaciones antiguas el aprecio que merecen. En el mismo país de Angola apareció en el siglo décimoquinto Ana Ginga, la reina de Matamba, que murió en 1663, á la edad de ochenta años, y cuya historia será siempre uno de los episodios mas espantosos que haya podido soñar la humana fantasía.

CONSIDERACIONES JENERALES. — DON ALFONSO IV; ENFERMEDAD QUE PADECIÓ CUANDO NIÑO. — DEBILIDAD INTELECTUAL. — MALA EDUCACION. — INFLUJO PROGRESIVO DE CONTI.

Todo lo que ha embargado seriamente á la Europa en la historia de Portugal, gloria, reveses, su habilitacion nacional, queda dicho casi, en habiendo traspuesto aquella época famosa de las *Revoluciones* de la que acabamos de trazar los rasgos principales. En adelante serémos mas breves en la narracion; nos daremos prisa en llegar á los acontecimientos memorables del siglo décimo octavo, cuyo influjo ha quedado hondamente grabado en la memoria de los pueblos, y que forman, por decirlo así, al fin de sus anales, una época de renovacion. Sin embargo fuéramos injustos, si pasásemos en silencio un reinado, que no por haber presentado luchas deplorables deja de ser uno de los mas curiosos y uno de los menos conocidos de la historia de Portugal. Nos limitarémos sin embargo á esponer los hechos, por cuanto nos falta el espacio para sondear los arcanos de una política tortuosa, y hasta para considerar bajo su verdadero aspecto los principios del conde de Castelmelhor, el rey de hecho de aquel reinado deplorable.

Don Alfonso, hijo de Juan IV, nació el 21 de agosto de 1643. A la edad de tres años le acometió una fiebre maligna, á la que sucedió una parálisis del costado derecho, que obró sobre el cerebro; el hijo de Juan IV estuvo deshauciado por mucho tiem-

po; y aunque por fin recobró la salud, se echó de ver desde luego que la inteligencia del príncipe se habia resentido de aquel choque. El fundador de la casa de Braganza, que en muchas circunstancias mostró grande perspicacia é inteligencia, no perdonó medio para remediar á aquel achaque; pero en balde envió el infante á las aguas tan eficaces de Caldas, da Rainha, y escolió mas tarde á un hábil profesor para dirigir sus estudios. El príncipe recobró, es verdad, con el tiempo el uso de una mano que estaba completamente paralizada; pero no hubo medio de exigir de él algunos esfuerzos del entendimiento; los afanes y la perseverancia del hábil Nicolás Monteiro se estrellaron completamente; no fué posible enderezar la frágil caña, dice un escritor portugués. Hasta entonces este triste estado moral del infante solo habia podido inspirar doloroso temor á su familia. Pero en 1653, fué arrebatado por una fatal enfermedad el príncipe Teodosio, que daba las esperanzas mejor fundadas y que habia sido declarado heredero presunto de la corona. Las córtes fueron convocadas inmediatamente para reconocer al infante Don Alfonso por sucesor de Juan IV; parece que algunos hombres graves emitieron ya entónces el parecer de sustituir á los derechos de la primogenitura los que daba una capacidad real; proponiendo elejir por príncipe real al infante Don Pedro. Su dictámen fué desechado, y el 22 de octubre de 1653, Don Alfonso fué reconocido por los tres estamentos de la nacion como heredero del trono. En 1556, fué aclamado rey, bajo la tutela de su madre.

No es nuestro ánimo referir aquí la serie de anécdotas que se leen en todos los libros contemporáneos sobre la adolescencia de este monarca incapaz, y sobre las pruebas de ineptitud que dió ya al principio de su carrera. Una circunstancia hay sin embargo que no podemos pasar en silencio, porque al paso que prueba ciertas propensiones del príncipe, ejerció grandísimo influjo en la suerte del país. En la época en que este

rey de trece años continuaba, bajo la direccion de un señor muy conocido, lo que llamaban estudios, su recreo predilecto era admitir en uno de los patios de palacio á algunos muchachos de su edad, y en verlos formarse en cuadrillas separadas para atacarse luego á pedradas. Las simpatías del rey niño se habian declarado á favor de un partido, y manifestaba altamente su júbilo y aprobacion cuando este quedaba vencedor. Un mercader de la plaza, oriundo de Jénova, un tal Nicolás Conti, de la familia Viotimiglia (1), resolvió aprovecharse de la afición del rey; y no supo granjearse su cariño, ofreciéndole diariamente hondas de seda, cuchillos dorados y otras fruslerías, sino que logró hacerse imprescindible, y tanto que, á pesar de los consejos de la reina y de las representaciones del ayo, tenia entrada franca en palacio á todas horas, y pocos meses despues se aposentó en él definitivamente.

Esta intimidad con un hombre sin educacion, y cuyo carácter no ofrecia ninguna garantía de moralidad, tuvo luego los resultados que eran de prever, y los libros contemporáneos están llenos de anécdotas escandalosas que prueban los ímpetus brutales del rey mas bien que propensiones sanguinarias. Rodeado de valentones; á quienes habia dado denominaciones ó apodos particulares, comprometió mas de una vez su persona en riñas sangrientas, y entregó al menosprecio del pueblo un nombre que debia respetar.

El astuto italiano, ayudado por su hermano Juan Conti, alentaba aquellos desórdenes, ó por mejor decir, lo disponia todo de manera que las expediciones secretas del rey le ofreciesen cada noche placeres brutales, durante los que su presencia era mas que nunca necesaria. La noble mujer que habia conquistado un trono á su marido y que queria conservarlo á su hijo, la altaera Doña Luisa Francisca de Guzman, la reina en fin, debia sentir mas que otro alguno tal contacto y semejante conduc-

ta; echó pues mano de su autoridad y mandó cerrar las salidas de palacio para detener á aquel callejero á quien honraban con el dictado de rey; pero esta cuerda precaucion no hizo mas que patentizar á todo el mundo el desenfreno de su hijo.

Nicolás Conti, nombrado antes jentilhombre de palacio, echó de ver luego por el afañ de los palaciegos, que le reconocian por privado del rey.

¡ Triste monarca! ¡ pobre privado! El poder efímero del uno no debia durar mas que la grandeza del otro: un día, gracias á la firme voluntad de la reina ayudada por el teson del duque de Cadaval, Nicolás Conti fué embarcado con su hermano y algunos adherentes en un buque que habian dispuesto para desembarazarse del Jenovés, y que dió al punto la vela para el Brasil. Pero todo fué grotesco en el modo como se efectuó la prision del privado de Alfonso VI, y hasta echaron completamente en olvido las formas respetuosas que hasta entónces se habian observado en Portugal con el rey. Conti fué preso en los aposentos del palacio despues de una lucha ridícula, y lo mas curioso en esta circunstancia fué que el arresto del aventurero italiano ofreció una ocasion particular de lograr, lo que apetecia al que debia luego ocupar su puesto. Luis de Vasconcellos y Souza, conde de Castelmelhor, primer jentilhombre de cámara, afeó abiertamente al duque de Cadaval aquel acto que menoscababa el decoro del rey.

El rey ignoraba absolutamente la partida forzada de su compañero de libertinaje; y cuando de orden de la reina se le noticiaron, mostró enfado, seguido luego de una frialdad aparente; pero desde aquel punto el conde de Castelmelhor fué adquiriendo influjo en el ánimo del rey enconado. El rey quiso que él fuese el único que le sirviese; y desde luego se echo de ver que una voluntad mas firme é ilustrada que la de Conti iba á presidir á la administracion; así lo probó el primer paso. Habiendo Don Alfonso pasado á Alcántara con algunos señores, hizo saber desde

(1) Y no, como se supuso despues de la ilustre familia veneciana de los Conti.

aquel punto á la nobleza y á los gobernadores de las plazas principales, que se encargaba ya de las riendas del estado.

La reina conoció luego, por las expresiones de la voluntad real, que ya no se trababa la lucha entre ella y un príncipe cuyos escasos alcances eran incapaces de tomar una resolución política; jamás habia contado con el cariño que á una madre se debe, y se hizo cargo de lo que exijia la dignidad de una reina. Así que, despues de haber retardado por medio de algunos pasos infructuosos un acontecimiento que ella estaba temiendo, mandó comunicar al rey que estaba pronta á deponer el poder y á entregarle los sellos del estado.

En Lisboa y en presencia del pueblo se consumó aquel acto grandioso (1); faltábale al rey un mes para cumplir diez y nueve años, y nada indicó, en su conducta ni en sus ideas, que estuviese hecho cargo de la gravedad del peso que acababa de tomar sobre sus hombros. No sucedió lo mismo con la rejeta, quien conoció que todo para ella habia concluido en este mundo, y que ni siquiera le seria permitido ayudar á aquella frágil inteligencia con sus consejos y su alta perspicacia; ya desde entónces acordó retirarse á un convento; pero este proyecto no pudo efectuarlo hasta mucho mas tarde, y antes de hallar aquel sosiego tan vivamente anhelado, hubo de padecer, como reina y como madre, muchas humillaciones, y sobre todo mucha amargura.

CASAMIENTO DEL REY. — INTELIGENCIA DE LA REINA JÓVEN Y DEL INFANTE D. PEDRO. — LUCHA CONTRA EL INFLUJO DE CASTELMEHOR. — DEPOSICION DE ALFONSO VI.

El conde de Castelmelhor estaba hecho bien cargo de su posicion real para no usar del poder, si no con justicia, al menos con cierta enerjía. Un hombre de corazon ardoroso, y á quien su númen ha colocado á la cabeza de los escritores de su siglo,

Vieira fué desterrado al Brasil, no solo porque habia redactado ciertas representaciones dirigidas al rey, sino tambien porque estaban temiendo su talento y el apoyo que podia dar al partido de la reina.

Mientras ocurrían estos sucesos cundia por el pueblo una voz harto justificada por el estado de salud del rey. Decíase que D. Alfonso, acometido de una parálisis cuando niño, habia quedado impotente; y que por consiguiente su hermano D. Pedro, mas jóven que él, puesto que habia nacido en Lisboa el 26 de abril de 1648, se veía llamado á sucederle. El conde de Castelmelhor no se equivocó sin duda en cuanto al orijen de aquella voz; el infante, por su parte, reconoció, por la habilidad del ministro, los obstáculos que habia de vencer antes de ejecutar sus intentos; así fué que una anismoidad profunda dividió luego á aquellos dos hombres, segun se echó de ver por los chismes de palacio. En medio del dolor moral causado por estas disensiones, falleció la rejeta el 27 de febrero de 1666, en el convento de Agustinas donde se habia refugiado. Una carta que rebosa de sentimientos elevados llamó al hijo al lado de su madre moribunda; pero el convento de Jábregas se hallaba á algunas leguas de Lisboa; y merced á los retardos promovidos por una lentitud alevosa, la desventurada Doña Luisa Francisca de Guzman solo pudo dar una mano helada por la muerte al hijo ingrato que obedecia sin duda á la etiqueta, pero que no la lloraba.

La política del conde de Castelmelhor exijia que se casase el rey; entabláronse pues negociaciones á este intento; y en el mismo año en que habia muerto la reina, María Francisca Isabel de Saboya, hija del duque de Nemurs, fué casada por procura en nombre del rey de Portugal el 27 de junio de 1666; embarcose inmediatamente, y el 2 de agosto siguiente, entró en el puerto de Lisboa la escuadrilla que la conducia.

Es evidente que el marqués de Castelmelhor habia estado mal informado ó no dió una muestra de su natu-

(1) El 23 de junio de 1662.

ral perspicacia al elegir á esta princesa para hacerla subir al trono. Isabel de Saboya estaba dotada de un entendimiento sagaz, y de un ánimo enérgico en caso necesario; y pronto lo probó. Desde el punto en que llegó la reina á Lisboa, el drama cuyo desenlace se iba retardando se complicó con elementos tan estraños é inesperados, que quizás no se echa de ver una comedia política mas singular en los anales de Europa.

En menos de dos años, una princesa jóven, entregada en la apariencia á todas las autoridades, halla medio de denunciar al mundo la impotencia de un esposo cuya mano habia aceptado voluntariamente. Sin compasion por un apocamiento moral, cuyas consecuencias tenia sin duda previstas de antemano, apea á su esposo del trono; Roma sanciona su conducta, y el mismo hermano de la víctima parte su trono con ella. El 2 de abril de 1668, todo quedaba consumado. Alfonso VI no era rey mas que de nombre. D. Pedro iba á tomar el título de rejente del reino, y el destierro era el castigo de un rey sin dignidad, ludibrio de una inmoralidad vergonzosa.

Si hemos de dar crédito á un escritor portugués cuya gravedad es generalmente reconocida, D. Alfonso, en el trance en que iba á perder la corona, empezó á silbar con un silbato con que se entretenia á ratos. Con efecto, el drama iba á terminar, é iban á trocarse los papeles, pero el héroe desdichado de esta comedia no comprendia su desenlace, y estaba muy ajeno de imaginarse que al abdicar la corona, daba la espalda á la libertad; algunos dias despues, el 23 de noviembre de 1667, apeado de su jerarquía, abandonado por sus privados, menos del criado á quien confiaba el cuidado de sus jaurias, y que él mismo habia pedido para disfrutar de su compañía, D. Alfonso se veia proponer, para acabar sus dias, la pequeña isla de Tercera, y se le anunciaba, sin que comprendiese quizás la insolente ironía de la proposicion, que en aquella soledad hallaria placeres conformes con sus propensiones, y un sosiego que le

convenia á él tanto como á las circunstancias de aquel tiempo.

Antes de contrer un casamiento, ya previsto sin duda de antemano, D. Pedro quiso sancionar con la aprobacion de los estados del reino una usurpacion de cuya iniquidad estaba hecha bien cargo sin duda, y que no se atrevia á consumir tomando el dictado tan deseado de rey. Con efecto, durante la asamblea de las córtés que se verificó el 27 de enero de 1668, recibió el juramento de los estados como principe rejente y como heredero de la corona, pero tomó solamente el título de gobernador del reino; y como tal juró las instituciones de Portugal el 9 de junio de 1668. Desde esta época, todos los despachos se hicieron en nombre suyo; el nombre del desdichado Don Alfonso no pareció ya en las actas sino para certificar un reinado miserable, al que se negaba todo valor político.

Desde luego nos haremos cargo de que tras la deposicion de Alfonso VI, el Duque de Castelmelhor se vió completamente escluido de los negocios; el duque de Cadaval, al contrario, tomó un influjo definitivo sobre la administracion. Sea cual fuere el juicio que se haya formado del segundo rey descendiente de la casa de Braganza, temerario seria, y sobre todo injusto, el juzgar á su ministro por los numerosos libelos que en aquella época hizo salir el partido de la reina, libelos que las deplorables estravagancias del principe acreditaban mas y mas. Durante la administracion del conde de Castelmelhor, el pueblo á veces se sonreia al oir las estrañezas, sin duda exageradas, del monarca; pero aplaudia las prendas verdaderas del ministro y su loable actividad. En aquel período vió el reino consolidarse su influjo á los ojos de las otras cortes de Europa; y Portugal ganó una de las victorias mas brillantes que jamás hubiese alcanzado sobre sus vecinos. Un diplomático inglés, á quien no se puede acusar de parcialidad en favor de Alfonso VI, hace entera justicia á su ministro. «A pesar de la murmuracion de

las personas interesadas y de los amigos de estas, lo llevó todo con tanto acierto, que en poco tiempo se hizo sumamente popular. Halló el estado en la pendiente de su ruina, y según las apariencias, reducido al último apuro, por una guerra que había durado veinte y dos años. Los Españoles, después de haber hecho la paz con los Franceses, entraban en Portugal con lo mejor de sus tropas, hallándose á la sazón D. Juan de Austria en lo interior del reino, y creyéndose cada día en Lisboa, que llegaría al frente de un ejército mas numeroso que ninguno de los que desde el principio de la guerra hubiesen tenido en pie los Españoles. Pero no bien estuvo el conde en el gobierno, cuando repentinamente sufrió el enemigo una derrota.» (1) Lo que aquí dice el diplomático inglés de un modo tan claro no puede dejar duda alguna en el ánimo del lector. La independencia portuguesa fué en realidad continuada en tiempo de la administración de Castelmelhor, gracias á su destreza incontestable, y merced principalmente á las disposiciones militares de un jeneral, cuyos títulos de gloria debe la Francia recordar por estar esencialmente enlazados con su historia, durante este último período. Demos aquí algunos pasos atrás: harto tiempo han apartado nuestros ojos de los hechos importantes de la historia los pormenores de un reinado calamitoso, y la relacion de intrigas miserables. Mientras reinó Alfonso VI, las pretensiones de España no habian perdido nada de su exigencia, ni se habia calmado la lucha con haberse prolongado; y sin dos victorias, que comparan á la que se ganó en los campos de Montijo, difícil seria decir hoy lo que hubiera sido de la casa de Braganza. Por fortuna Schomberg, en aquellas

dos jornadas decisivas, mandaba en clase de jeneral auxiliar.

BATALLA DE AMEIXIAL.—SCHOMBERG Y EL CONDE DE VILLAFLORES.—BATALLA DE MONTESCLAROS.

La famosa jornada de Ameixial, que sin duda alguna salvó á la monarquía, tomó su nombre de una aldea cercana á Estremoz, y aconteció en 8 de junio de 1663. Mandaba en jefe el ejército portugués el conde de Villaflores, D. Sancho Manuel: la batalla se trabó á tiempo que el ejército portugués iba á atravesar el río Dejada. D. Juan de Austria dió orden para que se ejecutase el mismo movimiento; y este primer choque fué terrible, pues los Españoles perdieron ochocientos hombres, á los cuales es menester agregar igual número de heridos. Habiéndose D. Juan de Austria retirado con la mayor parte de su ejército á una eminencia de fácil subida, la infantería portuguesa fué á desalojarle de aquella posición, obligándole luego á huir: esta victoria costó mas de cuatro mil muertos á los Españoles, y después de la acción se contaron seis mil prisioneros. Cuatrocientos caballos, ocho piezas de artillería, un mortero, inmensa cantidad de armas, mas de dos mil carros cargados de botín, completaron una victoria que les procuró poco tiempo después el volverse á hacer dueños de Evora.

Estas ventajas, y otras muchas que hemos de pasar en silencio, fueron debidas en gran parte, como ya tenemos dicho, á la energía y conocimientos del conde de Schomberg, á quien el duque de Castelmelhor tuvo por conveniente asociarlo con D. Sancho Manuel.

Habiendo Federico de Schomberg, que mas tarde fué mariscal de Francia, pasado al servicio de Luis XIV, recibió luego orden de ir secretamente al servicio de Portugal, á donde se transfirió en 1660 con seiscientos oficiales franceses, á consecuencia de las hábiles negociaciones del conde de Soane con el cardenal Mazarin, negociaciones

(1) *Relation de la cour de Portugal sous D. Pedro II, á présent régnant, traduite de l'anglais*, t. I, p. 84. Esta traducción es mas estensa que el original. Su autor, Roberto Southwel, era entonces embajador en la corte de Lisboa, y se muestra bastante imparcial.

que escitaron en sumo grado el interés del gran Turena (1).

Colocado al frente de los auxiliares extranjeros, que se componian principalmente de Franceses é Ingleses, Schomberg supo comunicar á las tropas que dirijia hábitos de disciplina y de celeridad, que en breve las hicieron de alta utilidad durante aquella guerra, en que sobre todo era preciso tomar prontas resoluciones. En Ameixial insistió Schomberg enérgicamente con el conde de Villafior para que sin tardanza se diese la accion; y fué en gran parte á las cuerdas y acertadas medidas que supo tomar, que debieron el éxito de una jornada decisiva.

Despues de esta batalla, que ya consolidaba en el trono á la casa de Braganza, el conde de Castelmelhor separó del mando al jeneral portugués (2), que no era de su gusto, y y confiriólo al conde de Marialva. Schomberg estuvo doblemente resentido de esta preferencia, y no reparó en decirlo: por una parte, veia en ella una injusticia cometida contra un jeneral, que nada habia hecho para acarrearérselo; por otra, sentíase herido en sus propios intereses; pues habian convenido verbalmente en que él se encargaria del mando dado caso que el conde de Villafior lo dejase vacante. Luego, olvidando estas consideraciones secundarias, Schomberg sirvió con el celo que siempre habia manifestado, y á él se debió en parte el triunfo de la famosa jornada de Montesclaros, en que las tropas portuguesas hicieron otra vez tan jenerosos esfuerzos.

Desgraciado en la batalla de Ameixial, D. Juan de Austria vióse depuesto del mando de las tropas castellanas, y el marqués de Caracena se separó del ejército de Flandes para ir á ponerse al frente del que

se destinaba á nueva invasion de Portugal. Dicen que el marqués de Caracena, al llegar á la Península, se habia jactado de obviar todos los obstáculos y de dirijirse, cual otro duque de Alba, en derechura hácia Lisboa; pero los tiempos habian cambiado, como se lo probó Schomberg.

Ya el jeneral español estaba en Villa-viciosa, habiendo atacado la ciudadela de esta plaza, cuando el marqués de Marialva, á cuyas órdenes estaba Schomberg, bien que este era en realidad el dueño del mando, se presentó con quince mil hombres de infantería, cinco mil quinientos caballos y veinte piezas de artillería. Era el 17 de junio de 1665, y la refriega se dió en un campo designado con el nombre de Montesclaros. En poco estuyo que no fuese funesto á los Portugueses el primer choque del ejército castellano; y ya Caracena habia alcanzado la vanguardia de las segundas líneas; pero los batallones derrotados volvieron á reunirse, y embistieron con tal denuevo á los Españoles, que la victoria fué decisiva. El ejército de invasion tuvo cuatro mil muertos, y dejó en poder del enemigo seis mil prisioneros, sin contar una infinidad de bagajes. El marqués de Caracena vióse forzado á huir para salvarse, y se retiró con toda prisa hácia Surumenha, desde cuya plaza dió parte de los desastres de la jornada á la corte de Madrid. Cuentan que cuando recibió Felipe IV esta triste noticia, dejó caer la carta que se la participaba, diciendo solamente: «Dios lo quiere.» Efectivamente Dios queria que una nacion gloriosa gozase al cabo de la independecia que habia sabido conquistarse.

Prolijo seria el recordar aquí, aun lijeramente, las acciones parciales en que tomó parte el conde de Schomberg, quien alcanzó además una gran victoria sobre los castellanos, mandó en jefe los ejércitos portugueses, y recibió el título de duque. No obstante estas ventajas, que bien es verdad no obtuvo sino algo tarde, mas de una vez debió tener presente la triste profecia que le ha-

(1) V. Laclede, *Histoire de Portugal*, edition de Fortia de Urban, t. IX, p. 198.

(2) D. Sancho Manuel, primer conde de Villafior, se habia distinguido durante las guerras de la aclamacion, y nadie puede negarle su esfuerzo y ardor. Falleció en 5 de febrero de 1667, y fué enterrado en un convento de Abrantes.

bian hecho al salir de Francia: con efecto, habíale anunciado que hallaría en Portugal mas obstáculos reales, dimanados de zelos inquietos y de una susceptibilidad nacional, necesariamente injusta, que los que tendría que temer de la perseverancia de los Españoles (1).

Ya se deja ver por esta rápida reseña cuan llena debió de ser la administración del conde de Castelmelhor, á la cual por otra parte echaban desgraciadamente trabas los interminables enredos de corte. Esta administración habia durado cinco años, que por cierto no fueron el período menos glorioso de Portugal. Cuando el partido de la reina hubo ganado, conoció el ministro que todo estaba acabado para él en un país donde habia ocupado el primer puesto; pero en el cual, como él propio lo habia dicho, «habíale faltado un rey.» Marchóse en un principio á Italia y á Francia, y al fin se fijó en Inglaterra. No lo hizo, dicen algunas relaciones manuscritas, para permanecer allá pacífico espectador de un estado de cosas que él habia preparado, y si hemos de dar crédito á esos documentos inéditos que tenemos delante, no estuvo en sus manos el que D. Alfonso no recobrase aquella sombra de poder, que solamente habia existido para el ministro.

Una vez que el nombre de este malhadado príncipe ha venido á ponerse bajo nuestra pluma, indispensable es que aun digamos algo sobre él y sobre la triste existencia á que se vió condenado.

D. ALFONSO EN LOS AZORES. — INTRIGAS DE LA CORTE DE ESPAÑA. — PERMANENCIA DEL DESTRONADO REY EN CINTRA.

Poco exacta seria la idea que nos

(1) Cuando estuvo concluida la paz entre España y Portugal, Schomberg mandó los ejércitos Franceses en Cataluña, y bien que fuese protestante, se le honró en 1675 con el título de mariscal de Francia. Mas tarde fué á servir en Inglaterra, y todos conocen el éxito de la famosa jornada de la Boyna, en la cual mandaba. Murió el 22 de julio de 1690 de un pistoletazo, por haber olvidado el ponerse la coraza en el momento de empezarse la acción.

formaríamos del carácter veleidoso de aquel príncipe, si nos le figurásemos como hallándose profundamente afectado de una revolucion que le privaba de un poder, el cual realmente nunca le habia pertenecido. Lo que echaba menos era su desmesurada libertad, y la posibilidad de satisfacer caprichos pueriles. Cuando supo la noticia oficial del matrimonio de su hermano con Elisabeth de Saboya, dicen que llevó la condescendencia hasta el extremo de enviar el parabien á los desposados; y luego despues, como si hubiese querido vengarse de tan extraño proceder por medio de un epigrama, se le oyó repetir que en todo esto el mas digno de lástima no era el príncipe desamparado, sino que pronto veria su *pobre hermano* lo que valia *la Francesa*.

Cualquiera que fuese la resignación de que daba pruebas tan evidentes, este rey depuesto era un estorbo y objeto de sobresaltos para los mismos que le habian colocado en tan extraña posicion. Resolvieron, pues, enviarlo á una de las islas Azores, en donde ocuparia el palacio de los gobernadores, y en donde gozaria de una libertad, que no podian dejarle en Portugal sin graves inconvenientes para la tranquilidad pública. Partió de incógnito para aquella nueva residencia en 1668, y bien que llegase allí sin saberlo los habitantes, disfrutó en Angra por espacio de seis años, sino de placeres variados, por lo menos de aquellas diversiones ruidosas que se acomodaban á su carácter. Un maestre de campo, bastante conocido en la historia de este período, Manuel Nuñez Leitao, habia sido nombrado por el rejente para vijilar los pasos de su hermano, y para que se le tratase con lujo en lo que pudiese contentar sus deseos.

Estaba empero resuelto que este príncipe siempre seria víctima de combinaciones políticas, de que probablemente vivia él muy ajeno, y cuyo desenlace ni siquiera comprendía. A pesar del tratado de paz celebrado entre España y Portugal, la primera de estas potencias no

buscaba sino ocasion para recobrar su dominio sobre un pais que no podia olvidar. En la época en que el conde de Humanes era embajador de Castilla en Lisboa, logró la corte de Madrid procurarse por medio de él, inteligencias con algunos habitantes de la isla Tercera, habiendo determinado deshacerse de Manuel Nuñez Listao, apoderarse del rey cautivo, y casarlo inmediatamente con la viuda del rey de España. Portugal sufría desde luego una nueva invasion, y la España volvía á ser señora para siempre de sus antiguas posesiones. Parece cierto que Alfonso VI tuvo noticia de dicho proyecto; pero no se dice si adhirió á él. Lo cierto es que quedó fallida la conspiracion; que hubo muchas sentencias capitales, (1) y que se trató un momento en Lisboa de si se pondría ó no preso al embajador castellano. Ocupóse inmediatamente D. Pedro en hacer que regresase al continente al que seis años atrás habia alejado de él con tanto afán, encargando esta mision á un oficial jeneral, Pedro Jaime de Magahanes, quien la desempeñó con tanto acierto como inteligencia. Pero hubo todavía en juego una especie de comedia, durante esta última parte de la vida política de Alfonso: como titubearse este en bajar á *Pazo de Arcos*, á causa de su irritacion contra el antiguo gobernador, cuya vida, dicen, amenazaba, el duque de Cadaval fué á buscarle, y persuadiéndole que el navio se iba á fondo, se lo llevó como un niño. Trasladado en brazos de dos marineros, fué colocado en una litera, y de allí conducido á Cintra. Dicen que por el camino echó á menos á Henriquez de Miranda, que maldijo con palabras amargas al conde de Castelmelhor. No es á este ministro, por mas ambicioso que hubiese sido, á quien

habia de maldecir; pues consta que tomó parte en la última intentona, para cuya pronta ejecucion pasó á Madrid; y con un poco de resolucion D. Alfonso podia recobrar el poder, con lo cual hubiera mudado de aspecto la faz política de Europa. Por lo demás, todo es vago en la historia de Portugal, al llegar á este período, y, como lo dicen los de la misma nacion, es una historia que está por escribir. (1) Lo que hay de positivo es, que el cautiverio del monarca depuesto duró nueve años, y que el interes que por él tomara el duque de Cadaval no fué bastante á romper la intolerable monotonía de su existencia. Aun en la actualidad, cuando el viajero va á visitar el castillo de Cintra, lo primero que hace el guía es enseñar el aposento en donde el malhadado monarca pasó tristemente tantos años. Copiemos aquí algunas líneas enérgicas y tiernas del autor de *Cintra pintoresca*. «Las paredes de este palacio han oido las imprecaciones de rabia que profería un rey ultrajado en su honor y dignidad.... Enseñan la estancia en donde el infortunado príncipe vivía con su desesperacion; los ladrillos del suelo dejan ver todavía los vestigios de un movimiento continuo con el cual procuraba distraerse en posicion tan triste. Al principio ocupaba otra sala, desde la cual podia al menos contemplar la campiña; pero só pretesto de que, por medio de señales que le dirigian del castillo de la poblacion, estaba en comunicacion con sus partidarios, fué trasladado á otra parte. En la capilla que hay encima del coro vese una abertura hecha en la pared, por la cual oia la misa. Todo lo habian dispuesto así á fin de que el pueblo no le viese. En la ventana de su aposento existen tambien los

(1) No es exacto el afirmar, como lo han hecho algunos historiadores, que Mendoza, el alma de la conspiracion, fuese al patíbulo. El rejente D. Pedro conmutó su pena en reclusion perpetua en un castillo de la India. Cavide, el segundo en la conspiracion, sufrió la pena de muerte.

(1) Véase para todos esos pormenores que se conocen poquísimo, un libro inédito intitulado: *Catástrophe de Portugal, en que se trata do nascimento, vida e morte do Sr. D. Alfonso VI*. Es menester no confundir este escrito con la obra de L. Dorea Caeres e Taria, que tiene un título análogo. El *Panorama* ha dado de él extractos, de que he sacado algo.

vestijios de la reja de hierro que han arrancado. En esta misma sala pasó el resto de sus días, sometido á duro cautiverio, hasta la época de su muerte. (1) Sus restos fueron trasladados entonces al monasterio de Belen, en donde reposa en un ataúd de madera detrás del altar mayor.

« Su cuerpo, que pocos años hace vimos en este mismo lugar, habíase conservado intacto, á escepcion de algunas ligeras alteraciones en la parte prominente del rostro. Llevaba sus vestidos de seda, sin insignia alguna de rey: quisiera saber porque no le han dado sepultura en al asilo de los reyes de su dinastía. En vano los brazos inanimados del primer rey de la familia de los Braganzas se estienden hácia el primojénito de esta familia, para hacerle descansar á su lado entre el polvo de un mismo sepulcro. (2) »

REJENCIA DE D. PEDRO, QUIEN TOMA
EL TITULO DE REY.— MUERTE DE
LA REINA.— SEGUNDO MATRIMONIO.
— CARACTER DE AQUEL PRINCIPE.

Si hemos de dar crédito al testimonio de un hombre que mas de una vez habia tenido ocasion de estar con D. Pedro, y hasta de discutir con él cuestiones de importancia, la educación que este infante habia recibido en su niñez, le habia aprovechado tan poco como al rey; pero habia esta diferencia entre los dos hermanos, que el uno era débil de cuerpo y de inteligencia; mientras el otro, « dotado de un temperamento robusto y vigoroso, alto de cuerpo, de una fuerza prodijiosa, y de una gran actividad, » suplia la falta de educación con una perspicacia particular; en términos, que despues de haber

afirmado « que no era instruido en letras, » y que á juicio de algunos, « podíase entender esta espresion en el sentido mas limitado, » el caballero Southwel añadía: « Este príncipe es de ingenio claro, sólido y perspicaz; tiene un mirar grave y decoroso, en que no se observa nada de altanería; antes bien hay en él cierta modestia no muy comun entre las personas de su clase. » Dice tambien el mismo historiador, que el rejente era sensible y pensativo, que tenia una particular inclinación á la melancolía, la cual en los últimos tiempos habia tomado mayor incremento, sin que pudiesen determinar la causa de aquella disposicion de ánimo (1).

Es que una vez satisfecha la ambición, quedaban los recuerdos amargos. Durante la catástrofe que habia privado del trono á su hermano, mas de una vez habian visto derramar lágrimas á D. Pedro, y podia muy bien ser que estas lágrimas fuesen sinceras: lo cierto es tambien, que, á pesar de las instancias de los estados, nunca consintió en tomar el título de rey, mientras vivió Alfonso. Al mismo tiempo parece que siempre profesó un vivo cariño á la reina, cuya particular hermosura y eminentes cualidades intelectuales conservaron sobre él un alto influjo.

No guardó Isabel de Saboya el poder que, merced á tan estraña revolución, habia conquistado. Falleció en Palhava, á los 27 de diciembre de 1683, habiendo sido enterrada en el convento de Capuchinas franciscanas de Lisboa, que ella habia fundado muchos años antes. No dejó al rey mas que una hija (2). D. Pedro casó, cuatro años despues de la muerte de su primera mujer, con una princesa alemana de rara belleza, Maria-Sofia-Isabel de Neuburgo, hija del elector palatino del Rin, Felipe Wilhem. Celebróse este matrimonio en 1687, y fué mas

(1) Murió de un ataque de apoplejía, el 12 de setiembre de 1668.

(2) V. Cintra pintoresca, ó Memoria descriptiva da villa da Cintra, Collares, e seus arredores, Lisboa, 1839, 1 vol in 8.º Nos consta que esta interesante obra anónima, es produccion de un jóven escritor distinguido el vizconde de Ináremha, que, segun dicen, prepara preciosos trabajos sobre las antigüedades literarias de su país.

(1) V. Southewel, *relation de la Cour de Portugal sous D. Pedro, á présent régnant.*

(2) El P. de Orleans á escrito con muy buen estilo, pero un tanto parcial, la vida de estas dos princesas.

fecundo que la union precedente; pues nacieron de él, el infante D. Joao, que murió en la cuna, en 1688; el príncipe hereditario que tenía el mismo nombre, y que nació en 22 de octubre de 1689; D. Francisco, el gran prior de Crato; D. Antonio, á quien la opinion pública concedía muchas cualidades superiores; Doña Teresa, que estaba destinada al archiduque Carlos, y que murió en 1704; D. Manuel, que peleó en Temeswar y en Peterwaradin al lado del príncipe Eujenio; y en fin la infanta Doña Francisca, muerta en 1736.

NEGOCIACIONES PARA RECOBRAR LA POSESION DE TANJER. — ABANDONO DE ESTA PLAZA POR LOS INGLESES.

Cuando Carlos II casó con la infanta, la Inglaterra recibió en dote á Tánjer, noble conquista de Juan I. Pensaron al principio que la cesion de esta plaza ofrecia ventajas reales: los Ingleses veian en su nueva posesion la posibilidad de hacerse dueños del comercio del Mediterráneo, y construyendo un muelle, creíanse en estado de « tener á cubierto de todo insulto una escuadra que pondria en seguridad el comercio de las dos Indias. » Dióse principio á los trabajos con ardor; y parece cierto que jamás pudieron obtener de los Moros, un territorio suficiente para mantener á la guarnicion inglesa en un estado decente. Verdad es, que se espendieron sumas enormes, para efectuar los proyectos que se habian concebido; pero á medida que las construcciones adelantaban, sufrían los planes variaciones deplorables; y segun un diplomático portugués, que podia muy bien saber la verdad sobre el particular, « tantas veces cesaron los trabajos del muelle, y tantas veces volvieron á emprenderlos bajo nuevos planes, que todo esto costó prodigiosamente á la corte. » Tantos gastos, cuyo resultado era difícil entrever, dieron al fin cuidado á la Inglaterra, que tenia agotado su tesoro. Dieron cuidado... ó por mejor decir Carlos II adoptaba un plan de economías, por medio de

las cuales queria ponerse en estado de prescindir del parlamento. Bien que en consejo secreto se hubiese hecho la proposicion de abandonar á Tánjer, dejósse traslucir la posibilidad de restituir á los Moros la ciudad cristiana; á cuya noticia, despertándose los antiguos recuerdos, conmoviósse la corte de Lisboa. Hicieron proponer á Inglaterra el restituir á Tánjer, mediante ciertas indemnizaciones. ¿Desconfióse de la realizacion de las ofertas? ¿Temióse que los Portugueses no tuviesen fuerzas suficientes para defenderse contra el estado de Marruecos? Las proposiciones del embajador fueron desechadas desdeñosamente; y por una increíble decision, prefirieron destruir construcciones considerables, que habian costado veinte años de trabajos sucesivos, á la posibilidad de sacar algun provecho del cambio estipulado. Tal fué el espíritu de demencia que dictó esta resolucion, que ni aun quisieron devolver á una potencia cristiana, una ciudad que tanta cristiana sangre costara á los primeros conquistadores. Vanamente España y Portugal ofrecieron indemnizaciones á la Inglaterra, y propusieron someter á la santa Sede toda la parte católica de la poblacion de Tánjer; el gabinete de Londres no quiso escuchar nada, y sucedió lo que habia recelado el noble conde de Ericeira: hubo doble profanacion, la de los templos y la de los sepulcros. En el dia fijado para abandonar la ciudad, los Moros, que habian tenido aviso de un proyecto largo tiempo meditado, reuniéronse en sus alrededores, á donde hasta el rey de Fez habia enviado unos trescientos hombres armados: aguardaron quietos á que los Ingleses hubiesen hecho volar las minas y destruido las obras, que tantos gastos les habian acarreado; y luego, cuando aquellas hordas de salteadores creyeron que ya no habia nada que temer, lanzáronse encima de los escombros de los muros, que todavía arrojaban humo, y con feroz alegría tomaron posesion de la ciudad, conquistada en otro tiempo

por un gran maestre de la órden de Cristo. Viéronse invadidas las iglesias, abiertos los sepulcros, cerrados trescientos años hacia; y los cuerpos de los antiguos caballeros fueron ignominiosamente sacados de las sepulturas, y espuestos á las injurias del aire sobre las ruinas de las murallas. Los Ingleses presenciaron, por decirlo así, esas indignas profanaciones, y ni una sola tentativa hicieron para impedirlo. Desde aquel momento el soberano que mandaba en Mequinez, Ben-Beker, volvió á tomar posesion de una ciudad que habia contado en sus muros hasta seis mil cristianos. Verificóse este acontecimiento en 1684, y no en 1685, como se ve en la relacion ordinariamente exacta del conde de Ericeira, que por espacio de seis años habia gobernado aquella parte de las costas de Africa. (1) Casi ciento cincuenta años han sido menester para que viese Tánjer entrar de nuevo en sus muros á los cristianos; pero esta vez el cañon de una escuadra francesa ha vengado á los antiguos caballeros portugueses arrancados de sus sepulcros.

TRATADO DE METHUEN.

La alianza con Inglaterra daba sus frutos. El tratado de 1668, ajustado entre España y Portugal, gracias á la habilidad diplomática de Southwel, debia recibir su galardón. La influencia de la Gran Bretaña sobre Portugal no dejó de aumentarse, sufriendo empero algunas variaciones. El tratado de Methuen, celebrado á principios del siglo décimooctavo, vino á estrechar con un lazo todavía mas indisoluble unas cadenas preparadas mucho tiempo habia. Un escritor, sagaz á lo sumo, el general

Foy, ha caracterizado maravillosamente la naturaleza real de aquel tratado, estableciendo de un modo positivo su influencia y resultados, y demostrando que fué desde aquel momento, que Portugal esperimentó los efectos de la especie de dominio comercial é industrial, al cual voluntariamente se habia sometido, y que algunas veces rompió Pombal tan jenerosamente. Vamos á reproducir esta opinion, mentando únicamente un hecho omitido por el gran publicista, el que precedió al tratado y tiene relacion con el Brasil.

Segun los mejores documentos que hemos tenido en las manos, fué en 1699 que llegó á Portugal el primer oro encontrado en el interior del Brasil. Parece que los Ingleses comprendieron desde luego el cambio que este nuevo incidente iba á producir en el país. Sir John Methuen, encargado de vijilar los intereses de Inglaterra cerca de la corte de Lisboa, á la primera ojeada adivinó el partido que podia sacarse de aquella prodijiosa emision de numerario, y concluyó, en 1703, un tratado muy sencillo, puesto que no contiene sino dos artículos, cuyo tratado por roas de un siglo ha sido de hecho el árbitro de los destinos de Portugal (1). Inglaterra, haciendo admitir sus tejidos de lana por la nacion aliada, y obligándose por su parte «á disminuir de una tercera parte, para los vinos de Portugal, los derechos de aduana que ponía ó debia poner sobre los vinos de los demás países,» asentaba en pocas palabras las bases de una situacion comercial, cuyos resultados debian redundar todos en provecho suyo. Con efecto, desde el dia en que se firmó el tratado de Methuen, los Ingleses abastecieron á Portugal de la mayor parte de los artículos de primera necesidad consumidos por la poblacion. No solamente trajeron trigos del Norte, que debian reemplazar los que una agricultura indolente dejaba decaer, y proveyeron á las ciuda-

(1) *Historia de Tánjer, que comprehende as noticias desde a sua primeira conquista até á sua ruina.* Lisboa, 1732, 1 vol. en fol. Es preciso recordar, para honra de D. Fernando de Meneses, que cuando en 1661 debióse entregar la plaza á los Ingleses, rehusó todas las recompensas que se le ofrecieron, y no quiso aceptar este cargo. Tenia presente que los Meneses habian defendido heroicamente á Tánjer.

(1) *Histoire de la guerre de la Péninsule sous Napoléon*, por el general Foy tom. II, p. 27.

des de pescado salado y de bacalao de Terra-Nova; sino que los paños, lienzos y cueros de las manufacturas inglesas ocuparon el lugar de los artículos del mismo jénero, suministrados antes por diferentes naciones. Empleando una especie de axioma vulgar de economía política, admitido en el siglo décimo-octavo, y no echado aun en olvido, la Inglaterra, alimenta y viste á Portugal. Gracias á una convencion que presentaba sin trabajo productos manufacturados contra las pepitas de oro de Minas Geraes, la industria nacional se halló completamente paralizada. Aun no habia llegado la época en que Linneo, amenazando las riquezas agrícolas de Portugal, debia citar un verso famoso de Horacio. Los Portugueses conocian las riquezas con que los habia dotado la naturaleza, pero desdeñaban el hacer uso de ellas: era ya como cosa sabida y aceptada de todos «que el trabajo no decia bien á los ricos, y que era menester atenerse á la repartición que Dios ha querido hacer de sus beneficios, dando á los unos la industria, á los otros los metales preciosos.» Sabido es hoy día el poco peso de semejantes axiomas, cuyos resultados pueden estudiarse. En 1683, en medio del contento y ceguedad que causaban las nuevas riquezas, podia aun disculparse el que no se previesen sus funestas consecuencias. Los últimos años del reinado de D. Pedro II trascurrieron entre estos sueños dorados.

Bien que este príncipe no mandase precisamente el mismo sus ejércitos, tuvo no obstante su amor propio algunas satisfacciones; que no puede esto llamarse gloria, como no debe designarse con el nombre de riqueza una falsa prosperidad. Durante la memorable lucha que la guerra de sucesion encendió en Europa, D. Pedro, segun dicen, impedido mas bien por ciertas necesidades que por sus simpatías, siguió la suerte de Inglaterra (1), combatien-

do contra la Francia. Esta guerra, que hoy es fácil estudiar merced al libro precioso que M. Mignet ha publicado; aquella lucha borrascosa, de la cual conocemos las circunstancias mas leves, sufrieron, segun él, diferentes vaivenes; bien que las pérdidas verdaderas no estaban reservadas para el fin de aquel reinado.

Portugal, por el contrario, pudo satisfacer un resentimiento mucho tiempo comprimido. Este reino, otra vez independiente, puso resueltamente su espada en la balanza, lo cual bastó para trastornar las combinaciones políticas del resto de Europa; y, como lo dice con elocuencia un ingenioso escritor, que ha hecho de estas guerras un estudio apasionado, «por dos veces las quinas portuguesas fueron á vindicar en Madrid la larga afrenta que habian recibido del estandarte castellano, cuando este, por espacio de sesenta años, habia tremolado en las torres de Lisboa.»

Don Pedro habia acompañado al país de Beira al archiduque, pretendiente del trono de España, y en 2 de julio de 1706 este príncipe era proclamado rey en Madrid, siendo deudor de ello á la actividad del marqués de Minas. De vuelta á Lisboa, pudo creer D. Pedro que su política ganaba; cuando murió, de resultados de una pleuresía, á los cincuenta y ocho años y siete meses de su edad. Como rejente, habia gobernado mas de quince años, y como rey mas de veinte y tres; cuyo reinado fué uno de los mas largos que el país haya visto. Antes de decir cual fué en tiempo de su sucesor el estado político de Portugal, pasemos á examinar lo que habia acontecido en las Indias orientales, en una época en que Portugal habia sufrido conmociones tan violentas. Aquí se presenta el nombre de un nuevo conquistador, fatal á la dominacion europea en aquellas rejiones, del cual hablan con harta poca frecuencia los historiadores, bien que el período que domina ofrece un interés real y verdadero.

(1) En 1701, habia hecho aquel monarca una liga ofensiva y defensiva con la Francia y la España contra la casa de Austria; el 16 de mayo

de 1703 su política cambió enteramente: Inglaterra y Holanda ganaron.

SEVADJI. — EL PODER DE LOS PORTUGUESES EN LAS INDIAS RECIBE EL ÚLTIMO GOLPE.

Ya se ha visto por la rápida ojeada que hemos dado á la administracion de los vireyes, que fueron sucediéndose desde la funesta jornada, que el último grande hombre que tuvo el mando en las Indias portuguesas fué Luis de Ataíde. Este capitán cierra dignamente la lista con Souza Coutinho; pero, en fin, con él acaba. Refieren que cuando regresó á Lisboa, llevaba consigo por único tesoro cuatro grandes vasijas llenas del agua de los cuatro rios que bañaban las posesiones remotas de los Portugueses; emblema, por cierto, bien frágil de aquellos últimos dias de gloria. Comprendiéronlos los príncipes de la India, y empezaron por su parte á minar lentamente aquel poder colosal, que ya en los mares lejanos no podia resistir á la Holanda. El famoso combate naval, dado delante de Macasar, y de cuyas resultas los Célebes cayeron en poder de las Provincias Unidas; el sitio de Colombo, en que los soldados Portugueses pelearon tan esforzadamente, animados por los grandes recuerdos de Camoens; veinte acciones mas, omitidas por los historiadores, probarian, si menester fuese, que la lucha no fué sin gloria. Pero preciso es decir con dolor, que horrendas crueldades señalaron aquel período; y algunos hechos honrosos, difícilmente compensan actos, cuya memoria indigna todavía á la humanidad. El odio que los conquistadores inspiraban fué una señal de ruina, cuando hubo aparecido Sevadji. Este nombre ha sonado pocas veces en Europa, y ni aun se encuentra en todos los tratados *ex professo*, en que pretenden referir las últimas proezas de los Portugueses en el Asia. Como ya se ha hecho ver en el tomo consagrado á la India, considerando las conquistas de Sevadji bajo otro concepto, él fué el feliz competidor de Aureng-Zeb y el fundador del poder maharata: veamos como de simple *zemyudar*, ó de gran propietario de tierras del gobierno,

llegó á erigir un nuevo imperio, y á hacer temblar en Goa á los Portugueses consternados.

En la época en que Aureng Zeb gozaba de su plena potestad; esto es á mediados del siglo décimoséptimo, tuvo la idea de extender los límites de su imperio, y de llevarlos hasta el bajo Indostan: pero el soberano de Golconda (que encierra una parte del Haider Abad), y los de Bidjapur y del Dekkhan se reunieron contra su comun enemigo. Estos príncipes asiáticos habian formado entre sí una liga ofensiva y defensiva, «cual en otro tiempo lo efectuaron en Europa las tres grandes ciudades del Peloponeso, Argos, Mesena y Esparta.» Carré, uno de nuestros antiguos viajeros franceses, de quien sacamos esta observacion juiciosa, habia ido á las Indias por disposicion de Colbert; y habiendo sido testigo ocular de aquellos esfuerzos, hizo el historiador del soldado afortunado, del cual escasamente hablan los viajeros Portugueses (1). Ya el tío de Aureng-Zeb dirijíase á la conquista de las rejiones amenazadas, cuando renunciando cobardemente el soberano de Bidjapur á entrar en la confederacion, convocó su consejo, y le dió parte de la resolucion en que estaba de someterse al Mogol. Solo entre los Zemindares, Sevadji sostuvo enérgicamente el partido de la independencia. Aun hizo mas: al salir de aquel consejo, donde habia prevalecido el parecer de los hombres tímidos, reunió tropas secretamente, marchó aceleradamente hácia el campo enemigo, y cojiendo desprevenido al jeneral de Aureng-Zeb, hizo pedazos su ejército de invasion, dejando creer al jefe consternado que el soberano de Bidjapur peleaba por la libertad. No se contentó el esforzado Zemindar con esta expedicion, cuyo éxito era casi milagroso. Necesitaba dinero; y hallándose no lejos de Surate, resolvió saquear esta ciudad opulenta; todo lo cual salió tan á medida de su gusto, que á

(1) *Voyage des Indes orientales*. Paris, 1699, 2 tom. en 12.

los pocos dias, aun antes de haber proclamado su independencia, ya era poseedor de suficientes riquezas para sostener la guerra, que con tanta audacia principiaba.

Hasta entonces Sevadji habia mandado él solo el ejército que marchaba á sus órdenes; pero despues del arrojó feliz que por un momento le habia hecho dueño de Surate, creó, para secundarle, cuatro tenientes jenerales, tomó muchas plazas del Soberano, de las cuales habia sido zemindar, y declaróse abiertamente al Mogol como jefe independiente. En la lucha obstinada que iba á sostener, Sevadji tuvo la habilidad de no enajenarse el ánimo de los Europeos individualmente, sin dejar por eso de hacerse menos temible á los Portugueses; pero cuando vióse ya mas poderoso y fuerte, creyendo tener motivos de queja contra ellos, apoderóse de la isla de Bardes, haciéndolos casi temblar en Goa.

La historia de este hombre verdaderamente extraordinario, es por cierto una de las mas interesantes y dramáticas que pueda ofrecer el período al cual hemos llegado. Solo indicaremos de ella lijamente los puntos principales: bastará decir, para intelijencia de esta noticia, que despues de haberle reconocido como rajá independiente la misma corte de Aureng-Zeb; despues de haber estado en el cautiverio por algun tiempo, supo recobrar su libertad, procurarse nuevos recursos, y conquistar con un poderoso ejército las ciudades mas ricas de la costa de Malabar. En aquella época, hallándose el Bidjapur en la imposibilidad de oponer una resistencia eficaz á sus invasiones, reconoció lácitamente su voluntad soberana. Al principio la ruina de los estados pequeños de la costa fué ventajosa para los Portugueses, quienes momentáneamente se vieron exentos del tributo que les pagaban; pero esto no fué de mucha duracion. Sevadji reclamó para sí los subsidios que antes satisfacian á los príncipes que habia vencido; y cuando por los años de 1672 impuso una contribucion considerable á la

ciudad de Damau, esta poblacion, tan temible poco tiempo atrás y que habia hecho frente á las fuerzas del Mogol, manifestó sumo contento que allí se concretasen las exigencias del conquistador afortunado. Mas tarde la ciudad de Chaul tuvo que someterse á la misma ley, sin oponer tampoco resistencia. Desde entonces hízose evidente, que si el feliz Sevadji no se apoderaba de las grandes ciudades europeas de la costa de Malabar, era porque hombre tan elevado de entendimiento como diestro político, preferia á conquistas fáciles la seguridad de ciertas ventajas comerciales.

Por lo demás, era el tiempo en que la metrópoli, fundando inmensas esperanzas en sus colonias americanas, parecia abandonar las ricas ciudades del Oriente á todos los vaivenes de la fortuna. El profundo desden con que se miraban aquellas remotas posesiones hacia que pasasen en poder de los extranjeros, sin que nadie lo sintiese. La isla de Bombay acababa de darse á los Ingleses como un regalo de bodas de poca monta, con motivo del matrimonio del Infante; y los Indo-Portugueses estaban tan acostumbrados á ese abandono de la madre patria, que cuando el agente de Colbert pasó por Chaul, los habitantes de esta ciudad creyeron, que, merced á la misma jenerosidad, ó si se quiere, á consecuencia de la misma política, iban á ser Franceses.

Algunos años antes, por los de 1653, habia empezado á reinar en Goa la anarquía mas deplorable. Una faccion osada se apoderaba de Vasco de Mascarenhas, y le obligaba á volverse á Europa, para repararse ella el poder. Escaseando sobre este punto las noticias, debemos pararnos, cuando faltan completamente los hechos de cierto peso. Diremos tan solo que Sevadji murió en 1680, despues de haber sometido bajo su autoridad toda la costa de Malabar, un espacio de doscientas cincuenta leguas (1). Sucedióle su

(1) En un precioso manuscrito de la biblioteca del Louvre encuéntrase un retrato fiel de este conquistador.

hijo Samba-djy, el cual gobernó nueve años: vino luego el largo y próspero reinado de Saho-djy, descendiente directo del conquistador. Vivió hasta los años de 1740, y mostróse con los Portugueses mucho menos moderado que sus predecesores; pues mandando Don Pedro Mascarenhas, conde de Sandomir, Tana, la isla de Salseta, Sarapur, Karanja, cayeron sucesivamente en poder de los Mahrattas. En vano el marqués de Lourizal llegó del Brasil con doce mil hombres, y después de haber libertado la isla de Bardes y Salseta, tomó todas las disposiciones para apoderarse de la famosa fortaleza de Ponda; pues, si bien es verdad que los Portugueses tomaron esta posición importante, pero volvieron á perderla; y si el conde de Asuma obtuvo á la vez algunos triunfos sobre los Mahrattas, mejor sirvió todavía al país el conde de Ega, cuando en el mes de julio de 1759 acordó con ellos una paz ventajosa.

En esta época los vireyes abandonan el antiguo palacio. ¿Qué debían hacer, en efecto, en aquel lugar desierto y en una ciudad desmantelada? Como ya lo tenemos dicho, los gobernadores prefirieron refugiarse á la villa de Pangy, dejando sin sentimiento la antigua residencia de los Alburquerque y de los Juanes de Castro, y abandonando en sus salas desamparadas las viejas efígies de los conquistadores. En una gran parte de la costa de Malabar, notábase ya ese abandono de ciudades que habían sido gloriosas. Frailes ociosos, paseándose en medio de claustros desiertos; mercaderes, disputando un comercio difícil á los Ingleses y Holandeses, olvidaban hasta los imponentes recuerdos de la conquista, pues que habían perdido toda esperanza; ciudades, poco antes florecientes, y cuyos nombres apenas habían llegado á oídos de los Europeos, acababan de caer en ruinas. Bazaim, Corao, Divar, Gandolim, Murmagao, Maula, y otras muchas, como Sacoale, Tana y Trapor, ya no eran, hasta para los ojos de los Indios,

sino la sembra de lo que las habían visto en otros tiempos.

Lo propio sucedía en los lugares mas célebres y mas poblados. Por los años de 1602 podia decir todavía nuestro viejo Pyrard: «Vistosa, rica y fértil es la isla de Diu, á la cual aportan crecido número de navíos, lo que hace de ella la plaza mas considerable y opulenta de las Indias, después de Goa. La vida es allí muy barata, y hay todos los recreos y gustos imaginables.» Pasó medio siglo, y Diu no contaba ya sino por los recuerdos que le habían quedado!

Hasta la ciudad del Zamorin, la opulenta Calicut, ha sido en estos últimos tiempos dos veces saqueada. No se busque en ella el palacio en que el soberano Hindec recibió á Vasco da Gama; ningún monumento recuerda su antiguo esplendor; desaparecieron todos sus edificios. Me equivocaba: vastos almacenes, á la sombra de palmeras, albergan á tribus de trabajadores. La belicosa ciudad de los Nairs, que por mucho tiempo fué la metrópoli de Malabar, recomiéndase hoy día á los viajeros tan solo por su elegante aseo, ¿y quién lo creyera? por el comercio que hacen principalmente las mujeres, con las raíces perfumadas del jengibre (1).

UNA PALABRA SOBRE LAS MONEDAS.

Al tratar de las monedas de la edad media, prometimos volver á hablar de esta materia. Durante el reinado de D. Pedro II, en 4 de agosto de 1688, una ley en vigor mucho tiempo habia, vino á determinar en Portugal el título legal del oro, fijándolo á veinte y dos quilates. Nada de positivo se habia establecido antes sobre este particular; y quizás no será fuera del caso el poner aquí de manifiesto, que durante

(1) La ciudad de Calicut encierra unas cinco mil cabañas con palmas. Déjanse tambien ver en ella algunas casas europeas bonitas, las cuales la mayor parte pertenecen á Ingleses. Los pormenores curiosos me los ha comunicado un joven diplomático, M. de Ferrieres Levayer, á quien un antojo de artista ha llevado por un momento á aquellas playas abandonadas.

las numerosas transacciones á las cuales en los siglos decimosexto y décimoséptimo, le obligó un comercio mas variado que ningun otro. Portugal vió sus monedas aceptadas con afán por las demás naciones.

En la obra de Manoel Taria de Severim (1) pueden verse fácilmente las varias vicisitudes que la moneda tuvo que sufrir en Portugal, desde los tiempos de que ya nos hemos ocupado, hasta la época de los grandes descubrimientos. Una revolución verdadera se habia verificado en los valores metálicos que encerraba el reino. Cuando en 1499 D. Manuel hizo acuñar monedas nuevas, lo fueron al título de veinte y cuatro quilates, como las del tiempo de Alfonso V, y recibieron la denominacion de *portuguesas*; valieron diez cruzados. El mismo año vió emitir una moneda de plata, llamada *índios*, de los cuales se necesitaban setenta para el marco. En 1504 y 1517 circularon muchas de menos valor. Hasta entonces las piezas de oro y plata habian tenido la cruz de la orden de Cristo, con esta leyenda: *Primus Emmanuel, rex Portugalliae, Algarbiorum, citra; et ultra in Africa, et dominus Guineae*; y la letra del círculo pequeño habia continuado la nomenclatura de las conquistas *Aethiopiae, Arabia, Persia, India*. Durante los últimos años del reinado, apareció la esfera en las piezas de oro y plata con la voz *mea*, que en medio de su concision tenia un significado tan estenso. En Goa, Alfonso de Alburquerque mandó acuñar algunas monedas á nombre del rey, dándoles el nombre de *esferas*, en razon del signo que llevaban: mandó hacer igualmente cruzados de oro. Parece que la fabricacion de monedas no fué tan considerable en tiempo de Juan III como en el reinado precedente. Si hemos de juzgar por lo que dice Severim de Taria, en dicha época se hicieron circular monedas de cobre. Sin em-

bargo, las diferentes especies suministradas por los metales preciosos fueron limitadas. Citan en particular una moneda de oro, designada con el nombre de S. Vicente, del valor de 100,000 reis. Los *calvarios* eran igualmente de oro, y valian dos cruzados: tenian este nombre porque habian grabado en ellos una cruz sobre un calvario, con la leyenda *In hoc signo vinces*. En la misma época no dejó Goa enteramente sus trabajos. Entre otras monedas acuñadas por los años de 1548, fabricaron unas que tenian la efigie de Santo Tomas, apóstol de las Indias, con el nombre de Juan III en una cara, y estas palabras en la otra: *India tibi cessit*. Otros muchos pormenores se encontrarán en la obra que nos da estas noticias sobre las monedas secundarias de aquella época, y sobre las que pertenecen al reinado de D. Sebastian. En tiempo de este príncipe habia habido piezas pequeñas de oro del valor de 500 reis: por un decreto de 27 de junio de 1558, y otra decision de 22 de abril de 1570, se ordenó que solamente se fabricarian de plata testones, medios testones, vintenos y medios vintenos: veinte y cuatro testones valian un marco. El mismo soberano disminuyó el valor de la moneda de cobre, acuñada en tiempo de su abuela; por manera que el *patacao*, que poco antes valia 10 reis, no valió sino tres.

El advenimiento de otra dinastía exigió la emision de nueva moneda; Juan IV hizo fabricar cruzados de plata del valor de 400 reis, medios cruzados, testones y medios testones. Entonces se echó de ver la esportacion del dinero, operada por los extranjeros, y en 1642 hicieron medios para remediarlo. Mandó D. Juan acuñar en nombre suyo las monedas de oro que valian 4 cruzados, y que antes la España hacia circular en el reino. Mas tarde tuvo curso una moneda de oro del valor de hasta 12,000 reis. Hubo tambien emision de monedas en el reinado efímero del segundo rey de la casa de Braganza: las de oro valieron

(1) La Biblioteca real acaba de adquirir este libro.

4.000 reis, y otras piezas representaron la mitad de dicha suma. Las principales monedas de plata valieron dos testones, un teston y cuatro vintenos; luego hicieron que se admitiesen subdivisiones de estas monedas y de las de cobre. Algunas de estas últimas testificaron el cambio político que por los años 1682 y 1683 se había verificado, y dichas piezas, acuñadas en tiempo de la reienencia de Pedro II, indican el título de protector que entonces tomaba este príncipe. (1) Hétenos ya en una época, en que se esparce un prodijioso valor metálico desde el Brasil á Portugal. D. Pedro II hizo acuñar monedas de oro de 4.000, 2.000 y 1.000 reis, y emitir otras de mas valor todavía, puesto que hubo monedas de 4.000 reis. Las monedas de plata valieron 400 reis, conservando la denominacion de cruzados. Hubo luego elevacion de las especies, y las monedas de oro mas considerables subieron hasta 4.800 reis; los cruzados á 480. Tocamos apenas este punto que necesitaria tratarse estensamente. Advertiremos sin embargo que entonces tuvieron por conveniente mandar que se fabricase una moneda particular para el Brasil, la cual empezó á tener curso en 1700. Las hubo tambien de oro y plata, que no se diferenciaron, en cuanto al valor, de las de Portugal. Llegados á este período, las noticias son mas positivas al paso que se multiplican. Hasta las formas de las monedas acuñadas en los últimos tiempos han sido reproducidas con tal exactitud, que inútil es entrar en mas largas explicaciones. Ladmann, en su gran descripcion histórica y geográfica; Kinsey, en su libro intitulado: *Portugal illustrated*, han dado por estenso todos los documentos que pueden desearse sobre esta materia.

REINADO DE JUAN V.

Nació Juan V en Lisboa, á los 22 de octubre de 1689, habiendo sido

aclamado en 1.º de enero de 1707. Muy jóven era este rey de diez y seis años, que tomaba la corona, mientras la guerra de sucesion complicaba en la Península aquellas luchas interminables, hijas de nuevas combinaciones políticas. Con efecto, si una alianza ofensiva y defensiva habia unido hasta entonces á Francia, España y Portugal, acababa de sobrevenir un acontecimiento, cuyos resultados no podian calcularse. Esta última potencia, á consecuencia de los muchos sinsabores que tuviera durante una reconciliacion momentánea con su rival, que habia elegido otra aliada, y entrado en relaciones políticas de que debieran haberla apartado sus antiguas repugnancias: en una palabra; habia reconocido al archiduque Carlos, proclamado en Viena por único heredero del trono de España, yendo en esto de acuerdo con la Inglaterra, el Imperio y las Provincias Unidas. Para adoptar semejante linea de conducta, debia haber sido necesario olvidar el extraño rigor del Austria, con el príncipe de la casa de Braganza, de cuyo fin deplorable hemos ya hablado. Entonces venia al caso repetir las palabras sublimes de Vieira, palabras que habian sido pronunciadas en otra circunstancia, pero que podian aplicarse á esta: « ¡No se habian consultado las sepulturas de Mantua! »

Juan V aprendió duramente á costa suya lo que iba á costarle la política de su padre; lo cual supo al cabo de algunos años de reinar. Habiendo, en efecto, el ejército que sostenia á Felipe V, encontrado cerca de Almanza las tropas inglesas y portuguesas, al mando de lord Galloway y del marqués de Minas, el Duque de Berwick derrotó á esos dos jenerales, en 25 de marzo de 1707; y la jornada de Almanza, restableciendo la fortuna del nieto de Luis XIV, menoscabó la del sucesor de D. Pedro. No solamente los Portugueses perdieron en dicha refriega crecido número de jente, sino que Berwick les hizo trece rejimientos prisioneros.

(1) *Petrus D. G. P. Portugalæ*. Esta especie de monedas son muy escasas.

Felizmente era el tiempo en que los Bandeiras de San Pablo penetraban audazmente en lo interior de Goyaz y del Mato Grosto, de donde se ignoraban en Europa hasta los nombres. El oro del Brasil reparaba prontamente las faltas de una política incierta; mas dichoso, sin embargo, hubiera sido el país, si se hubiesen apreciado en su verdadero valor aquellos tesoros, cuya vista parecia causar vahidos al monarca y á su pueblo.

En el año siguiente Juan V estrechó con un matrimonio los vínculos políticos que su padre habia anudado, tomando aquel por esposa á Maria-Ana de Austria, hija del emperador Leopoldo I. La nueva reina llegó á Lisboa en el mes de diciembre de 1708, tiempo de júbilos y fiestas magníficas, como no las volverá á tener Portugal. Un contemporáneo afirma que para celebrar la llegada de la reina Maria, le elevaron en Lisboa hasta diez y nueve arcos de triunfo.

Efectivamente, el reinado de Juan V debíase distinguir por sus regocijos pomposos, sin objeto verdadero; por un fasto, cuyo desarrollo diario condenaba el buen sentido comun; por una idea equivocada de los deberes que la Religion le imponia, como lo demostraba aquel lujo insensato; pero preciso es decir en honor suyo, que amaba sinceramente á su pueblo, y que cumplia exactamente con sus obligaciones de rey. El mas humilde de sus súbditos podia ir libremente á pedirle justicia; y sino poseia el espíritu organizador que repara los males graves, habia en él la compasion benigna que alivia muchas miserias. Digámoslo mejor; el movimiento de investigaciones históricas que caracteriza nuestro siglo, y que tan fatales á tantas reputaciones, hace resaltar hasta cierto punto la suya. No ha mucho que se han publicado las instrucciones que dirigia á Roma á sus embajadores, y la dignidad que respiran, el sentimiento nacional que en ellas manifiesta honran mas su política que los dichos injeniosos que se le atribuyen.

Por lo demás, esos dichos, la relacion de sus fastuosas estravagancias, el boato de sus pompas religiosas, ocupan un lugar sobrado grande en las colecciones históricas que pretenden dar una idea de su reinado. Es necesario tambien tener en cuenta los sucesos de que supo sacar provecho para difundir algun lustre sobre la nacion, y las instituciones serias, cuyos resultados venideros calculó. En 13 de febrero de 1715, unos dos años despues de la gran paz de Utrek, la paz fué firmada en esta misma ciudad entre España y Portugal. La primera de estas dos potencias debió hacer, entre otras restituciones, la de la colonia del Sacramento; y Portugal, por su parte, restituyó Alburquerque; cuya mision diplomática desempeñó con raro tino y acierto D. Luis de Cunha, encargado por Juan V de defender sus intereses. El monarca jóven supo descubrir tambien un marino hábil en la persona del conde de Rio-Grande, cuando en 1716 envió á este jeneral en auxilio de los Venecianos contra los Turcos. En el mismo año empleáronse tambien sumas prodijosas con menor utilidad. Ocupado enteramente Juan V de un fasto religioso sin igual, obtuvo del papa la autorizacion para establecer una iglesia patriarcal en Lisboa, siendo D. Tomás de Almeida el primero que fué revestido de la nueva dignidad que acababan de instituir. El arzobispo de Lisboa vió decaer toda su preponderancia. La capital de Portugal recibió una nueva division: hubo *Lisboa oriental* y *Lisboa occidental*, queriendo la autoridad que se conservasen estas denominaciones en los actos é inscripciones. Señalóse el año de 1717 por diferentes circunstancias notables. El conde de Ericeira obtuvo varios triunfos en la India. Púsose la primera piedra del convento espléndido de Mafea, y las cantidades asombrosas, enviadas del Brasil, empezaron á invertirse para cubrir los gastos de toda especie que exijia aquella vasta construccion. En 1720, una institucion, útil en grado eminente, sirvió como de compensacion á los errores admi-

nistrativos de mas de un género que se cometian: fundóse la Academia de historia, que si no hizo trabajos muy variados, reunió á lo menos en su seno á los hombres mas eminentes de la época. La paz reinaba, pues, en el interior del reino: manifestábanse, á despecho de la influencia monacal, ciertos adelantos intelectuales, cuando un azote que habia sido el terror de la Península, empezó á causar estragos. En 1720, declaróse la peste en varias ciudades, y en 1723, y en Lisboa solamente, sucumbieron mas de 40,000 personas. Ningun acarcamiento de alta importancia señaló el período que sucedió, menos que se considere como á tal el doble matrimonio que se efectuó en 1728, en cuya época unióse la infanta de España con el príncipe del Brasil, y el príncipe de Asturias dió la mano á la infanta de Portugal.

Mientras que Juan V., tomando por modelo á Luis XIV., levantaba edificios por todas partes, y fuerza es hacerle la justicia de que á veces edificaba para la posteridad; mientras amontonándose sin orden en las salas de sus palacios colecciones de todo género, manifestando, á falta de un gusto verdadero, cierta simpatía muy loable á los diferentes ramos del saber humano, una institucion bárbara, á menudo comprimida, ensangrentaba todavía á Lisboa con sus horrorosas sefencias. Habíase verificado en 1745 uno de los últimos *autos de fé*, de que se tenga memoria: un poeta dramático, que se habia granjeado una celebridad popular, perecia en medio de las llamas. En vano el infortunado Antonio José hacia protestas de respeto al culto reconocido por el Estado; una muerte espantosa probaba al mundo el espíritu de demencia que castigaba su linaje desdichado.

Pero es menester decir, en obsequio de la verdad, que semejantes crueldades no entraban ni en el corazon de Juan V., ni en sus ideas religiosas, por mas exaltadas que nos las representen: las toleraba, pero faltábale la fuerza para abolirlas. Escita por cierto la risa el recordar

ciertas pequeneces, dignas del claustró, á las cuales se sujetaba aquel rey, devoto y voluptuoso á la par; y no dejará de causar estrañeza el celo religioso de un soberano, que hacia celebrar misas en abundancia para la salvacion individual de sus súbditos (1). Juan V bajó al sepulcro, sentido de todos, aunque hubiese agotado el tesoro con gastos desmedidos é inútiles, y dejado introducirse el desorden en la administracion. Con todo, uno de sus últimos actos políticos fué el tratado que en 1750 estipuló con la España, para terminar las discusiones diplomáticas que aun no habian cesado entre las dos coronas, con motivo de las posesiones de la América meridional. Seis años antes, habia tenido este monarca un violento ataque de parálisis, y á pesar del alivio, bien que momentáneo, que en los baños de *Caldas de Rainha* habia experimentado, fue decayendo mas y mas, hasta que falleció en Lisboa á los 31 de julio de 1750. Hiciéronle elevar un mausoleo espléndido en la iglesia de San Vicente de Fora.

REINADO DE JOSÉ I.

En 7 de setiembre el nuevo rey fué proclamado con toda la pompa acostumbrada. Las arcas estaban vacías, el ejército no existia sino de nombre; pero, segun la observacion hecha con cierta apariencia de verdad, el monarca halló los instintos populares dirigidos hacia el comercio, y una particular disposicion á entrar en la senda de las mejoras industriales. El tratado de Methuen sufria sin embargo desde entorces todas sus consecuencias, cordenando á la miseria los ánimos mas activos, aquellos precisamente que por su contacto perpetuo con una nacion comerciante y manufacturera, anheaban para el pais mejoras, á

(1) Juan V es el primer rey de Portugal que haya recibido el titulo de *Majestad fidelísima*, cuyo titulo le confirió Benito XIV en 28 de diciembre de 1748. Se ha hecho el cálculo, que durante el reinado de aquel monarca, Roma habia recibido de Portugal en dinero mas de 180,000.000 cruzados.

que solo un jenio firme é independiente podia dar impulso.

El Brasil era en aquella época para la madre patria un recurso inagotable en todos los apuros financieros. En diciembre de 1750, vióse llegar á Lisboa la escuadra ricamente cargada, en la cual cada año se fundaban tantas esperanzas. Por un instinto jeneroso, á que entonces las colonias se manifestaron agradecidas, uno de los primeros actos del nuevo rey tuvo por objeto la mejora política de la rica provincia de Minas, de donde se sacaban tantos tesoros; hizo abolir el tributo de capitacion que se pagaba como derecho dominical, y en 1751, creó en Rio de Janeiro un tribunal de la *Belazao*, ventaja real y necesaria en aquel pais, puesto que anteriormente eternizábanse las causas de alguna importancia, é iban á fallarse en Lisboa. No fueron sin embargo tan desinteresados todos los decretos reales; y en 1752, púsose bajo la proteccion soberana lo que llamaban el *contrato de los diamantes*, es decir que hicieron objeto de un comercio esclusivo de este rico producto de las minas de Fijuco.

Pero detengámonos; que cuando se trata de mejoras importantes, y de grandes disposiciones por dirigir, otro nombre primero que el del rey viene á ponerse involuntariamente bajo la pluma del historiador. Queremos presentar en su verdadero punto de vista al ministro eminente que imprimió al pais un impulso tan prodijioso. José tuvo sobre todo el mérito de conocer el de aquel hombre extraordinario; y es quizá injusto el compararlo al primero con Luis XIII, como hace poco lo han hecho; pues al menos José poseyó firmeza para aprobar siempre los actos del ministro que con tanto tino habia elegido.

El 19 de enero de 1729, José I.º, viviendo aun su padre, se habia enlazado con doña Ana Victoria, hija de Felipe V. y de Isabel Farnese. Esta princesa, como todos saben, debiera haber dado la mano á Luis XV, y jamás pudo resignarse á la amargura de sus recuerdos. La política

encontróla siempre, no solamente opuesta á la Francia, sino que mas tarde presentóse visiblemente como enemiga temible del hombre poderoso, á quien su augusto esposo confiara los destinos de la nacion.

POMBAL (1).

Sebastian José de Carvalho y Mello nació en Lisboa, á los 13 de mayo de 1699. Su padre, M. Carvalho de Ataíde, era capitán de caballería, y venia de una familia que, sin ser precisamente de la primera nobleza, no dejaba de tener cierto lustre. Sin embargo los enemigos de Pombal echaronle en cara la humildad de su condicion, acusacion ridicula, cuya sandez recaía en los que no tenian empacho en hacerla.

Después de haber cursado en la universidad, Carvalho subió en la milicia; pero ya fuese que no tuviese inclinacion á las armas, ya, como algunos lo pretenden, que no le hubiesen dado el grado de que se consideraba merecedor, lo cierto es que abandonó aquella carrera. El periodo que trascurrió desde esta época de su vida hasta el tiempo en que recibió el nombramiento de enviado extraordinario cerca la corte de Londres, no es muy conocido, y ofrece poca importancia. Después de haber abandonado el servicio militar, casóse, á la edad de treinta y cuatro años, con doña Teresa de Noronha, sobrina del conde de los Arcos, la cual murió, á los cinco años, sin dejarle sucesion. En la misma época fué elegido miembro de la Academia de historia, y tuvo el encargo de escribir la memoria relativa á la vida de Pedro 1.º y de Fernando; pero, si no nos equivocamos, concretáronse sus trabajos literarios á dos cartas y á dos discusiones históricas.

El inesperado nombramiento de Carvalho á tan importante destino, como era el de ministro en Londres, causó novedad á todo el mundo, diciendo varias voces que se ha-

(1) Queriendo consultar documentos positivos, hemos sacado la mayor parte de este párrafo de una biografía portuguesa. V. el *paranáma*.

bia llevado aquella embajada por la proteccion del cardenal de Mota, que á la sazón pasaba por ser el favorito de Juan V. Sus enemigos le acusan de haber cometido toda suerte de bajezas para obtenerla; al paso que sus apolojistas no ven en aquel empleo sino una recompensa concedida á su conocido mérito. Ambas opiniones ofrecen probabilidad, y mayormente la segunda; pues, como lo ha dicho muy bien don Luis de Cunha, el cardenal de Mota no era ciertamente muy conocedor ni gran apreciador de los hombres de talento. Si algo probasen aquí las conjeturas, diríamos que Pombal fué deudor de su destino al patrocinio de la reina, quien, según las memorias de Amador Patricio, siempre le manifestó aprecio, é hizo despues esfuerzos activos, bien que infructuosos, para que el rey su marido le nombrara secretario de Estado; cuyo empleo no logró efectivamente hasta que D. José empezó á reinar.

Despues de haber desempeñado su embajada en Inglaterra, Carvalho recibió orden de pasar á la corte de Viena, igualmente en calidad de embajador. Habiendo sobrevenido algunas disensiones entre la casa de Austria y el Papa, á la sazón Benito XIV, á causa de la extincion del patriarcado de Aquilea, dirigióse el segundo á la corte de Portugal, para que se interpusiese como medianera en dichas desavenencias. Dificil era la intervencion; pero Carvalho, elegido para dar cima á este negocio, procedió en Viena con tal sagacidad, que la deseada reconciliacion se verificó. Hallábase todavia en aquella ciudad, cuando falleció su primera mujer. Entonces hizo algunas tentativas para casarse con doña Leonor Ernestina de Anu, una de las señoras mas nobles de Viena, hija del conde de Anu. Bien que al principio le fuese algo costoso el vencer el orgullo de aquella familia, acabó no obstante por lograr su objeto, siendo deudor de ello al favor de la reina de Portugal, á quien tal vez pretendia agradar, tomando por esposa á una señora alema-

na; pues no podemos creer que jamás el amor haya hallado cabida en aquel corazon de bronce.

Poco tiempo despues de aquel enlace, Carvalho regresó á Lisboa. Gobernaba entonces el reino D. Gaspar de Incarnacao, canónigo regular de la orden de San Agustín, que todo lo podia sobre Juan V. Tan ignorante como se puede ser en punto á ciencia política, tenia toda la probidad necesaria para no robar el Estado; pero protector declarado de sus parientes y partidarios, confiaba los destinos mas elevados á manos indignas de ejercerlos.

El autor francés (si es verdad que lo sea) del libro intitulado: *Administration du marquis de Pombal*, dice que en el primer mes del reinado de José, estaba este muy mal dispuesto en favor de Carvalho, á causa de las intrigas de los cortesanos, y que solamente mas tarde reconoció el rey su mérito, y le llamó al ministerio de negocios estranjeros. Parece que este nombramiento fué el resultado de un plan, calculado mucho tiempo habia por Carvalho, y cuya primera basa descansaba en su matrimonio con la señora de Aun; pues si entró en el ministerio, debiólo ciertamente á la proteccion de la reina viuda; bien que muchos atribuyen este suceso al influjo del P. Moreira, confesor del joven rey.

Entónces fué cuando Carvalho empezó á adquirir en el ánimo de José aquella influencia que supo conservar hasta el fin de su reinado; y el medio con que la obtuvo lo ha indicado muy bien Mably, en su tratado del *Estudio de la política*.

Dueño una vez del ánimo del monarca, el nuevo ministro empleó todo su conato en restablecer en una buena senda los diferentes ramos de administracion pública, que se hallaban en el espantoso desórden en que nos las ha dado á conocer el célebre D. Luís de Cunha, merced á la carta que dirigió á José, siendo todavia principe. Bien que el autor de las memorias del marqués de Pombal haya vertido en ellas toda la hiel y odio posibles, conviene sin embargo en que los principios de su



Lamotte direct

Statue Equestre de D. José (Joseph 1^{er})

Estatua Ecuestre de D. José 1^o



administracion fueron brillantes, y que á su voz, vióse como salir del sepulcro el comercio, la marina, la industria, la agricultura, y finalmente una buena direccion en la parte administrativa del tesoro.

Seria necesario hacer un estado de todas las leyes y decretos de los cuatro primeros años del reinado de José, para que el lector pudiese juzgar por sí mismo de los buenos ó malos servicios que el ministro prestó á su país; pero no permite una biografía tantos pormenores.

En primer lugar prohibió la esportacion del numerario, ley que supieron eludir los Ingleses, no obstante la habilidad del ministro; quien tal vez no se creyó aun asaz poderoso para escarmentar á los culpables, y hacerse respetar. Amenguó en segundo lugar el poder de la inquisicion (1), y agregó á la corona muchos dominios de que ilegalmente la habian despojado. La organizacion del ejército siguió inmediatamente á estas medidas; vinieron despues la introduccion de nuevas poblaciones en las colonias, y la formacion de una compañía de las Indias, y la especialmente consagrada al Brasil, con el título de *Compañía del gran Pará y de Maranhán*.

Pero antes de pasar adelante, importa que nos detengamos en lo que á nuestro parecer fué causa principal de la lucha que medió entre los jesuitas y el ministro de José, lucha de esterminio, cuyo resultado fué la caída de aquella sociedad, erijida, por decirlo así, en dominadora de la Europa.

Habíase estipulado entre España y Portugal un tratado, en virtud del cual la colonia portuguesa, designada con el nombre del Sacramento, debia pertenecer á la España, mientras el Paraguay, provincia sujeta de nombre á la corona española, entraría en los dominios de Portugal. Esta negociacion, entablada en tiempo de Juan V, iba á recibir su ejecucion en el reinado de José; pero

cundo llegó el caso de hacer entrega de la colonia del Sacramento, los Indios del Paraguay se resistieron, porque no conocian mas autoridad que la de los jesuitas de las misiones; y de aquí se originaron guerras y vejaciones de toda especie para aquellos pueblos; y habiendo los jesuitas sido espulsados y perseguidos por Francisco Xavier de Mendoza, capitan general de la provincia y hermano del ministro, declararon la guerra abiertamente; pero Carvalho los venció. Trabada la lucha, aquellos religiosos perdieron la primera batalla, viéndose despojados del palacio, en donde hasta entonces habian ejercido el mayor influjo.

Despues de los acontecimientos del Paraguay, establecióse la compañía esclusiva del Gran Pará y de Maranhán. Esta sociedad, favorecida con privilegios extraordinarios, y formada de un corto número de asociados, no fué de la aprobacion de los comerciantes, quienes reclamaron contra ella por medio de la corporacion que los representaba con el título de *Junta del bien jeneral de los comerciantes*. El resultado de esta tentativa, en la que algunos ven ciertas insinuaciones de los jesuitas, fué la disolucion de la asociacion arriba designada, y la creacion posterior de la *Junta de comercio*, que duró cosa de un siglo; hubo además varias personas confinadas á Mazagán, y otras fueron desterradas de Lisboa; pues para que el ministro tenia hecho propósito de emplear como móvil principal de su administracion un verdadero sistema de terror.

Era á fines de 1755, cuando el fatal terremoto de 1.º de noviembre mostró en todo su lustre el inmenso jenio de Carvalho, y puso de manifesto su perseverancia. La ciudad de Lisboa no era mas que un monton de ruinas; las familias andaban dispersas; los capitales habian quedado enterrados bajo los escombros; en todas partes no se veian sino huérfanos y viudas. Algunos hombres de la hez del pueblo, aprovechándose de la consternacion,

(1) Por una particularidad estraña, al paso que Pombal abolia el suplicio del fuego, daba á la inquisicion el título de *Majestad*.

nacion jeneral, cometian toda especie de rapiñas, de violencias y asesinatos, para apoderarse de algunas riquezas que el incendio habia respetado, ó que la tierra no se habia tragado en su seno. Pero nunca el sistema de intimidacion adoptado por el ministro llegó mas á tiempo á ejercer su imperio. El libro tan conocido con el título de *Providencias sobre o teuremoto*, aunque sea un libro de sangre, queda como un monumento que nos dá á conocer perfectamente cual era el vigor de alma del marqués de Pombal.

Refieren que una vez pasado el terremoto, como hubiese el rey preguntado á Carvalho lo que tenia que nacer, dió este con prontitud la memorable respuesta: *Señor, enterrar los muertos, y atender á los vivos*; cuya contestacion es sublime, en medio de aquella desorganizacion jeneral: pero no es el ministro el autor de la respuesta sino el ilustre jeneral Pedro de Almeida, marqués de Aozua, el cual interrogado por el rey, repuso efectivamente: *Enterrar los muertos, atender á los vivos, y cerrar las puertas*; palabras que Carvalho celebró mucho, enviando al propio tiempo al marqués á Setubal, de donde no volvió á salir: sin duda porque no era muy del gusto de Pombal el ver al lado del rey á hidalgos verdaderos, capaces de semejantes respuestas.

En el mes de febrero de 1756, ya habian empezado á ocuparse de la reedificacion de la ciudad, que querian fuese no solamente construida con solidez, sino que hasta trataban de embellecerla; para lo cual fueron necesarias sumas inmensas, pues era menester volver á construir los edificios públicos. Para subvenir á estas necesidades, el ministro impuso una contribucion de un cuatro y medio por ciento sobre todas las mercaderías extranjeras. Este nuevo impuesto zaheria principalmente los intereses de la Inglaterra: cuanto mas considerable era el tráfico que los comerciantes de esta nacion hacían con Portugal, mayor era para ellos el per-

juicio. De Castres, embajador inglés en la corte de Lisboa, manifestó por aquella providencia admiracion y descontento á la par; pasó luego á quejas reiteradas, invocando los tratados existentes, en lo cual le imitaron los enviados de las otras potencias; pero infructuosas fueron todas las tentativas. Ciñóse el ministro de José á responder, en términos vagos, que ya asunto de tanta importancia habian sido objeto de especial consideracion por parte de Su Majestad, antes de tomar ninguna resolucion; y así eludió las representaciones de los embajadores.

Otro incidente contribuyó á aumentar los motivos de queja de los Ingleses. Habiendo el incendio consumido las mercaderías extranjeras, ó destruídolas el mismo terremoto, ó la inundacion, faltaron luego los paños y lienzos que venian de Inglaterra, Francia y Holanda. Una infinidad de habitantes de Lisboa, viéndose faltos de vestidos para el invierno, proveyéronse de paños del país, como son los conocidos con los nombres de *zaragozas* y *brixas*. El mismo monarca quiso dar á sus súbditos el ejemplo de la moderacion, y no tuvo á menos el vestirse de zaragoza; no obstante la baratura de aquel artículo. Como era natural, el ejemplo del rey obligó á la nobleza á hacer otro tanto, de lo que resultó que los negociantes portugueses ganaron en poco tiempo un millon de cruzados, que sin aquella circunstancia hubieran pasado á manos extranjeras.

La única persona que, lejos de haber sufrido detrimento alguno del terremoto, sacó tal vez de él cierto provecho, fué José de Carvalho, quien habiendo desplegado en aquella ocasion su enerjía de carácter y todos los recursos de su poderoso ingenio, supo, no tan solo hacerse merecedor de la estimacion pública, sino que tambien vió aumentarse el valimiento de que gozaba en el ánimo del rey. Con efecto, poco tiempo habia trascurrido, cuando este monarca le nombró primer ministro, en lugar de Pedro de Mota.

El autor de la *Administration du marquis de Pombal* hace la observación, que después del terremoto veíanse al rededor de Lisboa doscientos cadáveres ahorcados; pero ya tenemos dicho que el pavor que aquellas ejecuciones infundieron fue saludable: verdad es que el sistema de terror duró demasiado, y que al fin dejeneró en tiranía. Promulgóse luego una ley, tendiendo á reprimir toda palabra contra el gobierno, y ofrecióse una recompensa de cuantía á quien denunciase á los culpables. Mucho se pondera hoy día la administración del marqués de Pombal: mas preguntamos nosotros á los hombres del presente siglo, si les acomodaría un ministro capaz de promulgar semejantes leyes, y mayormente con el poder de hazlos cumplimientos.

El establecimiento de la compañía de los vinos del alto Duero, creada por aquel tiempo, produjo un levantamiento popular en Oporto. Ya fuese que el ministro pensase que dicha compañía había de obtener felices resultados para el país, ya, segun el sentir de muchos, que sacase de ella inmensos beneficios, ello es que mandó ocupar la ciudad militarmente, y formando causa á los revoltosos, hizo ahorcar algunos, mientras otros fueron condenados á presidio ó desterrados. De este modo Pombal quitó al pueblo la afición á nuevas sediciones.

Pero si este se mantuvo quieto, reinando entre él aquella tranquilidad que produce el terror, no sucedió así con la clase de hidalgos, quienes creían que nada podría con ellos el ministro valentón; de lo cual debieron desengañarse luego, y muy á costa suya; pues convirtiéndose la constitución del país en un réjimen férreo, quedaron iguales con este solo hecho todas las condiciones. Por lo demás, la persecución de que fué objeto D. José Galvas de Lacerda, enviado en París; la dirigida contra D. Juan de Braganza, hermano del duque de Lagoens; varios actos del mismo género ejercidos contra gentilhombres de alta distinción, entre otros

el marqués de Marialva, probaron hasta que punto Sebastian José de Carvalho había echado raíces en el poder.

Una vez amansados el pueblo y la nobleza, solo faltaba, para que Portugal entero enmudeciese ante el prepotente ministro, imponer silencio á aquella parte del clero, que todavía osaba disputarle su autoridad: tratase aquí de los miembros de la Compañía de Jesus. Espulsados de la corte, obtuvo contra ellos un huleto de reforma, prohibiéndoseles el que se dedicasen al comercio, lo que, no obstante eso, parece continuaron á hacer. Finalmente se les quitó el derecho de predizar y confesar; providencia que privo de sus armas á una sociedad que tanto influjo y dominio había tenido.

Había trascurrido en su mayor parte el año de 1758, cuando efectúose un acontecimiento deplorable. (1)

CONSPIRACION DEL DUQUE DE AVEIRO Y DE VARIOS MIEMBROS DE LA NOBLEZA.

El hecho capital de aquella época, el drama terrible que hizo de Pombal un hombre de estado verdaderamente formidable, fué la conspiración de 1758. Debemos confesar, sin embargo, que un tenebroso misterio envuelve todavía este suceso á los ojos del historiador.

Lo único de que no queda duda, es que el ministro de José continuó con su sistema de terror, y que por medio de sentencias sangrientas, sembró el espanto entre los grandes.

Si debiese darse crédito al autor de un libro voluminoso, que han tenido el descaro de intitular: *Mémoires du marquis de Pombal* (2);

(1) El autor del estudio biográfico que aquí reproducimos hace reflexiones sobre este acaecimiento, sin relatarlos. Llenamos nosotros este vacío con el sentimiento de que el autor no haya especificado los curiosos documentos que ha tenido á la vista. No absuelve á nadie, y no da ninguna solución.

(2) O mejor *Mémoires de S. I. Carvalho et Melo, comte d' Oeyras, marquis de Pombal*, etc. (en Lisboa, y hállase tambien en Bruselas)

lo que ulceró el corazón del duque de Aveiro, uno de los grandes mas distinguidos del reino, fué la contestacion insolente de un *adulador subalterno del príncipe*; cuya contestacion hizo tomar espontáneamente á aquel la resolucíon de acabar con un hombre que le habia ultrajado. Segun los mismos documentos, los Tavoras, negándose á aceptar las proposiciones de enlace de Pombal, habian escitado en su ánimo uno de aquellos odios reconcentrados, que no se satisfacen sino con sangre. Para adoptar esas diferentes hipótesis, es menester perder de vista intereses mucho mas elevados, y principalmente la aversion jurada al ministro por la nobleza. Como lo decia un conspirador en una de sus cartas confidenciales: « Para derribar la autoridad del rey Sebastian, preciso seria destruirla del rey José.»

Un hecho, sin embargo, parece probable, que á la ojeriza política de los grandes ha podido añadirse aquella necesidad de venganza á que da motivo la *afrenta secreta*, como dice el antiguo poeta castellano. La jóven marquesa de Tavora, aceptando los obsequios amorosos del rey, habia herido en lo mas vivo el corazón de la familia pendiente en la cual habia entrado.

Por lo demás, ningun carácter elevado, ningun talento sobresaliente descolló entre aquellos conspiradores, que pretendian lidiar con el hombre de mas enerjía de su época. El jefe aparente que habian elejido era mirado de mal ojo; y ningun servicio señalado habian prestado en su carrera política y militar los que le seguian, quienes manifestaron, en su modo de proceder, una inapti-

tud imprevisora, que daba bien á conocer la poca penetración de sus ánimos. Nos equivocábase: una mujer apareció entre ellos digna de admiracion; y fué la que, despues de haber sido poco antes vi reina de las Indias, y una de las bellezas mas célebres de la corte, no habia podido resignarse á perder esta doble preeminencia, y se vengaba de ello, dicen, conspirando.

Una cosa cierta, y que parece probada por los documentos numerosos que tenemos á la vista, es que la mujer enerjica que apellidaban la vieja marquesa de Tavora, aborrecia profundamente á José de Mascarenhas, duque de Aveiro, aunque fuese aliada suya: pero otro odio, mas vivo todavia, enlazó sus intereses.

Llegó el momento funesto que reunió á tantos personajes elevados, y cuyas extrañas pretensiones nos revelan diferentes memorias, el hombre grave intenta poner en claro en donde se urdió la trama que reunió á aquellos entre sí, y cuales fueron los medios de que se valieron para escitar su ambicion desmedida. En donde quiera que aparezcan las sorpresas maniobras de los jesuitas, se encuentra la inflexible voluntad que disimula, pero que no cede. De ánimo firme y de corazón apasionado, la vieja marquesa de Tavora tenia por director á un extático pernicioso, que hicieron mal en no tratar mas tarde como á un insensato. Los consejos de Malagrida fermentaron en aquella alma viril, acostumbrada por otra parte á dominar á cuantos tenia cerca. Téngase presente, que no habia ningun hombre de consideracion, de los que figuraron en aquella triste ocurrencia, que no estuviese enlazado con la marquesa ó con vínculos sagrados de amistad, ó de parentesco. Eran el propio marques de Tavora, virey que fué de las Indias; el jóven marqués de Tavora, ultrajados en su honor; un hermano suyo, Jose Maria de Tavora, victima desgraciada de un pacto de familia; y en fin el yerno de la marquesa, don Jerónimo de Alaide, conde de Altengau, conspirador insignificante; cantidad simplemente

1784 4 tom. en 12. Este libro, dictado por un espíritu de denigracion y malignidad, cuya causa no cuesta adivinar, es precioso por encerrar una porcion de documentos justificativos y oficiales. Barbier le da por autor un jesuita español. La obra que puede oponérsele se intitula: *Administration de S. I. Carvalho de Melo, marquis de Pombal*, Amsterdam, 1787, 4 tom. en 8.º: cuya obra, escrita con tino; pero en tono demasiado apologetico, se atribuye á Desoteux, baron de Comartin.

numérica, como se espresa con cierta exactitud un escritor moderno. Otro nombre debe figurar necesariamente en este lugar, y es el del capitán Braz José Romeiro, quien no es que perteneciese á la familia, sino que, como había seguido al marqués á las Indias, estaba alucinado cual los demás. Azevedo y Ferreiro, senenciados mas tarde, eran jente comprada para el dia de la ejecucion. Mas de ciento cincuenta nombres no conocidos podrian aumentar la lista fatal, que espresamente abreviamos.

El dia 3 de setiembre los conjurados tuvieron la certeza de que el rey debía trasladarse á casa de la jóven marquesa de Tavora, en el coche de su confidente Pedro Tejeira, y resolvieron asesinarle. Colocáronse separados de trecho en trecho, por manera que si una tentativa salia mal, debía acometer el coche otro de los grupos apostados. No dejó el caso de suceder cual lo habian supuesto los conspiradores. Yendo el rey desde la *Quinta de Meio* á otro sitio real llamado *Quinta de Cima*, una carabina apuntó al postillon: pero el tiro no salió. Dicen que era el duque de Aveiro, el cual habia empezado el ataque, montado en un caballo de alquiler. La serenidad del leal cochero salvó á José. *¿Que haceis? Es el rey.* Esta fué su única exclamacion; y hace correr las mulas á todo escape: y cuando se dispararon otros dos tiros contra el coche, este, que huye con tanta velocidad, se halla pronto fuera del alcance de dos hombres á caballo que le persiguen. Sin embargo las armas están cargadas con metralla, y el rey recibe dos heridas, que se le llevan parte de la carne del hombro derecho hasta el codo. Texeira hace que el rey se ponga tendido en el fondo del caruaje y le cubre con su cuerpo. El postillon, en vez de retroceder, echa á correr en medio de los campos; cuya diestra operacion frustra los proyectos de los asesinos: y José, que conserva toda su presencia de ánimo, en lugar de trasferirse al palacio, da orden á su bizarro servidor para que le conduzca á la Jun-

queira, en donde vive su cirujano, quien le venda la herida. Al cabo de algunas horas manda llamar á Pombal, y cuando este llega á presencia del rey, le encuentra aun con bastante firmeza para trazar con él el plan que ha de poner en sus manos á los conjurados.

El plan que adoptaron fué oponer profundo disimulo á los que se tenian por maestros consumados en el arte de las simulaciones políticas. No obstante los rumores de la ciudad, el rey pretestó un accidente, que dando á sus heridas una causa plausible, tranquilizó al pueblo, y engañó á los asesinos; uno solo de los conjurados se fugó. Seis meses despues, cuando ya todos se creian con entera seguridad (1), fueron arrestados los demás, y conducidos á distintos parajes. La marquesa Leonor de Tavora vióse encerrada en un convento de monjas de ríjida observancia; su nuera, tratada con menos rigor, estuvo, sin embargo, sometida á una especie de reclusion monástica. El duque de Aveiro y los Tavoras, cargados de cadenas, y tendidos sobre colchones, permanecieron por algunos dias en el mismo calabozo; pero no pasaron en él mucho tiempo.

Salió en 4 de enero de 1759 un decreto, que instituia, con el nombre de *inconfidencia*, un tribunal encargado de castigar á los culpables. Las obras mas completas andan escasas en relaciones circunstanciadas sobre este asunto; lleuaremos nosotros este vacío, indicando los elementos de que se componia el tribunal; y eran: dos presidentes, sin derecho de voto, dos secretarios de Estado, dos miembros con el título de *desembargadores do pazo*, uno de los cuales era canceller de la cámara de Suplicacao, y fué nombrado relator de la causa. Habia, además, siete miembros de varios otros tribunales, dos de ellos

(1) Verificáronse estas prisiones en 13 de diciembre de 1758, durante los festejos que se celebraban con motivo del matrimonio proyectado de la hija de Pombal con el hijo del conde de Sampaio.

corredores do crime, y el procurador de la corona, haciendo las veces de fiscal.

Los acusados comparecieron el 12 de diciembre, y pusieronlos á cuestion de tormento, excepto á la marquesa de Tavora; muchos de ellos confesaron el delito que se les imputaba. El duque de Aveiro desmintió luego lo que habia confesado en medio de horrores tormentos; entendió en la causa; pero votóse á la unanimidad la sentencia de muerte, que recibió su ejecución al día siguiente.

El código portugués no habia previsto un delito semejante, y nada decía sobre la pena que debi aplicársele, pero una ley de Felipe ordenaba que fuese *cruel*, y no faltó nada á la interpretación del texto, dictado por un espíritu desapiadado de venganza. El día 13, por la madrugada, formáronse en la plaza dos rejimientos de caballería y tres de infantería, en frente de la casa real que habia sido del conde de Aveiro, en cuya plaza habian preparado un inmenso tablado. La serenidad de la marquesa de Tavora no se desmintió un solo instante. Al despertar el alba habia mandado que sus doncellas la vistiesen, y que le sirviesen el desayuno; y como su confesor le hiciese presente que habia otros cuidados mas serios en que pensar, respondió ella brevemente: *Tiempo habrá para todo*. Efectivamente, á todo atendió con inesplicable presencia de ánimo. Llegó al lugar del suplicio en silla de brazos, y subió luego con paso firme al cadalso, diciendo que no le habian dado tormento. Aquella mujer altiva conservaba todavía vestigios de hermosura; cuando la hubieron atado al asiento fatal, y que la cuchilla del verdugo hubo cortado su cabeza, observóse entre el pueblo una sensación profunda: una rica tela de seda cubrió el cadáver. Sus hijos y su yerno sufrieron el garrote, recibiendo despues golpes con un mazo de hierro; pero esta terrible indulgencia no se empleó con los infortunados marques de Tavora y duque de Aveiro, cuyos

miembros fueron hechos pedazos en una cruz designada con el nombre de *Aspa*. El primero murió sin proferir una sola palabra, pero el otro arrojó gritos espantosos. Como si este suplicio, digno de otros tiempos, debiese haber tenido algo de la horrorosa pompa de la edad media, trajeron en seguida una estatua de tamaño natural, que era la del servidor fugitivo, que con su cuñado Alvarez Ferreira habia disparado un tiro contra el coche del rey. Colocaron esta efigie en frente del malhadado que iba á espirar entre las llamas; leo en la narracion de un testigo ocular el siguiente pasaje, de una concision terrible: «Entonces pegaron fuego á una hoguera que habian levantado encima del tablado, el cual, teniendo un baño de pez y brea, inflamóse tambien luego. Todos los cuerpos que en él estaban espuestos quedaron reducidos á cenizas. Los del duque de Aveiro y del marques de Tavora respiraban todavia.... Antonio Alvarez Ferreira, que no tenia ninguna herida, por mas de un cuarto de hora pareció lleno de vida en medio de las llamas.»

«Recojiéronse en fin las cenizas, y echáronse al mar por mano del verdugo (1).» Nada añadiremos á esta relacion.

CONTINUACION DE LA ADMINISTRACION DE POMBAL.

Imposible es recorrer los numerosos alegatos que á la sazón se esparcieron por Francia y España, sin convencerse de que aquel período fué el mas árduo y laborioso de la vida del hombre, que tantos proyectos gigantescoos estaba continuamente meditando. Humillados ya los grandes, quedaba el extrañamiento de los jesuitas, á cuyo fin Pombal trabajaba á la faz de la Europa. La junta soberana, designada con el nombre de tribunal de la *Inconfidencia*, habia reconocido por diez artículos de su sentencia la complicidad de muchos relijiosos de aquella orden en

(1) *Nouvelle intéressante au sujet de l'attentat*, de 1759. Véase serie 4, páj. 4.

el delito de alta traición. Varios de ellos habían sido presos, tres de los cuales, los padres Alejandro, Mattos y Malagrida, estando implicados en la ocurrencia de 1758, pasaron bajo la jurisdicción del tribunal del santo oficio: el último de los tres permaneció en él tres años. Cualquiera que sea el punto de vista político desde el cual se examine actualmente el proceso, y principalmente después de haber leído las obras del padre Gabriel Malagrida, es imposible considerar al autor del *Triple cordon de Amor*, como fautor de herejía. Quizá este anciano, natural de Italia, y que en el nuevo Mundo había sufrido todas las miserias del apostolado, había traído de sus penosos y duros viajes el ardor febril de que se hallaba poseído. Malagrida no quiso hacer retractación alguna, y no salió de los calabozos de la inquisición en 1661, sino para ser quemado en un acto de fe. Somos enteramente del dictamen de un escritor portugués que ve en aquella horrible sentencia una mancha eterna para el ministro de José.

Después de los sucesos que acabamos de referir, Carvalho recibió el título de conde de Oeiras.

«Colocado el puesto del ministro al abrigo de toda vicisitud, merced á tantos vaivenes, mostróse este verdaderamente grande, exigiendo de los Ingleses una satisfacción por haber atacado los navíos franceses en los mares de Portugal; satisfacción que dió la orgullosa Inglaterra (1). El nuncio Accioli había tenido la osadía de faltar á las reglas de etiqueta, no iluminando su casa, al celebrarse las bodas de la princesa heredera Doña María; y el conde de Oeiras le mandó salir inmediatamente de Lisboa. En fin, poco tiempo después de

este acaecimiento, el ministro descargó el último golpe contra el instituto de los jesuitas, destruyendo esta Sociedad en Portugal, y enviando á las costas de Italia á los que no habían querido despojarse de los hábitos de su orden: lo que se verificó en 1759.

«Libre entonces Carvalho de las tareas que más cuidado le daban, volvió toda su atención hacia las mejoras administrativas: reformó los estudios; publicó muchas órdenes relativas al comercio, y restauró las artes; pero sobrevino luego la guerra de 1762 que le colocó en medio de nuevas dificultades.

«Sabido es que dicha guerra tuvo por motivo el famoso pacto de familia. Los reyes de Francia y de España, ligados contra Inglaterra, quisieron que Portugal entrase en la alianza, á lo que se negó el conde de Oeiras, prometiendo guardar la neutralidad. Entonces la España declaró la guerra á Portugal, y sus tropas entraron en la provincia de *Tras-os-Montes*; pero prevenido quizá el gabinete de Madrid de que el resultado ulterior le sería contrario, retiró por segunda vez el ejército del territorio de Portugal, después de algunas ligeras escaramuzas, durante las cuales los Portugueses al mando del conde de Lippe, salieron victoriosos (1).

(1) Como lo dice muy bien el general Foy, los Portugueses apellidan todavía á Lippe, *ó gran conde*, como llaman á Pomhal, *ó gran marques*. «El general de Schaumbourz-Lippe, conde inmediato del imperio germánico, fué elegido para restaurar la milicia portuguesa. Durante las campañas de Hanover, había mandado con distinción la artillería del ejército del príncipe Fernando de Brunswick. Apenas llegado á Portugal, debió acudir á la defensa de las fronteras amenazadas: componíase su ejército de nueve á diez mil Portugueses, quienes, no conociéndole, desconfiaban de él, y de cinco á seis mil Ingleses ó Irlandeses que servían de mala gana. En frente tenían cuarenta mil Españoles, al mando del conde de Aranda, y dirigidos por jefes que habían hecho la mayor parte las campañas de Italia, y un cuerpo auxiliar de doce batallones franceses á las órdenes del príncipe de Beauveau. Con fuerzas tan desproporcionadas no podían pedirse batallas al conde de Lippe, quien hizo una campaña de marchas y posiciones, sabiendo sacar partido del patriotismo de las jentes del campo, como también de las imponderables dificultades que en todos los

(1) De resultas de un combate durante el cual había tenido que batallar con fuerzas infinitamente superiores á las suyas, el esforzado de la Clue se había refugiado á Lagos. Los Ingleses habían incendiado uno de sus buques; el *Redoutable* se había quemado por sí solo: otros dos buques habían sido apresados. Pomhal desplegó en aquel asunto una firmeza admirable. Véase *Revue étrangère et française de législation*, setiembre, 1840.

Una vez restablecido el sosiego público, el conde de Oeiras dedicóse seriamente á aumentar y disciplinar el ejército; ocupóse en activar todos los ramos de industria haciendo otro tanto con el comercio, y encaminando de ese modo el país al mas alto grado de prosperidad. Merecen aquí particular mencion los actos mas notables de aquel período, actos que en verdad son tan gloriosos para el rey como para su ministro, cuales fueron: el restablecimiento de los estudios civiles y militares, crecido número de leyes favorables á la agricultura, la institucion de la *Mesa censoria*, la del colejo de nobles, los decretos relativos á la fabricacion de las lapas, sedas, loza, sombreros, y de muchos otros; las reformas judiciales; la creacion de un subsidio consagrado á las letras; la paz celebrada con la corte de Roma, durante el pontificado de Clemente XIV; la abolicion de esclavos; el establecimiento de pescas en el Algarve; las leyes sobre el tabaco, sobre los hospitales, sobre los expósitos; la paz con el Estado de Marruecos; la reforma del gobierno de las Indias, como tambien otras mejores en el estado colonial; á lo cual puede añadirse la ereccion de la estatua ecuestre.

«Sin embargo, vió tambien Lisboa en aquel tiempo algunos actos de crueldad, emanados del ministro, y que sus enemigos atribuyeron á una venganza particular; como fué, entre otros acontecimientos, el suplicio de un italiano, llamado Juan Bautista Pelle acusado de tentativa de asesinato contra aquel, suplicio que llenó la ciudad de horror y de compasion. Despues de haber sufrido horribles tormentos, aquel infeliz fué condenado á ser descuartizado por cuatro caballos, como así se ejecutó; y finalmente echaron el cuerpo semivivo de Pelle en una hoguera, para que terminase en ella su espantosa

agonía. Fuerza es decir, en verdad, que cuesta trabajo el creer que semejante acto de atrocidad y barbarie haya podido pasar en tiempos tan próximos á los nuestros.

En el año de 1770 fué que Carvalho se vió condecorado con el título de marques de Pombal. Desde aquella época, ablandóse de un modo particular, así lo dicen hasta sus propios adversarios, aquel corazón de piedra, y durante los últimos años del reinado de José el yugo del terror, bajo el cual jemian los Portugueses, perdió un tanto de su peso. Pombal tuvo la buena idea de abolir las absurdas distinciones de cristianos *viejos y nuevos*; hizo tambien reglamentos para favorecer la industria nacional; impidió el que los jóvenes pudiesen contraer matrimonio sin el consentimiento paterno; y tomó enfin otras muchas disposiciones en provecho del bienestar público.»

Pero lo que mas honor hizo al marqués de Pombal, durante aquel último período, fué la reforma de la universidad de Coimbra, que se verificó en 1772. Para conseguir su objeto, el ministro empleó las capacidades mas aventajadas de Portugal, llamando igualmente á algunos profesores del extranjero; y los estatutos de dicha Academia insígnense son quizá el mejor monumento que el reinado de José 1.º haya legado á la posteridad. El tiempo que el marqués de Pombal no empleaba en la administracion, lo ocupaba, cual otro Richelieu, en el cultivo de las letras; y como el ministro de Luis XIII, tomaba parte secretamente en ciertas obras, en vez de ser su único autor. Una hay principalmente, en la cual se encubre con el seudónimo de *amador patricio*. Este libro voluminoso, escrito con estilo bastante difuso, relata los actos de prevision á que dió márgen el terremoto: verdad es que la catástrofe que pone en evidencia, es el hecho capital del siglo. Sin echar mano de la crecida coleccion de decretos que á él se refieren, diremos á lo menos los sucesos interesantes, y por lo que hace al pasado, espondremos al lector algunas cir-

puntos ofrece el país entre Duero y el Tajo.» Abarcó mas tarde el conde de Lippe veinte y cuatro rejimientos de infantería, doce de caballería y cuatro de artillería, poniéndolos sobre el pie de las tropas prusianas. Pombal se servía del conde, pero no experimentaba en su favor ninguna simpatía.

cunstancias no muy conocidas.

TERREMOTOS DE PORTUGAL, Y EN PARTICULAR DEL QUE HUBO EN EL AÑO DE 1755.

Tal estrépito ha hecho el terremoto que destruyó á Lisboa; tan popular es su fama, que está siempre presente en la memoria cuantas veces se trata de mencionar un azote del mismo jénero, y pintar la ruina de un país. Error sería, sin embargo, el creer, cual muchos lo suponen, que aquella gran catástrofe haya sido la sola de Portugal, y que no la ha precedido ningún accidente de la misma naturaleza. Al contrario, ningún país de Europa ha sufrido tanto como aquel de resultas de esos trastornos de la tierra. Una ojeada retrospectiva nos dará fácilmente la prueba de ello.

En el siglo cuarto, el terrible terremoto que sus estragos estendió por la Palestina, la Grecia y Sicilia, tuvo funestos efectos para la Península. « Creen que entonces fué cuando se separaron del continente los peñascos que se dejan ver en el Océano, no lejos del cabo de S. Vicente y quedó sumerjida la porcion de tierra que unia las Berleugas con la costa de Peniche. Amiano Marcelino y Pablo Orose nos han trasmitido la historia de aquella gran convulsion de la naturaleza... »

Después es menester remontar hasta el siglo décimotercio para encontrar la indicacion precisa de una de esas espantosas catástrofes. La monja de Sta. Cruz, *mujer letrada*, que ha consignado de un modo fiel, bien que muy por encima, los grandes acontecimientos de dicho período, se concreta á decir, que el 22 de febrero de 1309, por la madrugada, manifestóse de repente un terremoto: era en tiempo del rey Diniz. Pero es probable que si este acaecimiento hubiese tenido resultados muy funestos, no hubiera dejado de hacer mencion de ello el viejo cronista por escelencia, Fernando Lopez, quien nada dice absolutamente sobre este particular, si no nos engaña nuestra memoria. Reinando el hijo de don Diniz, hu-

bo otro terremoto en Lisboa, en 1344; de cuyo incidente aprovechó el Papa para reconciliar el poder real con el eclesiástico, que andaban desavenidos, por algunas discusiones borrascosas que habian mediado entre Alfonso IV y el obispo de Oporto. Doce años después, en 1356, dejóse sentir de nuevo la cruel plaga, y dicen que la tierra tembló por mas de un cuarto de hora. Desplomáronse en Lisboa crecido número de edificios, y vióse la capilla de la catedral entreabrirse de arriba abajo.

El siglo décimoquinto, tan fecundo en acontecimientos de toda especie, trascurrió sin que tuviesen que deplorar ningún accidente grave de aquel jénero; pues no hay duda que si alguna gran calamidad hubiese señalado los últimos años del reinado de Juan II, nos hubiera dado de ella una descripcion minuciosa el diligente cronista García de Resende, el cual guarda silencio sobre aquel período.

Pero no así sucede, cuando se trata del reinado de don Manuel. En el año de 1512 habia habido algunos movimientos convulsivos de la tierra, de cuyas resultas desplomáronse una infinidad de casas, y esta vez García de Resende, pintándonos el desastre poéticamente, reemplaza la estadística que en aquel entonces no existia. Según él, el número de edificios deteriorados ó arruinados asciende á doscientos. Quedábale una pintura terrible por hacer, en la descripcion del terremoto de 1531, que ocurrió el día 7 de enero: entoces Resende se hallaba fuera de la capital. Se vé por la *Miscelanea* que en Almeirin abriéronse abismos, en cuya poblacion estaba el autor, y que hubo á un tiempo un diluvio de agua y de arena, que creyeron derribaria la residencia real. Simon Goulard, historiador, por decirlo así, contemporáneo, refiere en los términos siguientes los estragos que el espresado terremoto causó en la gran ciudad (1): mil quinientas casas, bellas y espaciosas, fueron destruidas

(1) Véase *Histoires prodigieuses de ce temps*.

en Lisboa, y demolidos casi todos los templos. Ocho días duró este terremoto, que se repetía por intervalos siete u ocho veces al día: abrióse también en varios parajes la tierra, de donde salió un aire contagioso que causó la muerte á un sinnúmero de personas (1).»

García de Resende dice que por dos meses seguidos duraron aquellos sacudimientos, que se extendieron por todo el reino, y añade que sus efectos fueron mayormente desastrosos, porque las primeras convulsiones de la tierra sobrevinieron durante la noche (2). Según la observación del autor de la *Miscelanea*, no se venían al suelo las casas bajas y pobres, sino los palacios; y cuanto mas sólidos eran en apariencia los edificios, mas pronto quedaban derribados. El mar presentó un espectáculo estrañísimo, elevándose las olas á estraordinaria altura, sin que se aplase el viento; y viéronse buques cuya quilla llegaba hasta el fondo del agua, y que repelidos luego se iban como perdidos.

Un poeta cronista nos ha relatado las tristes miserias que al desastre sucedieron: ahora un poeta cómico vá á darnos á conocer lo que en medio de una gran calamidad puede un alma verdaderamente enardecida. El episodio, aunque no sabido, no es por eso menos orijinal... Viendo que el azote perseveraba con una obstinación que tenia aturridos todos los ánimos, el clero inferior se reunió, y persuadió al pueblo que las pruebas terribles de la cólera divina hallaban su orijen en la presencia de los judíos y de los nuevos cristianos. Estos, pues, viéronse compelidos á salir de la ciudad, y á acamparse en despoblado. Estando los padres reunidos en la sacristía del convento de S. Francisco, en donde anunciaban para el 25 de febrero un segundo temblor, durante el cual el mar sepultaría la ciudad, un hombre bienquisto de Juan III, una especie de comediante im-

provisador de autos, Gil Vicente en fin, tuvo la ocurrencia de predicar ante los frailes. Despues de un magnífico exordio, en que recordaba la inestabilidad de las cosas terrestres, dijo que la eterna Sabiduría tenia sus secretos encubiertos para siempre á los hombres; que lo mismo sucedía con los terremotos que con las demás plagas, las cuales no se sabía cuando empezaban ni cuando debían acabar; que la ciencia de la astrología, que en esta circunstancia se invocaba, podía ser maravillosa, pero que hasta el día sus arcanos habian quedado sumidos en un abismo tan profundo, que ni los sabios de la Grecia, ni Moisés, ni el famoso Juan de Monte-Rejio habian podido sacar de ella una onza de buena judiciaria, y concluyó al fin con las siguientes palabras: llenas de una caridad tan elevada: «Infierno de eso, virtuosos padres, «salvo vuestro mejor parecer, que «no es ser muy cuerdo decir lo que «todos dicen, cuando de ello resulta detrimento al servicio de Dios; «debiendoos acordar que predicar «no consiste en echar anatemas. Y «ahí haré presente, á propósito de «las ciudades de Portugal, y en especial de las de Lisboa, que si en «ella se cometen muchos pecados, «se hacen también limosnas, romerías sin fin; se oyen misas, sermones; hay procesiones; se practican ayunos y la disciplina; y sin «número de obras piadosas, así públicas como secretas; añadiendo «despues que si todavía se encuentran aquí algunas personas estrañas á nuestra fe, y se lo permitimos, debemos pensar que eso se «acomoda con nuestro celo, y ser-vimos bien á Dios. ¿No parece por «otra parte que es una virtud mas «propia de los servidores de Dios y «de sus predicadores, el dar ánimo «si las jentes, confesarlas, encaminarlas y escitarlas al bien, y no escandalizarlas y hacerlas objeto de «persecuciones, para obedecer la «insensata opinion del vulgo?» Gil Vicente en su carta al rey añade, con una injenuidad admirable: «Como todos me han alabado, y han

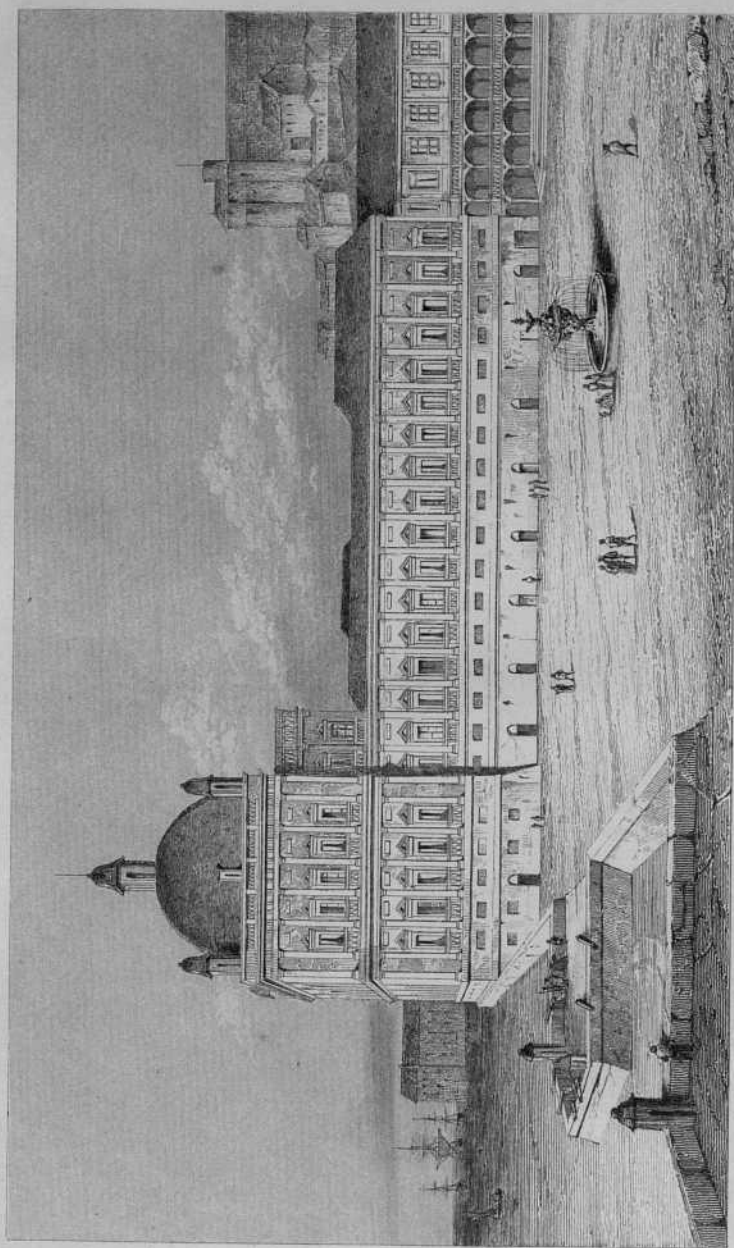
(1) Multos me morte morieram, dice el Cronista portugués,

(2) Porque de noite acontecen.



View of the Convent of Batalha.
Vista General de la Iglesia del Convento de Batalha.

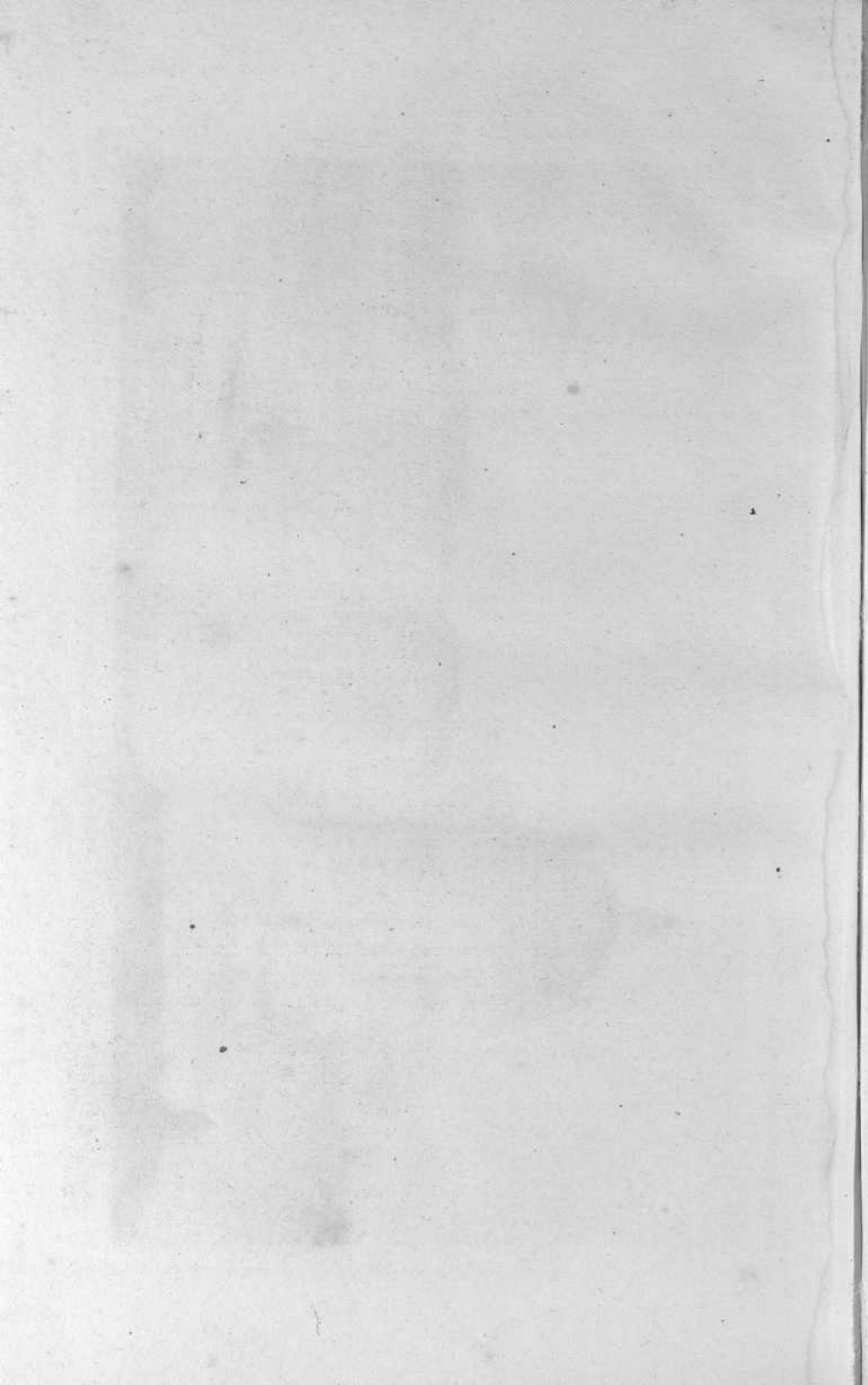




Lith. de J. B. de Aguiar

Palácio Real de Lisboa.

Palacio Real de Lisboa



«convenido en que era justo lo que
«decia, os lo escribo... Al hacerse
«la primera prédica, (la de los frai-
«les,) los nuevos cristianos habian
«desaparecido, y se iban, muriendo-
«se de terror. He dado este paso, y
«al momento, desde el sábado si-
«guiente acá, los predicadores han
«seguido mis deseos (1).» Bastarian,
á mi ver, las citadas palabras para
colocar á Gil Vicente fuera de la
línea comun, si no lo estuviese ya
por su inagotable número é ingenio;
pero volvamos á nuestro punto.

Después del terremoto de 1531 vino
el de 28 de enero de 1551. Preten-
dieron algunos mas tarde que la
horrible catástrofe habia sucedido,
acompañándola una lluvia de san-
gre. La ciencia moderna esplica es-
te fenómeno, como todos saben; pe-
ro puede muy bien dejar algunas
dudas acerca de las relaciones de
los cronistas. Lo cierto es que en
aquella circunstancia hubo mas de
dos mil víctimas, y doscientos edi-
ficios derribados.

Nosotros opinamos con un escri-
tor que mas de una vez nos ha da-
do útiles indicios sobre la materia,
que en esta relacion puede incluirse
un suceso que aconteció en 1597,
aunque no presente el carácter fi-
sico de los demás arriba referidos.
El dia 22 de julio del mismo año,
aterrorizó á Lisboa un fenómeno
terrible, que por poco no tuvo las
resultas mas desastrosas. La monta-
ña de Sta. Catalina formaba á la
sazon un promontorio que domina-
ba el mar, y que iba á unirse con
el de Chagas. Serian las once de
la noche, cuando un hombre, cu-
yo nombre se ha ignorado siem-
pre, y que la tradicion se ha com-
placido, como es natural, en reves-
tir de un carácter maravilloso, em-
pezó á dar desaforados gritos, y á
prevenir á la poblacion que la mon-
taña iba á desplomarse: creyéron-
le afortunadamente, y la jente se ale-
jó. Han supuesto siempre muchos
que un ligero movimiento de la tier-

ra habia dado á entender á aquel
habitante que una catástrofe era
inminente. Como quiera que sea,
no fué inútil su aviso, pues no bien
la poblacion habia empezado á huir,
cuando la estremidad del monte se
desgajó, partiéndose por medio.
Tres calles y seiscientos edificios
quedaron sepultados bajo aquella
asombrosa masa de tierra. Dicen
que nunca jamás ha vuelto á apa-
recer nada de aquellas ruinas.

Ningun accidente del mismo gé-
nero acaeció en Lisboa durante el si-
glo décimoseptimo. Los terremotos
que hubo en 1699 no produjeron nin-
gun suceso lamentable ni digno de
mencion; pero veinte años mas tar-
de dejóse sentir mas en el reino de
los Algarves, el cual costóron al
pais, y arruinó en algun modo á la
villa de Portimao. El 27 de diciem-
bre de 1722 hubo otro en los mismos
parajes que causó muchos mas estra-
gos. Portimao perdió sus últimos re-
cursos: Albufera, Loulé, Faro y Ta-
vira vieron destruidos sus principales
edificios, pero felizmente no hubo
gran número de víctimas que deplorar.
Aquí concluye el catálogo, har-
to estenso ya, de las convulsiones
terrestres quedese los tiempos anti-
guos hasta el fatal desastre de 1755
aflicieron á Portugal.

El autor de la presente noticia oyó
en su infancia referir este último
acontecimiento al poeta portugués
mas esclarecido de nuestra época; y
por cierto que Francisco Manuel ha-
cia vibrar en el alma de sus oyentes
todas las espresiones pintorescas que
puede suministrar la poesia, y las
voces mas enérgicas que vivísimos
recuerdos se inspiraban. Vrou pri-
vilejado, habia en él el entusiasmo
con todo su poder y enerjia, y el acen-
to de la verdad, fuente de las emo-
ciones que sabia comunicar. Pero
preciso es, en verdad, haber presen-
ciado semejante espectáculo para dar
una idea de su horror; y ninguna
relacion, por mas que echase mano
de los recursos del arte, equivaldria
á la fiel y sencilla esplicacion de un
testigo ocular. Escuchemos, pues, á
una de las víctimas de aquel espan-
toso trastorno. La lisura de la nar-

(1) Obras de Gil Vicente, nova edizao, t.
III, p. 381. Carta que Gil Vicente mandou
«el rey D. Joao III, estando sua Alteza
«en Palmella sobre o tremor da terra.

ración es un garante de su verdad.

El día 1.º de noviembre, estando el mercurio á 27 pulgadas y 7 líneas y el termómetro de Réumur á catorce grados poco mas ó menos sobre cero, con un tiempo apacible y un cielo despojado, á cosa de las nueve y cuarenta y cinco minutos de la mañana tembló la tierra, pero tan levemente, que todos se imaginaron que era algun carruaje que corría con velocidad. Este primer estremecimiento duró dos minutos: despues de un intervalo de otros dos minutos volvió la tierra á temblar de nuevo, pero con una violencia tal, que la mayor parte de las casas se hundiéron, y empezaron á venirse al suelo. Este segundo temblor duró tambien unos dos minutos. El polvo era entonces tan espeso, que oscurecia el sol. Medió otro intervalo de dos ó tres minutos, durante los cuales disipóse un tanto el polvo, y recobró el día bastante luz para que pudiesen verse y conocerse unos á otros. Despues de esto volvió á haber otro sacudimiento tan horrible, que las casas que hasta entonces habian resistido cayéronse estrepitosamente. Oscurecióse nuevamente el cielo, y parecia que la tierra iba á volverse en el caos. El llanto y gritos de los vivos; los jemidos y lamentos de los que morian; los estremecimientos de la tierra y la oscuridad acrecentaban el horror... Al fin calmóse todo despues de veinte minutos; y entonces no se pensó mas que en huir, y en refugiarse al campo; pero nuestra desgracia no habia aun llegado á su colmo. Apenas empezábamos á respirar, cuando el fuego se presentó en varios puntos de la ciudad, aviéndolo el viento que soplaba con mucha violencia; en términos que no nos quedaba ninguna esperanza. Nadie se cuidaba de contrarestar los aumentos de las llamas: solo se pensaba en salvar la vida, pues los temblores ibanse sucediendo, débiles en verdad, pero sobrado fuertes para personas acosadas por la muerte.

« Quizá se hubiera podido acudir al socorro del fuego, si el mar no hubiese amenazado sumergir la ciudad; á lo menos así se lo creyó el pue-

blo aterrado, viendo que las olas entraban con furia en lugares muy apartados de la orilla.

« Varias personas, creyendo hallar una especie de seguridad sobre las aguas, se refugiaron en barcos; pero las olas se los llevaban contra tierra, en donde se estrellaban.

« No ha cesado el espanto en todos estos días; los sacudimientos duran todavía. El viernes 7 de noviembre, á las cinco de la mañana, ha habido un terremoto tan violento, que hemos creído que los desastres iban á empezar otra vez; pero felizmente no ha sucedido así. Su movimiento ha sido regulado, como el de una nave cuando va aprisa. Lo que tan grandes estragos causó el día del primer terremoto, fué que todos sus movimientos eran encontrados, y tan opuestos entre sí, que las murallas se dividian con la mayor facilidad.

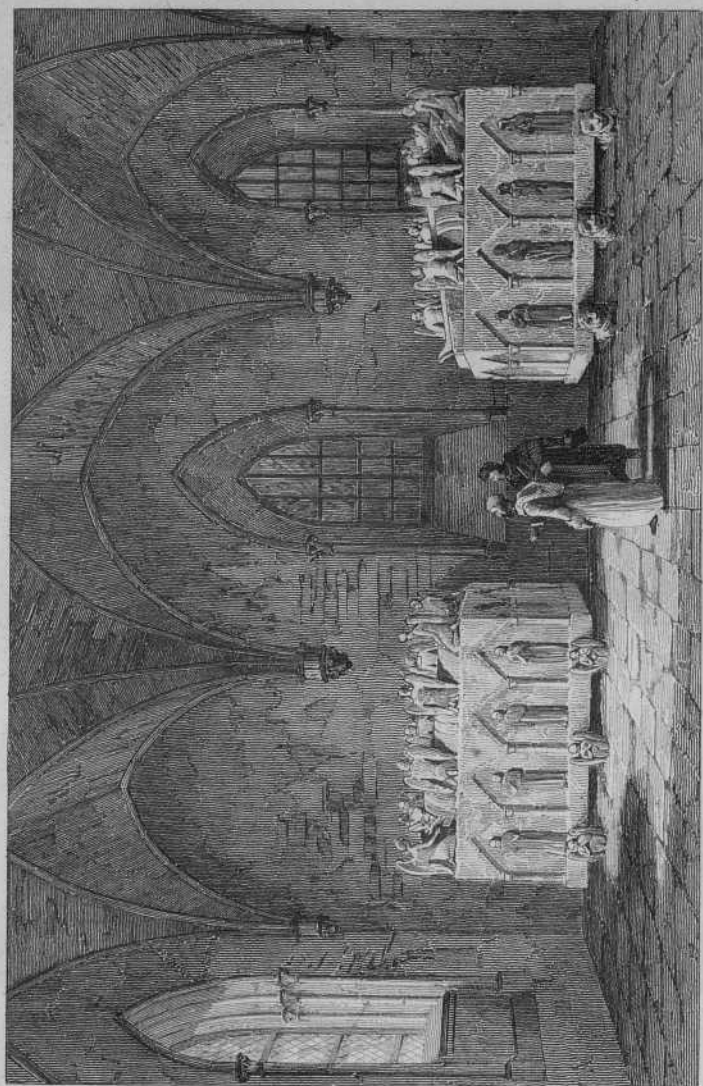
« He observado que los sacudimientos mas fuertes son siempre al rayar la aurora. Se asegura que el mar ha escedido de nueve pies á la mayor avenida de que haya memoria en Portugal... El domingo 2 de noviembre, por la mañana, quedé asombrado al ver el Tajo, que en algunos parajes tiene mas de dos leguas de ancho, casi seco por la parte de la ciudad, y por la otra veíase un pequeño arroyo, del cual se descubria el fondo.

« Casi todo Portugal ha experimentado esta plaga: el reino de los Algarves, Santarem, Setubal, Oporto, Alemquer, Mafra, Obidos, Castanheira; enfin todas las ciudades de veinte leguas al rededor son destruidas.

« Os escribo en el campo, pues no hay casas habitables. ¡Lisboa está perdida!...

Hemos creído de nuestro deber reproducir esta carta (1), pero abreviándola, porque su autor, Mr. Fedegache (á quien es menester no confundir con el poeta del mismo nombre) habia hecho diferentes observaciones astronómicas, y nadie podia certificar mejor que él el rumbo del terrible fenómeno. A mas de su

(1) Es escrita con fecha del 11 de noviembre de 1755. V. el *Journal étranger*, diciembre de 1755.



Tombes de Inés de Castro et de Don Pedro, dans l'Eglise d'Alcobaça
(Extrait du Voyage du géographe)
 Sepulchre de Inés de Castro y de Don Pedro, en la Iglesia de Alcobaça



fortuna arruinada, lamenta amargamente la pérdida de sus observaciones científicas, y hace un cuadro deplorable de la situación á que se hallaba reducido. Desde el soberano hasta el fraile mendicante, todos tenían algo que deplorar, y dichoso aun del que no había de llorar la pérdida de algun pariente. En solo la ciudad de Lisboa perecieron treinta mil personas, y si nos remitimos á los cálculos que mas tarde se hicieron (1), las pérdidas en alhajas y en dinero ascendieron á la enorme suma de 2.284,000.000 francos. Tales fueron enfin los resultados de aquella horrible catástrofe, que mas de veinte años despues, podia Dumouriez decir: « Lisboa, cuya descripcion he hecho en otra parte, es un monton espantoso de palacios derribados, de iglesias incendiadas, de escombros semejantes á los de una fortificacion que han hecho volar: en muchos lugares se pasa por entre los solares de las casas, en calles abiertas encima de estos escombros que han amontonado en ambos lados para formar paso: de cuando en cuando se ven algunas casas aisladas y ruinas tan tristes y hermosas como los restos de los edificios de los Griegos y Romanos (2). »

MUERTE DE JOSÉ 1.º—DOÑA MARIA SUBE AL TRONO.—CAIDA DEL MARQUES DE POMBAL.—REVISION DE LA CAUSA CRIMINAL FORMADA EN EL PRECEDENTE REINADO.—SENTENCIA DE POMBAL.

El rey José, como su padre, habia

muerto de un ataque de apoplejia; pero su agonía no fué tan larga cual la de Juan V, y conociéronse mas pronto los efectos inmediatos de la enfermedad. Perdió luego el uso de la palabra; pero conservó claro el pensamiento hasta el postrer dia, en términos que quiso que se le comunicasen los asuntos de gobierno, por decirlo así, hasta el momento supremo de dejar este mundo. El hombre que habia aligerado el peso de su corona, ya no podia entrar en comunicacion directa con su soberano, de lo cual se resintió la administracion de los negocios: los odios de corte, las enemistades particulares, las nuevas ambiciones, todo se reunia para poner estorbos á la obra política, empezada con tan valeroso empeño. El tesoro público encerraba entonces mas de diez y ocho millones de cruzados.

Hacia el fin de sus dias, José 1.º no habia manifestado sino un deseo ardiente, y era el de ver á su hija mayor, Doña Maria, enlazada con su propio nieto el infante don Pedro, duque de Beira, para cuyo objeto ya se habian obtenido las dispensas de la corte de Roma. La reina, revestida con el título de rejeta, no lo ignoraba: y celebróse el matrimonio en una capilla del palacio, en presencia de todos los ministros de las potencias extranjeras. Muy poco tiempo despues de esta tan deseada union, espiró él rey en brazos del patriarca, el dia 23 de febrero de 1777.

Un hombre como Pombal no podia engañarse acerca de su verdadera posicion. Presentábase ante la rejeta, recibia sus órdenes, y aun tomaba parte en los trabajos del Estado; pero no se le ocultaba que un largo sosiego iba á romper los resortes de su actividad. Despues del 13 de mayo, cuando la jóven reina hubo recibido solemnemente la corona, todo cambió. Formóse al momento otro ministerio, y el marqués de Avejeja fué presidente del real tesoro.

Una de las primeras cosas que hizo la reina fué abrir las cárceles, y dar libertad á los presos políticos

(1) Véase el *Voyage de du Châtelet*, t. 1, p. 129. Al principio hubo un tanto de exajeracion en los cálculos de los primeros dias, y los números han quedado. El abate Malhaeust testigo ocular, que escribia en 1760, es de parecer que el número de muertos no pasó de 20 á 12.000: por otra parte en las *Réflexions sur le désastre de Lisbonne*; 2 tom en 12, hacen ascender el número hasta 60, ó 80.000. Sabido es que el nieto de Racine, de edad de veinte y un años, pereció de resultados del terremoto de 1755: pero fué en Cádiz en donde acabó sus dias. Véase la obra arriba citada, t. II, p. 17, á la cual nos remitimos para todos los pormenores relativos á la influencia de la catástrofe.

(2) Véase *Etat présent du Portugal*. edicion de Lausana, 1775, p. 176.

que por tanto tiempo habian estado encerrados en ellas. Un doloroso espectáculo se presentó entonces á los habitantes de Lisboa, y afectóse vivamente la compasion popular, al contemplar la horrible miseria de los que salian de los calabozos. Los enemigos de Pombal habian contado con aquel espectáculo para acabar la reaccion; pero el ministro conoció su situacion mejor que nadie; y haciendo dimision de los numerosos destinos que ocupaba, retiróse á Pombal. Al principio fué una salida de los negocios honrosa mas bien que destierro, puesto que continuó á gozar de sus sueldos; mas no tardaron las cosas en mudar de aspecto: un espíritu diferente del que animaba el antiguo ministerio empezaba á ejercer su accion, y la ejercia con destemplado gozo. Lisboa volvió á ver en su seno á los diferentes personajes que por tanto tiempo habian sido extrañados. Seabra de Sylva habia vuelto de su horrendo destierro de Angola, y aspiraba de nuevo á representar un papel en los negocios del país: los infantes, obligados por largo tiempo á vivir apartados de la corte, volvian á presentarse en ella en medio de los festejos que su presencia escitaba. Un hombre de ingenio agudo y superior. D. Juan de Braganza, enemigo personal del ministro, recibia el título de duque de Lafoens; los jesuitas, en fin, sin tener precisamente permiso para residir otra vez en Portugal, veian remitir sumas considerables á Roma, para indemnizar á la Sta. Sede de los gastos que el extrañamiento de la compañía podia haberle ocasionado (1); y hasta muchos de sus miembros habian regresado á Lisboa. No le era dado á Pombal sino oponer una fria resignacion á ataques tan frecuentes y de tan distinta especie. Luego una circunstancia particular aceleró el desenlace. Cuando se abrieron las cárceles, los diferentes personajes comprometidos en la fatal ocurrencia del duque de Aveiro habíanse ne-

gado á aprovechar de la amnistia. El marques de Allorna y su consorte, don Juan Gaspar, don Manuel y don Nuño de Tavora, no consentian en quebrantar sus hierros sino en caso de ser revistado el proceso, y de quedar plenamente justificada su inocencia. Al principio recibieron estas personas la orden de salir de Lisboa fuera del radio de veinte leguas: varias de las implicadas en la causa fueron previamente reintegradas en sus empleos, ó revestidas de nuevos cargos; y en fin, despues de muchísimas vicisitudes, obtúvose el 10 de octubre de 1780 la orden de revision, y en la noche del 2 de abril de 1781 pronúnciase el fallo, habiendo mediado varias altercaciones, que hicieron durar la sesion hasta las cuatro de la madrugada. Todas las personas, nos dice el autor mejor informado, así muertas como vivas que habian estado en los calabozos, fueron declarados inocentes.

Se ha observado, y con razon, que los jueces que abolian la sentencia eran los mismos que la habian firmado. Ello es que las persecuciones contra el ministro empezaron desde aquel dia con nuevo empeño y ardor. El marqués de Pombal se vió declarado criminal; y si sus enemigos no pudieron lograr el que se siguiesen á esta decision penas severas, es menester atribuir semejante moderacion á la pura condescendencia de la reina. El ministro culpable debió tenerse por dichoso de que, en atencion á su avanzada edad, no fuese condeñado á una pena afflictiva. Ordenáronle solamente que residiese á veinte leguas de la Capital (1).

(1) Pombal falleció en 5 de mayo de 1782, á la edad de ochenta y tres años, en la soledad á donde se le habia relegado. La capilla del pueblo ha encerrado por mucho tiempo su ataúd y el baron de Taylor no ha mucho que ha dado, una vista interior de aquel humilde edificio. Las últimas noticias que acerca del marqués de Pombal hemos adquirido prueban que ciertos odios políticos sobreviven al juicio de las naciones: las cenizas de aquel varon esclarecido han sido dispersadas, y, segun dicen, abandonadas á los animales inmundos; pero verdad es que en Lisboa se ha

(1) Administration de Carvalho, t. III.

Si se consultase la mayor parte de los escritores portugueses del pasado siglo, la época en que doña Maria I. administró libremente el Estado, puede decirse que fué una época de prosperidad. Tratados importantes, fundaciones útiles, certifican que todo el tiempo de aquella piadosa reina no fué destinado á obras de devocion.

En 1777 y 1778, un nuevo arreglo, ajustado por intervencion de G. Freire de Andrade y del marqués de Cevallos, estableció la línea de division que en la América del Sur habia de separar las colonias de las dos naciones. Merced á un tratado, restituyóse á Portugal Santa Catalina, y la colonia del Sacramento quedó en posesion de los Españoles. En 1780, celebróse una alianza comercial entre Maria I. y Catalina II. Durante el mismo año, y por influjo del duque de Lafons, se fundó la Academia de Lisboa. Si con la consagracion de edificios asaz inútiles se aumentaron en el trascurso de 1790 los gastos que habia exigido la construccion de un convento magnifico, vióse en cambio en 1773 el Mondego utilizado para canal. En el año de 1794 concibióse un proyecto mas grande todavía, y un decreto (ejecutado á medias) decidió que se abriese una vasta carretera de Lisboa á Coimbra, y mas tarde de Coimbra á Oporto.

vuelto á colocar su medalla por orden de don Pedro en el lugar eminente que antes ocupaba. En medio de todos los escritos contradictorios que se han publicado sobre el Colbert portugués, recomendamos una noticia muy curiosa insertada en el tomo XI de los *Archives littéraires de l'Europe*, en la cual se encuentran preciosos pormenores sobre la vida interior de aquel hombre extraordinario. Y parte de las muchas cosas que hizo se esplican por la prodijiosa actividad que ponía en sus trabajos. « Ocupado desde el amanecer, no tenía hora fija para las horas de la mesa: comía ordinariamente muy tarde y con excesivo apetito; despues de lo cual salía á paseo en coche con un fraile, pariente suyo, quien segun voces, era de una ineptitud é incapacidad poco comun. Este hombre era toda su compañía, y aquel paseo su recreo mejor. Estaba luego de vuelta en su retrete, en donde trabajaba hasta muy entrada la noche.» Véase la coleccion arriba mencionada. t. XI, p. 157.

Todas estas mejoras interiores y otras infinitas que podríamos apuntar emanaban de una administracion que la voluntad de la reina sancionaba. Bien que la efijie del rey figurase en las monedas, no tomaba el parte alguna en el gobierno, y antes bien se apartaba gustoso de los negocios: con demasiado rigor se atenia al papel que la constitucion del reino le asignaba para que adquiriese el menor valor político.

Precisamente en la época á que hemos llegado, un viajero seducido que ha alcanzado cierta celebridad, hacia en pocas líneas este retrato imparcial de doña Maria I.: « La reina es una mujer verdaderamente digna de aprecio y respeto, bien que carezca de las cualidades que constituyen una gran reina. Nadie hay mas humano, mas caritativo, ni mas sensible que ella; pero una devocion escesiva y mal entendida echa á perder estas bellas dotes. Su confesor, que tiene sobre ella un ascendiente ilimitado, le hace perder en actos de devocion y de penitencia un tiempo que podria emplear mas útilmente para la dicha de sus pueblos, sin perjuicio de la salvacion de su alma.»

Con efecto, la opinion pública atribuyó á los terrores religiosos que inundieron en su alma, ulcerada ya por las necesidades imperiosas de la política, una enfermedad fatal que no tardó en declararse. La reina, jóven todavía, se volvió demente, y dejó enteramente de entender en los negocios. En vano se pusieron en práctica todos los recursos de la ciencia, y mandaron venir de Inglaterra al médico célebre á quien estaba confiada la cura de Jorge III; inútiles fueron sus desvelos; aquella mujer infortunada no debia ya recobrar alguna vislumbre de razon sino para mostrar en el destierro toda la dignidad de que estaba dotada.

En el año de 1786 ya habia fallecido D. Pedro III, quien por otra parte hubiera sido incapaz de soportar el peso de la corona. Tomó entonces las riendas del gobierno su hijo el príncipe del Brasil, bien que no estaba destinado al trono, á lo

menos por orden de sucesion; pues era su hermano don José el que debía suceder á doña María. Si nos referimos á lo que dice Beckford, escritor ingenioso del siglo último, quiea tuvo mas de una conversacion con el heredero presuntivo de la corona, poseia este una intelijencia cultivada y hasta un espíritu innovador; pero su muerte precoz hizo que el manejo de los negocios pasase á manos de un príncipe, que, segun él propio confesaba, no estaba preparado de ningun modo al papel que habia de desempeñar. Conoció Juan VI, sin embargo, en 1795 que era preciso resignarse á llevar, á la faz de Europa, la carga cuyo peso le daba cuidado. Efectivamente, las prendas jenerosas del corazon no debian bastar, como en tiempo de los Josés y Juanes V, para luchar contra los serios acontecimientos que preparaba la política. Hubo sin duda entonces una resolucion valerosa en el acto que constituyó la rejencia: menester fué un sincero amor al pueblo y profundo respeto filial para aceptar la responsabilidad que todavía podia eludirse. El príncipe del Brasil tomó ostensiblemente, en 5 de junio de 1799, las riendas de la administracion, sin consultar no obstante las cortes. La mayor parte de nuestros lectores conocen los sucesos que á la sazón se sucedieron; con todo, haremos de ellos un resumen, y los fijaremos por orden de fechas. Pero antes de dar una rápida ojeada sobre la historia de Portugal en los primeros años del siglo, es menester necesariamente dar á conocer el estado físico del pais, las divisiones políticas que ha adoptado, los recursos que ofrece; lo que será objeto de muchos capítulos, para los cuales hemos consultado á menudo los documentos mas recientes; esto es, los que nos ha suministrado un jeógrafo, cuya exactitud ponderan los mismos Portugueses, pero quien á su vez ha echado mano de los útiles trabajos de Balbi y de Casado Giraldez.

DESCRIPCION JENERAL DE PORTUGAL.

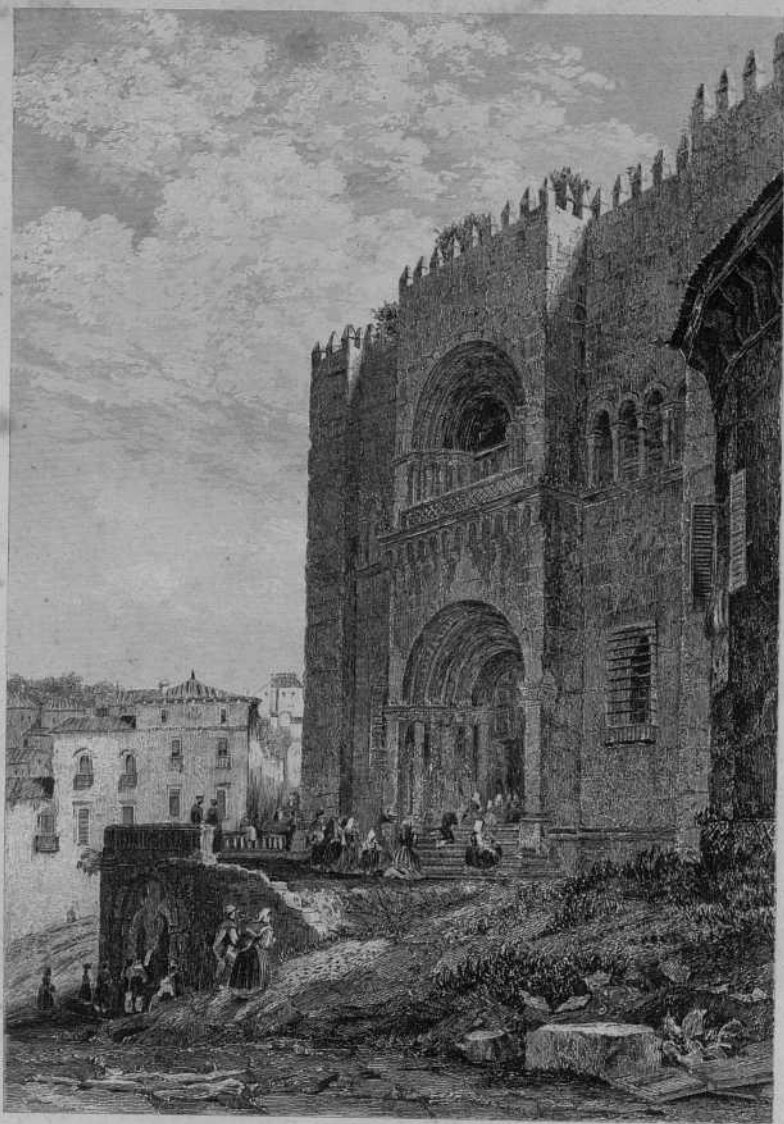
En medio de su admiracion un

tanto entusiasta, un antiguo escritor portugués dice: «Si España es la cabeza de Europa, su diadema es Portugal.» Macedo no es el solo que así lo espresa. En todos tiempos los poetas han pagado una especie de tributo de admiracion á aquella tierra privilegiada. Monoel se sentia conmovido hasta humedecérsele los ojos con solo oir una cancion popular que habla de su clima apacible, y Byron no halla espresiones bastante vivas para pintar su paisaje. «¡O Dios, esclama Child Harold, qué espectáculo encantador el ver lo que el cielo ha hecho para aquel suelo delicioso! ¡Qué de frutos aromáticos maduran en cada árbol! ¡Qué fecundidad esparcida en sus colinas!» Fácil nos seria el multiplicar las citas; pero preferimos encomendar las descripciones de los grandes pintores de la naturaleza, los poetas privilegiados. Lo que la historia exige principalmente para la comprension de los hechos, es un examen jeográfico del terreno, un cuadro rápido pero exacto de las variaciones de toda especie que la política ha introducido en el pais.

Portugal está situado entre los 36° 58' y los 42° 7' de latitud. En longitud se estiende desde 8° 46' á 11° 51'. En su mayor estension, esto es desde Melgazo (en la provincia de Miño) hasta cerca de Faro, los jeógrafos mas recientes le dan 309 millas, teniendo de ancho 129, contando desde los alrededores de Campo Mayor hasta Cabo Roca.

Los cálculos aquí presentados no difieren de los adoptados por Adriano Balbi. Siguiendo, pues, á este jeógrafo, diremos que los confines políticos de Portugal están formados al norte y este por el reino de España, y particularmente por las provincias de Galicia, Valladolid, Zamora, Salamanca, Estremadura, y Sevilla. Sus confines naturales son, al oeste y sur, el océano Atlantico; al norte y este parte del curso de muchos ríos, como el Miño, el Duero, el Tajo y el Guadiana con sus confluentes, Macas y Agueda del Duero, el Elga y Sever del Tajo, y el Gévora y Caya del Guadiana. Adriano Balbi

PORTUGAL



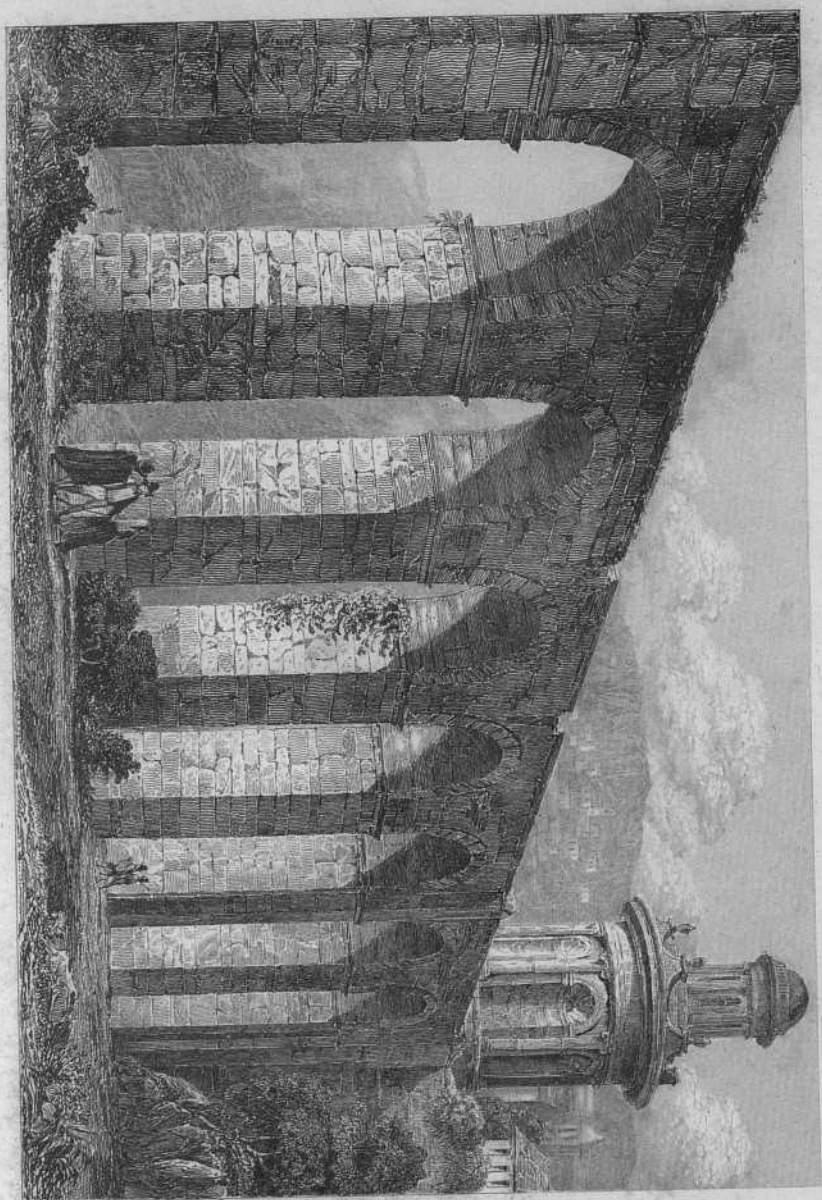
Lamastre delavit

Cathédrale de Coimbra.

Catedral de Coimbra.







Aqueduto romano de Évora.

Aqueducto romano en Evora.

dice tambien que «los demás confines son puramente de convencion, establecidos en diversas épocas por tratados hechos con España.»

MONTAÑAS DE PORTUGAL.

Antes de llenar este capítulo, quisiéramos poder presentar algunas consideraciones sobre la jeología del país; pero, fuerza es confesarlo, ningún trabajo especial se ha publicado hasta el día sobre esta materia, sin embargo de poseer Portugal actualmente muchos jeólogos aventajados, entre quienes es menester contar al baron de Eschwege, cuyos trabajos sobre el Brasil le han colocado en primera línea. Una Memoria de la Academia de ciencias de Lisboa podrá, en la presente escasez de documentos, suministrar nos algunas noticias preciosas; (1) y sabemos por otra parte que se están preparando trabajos importantes sobre dicha materia. Los montes de la rejion que nos ocupa son una continuacion de las Cordilleras del sistema hespérico que atraviesan la España. Segun Balbi y don José de Urcullu, los puntos culminantes en Portugal son en número de tres: la Foia que se levanta en el Algarve á 638 toesas de altura, y forma parte del grupo meridional: la *Serra de Estrella*, que tiene 1,077, y forma en la Beira el grupo central y en fin el Gaviara, que pertenece al grupo septentrional, en el Miño es el punto mas elevado: le dan 1,230 toesas de elevacion; pero este número no parece que sea de una exactitud absoluta.

ISLAS.

Las islas que presenta la costa de Portugal son de muy poca importancia: las mas notables se llaman Berlengas (en otro tiempo Londobris) que forman un grupo en frente de Peniche, en la Estremadura. Las Berlengas, situadas á los 39° 25' de latitud, son estériles, y se componen de una isla con un castillo, y de seis islotes. La pesca en sus alrededores es abundante y fructuosa. Igual-

mente es menester citar el grupo de Faro, frente á la ciudad del mismo nombre, en el país de Algarve. Los jeógrafos de la península pretenden que el importante archipiélago de los Azores, que presenta ochocientas millas cuadradas, forma parte tambien de las islas adyacentes á Portugal; pero es preciso no olvidar que dichas islas están situadas á ochocientas millas lejos de las costas, y que deben ser objeto de una descripcion particular.

LAGOS.

Portugal no encierra lagos propiamente dichos. Sin embargo, entre las curiosidades naturales del país, citanse ordinariamente los dos lagos situados en la cumbre mas elevada de la Sierra de Estrella. Mas de una tradicion maravillosa corre sobre estos sitios, cuyos fenómenos ha mencionado por estenso D. José Joaquin Lopez, el cual ha enriquecido con sus observaciones la nueva jeografía de la que mas de una vez nos hemos servido: los dos lagos están situados á corta distancia uno de otro, no lejos de la villa de Ca. El solo digno de nota es el designado con el nombre de *Lago-Grande*, y aun no tiene sino media milla de circunferencia. Hállase situado en la parte mas elevada del monte: su forma es oval, y las aguas están casi al nivel del terreno.

RIOS.

Ya en tiempo de Estrabon el número de rios que se contaban en la Lusitania le habian valido la denominacion de Tierra-Venturosa. Uno de los jeógrafos mas conocidos en Portugal, Casado Giradez, dice que hay trece rios, mas ó menos caudalosos, dignos de una descripcion particular; y Bautista de Castro da aun una nomenclatura mucho mas extensa. Nosotros seguiremos la primera, conservando el órden adoptado por el sabio mas arriba citado. En primer lugar nombraremos el Miño, cuyo rio nace no lejos de la ciudad de Lugo, en Galicia, va del norte al sur, luego del este al oeste, y desagua en el Océano entre Tuy y

(1) De *Vulcano sisipponensi et montis erminis*, t. I, p. 80.

la villa de Caminha. El Lima, que en otro tiempo tuvo el nombre mitológico de *Lethes* (Leteo), nace en las Asturias, atraviesa el Entre Duero y Miño, y desemboca en el mar en Viana. Castro ve su etimología en aquellas numerosas lagunas, designadas en lo antiguo con el nombre de *Limnas* y de *Limnum*; pero lo cierto es que en Portugal representa el papel tan poético de Liñou, célebre en las pastorales.

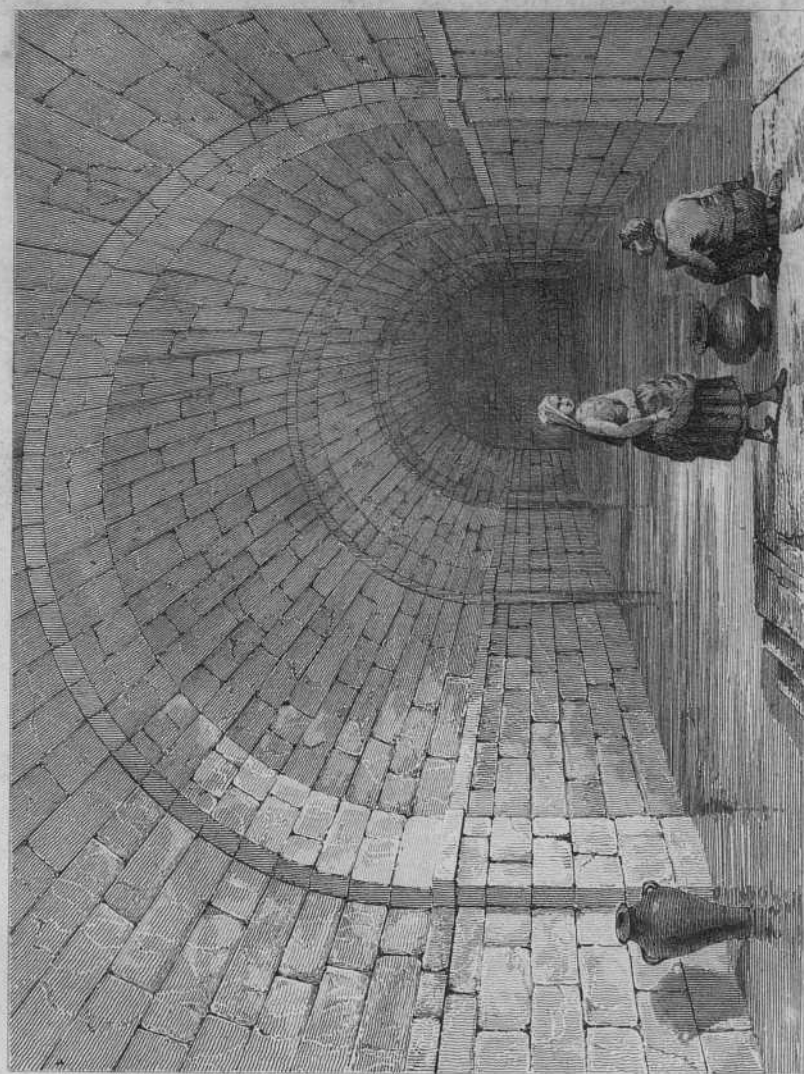
El Neiva es mucho menos conocido. Tiene su nacimiento en las cercanías de Barca, atraviesa la provincia de Miño del este al oeste, y va á perderse en el mar, no lejos de Viana. El Cavado sale de la Galicia, según Giraldez, y de las Asturias, á juicio de Castro; pasa por la provincia de Miño, cerca de Monte Alegre, y entra en el Océano, entre Fao y Esposende. La provincia de Miño da origen al Ave, el Avus de los antiguos, el cual corre del este al oeste en la Serra de Cabrera, separa el arzobispado de Braga del obispado de Oporto, y desagua en el mar, entre Villa de Conde y Azurara. El Duero es sin disputa uno de los ríos mas importantes del país. Sus manantiales están en España, en la provincia de Soria; y después de haber bañado Castilla la Vieja, y el antiguo reino de Leon, entra en Portugal. Allí separa Tras os Montes y el Miño del país de Beira pasa por San Juan de Pesqueira, Pero de Regoa, y llega á Oporto, entrando en el Océano al pie de esta hermosa ciudad. Balbi y Urcullu dan al Duero un curso de 130 leguas. Sus afluentes, en Portugal, son el Sabor el Tua, y el Taurega que le envían sus aguas por la orilla derecha, y el Agueda y el Coa que desembocan por la izquierda. Como el Tajo, el Duero tenía la reputacion de traer en su curso pepitas de oro. Argote de Molina afirma que en su tiempo habia hombres ocupados fructuosamente en buscar granitos de oro en el lugar en donde el Tua entra en el río. Ya hemos visto que el Taurega se unia con el Duero: dicho río nace en la Galicia, y riega el Entre Miño y Tras os Montes. El Bouga sale de las montañas de la Beira, en un sitio llamado

Nossa Senhosa da Lapa; atraviesa la provincia en donde nace, y después de un curso de veinte y dos leguas, se pierde en el mar, en Aveiro. El Mondego tiene un nombre dulce que los poetas han repetido á porfía; pero nada hay mas inconstante que su curso. Así como se escurre mansamente en verano, se muestra impetuoso en la estacion de las nieves. Nace en la cadena de la Estrella; baña el país de Beira; fertiliza las vastas llanuras de Coimbra, y desemboca en el mar, después de un curso de veinte y tres leguas, formando antes de perderse en el Océano, los puertos de Figueira y de Buarcos.

El Tajo es como el Ganges; goza de una reputacion mitológica de que los poetas y novelistas aprovechan cuando les conviene. Esta es sin duda la razon porque en una época de reaccion literaria, uno de nuestros viajeros de mas chiste tuvo la ocurrencia de hacer bajar al dios río de su trono de cañas; lo cual alborotó á la jente de la otra parte de los montes, por manera que uno de los miembros mas graves de la Academia de Lisboa, respondió al académico francés. No afirmaré yo que en la contienda no haya perdido el Tajo algunas hojas de su corona; mas bastante majestad y grandeza le resta todavia para ser uno de los ríos mas hermosos de Europa (1).

El Tajo, en portugués Tejo, nace, como todos saben, en los confines de Aragon; pero lo que jeneralmente se ignora, es que sale de un cerro elevado de la sierra de Albarracin, y que empieza formando un manantial conocido con el nombre de García, del cual se desprenden, en diferentes direcciones, cuatro ríos que llevan sus aguas á mares opuestos. Al principio se dirige al noroeste hasta Carascosa del Tajo; continua luego con direccion al oeste, hasta que entra en la provincia de Soria, en el punto en que esta confina con la de Guadalupe; inclínase desde allí al sudoeste, y siguiendo casi siempre la misma direccion, atraviesa esta última provincia, Castilla la Nueva,

(1) V. la memoria de Dantas Pereira en respuesta al Sr. coronel Bory de Saint-Vincent.



Sala de Baños Romanos en Cúcuta. Engraving by Sala de Baños Romanos en Cúcuta.



Toledo, la Estremadura española, parte de la Estremadura portuguesa, hasta que llega á su embocadura, habiendo hecho, segun los modernos jeógrafos un curso de 170 leguas. Nada diremos del crecido número de rios que el Tajo recibe en el territorio español: tales son el Jarama, el Guadarama, el Alberche, el Alagon, el Erjas, que baja de las vertientes meridionales y occidentales de la montaña de Gata, reúnese con el Tajo bajo el puente de Alcántara, formando desde la fortaleza de Salvatierra la frontera de España y de Portugal. El Zezere, tan bien cantado por Camoens, es el último confluente considerable que se confunde con el Tajo por su orilla derecha: dicho rio baja de los vertientes meridionales de Serra de Estrella, y en un curso de mas de 30 leguas del nordeste al sudeste, parece formar un valle, pudiéndose considerar el del Tajo como una prolongacion del primero hasta el mar. El curso navegable del Tajo fué mas considerable en otro tiempo que en la actualidad. Un historiador célebre, Bernardo de Brito, afirma haber visto barcos de mediana dimension remontar hasta Toledo. Hoy el rio cesa de llevar embarcaciones mas allá de Villa Velha, que está á unas 9 leguas de Abrantes, y aun los barcos llegan á aquel punto no sin dificultades. Varias veces han sido propuestas grandes mejoras para la canalizacion del rio; y la comunicacion del Tajo con el Sado fuera una de las que mas ventajas presentaria. La embocadura del Tajo, que tambien designan con el nombre de Barra de Lisboa, puede tener 2 leguas de ancho: está defendida por dos torres, la de San Julian y la de San Lorenzo, dividiéndolo los rompientes en dos canales propios para dar cabida á buques de toda dimension. El uno, el del norte, es conocido de los marineros con el nombre de *Canal de terra*; el otro se llama *Canal de Alcazora*, y disfruta del concepto de ofrecer mas seguridad: algunas personas le dan quinientas brazas de ancho, y nueve de profundidad (1).

(1) Véase para estas noticias jeográficas el *Pa-*

Hablando del Tajo, réstanos todavía dos rios por señalar, cuyos nombres hemos ya mencionado hablando del curso de aquel: el Sado, que nace en el Alem-Tejo, y desagua en el Océano despues de un curso de 24 leguas; y el Guadiana, que toma orijen en Castilla la Nueva, y el cual separa á Portugal de España, en la direccion del norte al sur, perdiéndose en el mar, despues de un curso de 150 leguas.

AGUAS MINERALES.

Los manantiales de aguas minerales son numerosos en Portugal, sobre las virtudes de algunas de las cuales se hallarán preciosas noticias en las Memorias de la Academia de las ciencias de Lisboa. Citarémos sin embargo los baños de Jerez, en la provincia de Aliño, los de Caldellas, á cosa de una legua de Guimaraes, y luego en el pais de Beira, San Pedro de Sul, y en fin Caldas de Reinha, cerca de Obidos, á 14 leguas al norte de Lisboa. Estas últimas son las mas célebres y mas frecuentadas del reino.

DIVISIONES ADMINISTRATIVAS DE PORTUGAL, CUALES HAN SIDO ADOPTADAS EN 1835.

El jeógrafo aventajado, D. José de Urculhe, cuya autoridad citamos con frecuencia en todo lo que dice relacion á esta parte de nuestro trabajo, es el primero en observar la poca estabilidad que en estos últimos tiempos ha reinado acerca de las divisiones administrativas de Portugal. Con efecto, en los años de 1820, 1822 y 1826, adoptáronse nuevas combinaciones, de modo que las noticias que poco ha nos habian suministrado los sabios Casado Giraldez y Balbi, no acertarian actualmente á ser una guia segura, bien que los jeógrafos las reproduzcan todavia sin esplicaciones. El 26 de junio de 1833, presentó sin embargo el ministro del interior un proyecto de division para todo el territorio, que vino sancionado por un

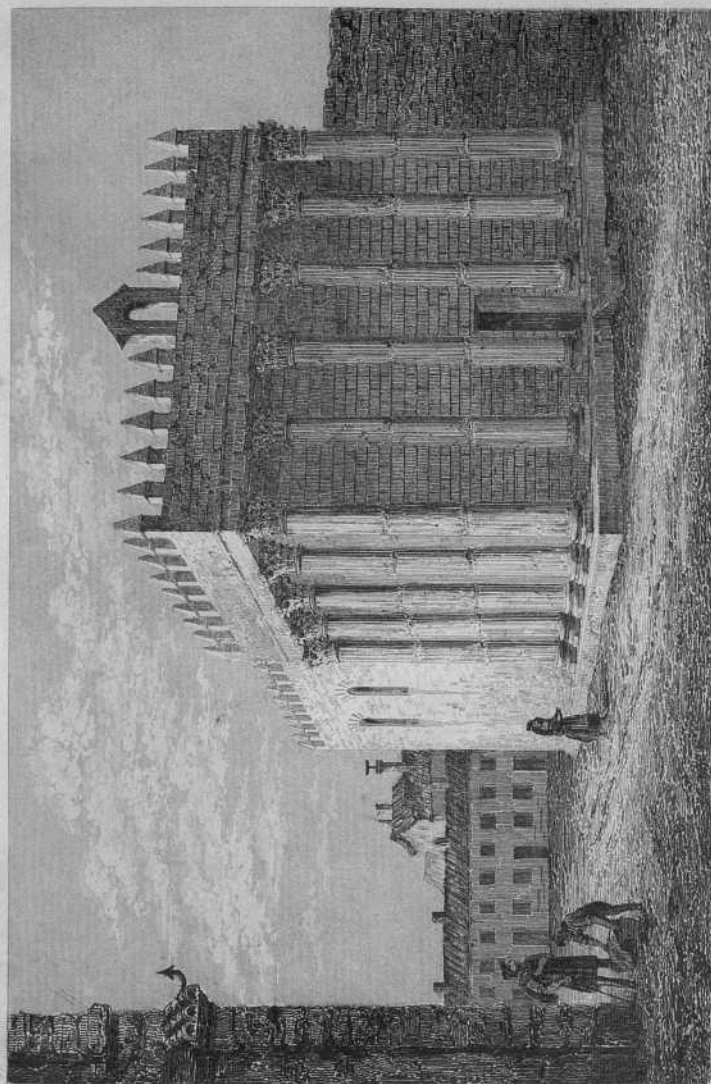
norama, t. III p. 161, cuyo artículo tiene suficiente estension para no dejar nada que desear sobre la materia.

decreto real, resolviendo que los reinos de Portugal y de los Algarbes estarían divididos en ocho provincias. Pero no fué esta la última determinación; y una nueva ley de julio de 1835, modificó aun aquella primera reforma, que anunciaban como definitiva. En virtud, pues, del último decreto, hallóse el país formando diez y siete distritos administrativos. En lugar de los títulos de prefectos y subprefectos que al principio se adoptáran en la jerarquía administrativa, resolvióse que

en adelante habría gobernadores civiles, ó magistrados administrativos. Los distritos se subdividen en concejos, y estos se componen de una ó mas parroquias (*freguezias*). Reproduciremos aquí el estado de las divisiones administrativas, por ser el trabajo mas reciente que nos ha sido dable procurarnos. Lo hemos copiado de la Jeografía de Urcullu, y tiene todo el carácter oficial que puede desearse. Han sido omitidos adrede los Azores.

Provincias.	Distritos.	Concejos.	Parroquias.	Vecinos.	Poblacion.
<i>Miño.. . . .</i>	Viana. . . .	29	278	39,103	152,000
	Braga. . . .	60	598	79,130	308,578
	Oporto. . . .	53	321	76,010	299,053
		142	1,197	194,243	759,631
<i>Tras os Montes.</i>	Villa Real.	35	274	40,954	161,430
	Braganza..	44	438	32,114	114,501
		79	712	73,068	275,931
<i>Beira Alta. . .</i>	Aveiro. . .	54	181	57,222	214,610
	Coimbra. .	72	218	58,864	227,080
	Lamego. .	95	312	58,783	233,866
	Guarda. . .	77	381	43,983	165,461
		298	1,092	218,852	841,017
<i>Beira Baja. . .</i>		27	142	24,063	91,444
<i>Castelo Branco.</i>					
<i>Estremadura. .</i>	Leiria. . .	33	120	29,602	117,144
	Santarem..	44	180	46,347	174,480
	Lisboa. . .	42	228	102,067	438,106
		119	528	178,016	729,730
<i>Alem Tejo. . .</i>	Portalegre.	41	104	23,009	82,410
	Evora. . . .	26	113	22,796	77,593
	Beja.	32	109	27,883	98,519
		99	326	73,688	258,522
<i>Reino de los Algarbes, Faro.</i>		16	64	29,562	105,406
TOTAL JENERAL...		17,780	4,061	791,492	3,061,684

PORTUGAL.

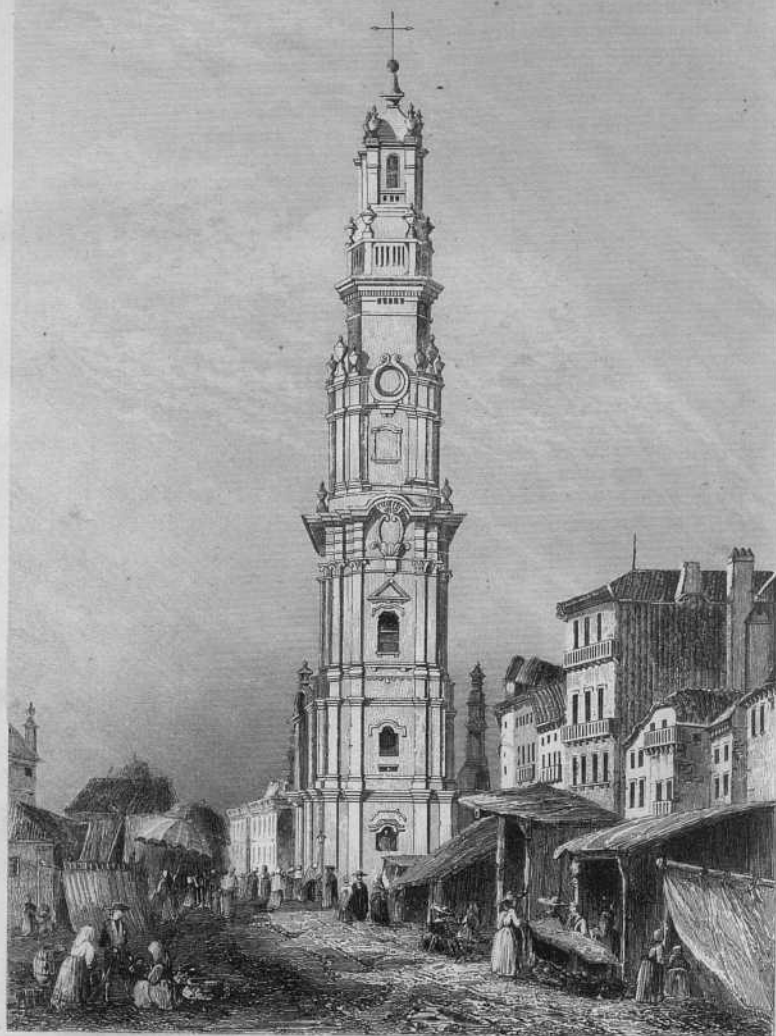


Engraving by J. B. B. B.

Temple de Diane à Évora.

Templo de Diana en Évora





Lemaire del.

Torre dos Clerigos (la Tour des Cleres) à Porto.

Torre dos Clerigos (la Torre de los Clerigos) en Porto



LISBOA.

Si en este libro se ha procurado restituir á la ciudad de la edad media su verdadero carácter; si se ha pensado que seria interesante para la historia el reedificar con el pensamiento una poblacion que cosa de un siglo hace sufrió trastornos tan inmensos y espantosos, no puede decirse otro de Lisboa tal como la han hecho los planes de Pombal, y como se presenta á los ojos del forastero. La capital de Portugal es actualmente una de las ciudades mas hermosas de Europa, como tambien una de las mas conocidas. Hablaremos, pues, brevemente de ella, y en cuanto á los que desearan ciertos pormenores, que de intento omitimos, podrán ver la infinidad de viajeros que han hecho su descripcion.

Merced á una inscripcion romana, hallada en la misma Lisboa en 1749, hoy sabemos de fijo que dicha ciudad tenia el nombre de Ulisipo, antes de adoptar el de *Felicitas Julia* con que era conocida en tiempo de Domiciano, cuando disfrutaba de los derechos de municipio romano. Ya hemos dado á conocer cuanto se modificó su antigua denominacion, de cuyo punto no volveremos á ocuparnos concretándonos á hacer presente á los arqueólogos de la escuela antigua, que quieren hallar en aquella denominacion una prueba de antigüedad antehoméica lo que tanta sensatez decia el docto Cristóbal Cellarius (1).

Lisboa, segun la estension que los últimos planes le han dado, es una ciudad de mas de dos leguas de largo, con una forma casi semicircular, y sin poder ya reclamar el título de ciudad de siete colinas, como así se denominaba en lo antiguo; puesto que en la actualidad cuenta ya ma-

yor número de eminencias en su recinto tan indeterminado (1).

Mil veces ha sido pintado el aspecto pintoresco de Lisboa, á cuyas descripciones nos abstendremos nosotros de añadir nada. Con todo, algunas palabras llenas de concision y embeleso, salidas de una pluma poética, nos darán mejor idea de aquella vistosa ciudad. Despues de haber descrito el magnifico panorama que ella presenta, el autor del escrito intitulado *Au bord du Tage*, (*A orillas del Tago*) se espresa así: « Las construcciones de Lisboa tienen una blancura que no es alterada sino muy raras veces por el humo. Los palacios, con sus paredes relucientes, reflejan, cual otros tantos espejos, el esplendor de su cielo hermoso; las azoteas, los miradores parecen suspendidos entre las copas de laureles, de bojés gigantescos, y de otros árboles frondosos: los parques están adornados de *pomars*, nombre que dan á los sitios poblados de naranjos y limoneros, árboles graciosos que amenudo disponen en espaldares. Algunos palacios están revestidos en parte esteriormente de tierra cocida blanca y azul.» Bien que conviene en que el gusto repruebe á veces los ornatos de aquellos azulejos, gustan sin embargo, dice el autor, por su novedad.

Dicha capital está dividida hoy dia en seis distritos, denominados del modo siguiente: *Alfamas Mouraria, Rocio Bairro-Alto, Santa-Catharina y Belem*.

El último jeógrafo, cuyos cálculos puedan ofrecer alguna seguridad, Urcullu, contiene algunas noticias, relativas á aquella gran ciudad, que vamos á reproducir. «Lisboa, dice, encierra 351 calles principales, 215 calles transversales, 56 malecones, 119 callejones sin salida, 12 plazas grandes y 48 inferiores. Cuéntanse en ella 34 fuentes y mas de dos mil faroles.»

El estado que acompaña á la ley de 8 de octubre de 1836 hace subir

(1) Entre aquellas colinas, la mas elevada es la designada con el nombre *O monte do Castello*, la cual tiene 347 pies franceses, segun cálculos de Franzini.

(1) *Nugæ sunt quæ de Ulysse conditore adjeruntur*. Véase sobre el particular los interesantes artículos del *Panorama*. El juicioso escritor que citamos observa, que han hecho derivar la denominacion arriba espresada, de las voces fenicias: *Alis-ubo*, que significan, una rada agradable á los ojos.

la poblacion de la espresada capital á 220 000 almas, repartidas en 46,520 familias. Pero despues de nuevas informaciones, mas dignas de confianza, y siguiendo las mismas bases, Urcullu dice que la poblacion total puede ser evaluada en 265,000 almas; bien que es menester decir que esos cálculos no son sino aproximativos, pues que no se fundan hasta 1840 en ningun empadronamiento oficial. No todos admiten el aumento de poblacion que señalamos desde 1821, época en la cual escribia Balbi. César Famin, escritor bien informado, cuyo erudito trabajo tenemos delante, admite como probable el número de 260.000 almas; pero dicho escritor observa con razon: « que parece resultar de los estados comparados de los principales objetos de consumo de Lisboa hechos en diferentes épocas, que su poblacion es cuando mas estacionaria. » La cual, segun la cuerda observacion del mismo autor, no ha podido aumentar despues de acontecimientos como la emancipacion del Brasil, la guerra civil, la emigracion que ha sido la consecuencia de ella, el cólera-morbo, la ruina de las fortunas antiguas, y otras muchas circunstancias que han debido tener causas idénticas.

En 1841, contábanse en Lisboa unos 22.000 extranjeros, á saber: 18.000 Españoles (1), 1.200 Franceses, 1.000 Ingleses y 1.800 individuos pertenecientes á varias naciones, como Brasileños, Alemanes, Italianos, etc.

(1) Nadie ignorará que esta poblacion española se compone casi enteramente de Gallegos. Nada mas arbitrario que lo que hasta hoy dia se ha dicho sobre su número real, pues que los cálculos varían de 60.000 á 40.000 Españoles. « Con todo resulta de un estado hecho últimamente con mucha atencion, que en solo Lisboa el número es de 18.000. » (César Famin.) Todos curantos han leído las descripciones que de esta capital se han hecho saben que los Gallegos son aguadores, factores y buhoneros gozando en otro tiempo de muy buen concepto por su severa probidad. « Pero la larga anarquía y la guerra civil que han afligido á España parecen haber influido por desgracia en las costumbres y carácter de aquellos montañeses. Lisboa, por las economías de estos, paga anualmente á la Galicia dos millones de francos.

Lisboa está situada poco mas ó menos bajo el mismo grado de latitud que Mesina y Villa-da-Praia da Victoria en la isla Tercera. (Por los 33° 43' de latitud, y los 90° 45' de longitud.) Asi pues, aquella poblacion crecida, y que sin duda se aumentará todavia, halla en la benignidad del clima y en la constancia de las estaciones una compensacion á algunos dias de calor verdaderamente tropical. La temperatura media de Lisboa esta graduada por Franzini en 16° 5 centigr. (casi 60° de Fahrenheit, ó 13° 5 de Reaumur.) El viento del norte domina en el estío, y muda con frecuencia al noroeste. Es tan templado por lo comun el invierno, que se señalan los años en que nieva, contándose en este número los de 1815, 1829, y 1836. Las estaciones tienen una duracion que no se conoce en los países del norte; y desde la segunda semana de febrero vense ya en jeneral brotar los albaricoqueros, los melocotones y cerezos.

La higiene pública ha hecho en Lisboa adelantos incontestables, bien que aun deje algo que desear. Ya citan una mejora sensible en el aseo de las calles, y en las precauciones que reclama la salubridad interior, mejora visible principalmente en ciertos barrios de la ciudad baja. El empedrado es malo, y segun los documentos que tenemos á la vista, las tentativas hechas por un Francés, cuatro años ha, para introducir en aquella capital el uso del asfalto, han quedado sin efecto. El gasto total para el alumbrado, empedrado y limpieza de las calles es, á juicio de Mr. Famin, de 750.000 francos anuales.

Los recursos que presentan los alimentos en Lisboa son á veces muy limitados, mayormente en lo que mira al pueblo. Sin embargo, el mar provee en abundancia de pescado sabroso, y especialmente de sardinas, de las que las clases inferiores hacen su principal alimento.

En la capital de Portugal se consume mucho bacalao; la cantidad que anualmente entra en Lisboa es de 80 á 90,000 quintales, importando unos dos millones de francos.

Bien que el vino forma el mas rico y mas fecundo ramo de la industria portuguesa, es sin embargo bastante caro; lo que depende de la falta de comunicaciones, del precio elevado de las manos, y del estado imperfecto de la agricultura. El vino ordinario de Lisboa se vende á unos dos reales la botella, y el de Oporto y de las Azores cuesta de 4 á 12 reales. Así es que el habitante de Paris bebe en un año 56 azumbres de vino poco mas ó menos, al paso que el de Lisboa apenas bebe 22. Agreguemos á eso, continua el escritor que nos da estos por menores, que el uso del te es muy jeneral en Lisboa, hasta entre las clases pobres; por manera que muchos criados, antes de entrar en una casa, estipulan que se les dará té á lo menos una vez al día.

NAVEGACION Y COMERCIO DEL PUERTO DE LISBOA EN 1839.

En el puerto de Lisboa hay siempre fondeados unos 100 buques de comercio, de los cuales se cuentan 30 portugueses, 30 ingleses, y 40 de distintas naciones. La navegacion de dicho puerto en el año de 18 dió por resultado la entrada de 182 buques, formando juntos 160.545 toneladas. Entre ellos habia 320 embarcaciones inglesas, representando 35. 270 toneladas; 273 portugueses que presentaban 32.057, y solos 17 franceses, que daban 1.814.

El comercio marítimo, durante el mismo año, presentó los resultados siguientes:

Importaciones.....	fr. 59,062.503
Exportaciones.....	fr. 12,767.683

Total del movimiento jeneral....	fr. 17,830.186
----------------------------------	----------------

Las importaciones escedieron á las exportaciones de 46,294.820 francos, proporcion habitual, que viene á ser como 100: 12.

MODAS Y TRAJES.

Las clases acomodadas siguen las modas francesas, y se visten con estofas inglesas. Entre el pueblo, las

mujeres tienen un modo de vestir uniforme y sencillo.

Todas traen la capa y el lenzo. Una señora que hizo un viaje á Portugal, dotada de un verdadero talento de observacion, pondera la gracia de aquel manto oscuro que llevaron en otro tiempo las mujeres de la clase elevada, y que tiene la ventaja de ofrecer todavia una especie de traje nacional. « Cuando uno está acostumbrado á su color oscuro, dice aquella escritora, se encuentra que la capa portuguesa, cuyos anchos pliegues caen con nobleza, tiene gracia y dignidad.

« Toda persona que trae la capa, trae tambien el lenzo; pues esto no va sin aquello. El lenzo, es un pañuelo de lino blanco muy claro y muy engomado con que las Portuguesas saben hacerse un tocado graciosísimo. Figúrese cualquiera una cabellera larga y espesa, comunmente de un negro lustroso como el azabache, á veces de un color mas claro, pero siempre peinada con esmero, y arrollada artísticamente en la cabeza: encima de la cabellera un peine alto como una diadema, y sobre esta especie de corona una toca de muselina delgada y de delicadísima blancura colocada lijeramente como sino tocase la cabeza; sin ocultar á la vista un solo rizo de cabellos, y poniendo sin embargo la frente y los cabellos al abrigo del sol como las alas de un sombrero; pero con mucha mas lijereza, mas donaire y coquetería; las dos puntas del pañuelo están unidas bajo el rostro con un alfiler de oro. Con semejante tocado casi todas las mujeres son bonitas (1).

Segun la misma escritora ya citada las Portuguesas ponen un esmero particular en el calzado; de modo que el número de zapateros para mujeres se ha aumentado sobremanera en Lisboa de algunos años acá. Solo añadiremos una palabra hablando de trajes, y es que las figuras reproducidas por Kinsey darán sobre las modas de Lisboa y de la provincia una idea mas clara de ellas,

(1) *Silhouettes portugaises* publicadas en la *Revue* en 1843.

sin exceptuar lo que mira á las antiguas órdenes religiosas.

OJEADA JENERAL SOBRE LAS PROVINCIAS DE PORTUGAL. — RAPIDA DESCRIPCION DE LAS PRINCIPALES CIUDADES.

Si tuviésemos que seguir el orden del estado administrativo, seria menester empezar esta relacion jeneral por la provincia de Miño; pero haremos como el autor que nos sirve de guia, adoptando el orden admitido por el uso, y daremos principio con Estremadura, cuya capital es Lisboa. Esta provincia se halla separada de la Beira por dos rios, el Mondego y el Zézere, y es la mas occidental de cuantas se compone el reino. En ella no se sufren ni los calores excesivos de Alem-Tejo, ni los frios rigorosos que á veces se dejan sentir en el país de Beira. Nada diremos aquí del Tajo que fertiliza dicha provincia; solo indicaremos que el Zézere es navegable en un espacio de diez ó doce leguas hasta su embocadura, que es delante de Setubal. La Estremadura es una de las provincias mas feraces de Portugal; cójese en ella trigo, maíz, cebada, aceite, cera y miel, afamado por su pureza: los vinos son muy buenos, entre los cuales se distinguen el *Bucelas* y el *Carcavelos*. Este último, de que se hace poco uso en Francia, conserva una celebridad local que lo pone al igual de los mas estimados. Casado Giraldes dice, que es tal la abundancia y variedad de pescados que hay en aquellos parajes, que en los mercados de Lisboa se han contado hasta cien especies diferentes.

Entre las principales ciudades de la provincia, mencionaremos Torres-Vedras, que encierra unos 7,000 habitantes, y que ha adquirido entre nosotros funesta celebridad: Obidos en donde existen todavía restos de un acueducto: Caldas de Rainha, cuyos baños sulfúreos justamente preconizados, llaman en su seno numerosa concurrencia: Leiria que se vanagloria de haber sido en otro tiempo residencia del rey labrador, y que enseña con orgullo las ruinas

del antiguo palacio en donde Diniz echaba los cimientos de una prosperidad casi fabulosa. Leiria, en medio de su fértil valle, no lejos de un rio pequeño que llaman el Lis, es efectivamente un obispado de poca consideracion, puesto que la poblacion no cuenta sino 2300 habitantes; pero los recuerdos del rey labrador animan y embellecer todavia aquellos bosques frondosos de pinos que él plantó para las generaciones venideras. Marinha-Grande, que está á tres millas, de aquellos bosques, saca de ellos la leña necesaria para su fábrica de vidrio. Batalha es una villa que no tiene mil cien habitantes; pero su monasterio, del cual haremos mas tarde la descripcion, le da una celebridad casi europea. Pombal, poblada tres veces mas, posee tambien recuerdos recientes que la hacen no menos famosa. Alcobaza no merece la atencion sino por la antigua abadía, pues el número de habitantes no pasa de 1.353; pero siempre será un punto de pelerinaje para los que emprendan el viaje artistico de la península. Pederueira con sus pescas: Mur-Martinho que viera en tiempos pasados navios de gran tamaño contruidos en su puerto, hoy cegado: Vimeiro, célebre por una batalla que tuvo por efecto el convenio de Cuitra: Thomar, antigua residencia de los templarios, y cuya iglesia curiosa dicen que encierra cuadros aun mas antiguos que los de la escuela de Siena: Ourem y Posto de ellos tienen tambien sus recuerdos. Sin embargo ninguna de estas villas puede compararse con Santarem, antigua ciudad de 7,862 almas, situada á la orilla derecha del Tajo, y cuya poética leyenda se hallará en el *Ajioloje portugais* Santarem es la antigua *Scalabis*, y todavia conserva curiosos vestijios de la arquitectura morisca de la edad media: su comercio con Lisboa es muy activo. Golegao Torres-Navas, Almeirine, antigua mansion de los reyes de Portugal, que una equivocacion de fecha hace fundar por Juan 1.^o cuando don Fernando tenia ya en ella su corte. Salvaterra de Magos y Azambuja po-

drian ser mencionadas entre las poblaciones mas considerables, si no hubiese Setubal, que cuenta 15,200 almas. Setubal, no tiene el título de ciudad; es simplemente una villa, á la márgen derecha del Sado, con un puerto de difícil entrada. Sus salinas y frutos multiplican sus relaciones mercantiles, siendo la poblacion marítima mas activa despues de Lisboa y Oporto. Zezimbra con sus 4,300 habitantes, y su antigua fortaleza: Almada (1) mas poblado, y situado frente por frente de Lisboa, Azeitao ó Villa Nogueira; Palmella que tiene una vista magnífica; Aldea Galega, poblacion de marinos, situada á tres leguas de Lisboa; Moita, Alcazardo sol, famosa por sus salinas, y enfin Grandola, (2) villa de dos mil habitantes deben cerrar la lista.

PROVINCIA DEL ALEM-TEJO.

Dicha provincia está separada de la de Beira y de Estremadura portuguesa por el Tejo; y el Sever, el Caia y el Guadiana forman sus límites con la Estremadura española y la Andalucía. Urcullu se señala cuarenta leguas de largo, y treinta y ocho á treinta y nueve en su mayor anchura.

El Alem-Tejo es llamado comunmente el granero de Portugal. La única cordillera de montes que tiene es, por decirlo así, la Arabida, siendo casi llano el resto del pais. El trigo crece en abundancia, y el jeógrafo que acabamos de citar dice, que los esquisitos vinos que produce, y que tienen conservados en vasijas barnizadas, no pueden soportar el transito por mar. Las lanas del Alem-Tejo están en la línea de las mejores que de la Europa; y la industria de sus habitantes procura al

resto de Portugal loza que se tiene en mucha estima.

Evora, capital del Alem-Tejo, es la residencia de un arzobispo, y de un gobernador civil y militar: tambien los reyes han residido en ella en varias épocas. Situada en medio de una llanura fértil en granos, dicha ciudad disfruta de la abundancia: Su poblacion, que en 1822 era segun Balbi de 9,052 habitantes, ha experimentado un ligero aumento, pues Urcullu encuentra que tiene 9,300. La feria que se celebra en San Juan, da momentaneamente á Evora el aspecto de una ciudad de comercio. Pero quizá ningun sitio de Portugal posee monumentos mas dignos de interes que ella; como lo prueba desde el siglo décimosesto el anticuario por escelerencia, Andres de Resende, portugues; y Fonseca, publicando su *Evora ilustrada*, indica cuantos hombres eminentes por todos estilos han salido de la espresada ciudad para honrar el pais.

Estremoz, villa célebre por sus ricas canteras de mármol, y por sus *alcarazas*, que los reyes en otro tiempo no tenían á menos el que figurasen en sus mesas entre la vajilla de plata (1), Estremoz de la cual con tanta frecuencia se habla en las crónicas de la edad media, es actualmente una corta poblacion de 6,377 almas, cuyo comercio consiste en la fabrica de loza que envia á varios puntos de la Península. Monte-Moso-Novo, Redondo, Viana de Alem-Tejo son centros de poblacion de 2700 á 1300 almas. Beja, ciudad episcopal, posee tambien un palacio construido por el rey Diniz, y las murallas casi circulares, muestran todavia con orgullo sus cuarenta torres. Un museo de antigüedades, formado por un prelado de suma erudicion, indicaba todos los restos preciosos que su suelo puede suministrar al arqueólogo; pero se supone que aquella coleccion ha sido trasladada á Evora. Beja, hoy dia, tiene 5284 habitantes, y su territorio abas-

(1) Hay construido un hospital para los marinos ingleses.

(2) No hemos enumerado en este lugar los centros de poblacion denominados especialmente *alrededores de Lisboa*, en cuyo número entran Cintra, que está á 15 millas, Belem, que desde el reinado de José forma parte de la capital, Oeiras, Carcavellos, Cascaes, Colares, Mafra, Queluz, Belas, Bemfica, Lumiar Loures y sacarem. Mencionaremos algunas de ellas al hablar de los monumentos.

(1) Notáronlo así los embajadores venecianos, en el siglo décimosesto, en la mesa de D. Sebastian.

tece abundancia á la poblacion de todo lo necesario. Apuntaremos luego Moura al este del Guadiana, que encierra 3680 habitantes: Serpa que hace un comercio estendido con España: Alcontim, Vidigueira que ha hecho famosa el gran nombre de Gama, y en fin Cuba, villa de 2,410 almas.

Ourique tiene un nombre célebre en los fastos de Portugal, pero no encierra sino 2,400 vecinos. Esta situada en una eminencia que domina la llanura, en donde el hijo del conde soberano supo conquistar un reino. Almodóvar y Castro-Verde, tienen una poblacion poco mas ó menos igual: Sines, patria de Gama, no cuenta sino 1,650 habitantes. Nada diremos de Villa-Nava de mil Eontes, de Santiago de Cazen, de Mesejana y de Odemira: consagramos sin embargo algunas líneas á la antigua residencia de los duques de Braganza.

Villa-Vizosa no tiene sino el título de Villa. Sus calles son anchas, rectas y limpias. En el centro, dice Urcullu, se ve una plaza de forma regular, de la cual el palacio de los duques de Braganza ocupa dos lados. La poblacion está defendida, en la direccion del este, por un castillo antiguo cercado de nuevos, con cinco puertas y un foso profundo. A ocho millas de distancia se encuentra la *Tapada*, parque cerrado que tiene diez millas de circunferencia, y en el cual hay un palacio y abundante caza. Villa-Vizosa es la capital de la noble orden de Nuestra Señora de la Concepcion, instituida por Juan VI, en el año 1818, cuando todavía estaba en el Brasil. Borba, Alter de Choo, Arceyoloo, Portel, que igualmente posee un palacio, habitado antes por los duques de Braganza, Suzel y Monforte, no merecen sino una rápida ojeada.

Elvas es una ciudad episcopal, cuyo vecindario pasa de 11,300 almas. Las hermosas obras de fortificacion que en ella se han hecho, dirigidas por el conde de Lippe, le han dado un gran renombre en toda la Península. Encierra muchos edificios y especialmente un acueducto, del que

damos una vista exacta, y que tiene tres millas de largo. Construida en la frontera de España, Elvas es la plaza militar mas fuerte de todo el reino. Hace un tráfico de consideracion con Badajoz.

Campo-Mayor, que encierra 4,618 vecinos y que se halla á tres horas y media del camino militar de la ciudad española, y Murao en donde se observa el castillo, están separadas por corta distancia.

Solo para memoria haremos mencion en la presente nomenclatura de Terena, de Uguela, poblacioncita asentada en una montaña, y de Barbacena que tiene 814 habitantes.

Portalegre, residencia de un obispo, cuenta, unos 5.000 vecinos. Vese en ella, lo que con harto poca frecuencia sucede en Portugal, una fábrica de paños, que emplea 50 teláres. Arronches esta en la confluyencia del Alegrete y del Caya. Castello de Vide solo tiene el título de villa, y sin embargo contiene casi igual número de vecinos que Portalegre. En Castello de Vide se matan anualmente de 6 á 7.000 cerdos, que abastecen los mercados. Algunos arqueólogos han querido ver en Marvao el *Herminius minor* de los antiguos; lo cierto es que allí se encuentra gran cantidad de medallas y de inscripciones. Niza, con sus 2.160 habitantes, y Montalvao, que parece estar ufana de su vistoso parque se levantan no lejos de las fronteras de España. Crato tuvo renombre en otro tiempo por haber sido la residencia del gran prior de Malta: es una poblacion de 1.200 almas. Sestao, que reclama una alta antigüedad, tiene escasamente 2.736: los anticuarios de la provincia pretenden que su fortaleza ha sido elevada por Sestorio. Aviz, sin embargo de tener uno de aquellos nombres célebres, que dan idea de una ciudad populosa, porque han gozado de mucha fama durante toda la edad media, es una villa situada en el rio Aviz, que apenas cuenta 1.500 habitantes. La orden militar que empezó á residir en ella en 1211, separóse de la de Alcántara en 1381 (1). Las fortificacio-

(1) Y no en 1481 como dice Barbosa. Bautista

nes que se ven, recuerdan su origen guerrero; pero la villa está muy lejos de poseer las cuarenta encomiendas, cuyas rentas mantenian el esplendor de la órden.

Benavente, Corruche, Cabezo de Vide son poblaciones cortas, como tambien Jeromenha que solo encierra 430 habitantes, pero cuyas fortificaciones son enteramente modernas. Evora Monte, en donde firmóse en 1834 el tratado que pacificó á Portugal, pertenece tambien á la provincia de Alem Tejo.

PROVINCIA DE BEIRA.

No mentarémos en este lugar las etimologías poco mas ó menos aventuradas de Castro, á propósito de nombre de esta provincia, ni certificáremos que en tiempos pasados haya sido la morada de los Berones; pero seguiremos la mejor autoridad afirmando que es la provincia mas grande de las seis del reino. Tiene 15 leguas en su mayor longitud, y 46 de ancho; está situada, por decirlo así, en el centro del reino, y los antiguos jeógrafos en su demarcacion le daban una forma casi cuadrada. Desde que el Brasil proclamó su independencia, el principe hereditario de Portugal toma el titulo de *Príncipe de Beira*.

La capital de dicha provincia es Coimbra, la cual á los ojos de los estranjeros posee mayor número de tradiciones poéticas que las demas ciudades de Portugal. Basta abrir el *Viaje de Kiuey*, ó mejor la obra interesante de Landmanu, para formarse una idea de la posicion hermosa y pintoresca de Coimbra. La Atenas de Portugal, que así puede llamarsele, se levanta á manera de anfiteatro sobre una eminencia que domina el Mondego: hoy cuenta

13.400 habitantes, y hace algunos años que Balbi le daba 15.000; cuya diferencia puede explicarse por la perturbacion que han sufrido los estudios. Sabido es que la universidad fundada por Diniz fué trasladada á Coimbra en 1308, esperimentando muchas vicisitudes cuya relacion puede leerse en una erudita memoria de la Academia de historia. Traslada nuevamente á Lisboa, y al fin establecida de fijo en Coimbra, ocupó un vasto edificio, denominado *Pazos reaes das escolas*. Pombal dió á conocer allí, como en todas partes, el impulso enérgico de su voluntad: el sistema de estudios fué modificado; hiciéronse construcciones indispensables; edificóse un observatorio (1); las bibliotecas se multiplicaron; varias colecciones de objetos de historia natural pudieron servir para las demostraciones de sabios profesores: en una palabra, la universidad reorganizada, al paso que conservó su preeminencia reconocida en algunos puntos, hizo laudables esfuerzos para iniciar á sus numeros discípulos en las nuevas exigencias de la ciencia. Pero nadie puede desconocer lo funestos que los disturbios políticos han sido á aquel movimiento intelectual, que uno se complacia en mencionar al hablar de la ciudad de Coimbra (2). Eso es cuestion de números; y para adquirir la certitud de los hechos que asentamos, basta echar una ojeada á las últimas estadísticas portuguesas.

Despues de haber hablado de Coimbra, designarémos á nuestros lectores nombres mucho menos conocidos, citando á Miranda de Corvo, que tiene 3.344 vecinos: Buarco que posee una mina de carbon de piedra: Figueira, cuyos vinos

de Castro, que señala aquella fecha, denota el año de 1213 como la época en que empezó la separacion, siendo en esto del dictamen de Urcullu pues que añade que una bula de Eujenio IV ratificó la separacion. Castro contiene una corta biografía de los gran maestros. V. t. II, p. 20. Las insignias de estos elevados personajes consistian en la espada y la bandera: en esta última habia en una cara una efígie de la Virgen, y en la otra la cruz de Aviz, de sinople, sostenida por dos águilas.

(1) Véase la descripcion de dicho edificio en el *Panorama*.

(2) En 1830, la biblioteca de la universidad encerraba 35.000 tomos; la del colejo de Sam-Benito 16.000; la del convento de Santa Cruz 41.000; 14.000 el de Santa Rita, y en fin 34.000 el de Gracia. Desgraciadamente esos depósitos cuantiosos de libros han sido estraidos de la ciudad. Don José Urcullu dice que eso se ha verificado desde la abolicion de los conventos.

son muy reputados: Luzao, en donde hay fábricas de papel: Anciao, Pencla (1), Monte Moro-Velho, Tentugal, célebre por un manantial que echa fuera de sí todos los objetos que se depositan en el fondo, Arganil, y Goes, cuyo nombre recuerda un historiador aventajado del siglo décimosesto. Esta última poblacion tiene 3.150 vecinos, que Miñano, no se sabe el porqué, reduce á 914.

Aveiro, durante los siglos décimoquinto y décimosesto, gozó de alta reputacion; hasta dicen que sus habitantes pudieron armar sesenta navas para la pesca de Tierra Nueva: por desgracia el amontonamiento de arenas cerró su puerto magnifico, y ha ido decayendo la prosperidad de aquella poblacion, al paso que el pais dejaba de ser salobre, y que disminuia el número de habitantes. Despues de inmensos trabajos, en 1808 despejóse y limpióse el puerto, con lo cual el pais se volvió mas sano; pero no por eso se aumentó la poblacion, como lo esperaban: contándose actualmente en ella un poco mas de 4.000 almas. Aveiro, situada en una especie de península, teniendo al norte vastos pantanos que se estienden hasta nueve leguas paralelas al mar, Aveiro, antiguo puerto de la edad media, ha sido comparada algunas veces á Venecia, y el pais que la rodea se ha visto denominado la Holanda portuguesa. El jeógrafo que nos da estos pormenores dice que hay seis establecimientos especiales destinados á la pesca de la sardina. Los alrededores son feraces á lo sumo, y producen vinos jenerosos reservados la mayor parte para la América.

No se puede citar á Ilhavo sin hablar de un establecimiento de suma utilidad pública, cual es la fábrica real de vidrios y porcelana de *Vista-Alegre* (2). Dicho establecimiento,

fundado de poco tiempo á esta parte, empleaba no ha mucho ciento veinte y seis personas de ambos sexos: los aprendices, destinados á dar buenos oficiales á la fábrica, siguen un curso basado sobre el sistema de enseñanza mutua, en la cual la música dicen que ocupa una buena parte. La direccion de las dos fábricas está confiada al Sr. Augusto Ferreira Pinto Basto, y su hermano dirige los trabajos de los operarios. La labor del vidrio ha alcanzado en aquella fábrica un grado tal de perfeccion, que, segun aseguran, sus productos no pueden distinguirse de los de Francia é Inglaterra. La villa de Ilhavo cuenta 6.310 vecinos.

Feira tiene 1.800: Ovar, que no consta sino de una calle de media hora de largo, encierra 10.000. Viseu, ciudad episcopal, construida en una altura, es una de las mas antiguas de Portugal. Las dos torres de la catedral son de construccion antiquissima. Dicha ciudad, segun los nuevos cálculos, no contiene mas de 5.140 almas. Todos los años, en el mes de setiembre, se celebra en ella una feria, que pasa por la mas rica del reino, la cual consiste principalmente en alhajas, y joyas de toda especie, en paños y ganado.

Lamego es una ciudad episcopal, edificada á orillas del rio pequeño Balsamao, y es de suponer que ya en 1144 ofrecia cierta importancia, puesto que Alfonso Henriquez convocó en ella aquellas córtes, objeto de tan animadas altercaciones. En la actualidad su vecindario se eleva á 9.230 habitantes. Taronca cuenta 1.690 Azouca, que está á dos leguas, tiene 2.515, ufana en otros tiempos de poseer un célebre convento de mujeres, el cual por sus riquezas ejercia un grande influjo en el pais. Mondim, á pesar de lo reducido de su vecindario, coje seda. San-Martino dos-Mouros se levanta á la márjen izquierda del Duero, como tambien Taboazo. Mesanfrio y Aruelas, á dos leguas de Oporto, encerraban antes los vastos depósitos de vinos de la compañía del Duero.

Pinchal, ciudad episcopal, hace algunos años que solo contaba 1.988

(1) Esta villa de corto vecindario es una prueba de las rápidas mudanzas de ciertas poblaciones ó tal vez de las faltas que pueden introducirse en los cálculos mas acertados. Balbi le da 3.457 habitantes, Miñano 2.708, y Urculla, guiándose por los datos del gobierno, 712.

(2) El *Tratado elemental* de una estampa que reproduce el aspecto de la fábrica V. t. II p. 90,

habitantes. Almeida es una plaza fuerte, situada en una llanura tan elevada, que desde su castillo se descubren los límites de doce obispados. Francozo es reputada por sus antiguas murallas, que tienen una forma casi circular, y 12.000 pasos de circunferencia: su vecindario no escede de mucho de 1.200 almas. San Juan de Pesqueira es un tanto mas poblado, y Castelo Rodrigo, bien que sea plaza de armas, no cuenta sino 160 habitantes.

Guarda se eleva en la falda de la Sierra de Estrella, cerca el nacimiento del Mondego, y posee una poblacion de 2.894 almas. Covilham, que en lo antiguo formó parte del infantazgo del célebre don Enrique, es actualmente una poblacion manufacturera, en donde se fabrican paños, y cuenta unas 7.000. Manteigas, escondida entre las asperezas de la Estrella, tiene igual número. Gouven tambien está situada en la montaña. Cea y Fundao cojen frutos de mucha nombradía.

La pequeña aldea de Linhares, con su castillo, tienen tambien asiento en una de las alturas mas elevadas de la cordillera tan pintoresca de la Estrella. Castello Branco, que tiene un castillo demolido, es una ciudad episcopal de unos 7.000 vecinos: su catedral posee la particularidad de estar fuera de los muros. Mencionaremos aun Alpedrina, desde donde los ojos descubren toda la baja Beira, Sabugal. Mousanto, San Vicente de Beira, Sortela, terminando este capítulo con Busaco, cuyo nombre recordará una victoria disputada, á quien conozca la historia de la invasion francesa.

PROVINCIA DE ENTRE-DUERO-Y-MIÑO.

Una simple ojeada al mapa de Portugal bastará para dar á conocer el origen de esta denominacion. La rica provincia que acabamos de nombrar está situada entre los dos rios de que se forma su nombre (1). Es

(1) El Miño la separa al norte de la Galicia; al sur el Duero la separa de la Beira; la sierra de Cabreira, el rio Tamega y la Sierra de Ma-

la mas pequeña del reino, pero tambien la mas poblada, debiendo su estado de prosperidad á su posicion jeográfica. Defendida hácia el este de las influencias de un clima ardiente, témplala en las otras direcciones los vientos que soplan del mar. Casado Giraldez dice que existen en ella 26.000 manantiales ó fuentes; y el último jeógrafo, cuyo testimonio seguimos, disminuye de muy poco ese cálculo, pues que le reconoce 25.000. Es, pues, á su clima templado y á la abundancia de aguas que el Entre-Duero-y-Miño debe su crecida poblacion. Balbi ha hecho la observacion de que, si todo Portugal fuese poblado como aquella provincia, este reino contendría 9.681.525 habitantes. Bory de Saint-Vincent hizo mas tarde una observacion análoga; y enfin Urcullu, sometiendo la opinion del jeógrafo veneciano á nuevos cálculos, confirma lo que este ha dicho, y aun eleva el número por él adoptado á 9.970.550 almas (1).

Oporto, capital del Entre-Duero-y-Miño, es sin disputa la segunda ciudad del reino; pero no por eso reclama, como ciertas ciudades de Portugal, una antigüedad remota. Es una ciudad cristiana, edificada por los Suevos, á la cual desde el siglo quinto se la ve figurar entre los obispados de la Península. Tiene asiento á la orilla derecha del Duero á una legua corta de su embocadura, elevándose á manera de anfiteatro sobre dos colinas, que toman los nombres de Fe y de Victoria. Los valles que entre estas dos colinas se estienden están poblados por las casas que forman hasta muy lejos arrabales dilatados. A la márjen opuesta del rio se halla *Villa Nova da Gaija*, que posee varias tradiciones curiosas.

El Duero forman con el Trás-os-Montes sus límites al este; y al oeste la baña el Océano. V. el *Tratado completo de Cosmografía* de Casado Giraldez t. I, p. 80.

(1) Sin adoptar precisamente semejantes conclusiones, no queda duda, segun una memoria digna de atencion de Sylveira, antiguo ministro de Estado, que Portugal podría alimentar ocho millones de habitantes. Véase el *Panorama*, t. VIII, p. 413.

El autor que nos suministra en parte esos datos, dice que la ciudad de Oporto es muy diferente de lo que era en 1789, cuando el eclesiástico Rebello da Costa, dió de ella una descripción completa (1). Ya no se ven hoy día sino algunos restos de sus antiguas murallas, que podían tener 30.000 pasos de circunferencia y unos treinta pies de alto. Estos vestigios de fortificaciones no son actualmente de ninguna utilidad para la defensa de la población, puesto que van comprendidas en el interior de las nuevas construcciones.

La ciudad se divide en siete parroquias, una de las cuales, según tradición, remonta al siglo sexto; y sería la de San Martinho de Cedófeita, que suponen haber sido construida, en 559, por Teodomiro, rey de los Suevos; pero la sana crítica rechaza esas pretensiones. Lo que generalmente se ignora es que en todos tiempos se ha conservado en aquella pequeña iglesia el rito mozárabe. La reedificación de la catedral se atribuye al conde don Enrique. Oporto encerraba, no ha muchos años, catorce conventos, de los cuales el mas antiguo remontaba á la primera mitad del siglo décimotercio: había entre ellos cinco de mujeres. Algunos de estos edificios han sido utilizados ahora ya para hospitales, ya para bibliotecas ó museos. El de Gracia es un asilo de huérfanos: el de Capuchinos sirve para los espósitos, cuyo número pasa anualmente de 2.000. Justo es decir en esta ocasion, que pocas poblaciones hay en la Península donde los edificios de beneficencia pública sean tan crecidos. El hospital real que están edificando será el mejor establecimiento que en este jénero se conozca en todo el reino.

El último sitio fué fatal á muchos edificios, algunos de los cuales aun conservaban, hace poco, vestigios de él. Los mas notables, incluidas algunas iglesias, son la iglesia de los Clérigos con su elevada torre; la *Casa da Belazao*; las casas consistoria-

les; el teatro, celebrado por su buen gusto; el gran cuartel de San Ovidio, en que caben 3.000 hombres; el palacio episcopal, que se distingue por su aspecto grandioso; y en fin Nuestra Señora de Lapa, en donde se conserva el corazón del emperador don Pedro. Dirémos aun que hay actualmente en Oporto una escuela politécnica, una academia de medicina y cirugía, y otra de bellas artes.

En 1789 el número de casas de Oporto se valuaba en 10.000; pero es menester observar que dicho número se ha aumentado considerablemente en estos últimos tiempos. Con las nuevas construcciones, cuenta hoy día aquella población de tanto tráfico muchas calles anchurasas y rectas, que puede oponer á las calles tortuosas de la ciudad vieja. La de las Flores, digna de atención por la riqueza y elegancia de sus almácenes, data sin embargo del siglo décimosexto, pues que fué construida por D. Manuel.

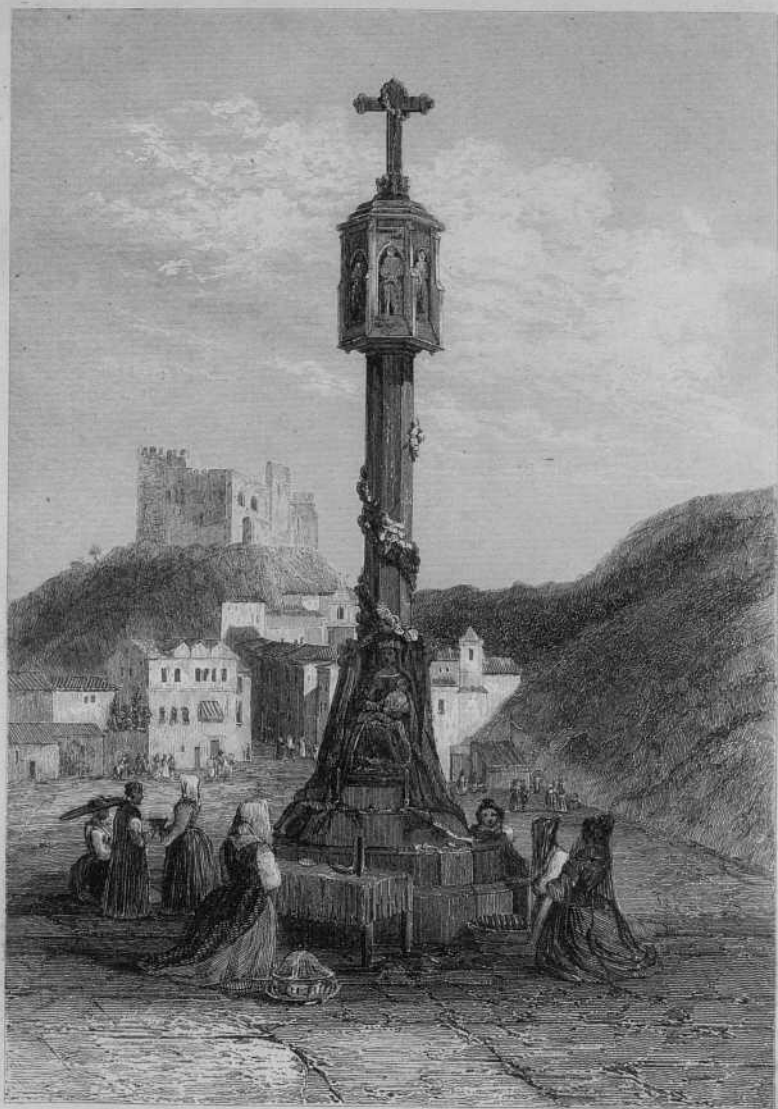
Según los últimos datos oficiales que hemos adquirido acerca de la población de Oporto, el número de habitantes es de 71.390, agregando el vecindario de Villa Nova-da-Gaya; pero el autor á quien nos referimos afirma, que bien puede, por cálculo prudente, elevarse el número á 80.000. La población de Oporto es industriosa y comerciante, como lo acreditan sus fábricas de sombreros, de sedas, de algodones, de loza; su famosa cordelería, y sus obras primorosas de platería. El movimiento del alto comercio lo testifica todavía mas por las instituciones que poco á poco han ido fundándose. El *banco comercial de Oporto*; la *caja filial del banco de Lisboa*; las *compañías contra los riesgos del mar ó contra incendios*; la *asociación mercantil*, instituida desde 1845, y cuyos excelentes resultados no admiten disputa, son la mejor prueba de ello. Como era consiguiente, el movimiento mercantil de Oporto ha ido tomando incremento de algunos años á esta parte (1). No obstante la dirección in-

(1) Y. Urculla, t. II p. 94 y para mayor abundamiento el *Panorama*, t. III p. 281.

(1) Véase el *Panorama*, t. III, p. 283.

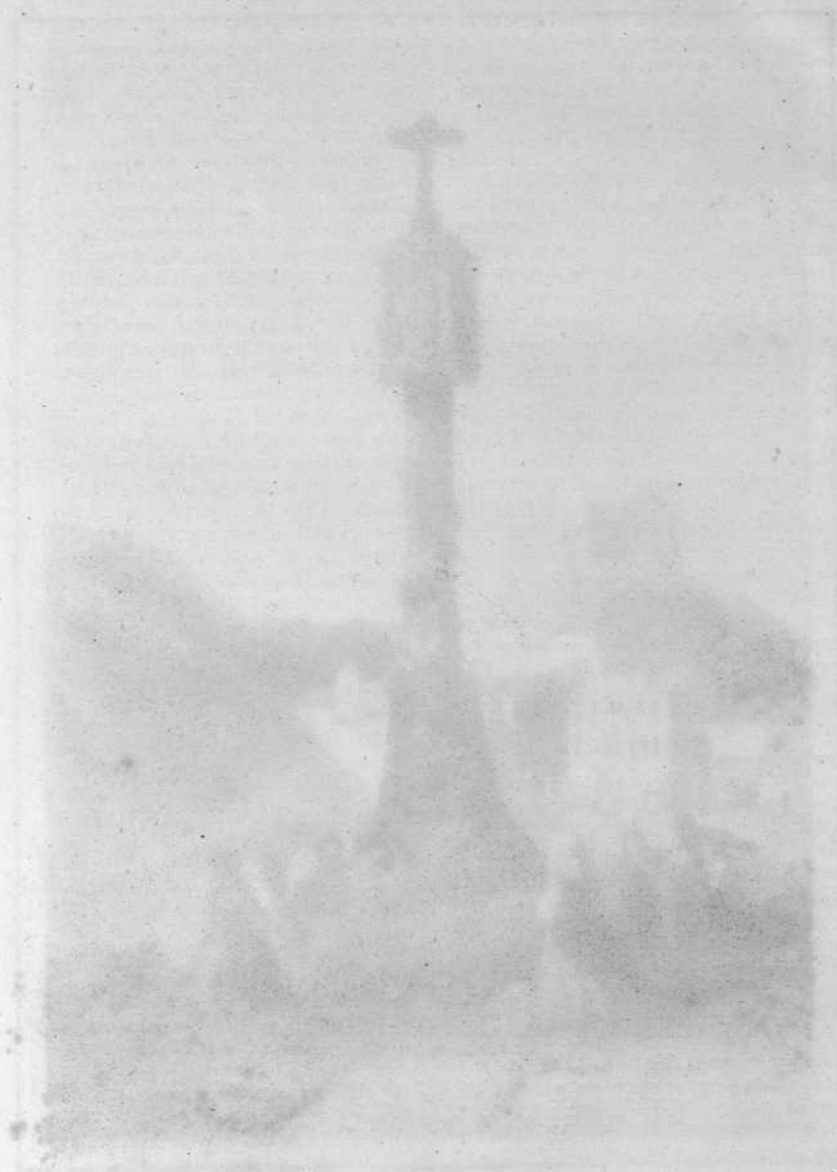
PORTUGAL.

29



Lempereur delin.

Porto de Moa.



dustrial que los habitantes de dicha poblacion dan con preferencia á sus trabajos, posee esta ciudad un museo, que fué fundado por D. Pedro en 26 de marzo de 1836, y que ya contaba, hace unos diez años, 400 cuadros. Los aficionados á la arqueología de la edad media encontrarán tambien allí objetos preciosos. La biblioteca pública, que fué instituida en 9 de julio de 1833, cita igualmente por fundador al duque de Braganza, y se compone, segun Urcullu, de 65.000 tomos; bien que desde la época de su fundacion el número de libros debe haberse aumentado. Parece que la espresada biblioteca encierra manuscritos sumamente preciosos. Un extranjero, Juan Allen, dotó, hace poco, á la ciudad de un museo, en que se notan algunos cuadros de mucha estima, y ciertas colecciones de objetos de historia natural, distribuidos y clasificados con mucho tino. Digamos tambien, que un señor portugués, el vizconde de Beire, tiene por costumbre abrir cada domingo sus magníficos jardines al público. Los principales habitantes de Oporto han fundado una sociedad, con el título de *Assemblea Portuense*. Los extranjeros son muy bien recibidos en su seno, y está en relacion con el mundo literario, por medio de las revistas y diarios publicados en las ciudades principales de Europa.

Algunos puntos de las cercanías de Oporto se distinguen por lo agradables. Pondérase, entre otros, San Juan de Foz, poblacion de 3.050 almas, á la embocadura del Duero, muy concurrida en la temporada de baños. A corta distancia se eleva el faro de Nuestra-Señora de Luz: siguen luego Matozinhos y Mendelo, pueblo de 500 vecinos, en donde desembarcó don Pedro en 1832. Como ya lo tenemos dicho, Villa-Nova-da-Gaya está situada á la orilla opuesta á Oporto, comunicándose con la ciudad por medio de un puente de barcas: su vecindario es de 5.390 habitantes. Es en esta poblacion donde existen los vastos depósitos, celebres en toda Europa. Urcallu valúa el número de pipas encerradas en

sus almacenes en 80.000. Pasarémos por alto otras varias aldeas y villas de los contornos; citarémos no obstante San-Pedro de Cova, cuyas minas de carbon de piedra, fueron abiertas en 1802, y que exporta todos los años 8.000 carros de dicha materia.

Grande celebridad histórica tiene Braga, cuyo arzobispo ha llegado á disputar al de Toledo el título de *primado de las Españas*. Hoy día es una ciudad de 16.077 almas, situada en un llano, junto al rio pequeño. Desta, que baña los arrabales; cuéntanse en ella 70 fuentes. Su antigua catedral conserva, como la de Toledo, el rito mozárabe. Esta poblacion es industriosa, y posee manufacturas de distintas especies. A tres cuartos de hora de ella, se encuentra una iglesia de hermosa construccion, á donde concurren las jentes en romería: llámase este santuario *Buen Jesus de Monte*. Peñafiel tiene nombradía por su feria anual. Guimaraes fué en otro tiempo la capital de la monarquía nascente, en la cual residia don Alfonso Henriquez. Vese todavia en ella edificios que remontan á aquella época respetable. Actualmente es reputada por sus tenerías, de donde salen cada año 28.000 curtidos. Por lo que hace á su comercio de lienzos, está en completa decadencia, desde el tratado de 1810 con la Inglaterra. Guimaraes cuenta 3.685 vecinos. A ocho leguas al sur de esta poblacion existen las aguas minerales, denominadas *Caldas de Vizela*, famosas ya en tiempo de los Romanos. Amarante, que se eleva junto al Tamega; Caldas de Jerez, conocida por sus baños de aguas minerales calientes; Viana, que tenia antes un puerto muy concurrido, y que cuenta 6.800 almas, son otras tantas poblaciones que disfrutan de cierta nombradía; lo mismo que Ponte de Lima, cuyo rio cantaron tantas veces los poetas bucólicos del siglo décimosesto. Barcelos, famosa por sus cazas, tuvo en tiempos pasados cierta celebridad histórica: su poblacion actual es de 3.900 habitantes. Todavía se hace mencion del puerto pequeño de Es-

pozende, de Villa-do-Conde, situada en frente de Azurara, y en particular de Povoa-da-Vazim, construida á orillas del mar: contiene 6.200 almas: Melgazao es reputada por sus perniles: Castro-Lavareiro es considerada como uno de los puntos de Portugal en donde hace mas frio: Valenza se halla á 70 leguas de Lisboa, en frente de la poblacion española de Tuy, y está incluida en el número de las plazas fuertes del reino: viene luego Caminha con Salinas, concluyendo aquí la rápida nomenclatura de las poblaciones de Entre-Duero-y-Miño.

PROVINCIA DE TRAS OS-MONTES.

Esta provincia confina al norte con el antiguo reino de Galicia, y su territorio es sobre manera montuoso. La cordillera mas dilatada de la provincia se llama Marao. Desde la cima de la Sierra da Monchique, á Monsico, como dice el autor del *Mapa de Portugal*, la vista se estiende á prodijiosa distancia. Esos montes que rodean la provincia de Miño han dado origen al nombre con el cual se designa aquel país; y el Duero, segun la observacion de Bory de Saint-Vincent, forma mas de la mitad de su circunferencia. El territorio de Tras-os-Montes abunda en vinos, especialmente hácia las cercanías del rio. Los terrenos de la *Teitoria* producen anualmente hasta 70.000 pipas. No de menos nombre gozan los aceites; y las montañas estan pobladas de castaños que contribuyen al sustento de una parte de habitantes.

Miranda tiene el título de obispado; sin embargo de no contar sino 460 vecinos. El obispo, de algunos años acá, ha trasladado su residencia á Braganza. Mogadonzo, Vimioso, Vinhaes, no son mucho mas pobladas que Miranda. Moncorvo, que contiene unos 1.700 habitantes, es una poblacion fea y mal construida, que saca no obstante algun provecho de sus cosechas de seda; Freicod' Espada-Cinta, que está á una legua del Duero, se distingue por algunos vestijios curiosos de arquitectura; tiene 1.220 almas: Mircon-

della, que contará un centenar mas, dicen que tiene alguna analogía con Coimbra: Monte-de-Rio-Livre es conocida por su vino y por sus buenos productos agrícolas. Villa-Real, situada á la márjen del rio Corgo, á cuatro leguas de Lamego, es mirada como la poblacion mas industriosa y comerciante de la provincia; encierra 4.080 habitantes. Pezoda-Begaa, que no cuenta 2.000, es célebre por la feria que se celebra todos los años en el mes de febrero, y en la cual tanto se trafica en vinos. En otro tiempo las sumas que en ella circulaban, se valuaban en 10 ó 12 millones de cruzados.

Braganza, poblacion de 3.315 almas, está admirablemente situada á las márgenes del rio Tervenga, en medio de una campiña amena: conserva el título de ducado, y el obispo de Miranda reside en ella. Posee algunas manufacturas de seda y terciopelo. Como ciudad antigua, no le faltan leyendas y tradiciones históricas. Los escritores del siglo décimosexto pretendian que habia sido edificada por el rey Brigus, y el Froillart de los Portugueses, Fernando Lopes, nos hace saber que en sus muros fué en donde se celebró una mision tan famosa y desgraciada, cuando el obispo de Guarda desposó á Inés con don Pedro.

Chaves, construida á la orilla derecha del Tamergera, presenta todavía con orgullo su puente de diez y ocho arcos, cuya construccion remonta, segun tradicion, al tiempo de los Romanos. Montalegre es otro de los lugares mas frios de Portugal: conserva un castillo antiguo.

REINO DE LOS ALGARVES.

Ya se ha visto que el país de los Algarves fué una de las últimas conquistas de los Portugueses obtenidas sobre los Moros. Así es que el nombre que designa este reino pequeño se deriva de una voz puramente árabe, que significa *territorio de poniente*; esto es, parte occidental de la Península. Dando empero esta etimología, F. Juan de Souza observa con cuidado que los Moros aplicaban dicho nombre á la

Turdetania (1). Hoy día el Algarve forma la sexta provincia de Portugal. El terreno comprendido bajo este nombre, está situado al sur de la provincia de Alem-Tejo, de la cual está separado por la sierra de Monchique y el río Vasão: sus costas, desde Seice hasta Lagos y el Guadiana, presentan una porción de islas arenosas. Lo interior del país es montuoso. De distintas especies son las producciones del Algarve, de cuyo territorio sacan aceite, almendras, bigos, cera, miel, obras de hoja de palma trabajada, algarrobas muy buenas que en jeneral extraen para Cataluña y Cerdeña, y que ha llegado á venderse hasta á mil reis el saco (2). El quérmes, tan precioso para teñir, pasa de allí á Gibraltar, desde donde lo envían á Inglaterra y á los Países-Bajos. El pescado salado que tanto abunda en las costas, es tenido en mucha estima. La caza ofrece tambien muchos recursos.

Faro, capital del Algarve, es una ciudad episcopal, situada á la embocadura de Val-Formoso, la cual, segun los últimos empadronamientos, consta de 7.687 habitantes, la mayor parte de ellos marineros ó pescadores. Su comercio de exportacion es considerable. En ella reside un gobernador civil y militar, y posee un hospital militar y un parque de artillería. Urcullu celebra el aspecto deleitoso de sus contornos. Silves conserva el título de ciudad, y es todo lo que le queda de otros tiempos mejores, en que podia envanecerse al ver su sede episcopal ocupada por Osorio, el Ciceron cristiano, como le apellidaban en el siglo décimosesto: actualmente no tiene sino 2.100 habitantes, y vióse despojada en 1580 de su obispado en favor de la capital. Lagos encierra unos mil habitantes mas.

Tavira es la ciudad de las caballescadas tradiciones, y ciertamente

una de las poblaciones de Portugal mas dignas de atencion. Situada á la embocadura del río Seca, tiene un puerto que da abrigo á algunas embarcaciones de poca importancia. En otros tiempos dicen que recibia navios grandes, y hacia un tráfico considerable. Era en este mismo puerto á donde iban á refugiarse las galeras portuguesas enviadas en persecucion de los Berberiscos. Ensalzado es el aspecto sumamente pintoresco de la ciudad de Tavira, y citado su hermoso puente de siete arcos. La tradicion quiere, en fin, que un antiguo busto de piedra reproduzca la efígie del esforzado Paio Perez Orrea, que tomó por fuerza la ciudad á los Moros. El terremoto de 1733 fué funesto á los antiguos edificios de dicha ciudad: la iglesia de Santa María, que ha tenido que ser reedificada, deja ver aun señales de su origen antiguo. Hay en esta iglesia una piedra, con siete cruces rojas que recuerda la tradicion de los siete cazadores, y la devocion del conquistador. El comandante de armas habita un hermoso domicilio. El número de vecinos ascendia, no ha mucho, á 8.640. Loulé, con el título de villa, casi tiene igual número. Castro-Marín, que se halla casi en frente de Ayamonte en España, era la residencia de los caballeros de la órden de Cristo. Villa Real de San Antonio, edificada con mucha regularidad en 1774 por órden del marqués de Pombal, á la embocadura del Guadiana, no cuenta aun sino 1.720 almas; prueba de que no basta una voluntad poderosa para dar impulso al engrandecimiento de una poblacion. Lagos fué el lugar favorito del grande infante. Celebrábase antes en esta villa un mercado, á donde acudian las poblaciones que iban á proveerse de los géneros venidos de Africa, y desgraciadamente tambien de esclavos: hoy día es una poblacion de 8.340 almas, reputada por la suma fertilidad de su territorio. Villa-Nova-de-Portimao, toma su nombre del río que la baña. Sagres se muestra ufana de haber sido edificada en 1416 por don Enrique. En su origen

(1) Este orientalista confiesa que nunca ha podido descubrir en que parte Duarte Nuñez de Leao y Bluteau han encontrado la etimología que adoptan. Segun ellos, Algarve es una voz que significa tierra llana, igual y fértil.

(2) *Panorama*, t. VII, p. 210.

llamóse *Terga-Naval*: despues tomó la denominacion de *Villa-de-Infante*; pero ambos nombres ha perdido. Parece, sin embargo, que tan gloriosos recuerdos debieran haberla preservado de caer en un olvido tan completo. Con todo, fuerza es decir que una piedra monumental ha consagrado en 1836 los recuerdos inseparables de Sagres. Hoy solo cuenta 290 habitantes. Albufeira, pequeño puerto de mar que tiene 2.670; Monchique, vistosa poblacion, situada en la falda de una montaña; y en fin Alvor, reputada por sus salinas, cierran la lista de los pueblos mas notables del pais de los Algarves. Un sabio escritor, el conde de Uffmanseg, ha descrito de concierto con Link sus producciones naturales: y en fin, los sitios mas dignos de atencion de este pequeño reino se hallan reproducidos en la excelente obra de Landmann (1).

OJEADA SOBRE LA ESTADÍSTICA MONUMENTAL.

Créese jeneralmente en Francia, y es un error que importa rectificar, que Portugal, tan rico en poetas y músicos, no ha producido un solo pintor digno de ser colocado entre los grandes maestros. Era nuestro intento al principio, ayudados de los trabajos imperfectos de los Tabordas (2), de los Machados (3) y de los Guarientis (4), bosquejar sucintamente un cuadro de las fases diversas del arte en aquel pais. Sin hablar ahora de aquel gran Vasco, en quien se resume, á los ojos de los Portugueses, el jenio artístico del siglo de Emanuel, vérase que una nacion que ha producido un Hollanda, un Alfonso Sanchez Coelho, un Campelo, los dos Vierras y muchos mas, no puede ser desheredada sin injusticia de uno de sus

mas nobles privilejios. Lo que nos ha apartado de aquel propósito, lo diremos sin rebozo, es la certeza de que el vacío que acabamos de señalar será llenado cuanto antes. El autor de un libro bien conocido sobre *el arte en Alemania*, el conde de Raczynski, á quien una larga permanencia en Portugal ha puesto en estado de tratar con inteligencia y acierto aquella árdua materia, va á publicar sobre ella una obra especial, en la que se examinarán curiosos problemas, con lo cual no dudamos que la historia artística de aquella parte de la Península recibirá una luz enteramente nueva. Actualmente verificase en Lisboa un movimiento incontestable en favor del arte; y no obstante la insuficiencia de las obras modernas, todo puede esperarse de tan favorable impulso. Hay exposiciones públicas, distribúyense premios, trátase de poseer algunos monumentos nacionales. No admite duda que el modo de ver delicado y profundo de un personaje esclarecido, que no se concreta á la teoría, sino que ha producido obras de todos admiradas, ha influido en la nacion, y contribuido al loable movimiento que se manifiesta. Es aquel modo de ver que ha presidido en ciertas construcciones arquitectónicas de que empieza á hablarse, y que ha puesto la conservacion de los monumentos bajo la salvaguardia de las leyes. Los edificios que su gran carácter de arquitectura, ó simplemente nobles recuerdos recomiendan, abundan mas en Portugal de lo que jeneralmente se cree, distinguiéndose principalmente por el distinto carácter que tienen ó por su mucha antigüedad, ó por las diferentes invasiones que el pais ha sufrido, ó tambien por las catástrofes que ha experimentado. Digamos alguna cosa sobre ello, una palabra para completar esta noticia (1).

(1) Las personas que tendrian esas indicaciones per insuficientes, podrán consultar la obra portuguesa: *Corografia do Reino do Algarve*.

(2) *Reglas jenerales de arte pintura*. 1815.

(3) *Colectao de memorias relativas as vidas dos pintores portugueses*. Lisboa, 1823.

(4) *Abecedario Pittorico d' Orlandi* aumentado por Guarienti 1 tomo en 4.^o edicion de 1747.

(1) El decreto de 25 de octubre de 1836 señala una nueva era para la cultura de las bellas artes en Portugal, habiendo instituido en Lisboa una academia especial para el dibujo. Por desgracia solo ha tenido hasta ahora por local para las exposiciones el antiguo convento de San Fran-

ESTATUAS QUE SE SUPONEN ANTERIORES A LA DOMINACION CARTAJINESA.

Observaremos de paso que por los años 1829, Southey vió espuestas á la injuria del aire, precisamente á la entrada del jardín botánico, dos estatuas que seria preciso hacer remontar á la mas apartada antigüedad, si como opina el autor del *Diario de un inválido*, perteneciesen á una época anterior á la conquista de los Cartagineses. Encontráronlas en 1785 cerca de Montalegre. La una es mayor que la otra; pero ambas guardan la misma actitud, representando un hombre con un brazo caído, mientras tiene en el otro un escudo pequeño redondo.

« Sobrado toscas ciertamente para pertenecer á una edad muy adelantada en civilizacion, son sin embargo superiores á las tentativas que pueden hacerse en una época de barbarie ». Como lo ha dicho muy acertadamente Southey, esas estatuas abren un vasto campo á las conjeturas; y hubiera sido sumamente curioso el poderles comparar aquella famosa estatua ecuestre de que hemos hablado al tratar del descubrimiento de las Azores.

MONUMENTOS DRÚIDICOS.

Muchos de esos monumentos, cuyo origen no es dudoso, han sido descritos por los viajeros modernos. Hauteford, que vió rápidamente el reino de Portugal, pero que es exacto en las citas, examinó varios *Cromlhes* entre Pegoes y Vendas-Novas. Estaban colocadas circularmente en número de doce, elevándose en medio del círculo otra piedra. El R. Kinsey da despues de él la descripción de un monton regular de piedras, que designa igualmente con el nombre de *Cromlhe*, y que existe cerca de Arroyolos. Estos monumentos primitivos son mas numerosos en aquel

pais de lo que generalmente se piensa, y van designados con el nombre de *Antas*. Un distinguido escritor portugués ha publicado sobre el particular una memoria, que la academia de historia ha mandado imprimir, al cual nos remitimos (1).

Otro jénero de monumentos existe todavía, que nosotros no titubeamos en colocar en la misma categoría, los cuales se notan principalmente en la parte septentrional de Portugal. Los *Castros* ó *Crastos* esparcidos en muchos puntos del pais de Tras-os-Montes, son probablemente, como las *Antas*, de origen céltico. Consisten en ringleras circulares de piedras, elevadas ordinariamente en medio de una llanura, que muchos equivocadamente han tenido por restos de castillos contruidos por los cristianos para defenderse de la invasion de los Moros. Don José Verea y Aguilar, en su historia de Galicia, impresa en Ferreol en 1858, no deja duda alguna sobre este particular. Las *Mamoas* ó *Modorras* pueden entrar en la misma clasificación: son eminencias circulares de tierra, destinadas á indicar las sepulturas de caudillos pertenecientes á la raza de los Celtas.

MONUMENTOS DE ORIGEN ROMANO.

Basta recorrer las obras del anticuario portugués Andrés de Resende y de Gaspár Estazo, para convenirse de que un crecido número de monumentos romanos, y en especial de inscripciones curiosas, debidas á la dominacion romana, han ocupado muy particularmente á muchos ingenios, desde la época del renacimiento de las letras. Faria e Souza, Severim de Faria, y otros varios encierran acerca de esta materia documentos preciosos. El uno nos da la relacion de como fué descubierto en el siglo décimosesto el sepulcro de Viriato; el otro, obligado á vivir en Evora, á causa de sus funciones eclesiásticas, habia reunido una gran

cisco, y se está reclamando de la magnificencia del gobierno otro local mas cómodo y mas adecuado. Hasta hay quejas de que la humedad de ciertas galerías puede echar á perder ciertas pinturas.

(1) Véase la Memoria de Martin de Mendoza de Piña, intitulada: *Discurso sobre os allares rudos que se acham en Portugal chamadas Antas*. 1743.

coleccion de antigüedades romanas, que fueron dispersadas despues de su muerte. Evora, la antigua *Liberalitas Julia*, es efectivamente la tierra por excelencia de los edificios de remota fecha. Murphy, sin embargo, ha padecido una equivocacion, creyendo ver, en el célebre acueducto, de que damos una copia exactísima, una construccion enteramente romana (1). Hoy dia queda probado que ese monumento, conocido en el pais con el nombre de *aqueducto du prata*, ha sido reconstruido completamente en tiempo de Juan III, en cuya época las construcciones hechas por Sertorio no ofrecian sino escasos vestigios.

Despues que hubo César concedido los derechos de municipio á Evora, edificáronse muchos templos: el de que damos copia data de aquella época, y suponen que fué dedicado á Diana. Es una bellísima muestra de arquitectura antigua: las columnas elegantes que le sostienen pertenecen al órden corintio. Su plano ofrecia un paralelógramo oblongo de treinta y dos pies de ancho. Aquella hermosa fábrica se halla tapada por una porcion de casas pequeñas y viejas, y en el *Panorama* pueden verse en el acérca de ella (1) noticias arquitectónicas, cuya exactitud debe hacerlas preferibles á las de Murphy. A corta distancia de dicho templo, existe la torre cuadrilátera, llamada torre de Sertorio. Para completar la serie de construcciones monumentales que pueden atribuirse á los antiguos señores del mundo, es menester aun hacer mencion de los restos del anfiteatro descubierto en Lisboa, y de los baños de Cintra, que designan en el pais con el nombre de cisterna de los Moros, y de los cuales el aventajado autor de *Cintra pintoresca* hace la descripcion, pero sin indagar su orijen. Murphy se esplica de un modo muy vago sobre este

punto. La sala entera, que suponen haber servido para baños en tiempo de los Moros, tiene cincuenta pies de largo sobre diez y siete de ancho. «Las paredes son de piedra labrada, adornadas con tres pilastras á cada lado que terminan en arco, y soportan la bóveda. El agua destinada para los baños tiene cuatro pies de profundidad, con la particularidad de que no aumenta ni disminuye en invierno ni en verano, bien que no parece que venga de ningún manantial.» Esta última circunstancia, un tanto maravillosa, no ha sido sin embargo adoptada por los recientes escritores que han hablado del monumento, y el autor de *Cintra pintoresca* señala dos desigualdades, por donde penetran las aguas. Insiste Murphy sobre la leyenda popular que coloca bajo aquellas ruinas un rey moro, rodeado de tesoros, metido en un sepulcro de bronce. No es preciso estar muy iniciado en los misterios de la arqueología para reconocer en los baños, cuya vista hemos representado, el carácter peculiar de la arquitectura romana.

La ciudad de Vizeu contiene muchas ruinas, tambien romanas, de sumo interes, entre las cuales se cita la caverna, dicha de Viriato, de la que no existe mas que un ligero vestigio.

CATEDRAL DE BRAGA.—VIZEU.

Toda persona, por poco enterada que esté de las antigüedades de la Península, sabrá que dicha catedral disputa á la de Toledo su título de *Iglesia primacial* de las Españas. Quiere la tradicion que *Brachara Augusta* haya sido la primera ciudad, donde el apóstol san Jaime Zebedeo predicó el Evangelio en aquella colonia romana. Braga poseia el colejo de los archiflamines, del cual salian los sacerdotes gentiles que se desparramaban por la Península: la misma tradicion nos ha conservado los nombres de los nueve discípulos de san Jaime, que inmediatamente se convirtieron al Cristianismo, y que secundaron al apóstol en sus

(1) V. *Voyage en Portugal dans les années 1789 y 1790*, traducido por Lallemand, t. II, p. 278. El autor da así las dimensiones del edificio: «Los pilares tienen nueve pies de ancho sobre cuatro y medio de grueso: las arcadas son de trece pies seis pulgadas, lo que iguala la medida de ancho y grueso de los pilares.»

misiones (1). Ya se ve, pues, cuanta veneracion ha de inspirar la antigua catedral de Braga, que aun actualmente es una de las mas considerables de Portugal; pero confesarémos que ningun dato positivo, á lo menos que nosotros sepamos, indica de un modo fijo el grado de antigüedad de las construcciones que hoy dia existen. Esta vasta fábrica consta de tres naves: en la de en medio se nota un magnifico retablo de piedra, que dicen haber sido hecho por artistas de Vizcaya, á los cuales mandó buscar el arzobispo D. Diego de Souza, y que estableciéndose en Braga, dejaron su nombre á una de las calles de la ciudad.

Ya en el siglo sexto tenia Vizeu un obispo sufragáneo del de Braga; pero parece que fijó su residencia en San Miguel de Fetal, extramuros, en donde una tradición falsa habia de colocar luego el sepulcro del último rey de los Godos. La catedral de Vizeu, que hoy enseñan con respeto, dicen que fué fundada por el conde don Enrique y su esposa Thaneja; las pinturas curiosas que en ella existen, atribuidas á Gran Vasco, son en la actualidad objeto de una interesante discusion.

CATEDRAL DE COIMBRA (S. CRISTOBAL.)

Fácil es á cualquiera, consultando el *Ajiolojio lusitano*, el tener una idea de las tradiciones religiosas anejas al antiguo monumento, del cual reproducimos aquí una vista exacta. Así es que citamos la obra erudita de Cordoso al lector amante de esta clase de discusiones. Por lo que hace á la importancia del edificio respecto del arte no puede ser dudosa, puesto que quizá es la sola construccion religiosa de alguna consecuencia que remonte en Portugal á los tiempos de los Godos. Segun la observacion de un escritor nacional, sus muros, vistos esteriormente, se

parecen á los de un palacio viejo, y es probablemente todo lo que queda de los primeros tiempos. Un escritor moderno ha padecido una equivocacion completa, atribuyendo á los Godos los trabajos arquitectónicos de la puerta lateral del templo; pues basta solo la simple vista para conocer inmediatamente que pertenecen al siglo décimotercio, ó aun quizá al décimocuarto.

El interior de aquella venerable iglesia ha sufrido modificaciones de época muy de otra manera reciente. Hercillon dice que las paredes han sido revestidas de azulejos, lo que produce un efecto singular. No valdrian mas las antiguas paredes, cuales pudo contemplarlas en su majestad el emir Eujeni, cuando en 1136 entró en Coimbra, al frente de sus 300.000 Musulmanes?

IGLESIA DE CEDOFEITA.

Despues de la iglesia metropolitana de Braga, el templo bien que pequeño de Cedofeita es, sin contradiccion, el monumento religioso mas antiguo de Portugal; pero no se debe creer, como lo afirma el P. Rebello, que aquella fábrica no ha sufrido ninguna alteracion notable en mil doscientos años. Dicha iglesia es en la actualidad una de las parroquias de Oporto; y sino puede decirse cabalmente que se distinga por cierto carácter de grandeza ó de originalidad, pocos monumentos posee Portugal que ofrezcan recuerdos tan curiosos como aquel. Segun algunos, su primer orijen remonta al rey godo Reciarío, que reinaba en Galicia, y habia adoptado el catolicismo, despues de haber sido educado en el error de Arrio. Segun las noticias que nos da el P. Rebello, Cedofeita debia en 556 su fundacion al rey Suevo Teodomiro, sucediendo, á otra iglesia mas antigua. En la primera hipótesis, su nombre se derivaria de la rapidez con la cual fué construida. Estando con cuidado Reciarío por la salud de una hija suya muy querida, dicen que mandó buscar en Francia una preciosa reliquia de san Martín de Turs, y que en el momento en que partie-

(1) Darémos aquí estos nombres segun el orden adoptado por el sabio P. Francisco de San Agustín de Macedo: Torcenato, Tesifonio, Segundo, Indalecio, Cecilio, Eufrasio, Ursiquio, Teodoro, Atanasio. V. *Diatriba de adventu sancti Jacobi in Hispaniam*.

ron sus mensajeros, se dió principio al edificio. Sucedió, pues, que no bien las apetecidas reliquias hubieron llegado á Portugal, cuando hallóse concluida la nueva iglesia; en consecuencia de lo cual llamáronla, *Citofactó Cedofeita* (hecha con prontitud.) Con efecto es una fábrica de poca importancia, que no ocasionó grandes gastos de arquitectura á su fundador.

Bien que el oríjen primitivo de la catedral de Oporto sea un poco menos antiguo, remonta igualmente al siglo sexto; pero la actual construcción es obra del conde don Enrique y de su consorte doña Thaneja, quienes la reedificaron enteramente. Sabido es que el conde se apoderó de aquella ciudad morisca en 1092, y que residió en ella en distintas épocas. La reina mandó construir en las cercanías un palacio que comunicaba con la catedral, tradición que acreditó una escalera, denominada aun hoy día *escada da Rainha*.

ALCAZAR DE FEIRA.

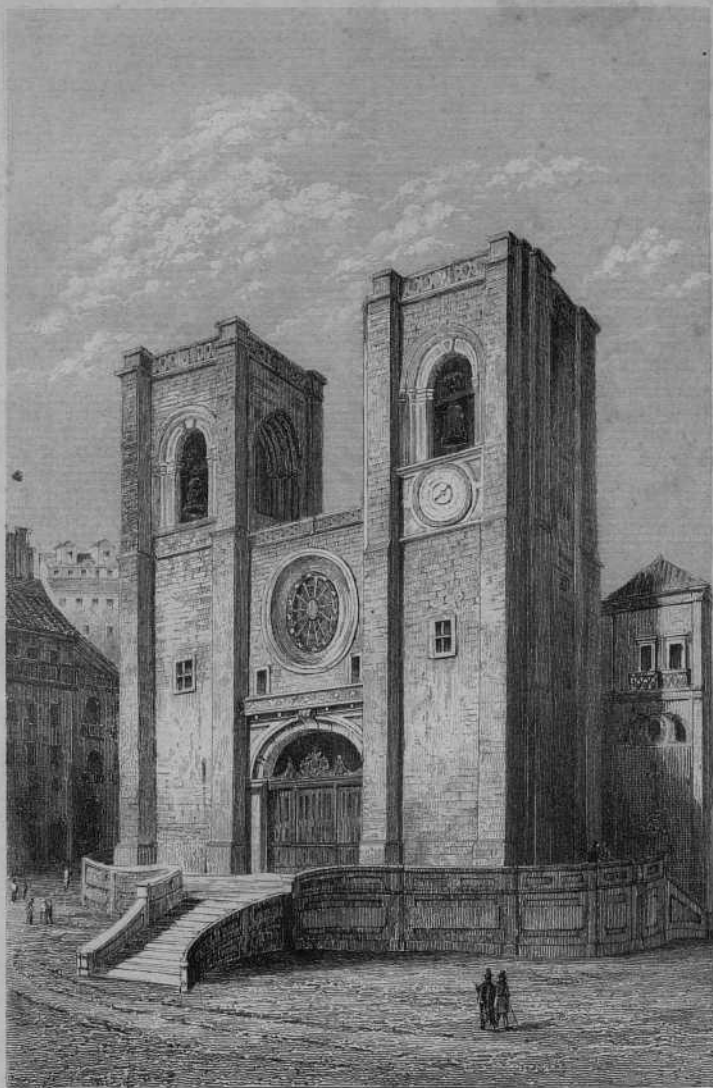
A cierta distancia de un lugar de mil ochocientas almas, llamado *villa de Feira*, existe una fortaleza cuya construcción se atribuye alternativamente á Romanos, Godos y Moros. En medio de opiniones tan diversas, lo mas cierto y positivo es la mucha antigüedad del edificio. Según el escritor portugués que nos sirve de guía, dicho monumento, que tiene el aspecto de un templo, es en realidad un alcázar, lo que se conoce perfectamente, observando la estructura de las murallas, hechas todas de granito. Sobre un terraplen descansan cuatro torres, de donde se descubre el mar, desde el sur de Mira Gaya hasta la embocadura del Duero. Las almenas de las cuatro torres son de forma piramidal: los ángulos, en vez de pirámides de piedra, presentan otras almenas pequeñas de granito macizo, terminadas unas y otras por una especie de tulipanes esculpidos en el granito, y cuyo aspecto es muy singular. En el interior del alcázar hay una cisterna que alimentaban las

aguas de las lluvias. Una especie de oratorio adornado con dos columnas pequeñas góticas; uno como trono, al cual se sube por escalones de granito, son otros objetos cuyo verdadero carácter aun no se ha acertado á especificar bien. Pero una de las obras mas particulares del edificio, es un pozo cuadrado sumamente profundo. Está revestido interiormente de piedra labrada, y se va abajo por una escalera de caracol, hecha en una de las partes laterales, con grandes ventanuas en las dos estremidades opuestas. Créese que conducía á un camino ó tal vez á un acueducto subterráneo. Ciertas porciones de la fortaleza de Feira están todavía en muy buen estado, y bastarian algunas reparaciones bien dirigidas para que aun durase siglos.

Kinsey habla muy circunstanciadamente de una iglesia, situada no lejos de Nuestra Señora de Lapa, al norueste de Oporto, que lleva todos los caracteres de la arquitectura morisca. Llámase *Mezquita*, á semejanza de la iglesia de Cedofeita: sus bóvedas, sus columnas, de un estilo original, ofrecen interés, y no dejan duda alguna acerca de su oríjen sarraceno. Ese curioso monumento, sin embargo, no fué fundado primitivamente por los Musulmanes, sino que pertenece al número de iglesias que los Godos habian fabricado, y que los conquistadores apropiaron á su culto. Una inscripción que puede leerse entera, consuntando á Rebello de Costa y al viajero inglés, prueba que fué fundada, en 559, por Teodomiro, rey de los Suevos.

CAPILLA DE LOS TEMPLARIOS EN POMBAL. — VESTIGIOS DE ARQUITECTURA SARRACENA.

El nombre de Pombal ha resonado tanto en la política, que extraño parece á primera vista verle enlazado con recuerdos legados por la edad media. Dicho pueblo, no obstante, es fecundo en tradiciones. Cuando hace algunos años pasó por allí el baron Taylor, examinó los vestigios de ruinas que se encuentran, y sin asignar una fecha precisa, da á en-



L'esquise de l'architecte

Cathédrale de Lisbonne.

Catedral de Lisboa



tender, con el tacto que le caracteriza, el interés que al arqueólogo ofrece la reunion de los dos estilos tan diferentes que reinan en la pequeña iglesia de los Templarios. « Aquellos capiteles, aquellas bóvedas góticas, dice, le dan un aspecto sumamente antiguo, y no deja de ser curioso el ver en el mismo edificio vestijios de la residencia de los Moros en aquel pais, los cuales trasformaron el arco de bóveda de la puerta en forma oriental, por el estilo de las que se ven en Urfa y en Koniah. Dicha fábrica ha sido alternativamente iglesia y mezquita, menos fastuosa y menos célebre seguramente que santa Sofia de Constantinopla; pero habiendo sufrido sin embargo las mismas variaciones que ella ».

Pombal encierra otro monumento del mismo jénero, el cual debe de haber recibido una modificacion análoga á la que acabamos de apuntar; son las ruinas del palacio que aun hace unos veinte años se dejaban ver á la entrada del lugar, y de las cuales el mismo baron de Teylon ha hecho una exacta pintura. « Las ruinas que describimos fueron mansion del gobernador de Pombal, un moro que tomó posesion del pueblo por derecho de guerra, y mas tarde perteneció á los caballeros del Templo. Ya en poder de musulmanes, ya en el de cristianos, el edificio ha servido de haren y de monasterio: sus estancias han visto á un Arabe sentado en medio de sus odaliscas, y al caballero portugués que consagraba su vida al amor de una sola esposa (1). »

CASTILLO DE ALCOBAZA.

En el número de las construcciones sarracenas de que aun quedan vestijios en Portugal, es menester incluir las ruinas que no lejos de Alcobaza subsisten sobre una colina, y de las que nos ha dado una vista tan pintoresca el baron Teylon. No siéndonos posible reproducir esta es-

tampa, copiaremos á lo menos la descripcion del viajero. « El castillo de Alcobaza, como la Alhambra de Granada, es el producto de las artes de los Arabes en el siglo décimo. Hállase situado en el llano de un cerro que domina la poblacion, y desde sus almenas se descubre todo el plano del vasto monasterio de Alcobaza. Lo mismo que las demás ruinas que se encuentran en Europa, causan estas cierto pavor en la imaginacion de las jentes del campo. Mientras estaba yo dibujando, sentado al pie del camino, contábame una vieja, como el antiguo jefe árabe, señor que obligaba á los habitantes de la comarca á pagarle cada año un tributo de doce doncellas; se presenta todas las noches seguido de brujas, para obtener de nuevo algunas vírgenes; y añadió: « Pero lo que es ahora no hay peligro, porque los hermanos del convento no lo tolerarian: no obstante, desgraciada de la doncella que pone el pie en el alcázar, que sale de él pensativa y melancólica; y aun á veces, lo cual afortunadamente no acontece con frecuencia, llega á punto de morir-se. »

Para decirlo de paso, esa tradicion de las doncellas se encuentra en la Península en muchos parajes. En España ha dado oríjen, en el *Romancero jeneral*, á uno de sus mas hermosos romances heróicos; y Portugal le debe un canto, que quieren que remonte al siglo duodécimo, pero al cual ciertamente es preciso asignar una fecha mas reciente (1). Por lo demás, digno es de curiosidad el ver aquí los monumentos antiguos andar conformes con los recuerdos históricos; lo que prueba la indispensable necesidad de recojer, mientras todavia es tiempo, las tradiciones populares que dentro de muy poco desaparecerán enteramente.

ERMITA DE N.^a S.^a DEL SOCORRO.

La iglesia pequeña así denominada, y que está situada á un cuarto

(1) J. Taylor, *Voyage pittoresque en Espagne, en Portugal et sur côte d'Afrique*. Paris, Gide hijo, 1826. 1 tom. en 4. °

(1) No *figueiral* *figueiredo* á no *figueiral entrey*, etc.

de hora al Sur de Trocifal, á unas seis leguas y media norueste de Lisboa, pertenece al reducido número de monumentos que recuerdan la lucha de los Portugueses con los Moros. El puente de Sangre, que atraviesa el río Sisandro, demuestra efectivamente que dióse en aquellos parajes una reñida batalla. A corta distancia de dicha ermita vese el *Penedo do Thesouro*, (la roca del Tesoro,) la cual da á conocer lo duradero que es la tradicion maravillosa que quiere que todos los lugares, habitados en lo antiguo por los Moros, estén llenos de riquezas, enterradas al tiempo de la fuga. Nada mas comun que la idea de esos tesoros guardados á instigacion de los Moros por el espíritu de las tinieblas. Tal fué en otro tiempo el afán de andar en busca de ellos, que vióse obligada la autoridad á prohibirlo para impedir la ruina de muchos que esperaban enriquecerse con inútiles y costosas excavaciones.

CASTILLO DE CHAM.

Debemos tambien hacer remontar al origen de la monarquía el antiguo castillo de Cham, que se levanta á diez leguas de Oporto en una soledad agreste, y que fué el solar de la familia Pinto. Resende, en el primer libro de sus Antiquidades, lo designa con el nombre de Monte Muro. Está situado á orilla de un riachuelo, llamado río de *Bestanza*; y tal es el aspecto silvestre de los contornos, que mas bien parecen hechos para servir de guarida á fieras que para residencia de hombres. «Fabricado en medio de la colina, á la márjen derecha del *Bestanza*, dice D. Joaquin de Santa Clara Sonza Pinto, tiene por base un peñasco, y forma por decirlo así un cuadrado perfecto. Le dan poco mas ó menos veinte palmos de largo, en cada una de las cuatro caras. y conserva siete almenas en los dos lados de poniente.»

MONUMENTOS CONTEMPORANEOS DEL
FUNDADOR DE LA MONARQUIA. —
TRADICION A ELLOS ANEJA. — IGLE-
SIA DE NUESTRA SEÑORA DE ALMA-
CAVA.

La antigua iglesia de Lamego, en que la tradicion ponía el acto mas imponente de la monarquía en su nacer, la reunion de los tres estados del reino, subsiste todavía segun unos, al paso que segun otros está demolida, y es menester no confundirla con la que actualmente existe. He aquí lo que dice Jorje Cardoso relativamente al espresado edificio: «Averiguado está que era una mezcuita la iglesia de Nuestra Señora de Almacava, la cual, segun la laudable costumbre de la época, fué purificada y convertida en catedral. La iglesia moderna, segun afirma Ruy de Piná en su *Crónica del conde D. Enrique*, fué edificada y consagrada por don Bernardo, obispo de Toledo.»

Por lo demás nada habria mas digno de interés para la historia del arte, como los estudios serios y asiduos sobre el número, bien que pequeño, de edificios, que pertenecen al origen de la monarquía: tales son, por ejemplo, aquellos vestigios del palacio de don Enrique, que se ven todavía en Guimaraens, y en donde nació el primer rey.

MONASTERIO DE ALCOBAZA.

De todos los monumentos de Portugal, incluso Batalha, no hay ninguno que goce de un renombre tan popular como el monasterio de Alcobaza. Arqueólogos, viajeros, escritores amantes de leyendas poéticas, todos hablan de él, bien que no todos den pormenores fijos sobre su ereccion, ni reproduzcan fechas exactas. Por esta vez apartaremos nosotros la cuestion de arte, para no ocuparnos sino de ciertos hechos mas interesantes. Ya se ha visto en la primera parte de esta noticia á que circunstancia debe atribuirse la construccion de aquel vasto monasterio, que se eleva en un valle estrecho, pero de agradable aspecto, por el cual pasan dos rios pequeños, el

Alzoa y el *Baza*: estos dos nombres reunidos dan al lugar, construido á poca distancia, la denominacion con que es designado. El convento está á diez y ocho leguas portuguesas al norte de Lisboa. Púsose la primera piedra del edificio en 2 de febrero de 1148, y su primer abate fué Ranulfo, quien habia sido enviado á Portugal por san Bernardo. La iglesia no estuvo concluida, y el convento no empezó á ser habitable hasta 1222. «El monasterio de Alcobaza, dice un escritor portugués, no puede presentarse como dechado de arquitectura de los tiempos antiguos, como sucede con el de Batalha; pero es digno de atencion por lo vasto de su mole. El templo, construido enteramente de grandes piedras labradas, es de aspecto grandioso. Está dedicado á Nuestra Señora de la Asuncion, y se compone de tres naves de igual altura, y la misma tienen el crucero y la capilla mayor: las demas que hay detrás de esta son mas pequeñas. La bóveda está hecha de una especie de piedra lijera, llamada en el pais *Tufo*. La iglesia tiene de largo cuatrocientos setenta y nueve palmos (1).»

Pocas iglesias podian en otro tiempo competir en magnificencia con aquel monumento, asilo venerable de todas las grandes tradiciones de la monarquía. No solamente allí reposa don Fr. Pedro Alfonso, hermano del primer rey de Portugal, sino que hay tambien los sepulcros de Alfonso II y de Alfonso III, y de sus esposas doña Urraca y doña Brites. Nadie ignora tampoco que es en Alcobaza en donde pueden visitarse otros sepulcros, objeto continuo de los mas poéticos recuerdos. Inés de Castro y don Pedro no descansan precisamente bajo la misma bóveda uno á par de otro; la que no fué reina hasta despues de su muerte, como dice el Poeta castellano, yace sola en una sepultura; pero dispuesta de modo, que en el dia de la resurreccion, cuando ella se levante

al son de la trompeta sagrada, encuentren sus ojos los de su esposo, y sea su mirada, una mirada de amor (1).

La puerta principal del edificio, posterior de mucho á la fundacion de este, es muy inferior, por el estilo de su arquitectura, á la vasta nave del templo, y no ofrece en su estension mas que un estilo gótico desfigurado. Ese monasterio contiene cinco claustros, y en cierta época hubo en él hasta novecientos religiosos. Es del caso decir aquí que estos frailes, de la órden de san Bernardo, fueron los primeros en abrir en Portugal, el día 11 de enero de 1269, cursos públicos de estudios. Los abates de Alcobaza eran una especie de potentados, disfrutando de rentas enormes, y teniendo bajo su poder inmediato trece ó catorce pueblos con sus dependencias.

SANTA CRUZ DE COIMBRA.—SUS CLAUSTROS.

Entre el número de los monumentos célebres de aquel período, es necesario incluir el antiguo convento de Santa Cruz de Coimbra, que tanto se ha resentido de las devastaciones de 1834. Remonta al orijen de la monarquía, y fué fundado por D. Tello, quien habiendo admirado en Jerusalem el instituto de los canónigos del Sepulcro Santo, quiso instituir en su pais un establecimiento semejante, «á fin, dice un escritor portugués, de plantar una especie de semillero, de donde saldrian los predicadores de la fe, de que tan falto estaba el reino.» Para erijir aquel piadoso monumento, que en rigor podria considerarse como el orijen de los establecimientos universitarios de Portugal, eligió al prelado un arrabal de Coimbra, llamado Baños de la Reina, en donde habia ya una iglesia bajo la invocacion de Santa Cruz; verificándose su traslacion á aquel lugar, junto con sus compañeros, el 24 de febrero de 1132,

(1) En el reciente viaje del príncipe Lichnowski púedese leer una descripción muy circunstanciada é interesante de esos dos sepulcros. La obra, escrita en alemán, fué traducida en portugués en 1842.

(1) V. el *Panorama* t. IV, p. 114. En este artículo se encontrarán las diferentes dimensiones del edificio y una vista de su fachada.

y adoptando la regla de san Agustín. Una de las glorias principales de D. Tello fué el haber sido el maestro de D. Teodorico, primer prior de Santa Cruz de Coimbra. Alfonso Henriquez había cobrado un afecto particular á los religiosos canónigos, é hizo subir su número hasta setenta y dos. Pero fué el espléndido D. Manuel quien aumentó, en especial, los edificios religiosos que aun se admiran actualmente. Los suntuosos mausoleos que ocuparon el lugar de las tumbas modestas de Alfonso Henriquez y de Saúcho I, fueron erijidos por orden de aquel monarca, cuando tuvo la intencion de fundar la iglesia fastuosa que había de reemplazar la capilla edificada por D. Tello. Nada omitió D. Manuel de cuanto podía aumentar su riqueza, y hasta mandó buscar en países extranjeros ciertos objetos de arte que á la sazón no podía ofrecer Portugal, cuales fueron aquellos asientos de madera esculpida que salieron de Alemania. De lamentar es, que Santa Cruz de Coimbra sea construida de piedra de *Aucace*, la cual se separa fácilmente de la línea, bajo la influencia de la atmósfera, á semejanza de la piedra con que está fabricada una de las mejores iglesias de Ruan.

Los claustros de Santa Cruz no son la parte menos interesante del convento. En el claustro que sigue inmediatamente despues de la iglesia, nótese, entre otros adornos, una vasta arca de agua de mármol. Despues del locutorio se presenta el claustro principal, de forma cuadrada, sostenido por pilastras, y adornado con cuatro capillas. En el edificio de las salas capitulares se eleva la tumba de D. Teonio, la cual salió de las manos de Tome Velleo, famoso arquitecto de aquel tiempo. El claustro denominado *Manga* es célebre por una circunstancia bastante curiosa; cuando Juan III hizo continuar en 1527 las obras de su predecesor, dibujó en una de sus mangas el plano de aquella porcion del edificio cuyo carácter particular llama la atencion.

Coimbra, encierra además otro monumento de sumo interés, y es el

convento de Santa Clara. El que había en otro tiempo con el mismo nombre, y que tenía por fundadora á la reina Isabel, hace ya largo tiempo que no existe. Santa Clara, cuyo aspecto merece la atencion, fué edificado en tiempo de Manuel.

QUINTA DE LAS LAGRIMAS Y FUENTE DE LOS AMORES.

En el número de los monumentos mas interesantes que nos ha legado la edad media, preciso es colocar aquellos dos sitios que conservan la tradicion mas poética, y traen á la memoria los recuerdos mas tiernos. « El jardín de las Lágrimas, dice Kinsey, servia de mansion á los antepasados de doña Inés; pero sus descendientes se han cuidado muy poco de preservar aquel precioso resto de antigüedad de las injurias del tiempo; y á no haber sido el apego de los estudiantes de Coimbra, ó por mejor decir su respeto á aquel lugar venerable, hasta hubiera desaparecido la fuente de los Amores con los frondosos cipreses que le dan sombra. Los cipreses de Portugal son magníficos, y de lejos pueden ser comparados con los cedros del Líbano. Algunos de aquellos preciosos árboles, una mesa de piedra colocada cerca del nacimiento del manantial, y sobre la cual hay grabada la estancia de las Lusíadas que hace alusion al nombre de la fuente, es todo lo que recuerda al viajero el amor de Inés y su muerte. » Ese pequeño monumento ha sido erijido por orden del jeneral Traut; y es probable que el nuevo adquisidor de la Quinta de las Lágrimas, que es hombre, segun dicen, que sabe respetar las antiguas tradiciones, lo habrá conservado. El agua de la fuente de los Amores cae sobre un cuarzo blanco, salpicado de manchas rojas, en las cuales el pueblo cree ver las señales sangrientas que prueban el suplicio de Inés. Un escritor antiguo, Faria y Souza, quien recojió con un cuidado religioso todas las tradiciones poéticas conservadas aun en su tiempo, pretende que mas de una vez las aguas de dicha fuente sirvieron de fiel mensa-

jero á los dos amantes. Las cartas que don Pedro escribía á Inés confiábalas al rápido arroyuelo, el cual se las llevaba con celeridad. Es preciso que esta tradición haya estado en boga en los siglos décimosesto y décimoséptimo; pues únicamente con la ayuda de su recuerdo puede explicarse una de las estancias bien conocidas de las Lusíadas.

RUINAS DEL ALCAZAR DE LEIRIA.

Estas ruinas, tan preciosas á los ojos de los verdaderos Portugueses por el gran nombre que despiertan en la memoria; estos vestigios casi destruidos de una residencia real, se elevan en una eminencia, en medio de la llanura, al noroeste de la ciudad. Allí es donde el rey labrador había fijado su morada: desde las torres del alcázar disfrutaba de la vista mas imponente; y sin duda que despues de haberse ocupado del bien de los pueblos, *cual pastor diligente*, como dice tan acertadamente la Crónica, destinaba las horas de recreo á investigaciones curiosas, cuya memoria aun no está enteramente borrada. Murphy nos dice en su *Diario* manuscrito, que las puertas, como y tambien las ventanas del castillo de Diniz habían sido arrancadas de antiguas ruinas, contiguas á Batalha, cuyas ruinas eran designadas con el nombre de Polipo, ó mejor aun de Calipo. En el siglo décimotercio, debíanse elevar por todas partes en Portugal las ruinas del período romano, y los vestigios que encerraban del arte antiguo no los desdeñó por cierto el entendido monarca; como lo probaría, si menester fuese, un objeto bien frágil que nos ha legado aquel siglo y que tenemos delante. El sello real del rey labrador, cual se conserva en Francia en los archivos del reino, no solamente es de un trabajo esquisito y primoroso, sino que las piedras grabadas que adornan las dos caras demuestran el gusto esmerado que había en aquellos tiempos relativamente á varios objetos de arte.

A tres leguas de Leiria encuéntrase el bonito pueblo de Porto de Moz, tambien con sus tradiciones. Las

ruinas de sus contornos son célebres todavía, y merecerían ser visitadas por un arqueólogo entendido. Un pequeño monumento lleno de elegancia orna su plaza principal, y lo hemos ofrecido al lector; no como un vestigio de una edad remota, sino como una muestra de aquellas cruces de piedra tan preciosas que con tanta frecuencia se ven en Portugal.

CONVENTO DE CRISTO DE TÓMAR.

Aquella reunion de edificios, hoy día abandonados, pertenece á diferentes edades, y recuerda los mas grandes acontecimientos que hayan ilustrado la monarquía. Sin embargo, como la iglesia del convento fué reedificada por D. Manuel, tendríamos quizá que poner todo el edificio entre los monumentos del siglo décimoquinto. Tomar fué consagrado por el rey Diniz á los Templarios. Esta vasta habitacion, dice un escritor portugués, componíase de tres partes muy distintas: el convento propiamente dicho con la iglesia, los claustros y demás dependencias; el castillo con su recinto y sus baluartes; y en tercer lugar la quinta ó parque del convento; á lo cual podría agregarse el famoso acueducto empezando por Felipe II en 1595, y concluido por Felipe III en 1613. Ocupémonos ahora principalmente de la iglesia y demas pertenencias del convento. «Dos porciones muy distintas se distinguen en el templo, dice el mismo escritor arriba citado: la capilla mayor es visiblemente mas antigua que todo lo restante, y se la considera jeneralmente como formando parte de la obra primitiva, fundada por Gualdin Paez; lo mismo se verifica con el retablo interior, llamado *charola*, ó nicho de los santos, y con las capillas pequeñas que le rodean. Con efecto, una vaga tradicion ha consagrado, por decirlo así, la opinion que atribuye aquella maravillosa antigüedad á Tómar, primer gran maestre de los Templarios. La *charola* es una especie de relicario de madera, en forma de urna, colocado en la capilla mayor, cuya elegante y esquisita estructura, bajos

relieves, pinturas y partes doradas son obra de un gusto admirable y serio que escitan á la veneracion. Sin embargo, una razon hay que nos hace desechar el orijen que le atribuyen, y es la perfeccion y delicadeza del trabajo, no muy en armonia, fuerza es confesarlo, con lo que producía la mitad del siglo duodécimo. » Pero al paso que admite la idea de que semejante obra puede muy bien haber sido hecha en el Oriente por disposicion de Gualdin Paez, conviene no obstante en que los demas ornamentos de la capilla mayor son de una perfeccion demasiado esmerada para poderlos atribuir al período en que vivia al gran maestro. Posteriormente la capilla mayor es octágona, y toma en su estremidad la forma de una torre guarnecida de almenas.

SANTA MARIA DE OLIVAL.

Despues de la descripcion del magnífico convento de Tómar, es menester decir algo sobre la iglesia de santa María de Olival; y hacemos mencion de ella mas bien á causa de sus recuerdos que por su arquitectura; puesto que de las antiguas construcciones solo subsiste el frontispicio que mira á poniente. Elévase el edificio sobre una colina bañada por el rio Nabao, no lejos del terreno en donde existió la antigua ciudad de *Nabancia*, de la cual no ha quedado ningun vestigio verdaderamente histórico. La iglesia de santa María de Olival, hoy dia abandonada, es no bastante cara á los Portugueses, pues contiene todavia los restos de Gualdin Paez, el gran maestro de los Templarios.

CATEDRAL DE LISBOA. — FACHADA ATRIBUIDA A LA ÉPOCA DE D. FERNANDO.

John Nurplug, á pesar del celo ilustrado de que da muestras cuantas veces se trata de describir los grandes monumentos de Portugal, guarda un silencio absoluto acerca de la antigua catedral de Lisboa. Tal vez era su ánimo consagrarle una monografía particular, como lo ha hecho con Batalha, ó quizá ha en-

contrado que el noble edificio habia sufrido demasiadas alteraciones para hacerlo objeto de una descripcion especial. Como quiera que sea, procuremos nosotros llenar este vacío.

Antes de caer en poder de los Sarracenos, y al empezar la época de la dominacion de los Godos, Lisboa era residencia de un obispado. Oscura ha quedado la lista de los obispos que la ocuparon; sábese no obstante que un prelado inglés, que los escritores de la edad media apellidan don Gilberto, fué el primero en ocupar aquella sede importante. Habia ido á Lisboa con los extranjeros que contribuyeron á recobrar esta ciudad, y el *Ajio-lojio Lusitano* contiene acerca de él preciosos documentos. Uno de los autores que en estos últimos tiempos han escrito sobre la antigua catedral, el canónigo Vilella, dice que el cabildo de la Sé fué establecido en 1150, y que don Gilberto dispuso que durante los oficios se hiciese uso del breviario de Salisbury. Parece al mismo tiempo que la catedral fué desde entonces un punto de reunion de estudios monásticos, mucho antes de la institucion de la universidad de Coimbra. La iglesia de Lisboa era en la edad media sufraganea de la catedral de Braga, hasta que Juan I, fundando una dinastía nueva, recibió el título de iglesia metropolitana, dignidad que confirmó la bula de Bonifacio IX, con fecha del 13 de noviembre de 1393.

Poco queda actualmente de las obras primitivas de aquel venerable monumento. Las construcciones que datan propiamente de la época gótica desaparecieron de resultas de diferentes catástrofes; y hay la certitud de que á la mitad del siglo decimocuarto, en 1344, un espantoso terremoto le causó daños tales que la capilla mayor hubo de ser reedificada enteramente por Alfonso IV. El trastorno de 1755 tuvo todavía consecuencias mas funestas, y el incendio, en particular, que vino en pós de él, ocasionó un perjuicio irreparable á uno de los edificios mas interesantes de Europa, destruyendo la cúpula que existia encima de la

nave principal. La violencia del fuego demolió el techo por la parte que mira al Tajo, y el majestuoso campanario tampoco pudo resistir. Perdió igualmente el tesoro tan rico de la catedral.

Suponen que el frontis principal, tal cual existe actualmente, ha recibido sus adornos de mas entidad en tiempo de don Fernando: la torre del reloj, al sur, no hace siquiera un siglo que fué reedificada, puesto que eso se efectuó durante la administracion de Pombal. Merced á un antiguo dibujo que nos ha conservado Lavanha, se ve que las torres se componian de cuerpos de fábrica sobrepuestos, terminándose en torrecillas elevadas y ligeras. Parece que en la época en que debieron hacerse en el momento los reparos indispensables, el arquitecto tuvo orden de emplear todo su conato para conservar intactos los restos del edificio antiguo; pero que siguiendo el espíritu de la época, ningun caso hizo de estas observaciones. Paróse muy poco en la consolidacion de la fábrica, poniendo todo su ahinco en darle un aspecto de falsa elegancia que contrasta con su carácter verdadero. Empleó para sus restauraciones un estuco de poca solidez, probablemente con el ánimo de encubrir á los ojos las terribles hendeduras causadas por el terremoto.

La nave en el interior presentaba antes un carácter muy de otra manera importante por su estension que el que ahora ofrece. Antes de la época en que dió el rey José órdenes para la reedificacion; esto es, en 1767, tal era su dimension que ningun monumento habia en Lisboa que pudiese competir con él por lo grandioso. En la actualidad aun se descubren en la sacristía fragmentos de columnas pertenecientes al templo primitivo.

No le faltan á la catedral recuerdos históricos: en ella se ven las sepulturas del vencedor del *Salado* y de doña Brites su consorte, bien que no son las mismas que existian en el siglo décimocuarto; porque habiéndolas destruido el terremoto de 1755, dejando sin embargo ilesos

los féretros que contenian aquellos restos venerables, dispuso doña Maria I. en 1779, que fuesen trasladados á la capilla de Nuestra Señora de Tocha, y dos años mas tarde les mandó erijir un magnifico mausoleo, que es de sentir no reproduzcan el aspecto de los primeros sepulcros. Hay tambien conservadas en la misma catedral las reliquias de san Vicente, patron de Lisboa y del reino de los Algarves, y la pila en donde fué bautizado san Antonio, natural de dicha ciudad, é impropriamente llamado san Antonio de Padua. El tesoro sufrió mucho con la invasion de los franceses.

Hubo un momento en que aquella iglesia metropolitana decayó desesperadamente de su línea, lo que sucedió cuando Juan V estableció la division en *Lisboa oriental* y *Lisboa occidental*. En aquella epoca la sede episcopal formó igualmente dos diócesis; y en 1740 quedó abolido el título de catedral por bula de Benito XIV, recibiendo entonces la *Sé* la dominacion de *Basilica de santa Maria Mayor*; en virtud de cuyo acto viéronse reunidas ambas diócesis bajo una sola jurisdiccion, la del patriarca. Hace solo algunos años que la antigua catedral ha recobrado el puesto que por tantos siglos habia ocupado, conservando al propio tiempo el arzobispo de Lisboa el título de patriarca.

CONVENTO DE BATALHA.

Ya se ha visto al principio de esta noticia en qué circunstancias fué edificado este soberbio monasterio. Es en algun modo el principal acaecimiento de la historia moderna de Portugal, puesto al alcance de todos, y el símbolo imponente que proclama la grandeza de la casa de Aviz. Los primeros directores de la fábrica llamábanse Alfonso Dominguez, Orquet ó Huet, Martín Vasquez, Fernando de Evora y Mateo Fernandez. Los cuatro primeros tuvieron la gloria de dirigir las obras primitivas, y el otro presidió la construccion de la capilla que esta por concluir, empezada en tiempo de Emanuel, y su sepulcro, que existe en la Igle-

sia, data del año 1515 en que murió. La mayor parte de los magníficos vidrios del convento son del siglo décimoquinto.

Las obras del monasterio empezaron en 1386 ó 1387, y siguieron con rapidez; pero no es cierto que dos años hubiesen bastado para la conclusión. D. Duarte mandó aun hacer obras de consideración, y es probable que á fines del siglo décimo-cuarto mucho quedaba todavía por fabricar.

Vamos á señalar rápidamente las partes mas notables del edificio que hace referencia á la historia, y confiamos que sabrá apreciarse en la fachada uno de los modelos de arquitectura mas dignos de atención de aquel período (1).

La capilla del fundador, de la cual ofrecemos una vista, está á la derecha, entrando por la puerta principal de la iglesia; es una estancia cuadrada, que segun F. Luis de Souza, tiene noventa palmos á cada lado. La tumba de Juan I y de doña Felipa que se ve en ella es enteramente de mármol blanco, y en medio de los follajes del friso superior del sepulcro distínguese la divisa del monarca: *Me gusta*, y en la otra mitad: *para bien*. Al lado sur de la capilla hay abiertos en la misma pared otros cuatro sepulcros de piedra en que reposan los cuatro hijos de Juan I don Pedro, don Enrique, don Juan, y en fin don Fernando, apellidado el santo infante.

Entre las maravillas de Batalha es menester incluir la sala capitular, cuya atrevida arquitectura no puede dejar de causar admiración. En las *Memorias de la Academia* se hallará la relacion de las tradiciones que hacen referencia á su construcción. En medio de aquella sala imponente hay colocados tres sepulcros: el de Alfonso V, apellidado el Africano; el de doña Isabel, esposa suya, y el del infortunado hi-

jo de Juan II, que falleció de edad apenas de diez y seis años, de resultas de aquella caída fatal, cuyas diversas circunstancias hemos ya relatado. En uno de los ángulos de la sala vese tambien el busto de Mateo Fernandez, considerado como uno de los arquitectos de aquel noble edificio.

Digamos una palabra sobre la *Capilla incompleta*, de la cual ofrecemos una vista, y cuyo nombre designa que aun está por acabar.

En el corredor que va del convento á la capilla de santa Bárbara, existe detrás de esta una puerta pequeña; luego, saliendo, se encuentra inmediatamente otra mas grande, la cual da entrada á un recinto descubierto, que está detrás de la capilla de la iglesia. Nada mas original ni elegante que aquella capilla desamparada, destinada, afirman algunos historiadores, á servir de sepultura al rey don Manuel. A cada paso, leíanse en la capilla incompleta esas palabras misteriosas: *Tauyaserei*: Efectivamente se habia recorrido la tierra, y hecho inquisiciones por todas partes. Las rejiones de Oriente enviaban ya sus riquezas á Lisboa, y elevóse luego Belen con sus magnificencias.

PALACIO REAL DE CINTRA.

En medio de aquellas imponentes montañas celebradas por Byron, existe el noble palacio denominado *Pazo-Real*, maravilla de aquella comarca, que ensalzan á la vez extranjeros y nacionales. El primer objeto que se presenta á la vista, al doblar la bajada de san Pedro para entrar en Cintra, es el palacio, el cual ha sido fabricado por el fundador de la casa de Aviz, ó mas bien reedificado por él y ensanchado por sus sucesores. Copiemos algunos pormenores salidos de la pluma elegante que nos ha valido *Cintra pintoresca*. «Ciertas disposiciones interiores, unidas al carácter marcado de arquitectura árabe que se nota en las ventanas; el nombre de Meca, que conserva todavía uno de los cercados; estas y otras razones, me confirman en el concepto de que antes de la época

(1) «En punto á elegancia, no hay ciertamente en Europa frontispicio gótico que pueda compararse con el de Batalha. La puerta que tiene 28 pies de ancho sobre 57 de alto, está adornada de un centenar de figuras de gran relieve.» Murphy, Viaje á Portugal. t. 1. p. 56.

en que hizo don Juan I elevar aquel palacio, existían ya ciertas construcciones del tiempo de los Moros; y la misma irregularidad de la fábrica actual demuestra que distintas personas contribuyeron á su edificación.

«Muy posible es que aquel monumento fuese la Alhambra en pequeño de los reyes moros de Lisboa. La sensualidad de los Orientales debió haber conocido luego lo delicioso que sería el poseer una vivienda en un país en que la naturaleza brinda á los hombres á toda suerte de goces y recreos.

«Un viajero instruido, que á mas de sus peregrinaciones á Oriente, habia visitado á Granada y el palacio lleno de embeleso de la Alhambra, me ha afirmado que hallaba en Cintra (sin ser no obstante perfecta la analogía) un no sé que, cierta inspiración que le traía á la memoria aquel edificio famoso. En todos los palacios reales las salas, segun costumbre, tienen las mismas denominaciones; en el de Cintra, como así se verifica con el del último rey moro de España, las salas están designadas por tradiciones particulares. Así como los ojos crédulos van á buscar en el pavimento de mármol de los Abencerrajes la sangre de aquella tribu malaventurada, asesinada por órden del rey Boabdil; así las losas gastadas de una estancia ofrecen un recuerdo funesto, y hacen pasar á los futuros siglos la memoria de un crimen igualmente atroz. La Alhambra posee la sala de los Embajadores y de la Justicia, y el palacio de Cintra tiene el aposento de la Audiencia, la última de triste memoria, que en él se dió (1). La sala de las Dos Hermanas, el Tocado, el Jardin de Lindaraja á donde trasladábanse las moras al salir del baño para respirar la frescura del aire y la fragancia de las flores, todo se ve reproducido en el sitio consagrado á los baños, en medio de aquella espesura de naranjos, para cuya

conservacion aun en 1640 teníanse asalariados á dos esclavos.

«A través de las profanaciones de una arquitectura moderna y mezquina, que afea aquella deliciosa habitación, aparecen á cada paso la elegancia, la gracia, la delicadeza y poesía del antiguo arte oriental, y en los pilares de ventanas, semejantes á esbeltos troncos de árboles, ya en aquellas fuentes perennes, que tanto abundan en el palacio.»

Existe en el palacio de Cintra, de algunos siglos á esta parte, una sala monumental, análoga á la que poco hace se fundó en Versalles, y es la destinada á perpetuar la memoria de las antiguas glorias portuguesas. Fundóse por don Manuel, y contiene los escudos de armas de setenta y cuatro familias. Le llaman alternativamente la sala de las *Armas* ó de los *Ciervos*, porque los escudos de las familias privilegiadas están colgadas al cuello de cabezas de ciervo, pintadas como ornamento de distinción.

TORRE DE BELEN.

El cronista Garcia de Resende, el todo de Juan II, el cual nos refiere tan cándidamente los lijeros favores que cada día venia el caso de hacer á aquel príncipe tan fogoso é impaciente, era al propio tiempo poeta y aventajado arquitecto, habiendo sido él quien hizo el plano de la torre de Belen. Levántase esta á la orilla derecha del Tajo, un poco mas abajo de Lisboa, en cuyo paraje dispuso D. Juan que se construyera, á fin de que sus fuegos pudiesen cruzarse con los de la *Torre-Velha*, que el fundador de la casa de Aviz habia erigido. El primer capitán que tuvo el mando de ella fué un tal Gaspar, nombrado en 25 de setiembre de 1521 por el rey don Manuel.

CONVENTO DE BELEN.

Belen, como lo ha dicho atinadamente un jóven docto del Brasil, representa la arquitectura de Portugal agitado, colonizador y progresando; lo mismo que Batalha es la espresion de Portugal independiente, bajo un régimen estable y tran-

(1) El baron Taylor ha representado una vista de esta sala en donde se despidió D. Sebastian de la corte, en 1578.

quilo. Dos arquitectos han sido citados como directores del convento de Belen: Potassi, italiano, y Juan de Castilho, esclarecido arquitecto de don Manuel (1); pero el honor de haberlo empezado pertenece á Boitaca, artista conocido por la memoria de lo que habia hecho en las obras del convento de Batalha, durante los años de 1499, 1512, 1514 y 1519.

Empezó á levantarse el monasterio de Belen el día 21 de abril del año 1500, en el terreno ocupado antes por la pequeña capilla de Rastello, destinándose para su construcción fondos considerables, procedentes á menudo del comercio de la India, pues que en el año de 1511 se ve que fueron remitidos al inspector de obras, Lorenzo Fernandez, cincuenta quintales de especias para cubrir los gastos, y que continuaron haciéndose donaciones semejantes para el mismo objeto. La fabrica tuvo necesariamente muchos arquitectos, y hasta se cuenta entre ellos, segun tradicion, á una mujer célebre. El carácter del edificio, carácter esencialmente orijinal que distingue el estilo del reinado de don Manuel, se ve reproducido en muchos monumentos del mismo período.

La fachada del monasterio, contra el sur, es de aquella piedra cáliza dura, que tanto abunda en las cercanías de Lisboa, la cual adquiere con el tiempo aquel hermoso color que tira á rojo, y que ponderan con razon los viajeros. La fachada puede naturalmente dividirse en cinco partes distintas, cuyas divisiones pueden verse en las obras especiales que hay escritas sobre Belen.

El interior de la iglesia, de aspecto sumamente orijinal, se ha dibujado y pintado tantas veces en estos últimos tiempos, que solo dirémos sobre ella algunas palabras. Segun un escritor portugués, que se precia de exacto en las medidas, la nave tiene nueve brazas de ancho, y treinta y cinco escasas de largo; de lo cual resulta que es un tanto mas

pequeña que la de Batalha, y muy inferior en estension á Alcabaza.

El monasterio de Belen encierra los sepulcros de diversos monarcas y personajes insignes; el de don Manuel, el de Juan III, de don Sebastian y de doña Catalina. Los restos del rey cardinal están colocados al lado de los de los infantes don Luis y don Carlos: el infortunado Alfonso VI descansa, por decirlo así, en un lugar separado, como permaneció durante su triste vida.

A juzgar por las descripciones que tenemos delante, infinitas son las curiosidades artísticas del convento de Belen; pero no todas han sido respetadas durante los cambios que los últimos acontecimientos han producido. Algunos de esos objetos son bastante primorosos para que el varon Taylor los haya juzgado dignos de ser vaciados: tales son, entre otros, el facistol que se halla junto al Evangelio. Actualmente el antiguo monasterio ha sido convertido en *Casa Pia*, ó asilo para huérfanos desamparados, disposicion filantrópica que determinó un decreto de 28 de diciembre de 1833. El administrador don A. M. Couceiro se ha granjeado el agradecimiento de los amantes de las artes, conciliando las nuevas exigencias del instituto con el respeto debido á los nobles restos de otra edad. La direccion de los trabajos está confiada al presente á una comision administrativa(1).

ANTIGUO PALACIO DE LOS REYES, DEMOLIDO POR EL TERREMOTO DE 1755.

Si intentase cualquiera escribir una historia de la arquitectura de Portugal, preciso seria reedificar con el pensamiento casi tantos monumentos, destruidos por una fatal catástrofe, como los hay actualmente en pie. Algunos de estos monumentos ni siquiera pueden ofrecerse en nuestra memoria: otros reviven por el pincel y por los recuerdos de los viajeros, de cuyo núme-

(1) Belen es en algun modo una escuela de artes y oficios, á semejanza de los Chalons, en la cual se cuentan unos quinientos treinta alumnos de ambos sexos.

(1) Véase Bardosa Maehado.

ro es el palacio que nos ocupa; vasto edificio, en donde se verificaron tantos acontecimientos importantes y del cual muchos autores, entre otros Alvarez de Colmenar, nos han dejado fieles descripciones. El autor de un libro publicado en 1730, esto es veinte y cinco años antes de la destruccion de aquella residencia real, se espresa acerca de ella en los términos siguientes. «El palacio del rey está en medio de la ciudad, á orillas del Tajo en una plaza llamada *Terreiro do Pazo*. Estiéndese su frontis principal por toda la anchura de la plaza, terminándose en una magnífica torre, ante la cual echan áncoras los navios y desde donde ve el rey á todos los que entran y salen del puerto, y hasta descubre el mar tan lejos como alcanza la vista. El interior del edificio es de considerable capacidad, con aposentos muy espaciosos y ricamente alhajados, dando vista por una parte al rio, y por la otra á las calles circunvecinas. Hay un patio cuadrado con hermosos pórticos bajo los cuales una infinidad de mercaderes tienen espuestas y venden las mas raras mercaderías que produce el comercio.

MAFRA.

A cinco leguas portuguesas de Lisboa está situada la villa de Mafra, que ha dado el nombre al vasto edificio apellidado el Escorial de Portugal. La poblacion de que hablamos es pequeña, y se eleva en un llano elevado á seiscientos ochenta y un pies sobre el nivel del mar. El convento, objeto de los solícitos desvelos de Juan V, está al este. La fachada principal, que mira á poniente, presenta tres vastas partes diferentes, elevándose en el centro la portada del templo, que designan con el nombre de Basílica de Mafra. La parte del edificio, consagrada especialmente á la residencia de la reina, se continua al sur, estendiéndose al norte la del rey. Cada una de estas alas se termina en el ángulo extremo de la fábrica en una magnífica torre, las cuales se levantan cien palmos sobre el nivel del terre-

no, y pueden tener en cuadro la octava parte de la estension del frontispicio. La piedra de que están fabricadas es labrada con primor: su base forma escarpa, y tiene fosos profundos al rededor.

Por lo que hace á los detalles arquitectónicos, y especialmente á la exacta indicacion de las medidas, nos remitimos á la erudita descripcion dada en las *Memorias de la Academia de Ciencias* por el canónico Joaquin Velho; añadiendo nosotros que la planta primitiva del edificio no presentaba dimensiones tan vastas cual las que se ven hoy dia. Solo tenia Juan V, al principio, intencion de erigir en Mafra un convento, dedicado á la Virgen y á San Antonio de Lisboa, y bien que, segun los primeros planos, no fuese destinado á contener sino trece frailes, y cuarenta mas tarde, hubo al fin de admitir trescientos. En consecuencia, adoptáronse los planos del arquitecto alemán Ludovici (1). Para dar una idea cabal de las obras que entonces se emprendieron, bastará saber que cinco mil trabajadores fueron empleados para nivelar el terreno, y hacer saltar un enorme peñasco que oponia estorbo á la construccion. El gasto de estas primeras disposiciones pasaba de setenta mil cruzados al mes.

Púsele la primera piedra el 17 de noviembre de 1717, espendiendo Juan V únicamente para esta solemnidad la suma de 200.000 cruzados. Trece años enteros se necesitaron para la edificacion de la basílica, trabajando en ella diariamente de 20 á 25.000 operarios; y en 1730 ascendió el número hasta 45.000, entre los cuales habian incorporado 7.000 soldados. Despues de inmensos trabajos, la basílica fué en fin consagrada el dia 22 de octubre de 1730, acompañando esta solemnidad

(1) Sucedióle su hijo, Juan Pedro Ludovici, que habia estudiado en Coimbra. C. B. Gaurio, milanés, y su hijo, fueron los primeros maestros de obras, y un italiano, llamado Justi, estuvo encargado de todo lo que miraba á la estatuaría. Las obras de fortificacion se deben á un Portugués de aventajado mérito, cuyo nombre. Constató Vieira, cita todavia con respeto.

dad con regocijos que duraron una semana. Tal fué la prodijiosa magnificencia del ajuar y de los ornamentos religiosos reunidos en el real monasterio, que refieren acerca de ello un hecho que tal vez debiera tacharse de exagerado, si por otra parte algunos restos suntuosos no prubasen su realidad. El 22 de octubre de 1730, cuando hubo D. Juan V hecho poner de manifiesto en el pavimento del templo aquella asombrosa cantidad de telas de seda recamadas de pedrerías, las cuales habían de servir luego, les dijo á los cortesanos: «Admiradlas, y sabed que cuanto teneis delante me ha costado mas que la vasta máquina de piedras que tenemos al rededor.»

El palacio entero de Mafra contiene 886 estancias de todas dimensiones, y 5.000 puertas y ventanas. He aqui lo que acerca del interior de la magnífica cúpula, dice la obra portuguesa, de la cual hemos sacado la presente noticia. «Lo que pasa es la variedad, la profusion de los mármoles de distintos colores, los preciosos mosaicos, las labores de toda especie que adornan el templo. Desde la puerta hasta el altar mayor, la basílica tiene 283 palmos de largo sobre 57 y medio de ancho; y en contando el espacio de las capillas colaterales se encuentran 142. Hay once capillas con sus altares adorneados de pinturas. El cuadro que está encima del altar mayor pertenece á la escuela romana, y representa los patronos tutelares del edificio, la Virgen Santísima y San Antonio. Encierra la iglesia dos órganos magníficos, guarnecidos de bronce dorados; pero la obra mas maravillosa, cuya majestad ha pasado en proverbio, es la cúpula, la cual está coronada por una sola piedra de 44 palmos de circuito, y de 13 de alto.»

REFLEXIONES SOBRE EL EDIFICIO REAL DE MAFRA. — DECADENCIA DEL MISMO. — LA TAPADA.

Cuanto hasta hoy dia se ha dicho acerca de este vasto monumento, á donde fueron á enterrarse las riquezas del Brasil, es tan incompleto é

inexacto, que celebramos el poder ofrecer á nuestros lectores las consideraciones llenas de sagacidad y de un verdadero sentimiento artístico que presenta un jóven escritor Portugués citado con frecuencia en esta noticia.

«Don Juan V ha tenido su Louvre cual otro Luis XIV, dice A. Herculano; pero un Louvre en armonía con el carácter mas bien beato é hipócrita que religioso, que distinguia al país en aquella época. Mafra, en su aspecto, ha permanecido indeciso entre el monasterio y el palacio. La púrpura deja ver el sayal basto, y el cetro real alterna con el cordón monástico, al paso que la sandalia del franciscano pisa sin rebozo las gradas del trono. Los que saben lo relajadas que fueron las costumbres de los Portugueses á principios del pasado siglo, y el fausto y ostentacion que mostró el culto divino, y tienen presente el boato de la corte en la misma época, y en qué debiles manos, sin embargo, se hallaba el timon del Estado, no tienen necesidad por cierto mas que de ver á Mafra, que Mafra es la imájen de ello.

«Cualquiera que sea el objeto á que el fundador lo destina, un grande edificio, es, bajo muchos conceptos, un libro de historia. Los que buscan en él un tipo, de donde inferir puedan el progreso ó decadencia de las artes en la época de su construccion, leen apenas un capítulo del libro. Los castillos, los templos, los palacios, encierran en sí toda la arquitectura de la Europa moderna, crónica inmensa, en que la historia se lee mejor que en los escritos de los historiadores. No hubieran presumido por cierto los arquitectos que llegaria un tiempo en que los hombres sabrian leer, en la masa de piedras acumuladas, la vida de las sociedades que las juntaron: abandonábanse simplemente al capricho de sus inspiraciones, determinadas siempre por la manera de vivir, de creer y sentir de la generacion que iba pasando. A semejanza de los historiadores, no sabian, en su libro de piedra, el arte de engañar á la posteridad.

« Mafra es un monumento rico, pero sin poesía, y por lo tanto sin verdadera grandeza: es el monumento de una nación que ha de acabar su existencia después de algun banquete á lo Lúculo. Juan V espendió el durante una infinidad de años los millones que prodigaba la América; siendo así, como ya cien veces se ha repetido, que con lo que Mafra ha costado, Portugal hubiera podido tener las mejores carreteras de Europa. ¿Y cual es su utilidad? ¿De qué sirve aquel inmenso monton de piedras? »

Después de haber trazado esas líneas, el escritor explica una preciosa institucion, de que el viajero no encontraba aun señales cinco años atrás. Es el cortijo que la reina, en union con el príncipe su esposo, ha hecho fundar no lejos de Mafra, en el mismo recinto que llamaban la *Tapada de Mafra*. La direccion de aquel establecimiento agrícola, del cual esperan, y con razon, los mejores resultados para los adelantos de la agricultura nacional, ha sido confiada á D. A. Severino Alves, intendente de las yeguerías reales. Hânse hecho concesiones de terreno á los habitantes del lugar vecino; han mandado buscar á Inglaterra instrumentos aratorios de cómoda construccion; se han plantado y distribuido con tino espesas arboledas para que un dia se opongan á la violencia de los vientos; en fin, todo contribuirá en breve á la realizacion de una idea fecunda, y que trae á la memoria los santos deseos de aquella reina Isabel, que apellidaban, en el siglo décimotercio, la madre de los labradores.

ACUEDUCTO DE ELVAS.

Portugal es hasta cierto punto la tierra clásica de esta especie de monumentos, y el acueducto de Elvas es ciertamente uno de los mas hermosos que se conozcan en todo el reino. Estando la ciudad que debe abastecer de agua situada en una eminencia aislada de las demas colinas, y careciendo de manantiales, fué preciso emprender aquella vasta fabrica, que tiene mas de tres mi-

llas de estension, y que se compone de muchos órdenes de arcadas sobrepuestas (1). El receptáculo de agua se halla en un paraje que llaman *Amoreira*, situado á una media legua al oeste de la poblacion.

ACUEDUCTO DE LAS AGUAS LIBRES.

Hautefort dice en su *ojeada sobre Lisboa*: « Aquel acueducto puede competir con todo lo que por el mismo estilo construyeron los Romanos. » Murphy confirma en otros términos ese testimonio, y no obstante estos viajeros dan apenas algunas noticias acerca del origen del edificio y su construccion. Probemos nosotros llenar este vacío.

Al promediar el siglo décimosexto hiciéronse algunas tentativas para proveer á Lisboa de agua salubre; y aun hay algunos escritores que pretenden que estos primeros ensayos se verificaron en tiempo de D. Manuel; lo que, cuando menos, es problemático. Las primeras disposiciones de alguna sustancia remontan al año de 1588; pero empezaba entonces para Portugal un período funesto, y abortaron aquellos primeros proyectos. Era Don Juan V, verdaderamente grande en sus designios, quien habia de levantar aquel monumento de tan grande utilidad.

Pero lo mas extraordinario sin duda es que aquella construccion colossal no costó mas de veinte años de trabajo. El encargado de ella fué el ingeniero Manuel de Maia, quien empleó unos materiales tan sólidos, que la terrible catástrofe de 1755 dejó inmóviles las arcadas. El acueducto empieza á unas tres leguas de la ciudad, en el arroyo de *Carenque*, contentiendo, en toda su estension, ciento veinte y siete arcos de piedra excelente. La altura interior del conducto es de trece pies: cuando la elevacion del terreno que recorre

(1) Laudmann (George) *Historical, military and picturesque observations on Portugal*. Londres, 1818, 2 t., en fól. Insiste este autor sobre el carácter notable del monumento, del cual damos una vista. En el número de los mejores acueductos es menester incluir el de Villa de Conde, descrito por Costignan.

lo exige, sigue la línea señalada que pasa por debajo de él. Hay de espacio en espacio torres cuadradas, con ventanas en cada frente, guarnecidas de rejas de hierro, que sirven para mantener la ventilación. Pero en donde toma el acueducto el carácter mas grandioso, es en el lugar en donde atraviesa el río Alcántara. Admirable es desde aquella altura imponente la vista de que se disfruta, y al mismo monumento presenta el aspecto mas majestuoso. Representese cualquiera treinta y cinco arcos inmensos, que unen dos eminencias opuestas, cubriendo un espacio profundo de cuatrocientas toesas de extensión. Por aquella parte llegan las aguas al punto de Lisboa, designado con el nombre de *Cidade-Nova*, en donde toma el de *Amoreiras*, ó Moreras, en razón de haber habido antes en aquel lugar un plantío de árboles de esta especie.

En el mismo punto, es decir al Norte, en una calle que sirve de entrada en Lisboa, hay otro acueducto, semejante á un arco triunfal, de órden dórico, el cual data de 1738. Al salir del paseo de las *Amoreiras*, hácia el sur, encuéntrase un vasto depósito de aguas, semejante á una torre cuadrangular, hecho de piedra labrada, de admirable calidad; fué acabado en 1834, y el pueblo lo denomina *Mai d' Agua de Rato* ó das *Amoreiras*.

REAL PALACIO DE LAS NECESIDADES.

Este palacio es la residencia habitual de la reina Doña María, y ofrecerá, sin duda, interés el saber el origen de una denominación, acerca de la cual oyes con frecuencia hacer ciertas preguntas. Hé aquí lo que sobre el particular dice un escritor portugués. « En 1599, cuando la terrible plaga de la peste afligía á Lisboa, en tales términos, que morían cada día setenta y mas personas, los habitantes que poseían algunos medios ibanse al interior de las provincias, con la esperanza de hallar un aire mas saludable. Hubo entre ellos dos, marido y mujer, que vivían en la parroquia de los Anjos, los cuales fueron á buscar un refu-

jio á Ericeira. Durante la temporada que permanecieron en aquel pueblo, á orilla del mar, iban á encomendarse á Dios en una ermita, en donde se veneraba una preciosa imagen de la Virgen. Cuando hubo cesado la peste en la capital, los dos esposos regresaron á su antiguo domicilio; pero no pudiendo separarse de aquella imagen, determinaron llevársela secretamente consigo. Verificáronlo en efecto; y con la ayuda de las limosnas de los fieles, lograron que se construyese una pequeña iglesia en el terreno que ocupaba Alcántara, que entonces formaba un arrabal. Ana de Gouvea de Vasconcellos hizo concesión del terreno, concurriendo para los gastos una cofradía de marinos, la cual se habia formado en honor de la Virgen, invocada con el título *das Necessidades*, porque los marineros, en medio de las tribulaciones y enfermedades ajenas á su modo de vivir, recorrían piadosamente á la intercesión y patrocinio de la Imagen santísima. Pedro de Castilho, que era del real consejo, compró la habitación de Ana de Gouvea, y renovó y aumentó las construcciones del templo, definitivamente concluido en 1659.»

Desde aquella época, la iglesia de Nuestra Señora de las Necesidades, que habia tenido un origen tan humilde, fué objeto de particular solitud de parte de los Soberanos. Isabel de Saboya, esposa del infortunado Alfonso VI, iba á ella á cumplir con los preceptos de la iglesia; y mas tarde Juan V, al salir de una peligrosa enfermedad, mandó edificar no solamente el riquísimo templo que se ve hoy día, si que tambien el palacio á él contiguo, y que sirve de residencia real. Este edificio, que á juicio de los mismos Portugueses, es mas bien una quinta suntuosa que un palacio de reyes, se distingue principalmente por lo deleitoso de sus jardines y la abundancia de sus aguas. Nótanse en ellos muchísimas estatuas de jaspe, muy bien trabajadas, obra de Giusti, que enviaron á buscar á Italia para fundar la escuela de Mafra. En-

cierra igualmente la capilla real una hermosa estatua de San Pablo, obra de José de Almeida, quien ocupa un lugar distinguido entre los estatuarios portugueses. El palacio de las Necesidades contiene mayor número de objetos de arte de lo que generalmente se cree, debiéndose mencionar mayormente la rica biblioteca que posee ediciones antiguas de mucha estima, como tambien gran copia de manuscritos todavía inéditos, de que podrá sacar buena utilidad la historia nacional. Añadiremos á estas noticias, que fué en dicha real residencia, donde se reunieron las primeras cortes extraordinarias despues del año de 1820.

ESTATUA ECUESTRE DE DON JOSÉ.—
OBRAS DE ARTE HECHAS POR JOAQUIN MACHADO Y BARTOLOMÉ DA COSTA.

El hombre, cuyo testimonio se invoca ordinariamente cuando se trata de algun monumento importante de Portugal, el arquitecto inglés Murphy, ha hecho entera justicia á la obra de Machado, proclamándola «obra de un gran maestro;» pero quizá ha andado harto riguroso en su juicio acerca de los Portugueses, afirmando que el nombre de dicho artista habia quedado en el olvido entre sus compatriotas. Tal vez se ha exagerado un tanto el mérito del fundidor en menoscabo del del estatuario; no es sin embargo justo el decir que Machado yace en profundo olvido. Dado caso que así sea, la generacion presente se esfuerza por reparar la culpa de la pasada; y á fin de restablecer en su verdadero lugar los hechos ignorados del artista inglés, vamos á reproducir una noticia, debida á un compatriota del propio Machado.

« Cuando despues del funesto terremoto de 1755 empezóse la reedificacion de Lisboa, concibióse el designio de elevar un monumento en el centro de la plaza del Comercio, construida en el terreno del antiguo *Perreiro do Pazo*. Eugenio de los Santos Carvalho, capitan de ingenieros, estaba encargado no sola-

mente de los reparos de la ciudad, sino que segun sus planos habian sido fabricados los edificios que actualmente forman la citada plaza del Comercio. Al morir, dejó un proyecto de estatua ecuestre, que debia servir para adorno de dicha plaza; pero en su diseño, la parte convexa y posterior del pedestal, en que ahora se ve el bajo relieve, quedaba desnuda y sin ornato. Cuando quisieron hacer el monumento, un artista, natural de Malta, pero que habia estudiado en Italia, recibió el encargo de presentar un modelo, conforme al diseño mencionado, y el capitan Reinaldo Manuel de los Santos, que habia sucedido en el cargo de arquitecto al capitan Carvalho, hizo que disputase el premio Joaquin Machado, quien estaba á la sazen ocupado en la escuela de escultura de Mafra. Hizo este último un modelo de cera, siguiendo el diseño del capitan de ingenieros, y habiendo sido presentado al rey juntamente con el del Maltés, el de Machado obtuvo la preferencia. » No copiarémos todos los pormenores consignados en la noticia que acabamos de consultar; solo diremos que no dejaron á Machado la libertad de inventar las alegorias de los grupos principales, ni siquiera la de alterar los accesorios de la estatua ecuestre, debiendo contentarse con corregir las faltas de dibujo; y aun mucho fué si permitieron al vuelo de su propia fantasía la composicion del bajo relieve, para el cual Eugenio de los Santos no habia transmitido ningun bosquejo. Por lo demás, el mismo artista ha consignado en una obra especial estos hechos, interesantes para la historia del arte, y confirmados en otra parte por Antonio Stopani.

Una vez concluido el gran modelo, era necesario hallar un hombre capaz de fundirlo en bronce; y bien que á primera vista debiese esta operacion parecer imposible, pues no poseia Portugal ningun monumento de esta clase, Bartolomé da Costa, teniente coronel, encargado de la direccion del arsenal, acometió esta empresa, de la cual salió airoso,

viéndose en Portugal, el día 15 de octubre de 1774, una estatua colosal de una sola pieza (1). Murphy, observa con razon, que en la época en que se emprendió esta obra, no habia sino un solo ejemplo de una estatua ecuestre de semejantes dimensiones, y en aquel estado de perfeccion; y aun es de saber si la estatua de José I no es mayor que la que él suponía, y que representaba á Luis XIV en la plaza de Vandoma.

Ochenta artifices estuvieron empleados durante seis meses continuos en cincelar la estatua, operacion que se ejecutó en el mismo foso, y que fué terminada el 13 de mayo de 1775. La ereccion definitiva de la estatua efectuóse el día 20 de mayo de 1775, en presencia de ioménso jentío, que con miles de aclamaciones saludó aquel coloso de bronce, en el cual no gusto severo encontrará tal vez algunas faltas, pero que no deja de ser por eso una obra sobresaliente, de que puede vanagloriarse Lisboa.

Las recompensas que dicha obra valió á sus autores, fueron distribuidas con bastante desigualdad: es verdad que Joaquín Machado fué creado caballero, pero pasó su vida en un estado próximo de la indigencia; al paso que Bartolomé da Costa recibió en lo sucesivo el grado de teniente jeneral. Nadie estrañará seguramente que semejante grado haya sido el premio de aquel oficial, cuyo mérito es indisputable; pero se encuentra muy raro que el verdadero autor del monumento no haya sido galardonado con mas justicia. El autor de la gran Descripcion de Portugal, Landmann, pretende que el marqués de Pombal no habia hecho erijir el monumento sino para tener ocasion de que se grabara en él su medalla. En este caso no disfrutó por mucho tiempo el misis-

tro de esa débil compensacion á tantos trabajos, pues que su effie fué arrancada en los últimos años del siglo décimooctavo.

TORRE DE LOS CLÉRIGOS EN OPORTO.

Entre los edificios religiosos de aspecto orijinal, y cuya celebridad no se estiende mas allá del país, es menester contar la *Torre dos Clérigos*. Esta fábrica, la cual sirve de punto de mira á los navegantes que quieren penetrar por la barra difícil del Duero, es pe construccion muy moderna, habiendo dado principio á ella en 1732 y terminándose en 1763. Es la torre mas alta que se conozca en Portugal, y una de las construcciones mas notables de la ciudad de Oporto. Fabricóla un arquitecto italiano, llamado Nicolo Mazoni. Situada en la cima de una calle muy elevada, su posicion aumenta aun el efecto que produce en el viajero. Afirman que sus campanas pesan cien y hasta doscientas arrobas. La iglesia, á la cual sirve de principal adorno, fué consagrada en 1779; habiéndose hecho toda la fábrica á costa del clero, circunstancia que esplica la denominacion dada á la torre.

TEATRO DE SAN CARLOS.

Desde los años de 1502, en que Gil Vicente iba á representar sus Autos, ó aun mejor sus Pastorales á la propia habitacion de la reina, hasta 1793; época, en la cual levantóse aquel hermoso edificio; mucho habria que decir acerca de los teatros y de las representaciones dramáticas en Portugal. Cervantes, con su perspicacia inimitable, nos ha dado en pocas palabras la idea mas orijinal de lo que era el teatro de la Peninsula en tiempo de Juan de la Encina y de Torres Naharro. Poca diferencia hubo entre las representaciones populares de Portugal y España. Sabemos que las vastas salas de las universidades y los salones magníficos de los palacios reales, sirvieron primitivamente á la representacion dramática de las eruditas piezas de Antonio Ferreira y de Sa, de Miranda. La docta hija de D. Ma-

(1) «Tenia 24 pies de alto, y fué fundida de una sola pieza por Baltasar Keller.» *Viaje de Murphy*. Empleáronse para fundirla 636 quintales y medio de bronce, calculándose que solo quedaron 500 despues de haberse sacado los conductos del metal. La armazon interior de hierro, dispuesta con admirable tino por B. da Costa, pesaba 200 quintales.

nuel, que trataba con intimidad á Sigea y á Paula Vicente, no ignora-ba, que esta última era la actriz mas sobresaliente de su tiempo, y mas de una vez hubo de dar muestras de su talento en las composiciones originales del padre. El hijo de D. Manuel, aquel noble D. Luís, que habian apelidado las delicias de Portugal, cultivaba la poesía dramática, pues le atribuyen *Don Luis de los Turcos*; y pudo hacer representar sus comedias en un palacio, cuyo fasto y magnificencia poudieran todos sus contemporáneos. Pero de allí no debió pasar la afición á las representaciones dramáticas; así á lo menos nos lo hacen suponer diferentes investigaciones particulares. Bien es verdad que el rey cardinal hizo representar en Coimbra algunas piezas eruditas, cuando era todavía príncipe real, y tenia presentes las lecciones del sabio Klenardt; pero las espinosas funciones de inquisidor jeneral, y mas tarde las dificultades siempre en aumento de los negocios, acabaron necesariamente por apartarle de aquella clase de diversion. Por lo tocante á D. Sebastian, aun suponiendo que el impulso dado en Europa al teatro hubiese podido mas con él que su misticismo habitual, la gran catástrofe de 1578 impidió infaliblemente toda representación de aquella especie. Al advenimiento de la casa de Braganza, hubo en el trono un príncipe esencialmente artista; pero D. Juan IV se dedicaba con mas afición á la música religiosa que á la dramática; y nada nos indica que hubiese durante aquel período un teatro permanente en Lisboa. Solo fué en el siglo décimooctavo que se vieron en aquella capital salas especiales, consagradas á las representaciones dramáticas. Las piezas compuestas por el infortunado Antonio José, exijan por precision cierta pompa teatral, y toda la ciencia del maquinista no era de mas, cuando por los años de 1740 representábase en el teatro de *Bairo-Alto* una de aquellas óperas, cuyo título por sí solo indica complicacion de decoraciones.

Confiamos que se nos perdonará la

estension de este preámbulo; pero la falta casi total de datos sobre la materia, exija un capítulo aparte. Volvamos al teatro principal de Lisboa. Cuando durante el reinado de D. José llegó á la capital de Portugal aquella famosa Zamperini, cuya melodiosa voz celebraron los poetas de su tiempo, y cuyas gracias y atractivos volvieron la cabeza, segun dicen, á ciertos personajes elevados del clero (1), fué á establecerse con su compañía al teatro de la calle de los Condes. Pasaba esto en los años de 1770 á 1774, y nada habia adecuado en aquel salon pequeño á las exigencias de la ópera. Sintióse al fin la necesidad de un teatro mas vasto, y habiéndose formado una compañía, merced á la reunion de muchos capitalistas pudientes, elevóse el teatro de San Carlos en el corto espacio de seis meses. Hizo el diseño José da Costa y Sylva, hábil arquitecto, que habia estudiado en Italia, y Antonio da Cruz Sobral dirigió las obras con rara intelijencia. El nuevo teatro se abrió el día 29 de abril de 1790, con motivo de una solemnidad de la corte.

Mr. Hautefort, hace justicia al mérito, de que en aquella circunstancia dió pruebas el arquitecto Sylva: « Todos los corredores son con bóveda, dice el mismo, como tambien las escaleras que conducen á los palcos: las salidas están distribuidas con tanto acierto, que en un instante la sala puede quedar desocupada. La escena es de una profundidad inmensa, y se han visto manobrar en ella ochenta caballos á un tiempo. » Mucho incremento ha tomado en Lisboa la afición al teatro; y en la línea de los poetas que mas prometen colocan al Sr. Leal.

PALACIO DE AJUDA.

Habiendo un incendio destruido el antiguo palacio que José I habia hecho construir, y del cual todavia se ven algunos vestijios en el recinto de aquel, Maria I fué á habitar el de

(1) Véase sobre aquel curioso período del teatro portugués una nota estensa escrita por el erudito y agudo Lecussan Verdier, en su comentario al poema del *Gozapillou*.

Queluz, que habia mandado fabricar su tio y esposo á la par. Juan VI, ya rejeute, fué quien puso la primera piedra del palacio de Ajuda á nombre de su madre. Los primeros arquitectos llamábanse José da Costa, Fabri y Manuel Gaetano, y el último Antonio Francisco da Rosa. El edificio está todavía muy incompleto: la parte concluida puede competir con muchos de los grandes palacios que existen en las demas capitales de Europa.

IGLESIA DE ESTRELLA.

A juicio de un escritor que tiene conocimientos especiales sobre la materia, la iglesia de Estrella de Lisboa, la cual empezó á edificarse en 1779, y para cuya ereccion siguiéronse los diseños de San Pedro de Roma, es el edificio relijioso de la capital que ofrece en su conjunto el aspecto que menos deja que desear. Hízose en diez años por Doña María I.

CONCLUSION.

Por poco que esté uno al corriente de la historia de los primeros años del presente siglo, no habrá echado en olvido el famoso tratado de Fontainebleau, que fué firmado en 27 de octubre de 1807, y una de las cláusulas secretas, del cual debía tener por efecto la division de Portugal en tres partes, con la creacion de un principado soberano en los Algarves para el príncipe de la Paz. Sin embargo el 26 de octubre de 1806, Don Juan habia cerrado sus puertos á los Ingleses, y el 8 de noviembre de 1807 secuestraba los bienes de los súbditos del imperio británico que se habian quedado en Portugal. Esas concesiones empero no impidieron el que en 11 de noviembre del mismo año, un artículo del *Moniteur* declarase, que la casa de Braganza habia dejado de reinar. Desde aquel momento estuvo resuelta la invasion de Portugal; y con todo, habiendo la embajada inglesa salido de Lisboa el 17 de noviembre, el bloqueo del Tajo empezaba bajo las órdenes de sir Sidney Smith.

Cuando por unas de aquellas pro-

diosas marchas, que bien pueden compararse con las mas brillantes victorias, hubieron los Franceses traspasado las montañas desiertas de la Beira baja, hicieron otra cosa todavía mas estraordinaria. No obstante, las baterías que guarnecian el Zézere, la vanguardia de la primera columna del ejército de la Gironde estaba el 29 de noviembre en Saccavem; y el 30, Juoot, al frente de 1.500 granaderos, resto de cuatro batallones, entraba en Lisboa.

Tres dias antes, el rejeute habia tomado una gran resolucion política. Salíó un decreto que anunciaba la intencion en que este príncipe se hallaba de abandonar á Europa, y de retirarse á sus posesiones del Brasil. Nombraba el mismo decreto una rejencia (1). é invitaba á los pueblos á tratar á los Franceses como amigos. El 27 renovábanse las relaciones interrumpidas entre Portugal é Inglaterra, y Don Juan se embarcaba (2).

Antes de partir, quiso doña Maria despedirse del pais cual verdadera reina. Como si en aquella hora solenne se hubiesen despertado en su leflaquecida memoria los gloriosos recuerdos del pasado, profirió una de aquellas espresiones que llegan al corazon, y dan realce al infortunio: « No con tanta prisa, dijo á los que la acompañaban, pues podría creerse que huíamos. »

Un niño, pues don Pedro contaba apenas nueve años, preguntó si se irían sin pelear. Con efecto á pesar de la tranquilidad aparente de Lisboa, preparábase una de aquellas guerras encarnizadas, y fértiles

(1) Componíase la rejencia de cinco funcionarios elevados, cuyos nombres son los siguientes: el marques de Abrantes, el teniente Fr. da Cunha Menezes, Castro, Pedro de Mello Bregner; y en fin, el teniente jeneral Fr. Xavier de Noronha.

(2) La reina, el rejeute, el infante D. Pedro, y el príncipe de España, sobrino de D. Juan, embarcáronse en el navío *el Príncipe-Real*, de ochenta cañones. La princesa, sus hijas y Don Miguel, entraron en otro buque. Valúanse en 15.000 las personas que entonces emigraron al Brasil en bajeles del Estado. Componíase la escuadra en todo de ocho navíos, tres fragatas y tres briks; y no la perdieron de vista hasta el 30.

en episodios de toda clase, que la historia no echa nunca jamás en olvido (1). Los acontecimientos que mas tarde sobrevinieron fueron á responder al príncipe niño en las pacíficas mansiones de San Cristobal.

Fiel al plan que habia seguido, Napoleon impone á Portugal una contribucion de 40,000.000 de cruzados, equivalentes á 100,000.000 de francos; y el 1.º de febrero de 1808 una proclama de Junot anuncia el destronamiento de la familia reinante, aboliendo la rejencia nombrada por don Juan, y declarando ademas que en adelante todos los actos administrativos irian publicados á nombre de Napoleon.

Don Juan, llegado á Rio el 8 de marzo de 1808, responde á esos actos declarandose abiertamente contra la Francia, y abrogando el tratado de Badajoz de 1801, y el de neutralidad, firmado en 1804. El 18 de junio del mismo año, huye en Oporto un levantamiento contra el ejército de invasion, y se forma el 19 una junta suprema. Penetran los Ingleses en Portugal, y desde entonces trábase una lucha terrible y fácil de prever. La insurreccion de Beja; el ataque de esta poblacion por los Franceses; el saqueo de Evora por los mismos; el combate de Rolliza, en que Sir Arturo Wellesley obtiene un triunfo señalado, son otros tantos sucesos importantes, que preceden la batalla de Vimeiro.

Durante esta jornada, que tuvo lugar en 21 de agosto de 1808 (2), los Franceses, en número de 12.000 segun unos, de 14.000 segun otros, tienen que hacer frente á fuerzas que á juicio de los mismos Ingleses ascendian á 28.000 hombres. En la víspera, Sir Arturo Wellesley entrega el mando á Sir Harry Burard. El du-

que de Abrantes dirige el ataque á las ocho de la mañana; pero despues de haber hecho prodigios de valor, el ejército francés se ve forzado á recojerse á Torres Vedras, valuando sus pérdidas en unos 1.800 hombres y 13 piezas de artillería. Gracias al acertado manejo del jeneral Kellermann conciertase un armisticio el 22 de agosto; y el 30 se firma el célebre convenio de Cintra. A consecuencia de este tratado de evacuacion, 25.747 hombres, resto del ejército francés se embarcan con armas y bagajes á bordo de la escuadra inglesa. la cual sufre varios temporales; pero desembarcan en fin aquellos ó en la Rochela ó en Quiberon, y como lo observa un jeneral aventajado. aquel ejército que ha conservado armas, municiones, bagajes, vuelve á entrar tan numeroso como antes en la Península, un mes despues de su desembarco.

Otras dos invasiones de tropas francesas señalan aquel período borrascoso de la historia de Portugal. Esas expediciones célebres han sido relatadas circunstanciadamente en la obra destinada á dar á conocer las relaciones de la Francia con las naciones extranjeras. Nosotros dejaremos la parte política para no ocuparnos sino de los hechos.

En 1809, el mariscal Beresford toma el mando del ejército portugués y el 7 de marzo del mismo año el mariscal Soult entra en Oporto. Las fuerzas de que este puede disponer para la expedicion no se elevan sino á 25.000 hombres. Sentimos el no poder dar una idea de las disposiciones que tomó el mariscal siguiendo las órdenes de Napoleon. Digamos, sin embargo, que por esta vez las diversas operaciones están esencialmente enlazadas con lo que acontece en España, y que por desgracia el duque de Bellune tiene á bien no dirigir una invasion contra Portugal como se lo habian ordenado. El 22 de abril, el jeneral Wellesley desembarcaba en Lisboa con crecidos refuerzos: luego tiene á su disposicion 26.000 hombres de infantería y 2.400 de caballería; marcha contra el mariscal Soult pasa el Duero, y el 10

(1) Segun el teniente jeneral Thiébauld, el total del ejército ocupante ascendia á 28.586 hombres. La invasion se habia efectuado con solos 24.133, pues los 4.453 restantes llegaron mas tarde de Francia.

(2) V. sobre esta accion decisiva: jeneral Foy tom. IV p. 321, jeneral Thiébauld, *relation de l'expédition de Portugal*, Paris 1817, p. 195 y *Précis* del teniente coronel de ingenieros Angoyat.

de mayo atraviesa el Vonga. Precisado á evacuar á Oporto, el ejército francés se retira hácia el camino de Amarante. Después de una marcha, cuyas cuerdas disposiciones nadie podrá disputarle, aquel valeroso ejército, en número todavía de 19.700 hombres, llega el 17 á Montalegre, y el 20 á Orense, no habiendo perdido sino 500 hombres. Mr. Bignon atribuye el éxito funesto de aquella jornada, « al espíritu de rivalidad é independencia que impedía á los mariscales el apoyarse entre sí, como lo hubieran hecho bajo la mano inmediata de Napoleón ».

A fines de marzo de 1810, tomó el mariscal Masena en Salamanca el mando de un ejército de 70 000 hombres, destinado á invadir por tercera vez á Portugal. Pero ya Wellington ha dado sus disposiciones, adoptando un sistema que consistía en varias providencias ordenadas á los habitantes para convertir en un desierto el país entre el Mondego y las líneas de Torres Vedras. Los historiadores suponen que el total del ejército anglo-portugués ascendía á 60.000 hombres; pero es menester observar que la rejencia disponía aun de 15.000 hombres de tropa de línea, y de 46.000 de milicia organizada; bien que verdad es que estas tropas designadas con el nombre de *ordenanzas*, no tenían sino cierto número de fusiles y que se servían alternativamente de picas y guadañas. El ejército inglés estaba dividido en dos cuerpos; 45.000 hombres marchaban bajo las órdenes de lord Wellington, el jeneral Hill mandaba 1.500 y permanecía en Portalegre.

Abrese por fin la campaña en junio con el sitio de ciudad Rodrigo, la cual se rinde después de 26 días de ataque. El ejército francés penetra de nuevo en Portugal, y pone sitio delante de Almeida, mandada por el brigadier Cox; la explosión de un almacén de pólvora acelera la rendición de la plaza, la cual capitula el 28 de agosto. Por aquella época un decreto con fecha de 24 de mayo, aumenta el número de miembros de la rejencia, y les agrega Carlos Stuart

ministro plenipotenciario de la corte de Inglaterra en Lisboa. Mientras se prepara el príncipe de Essling para entrar en Portugal, sigue Wellington con su plan de destrucción, á fin de que carezca de vituallas el ejército enemigo. En fin, el 27 se da la célebre batalla de Busaco, en la que los Franceses pierden 1.800 hombres, y el ejército anglo portugués 1.300.

El 8 de octubre, lord Wellington se retira detrás de las líneas formidables de Torres Vedras, cuya existencia Massena ignoró hasta el 9; y allí es donde deben estrellarse todos los esfuerzos de un ejército reducido á menos de 50.000 hombres. A mediados de noviembre el jeneral en jefe ordena la retirada efectuada con el mayor tino y acierto.

El 31 de octubre, habíase publicado en Lisboa el tratado de amistad y alianza entre el príncipe regente de Portugal y el rey de Inglaterra. El conde de Linhares, por una parte, y lord Strangford, por otra, firmaron aquel documento diplomático bastante conocido, que los Portugueses han caracterizado muy bien apellidándolo *o miserimo tratado* (1).

Sin embargo, después de la llegada del jeneral Foy, portador de órdenes que ya no pueden ser integralmente ejecutadas, toma el jeneral en jefe la determinación de retirarse el 5 de marzo de 1811 de la posición que ocupaba en Santarém. Como lo observa el coronel Augoyat, el emperador aprobaba el proyecto del príncipe de dirigirse detrás del Mondego y de aguardar el momento favorable para combinar un nuevo ataque. La línea de operaciones toma por punto de mira á Coimbra, y el grueso del ejército marcha contra esta ciudad por Leiria, Pombal, Redinha y Condaira. El mando de la retaguardia está en manos del duque de Elchinjen, quien el día 12 da el combate de Redinha. Durante este tiempo adelántanse los Franceses hasta el arrabal de Coimbra, á

(1) Es fechado en Rio de Janeiro, en 19 de febrero de 1810.

la orilla izquierda del Mondego encuentran cortado el puente, y vigorosamente defendido por una formidable artillería por el coronel Trant; y bien que algunos soldados de á caballo se arrojen á pasar el Mondego, pronto se hace indispensable el mudar la línea de retirada, siendo preciso abandonar varios bagajes y hasta algunos prisioneros. El 15, llegan todos los cuerpos al Ceira, y el 21, el ejército entero se halla en Celorico, en donde sobreviene un fatal disentiimiento, cerca la marcha definitiva que se deba seguir, entre los dos varones eminentes, en quienes tienen fijos los ojos las tropas francesas, y á los cuales acatan igualmente, bien que sean desiguales sus poderes. El príncipe de Esling quita al mariscal Ney el mando de uno de los cuerpos, después de lo cual el ejército se retira detrás del Coa al cabo de ocho meses de marchas y de fatiga. Después del combate de Sabugal, que es el 3 de abril el ejército entero regresa á España, y se acantona en los alrededores de Salamanca.

Algunos escritores portugueses, entre otros Monteiro, consideran como una cuarta invasión la entrada en Beira de una division al mando del mariscal Marmont, la cual se efectuó el 12 de abril de 1812. Guarda, Celorico, Setuval cayeron sucesivamente en su poder, y después fueron abandonados. Esta expedición se confunde, por decirlo así, con la precedente; y fué además de poca duración, pues que el 23 las tropas francesas volvieron á pasar el Tamega, dirigiéndose hácia Tormes. El historiador que acabamos de citar hace subir á mas de cien mil el número de habitantes que sucumbieron en Portugal durante aquella desastrosa guerra. Desde el 25 de julio de 1813 hasta el 2 de agosto del mismo año hay una serie de choques entre el ejército anglo-portugués mandado por lord Wellington, y las tropas francesas bajo las órdenes del mariscal Soult. Zuberi, Roncavalle, Valle de Sanz y Liazoz son los puntos principales en donde se trabó la terrible lucha. El mariscal tiene

por dos veces bloqueado á su rival en San Sebastian y en Pamplona; pero logra este frustrar sus planes bien combinados y le obliga á atrincherarse en los Pirineos. Las refriegas de Lezaca (13 de agosto de 1818), el asalto de San Sebastian, las batallas que se dieron, la una al pasar el Bidassoa, y la otra cerca de la ermita de Sarre, señalaron las jornadas de 31 agosto, de 7 y de 8 de octubre. Desde el 31 de este último mes, después de la rendición de Pamplona, que capituló por falta de provisiones, toman los negocios un rumbo mas decisivo y de resultas del combate de 10 de noviembre en que pierden los Franceses 51 piezas de artillería y 1.400 prisioneros, séguense los de Nive, Villa-Franca y del Adur. El 14 de febrero, el general Hill pasa el Gave en Oloron. Vese luego Bayona bloqueada; y después de la batalla de Ortez, en 27 de febrero de 1814, dos divisiones del ejército portugués al mando de lord Beresford, entran el 12 de marzo en Burdeos. ¿Quién no conoce la batalla de Tolosa, y el prodigioso valor de que dieron pruebas las tropas francesas (1)? En aquella jornada, cuyas consecuencias tienen todos presente, el cuerpo de los Portugueses era de 20 000 hombres. Con mucha oportunidad pueden aplicarse á dicha jornada las palabras de un historiador francés: « Muchísimas derrotas gloriosas se encuentran en los fastos militares de las naciones mas belicosas. »

La noticia de los grandes acontecimientos que acaban de sucederse en Europa llega al Brasil juntamente con el tratado de paz general firmado en 30 de mayo de 1814. Juan VI envía sus dos plenipotenciarios á Viena, y elije, para representarle en el congreso, al conde de Palmella, al consejero Antonio de Saldanha da Gama, y á don Joaquim Lobo da Silveira, cuyos diplomáticos tie-

(1) La batalla de Tolosa fué el 10 de abril de 1814 en la cual los ejércitos aliados perdieron 4.659 hombres: 2.124 los Ingleses; 1.928 los Españoles, y 607 los Portugueses.

nen que tratar de la rendición de Olivenza, y de la gran cuestión de la esclavitud. No obstante las reclamaciones del conde de Palmella y del ministro español, queda adoptada la abolición del tráfico de negros, y el 20 de enero, Portugal adhirió á abandonar todo comercio de esclavos, al norte de la línea. En 1815, se estipula que las potencias aliadas interpondrán su mediación para hacer que se restituya á Portugal la ciudad de Olivenza; pero Labrador, el ministro de Fernando VII se opone con empeño á esta concesión. Añadirémos aquí que durante el mismo congreso, Portugal no va comprendido en la indemnización de 700 millones que la Francia paga á los soberanos aliados.

El 16 de diciembre de 1815, cumpleaños de la reina madre, una ley promulgada en Rio de Janeiro, eleva al Brasil á la dignidad de reino. Beresford es nombrado poco después mariscal general, independiente del gobierno de Lisboa, y en calidad de tal hallase investido del mando superior de las tropas portuguesas. Habiendo el 20 de marzo de 1816 fallecido la reina doña María I.^a, toma inmediatamente el regente el título de rey. Al año siguiente en 5 de noviembre de 1817 el infante don Pedro se reúne con la archiduquesa Leopoldina, con quien habia casado el 13 de mayo por procura. En 1818 hácese en Rio la aclamación de Juan VI conforme al antiguo ceremonial puesto en uso desde el advenimiento de la casa de Braganza. Otra solemnidad se celebra el año siguiente en la capital del Brasil, bautizándose el 3 de mayo de 1819 á la infanta doña María hija de don Pedro, con el título de princesa de Beira.

No repetirémos en este lugar los acaecimientos políticos que precedieron á la separación definitiva de Portugal y del Brasil, puesto que ya se ha hecho un resumen de ello, cuando hemos bosquejado en un volumen especial las revoluciones que en el nuevo mundo señalaron los últimos años del reinado de Juan VI.

Mientras preparaba el Brasil todos

los elementos de su independencia, estallaba el 20 de agosto de 1820 una revolución en Oporto, cuyo objeto era proclamar nuevos principios constitucionales. En 9 de setiembre del mismo año convoca el gobierno cortes extraordinarias, y después de mas de un siglo de silencio, la antigua representación portuguesa hallaba un jeneroso defensor en la persona de Manuel Fernandez Tomaz; cuyo enérgico majistrado no tenia reparo en esponer á sus compatriotas el cuadro desnudo y terrible de los males ocasionados por la injuria: llamaba al pueblo á su regeneración por medio del trabajo, y le infundia esperanzas con la memoria de lo que habia hecho (1).

El 26 de enero de 1821, reúnese el congreso nacional en Lisboa, y después de haber procedido al nombramiento de una rejencia, para dirijir los negocios en ausencia del rey, quedan instaladas las cortes constituyentes. El 21 de julio del mismo año Juan VI desembarca en Lisboa. Después del 13 de mayo de 1822, y bajo la impresion que debe causar la noticia de la independencia del Brasil, jura aquel una nueva constitucion, la cual queda luego anulada. (En 5 de junio de 1823) «Juan VI, dice un testigo ocular, regresa á Lisboa, después de haber salido de ella por Villa-Franca. Las cortes son disueltas, á consecuencia de una insurreccion militar, cuyo jefe es D. Miguel (2)».

Varias plumas elocuentes han delineado los disturbios de toda espe-

(1) La historia moderna debe mirar como uno de los documentos mas significativos de aquella época, el escrito intitulado: *Relatorio sobre o estado e administracao do Reino durante o tempo da junta provisional do governo supremo*; leido durante las sesiones de las cortes extraordinarias, del 3 al 5 de febrero de 1821. — Fernandez Tomaz nació en 1771 en Villa-da-Figueira-da-Foz-Mondego; y murió á 19 de noviembre de 1822, noble y pobre en sus últimos dias como Juan de Castro.

(2) Varias obras portuguesas, francesas é inglesas han salido á luz sobre la historia moderna de Portugal, cuya larga nomenclatura, inútil para mucha clase de personas, puede verse en el orijinal francés de esta obra *L'univers*, en el artículo de Portugal, p. 413. (N. del T.)

cie y las pasiones funestas á que ha dado origen la aparición en el horizonte político de aquel personaje famoso. Si no tenemos espacio suficiente para apuntar los actos sangrientos que afligen al país, con mayor motivo nos falta para referir por extenso el rumbo fatal que van á tomar los negocios durante aquel período.

Desterrada la esposa de Juan VI, Carlota Joaquina, por haberse negado tenazmente á seguir las nuevas leyes del reino, fórmanse un partido que va aumentándose, y que debe muy luego lanzar al país en todos los horrores de la guerra civil. Por otra parte Juan VI, asustado con fundamento del carácter amenazador que presentan los sucesos, nombra el 18 de junio de 1823 una junta para determinar el medio mas conducente de constituir la nación (1), cuando sobrevienen los célebres acontecimientos del mes de mayo, bajo la influencia perseverante de D. Miguel. El terror reina en Lisboa; succétese las prisiones, viéndose puestos en la cárcel sujetos eminentes como el duque de Villa-Flor y el marqués de Palmella. En la imposibilidad en que Juan VI se halla de poner un freno á aquellas deplorables ocurrencias, y temiendo por otra parte la realizacion de un atentado mayor, refújase á bordo del *Windsor-Castle*. La facción miguelista ve finalmente sus proyectos desconcertados, y el 13 de mayo de 1824, antes de pasar un año, recibe D. Miguel la orden de salir de Lisboa para viajar. El 5 de junio siguiente, después de haber examinado seriamente el dictámen emitido por la junta, declara el rey que la constitucion propia de la nación es la de Lamego, y en su consecuencia convoca córtes. Uno de los hechos mas notables de la época es el reconocimiento de la independencia del Brasil, el cual tiene lugar en noviembre de 1825; pero se observa que el

rey, en aquella circunstancia, no somete á las córtes el acto de reconocimiento. El 25 de agosto del propio año, ya estaban acordadas las indemnizaciones que el Brasil debía pagar á Portugal; y uno de los actos mas grandes de aquel período, es en adelante posesion de la historia.

Quebrantada la salud del rey con tantos contratiempos sucesivos, iba decayendo de dia en dia, cuando el 10 de mayo de 1826 falleció súbitamente. No nos es lícito en este lugar hacernos el órgano de los rumores varios que en aquel entonces circularon con mas ó menos boga: imitarémos el recato de un escritor portugués, á quien no se puede tachar de andar en vanos reparos al expresar sus opiniones: « Si el historiador, dice, ha de mencionar semejantes rumores, no debe darlos como dignos de fé, sino cuando pruebas irrefragables los han hecho entrar en el dominio de la verdad. » Lo mas positivo es, que el 6 de marzo de 1826 Juan VI, habia nombrado la rejenia que debía atender á la administracion del reino, y gobernar *hasta que aquel á quien pertenecia la corona* hubiese dado á conocer su voluntad.

Con arreglo á la carta, la infanta Isabel María fué declarada rejenta, nombrándose un nuevo ministerio, á cuyo frente hallábase el jeneral Saldanha, conocido por sus principios liberales, y nieto del marqués de Pombal. Luego que D. Pedro supo en Rio de Janeiro la muerte de su padre, abdicó la corona de Portugal á favor de su hija primojénita Doña María, y dió al reino la carta que lleva su nombre; pero si ha de darse crédito á un historiador, cuya buena fé no hay ningun motivo para ponerla en duda, D. Pedro habia ignorado completamente el estado en que los partidos se hallaban; y el 3 de julio de 1827 salió un decreto que conferia la rejenia á su hermano; bien que verdad es, que antes de producir este acto, habia llamado á buscar formalmente al infante á Rio de Janeiro. Avisado á tiempo, guardóse muy bien D. Mi-

(1) Desde el 2 de junio de 1823, época en la cual fué suspendido el congreso nacional, hasta el 10 de marzo de 1826, Juan VI recobró el poder absoluto.

guel de embarcarse á bordo del navío que venia á ponerse á su disposicion en el puerto de Brest, y el 22 de febrero de 1828 regresó á Lisboa, con el título de infante. Dicen que al salir de la catedral, á donde habia de prestar juramento, fué acogido con gritos de *viva D. Miguel, rey absoluto*. Desde entonces hizo notablemente la reja en la dismision del poder (1), y formóse un nuevo ministerio. No dejaron al principio las córtes de seguir abiertas, continuando cada cámara sus trabajos; pero un decreto vino á disolverlas quince dias antes de terminarse las sesiones. El 15 de abril de 1828 hubo el movimiento popular que hacia subir al trono á D. Miguel. La ciudad de Oporto podrá vanagloriarse siempre de haber opuesto en aquella circunstancia una noble resistencia á los mandatos de un príncipe, cuyo primer acto político era una infraccion á juramentos solemnes. Estalla en dicha ciudad el 16 de mayo de 1828 una revolucion en favor de la reina, y se instala una junta; pero á poco tiempo se divide en dos fracciones, la de Oporto y la de Coimbra. La resistencia de D. Miguel carece de unidad como tambien de enerjía, viéndose luego las tropas constitucionales obligadas á refugiarse á Galicia, aunque estuviese presente en la lucha el bizarro general Saldanha. Cuando hubo este salido del reino, precisado á ello por razones que él mismo ha espuesto, toman el mando en las circunstancias mas difíciles, Bernardo de la Nogueira y Joaquim de Souza Pizarro. El 6 de julio de 1828, empieza este con sus tropas á entrar en el territorio español; y reclamando en vano la hospitalidad, se ve sometido con ellas al tratamiento mas riguroso.

Crecido es el número de los que emigran, entre quienes se halla la

misma junta provisional: los restos dispersos del ejército constitucional se embarcan en la Coruña para Inglaterra. Mientras se verifican esos acontecimientos, hay un levantamiento en los Algarves, el cual queda sofocado el 7 de junio de 1828. Largo sería el enumerar los actos de crueldad y violencia que entonces vieron multiplicarse. En las árduas circunstancias en que se halla la emigracion, el vizconde de Itabayana pone á disposicion del marqués de Palmella los fondos de que puede disponer, y que forman luego el único recurso de tantos hombres arrojados de su país por los sucesos políticos.

Mientras ocurren en Europa esos hechos de tanta gravedad, D. Pedro prepara en Rio de Janeiro un acto solemne que va á complicar los acontecimientos. El 3 de marzo abdica formalmente la corona de Portugal á favor de su hija, la cual toma el título de D.^a María. Sale esta de Rio de Janeiro el 5 de julio de 1828 para ir á Austria á terminar su educacion en el palacio de su abuelo. Pero el 3 de setiembre del mismo año, al llegar á Gibraltar, el marqués de Barbalena Filisberto Caldeira Brant, toma la juiciosa resolucion de trasladarla á Inglaterra; cambio de disposiciones que el estado político del país esplica suficientemente á la Europa.

Llega Doña María á Falmouth el 24 de setiembre, en cuya ciudad es recibida tres dias despues con toda la pompa debida á las fiestas coronadas, y acompañandola los mismos honores en su viaje de Falmouth á Londres. En Exeter recibe oficialmente una diputacion de la emigracion portuguesa, y entra en Londres el 6 de octubre, no haciéndose su recepcion solemne hasta el 22 de diciembre.

A pesar de este acto importante, y sin respetar el convenio secreto del tratado de 1807, la Inglaterra guarda la neutralidad. Entonces estaban al frente del ministerio Wellington y Aberdeen.

Entre tanto una expedicion compuesta de emigrados se hace á la ve-

(1) En 3 de junio de 1828. El acto por el cual se apodera Don Miguel de la corona se consuma el 3 de mayo siguiente, despues de la convocacion de los tres brazos del reino, cuyo acto está rubricado de la real mano. Todos los ministros suspenden sus relaciones diplomáticas con la corte de Lisboa.

a, con el objeto de engrosar el partido constitucional que se ha formado en los Azores. Los navíos mercantes que los trasportan salen de Plymouth el 6 de enero de 1829, y llegando el 11 del mismo mes á las aguas de Terceira, son rechazados por los Ingleses, que hasta les matan un soldado sin prévia intimación; á lo cual protestó á nombre de su país el conde de Saldanha que dirijia la expedición.

Entonces aquella porción de emigrados van á buscar un refugio á Brest, llegando á este puerto el jeneral que los manda á fines de enero. Ocupaba á la sazón el ministerio de marina el conde Hyde de Neuville. Los Portugueses son recibidos con una franca hospitalidad. La jóven reina habia continuado hasta aquel momento en residir en Inglaterra; pero D. Pedro, justamente resentido de lo que acababa de pasar, quiere que vuelva á reunirse con él. Las sentencias de muerte del 6 de marzo de 1829 causan una impresión dolorosa en el resto de Europa.

Habiendo el jeneral Diocleciano Cabreira salido de Terceira, un jóven oficial de un valor caballeresco, el conde de Villa-Flor, es nombrado por la reina capitán jeneral, quien aceptando el destino peligroso que le confían, llega á Terceira á fines de junio de 1829, al frente de algunas tropas aguerridas.

El 15 del mismo mes, habia el emperador del Brasil nombrado un consejo de rejencia, presidido por el marqués de Palmella, y destinado á hacer prevalecer los derechos de Doña María. Decidese el consejo á partir para los Azores, único punto en donde le sea dable el ejercer su acción; lo cual no puede verificar hasta el 3 de marzo de 1830. Ya en esta época habia el conde de Villa-Flor obtenido un triunfo brillante sobre la expedición que D. Miguel enviara contra las tropas constitucionales; lo que sucedió poco tiempo despues de su llegada, el 11 de agosto de 1829.

Por la misma época vió Don Pedro cumplidos sus deseos: la reina,

acompañada del marqués de Barbabacena, salió de Inglaterra, habiéndose embarcado en Portsmouth. Iba con ella una segunda madre que Don Pedro habia elejido, la digna hija de Eujenio Beauharnais, Clara Amelia, cuyas princesas partieron de Ostende el 30 con dirección á Rio de Janeiro.

Pasarémos por alto los tiempos difíciles de la emigración, y omitimos de propósito las luchas penosas y secretas que se multiplicaron en Francia, en Inglaterra y Bélgica. Abrióse el año de 1830 en Portugal con un acontecimiento de suma entidad: la reina Carlota falleció el 7 de enero. El 3 de marzo el consejo de rejencia se embarcó para Terceira, y aunque compuesta solamente de dos miembros, dió sin embargo algunos decretos importantes.

Don Miguel acababa de contraer un empréstito de 50 millones, cuando la revolución de julio de 1830 cambió el aspecto político de Europa. Los sucesos que sobrevinieron en el Brasil ejercieron un influjo poderoso en los negocios de Portugal. El 2 de noviembre de dicho año el rey Guillelmo IV declaró, á la apertura del parlamento, «que si hasta aquel momento no habia podido enviar embajadores á la corte de Lisboa, la amnistía jeneral que acababa de publicar el gobierno portugués le permitiria renovar sus antiguas relaciones.» Este hecho no tiene necesidad de comentarios; pero con la caída del ministerio Wellington predominó otra política.

Durante este tiempo, no descansaba el jeneral Saldanha, haciendo nuevas tentativas en París y en Londres para preparar el triunfo de su causa, y el jeneral Pizarro se trasferia á Bayona, á fin de organizar el núcleo de un ejército portugués. Gracias principalmente á los esfuerzos del conde de Saldanha, intérprete de la penuria de los emigrados, entraron unos quinientos de ellos en los depósitos franceses; negociación, cuyo término abrevió La Fayette, y en la cual se empenó con el mas vivo ardor el noble corazón del jóven duque de Orleans. A fines

del mismo año hizose el empréstito de Maberly.

El 6 de febrero y el 16 de marzo de 1831 habia habido en Lisboa algunas sentencias de muerte, cuando un nuevo acontecimiento vino á obligar á la Francia á intervenir en los actos del gobierno portugués. Dos franceses, el uno M. Janviolet, de edad de 75 años, y el otro M. Bonhomme, fueron puestos en la cárcel por motivos diferentes, pero destituidos de fundamento, condenándolos una comision extraordinaria, instalada en Lisboa, á sufrir las penas mas crueles ó mas ignominiosas (1). Habiendo entrambos reclamado la proteccion de su gobierno, desplegó el cónsul francés, M. Cassas, tanto celo como enerjía, hasta que viendo que se le negaba la anulacion de las dos sentencias que exigia, protestó, y no vaciló en retirarse. Salió de Lisboa el 19 de abril, siguiéndole muchos de sus compatriotas; y el 16 de mayo una escuadra, al mando del contraalmirante Roussin, llegaba á las aguas del Tajo, y no daba sino cuarenta y ocho horas de tiempo al gobierno de Don Miguel para que respondiese á las reclamaciones tan esplicitamente presentadas por M. Cassas; cuya satisfaccion no habiéndose obtenido, empezaron las hostilidades el 23; y en el espacio de algunos dias quedó

la flota de D. Miguel en poder del contraalmirante.

Mientras verificábanse estos acontecimientos, no permanecia ociosa la rejencia de Terceira, sino que tomando la resolucion de apoderarse de algunas islas circunvecinas, cayó en su poder la de Pico el 21 de abril, cabiéndole igual suerte el 9 de mayo á la de San Jorge. Fayal se escapó de esta rápida conquista.

Llegados á esta época, los hechos se acumulan y complica el hilo de la narracion. Don Pedro, con el título de duque de Braganza, vuelve á Europa, y reside momentáneamente en Inglaterra. Doña María II, que habia salido del Brasil, llega en junio de 1831 á la ciudad de Brest, despues de noventa y cinco dias de navegacion. Aquel período distínguese tambien por el acto riguroso del contra almirante Roussin, el cual el 11 de julio de 1831 penetra en el puerto de Lisboa, y obliga á D. Miguel á ponerse á discrecion del vencedor.

Desde aquella época hasta 1832, enlázanse y anúdanse las combinaciones políticas, en las cuales destaca el porvenir político de Portugal. D. Pedro en julio de 1831, pasa á Paris por algunos dias, y en el mes de agosto se lleva á Londres á la jóven reina, la cual recibe oficialmente á los Portugueses que diligentes se reunen en torno suyo, observándose en el semblante de Don Pedro, que está cerca de ella, muestras de contento interior; pues conoce que el destino de su hija es, como dice el poeta, prenda de aquella lealtad. Pero corta es la permanencia del duque de Braganza en Inglaterra: el 16 de agosto regresa á Paris con la emperatriz y Doña María, la cual es muy bien recibida y obsequiada, poniéndose á su disposicion para residencia el palacio de Meudon. Sabedor Don Pedro de los triunfos alcanzados por el conde de Villa-Flor en la isla de San Miguel, hace sus preparativos para reunirse con los valientes que pelean en los Azores; y gracias á los jenerosos esfuerzos de algunos hombres de acendrada lealtad, entre quienes es razon el ins-

(1) La sentencia pronunciada contra M. Claudio Servinet era equivalente á la pena de muerte pues que se le condenaba á la deportacion perpetua al Africa. Este anciano era acusado de haber dado fuego á cohetes en la mañana del 8 de febrero, y particularmente de haberse escondido al ir á prenderle. A pesar de las constantes y enerjicas representaciones del cónsul francés, habiase dado cumplimiento al fallo inicuo que condenaba á uno de sus compatriotas, y M. Bonhomme, en la mañana del 31 de marzo, habia sido ignominiosamente azotado en las calles de Lisboa, suplicio que le habian impuesto á causa de sacrilejo cuando todo probaba su inocencia. Vemos á la vista la sentencia pronunciada por la comision; y si no podemos reproducirla por lo estensa que es, la señalamos á la historia como uno de aquellos actos de demencia que pintan toda una época. M. Cassas pidió no solo la libertad de M. Bonhomme, si que tambien un acto especial de rehabilitacion, una indemnizacion pecuniaria de 20.000 francos, y la destitucion de los jueces.

cribir el nombre de G. Malo, puede organizarse una expedición militar. El 10 de febrero de 1832, D. Pedro parte de Bella-isla-en-mar para trasladarse á los Azores, y de allí hácia Oporto. La segunda división, mandada por el general Diocleciano Cabreira, no pudo salir de Francia sino diez y nueve días despues de la primera.

El 22 de febrero de 1832 don Pedro llega á San Miguel, en cuya isla se detiene poco tiempo; y el 3 de marzo está en Terceira, en donde la rejencia pone en sus manos la autoridad. Nombra don Pedro un nuevo ministerio, del cual forman parte Palmella y Monjilio Silveira. Este último se asocia á algunos actos de firmeza y á muchas reformas indispensables. El duque de Braganza declaróse además jeneralísimo de las fuerzas de mar y tierra, y luego nombra jeneral en jefe del ejército al conde de Villa-Flor, mientras la escuadra debe obrar bajo las órdenes del vice-Almirante Sartorius, oficial inglés que habia pasado al servicio de la reina.

El 27 de junio, las tres divisiones salen definitivamente de San Miguel (1), el 7 de julio llegan á las costas de Portugal, y el 8 toman posición delante de la playa designada con el nombre de Mendelo, entre Villa del Conde y Oporto.

El ejército libertador señalase desde luego con un triunfo: las tropas miguelistas apostadas en Laja se ven pronto obligadas á recojerse á Oporto, y pasan en consecuencia el Duero; pero dos batallones de cazadores, que formaban la vanguardia de las fuerzas de la reina, se dirijen hácia la misma ciudad, en donde se dejan oír en todos los puntos las aclamaciones po-

pulares, y en la cual hace don Pedro su entrada á las doce del día, seguido del resto de sus tropas.

No nos es posible hablar aquí con detenimiento de la batalla de Ponte-Ferreira, dada á tres leguas de Oporto, el 23 de julio de 1832, y en la cual el partido de don Miguel perdió quinientos hombres; siendo causa la falta de caballería de que no sufriese una derrota mas completa. Sin embargo, en Souto Redondo la pérdida del ejército de la reina fué casi tan considerable, puesto que se elevó á cuatrocientos hombres. Despues de esta batalla un jeneral francés, herido en otro tiempos en Vimeiro, es llamado por don Pedro para tomar el mando, y desembarca en la ciudad sitiada. El baron de Solignac llega el 1 de enero de 1833, y empieza entonces una serie de operaciones que no podemos seguir. Don Pedro da muestras de un valor á toda prueba: su actividad no conoce límites, hasta vérselo á veces tomar parte en las obras de fortificación. El todo de las operaciones jenerales sin embargo se resiente luego de cierta desunion. No habiendo el baron de Solignac podido hacer que prevalecieran sus planes, determina dar la dimision al cabo de seis meses. Justo es decir con todo que en la refriega del 4 de marzo de 1833 recojió su parte de gloria con Torres y Saldanha. Este último, que no obstante una grave enfermedad, habia resuelto ir á Oporto, toma el 26 de enero de 1833 el mando de inteligencia con el conde de Villa-Flor, creado luego duque de Terceira. Durante aquel largo sitio de once meses, en que se experimentaron toda suerte de privaciones, y en que el cólera morbo vino á agregar su luto permanente á todos los azares de los combates, el ánimo de la ciudad de Oporto no desmayó un instante, pudiendo compararse la porfiada lucha que tuvo que sostener á la de los otros sitios memorables de la Península. En efecto, en el espacio de menos de un año arrojáronse contra dicha ciudad y contra el convento de Serra en San Juan-de-Foz de catorce á quince mil bombas ó granadas; tres

(1) La expedición de don Pedro componíase del modo siguiente: dos fragatas, una corbeta, dos brics, cuatro goletas, cuarenta buques de trasporte, conteniendo tres baterías de artillería de campaña y 8.300 hombres, entre quienes no podian contarse sino unos 7.300 combatientes. En la enumeración de estas tropas es menester incluir 541 oficiales y 183 músicos. El ejército de D. Miguel distribuido en todo el reino, componíase de 79.525 hombres de 3.791 caballos. El jeneral miguelista que entonces mandaba en Oporto era el vizconde de Santa Marta.

mil seiscientas doce personas murieron solamente del cólera, y el incendio hizo en varios puntos horrores estragos.

Durante aquel período, el marqués de Palmella estuvo encargado del gobierno civil, y el almirante Napier, bajo el nombre de Carlos Ponza, tomó el mando de las fuerzas marítimas. Entre muchas acciones por el mismo estilo, es justo mencionar el don de 16,000 libras esterlinas hecho por el conde de Tarrobo para las necesidades del gobierno. Grandes, efectivamente, eran los apuros en que este tenía que verse todavía; pero el memorable combate naval, dado por el almirante Napier en 5 de julio de 1833, á la altura del cabo San Vicente, en el cual quedó completamente destruida la escuadra de Don Miguel hizo presentir luego el resultado de la lucha. No se pasaron en seguida muchas semanas sin que viese Europa el fin de aquel drama político: la reñida batalla de Almohera (1) en donde mandaba el mariscal Saldanha, había preparado el camino á un gran cambio político, cuando el Estatuto real del 10 de abril de 1834, emanado de la reina gobernadora de España, debió quitar toda esperanza á don Miguel puesto que reconocía los derechos de la joven reina. Habiendo aquel acto importante sido aceptado por la Francia y la Inglaterra, hallóse resuelta la cuestión política, estando reservada al duque de Terceira la gloria de poner término á la cuestión militar. Entró este en Coimbra el 8 de mayo, y el mismo día presentábase Napier delante de Villa Figueira de Foz. El 16 del mismo llegaba el duque con su división á un paraje llamado *Assiceira*, desconcertando su repentino ataque las tropas miguelistas, mientras Napier obligaba á la guarnición de Ourem á rendirse. El 18, las fuerzas encerradas en Santarén dejaron esta posición, y pudo decirse que la causa de don Pedro estaba ganada. Entonces el ejército pasó el Tajo, y sus dos divisiones, al

mando del duque de Terceira y del mariscal Saldanha, obligaron al enemigo á implorar un armisticio, que les vino negado; pero habiéndose presentado el general Guedes á declarar que los restos del ejército se acogían á la jenerosidad del vencedor, firmaron los dos mariscales en Evora las condiciones que restituían la tranquilidad al país, y que daban un trono pacífico á doña María. Estas noticias importantes llegaron á Lisboa el 27 de mayo de 1834 (1).

Tres actos de suma trascendencia señalaron el ministerio nuevamente elegido por don Pedro; por el uno se convocaban las cortes para el 15 de agosto; el segundo abolía todos los privilegios de la compañía de vinos del Duero; y finalmente, el tercero suprimía las corporaciones religiosas, cualquiera que fuese la denominación bajo la cual hubiesen sido formadas, y los puntos del reino en que hubiesen tenido origen: cuyo último decreto estinguió de una sola vez 402 conventos, que contenían seis mil personas, entre hombres y mujeres.

Mientras sucedíanse esas contiendas en la metrópoli, algunos acontecimientos, que quedaron ignorados entre nosotros, pero no por eso de menos entidad, debieron contristar el corazón de la joven reina, tan accesible á todos los sentimientos de justicia y de compasión. Habiendo en 1831 faltado completamente las lluvias en las islas del Cabo Verde, declaróse al año siguiente una horrible carestía, elevándose á 30,000 el número de personas que fueron víctimas de ella.

En la misma época, aquella noble ciudad de Goa, en donde ocurrieron los hechos mas heroicos de esta historia, tuvo tambien sus disturbios; mas podia Lisboa ocuparse de sus

(1) Dióse el 18 de febrero de 1834 y créese que el ejército de don Miguel perdió en ella unos 4.000 hombres.

(1) Por un convenio particular, fechado en Evora á 29 de marzo de 1834, obligábase formalmente don Miguel á no meterse jamás en los asuntos políticos del reino. — Señaláronle una pensión de 60 contos de reis; y embarcóse en Sines el 1 de junio de 1834; pero luego dirigió una protesta en forma á los soberanos de Europa. Un estado, al parecer exactísimo, hace subir á 17.529 personas las que perecieron en aquella guerra.

discusiones interiores ? Posteriormente volvió el ministerio á mirar con interés la situacion de la capital de las Indias, y en 1841 fué declarada puerto franco.

La restauracion, cuyos principales hechos hemos bosquejado, y cuyos varios incidentes escitaron á tan alto punto el interés de Europa, debia señalarse aun por uno de aquellos acontecimientos que por lo imprevistos se hacen todavia mas dolorosos : don Pedro falleció el 24 de setiembre de á 1834, estinguiéndose prematura-

mente aquella alma ardiente, á la cual daba nuevas fuerzas el amor de padre, y aquella elevada intelijencia que habia luchado en ambos mundos por una grande idea política.

Antes de morir, don Pedro mandó colocar la efígie de Pombal en el lugar que antes ocupaba : Al pie de la estatua de bronce tendrian que hacerse grabar aquellas palabras de Osorio, á quien un siglo de gloria habia apellidado el Ciceron cristiano : « Los grandes resultados no se obtienen sino por medio de gran prevision. »

FIN.

La restauración, en sus principios, hechas desde el principio, y con las varias incidentes ocurridas a lo largo de la historia de Portugal, desde el punto de vista de la historia de la restauración, que por lo general se refiere a los hechos de la restauración, los se hacen saber a los historiadores, don Pedro Salas, el 24 de febrero de 1821, estinguíndose por completo.

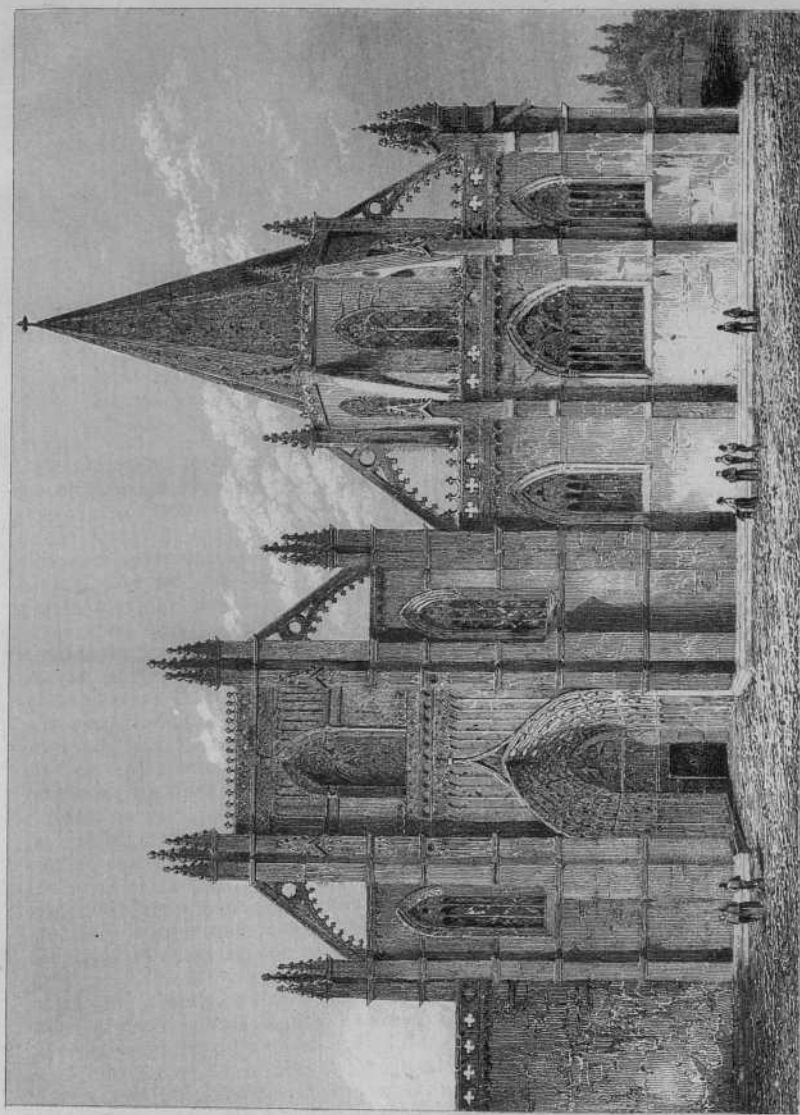
Los hechos de la restauración, que por lo general se refiere a los hechos de la restauración, los se hacen saber a los historiadores, don Pedro Salas, el 24 de febrero de 1821, estinguíndose por completo.

Los hechos de la restauración, que por lo general se refiere a los hechos de la restauración, los se hacen saber a los historiadores, don Pedro Salas, el 24 de febrero de 1821, estinguíndose por completo.

Los hechos de la restauración, que por lo general se refiere a los hechos de la restauración, los se hacen saber a los historiadores, don Pedro Salas, el 24 de febrero de 1821, estinguíndose por completo.

Los hechos de la restauración, que por lo general se refiere a los hechos de la restauración, los se hacen saber a los historiadores, don Pedro Salas, el 24 de febrero de 1821, estinguíndose por completo.

Los hechos de la restauración, que por lo general se refiere a los hechos de la restauración, los se hacen saber a los historiadores, don Pedro Salas, el 24 de febrero de 1821, estinguíndose por completo.



Igreja de Batalha de Portugal.

Frontispicio de la Iglesia de Batalha.

Engraving of the frontispiece of the Igreja de Batalha in Portugal.



APÉNDICE.

Goa y su situacion en 1842.

Con tan poca frecuencia suena hoy dia en Europa el nombre de Goa, y estan inesperada la circunstancia que puede poner al historiador en relacion con la antigua metrópoli de las Indias, que no vacilamos en consagrarle algunas líneas, aunque no fuese mas que para utilizar documentos de que no tienen noticia la mayor parte. Desde Alburquerque hasta el virey D. Manuel de Portugal y Bestro, quien abandonó el gobierno en 1835, se ha calculado que hubo en Goa una sucesion de cien gobernadores, nombrados ya los mas en nuestro escrito. Todos esos personajes fueron revestidos de títulos diferentes, segun su dignidad: los mas tuvieron el de vireyes, los otros fueron considerados como gobernadores efectivos ó interinos. En 14 de enero de 1835, compareció con el título de *prefecto de los Estados de la India*, el consejero Bernardo Perez de Sylva, natural de la misma ciudad de Goa; pero al cabo de diez y ocho dias de ejercicio, y en la noche del 14 de febrero siguiente fue despuesto, reinstalandose como gobernador jeneral al ex-virey D. Manuel de Portugal, quien á su vez no conservó la administracion de los negocios sino tres dias: sucedióle el mariscal Joaquin

Manuel Correr de Gama, hasta que se hubo establecido un gobierno interino, que fué el 11 de marzo. Graves discusiones ocurrieron á la sazón, pues el autor que nos da esos promemores habla de escenas trágicas, de movimientos tumultuosos, y de los recuerdos dolorosos que ha dejado aquel triste periodo en el pais.

Durante este tiempo, la corte de Lisboa enviaba un nuevo administrador á las posesiones de la India. Era este el baron de Sabroso, quien llegó allá el 17 de noviembre de 1837, con el título de *gobernador jeneral en consejo*. Poco puede decirse de las variaciones que introdujo en la administracion, puesto que falleció á los 14 de octubre de 1838, habiendo quince dias antes de su muerte cometido la direccion de los negocios al consejo. El arzobispo, que era presidente de esta asamblea, murió en 1833, y eligióse en su seno un gobernador interino, hasta que un nuevo gobernador jeneral hubiese tomado posesion del poder. Fué este el baron de Candal, al cual, como su predecesor, arrebató rápidamente una enfermedad el 18 de abril de 1840. La direccion volvió á caer en manos del consejo, y nombróse luego por gobernador interino á Lopez de Lima, quien vióse

obligado cuanto antes á retirarse á Bombay de resultas de un motin popular, poniendo la dimision, antes de marcharse, en el seno de la asamblea administrativa. Ya se ve con estas pocas palabras que en los tiempos mas borrascosos, pero tambien mas gloriosos del siglo décimosesto no han presentado una serie crecida de gobernadores. Será tal vez justo observar que el elemento democrático ha hallado cabida en el consejo, y que dos de sus miembros son elegidos por el pueblo. El último capitán jeneral de las Indias portuguesas, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros, es el conde de las Antas, que ocupa en el ejército el puesto de teniente jeneral. Las fuerzas que hay en Goa son mas considerables de lo que generalmente se cree. En un opúsculo muy curioso, publicado en el Brasil, el diputado elegido para las córtes de Lisboa el Sr. Perez da Sylva preguntaba porque razon, cuando podia recibirse auxilio de un aliado tan poderoso cual era Inglaterra, tenían en pie en el estado de Goa unos 4.000 hombres; mientras Diu, por ejemplo, no contaba mas de 80.

Divídese actualmente el Estado de Goa en antiguas y nuevas conquistas. Con el nombre de antiguas conquistas, designan la comarca de Goa propiamente dicha, y las provincias de Salceta y de Bardez. La comarca de Goa se compone de doce islas, y se divide en 38 poblaciones, de las cuales es capital Pangini. La provincia de Salceta se divide en 60 poblaciones, cuya capital es Margao. Bardez comprende 40, siendo la capital Mapuza.

Las nuevas conquistas abrazan 10 provincias (1) y una jurisdiccion, las cuales están divididas en 271 aldeas. Hace dos ó tres años que en el distrito de Goa se contaban 312.147 habitan-

tes de ambos sexos (1): 92.069 en Salceta, y 89.760 en Bardez. Las nuevas conquistas presentaban un total de 91.341 almas. Santa Ana é Costa dice que es tan limitado el comercio en Goa, que si sucediese en esta ciudad lo que en los demas países, en donde la principal riqueza proviene de las aduanas, el Estado ya hubiera sucumbido bajo el peso de 1,878.506 carafines de gastos anuales, los cuales quedan cubiertos con las rentas territoriales. Por lo que hace á las manufacturas son igualmente limitadas: se hacen algunos labores de oro y plata; se labra un poco el hierro y otros metales; se teje el algodón, el lino, el cáñamo, se emplea la pelusa de coco. Las producciones consisten principalmente en arroz, cocos, sal, con otras menos importantes, como pimienta, café, algodón, lino, cáñamo, palmeras etc.

El clero tan preponderante en otro tiempo en aquellas tierras ha ido perdiendo su influjo. Sin embargo conserva todavía ademas de la catedral, 101 iglesias parroquiales servidas por 654 curas. El arzobispo de Goa es primado de las rejiones orientales, en donde se toleran los otros cultos. Los bramanistas tienen un pago en Panjini, y poseen los musulmanes mezquitas en lo interior de las demas provincias. No están cerrados á la India portuguesa todos los caminos para la instruccion. En 1841 fundóse en Panjini una escuela normal de enseñanza mútua. El colegio de Sentulin gozaba de cierta nombradía, y la escuela matemática y militar promete dar frutos. Panjini, situada á la orilla del rio Mondovi, continua poseyendo el título de capital. A mas de los edificios indispensables á una poblacion en donde reside el gobierno,

(1) Ponda, capital Quenla; Canacona, capital Canacona; Bicholim, capital Casabe; Satory, capital Sanguim; Pernem, capital Casabe; siguen luego las cinco divisiones conocidas con el nombre de Zombaulim á saber: Astragar, capital Rívana; Bally, capital Bally; Enbarbajem, capital Sanguem; Choudraraddy, capital Amona; Cacora, capital Cacora. La jurisdiccion se llama *Cabo de Rama*. (V. la *Geografía de Santa Ana é Costa* impresa en Macao en 1842).

(1) En 1842, la poblacion entera de los Estados de la India subia á 858.272 habitantes, ciudadanos portugueses propiamente dichos. Damao contaba 32.130, Diu 8.932, y Macao 5.062. No se incluyen en este número á los Chinos y otros extranjeros, poblacion transeunte que asciende tal vez á 10.000 almas. Timor encerrará unas 500.000.



Engraving by

Don Pedro et Dona Maria.

Don Pedro y Doña Maria.



bállase también una biblioteca pública, una imprenta nacional, un teatro, y una casa de moneda. La antigua ciudad de Alburquerque va designada jeneralmente con el nombre de *Ellá*. En 1842, *Goa la Dorada* se ve abandonada á causa de una epidemia que hacía muchos estragos Pangini (1) es la residencia del virey desde la época en que el conde de Ega gobernó las Indias portuguesas, esto es desde 1758. Esta poblacionci-

ta, á unas tres millas al oeste de Goa, distínguese por su aspecto de aseo y elegancia; encerrará, poco mas ó menos, 9.000 habitantes, incluyendo en este número á los bra-manistas y mahometanos que forman las dos terceras partes de la poblacion Poco se distingue el palacio del virey en su exterior de las otras habitaciones; pero el interior ofrece todas las comodidades de los tiempos modernos.

(1) «Llaman Panjy ó Pangim á la nueva Goa dice el P. Cottineau de Kloguen hablando de los viajeros que hace poco han visitado el pais; pero estas denominaciones son desconocidas á los habitantes, y han dado márgen á muchas equivocaciones.» — Hablando de ruicas olvidan di-

chos viajeros que hay una poblacion de medio millon de almas, entre los cuales se cuentan 300.000 cristianos, que habitan todavia los territorios circunvecinos, y reconoce la dominacion portuguesa. (V. para la historia moderna la obra de M. Fonten'er.

FIN DEL APÉNDICE.

La zona tiene tres millas al oeste de
fios, distinguiéndose por su aspecto de
asos y elegancia; conserva a poco
mas o menos 6.000 habitantes, in-
cluyendo en esta número a los por-
tunenses y misioneros que for-
man las dos terceras partes de la po-
blación. Poco se distingue el paisaje
del viñedo en su exterior de las otras
habitaciones; pero el interior ofrece
en todas las comodidades de los
tiempos modernos.

Los portugueses que hoy son población de medio
millón de almas, entre los cuales se cuentan
300.000 cristianos, que habitan todavía las for-
tales circunvecinas, y terminan la dominación
portunense. Para la historia moderna de este
de St. Francisco.

El país también por el lado de
diseño, una impresión nacional, un
tacto y una casa de moneda. La
antigua ciudad de Albuquerque ya
demanda generalmente con el nombre
de Aizemba. En 1812, con la Do-
na se ve abandonada a causa de una
epidemia que mata muchos estragos
Basilio (1) es la residencia del virrey
desde la época en que el conde de
Esa gobernó las Indias portuguesas.
Esta es desde 1758. Esta población

(1) El mismo Fray S. Antonio a la muerte de
don el P. Collares de Eligenza habiendo de los
virreyes por diez años para el lado de este país.
En esta dominación nos son desconocidos a los
portunenses, y por esto mismo a cambio de
lugar. — Hablando de la zona de Aizemba de

ÍNDICE

De las materias contenidas en este tomo.

Páginas.	Páginas.
Introducción.	5
Antigua division. Estado del país cuando fué concedido al fundador de la monarquía. Oríjen del conde D. Henrique.	5
D. Alfonso Henriquez primer rey de Portugal.	7
Alfonso Henriquez elevado á la dignidad real. Coalicion de los Moros contra él; batalla de Urique.	9
Relaciones de los Moros con las poblaciones cristianas durante los siglos XI y XII.	13
Sor Rosimunda, leyenda del siglo XII.	14
Fundacion de ciertas órdenes religiosas. Muerte de D. Alfonso Henriquez.	id.
D. Sancho I.	15
D. Alfonso II.	17
D. Sancho II, apellidado Sancho Capelo.	18
D. Alfonso III.	20
Conquista del reino de los Algarbes.	21
Organizacion de los concejos en Portugal.	23
Organizacion jerárquica del reino en el oríjen de la monarquía. Dignidades.	25
D. Diniz. Su educacion toda francesa. Su embajada á Castilla.	26
Los Templarios en Portugal. Fundacion de la órden de Cristo.	30
Guerras intestinas entre Diniz y su hijo, Alfonso Sanchez. D. Pedro conde de Barcellos, Santa Isabel de Portugal.	31
Agricultura en tiempo de D. Diniz.	32
D. Alfonso IV. Ojeada sobre el reinado precedente.	33
Inés de Castro y D. Pedro.	36
Ultimos años del reinado de D. Pedro.	44
Ignorancia completa de la Francia con respecto á Portugal.	45
Reinado de D. Fernando. Luchas deplorables con Castilla. Lianor Tellez.	id.
Administracion, marina. Nuevo rompimiento con Castilla. Entrada de los Ingleses en Portugal.	47
Interregno. El maestre de Aviz. Muerte del conde Andeiro.	48
Nuño Alvarez Pereira.	50
Guerra de la independencian. El gran maestre es elegido rey. Batalla de Aljubarota.	id.
Disensiones entre el rey y el condestable. Casamiento de Joam I.	54
Los hijos de Joam I.	id.
Carácter de Joam I; espíritu que reinaba en la corte.	56
Espedicion dirigida contra Ceuta. Toma de esta ciudad por los Portugueses. Valor del infante D. Henrique.	id.
Toma de la ciudad de Ceuta.	57
Consecuencias de la expedicion de Joam I á Africa.	58
Muerte de Joam I.	59
Reinado de D. Duarte. Resultados deplorables de una expedicion á Africa. Cautiverio del santo infante.	id.
El principe Constante.	60

	Páginas.		Páginas.
Muerte del rey D. Duarte. Principio del reinado de D. Alfonso V.	61	Espediciones por tierra en busca del camino de las Indias. Pero de Covilhã y Alfonso de Payva.	84
Descubrimiento de Porto Santo y de Madera.	62	Continuacion del reinado de Joam II. Guerra en Berberia. Llegada á Lisboa de un príncipe Yolofo; su bautismo. Amenazas de guerra. Afecto del pueblo.	86
Historia de Ana de Arfet y de Machim. Opinion de Bowdish. Narracion de Antonio Galvan.	64	Casamiento del infante de Portugal. Fiestas memorables.	87
Sigue la expedicion de Zarco y de Tristan Vaz. Concesion de la isla hecha á los primeros exploradores.	65	La peste. Enfermedad repentina del rey. Se sospecha un envenenamiento. Muerte del infante D. Alfonso.	88
Incendio de la isla de Madera.	id.	Cambios políticos producidos por este acontecimiento. La viuda de D. Alfonso pasa á Castilla.	id.
Descubrimiento de los Azores.	66	Llegada de Cristóbal Colon á Lisboa.	id.
Siguen los descubrimientos en el archipiélago de las Azores. Tercera, Pico, Flores, Corvo.	id.	Intervencion de la santa Sede en los descubrimientos de los Españoles y Portugueses.	89
La estatua de las Azores.	67	D. Joam cae enfermo de gravedad.	90
El infante D. Henrique pide al rey de Portugal la propiedad de las islas Canarias.	id.	Testamento de Joam II; muerte de este soberano.	id.
Primeras exploraciones de los Portugueses á lo largo de las costas de Africa.	68	Reinado de D. Manuel.	92
Sigue la narracion de la crónica. Gil Eanez dobla el cabo de Bojador; vuelve allá con Alfonso Gonzalvez Baldaya.	70	Preparativos para la expedicion de las Indias.	id.
El promontorio de Sagres. El palacio del infante.	72	Primera expedicion marítima de los Portugueses á las Indias. Vasco de Gama.	id.
Continuacion de los descubrimientos mas allá del cabo Bojador.	id.	La partida. La bahía de Santa Helena. El Cabo, Quiloa, Mom-baza.	id.
Rejencia del infante D. Pedro, apellidado de Alfaroheira.	74	Los Portugueses desembarcan en Calicut. Devocion de los Europeos en un templo hindu.	98
D. Alvaro Vaz de Almada, conde de Avrauches.	76	La ciudad de Calicut. El Samori.	99
Muerte del infante D. Pedro.	id.	Mansion en Calicut. Desavenencia entre los Portugueses y la autoridad.	100
Continuacion del reinado de Alfonso V; expediciones de Arzila y de Tanjer.	77	Segunda expedicion á las Indias orientales.	102
Duarte de Almeida, apellidado o Decepaado o el Manco.	78	Espedicion de Joam da Nova. Descubrense la isla de la Concepcion y la de Santa Helena.	105
Partida del rey D. Alfonso V para Francia donde le recibe Luis XI.	79	Corte real y sus descubrimientos.	id.
Vuelve Alfonso V á Portugal; D. Juan le entrega de nuevo la administracion. Su muerte.	id.	Influjo de la segunda y tercera expedicion de los Portugueses á las Indias.	id.
Reinado de D. Joam II.	80	Segunda expedicion de Vasco de Gama. Incendio de un buque del Soldan de Egipto.	106
Ejecucion en esijie del marqués de Montemor.	id.	Espediciones que parten de Lisboa en 1503. Francisco y Alfonso de Albuquerque, Duarte Pacheco	
Muerte del duque de Viseu.	id.		
Agrégase un nuevo título á la corona. Negociaciones con el Papa.	81		
Nuevas exploraciones.	81		
Descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza.	id.		

Páginas.	Páginas.
Pereira.	nuevo curso al Nilo. id.
Espedicion de Vicente Sedre. id.	Séquito del reinado de D. Manuel
Victorias de Duarte Pacheco Pe- id.	Instituciones de este principe. 144
Continuacion del reinado de don	Politica de D. Manuel: habilidad
Manuel. Sus casamientos. Influxo	de este principe en mantenerse
de Isabel. 113	en paz con los estados de Euro-
Matanza de los Judíos en Lisboa.	pa. 146
Consideraciones sobre la posicion	Reinado de Juan III. 147
de los Israelitas en Portugal. id.	Nombre de los vireyes que siguie-
Almeida, primer virey de las In-	ron despues de Albuquerque.
dias. Expedicion dirigida contra	Principales acontecimientos de
Secotora. Tristan da Cunha y	su administracion. Vasco de Ga-
Alfonso de Albuquerque. Des-	ma revestido de esta dignidad.
truccion de la escuadra Musul-	Su muerte. 148
mana delante de Ormuz. El rey	D. Nuño de Acuña. 150
reconoce la soberanía de Portu-	Hector de Silveira. 151
gal. 115	Primer sitio de Diu. id.
Don Francisco de Almeida, sus	Magallanes 152
victorias su administracion. 120	Relacion de Picafeita. Muerte de
Espedicion de Almeida contra las	Magallanes. 154
escuadras combinadas del Sol-	Cortadura del istmo de Panamá
dan de Egipto y del rey de Cam-	propuesta del siglo XVI. 156
baya. 121	La Abisinia mejor conocida por
Albuquerque nombrado goberna-	los Europeos. Embajada al pais
dor de las Indias. 123	del Preste Juan, Francisco Al-
Llegada de Albuquerque en la In-	varez y Duarte Galvano. 157
dia. Su entrevista con Almeida.	Cortes de Portugal. 158
Pide entrar en posesion del	Preocupaciones políticas de Juan III
mando. 124	Abandono de algunas plazas de
Toma de Goa. 127	Africa. 159
Proyectos de conquista, primeras	Oríjen de la inquisicion en Portu-
expediciones hacia Malaca. 128	tugal. 160
Segunda expedicion de Albuquer-	Hernando de Saavedra. 161
que contra Ormuz. 133	Llegada de los Jesuitas á Portugal
Descubrimiento de los Portugueses	Su influencia durante el reinado
en los mares de la India. 135	de Juan III. 162
Embajada del rey don Manuel al	Lisboa en la edad media y en tiem-
Papa. 136	po del renacimiento ó edad
Ceilan. 138	moderna. Apoyo de esplendor
Comercio con las islas Molucas. 136	de esta ciudad. Estadística cu-
Ultimos acontecimientos de la ad-	riosa sacada de un libro oficial
ministracion de Albuquerque.	de la edad media. 166
Su muerte. 140	Establecimiento de beneficencia
Singular idea que formaron los In-	existentes por los años 1550... 167
dios de la muerte de Albuquer-	Cuadro de las jentes que profes-
que. 141	aban arte ú oficio en Lisboa,
Ultimas relaciones entre el rey D.	desde 1550 á 1551, extractado
Manuel y Albuquerque. Error	de la obra rara de Rodriguez
histórico corregido. Documento	de Oliveira. id.
ahora poco descubierto. 142	Estado de las grandes fortunes
Lupo Soares de Albergaria. id.	existentes en el siglo XVI. 168
Influencia de los tres conquistado-	Estado de la esclavitud en Lisboa
res. Estado de las Indias hacia	en el siglo XVI. 169
los años 1518. 143	Fisonomia de Lisboa durante la
Proyecto de Albuquerque de dar	última mitad del siglo XVI, As-
	pecto de las calles y de los edifi-

	Páginas.		Páginas.
ficios.	170	lebres.	214
Comercio de Portugal y principal- mente de Lisboa á mediados del siglo XVI.	173	Diego Botello Pereira.	id.
Consideraciones sobre la accion del comercio de las Indias en el siglo XVI. Comparacion de los Portugueses con los Venecianos.	174	Pero Gallego.	215
Martin Alfonso de Sousa.	177	Salvador Riveiro rey del Pegú.	id.
Situacion moral de las Indias an- tes de la llegada de Juan de Castro.	179	Ango el navegante Normando. Tradicion que se le refiere.	216
Juan de Castro, décimotercio go- bernador de las Indias.	180	Muerte de Juan III.	218
Exploracion del mar rojo por Juan de Castro.	181	Reinado de D. Sebastian.	219
Partida de Juan de Castro para las Indias.	id.	Primera expedicion á Africa en 1574.	221
Luchas de Hidalkhan por conser- var el trono usurpado á Meala.	id.	Ultima época de este reinado.	id.
Segundo período del sitio de Diu.	188	Segunda expedicion á Africa. Acontecimientos que deciden su ejecucion. Batalla de Alcazar- Kebis ó mejor Kas-El-Kelir (que significa gran castillo.)	223
Llegada de D. Juan de Castro de- lante de la fortaleza de Diu.	191	Resultas de la batalla. El cuerpo del rey es reconocido por su pa- je, Melchor do Amaral. Suerte de los prisioneros.	231
Empréstito de D. Juan de Castro. Su escrito á los habitantes de Goa.	193	Camoens.	233
Triunfo de D. Juan de Castro.	194	El cardenal rey: su educacion; sus principios como inquisidor mayor. Casamiento propuesto y desechado al punto. Declara- cion de una rejenia.	245
Ultimo período del Gobierno de D. Juan de Castro. Es nombra- do virey de Indias Su muerte.	195	Resistencia del pueblo portugués á las pretensiones de España.	248
Ojeada sobre la situacion de la In- dia despues de la muerte de D. Juan de Castro. Vireyes que le sucedieron.	197	Muerte del cardenal. D. Antonio elejido por el pueblo. Expedi- cion del dnque de Alva contra Lisboa. Toma de esta ciudad. Resistencia del pretendiente...	249
Primer establecimiento de los Portugueses en la China. Fun- dacion de Macao.	201	Impostores que toman el nombre de D. Sebastian. Aventura del que fué juzgado en Venecia, y que pasó á Paris en 1588. La carta del doctor Nouvellet. El P. F. Jéos Tejeira.	252
Oríjen histórico de Goa, la ciudad India.	202	Palabras de un soldado decrepi- to. Decadencia de las Indias portuguesas. Nombres de los gobernadores enviados por Es- paña.	256
Goa en los siglos XVI y XVII.	204	Pedro Fernandez de Queiros. Sus descubrimientos.	258
Inquisicion de Goa.	207	Restauracion de Portugal. Adve- nimiento de Joao IV.	259
Institutos literarios fundados en Indias.	208	La coronacion. Llegada de la rei- na.	264
Influencia de los descubrimientos de los Portugueses sobre los co- nocimientos científicos y litera- rios, relativos á Indias	id.	Llega á Madrid la noticia de la in- surreccion. Palabras del conde duque. Desafío del duque de Medina-Sidonia. Embajada en- viada á Francia por Juan IV.. . . .	id.
Misiones de las Indias portuguesas Cristianas de Santo Tomé. San Francisco Javier. Sus viajes. Su influencia durante la Guerra contra el rey de Achem. Entrada en el Japon. Muerte del apostol de las Indias.	210	Aclamacion de Juan IV en las co-	

Páguas.

Páguas.

lonias. Gozo causado por la noticia de la independencia. . .	566	be al trono. Caida del marques de Pombal. Revision de la causa criminal formada en el precedente reinado. Sentencia de Pombal.	303
Conspiracion tramada por el arzobispo de Braga. Ejecucion de algunos grandes. . . .	267	Descripcion jeneral de Portugal.	306
Prision del infante D. Duarte. Resolucion de la dieta de Munster. Batalla de Montijo.	id.	Montañas de Portugal.	307
Cortes. Muerte de Juan IV. . . .	268	Islas.	id.
Ultimos conatos del valor portugués en las Indias. Toma de Colombo. Hermosa defensa de Souza Coutinho. Ojeada sobre el Africa portuguesa en el siglo décimosexto.	id.	Lagos.	id.
Consideraciones jenerales. D. Alfonso IV; enfermedad que padeció cuando niño. Debilidad intelectual. Mala educacion. Influxo progresivo de Conti. . .	270	Rios.	id.
Casamiento del rey. Intelijencia de la reina jóven y del infante D. Pedro. Lucha contra el influxo de Castelmelhor. De posicion de Alfouso VI.	272	Aguas minerales.	309
Batalla de Ameixial. Schomfeerg y el conde de Villafior. Batalla en Montesclaros.	274	Divisiones administrativas de Portugal cuales han sido adoptadas en 1835.	id.
D. Alfonso en los Azores. Intrigas de la corte de España. Permanencia del destronado rey en Cintra.	276	Lisboa.	311
Rejencia de D. Pedro quien toma el título de Rey. Muerte de la reina. Segundo matrimonio. Carácter de aquel príncipe. . .	276	Navegacion y comercio del puerto de Lisboa en 1839.	313
Negociaciones para recobrar la posesion de Tanjer. Abandono de esta plaza por los Ingleses. Tratado de Methuen.	279	Modas y trajes.	id.
Sevadji. El poder de los portugueses en las Indias recibe el último golpe.	282	Ojeada jeneral sobre las provincias de Portugal. Rápida descripcion de las principales ciudades.	314
Una palabra sobre las monedas. .	284	Provincia del Alem-Tejo.	315
Reinado de Juan V.	286	Provincia de Beira.	317
Reinado de José I.	289	Provincia de Entre-Duero-y-Miño. .	319
Pombal.	288	Provincia de Tras-os-Montes. . .	322
Conspiracion del duque de Aveiro y de varios miembros de la nobleza.	293	Reino de los Algarves.	id.
Continuacion de la administracion de Pombal.	296	Ojeada sobre la estadística monumental.	324
Terremotos de Portugal y en particular del que hubo en el año de 175.	299	Estatuas que se suponen anteriores á la dominacion cartajinesa. .	325
Muerte de José I. Doña Maria su-		Monumentos druidicos.	id.
		Monumentos de orijen romano. .	id.
		Catedral de Braga. Vizeu. . . .	325
		Catedral de Coimbra (S Cristobal)	327
		Iglesia de Cedofeita.	id.
		Alcazar de Feira.	328
		Capilla de los templarios en Pombal. Vestijios de arquitectura sarracena.	id.
		Castillo de Alcobaza.	329
		Ermita de N. ^a S. ^a del Socorro. . .	id.
		Castillo de Cham.	330
		Monumentos contemporaneos del Fundador de la monarquia. Tradicion á ellos aneja. Iglesia de N. ^a S. ^a de Almacaba.	id.
		Monasterio da Alcobaza.	id.
		Santa Cruz de Coimbra. Sus claustros.	331
		Quinta de las lágrimas y fuente de los amores.	332
		Ruinas del alcazar de Leiria. . .	333
		Convento de Cristo de Tómar. . .	id.
		Santa Maria de Olival.	334
		Catedral de Lisboa. Fachada atri-	

	Páginas.		Páginas.
buida á la época de D. Fernando.	id.	Acueducto de aguas libres.	id.
Convento de Batalha.	335	Real palacio de las Necesidades.	342
Palacio real de Cintra.	336	Estatua ecuestre de D. José, Obras	
Torre de Belen.	337	de arte hechas por Joaquin Ma-	
Convento de Belen.	id.	chado y Bartolomé da Costa.	343
Antiguo palacio de los reyes de-		Torre de los clérigos en Oporto.	344
molido por el terremoto de 1755.	339	Teatro de S. Carlos.	id.
Mafra.	339	Palacio de Ajuda.	345
Reflecciones sobre el edificio real		Iglesia de Estrella.	346
de Mafra. Decadencia del mis-		Conclusion.	id.
mo. La Tapada.	340	APENDICE — Goa y su situacion	
Acueducto de Elvas.	341	en 1842.	359

FIN DEL INDICE.

Pauta

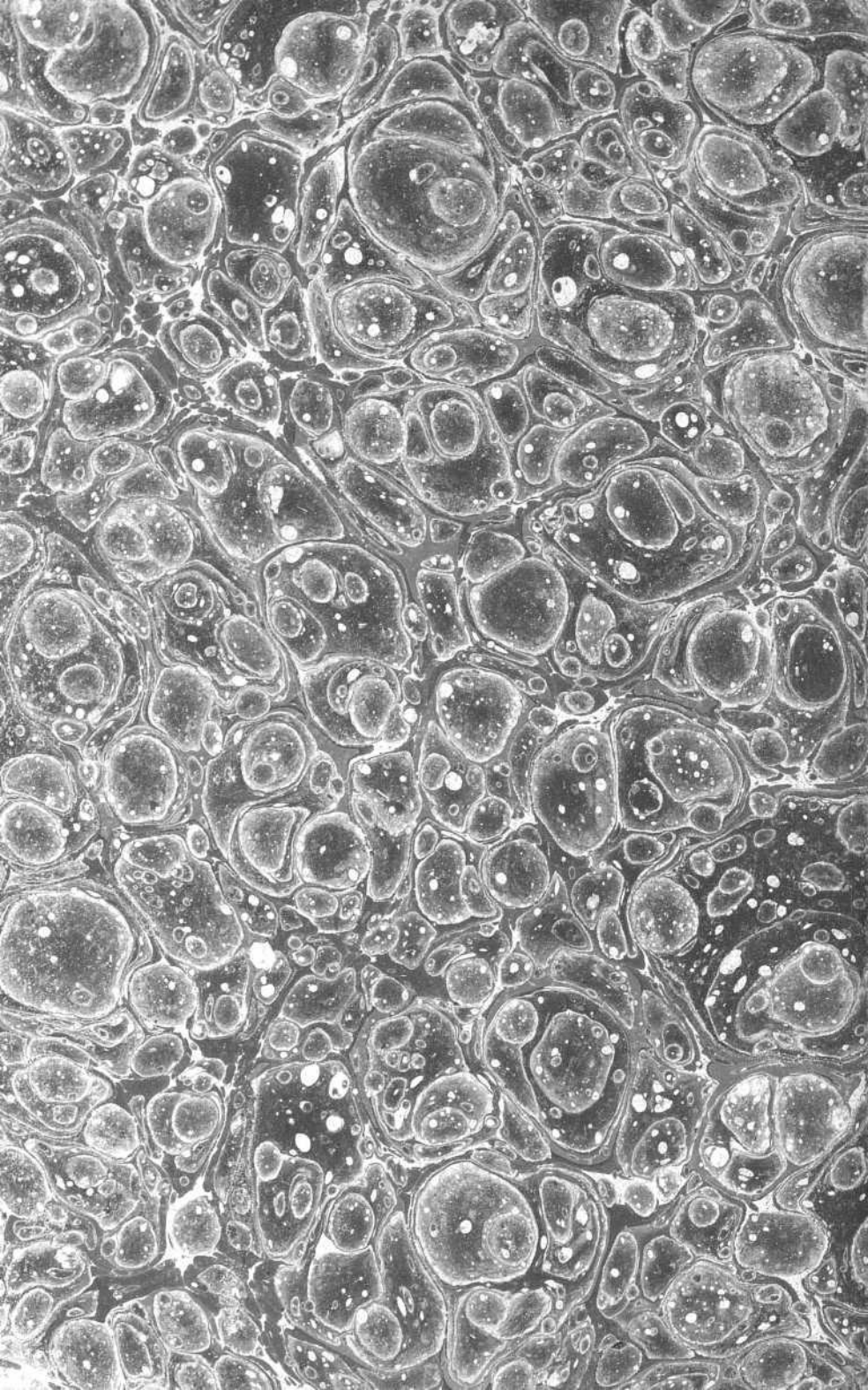
PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

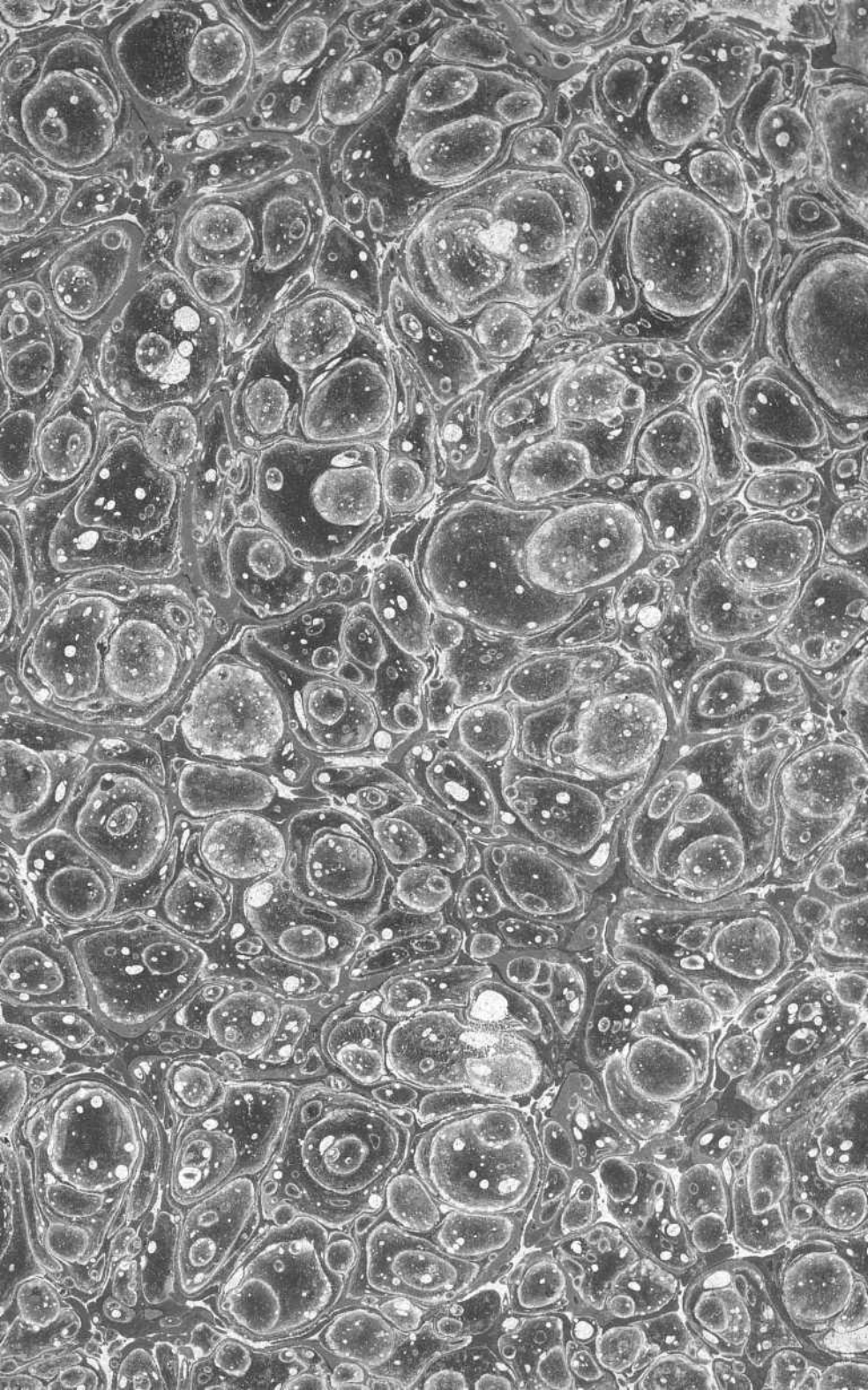
N.º		Páj.	N.º		Páj.
26.	Palacio Real de Lisboa.	300	7.	Sepulcro del rey de Cas-	
»	30. Sebastian de Carvalho,		tro y Don Pedro en Alco-		
»	marqués de Pombal.	240	baza.		302
»	27. Oporto.	260	»	18. Francisco de Almeida.	160
»	24. Santa María de Belen.	80	»	10. Sepulcro de Don Juan en	
»	31. Estatua ecuestre de D. Jo-		Batalha.		380
»	sé I.	29	»	25 Portugueses en el siglo	
»	29. Porto de Moz.	320	XVI.		200
»	28. Torre de los Clérigos.	310	»	19. Alfonso de Albuquerque.	164
»	32. Don Pedro y doña María.	360	»	9. Frontispicio de la iglesia	
»	20. Vasco de Gama.	200	de Batalha.		358
»	12. Capitulo del convento de		»	2. Acueducto romano en	
»	Batalha.	118	Evora.		370
»	11. Capilla de Don Manuel		»	5. Guerreros de la Península	
»	en la iglesia de Batalha.	180	la en el siglo XI.		9
»	22. Fernando Magallanes.	152	»	3. Sala de Baños romanos en	
»	13. Puertas de la iglesia de		Cintra.		308
»	Batalha.	102	»	7. Templo de Diana en Evo-	
»	23. Camoens.	245	ra.		310
»	21. Joao de Castro.	204	»	4. Catedral de Coimbra.	306
»	14. Acueducto de Elvas.	108	»	16. Don Juan II, don Ma-	
»	15. Vasco Fernando de Lu-		nuel, don Juan III, don		
»	cena ofreciendo su libro		Sebastian.		110
»	al duque de Borgoña.	110	»	17. Don Henrique.	50
»	8. Vista general de la iglesia		»	6. Catedral de Lisboa.	328
»	del Convento de Batalha.	300			

FIN.

te

2
o
o
o
o
4
8
o
9
8
o
6
o
o
8







PANJIE

UNT SAI

336

D-1
1893